



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO
DOCTORADO EN LITERATURA CON MENCIÓN EN LITERATURA
CHILENA E HISPANOAMERICANA

REPRESENTACIÓN DE SUBJETIVIDADES SUBALTERNAS
MASCULINAS: ANÁLISIS INTERPRETATIVO Y
COMPARATIVO DE CUATRO OBRAS DE DOS AUTORES DE
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX: *HIJO DE LADRÓN Y
SOMBRA CONTRA EL MURO* (MANUEL ROJAS); *LOS SIETE
LOCOS Y LOS LANZALLAMAS* (ROBERTO ARLT)

Tesis para optar al grado de Doctor en Literatura con Mención en Literatura Chilena e
Hispanoamericana

DANIEL FRANCISCO VALENZUELA MEDINA

Profesor guía: Ignacio Álvarez Arenas

Santiago, 22 de agosto de 2023

A Hortensia Quinio y a todas las explotadas del mundo

A los desdichados de la modernidad

“...que la ley es inicua y mendaz, que los magistrados son los cortesanos de los fuertes y los opresores de los débiles, que la conducta regular de la vida y la probidad sostenida en el trabajo no son siempre recompensados por la certeza de tener un pedazo de pan, y que, son mejores armas para la “conquista del pan” y del bienestar, la cínica impudicia del especulador bursátil y la áspera crueldad del prestamista prendario, que todas las virtudes; pero en lugar de regir sus pensamientos, sus deseos, sus emprendimientos, sus acciones, con arreglo a la luz sana de la justicia, la mayoría se evade hacia algún callejón lateral para escapar a los peligros de una actitud franca. Eso sucede con los neorreligiosos, que no pudiendo más profesar la “fe absurda” de sus padres, se consagran a alguna iniciación mística más original, sin dogmas precisos perdiéndose en una bruma de sentimientos confusos: se harán espiritistas, rosacruces, budistas o taumaturgos. Discípulos pretendidos de Sakyamuni, pero sin tomarse el trabajo de estudiar la doctrina de su maestro, los señores melancólicos y las damas vaporosas fingen buscar la paz en el anonadamiento del nirvana”.

Reclus, Elisée. “Prólogo”. Piotr Kropotkin. *La conquista del pan*, 18.

“Somos ricos en las sociedades civilizadas. ¿Por qué, entonces, esta miseria en torno de nosotros? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas? ¿Por qué esa inseguridad sobre el mañana aún hasta para el trabajador mejor retribuido, en medio de las riquezas heredadas del ayer y a pesar de los poderosos medios de producción que darían a todos el bienestar a cambio de algunas horas de trabajo cotidiano? ... porque todo lo necesario para la producción, el suelo, las minas, las máquinas, las vías de comunicación, los alimentos, el abrigo, la educación, el saber, ha sido acaparado por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, éxodos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la humanidad...”.

Kropotkin, Piotr. *La conquista del pan*, 22-3.

Índice

Resumen ... 6

Introducción: de qué va este endemoniado monstruo ... 7

1. Caviar para pocos, mierda para muchas/os: contrastes y semejanzas de los contextos histórico-culturales y de las situaciones de enunciación de Roberto Arlt y Manuel Rojas. Masculinidades referenciales disponibles en las experiencias que nutren los imaginarios de las conciencias autorales ... 29

1. 1. Hondas cicatrices. Clases populares, burguesía, traiciones políticas fundacionales, alianzas, frustraciones. Caldo de cultivo de las masculinidades ... 29

1. 1. 1. Antes de zambullirse. Las tensiones del macrocosmos son la paradoja vital encarnada en los microcosmos corporales ... 31

1. 1. 2. Contra escollos y tormentas, la nave de la vida social zarandeada. Contextos ... 41

1. 2. Algunos hombres anticapitalistas que no alcanzan a ser antipatriarcales, a veces ... 59

1. 3. El medio siempre borroso de la clase media ... 80

1. 4. Hombres siempre al borde de un ataque bélico. Algunas masculinidades subalternas ... 86

1. 5. Uriburistas y sus modos de ser “hombre” de verdad: nación y guerra ... 98

1. 6. Criminales, policías, expropiadores y otros hombres desajustados de violencia ... 106

1. 7. Breves aproximaciones biográficas al mundo referencial de Manuel Rojas y Roberto Arlt ... 165

1. 8. Apuntes de recapitulación: el hervidero de masculinidades ... 170

2. Hombres, hombres, hombres: no puedes vivir con ellos y ellos no te dejarán vivir... 173

2. 1. Masculinidades burladas en *Hijo de ladrón* y en *Sombras contra el muro*: la ironía en el tratamiento de los hombres de Aniceto Hevia... 184

2. 2. *Enfermos de culpa: grandes dragones miserables conspiradores de pacotilla, falsos iluminados, masturbadores compulsivos, desesperanzados rufianes, megalómanos mesiánicos.*

El teatro de fantoches en Los siete locos y en Los lanzallamas... 401

Conclusiones: macanas grandes como catedrales... 441

Bibliografía ... 448

Resumen

En las novelas *Hijo de ladrón* (1951), *Sombras contra el muro* (1964), de Manuel Rojas, y en *Los siete locos* (1929) / *Los lanzallamas* (1931) de Roberto Arlt se pueden apreciar diferentes realizaciones artísticas de tipos masculinos subalternos. Mediante el análisis crítico y los comentarios interpretativos basados en evidencias históricas, de género y de clase, se pueden abordar algunos de esos sujetos masculinos subalternos desde una perspectiva que evalúe su modo de darse éticamente en el mundo ficcional en relación con los hombres referenciales de los primeros treinta años del s. XX en Chile y Argentina. Este arco temporal es fundamental para comprender los tipos masculinos históricos/referenciales y los ficcionales, porque es un enclave de conjunción de celebración de los centenarios de los Estados nacionales chileno y argentino, los que reafirman sus políticas económicas capitalistas y liberales junto con una clara estructura subyacente patriarcal. Los tipos masculinos estudiados, referidos y referenciales, son subalternos en muchos sentidos, particularmente respecto de su constitución identitaria, acusando serias tensiones al verse sometidos a la paradoja del modelo imperante, es decir, se ofertan promesas de inclusión y progreso, pero los tipos masculinos subalternos son excluidos del relato nacional y del progreso. Esto articula una relación de violencia constitutiva que permea los estados síquicos, emotivos, corporales y sexuales de las subjetividades históricas y de las representadas. Esta tensión o crisis es evidente en varios grupos subalternos; para esta investigación se han considerado algunos subgrupos. En ese sentido, me hago cargo de algunas masculinidades subalternas representadas ficcionalmente en las novelas del corpus. Esto permite abordar el problema de la representación (*Darstellung / Vertretung*) y, en términos retóricos literarios, cómo esos sujetos masculinos subalternos ficcionales pueden ser metonimias de tipos de masculinidades referenciales y alegorías de sistemas de ideas en tanto todo personaje literario es un portador de ideología.

*Introducción: de qué va este endemoniado monstruo*¹

El corpus de esta investigación se inscribe en el complejo y plural contexto histórico y social de la primera mitad del siglo XX sudamericano, particularmente en los de Chile y Argentina (modernización, urbanización, proletarización, migraciones, escuelas estéticas, entre otros fenómenos). También se considera la relación que se articula entre los escenarios chileno y argentino del periodo con el equivalente europeo, observando cuando sea pertinente las similares y las diferentes características; es importante la lectura que hacen Arlt y Rojas, en las novelas que analizo, del momento posterior a la Primera Guerra Mundial, sus causas y sus consecuencias, en el contexto de la asunción (derrotas y triunfos) de ideologías políticas subversivas, proletarias (comunismo leninista, anarquismo, anarcosindicalismo y anarcocomunismo) o populistas (fascismo, principalmente, y nacionalsocialismo, tangencialmente); son relevantes los procesos históricos sociales de Argentina y Chile a principios del s. XX, respecto de los movimientos sociales “proletarios” y, sobre todo, la aparición de sujetos subalternos masculinos (ideologizados o no) en la narrativa de Arlt y Rojas como sujetos de difícil representación, porque en el seno de las ficciones se detectan contradicciones con los proyectos “utópicos–distópicos” de la revolución social, sea esta ironizada o valorada, dadas las características ironizadas de los personajes masculinos; y se evidencian paradojas y tensiones entre los modelos de masculinidades y los tipos varoniles representados en las novelas. Además, en relación con la representación, en esta tesis se problematizará la doble significación de esta, es decir, su sentido estético y su sentido político. Para llevar a cabo la investigación, se considera el siguiente corpus artístico que está compuesto por cuatro obras narrativas (novelas) de dos autores sudamericanos: *Los siete locos* (1929) y

¹ Investigación parcialmente financiada por la asignación 21161611 de CONICYT/PFCHA, Gobierno de Chile.

Los lanzallamas (1931) de Roberto Arlt e *Hijo de ladrón* (1951) y *Sombras contra el muro* (1964) de Manuel Rojas.

Las cuatro obras narrativas requieren de una matriz de análisis e interpretación que se haga cargo de las complejidades estéticas y políticas que derivan de la representación de sujetos subalternos (clase) masculinos (género), en el contexto histórico social de comienzos del siglo XX, en Argentina y Chile, para ello se articula el corpus artístico con uno de historia social, de teoría de género y de crítica literaria. En esta investigación se propondrá, por una parte, una lectura minuciosa del corpus para detectar las marcas textuales que permitan construir constelaciones respecto de las identidades de esos sujetos subalternos masculinos; por otra, se persigue articular una matriz de análisis interpretativo, idónea para comprender esas identidades, en la que se conjugue de manera eficiente lo que se comprenderá como paradigma filosófico anarquista (en el sustrato) con Estudios de Género (*queer* y anarcofeminismo), con Estudios Subalternos, principalmente, interpretando y actualizando los precedentes indios y estadounidenses a través de una lectura sudamericana; el análisis literario como tal conjuga lo anterior con una red teórica narratológica tomada de las obras de Bajtín que resulten funcionales para analizar los modos y formas de los tipos de masculinidades de las novelas que analizo e interpreto a la luz de la matriz teórica y de los modos particulares de actualizarla que ejecutan esos personajes.

El análisis interpretativo de las obras narrativas del corpus se realizará considerando que uno de los problemas que se presentan en las ficciones está relacionado con los sujetos representados en ellas; tales sujetos son problemáticos porque no responden de modo pleno a los dictámenes de la hegemonía (política–estética) respecto de lo masculino y de lo subalterno. Más aún, son sujetos que presentan, en las ficciones, proyectos de conformaciones comunitarias divergentes, inclusive, a los proyectos (discursivos o no) de conformación nacional “moderna”, dado que los resisten, los critican, los ironizan, los problematizan, los marginan (en una doble lógica de

ser marginados y automarginados) o están excluidos simbólicamente y tácitamente por ser sujetos fracasados, al menos los que analizo, “pobres diablos” del lumpen o de las amplias capas bajas y populares (entre las que incluyo la “pequeña burguesía”), delictuales, funcionarios miserables o empleaduchos megalómanos. Otro problema que se considerará es la derrota de esos proyectos divergentes de conformación de comunidades: en qué sentido fracasan desde la perspectiva de una subalternidad antagonista respecto de una(s) hegemonía(s) y de la construcción del sexo–cuerpo–género “masculino”. Para abordar las obras narrativas, se postulan cuatro variables (*infra*) mediante las que se dé cuenta de las operaciones narrativas que los autores, en su producción textual, emplearían para constituir en sus ficciones narrativas: a) subjetividad/es subalternas; y, b) masculinidad/es. A continuación, establezco las cuatro variables.

La primera variable tiene que ver con los contextos histórico–sociales diferentes y comparables desde la perspectiva de un análisis de la actividad política y económica similar en los espacios geopolíticos que habita cada autor respectivamente (capitalismo, industrialismo y extractivismo, explotación desmedida del proletariado o del “bajo pueblo”, migraciones campo–ciudad, urbanización, entre otros). Es fundamental comprender que Arlt escribe respecto de “su presente”, es decir entre 1929 y 1931 (fechas de publicación de las novelas elegidas), y centra su atención en la conformación nacional moderna de principios del siglo XX argentino llevada a cabo por tipos “comunes y corrientes”, cada cual atravesado de diferentes manías (o patologías o llanamente locuras), problematizando esa concepción de “nación moderna”; asimismo, Rojas, en 1951 y en 1964 (fechas de publicación de dos de las novelas de la tetralogía), ejecuta una mirada retrospectiva sobre el principio del siglo XX chileno, evidenciando las contradicciones del discurso nacional modernizador, de los movimientos sociales y de la “vida cotidiana” de los sujetos ficcionales, en su mayoría “pobres diablos”.

La segunda variable se vincula con los contextos estéticos y modos de representación, porque, en las novelas, se conjuga un realismo decimonónico, que no se retira del todo de los quehaceres estéticos, con las vanguardias americanas y europeas; se realizan modos de representar tiempos y espacios en los que se articulan problemáticamente fenómenos del plano empírico (referencial, histórico y cultural) con la dimensión del mundo representado y narrado (que está construyéndose como referido; debo estas ideas a las apreciaciones de Noé Jitrik, respecto de la “novela histórica” en *Historia e imaginación literaria* 14-5), junto con un esfuerzo por amplificar las voces narrativas (“superando” al narrador decimonónico y, al mismo tiempo, los modos tradicionales de representar a sujetos “populares” (también llamados subalternos)).

La tercera dice relación con lógicas de inclusión y exclusión, es decir, mecanismos de adquisición de la “lengua de la hegemonía” para representar (*darstellen* y *vertreten* (“¿Puede hablar el sujeto subalterno?” 7-9)) “subalternidades”. Así, se puede observar que tanto las obras artísticas del corpus como sus autores logran posicionarse en los campos culturales literarios junto con realizar la operación narrativa de incluir, problemáticamente (por su condición política o por su valoración estética), en esos campos culturales a sujetos subalternos masculinos mediante la ficción (las obras del corpus narran acontecimientos “vividios” por locos, obreros, delincuentes, vagabundos, disidentes políticos, asesinos, enfermos, asexuados, entre otros).

Finalmente, la cuarta es una breve indagación en las situaciones de enunciación de los autores de las obras del corpus vinculadas a movimientos sociales disidentes al orden oficial. En el caso de Arlt y en el de Rojas, las experiencias de juventud evidencian cercanía con movimientos de índole revolucionaria; cabe preguntarse si en esas situaciones de enunciación se posibilitó, por ejemplo, el lograr que en las obras del corpus aparezcan representaciones heterogéneas de sujetos homogeneizados por los discursos oficiales (los variopintos personajes

del “bajo pueblo” (más o menos utópicos), en Rojas; los protagonistas ambiguos o fascistoides distópicos en Arlt); aunque esta variable es en la que menos ahondo, aunque la considero.

El objetivo de la investigación es establecer cómo esas cuatro variables se articulan para representar subjetividades subalternas masculinas en las novelas del corpus, a propósito de las operaciones narrativas y estéticas realizadas en las obras, para construir tipos heterogéneos, en el sentido de la clase y del género, de identidades subalternas masculinas, en crisis y compuestas por varias intersecciones de rasgos tipificados, que le dan un carácter metonímico, y características simbólicas que apuntasen a sistemas de ideas que portarían los personajes, en un posible carácter alegórico. En este sentido, se realiza una lectura de género, posibilitada por los Estudios *Queer*, y una lectura de clase, que encuentra su fuente en los Estudios Subalternos, pero que pretende, como problema de investigación, evitar la lectura marxista (en la que se establecen relaciones binarias en tensión (subalterno/hegemonía; masculino/femenino) por una lectura anarquista, como eje teórico, dado que se considera que, filosóficamente, el anarquismo (articulado con el modo de comprender la cultura y la literatura, expresado por Bajtín en algunas de sus obras capitales) permite leer esas subalternidades masculinas ficcionales como múltiples, plurales, contradictorias, ambiguas, comprendiendo el valor de los presupuestos teóricos feministas interseccionales, junto con comprenderlas en un contexto mayor al narrativo que es el contexto de la macroestructura cultural (patriarcal, capitalista y católica, entre otros “elementos constitutivos” de la hegemonía), sin evadir el hecho de que las identidades se conforman en tensión con los modelos de “hombre” que dictaminan las clases dominantes como sujetos válidos para el ideal de Estado nacional que propugnan, porque la condición de dominadas de las masculinidades subalternas presentes en las novelas evidencian, con la tensión, algunas paradojas del modelo de la dominación, es decir, la tensión entre el ideal del modelo y la práctica material e histórica de la imposición del modelo.

A partir de lo expresado, es necesario establecer que se trata de encontrar presupuestos filosóficos en el anarquismo que permitan leer las obras narrativas del corpus en el diálogo que establece con la estética (la obra misma) y con la política (el contexto histórico, social y cultural del momento de producción (inmediato, anterior y posterior) de las obras), en tanto la estética implica una ética y la poética una política, como se puede apreciar en el implícito cuestionamiento moral a las masculinidades llevado a cabo por los narradores, conciencias refractadas de las conciencias autoriales. Asimismo, se trata de establecer algunas de las operaciones de representación narrativa que se realizan en los relatos, respecto de cierto presumible sistema de ideas de los autores, Rojas y Arlt. Así, se ha señalado en múltiples oportunidades que ambos autores son “comparables”; en esta investigación se propone llevar a cabo, lo más acuciosa y efectivamente posible, el análisis interpretativo y comparativo entre segmentos paradigmáticos de las novelas del corpus, para determinar el contraste, las similitudes y las diferencias, entre los representados subalternos masculinos y los modos de representarlos de Arlt y Rojas.

Respecto de ese último punto, es tangencialmente importante rastrear algunos dichos biográficos que emparentan a Rojas y Arlt con el anarquismo o con corrientes críticas de izquierda, para poder comprender, apuntar e inferir los valores del uso irónico en el tratamiento de los tipos masculinos creados. José Amícola, en *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, por ejemplo, dedica algunos comentarios a la simpatía de Arlt por el anarquismo, señalando algunos pasajes de la infancia de este autor, narradas por el mismo (17) (así como también su antiautoritarismo, derivado de una polémica relación con el padre (25)). En relación con Rojas, se ha comentado en más de una oportunidad su cercanía con el anarquismo; Jorge Guerra, en “Lecciones de un carpintero solitario y de un orador errante”, lo sindicaba como simpatizante anarquista (113). Parte de esta investigación, es rastrear en la escritura de los autores, en diferentes tipos de textos, la presencia y la visión que podría inferirse o detectarse del

anarquismo, de la revolución social, de la nación, del capitalismo, del “ser hombre”, entre otros temas fundamentales para el núcleo de esta investigación. Para ello, se considerarán algunos géneros discursivos como las crónicas, *Aguafuertes* de Arlt e *Imágenes de infancia y adolescencia* de Rojas, crítica literaria (actual y pasada), entre otros. Ahora bien, guiado por las claves de interpretación que he ido definiendo, el modo de aplicar los resultados de ese rastreo apunta a decodificar las obras narrativas del corpus, en el segundo capítulo, complementando el análisis mediante los antecedentes aportados por la historia social, consignados en el primer capítulo.

Cabe señalar que, por lo menos, dos son las líneas que se interrelacionan en esta investigación. Una consiste en realizar efectivamente un análisis interpretativo y comparativo de las cuatro novelas de Arlt y Rojas, dado que la crítica ha mencionado en algunas oportunidades la factibilidad de comparar (prefiero contrastar) las narrativas de estos autores, sin haberlo realizado, al menos en lo que arroja el actual “estado de la cuestión”. La segunda línea está orientada a desenmarañar, a partir de los personajes ficticios de las obras del corpus, modos de ser subalterno y masculino, para comprender las lógicas de funcionamiento sexo–genérico–corporales, entre bio–hombres (principalmente), a principios del siglo XX en Argentina y Chile, bajo el supuesto de que la literatura hace resonar en sus ficciones los ecos de la experiencia cultural humana.

Analizar, interpretar y comparar las novelas del corpus, *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931) de Roberto Arlt e *Hijo de ladrón* (1951) y *Sombras contra el muro* (1964) de Manuel Rojas, implica algunos procedimientos y finalidades que es necesario explicitar, sobre todo, al considerar que se pretende focalizar la atención en los modos narrativos y ficcionales de manifestarse subalternidad/es y masculinidad/es, con el fin de desarrollar constelaciones organizativas en torno a estos tipos de sujetos, asignándoles sentidos respecto

del contexto cultural, histórico, político, estético y social de principios del siglo XX (Argentina y Chile).

En primer lugar, debo contextualizar las novelas del corpus respecto de sus tiempos y espacios de producción, desde el foco de la historia oficial e historia de los movimientos sociales; corrientes estéticas inmediatas y parcialmente lejanas en el tiempo; experiencias vividas, vistas u oídas por los autores o pertenecientes a su situación de enunciación.

En segundo lugar, es fundamental revisar y contrastar críticamente la bibliografía respecto de subalternidades y masculinidades.

En tercer lugar, es prudente realizar un arco temporal entre las cuatro obras del corpus que permita explicar la progresión estética respecto de los modos narrativos empleados en las obras (“tradición literaria” y vanguardias).

En cuarto lugar, es fundamental determinar e identificar marcas textuales que permitan articular constelaciones de subalternos masculinos en las novelas, para, asimismo, establecer formas, funciones y sentidos de las operaciones narrativas realizadas por las figuras autoriales en sus obras para incluir subjetividades subalternas masculinas en las ficciones.

De este modo, en quinto lugar, hay que determinar formas, funciones y sentidos narrativos de subjetividades subalternas masculinas en las novelas del corpus en relación con la historia de la conformación identitaria de género y de clase. Lo anterior, permitirá comparar críticamente las formas, funciones y sentidos de los tipos de subjetividades subalternas masculinas narradas en las novelas con los tipos oficiales de identidades masculinas construidas por los discursos hegemónicos del contexto de producción de las obras.

La hipótesis de la investigación es que tanto en *Los siete locos* (1929) y en *Los lanzallamas* (1931), de Arlt, como en *Hijo de ladrón* (1951) y en *Sombras contra el muro* (1964), de Rojas, se presentan constelaciones de personajes subalternos masculinos que deben ser leídos: a) en contraste comparativo, como ha sugerido la crítica sin hacerlo; b) desde una perspectiva de

clase y género, para potenciar una interpretación que articule estética y política; c) desde una “epistemología” anarquista, mediante la que se expongan con claridad las respuestas irónicas, las críticas, los tipos de esos subalternos masculinos respecto de lo narrativo como tal (relaciones entre los personajes y el mundo ficcional que “habitan”) y respecto de las condiciones materiales de subsistencia de los subalternos masculinos referenciales de principios del siglo XX.

Cinco son los conceptos fundamentales que atraviesan el análisis interpretativo que se llevará a cabo en la lectura comparativa de las cuatro novelas: tensión identitaria, paradoja de la realización del modelo imperante, dominación, subalternidad/es y masculinidad/es. De estos conceptos, definiré los dos centrales, es decir, subalternidades y masculinidades, porque engloban a los otros tres, como desarrollaré, sobre todo, en los siguientes dos capítulos.

El primer concepto está siendo trabajado desde la matriz desarrollada por las diferentes escuelas de Estudios Subalternos (India, Estados Unidos, Argentina y Chile), construyendo, eso sí, una matriz crítica de las identidades subalternas desde una lectura anarquista de nociones tales como: subalterno, clase popular, hegemonía, autonomía y antagonismo, entre otras. El concepto de subalterno fue empleado por Gramsci de modo indistinto al de clases populares, clases subalternas o proletariado, según comenta Modonesi a propósito de su revisión del concepto (*Subalternidad, antagonismo, autonomía* 29-33). Gramsci, en *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*², indaga respecto de la unidad política del Estado (que comprendo como ostentador concreto y real de la aplicación empírica de la hegemonía (si es que esta es una articulación “simbólica” de las violencias institucionales; aún, su constatación empírica demoledora en el plano concreto de las articulaciones sociales)) y respecto de la provisional unidad que adquieren las clases subalternas frente a determinadas atingencias históricas. Modonesi, además, vincula dos conceptos fundamentales al de subalternidad:

² Debido a diversos problemas de acceso a la fuente impresa, debí consultar: <http://tijuana-artes.blogspot.com/2013/12/apuntes-sobre-la-historia-de-las-clases.html>

antagonismo y autonomía (*Subalternidad, antagonismo, autonomía* 147–8); interesará observar cómo, según las marcas textuales de las novelas, hay posibilidades de articular esos conceptos con el de subalternidad/es a propósito de los sujetos masculinos representados.

Ser subalterno no es una categoría existencial u ontológica, si se sigue a Beverley, sino que es una contingencia, es decir, “adjudicarse” la categoría de subalterno está determinado por procesos históricos y económicos puntuales, particulares y empíricamente comprobables en el plano de la existencia cotidiana de la cultura humana; es en la concreción y no en la abstracción de la existencia donde las disputas entre clases acontecen (*Subalternidad y representación* 23). Los subalternos masculinos que interesan en esta investigación son habitantes de mundos ficcionales configurados en las novelas, en las que no se puede hablar de “testimonio” (como sí en el caso de Rigoberta Menchú, por ejemplo); una de las complejidades teóricas de abordar estos personajes ficticios desde una perspectiva de clase, es decir, leer las marcas textuales que los constituyen como tipos ejemplares de subalternidad, implica que se está leyendo las obras artísticas del corpus desde una epistemología de clase que apunte a dilucidar la condición social, económica y cultural que esos personajes ocupan, en el mundo de la ficción, respecto de la hegemonía representada en la ficción. Además, en términos políticos, cómo la estética novelística se hace cargo, desde el plano referencial, de las complejas y múltiples identidades subalternas (locos, delincuentes, borrachos, disfuncionales, fracasados, suicidas, obreros insurrectos, pistoleros anarquistas, “bajos mundos”, “orbe lunfardesco”, linyeras, vagabundos, entre otros) en relación antagónica con el variopinto, pero unificado, rostro de la hegemonía (moral judeocatólica (crimen, culpa y castigo), judicialidad y aparatos represivos ejecutores, estado industrializante y homogeneizador, capitalismo y explotación, patriarcado–falologocentrismo y conformación de masculinidades aceptables).

Dentro de esta lógica, es necesario incorporar a la discusión el problema que supone la representación de tales subalternos, porque el hecho de que los escritores del corpus (no

canónicos a principios del siglo XX) asuman la lengua de la hegemonía (es decir, la lengua de la cultura literaria, parcialmente y a contrapelo, porque es discutible la unidad y homogeneidad de “cultura literaria”), supondría que la representación estética (*darstellen*) y la política (*vertreten*) serían un modo de abstraer las identidades periféricas, actualizándolas en el centro de la “cultura oficial” (para incluirlas o excluirlas). Este movimiento de inclusión/exclusión es puesto en duda en esta investigación, porque se considera que las operaciones narrativas realizadas por ambos autores repercuten en un modo de “representación” que, al pretender hacerse cargo de esas identidades múltiples que transitan por lo subalterno, construyen discursos degradantes, grotescos e irónicos con los que critican a esos tipos masculinos, más que por su subalternidad, por ser tipos masculinos deficientes, en distintos sentidos.

El segundo concepto, masculinidad/es, está trabajado desde la teoría crítica de género, deudora del feminismo, el postestructuralismo y el anarcofeminismo; además, es del todo relevante el impulso que da a esas reflexiones la incorporación de los Estudios *Queer*. Desde esta perspectiva crítica, el concepto de masculinidad (al igual que el de subalternidad/es), requiere el empleo del plural, dado que, en las narraciones de las obras del corpus, de modo similar a cómo se percibe en el plano material y empírico de la “realidad”, lo “hombre” o lo “masculino”, en tanto abstracción y generalización, está constituido, en la práctica, por identidades complejas, contradictorias, múltiples, periféricas, que apuntan a la problemática y compleja constitución identitaria que está contenida en el plural de masculinidad/es. En ese sentido, una de las primeras tensiones que se observará en el análisis crítico interpretativo de las novelas está relacionado con la tensión entre masculinidad/es hegemónicas, entre las que se pueden colegir rasgos particulares para cada clase (sea cercana a las elites, constituyentes materiales de la hegemonía, o sea totalmente subalterna, respecto de esa hegemonía–elite), de acuerdo a finalidades asignadas al sexo–género–cuerpo “masculino” (heterosexual, proveedor, reproductor, entre otros rasgos interclase). El concepto de masculinidad/es es, así, definible

desde una perspectiva crítica, mediante la que se reflexione sobre categorías naturales (ontológicamente establecidas), para poner en funcionamiento, no solo dicotomías entre hombre hegemónico/hombre subalterno, sino que entre las múltiples variedades de masculinidad/es que orbitan en el mundo ficcional de las obras artísticas del corpus.

Así como no se es subalterno, no se es masculino, en términos de una identidad única, indivisible y ontológicamente “natural” (sostener que “nacer subalterno” o “nacer hombre” son categorías naturales implica que, de una u otra forma, se afirma la inmovilidad cultural de las clases y los “sexos”); esta posibilidad de lectura de identidades conformadas en constelaciones (tanto de clase como de género) en disputa, en diálogo o en contraste, entre otras variables, es deudora de una propuesta de análisis de clase (subalternidad/es) y de género (masculinidad/es) que se conjuga con lo que llamaré paradigma anarquista y que será puesto a prueba en esta investigación, puesto que uno de los problemas que se derivan de los Estudios Subalternos, por ejemplo en el caso de Beverley, es el conflicto marxista de construir identidades “naturales” que se oponen dicotómicamente, aunque este autor intuya algunos de los peligros de esas identidades naturales, junto con la crisis que implica transformar, bajo las lógicas del capitalismo tardío, en objeto de consumo académico a los mismos Estudios Subalternos y a los Estudios Culturales (*Subalternidad y representación* 205-11).

De este modo, no se representa uno u otro tipo masculino específico, concreto, sólido, claro y siempre consecuente con un modo de ser masculino (de clase alta, media o baja) dictaminado por la hegemonía, sino que se representan masculinidades en cuestión, de cuerpos discutiblemente “heroicos”, con sexualidades trucas o fracasadas y rebeldes o serviles respecto de algunos de los roles impuestos al “ser hombre”. Así, en esta investigación, se prestará atención a las dificultades que están implicadas en esas representaciones de subalternos masculinos en las novelas del corpus.

Parafraseando las palabras de Malatesta, las abstracciones metafísicas eluden el problema real de que los conflictos sociales se dan en la dimensión concreta de la experiencia (*La Anarquía* 15). En ese sentido, las construcciones identitarias de género, disciplinadas desde discursos hegemónicos (también concretos y puntuales), y los modos de darse la lucha de clases, determinadas por el control del trabajo, la tierra, los bienes culturales y económicos, también son realidades concretas que se dan en la experiencia. De ese modo, esas experiencias de clase (subalternidad/es) y de género (masculinidad/es) no pueden solo ser leídas en una polémica relación binaria o dicotómica como pareciese hacer el paradigma filosófico postmarxista o postestructuralista que, al menos tanto para Beverley como para Spivak, estaría en el sustrato de los Estudios Subalternos (*Subalternidad y representación* 24-5); similarmente, en los estudios de género más clásicos se observa una asunción de la filosofía marxista para poder desentrañar la metafísica de las oposiciones sobre las que se construye el pensamiento occidental (blanco/negro; válido/inválido; hombre/mujer; racional/pasional; civilización/barbarie; Estado/anarquía; disciplina/caos; entre otros pares excluyentes). Una de las apuestas teóricas de esta investigación es sostener que, desde el anarquismo como corriente de lucha política al anarquismo como comprensión del mundo que se habita como filosofía de vida, la experiencia indica que los pares dicotómicos son abstracciones que obnubilan la pluralidad compleja de las identidades humanas que se constituyen en constantes pugnas internas respecto de las tensiones que establecen interclase e intergénero, es decir, las subalternidad/es y las masculinidad/es, no solo respecto de la(s) hegemonía(s), sino que en relación con sus propias disputas y conflictos, se articulan desde un diálogo plural y en disputa para darse identidades “híbridas” o heterogéneas (y no empleo el concepto en el sentido que podría haberle dado García Canclini o que la postmodernidad capitalista quiere darle a lo híbrido en tanto “todo es aceptable” (y, por lo tanto, comerciable y vendible), tal como explica Beverley, *Subalternidad y representación* 179-182).

Así, las identidades subalternas y masculinas que están representadas en las obras del corpus son variables, plurales, contradictorias, distópicas y utópicas, desidealizadas e idealizadas, rebeldes a la dominación y a la condición de subalternas respecto de unos discursos hegemónicos y serviles/subalternas a la hegemonía respecto de otros, disímiles, críticas, apolíticas, políticamente incorrectas o activamente políticas, masculinizadas desde el fracaso, la castración, el autocastigo, entre otras características que medianamente apuntan a esos sujetos expuestos en las ficciones narrativas del corpus. Sujetos que son narrados, que se autonarran o que se confiesan con un “cronista”, haciéndose cargo de tomar sus propias voces para establecer el relato de sus experiencias, comprendiéndose que esto acontece en el plano ficcional (y que la lengua de los personajes masculinos y subalternos es la lengua de su creador/autor).

Considero parte fundamental del trabajo de investigación la incorporación de este modo anarquista de reflexionar en torno al género y a la clase, al menos como una tentativa de aportar a los Estudios de género y a los Estudios Subalternos, una “mirada” sobre la tensión que deben establecer con la academia como dispositivo hegemónico y, al mismo tiempo, como cuna de las posibilidades de pensamiento crítico.

El análisis e interpretación de las marcas textuales de las novelas del corpus serán leídas buscando detectar los modos y las operaciones narrativas que permitan dilucidar cómo en las ficciones se construyen, desde la clase y el género, subalternidades masculinas problemáticas respecto de la oficialidad (hegemonía) o respecto de los mismos proyectos “revolucionarios” que detentan esos personajes ficcionales. Junto con lo anterior, es fundamental indicar que ese análisis y los hallazgos derivados de la interpretación se interrelacionarán con los modos históricos de darse los sujetos subalternos masculinos en los contextos de producción de las obras narrativas del corpus. Así, se podría evidenciar la dimensión política (*vertreten*) de la representación (*die Darstellung*) llevada a cabo por las ficciones narrativas del ya mencionado corpus.

Además, esta matriz de análisis está construida sobre la base de las teorías de análisis discursivo bajtiniano, es decir, en la indisoluble relación que establece la literatura, como objeto estético, con la cultura humana, como portadora de esos objetos, en un diálogo que se comprende como permanente discusión entre diversas esferas del “conocimiento” humano; al menos, en esta investigación se indagará en la relación entre estética y política en la narrativa de principios del siglo XX chileno y argentino, según las visiones ficcionales (utópicas o distópicas) de Arlt y Rojas. La matriz bajtiniana de análisis permitirá centrarse también en los modos narrativos de construir esos relatos en los que, protagónicamente, acontecen las “vidas” de esos subalternos masculinos, empleando para ello, los usos narrativos de la palabra artístico–prosaica (bivocalidad, doble acentuación paródica, polifonía); la relación entre margen–centro (fuerzas centrípetas y centrífugas: construcción del canon); elementos cómico–populares dispuestos en las ficciones del corpus y su actualización específica; la construcción del espacio–tiempo (cronotopos) para comprender la relación que establece la ficción con el plano referencial. Esos elementos mencionados serán articulados para, desde las marcas textuales, poder construir una constelación de sujetos subalternos masculinos que (se) narran desde un diálogo polémico con los lectores, con los personajes mismos de la narración con quienes generan relaciones tensionadas, con los narradores y con los autores y la posible intención ironizante o idealizante que se lleva a cabo sobre sus propios mundos ficcionales, apelando al mundo histórico, experiencial y referencial.

El corpus artístico se complementa con las obras que se emplearán para articular una red interpretativa y analítica que conjugue: estudios *queer*, de género y anarcofeministas con estudios subalternos (leídos desde el cono sur y la actualidad) junto con una apuesta teórica anclada en la suposición de que una reflexión “anarquista” en torno a las masculinidades subalternas del corpus narrativo podría arrojar luz sobre una serie de problemáticas que se derivan de las consideraciones dicotómicas, propias de la metafísica occidental develada por el

postestructuralismo postmarxista. Con lo anterior no se está planteando ni una superación ni una polémica con los estudios marxistas o postmarxistas, sino con las lecturas neoliberales o propias del capitalismo actual en torno a lo polifacético y plurivocal de los sujetos masculinos subalternos (populares). Tal lectura, cara a distintas escuelas “inclusivas”, ha derivado en una objetualización de los sujetos subalternos y populares, siendo absorbidos por las lógicas de globalización neoliberales que transforman todo en un objeto de consumo, sujeto a leyes de oferta y demanda.

Respecto de lo anterior es que me hago cargo de la lectura crítica de Beverley, expresada en *Subalternidad y representación*, sobre cómo encarar posturas como la de García Canclini (capítulo V; principalmente, 174 – 81), la de la academia estadounidense (183–4, entre otros pasajes) o la de Sarlo (157–9), para postular que leer las masculinidad/es y las subalternidad/es desde una “filosofía anarquista”, que no desconozca cada uno de los fundamentales aportes de las lecturas marxistas en torno a la literatura, en general, y a la narrativa de Arlt y Rojas, en particular, permitirá observar la plurivocalidad, polifacetismo, incongruencias e incoherencias de los sujetos subalternos masculinos de las obras del corpus con una clara perspectiva crítica que desenmarañe sus sentidos culturales (e históricos), desde una lectura estética, ética y política responsable y no desde la irresponsabilidad postmoderna del capitalismo tardío y del neoliberalismo del *laissez faire*.

Tanto las dos obras de Arlt como las dos de Rojas que permiten abordar el objeto de estudio de esta investigación fueron acreedoras de dispares críticas en su contexto de recepción. A continuación, sucintamente revisaré algunos de estos aspectos.

Las obras de Arlt fueron catalogadas como obras narrativas toscas, con un gusto estético proclive a lo grotesco, a los bajos fondos y al “mal gusto”, tal como él mismo señala en las “Palabras del autor”, que anteceden a *Los lanzallamas* (*Los siete locos. Los lanzallamas* 285-6); sin embargo, *Los siete locos* recibió en 1930 el tercer premio otorgado por la Municipalidad

de Buenos Aires (Amícola, *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 36). Cabe señalar que Amícola, constata que la crítica burguesa, de la “alta cultura”, no quiso ver el anuncio de los peligros del fascismo en el “díptico” de Arlt (26). En 1987, Ana María Zubieta dedica un estudio a *El discurso narrativo arltiano. Intertextualidad, grotesco y utopía*, en el que realiza una aplicación de una serie de conceptos bajtinianos en la obra de Arlt, realizando entre otras cosas un pormenorizado “calce” entre la obra de este autor y la de Dostoievski; considero que si bien comprende los vestigios de la cultura cómico popular (Bajtín) y la bivocalidad de la palabra de los personajes y del narrador (24–6), realiza un giro interpretativo que, siguiendo a Amícola, desconoce el contexto de producción de Arlt, al señalar que el ciclo narrativo está ironizando (o caricaturizando) el socialismo utópico de Fournier, cuando en realidad, es bastante evidente que el ecléctico discurso “fascista” de El Astrólogo, por ejemplo, se basa en los discursos de Mussolini, en la violencia ambigua de Nechaief y Sorel (Amícola, *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 171–2). Además, tanto Amícola como yo, compartimos el hecho de que Arlt pudo evidenciar, ya en la década de los veinte del siglo XX, la facilidad con que los discursos esotéricos cautivaban a fascistas y anarquistas, provocándose una consecuente migración mística de las capas populares desde los denostados discursos religiosos oficiales hacia una “nueva era” de misticismo no-oficial (*Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 170). El autor bonaerense expuso en *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*, “después la vanidad adunada a la pedantería, los intereses comunes subordinados a las pasiones particulares, la sabiduría de los astrólogos logrereros, y la dudosa honradez de ciertas mujeres equívocas” (27), para dar cuenta de las maneras en que esas corrientes ocultistas iban grabándose en sujetos particulares del contexto histórico con consecuencias desquiciadas o extrañas al asociarse a ideologías mesiánicas.

Posteriormente, la crítica centró su atención en el ciclo narrativo de Arlt, considerándolo el iniciador de la novela moderna iberoamericana, tal como indica Amícola, comentando a

Gregorich (*Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 14), rescatando su valor vanguardista. Amícola organiza la crítica respecto de Arlt en cuatro etapas: a) 1926 – 1952: “realismo urbano” con su mayor exponente Raúl Larra, quien en *Roberto Arlt, el torturado*, realiza una lectura biografista; b) 1953 – 1964: “angustia existencial”, que consiste en interpretaciones de la obra de Arlt desde la instalación en Argentina del “existencialismo” de Sartre, con multiplicidad de artículos publicados en la revista *Contorno*; estas lecturas decantarán en la configuración del “hombre de Arlt”, como un tipo de personaje narrativo que representa a un sujeto referencial propio del Buenos Aires de los primeros treinta años del s. XX, llevada a cabo por Nira Etchenique en *Roberto Arlt*; c) 1965 – 1971: “sexualidad, clases sociales y estructuras narrativas”, uno de cuyos exponentes es Oscar Masotta, entre otros, con su estudio *Sexo y traición en Roberto Arlt*, la tónica general de estos estudios es psicoanálisis, marxismo y postestructuralismo; d) a partir de 1972, el paradigma se centra en “los oficios de vivir” que, según Amícola, está representado por la lectura de Diana Guerrero, con su estudio inmanentista *Roberto Arlt, el habitante solitario* (19–20).

Quisiera señalar solo dos obras más, posteriores al recuento que José Amícola realiza: a) la edición crítica de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, a cargo de Mario Goloboff, realizada en el año 2000; y, b) la obra *Roberto Arlt. Una modernidad argentina*, fruto de un coloquio realizado en la Universidad de Bonn, con motivo de los cien años del natalicio del autor porteño.

Ninguna de las etapas que consigna Amícola ni las obras indicadas en el párrafo anterior coincide con la propuesta de análisis e interpretación que se desarrollará en esta investigación, puesto que se propone articular una matriz teórica que desentrañe los valores estéticos y políticos de las creaciones de Arlt a propósito de una crítica a su contexto cultural de producción, pero, sobre todo, que permita dilucidar los modos de intervenciones los subalternos masculinos representados en *Los siete locos* y en *Los lanzallamas*, mediante qué violencias se constituyen como masculinidad/es y respecto de que megalomanías mesiánicas pueden

articularse cómo engañados y humillados por discursos de poder humillantes que provengan de sujetos tan subalternos como el mismo Astrólogo. Estos problemas se irán desarrollando a lo largo de la investigación, porque suponen un análisis de los contextos históricos y políticos gracias a estudios de historia social y a partir de las marcas textuales de las obras de Arlt.

Respecto de las dos obras de Rojas que se estudiarán en esta investigación, se han emitido múltiples juicios. Por ejemplo, *Sombras contra el muro* (1964) fue minusvalorada, por lo menos, por Edmundo Concha en el año de su aparición (“Reseña de *Sombras contra el muro*” 227 – 9). Desde el año 2012, aproximadamente, esa obra ha sido objeto de estudio de Pablo Fuentes Retamal, quien ha publicado algunos artículos exponiendo la vinculación de *Sombras contra el muro* con el anarquismo y con una “epistemología de lo popular” (“*Sombras contra el muro*: una novela ácrata que se construye desde la epistemología del bajo pueblo” 106). Respecto de *Hijo de ladrón*, quiero señalar una concomitancia crítica con las obras de Arlt, es decir, que la novela de 1951 fue catalogada como una obra existencialista; el problema es que esta obra, hasta la actualidad (o por lo menos hasta el año 2008), siguió siendo catalogada así, no por los medios académicos, sino por los medios escolares (educarchile, *La gran novela existencialista chilena*). Esta lectura, extendida en el mundo escolar, priva a la obra de su fuerza política y estética, no porque el existencialismo sea apolítico, sino porque obnubila una multiplicidad de sentidos que tienen que ver con el valor crítico y contestatario de la obra en términos estéticos, éticos y políticos.

No se ha trabajado en las obras de Rojas la conformación de comunidades afectivas en sujetos masculinos subalternos (así como en Arlt sí se ha trabajado la conformación irónica de comunidades masculinas que toman los ribetes de sociedades secretas). Jaime Concha, cabe indicarlo, desarrolló el concepto de “hombría”, destacando principios éticos, sustentados por los anarquistas como métodos políticos revolucionarios, tales como la solidaridad, el apoyo mutuo, el compañerismo (“Los primeros cuentos de Manuel Rojas” 338 – 9).

Álvarez, al igual que Amícola respecto de Arlt, reconoce cuatro modos mediante los que la crítica ha abordado las obras de Rojas: a) iniciador de la novela del siglo XX (autores como Goic; Concha; Morales, le sirven de respaldo); b) escritor de voz “subalterna” o “marginal” (o simpatizante de esas voces); c) narrador de la fraternidad y solidaridad humanas; y, d) escritor anarquista (*Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad* 99–118). Estas cuatro perspectivas de la crítica, según se verá en esta investigación, no son necesariamente excluyentes.

Una de las motivaciones escriturales de esta investigación se vincula con el hecho de que ambos autores han sido considerados autodidactas y populares. La escritura de Arlt, por ejemplo, es denominada por Sarlo como “literatura plebeya” (“Roberto Arlt, excéntrico” XIX); asimismo, se ha indicado en más de una oportunidad la procedencia popular de Rojas, como apuntó Hernán Díaz Arrieta, indicando el refinamiento de su tosquedad (citado por Álvarez *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad* 99). Salvo en una mención hecha por Piglia, en entrevista con Roberto Rojas (*Piglia compara a Rojas con Arlt*), este elemento (y otros: como el presumible anarquismo de Arlt (Amícola 17) y de Rojas (Guerra 109–11); por mencionar solo a uno de tantos)), incitan a la realización de un análisis interpretativo para dilucidar los contrastes y las semejanzas de las cuatro novelas incluidas en el corpus a propósito de las situaciones de enunciación de los autores y de lo representado en las obras, en relación con un contexto de producción anclado en las lógicas de explotación capitalista de principios del siglo XX en Argentina y Chile. Este contraste no ha sido realizado, según lo que he podido observar en la crítica actual y pasada.

Desde los enfoques anteriores es posible observar que en las obras del corpus se tensionan elementos estéticos que tienen que ver con lo vanguardista y lo narrativo–local; pertinente resultará observar algunas de las características que Bajtín detecta respecto de la palabra artístico–prosaica (narrativa) que permitirá hacer una yuxtaposición de elementos narrativos

que, en ambos autores, proviniendo de un acervo cultural popular, se instalan en sus obras con un nuevo signo vanguardista. Múltiples son los elementos presentes en las obras de Rojas y Arlt que, por lectura de Dostoievski o de Cervantes o, más radicalmente, por su contacto con la cultura popular, resuenan a modos representacionales del *realismo grotesco* que Bajtín propone para la literatura carnavalizada (*La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Rabelais* 23–39). Ahora bien, esos elementos han suspendido su función cómica, en el sentido gozoso de celebración de los ciclos telúricos y humanos, para signarse desde una perspectiva vanguardista (deudora del expresionismo, por ejemplo), para nutrirse de funciones irónicas o sarcásticas mediante las cuales llevar a cabo una labor política a través de la literatura: criticar los contextos históricos y culturales que cada autor evidenció como situaciones de crisis económicas, políticas, culturales, sociales, morales y “humanas” (entrecomillo, porque principalmente se refieren a problemas de los hombres).

Es relevante tener en consideración los entramados estéticos que pueda discernir a partir del estudio de las novelas del corpus, sobre todo, para comprender cómo se tensionan tradición y vanguardia y, en rigor, cómo se les asigna valores particulares a recursos tópicos de la narrativa de “crítica política”, asociada a recursos irónicos y satíricos, provenientes de un tipo de “humor” popular.

Un elemento más. Respecto de la conflictiva relación entre escritura, “poder hablar”, representación política (*vertreten*, es decir, hablar por) y representación estética (*darstellen*, esto es, hablar de), interesa discutir la posibilidad de aprehensión que narrativamente generan las obras del corpus respecto de los sujetos subalternos referenciales, mediante los ficcionales. En el supuesto de que los autores, por el hecho de formarse como escritores (y que debido a los movimientos de la cultura sus obras ingresan irremediabilmente a los cánones académicos), adquieren la lengua de la hegemonía, cabe preguntarse si el ejercicio narrativo de representar (estética y políticamente) a sujetos subalternos masculinos, responde a un esfuerzo de inclusión,

de exclusión o meramente a un intento de catalogación de esos plurales y erráticos sujetos que transitan desde la violencia culposa (Erdosain) hasta el anarquismo práctico (Filín) o hacia la megalomanía mesiánica (El Astrólogo). Sobre todo, cuál es el sentido de esas figuraciones narrativo–estéticas y cuál es la relación que establecen con sus contextos de producción, en términos culturales (políticos y éticos), y con la posibilidad de seguir siendo obras que se actualizan en el contexto de recepción presente, atravesado por la explotación, la lucha de clases y las lógicas de “anulación” de las/es/os subalternas/es/os llevadas a cabo por quienes ostentan la hegemonía del capitalismo tardío y la globalización, por ende, por quienes se ubican en la posición de clases dominantes.

1. Caviar para pocos, mierda para muchas/os: contrastes y semejanzas de los contextos histórico-culturales y de las situaciones de enunciación de Roberto Arlt y Manuel Rojas. Masculinidades referenciales disponibles en las experiencias que nutren los imaginarios de las conciencias autorales.

En este capítulo reviso y comento, en primer lugar, la conformación política de las primeras tres décadas del siglo XX, en Argentina y Chile, haciendo énfasis en la eclosión de los movimientos populares, ácratas o anarquistas (sin menospreciar ninguna de las otras corrientes políticas fundamentales del período), y en los pactos que se establecen con la burguesía (pequeña, mediana y alta), para construir un proyecto moderno y nacional, “inclusivo”, que desplace de la hegemonía a la oligarquía del s. XIX y permita cumplir con los valores “europeos” que, esta vez sí (como una promesa que no se cumple hasta la actualidad), sean coherentes con el republicanismo democrático, ostentado por los núbiles partidos políticos que se disputan la administración pública, durante los comienzos del siglo XX, en las dos zonas geopolíticas mencionadas.

En segundo lugar, observo y leo críticamente los triunfos y fracasos del pacto realizado entre las clases bajas (tan estratificadas como la burguesía) y las clases medias, conformando “una” clase popular, respecto de las promesas de la modernidad democratizada, considerando en esa discusión de clase (política), el componente de género. Así, leeré esas tensiones como tensiones entre masculinidades³ que adoptan múltiples formas para enfrentarse entre sí por el control de

³ Los complejíssimos problemas implicados en las tensiones entre feminidades y masculinidades desarrollados interclasistamente, en Argentina y Chile, en los primeros treinta años del s. XX, escapan del ámbito de esta acotada investigación. Principalmente, mi interés está centrado en la producción de masculinidades por el contexto expresado y cómo esas se “trasponen” a las ficciones narrativas de dos autores bio-hombres: cuáles son sus formas, críticas, modificaciones éticas, idealizaciones. La tesis subterránea de esta investigación es que las masculinidades construidas como identidad de género y de clase, desde el comienzo del s. XX en Chile y Argentina, a propósito de específicas coyunturas capitalistas y patriarcales, son masculinidades “interseccionales”, en las que hay un alto contenido patológico, violento, permanentemente contradictorio, victimario y victimizado, entre otras “situaciones” que se observan en lo literario y en lo referencial.

la hegemonía (incluso cuando ese “control” pasa por destruir toda hegemonía) y por la capacidad de determinar las otredades o grupos subalternos.

En tercer lugar, comprendo que en los contextos histórico–culturales recién descritos se enmarcan los contextos de producción artística y sitúo en esos contextos las situaciones de enunciación de Arlt y Rojas, determinadas por los acontecimientos históricos y políticos coyunturales que desarrollo en un análisis crítico con el fin de articular una constelación de tipologías de las masculinidades dispersas en los planos experienciales de los autores que los incluyan como masculinidades en construcción.

En cuarto lugar, indago en las formas y modos de darse, en los contextos histórico–culturales, las múltiples masculinidades que polemizan entre sí en esos contextos y que polemizan o no con los modos de darse las masculinidades hegemónicas, desde la perspectiva de género y clase, comprendiéndolas como construcciones identitarias que responden de modos multiformes al “arco hegemónico” construido por la alianza de capitalismo, modernidad, institución nacional y estatal, patriarcado, violencia institucional, lucha de clases, democracia, liberalismo, comunidad y judeocatolicismo (culpa, criminalización, castigo).

En quinto lugar, enuncio algunas constelaciones de masculinidades notoriamente típicas y matriciales que son referenciales para la producción artístico–prosaica de Arlt y de Rojas, las que serán analizadas y contrastadas en los capítulos siguientes.

1. 1. Hondas cicatrices. Clases populares, burguesía, traiciones políticas fundacionales, alianzas, frustraciones. Caldo de cultivo de las masculinidades

1. 1. 1. Antes de zambullirse. Las tensiones del macrocosmos son la paradoja vital encarnada en los microcosmos corporales

Las líneas de investigación histórica, desde las que abordaré el relato histórico de los primeros treinta años del siglo XX chileno y argentino, quedan bien representadas en los trabajos de Gabriel Salazar en Chile o Ezequiel Adamovsky en Argentina. Entre otras estudiosas y otros investigadores, estos impulsan el estudio de las historias de estos países desde la historia social y política del “ciudadano corriente[,] el que, en la alta densidad de su anonimato, ‘vive’ y ‘conoce’ la historia según todas las urgencias de la humanidad” (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 8).

En un sentido similar al de Salazar, en *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003*, Ezequiel Adamovsky afirma que tal investigación tiene como objetivo poner en manos del público lector: “diversos aspectos del mundo popular, desde la vida cotidiana, la cultura y el trabajo, hasta las identidades, las formas de organización gremial y de acción política” (11).

Respecto de quiénes son las “clases populares” o qué es el mundo popular, reflexiona lo siguiente:

La respuesta no es sencilla, ya que no existe un mismo grupo popular uniforme que haya atravesado la totalidad del período de nuestra historia. Por el contrario, se trata de un conjunto múltiple y heterogéneo de grupos sociales que, sobre todo al principio, estuvieron más bien fragmentados (11).

Además, para el análisis de las situaciones de enunciación, empleo una lógica de *microhistoria*, es decir, construyo un relato histórico, basado en los estudios que ahondan en las crónicas, reportajes de prensa, archivos judiciales, registros de escuelas, partidas de nacimiento y algunas publicaciones de disidencia política, por ejemplo, respecto de los grandes relatos triunfales de la hegemonía dominante (burguesa, liberal, republicana, meritocrática, oligárquica o neo-oligárquica), en Argentina y Chile. Para este primer capítulo no puedo descuidar en ese tratamiento microhistórico los textos paraliterarios de Roberto Arlt y de Manuel Rojas que arrojen luces sobre sus propias vidas y sobre sus contextos culturales e históricos⁴.

Esta posibilidad de estructurar los relatos históricos de Chile o de Argentina desde las bases populares y sus aconteceres impulsa la construcción de este primer capítulo, en el supuesto de que dos trabajadores jóvenes, Arlt y Rojas, que deambulan por diversos oficios, en una Argentina y un Chile convulsionados por la eclosión de movimientos sociales que luchan por su bienestar y mejorías en la calidad de vida, empiezan a comprenderse como escritores de oficio, siguiendo una tradición de escritores que a principios del 1900 (y a fines del 1800) evidenciaron un proceso similar. En el caso de Arlt, se dijo de Cambaceres que su crudo realismo o su tosquedad lo hacen un Arlt de finales del s. XIX (Blanco, “De la protocritica a la

⁴ Quiero hacer hincapié, desde ya, en que en esta tesis no se trata de demostrar si Manuel Rojas o Roberto Arlt eran o no eran anarquistas, sindicalistas o individualistas, sino de realizar una lectura de sus situaciones de enunciación, comprendiéndolas como parte de un proceso cultural de eclosión de movimientos críticos y populares, en el que sujetos pertenecientes a uno de los múltiples estratos de la heterogénea clase popular se configuran a sí mismos como sujetos escritores, mediante las crónicas periodísticas, los concursos literarios, el barrio, la narrativa y de qué modo esa autoconfiguración como escritores responde a varios procedimientos de resistencia a la cultura oficial de la alta burguesía y de la oligarquía, o neo-oligarquía, dominante. Se trata, pues, de comprender a estos escritores como sujetos subalternos que hablan por mérito propio y no como sujetos meritocráticos que ascienden en el escalafón social, lo que, a todas luces, es más una falacia autocomplaciente que un hecho probadamente histórico, al menos, en la historia social de las clases populares. Seguir las derivas de ambos sujetos históricos, Arlt y Rojas, excede con creces esta investigación, puesto que habría que indagar, en el caso de Arlt, en su compromiso ético y estético con el Teatro del Pueblo y su trabajo como cronista de periódico hasta su muerte, lo que nunca lo situó en lo que se comprende como “canon”, “alta cultura” o “elite intelectual”; en el caso de Rojas, de un modo similar, habría que indagar en su deriva como narrador “mediador” entre las clases populares y las clases medias, su propia vida como funcionario público de la Universidad de Chile (desde el oficio de linotipista hasta director de sus prensas), su condición de Premio Nacional en un específico contexto histórico que lo posicionaría como ejemplar, su autocalificación como anarquista y su proscripción *post mortem* por la dictadura cívico-militar, iniciada en 1973, entre otros temas (como sus modos de ser “hombres” -biografismo-).

institucionalización de la crítica literaria” 464). En tanto, Rojas mismo citaba algunos comentarios que se habían hecho de su obra, evidenciándose el parentesco que se establecía con Baldomero Lillo, entre otros. El Instituto Chileno de Literatura, en 1963, señalaba que “Así, entonces, la producción literaria de Manuel Rojas aparece –tal como en Luis Durand y en Baldomero Lillo– con la categoría del testimonio de un mundo verdadero y fascinante” (citado por Rojas, “Hablo de mis cuentos” 28).

Así, tanto Arlt como Rojas me resultan problemáticos en tanto se construyen como escritores de oficio, provienen de clases populares y logran cierto tipo de movilidad social mediante el trabajo manual o los servicios que aprenden en la juventud, hasta lograr desarrollar discursos narrativos que se hacen cargo de las clases bajas y de la pequeña burguesía (más cercana a las clases populares que a las altas esferas de los estamentos sociales, pero deseando ser mediana o alta burguesía), de sus vicisitudes, de sus desventuras y sus crisis. Además, se hacen cargo “inconscientemente” de modos de darse las masculinidades al “trasponerlas” ficcionalmente a las narraciones del corpus.

Es fundamental, en la discusión que mantengo en esta tesis, el hecho de que sea factible organizar en constelaciones (o “tipologías”) las subalternidades masculinas representadas por esos autores en las cuatro obras del corpus. Se trata de establecer cómo tales sujetos, determinados por clase y género, desarrollan sus naturalezas ficcionales, evidenciando una “literatura crítica” respecto de sus contextos; se trata también de establecer cómo se constituyen, en tanto personajes de ficción, respecto de los cruces que se puedan establecer entre las “constelaciones” de masculinidades subalternas derivadas de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* y las derivadas de *Hijo de ladrón* y *Sombras contra el muro*. Este esfuerzo taxonómico, como se verá en el capítulo siguiente, rastrea características que, hasta el presente, articulan modos de darse la masculinidad en términos generales y en la masculinidad subalterna, localizada en Argentina y Chile, según lo observado en el plano referencial y en el ficcional.

Estos escritores atraviesan algunos niveles de las clases económico–sociales y, avanzado el siglo XX, sus obras y sus figuras biográficas serán consideradas parte del canon literario chileno y argentino, ingresando a ciertas zonas del campo cultural literario en el que, haciéndose cargo de ciertas reglas de lo culto, puedan mantener cierta experimentación narrativa y tocar temas referidos a marginalidades. Además, en la actualidad, son disputados como escritores disidentes, “anarquistas” o “comunistas”, críticos o “rechazados” por sus temas, sus modos de escribir, sus orígenes, su clase o su posición sociopolítica, aunque, al mismo tiempo, múltiples estudios se encargan de mostrarlos como escritores de vanguardia, íconos de sus respectivas épocas. Muchos de esos estudios realzan el hecho de que Rojas fuese simpatizante anarquista, pero no ahondan mayormente en su modo de ser anarquista. Respecto de Arlt, la situación no es del todo diferente; sin embargo, el tema de su militancia política ha quedado supeditado a la defensa de su calidad literaria, con el fin de, sobre todo, desmentir las duras frases que emitiese la crítica argentina a propósito de la primera recepción de parte de su obra narrativa de ficción, dado que como cronista tenía un amplio renombre⁵. Me interesa en esta investigación, entre otros temas, dilucidar las maneras narrativas mediante las que ambos autores desarrollan “literaturas críticas” a propósito de sus contextos y de las masculinidades referenciales, tal como he mencionado en otro momento.

En el ámbito anterior, el tránsito que realizan Arlt y Rojas desde una clase popular de origen, proletaria en el sentido industrial, a una clase pequeño burguesa popular (trabajadores de “cuello blanco”, en tanto escritores de oficio: cronistas, reporteros, cuentistas de concurso, escritores por encargo), lo considero un movimiento que muestra el desplazamiento de clase de múltiples sujetos que habitan las tres primeras décadas del siglo XX y que recurren a

⁵ Solo de modo anecdótico diré, por el momento, que Sylvia Saítta documenta que: a) la crítica no fue única y exclusivamente dura o con tono de denuedo; b) la escritura del porteño indagaba, permanentemente, no solo en el lunfardo, sino que también en anacronismos lingüísticos o en enunciaciones “asintagmáticas”, de modo más o menos consciente, en tanto autor; c) Arlt habría exagerado la dureza de la crítica hacia su obra, con objetivos claramente tendenciosos, es decir, quiso transmitir de sí, una imagen de “rechazado”(El escritor en el bosque de ladrillos 9-12).

mecanismos similares de “ascenso social”⁶. Ese tránsito de clase, en Argentina y Chile, está vinculado con el cambio paradigmático que implica el desplazamiento de la oligarquía del XIX, con sus modos de producción (material y cultural), y el posicionamiento en la hegemonía de la alta clase burguesa (internamente estratificada) con sus modos de comprender la producción material y cultural, el mundo de la prestación de servicios, la administración del gobierno y la pactada tensión que establece con la antigua oligarquía y con las clases populares (contradictorias, inaprehensibles y de múltiples rostros; además de internamente estratificadas).

Las condiciones del presente de Rojas y Arlt, como sujetos ejemplares (o excepcionales), permiten indagar, desde sus situaciones de enunciación y los mundos ficcionales que crean, en particulares condiciones culturales que apuntan hacia un complejo mundo referencial histórico. Como estableceré en los apartados siguientes, los personajes de Rojas y Arlt, subalternos y masculinos en distintos niveles y con distintos problemas de género, no ascienden socialmente, fracasan, se frustran, muestran diversos fenómenos psicopatológicos o tienen ascensos sociales aparentes que la estructura del mundo narrativo (las propiedades de ese mundo en relación con el mundo de los referentes) rige de modo que no haya triunfo, ascenso o logro. Rojas y Arlt pueden ser sujetos que permitan afirmar el triunfo del liberalismo capitalista imperante, soterrado o no, en la fundación de los relatos nacionales del siglo XX argentino y chileno, pero sus personajes evidencian otro movimiento respecto de esos relatos: la exclusión, la pérdida, la locura, la traición, el fracaso, la criminalidad y una construcción de género sicopática. De modo inalienable, la unión de capitalismo y patriarcado crea “monstruos” que se resienten y se resisten a ser del todo monstruosos o que, en el caso de Rojas, encuentran la realización “social” en ciertas variedades de anarquismo que permiten la conformación de comunidades afectivas

⁶ No es el objetivo principal de esta investigación, desentrañar todas las falacias que están contenidas en la mito-ficción social, económica y política del “ascenso social” de las capas medias y altas de la clase baja hacia los estratos bajos y medios de la clase media.

que se podrían comprender como “hermandades”⁷. En el caso de Arlt solo en el crimen y en la culpa se vuelve del todo evidente la naturaleza de esos “sujetos ficticiales y sociales” degradada y orgullosamente “monstruosos”.

Ahora bien, en términos contextuales, el desplazamiento de una oligarquía de rancio abolengo, la del s. XIX, no implica necesariamente la ascensión de las clases medias unidas con las clases bajas, es decir, de las clases populares hasta la *gobernanza* del Estado–Nación. Poco a poco se va desmoronando el mito alessandrino en Chile y el mito yrigoyenista en Argentina, respecto de esa supuesta inclusión cívica de las clases populares en el relato moderno y nacional. Es cierto que escritores como Rojas o Arlt alcanzaron cierto nivel de vida superior a lo básico para sobrevivir a la miseria y el hambre, pero su ejemplaridad en este caso, es eso: ejemplaridad, no generalidad.

Al analizar comparativamente los contextos de producción históricos y culturales en los que ambos, Arlt y Rojas, inician su labor como narradores, estableciendo modos particulares de contar historias, respecto de unas situaciones de enunciación específicas, determinadas por condiciones materiales de producción de discursos estéticamente definidos, se coligen rasgos fundamentales que los emparentan y sí, también y críticamente, características que los distancian.

Desde la perspectiva teórica que estoy manejando, esas situaciones de enunciación participan, como células de un organismo mayor, del acontecer político, económico, ideológico,

⁷ Respecto del concepto de “hermandad” es necesario hacer de inmediato algunas salvedades: a) sigo a Pablo Concha, “Malleto y cincel: sobre el ascendente masónico de *Hijo de ladrón*”, en su lectura de la trayectoria masónica de Manuel Rojas y comprendo que, tal como ahí señala y tal como he podido observar a propósito del “esoterismo” de la época, el anarquismo y la masonería encuentran puntos de confluencia que permiten articular simbólicamente y pragmáticamente “hermandades” de congéneres (6–7, Concha analiza la posición de Rojas frente a la Logia – hermandad); b) la idea de comunidad o hermandad no es restrictiva del ámbito anarquista o del masón; c) en este caso, el concepto de fraternidad también podría ser utilizado, dado que son conformaciones comunitarias masculinas unidas por lazos afectivos, además de lazos políticos, laborales o determinados por la mera necesidad utilitaria; e) es importante ser cuidadoso a la hora de comprender que Aniceto Hevia es, primordialmente, un individualista, circunstancial anarquista, es decir, está más cerca de un individualismo liberal (Stirner) que de una comprensión de sí como individuo parte de una comunidad (que no asciende ni que alcanza una “llegada a buen puerto” como “él” sí lo lograría). Algunas de estas salvedades se discutirán llegado su momento.

afectivo, síquico, artístico, social, en suma, cultural, de los contextos chileno y argentino de comienzos del siglo XX.

Como señalé, ir al abordaje de los primeros treinta años del siglo XX chileno y argentino supone una serie de desafíos que, en cierta medida, podrían estar resueltos por los estudios históricos o culturales; sin embargo, se trata en este capítulo de una reconstrucción contextual que permita iluminar, por un lado, las situaciones de enunciación vitales tanto de Arlt como de Rojas y, por otro, las ficciones que narrativamente construyen ambos autores. Esto es, se trata de la constitución estética de ciertos referidos y de su relación con tales o cuales referentes.

Las particularidades estéticas que se observan en *Los siete locos* (1929) y en *Los lanzallamas* (1931), de un lado, y en *Hijo de ladrón* (1951) y en *Sombras contra el muro* (1964)⁸, del otro, están imbricadas con el acontecer social, político y cultural que compone y configura las identidades de sus autores, porque, de acuerdo con la perspectiva teórica que sostengo, ningún sujeto humano puede existir exento de las condiciones materiales, en términos dialécticos, de los contextos culturales que habitan. Esos contextos, a su vez, comprendidos también como fenómenos discursivos (o como ostentadores de discursos o apuntados por múltiples realidades discursivas que dialogan polémicamente en un momento histórico de la cultura humana) son complejas constelaciones (o texturas) de discursos y concepciones de la vida y la cultura que desde un presente posibilitan la comprensión del pasado y la proyección de algún futuro.

Estas ideas, que recurren al imaginario benjaminiano del ángel de la historia, están ancladas en la concepción bajtiniana de la naturaleza histórica de las enunciaciones que conforman la cultura humana materialmente, porque esas enunciaciones siempre han sido dichas por alguien y siempre serán respondidas por alguien, en unas coordenadas espacio-temporales

⁸ En adelante, para las novelas de Roberto Arlt, *Los siete locos* se abreviará *Lsl* y *Los lanzallamas* es *Ll*, empleo para todos los efectos de citas, la edición preparada por Mario Goloboff (ALLCA XX, 2000); en el caso de las novelas de Manuel Rojas, *Hijo de ladrón* se abrevia *Hdl*, empleándose la edición de Cátedra (2001) para citar (la que se contrasta con la edición preparada por el mismo Rojas para Zig-Zag en 1961 a propósito de sus *Obras completas*) y *Sombras contra el muro* es *Scm*, empleándose la edición de Zig-Zag, 1996.

(cronotópicas): no habitan una dimensión abstracta e inefable de la existencia. Esas enunciaciones se mueven a través de la historia: se transforman, perviven, se reescriben, son borradas o se pierden en procesos de mutación discursiva. Desde esa perspectiva, las enunciaciones que componen las situaciones de enunciación de Arlt y de Rojas, con todas sus específicas particularidades, “modelan” imágenes aprehensibles de principios del siglo XX de Chile y de Argentina⁹.

Así, la elección de una perspectiva de lectura de esas situaciones de enunciación y, como contenedores de ellas, de sus contextos de producción (o de emanación), determinados por permanentes disputas ideológicas, en los que se percibe la tensión hegemonías/subalternidades, está asociada específicamente a cómo esos contextos culturales (simbólicos, históricos, ideológicos, políticos, materiales, etc.) permean los modos de comprender la poética y la política de las obras del corpus investigado.

De acuerdo con lo anterior, para reconstruir la microhistoria contextual de ambos autores y de las obras escogidas para esta investigación, es necesario dar cuenta de los acontecimientos “excluidos” de las gestas fundacionales del relato modernizador nacional, incluyendo en esta investigación los hechos vinculados con la historia de los grupos subalternos, populares, anarquistas, delictuales, dilucidando, para cada caso, las convergencias y divergencias de esos mismos discursos y su asociación directa o indirecta con los movimientos sociales de corte político contrario al capitalismo imperante en la época que me compete analizar, respecto de las obras del corpus. El relato de la “gesta oligárquica” estará en función de la historia y cultura de las clases subalternas (Ginzburg, *El queso y los gusanos* 9–10). Así también, interrogar a las ficciones creadas por Arlt y Rojas respecto del imaginario que contiene un amplio espectro de

⁹ De modo simple, por el momento, puedo establecer que Arlt crea sus ficciones en el sitio y en el tiempo que traspone a esas ficciones, “atemporalizando” relativamente los acontecimientos. Rojas, en cambio, se distancia temporal y situacionalmente del universo de las ficciones de las obras del corpus; esa distancia permite comprender la narración de *Hdl* y de *Scm* como ejercicios de rememoración (o *catacronías*, en palabras de Jaime Concha, “El otro tiempo perdido” 230; 239; 243).

tipos humanos (masculinidades subalternizadas) que deambularon por esos primeros treinta años del siglo XX argentino y chileno.

Respecto de las clases populares o subalternas, o la “mayoría inferior” de la sociedad civil o “baja” sociedad civil, como también será llamada en *Historia contemporánea de Chile I* por Salazar y Pinto (8), Adamovsky señala

A pesar de toda su fragmentación y heterogeneidad, las clases populares comparten una situación común de *subalternidad* respecto de las elites que han tenido y tienen el poder social, económico y político. De diversas maneras y en grados distintos, todos los grupos que las componen han sido desposeídos del control de los resortes fundamentales que determinan su existencia. Privadas de la posibilidad de definir cómo se organiza la vida en sociedad (al menos en varios de sus aspectos centrales), la realidad de las clases populares se encuentra cruzada por diferentes situaciones de explotación, opresión, violencia, pobreza, abandono, precariedad o discriminación. (*Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003* 12–3).

En el ámbito que vengo comentando, es fundamental considerar que, junto con observar y organizar masculinidades asociadas a algunas variantes ácratas, de los primeros treinta años del siglo XX en Argentina y en Chile, también me interesa ordenar y consignar algunas masculinidades proclives a las ideas nacionalistas y fascistas de esa misma época. Además, revisar brevemente algunas de las masculinidades “altas” tendientes a las ideas liberales e ilustradas, heredadas del siglo XIX, en Latinoamérica y su respuesta oficial a esas otras masculinidades en conflicto y tensionantes: las ácratas y las nacionalistas.

En el contexto anterior, es importante comprender la importancia de los estragos producidos por la Primera Guerra Mundial y su repercusión en los imaginarios de los autores que me competen. Así, se hace relevante incorporar un análisis acotado de algunos conflictos bélicos como “la guerra de don Ladislao”; sin duda, la atención estará puesta en los diversos conflictos

de clases o de grupos subalternos enfrentándose a la clase detentadora de la hegemonía, resueltos con matanzas (persecuciones, tortura, encarcelamiento, deportaciones, entre otros mecanismos propios del “autoritarismo liberal”; esto es, la guerra contra el “enemigo interno”), en el contexto del capitalismo modernizador de principios del siglo XX en Argentina y Chile. Así también, la mirada respecto de esas masculinidades deberá detenerse en las Ligas Patrióticas y los modelos que “imita” (Ku Klux Klan, Juventudes Fascistas y nacional-socialistas, germanófilas o no), como señalé.

Además de comprender que existen relatos y acontecimientos compartidos por las clases subalternas internacionalmente se comprende que la respuesta de la clase política que ostenta la hegemonía, frente a la presión de los movimientos sociales de esas clases, fue también homologable en términos internacionales.

Fundamental, sobre todo para Arlt, será la asunción del nacionalismo de “derechas” en Argentina, proveniente de la recepción del fascismo italiano de Mussolini; a su vez, se puede apreciar en la creación de algunos de los personajes de este autor el influjo de las realidades derivadas de las sectas, sociedades secretas y, en el sustrato, de una particular visión comparativa, que desarrolla Arlt, entre la administración política de un país (macrocosmos) y la estructura organizacional de una secta de ciencias ocultas (microcosmos). Estas ideas encuentran su sustento en al menos dos trabajos importantísimos que serán abordados en su momento preciso: de José Amícola, *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* es fundamental para comprender la relación de los referentes con los referidos a propósito de la influencia del discurso fascista, principalmente, en la Argentina de Uriburu; y de Rose Corral, “Ficción y crónica en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*” (antologado por Goloboff) es un estudio en el que se observa la relación entre la textura ficcional narrativa y la crónica respecto de, junto con otras concomitancias, las sociedades secretas y la articulación política de Argentina, en la época tratada.

Otro tanto se observará en la narrativa de Rojas, respecto del anarquismo en sus múltiples vertientes (documentadas en la época del tiempo de la narración de las novelas del corpus), del influjo de los estudios psicológicos y de los discursos de las nacientes ciencias sociales y del positivismo en las ciencias ya afincadas en el discurso occidental.

Sin duda, ambos autores, con las diferencias que se acusarán en su momento, son críticos del capitalismo oficial que vertebra la construcción de los relatos modernizantes de las respectivas naciones que habitan los autores; Arlt es mucho más satírico que Rojas, quien es, a su vez, más “optimista” respecto de las posibilidades de las masculinidades subalternas que representa.

1. 1. 2. Contra escollos y tormentas, la nave de la vida social zarandeada. Contextos

A principios del s. XX, en Chile y Argentina el paradigma económico y político instalado desde las independencias nacionales se precipita o “evoluciona” hacia los primeros centenarios, evidenciando un capitalismo industrial o extraccionista fundacional. Desde una perspectiva crítica respecto de la influencia de ese capitalismo y de las decisiones de las elites políticas y económicas en la conformación de las comunidades humanas, abordaré los primeros treinta años del s. XX, en Chile; posteriormente, los de Argentina. Cuando sea pertinente, los contrastaré. Respecto de esa “evolución” solo en el ámbito jurídico, brevemente, un comentario de Luis Emilio Recabarren, tomado de su análisis *Ricos y pobres*, original de 1910, editado por LOM en el Bicentenario de la Independencia de Chile (como un claro gesto de crítica social):

El movimiento judicial y penitenciario del país nos prueba de una manera evidente el desastre moral de nuestra sociedad, durante los cien años que han transcurrido para la vida de la República. La magistratura del país ha perdido todo el prestigio que debió conservar o de que debió rodearse. Yo no podría afirmar si los procedimientos judiciales

que estuvieran alguna vez dentro de la órbita de la moral. Pero lo que puedo decir es que [sic] debido al desarrollo intelectual natural del pueblo, éste [sic] ha llegado a convencerse de que la Justicia no existe o de que es parte integrante del sistema mercantil y opresor de la burguesía.

Yo he llegado a convencerme de que la organización judicial solo existe para conservar y cuidar los privilegios de los capitalistas. ¡Ojalá, para felicidad social, estuviera equivocado! La organización judicial es el dique más seguro que la burguesía opone a los que aspiran a las transformaciones del actual orden social (15).

Las palabras de Recabarren, tan actuales, han de haber resonado con estruendo entre quienes, apenas a tres años de la matanza de la Escuela Santa María de Iquique (solo por mencionar uno de los más citados genocidios americanos de principios del s. XX), veían el largo comienzo de una serie de pactos “republicanos” falaces, entre los que la instrucción pública se transformaba en adoctrinamiento nacionalista, las leyes laborales como la previsión social y el ahorro para la vejez estaban constituidas por un monto esquilmo de los magros salarios y no desde un aporte del empresario, como indicaba el proyecto original de la FOCh (Ley 4.054 de 1924 (Muñoz Cortés, 51)), entre otros múltiples ejemplos.

A fines del s. XIX, los modos de producción material y cultural, los principios éticos rectores y la administración del gobierno detentados por la oligarquía entran en crisis, principalmente por la eclosión de movimientos sociales de las clases subalternas, compuestas por las clases proletaria–campesinas y pequeño–mediana burguesas (funcionarios de “cuello blanco”; pequeños comerciantes; prestadores de servicios, entre otros), de “extracción” popular y mayoritariamente también migrantes: desde la “problemática” Europa hacia la Argentina o desde el norte empobrecido y el sur latifundista hacia Valparaíso y Santiago, en el caso de Chile (aunque en ambos casos hay flujos migratorios desde el campo hacia la ciudad y de clases

populares europeas (perseguidas políticas y empobrecidas por algunas de las guerras anteriores a la Primera Guerra Mundial, por esta misma y posteriores) hacia Sudamérica).

En primera instancia, las tensiones entre liberales, radicales y demócratas por el control del mercado y la producción, conflictos que se arrastran desde la instalación de las políticas peluconas por sobre las de los liberales–pipiolos¹⁰, acusan que, con el cambio de siglo, se vuelve necesario, en términos de mercados internacionales, modernizar los medios de producción para optimizar las ganancias. En rigor, esto provocará una pérdida de legitimidad de la “construcción estatal” que se venía llevando a cabo.

Desde 1880 (ca.) hasta 1930, anarquistas (kropotkianos, bakunistas, nihilistas, malatestianos, neomalthusianos, seguidores de Ferrer y Cuadra, entre otras muchas variantes que incluyen el anarcofeminismo, el vegetarianismo y la vida sana, la expropiación armada así como el pacifismo (o al unísono)), marxistas (socialistas y comunistas), cristianos, nacionalistas (de tendencia comunista o fascista), provenientes de las clases populares (urbanas o rurales) y de la naciente clase “pequeño burguesa” (pequeños comerciantes, prestadores de servicios, funcionarios públicos y burócratas: empleados de “cuello blanco”), formarán una alianza con la mediana burguesía, con el objetivo de desplazar a la oligarquía dominante de la posición hegemónica y mediante vía parlamentaria y jurídica asentar las bases de una nueva manera de comprenderse como una comunidad nacional (Para Chile: Muñoz Cortés, *Sin dios ni patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890 – 1990)* 16. Para Argentina: Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890 – 1910* 77). Posterior a ese período, diversos movimientos históricos y políticos generarán otras derivas

¹⁰ En *Historia contemporánea de Chile I*, Salazar y Pinto comentan la conformación del Estado, las mutaciones de su “estabilidad”, el establecimiento de su “legitimidad” y la relación–tensión con la “sociedad civil” respecto de la “gubernabilidad”. Las diversas coyunturas que van desde 1805 (ca.) hasta 1860 permiten hacerse una imagen panorámica de una serie de conflictos de intereses entre paradigmas filosóficos y económicos en oposición. De un lado, los pipiolos considerados social–republicanos, con un tipo de modelo de desarrollo económico interno y “sustitutivo” de las importaciones y, del otro, los pelucones, pseudo–aristocracia constituida por los mercaderes más ricos, santiaguinos preeminentemente que controlaban los mayorazgos de tierras, mantenían la polémica política por el control de la narración del relato nacional (31–7).

en el quehacer popular, respecto de la organización, administración y gobernabilidad del “Estado”. En este contexto, las variopintas clases populares se encontrarán con más tensiones, polémicas y traiciones que con pactos y contratos honestos.

Una primera apertura estatal se registra hacia 1860 con el establecimiento de una reconciliación entre liberales y conservadores, anotándose, en ese contexto, un esfuerzo por legitimar un Estado que, para la “baja” sociedad civil principalmente, es del todo ilegítimo. Esa apertura estatal hizo que la oligarquía perdiera poder vertical, pero que ganase consistencia horizontal; así, absorbió a liberales, radicales y, posteriormente, a demócratas. El autoritarismo arrastrado desde el “estado de 1830” se disfraza de parlamentarismo, aunque en la práctica se trata de una pugna por homogeneizar el control del Estado que es, en buenas cuentas, controlar el Mercado. (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 37–9).

Mientras, a propósito de la crisis política de 1891, explican Salazar y Pinto en *Historia contemporánea de Chile I*,

La ‘baja’ sociedad civil, vigilante de todo eso, permaneció junta en sus redes y organizaciones. Aprendiendo, de sí misma, civismo y participación. Argumentando proyectos y alternativas. Autónoma. Acumulando legitimidad, opinión, auténtica “moral republicana”.

Su agitación pública y política callejera fueron rápida y sangrientamente ‘pacificadas’ por el Ejército. No se le dio el trato político del diálogo y la argumentación. No se asumió el lenguaje que ella misma usaba. Una y otra vez, sobre ella (en 1890, en 1903, en 1905, en 1906 y en 1907) se extendió la ya conocida “seriedad de la muerte” (39).

Desde esa síntesis panorámica de fines del s. XIX y principios del s. XX a los conflictos derivados de la exportación de alimentos, el encarecimiento de la vida, la situación de la vivienda obrera y la promulgación de la ley de residencia, transcurren los primeros albores de dos de las naciones sudamericanas. Esos 30 años, que en Argentina ven la aparición de *Lsl* y de

Ll y que son el tiempo del mundo representado en *Hdl* y en *Scm*, presentan múltiples cambios sociales y culturales entre la “baja” sociedad civil que derivan en una presión hacia la “alta” sociedad, encargada de la administración de la “governabilidad, estabilidad y legitimidad” de la “construcción estatal”.

Raymond Craib lo sintetiza en *Santiago subversivo 1920*, de la siguiente manera,

En el periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, las tensiones sociales y económicas que habían sido controladas poco tiempo antes, al menos parcialmente, amenazaban con estallar, una impresión que se profundiza cuando se observa el ascenso político de una amorfa clase media y la integración política de la clase trabajadora. Dado el contexto, «el país no puede ser ya gobernado como un feudo de unas cuantas familias afortunadas», proclamaba un diputado en el Congreso. Como en gran parte del mundo en ese entonces, de Barcelona a Pekín, de Sidney a Atlanta [de Santiago a Buenos Aires, de Lima a La Paz], la combinación de recesión de posguerra, crisis política e inspiración revolucionaria creó una embriagadora mezcla de posibilidad para algunos y de temor para otros. Lo que vino fue la violencia. Pese a los reiterados esfuerzos por parte de muchos por criminalizar a las voces opositoras, y de caricaturizar a los anarquistas y otros como progenitores de la violencia, fue la clase dominante de Chile la que escogió la fuerza sobre la ley (26).

En ese contexto, medianamente similar al de Argentina en la misma época, como verá posteriormente, Chile se convulsiona entre tasas de mortalidad infantil altísimas, migraciones forzadas, Ligas Patrióticas, persecuciones políticas y prisión (“enemigos internos”), expulsiones masivas de peruanos y bolivianos (“enemigos externos”), gobiernos insípidos y movimientos sociales transversales como la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN). En ese contexto referencial se inscribe el universo referido en las obras de Manuel Rojas que se estudian en esta tesis.

Particular atención tendrá el complejo problema de Alessandri y las clases “medias”, como se verá más adelante.

Ahora bien, la AOAN en su propositiva protesta marca un precedente para la construcción de un contexto en el que las clases populares (proletariado y artesanado urbano, campesinado) y la pequeña y mediana “burguesía” (estudiantes, funcionarios públicos, prestadores de servicios, pequeños comerciantes) se unan en un frente amplio (anarquistas, marxistas, cristianos, demócratas) para encarar las políticas públicas que rigen las importaciones y exportaciones de alimentos, así como su producción y comercio interior¹¹. Sin embargo, las protestas masivas de la AOAN de 1918 y 1919, no son las primeras movilizaciones intergremiales¹² que evidenciaron la agitación de las clases populares; ni son las primeras acalladas con persecuciones, encierros, militarización policial, leyes marciales y otros mecanismos mediante los que la neo-oligarquía, el nuevo gobierno de unos pocos por sobre muchos, protege sus intereses y aniquila las disidencias. Así, “El ideal de progreso y civilización que acuñaron las elites se vio seriamente cuestionado y la crisis social se hizo sentir con una serie de trágicos episodios, tales como las tristemente célebres matanzas de obreros [y obreras] en los primeros años del siglo XX: Valparaíso, 1903; Santiago, 1905; Antofagasta, 1906 e Iquique, 1907” (Plaza Armijo y Víctor Muñoz Cortés, “La Ley de Residencia de 1918 y la persecución de los extranjeros subversivos” 109).

¹¹ Desde el principio de las luchas de las clases populares, contextualizadas en “la cuestión social”, las/os anarcocomunistas trazaron el camino del internacionalismo proletario, estableciendo que, más allá de los estados nacionales, las sociedades se dividían en dos grupos: el grupo opresor y el grupo oprimido. Este segundo grupo, heterogéneo y plural, era convocado desde el anarcocomunismo, ya a fines del s. XIX e inicios del s. XX, para que se uniera en una lucha común contra el grupo opresor. Antes del “Frente Popular” en Chile, del bloque peronista en Argentina, de la Alianza UGT-CNT en España, antes, inclusive, del tardío llamado de Dimitrov en 1938 a generar un frente amplio en contra del avance del capitalismo y del fascismo mundial (Beverly, *Subalternidad y representación* 131-4), el comunismo anárquico (comunismo libertario, anarco-comunismo) considera fundamental el principio del internacionalismo proletario.

¹² Empleo el concepto “gremio” en su acepción más llana que es la que denota a un conjunto de trabajadoras/es de un mismo o complementario oficio. Debido a que, en el período estudiado, el “gremialismo” de mediados de la década de los sesenta no existe, y se empleaba en esos primeros treinta años del s. XX conceptos como gremio, sindicato, grupo de estudio, sociedad de resistencia (entre otros), me parece que no hay razón alguna para confundir el campo conceptual en el que estoy posicionando esta investigación. <https://dle.rae.es/?w=gremio> Consultado 25 de noviembre de 2019.

En este contexto, Raymond Craib en *Santiago subversivo 1920* observa la implementación de la Ley de Residencia (1918), cuya aplicación implica la expulsión del activista Casimiro Barrios y las fatales consecuencias que tiene respecto del movimiento anarcosindicalista de alta presencia en la Federación Obrera de Chile (FOCh) y en la seccional de *International Industrial Workers* (IWW); ambos grupos efectivos participantes en la AOAN (37, 45, 53); es en este contexto político en el que el poeta José Domingo Gómez Rojas es encarcelado, aislado y conducido a la muerte, el mismo que impulsó a Manuel Rojas, entre otros, a dedicarse a la literatura.

En este contexto de alianzas intersindicales e internacionales, el brazo armado de la hegemonía práctica y concreta, es decir, quienes resguardan mediante el uso del terror y la violencia a quienes detentan el poder, conformados como “oligarquía” del s. XX en tanto sigue siendo un grupo minoritario que rige los destinos de las clases medias y de las clases populares, realizan, asimismo, alianzas para perseguir, deportar y controlar a los agentes subversivos que atentan contra la “construcción estatal”, los denominados “enemigos internos”. Así, Craib comenta que

Dado que se habían reunido en gran medida para coordinar sus esfuerzos en la persecución y captura de presuntos anarquistas, los asistentes a la Conferencia Policial Internacional en Buenos Aires deben haberse deleitado con la ironía de que su anfitrión argentino inaugurase las sesiones invocando el concepto de «apoyo mutuo». Era febrero de 1920 y se reunían los representantes de Perú, Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Brasil y Argentina para forjar un acuerdo que facilitase el trabajo policial a través y al interior de las fronteras de varios signatarios y los alentase a coordinar sus esfuerzos policiales para suprimir la subversión. (*Santiago subversivo 1920*, 67).

En primer lugar, es un hecho consabido que no requiere constatación que la policía y el ejército reciben órdenes. En segundo lugar, si los esfuerzos de las clases populares y medias

por generar alianzas para acceder a la construcción estatal o al tipo de administración política que les fuese óptima es evidente históricamente, también es real que la hegemonía buscaba a toda costa preservar y proteger el orden instituido, articulándose internacionalmente para ello. En tercer lugar, debe considerarse que mediante los recursos de comunicación de “masas”, las clases dominantes y otros organismos políticos articulan un terror al “maximalismo”, representándolo como foráneo, explosivo, terrorista, violento, prosoviético, properuano, antinacional, criminal, delictual, “apache”, salvaje, retrógrado, expandiendo una ola de alienación entre los mismos grupos subalternos, que bajo esa lógica de control cultural e ideológico desarrolla sus más férreos defensores. (Craib, *Santiago subversivo 1920* 68–9).

La Conferencia Policial Internacional, ni la primera ni la última de su especie, permite comprender los modos de responder que tiene la hegemonía, mediante su brazo armado, a las exigencias de las clases populares y medias¹³.

Solo para mencionar un ejemplo argentino inmediatamente posterior a la Conferencia Policial Internacional, Adamovsky relata el caso de Río Gallegos, lugar en el que se organizaron diversos gremios en torno a una Federación Obrera. Antonio Soto, 23 años, de ideas anarquistas, junto a otros obreros de diversas procedencias, lograron mediante la huelga una serie de reivindicaciones laborales establecidas en un pliego firmado por los terratenientes, agrupados en la Sociedad Rural y la Liga Patriótica (apoyados por la embajada británica); el pliego fue firmado luego de la negociación llevada a cabo por el teniente coronel radical Héctor Varela, enviado por Yrigoyen. En primera instancia la victoria fue obrera; sin embargo, los estancieros incumplieron el convenio firmado, la prensa porteña inició la campaña de criminalización del

¹³ Respecto de este Congreso Internacional Sudamericano de Policía, Verónica Valdivia Ortiz de Zárate observa que, en el contexto de la aplicación de la Ley de Residencia, se inicia un proceso de militarización de lo socio-político (*Subversión, coerción y consenso* 61). Con una clara justificación de preservación del orden, que garantice la coerción, en tanto extirpación del “enemigo interno”, y de concesión, dado que mediante dicha ley se transa con los diferentes representantes en el Congreso, la negociación que se lleva a cabo es coercitiva porque instala la “paz armada”, pero es concesiva porque, aunque sea de modo doloso, se aprueban leyes laborales y de seguridad social, que indiquen una “buena voluntad” de las clases dominantes.

movimiento anarquista y obrero (“bandoleros anarquistas” y “complots chilenos” para apropiarse de la Patagonia; similarmente, en Chile se acusaba a la Fech, por ejemplo, de ser properuana); estos estancieros consiguieron que Yrigoyen enviase tropas nuevamente a la zona patagónica. Así, “Yrigoyen volvió a enviar tropas, nuevamente al mando de Varela. Pero esta vez el teniente coronel llevó órdenes distintas. Al llegar a Santa Cruz decretó la ley marcial y anunció la pena de fusilamiento para cualquier desacato” (*Historia de las clases populares en la Argentina...* 107). El resultado fue el fusilamiento, sin juicio ni defensa, de más de seiscientos obreros que fueron engañados por Varela quien, bajo la promesa de respetar sus vidas, los hizo entregarse. Trece años antes, en Iquique, un 21 de diciembre, se llevó a cabo una idéntica solución para el problema de la miserable vida que llevaban las familias obreras del salitre.

Ahora, la ‘baja’ sociedad civil, como la llaman Salazar y Pinto, en tanto considerada ‘ciudadanía’, desde la dimensión legal impuesta por el poder central, debe cumplir con una serie de características que no siempre cumplen las clases subalternas o populares. Una mujer, un mapuche, un afrodescendiente, un/a analfabeta/o no son ciudadanas/os, en términos legales, pero sí son ‘sujetos populares’. Esta breve intuición que deriva en la reflexión siguiente está basada en las conclusiones que puedo extraer de la lectura de Adamovsky, Pinto, Valdivia, Suriano, entre otras/os estudiosas/os. De ahí, el tono especulativo inferencial que anticipo.

Respecto de lo anterior, el argumento para asesinar, bajo el concepto de fusilamiento, a los sujetos populares “nacionales” y extranjeros está radicado en la idea de nación, ¿en tanto esa idea de nación es excluyente respecto de ciertos tipos de identidades subalternas (pueblos originarios, afrodescendientes, mujeres, ácratas)? ¿O será necesario reconocer que los relatos, como los de Rojas o los de Arlt, que se hacen cargo de las realidades traumáticas de los relatos nacionales son solo especulación ficcional narrativa? ¿Por qué estas identidades masculinas subalternas, particularizando a un segmento de los amplios grupos subalternos, pueden ser consideradas “enemigas internas”, si son, al mismo tiempo, nacionales? Más aún, parafraseando

a Frantz Fanon, ¿no es el ejército o la policía nacional la que ejecuta las órdenes de las elites nacionales como si se tratase de colonizadores que actúan con el garrote frente a las/os subalternos “nacionales” que deben ser “pacificados” en su condición de revoltosos, antipatriotas, “internacionalistas proletarios”? ¿No se les trata, acaso, a estos grupos, descontando la obvia colonización contra los pueblos originarios de América del Sur, como si se tratase de “colonizados” en abierta y franca rebelión? En efecto, la lucha de clases entre las clases subalternas rebeldes y las clases dominantes tiene características específicas que no requieren comparación con las luchas anticoloniales; sin embargo, no podía dejar pasar la oportunidad de realizar esta inferencia, principalmente, porque las articulaciones políticas ácratas son antinacionalistas y apátridas, lo que implica una lucha frontal contra la explotación pero también contra la idea político-económica de “nación” (no contra la idea telúrica de tierra que se habita ni de idiosincrasia ni, mucho menos, de cultura local). Un complejo problema que solo abordaré puntualmente cuando ahonde en los personajes indocumentados que Rojas desarrolla en sus ficciones narrativas.

Desde la perspectiva política de la construcción de una historia social de la literatura, de la que esta tesis es solo una muestra, el pacto entre las clases populares y las clases medias que supuso una construcción estatal novedosa, aparece como un proyecto frustrado para la ‘baja’ sociedad civil; Rojas evidenciará en *Hdl* y *Scm* las múltiples dificultades que enfrentan las clases populares y subalternas para posicionarse en el relato nacional moderno. Particularmente los subalternos masculinos, debido a una serie de operaciones políticas quedan excluidos o parcialmente excluidos de esa configuración “meritocrática” de la nueva construcción estatal. El fracaso del grupo, o de la comunidad, no es necesariamente el triunfo (parcial o eventual) del individuo Aniceto Hevia, cuya narración de final abierto en el desenlace de *Mejor que el vino* supone que no han culminado sus vicisitudes. La *confesión* de Augusto Remo Erdozain, en el caso de la novela en dos partes de Arlt, permite indagar en la constitución criminal de un

sistema social ficcional que colinda peligrosamente con el criminal sistema social del plano referencial; al punto que solo Barsut podrá evidenciar un triunfo individual mediante la explotación capitalista de sí mismo, posibilitada por los *mass media*.

La mirada de la historia social sobre el Alessandri de 1920 indica, de modo agudo, que el hecho de

Que algunos segmentos de la ciudadanía hayan creído en su ‘palabra’ de 1920 (después de todo, era el ‘logos’ para masas entrando por primera vez en la escena pública), o que el propio Alessandri intuyera ... que era ya tiempo de ‘dialogar’ en vivo con la sociedad civil, no significa otra cosa sino que los tiempos del autoritarismo y del oligarquismo habían pasado. (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 44).

Controversialmente, e indicaré más adelante de qué modo, pareciese que esos tiempos habían sido superados, pero en la práctica política, el autoritarismo oligárquico mutó en un liberalismo demócrata que acentuó las lógicas de explotación, permitiéndole a las clases dominantes desarrollar modelos políticos que asentarán la legitimidad de la explotación y la regulación de la participación democrática respecto de las clases populares–subalternas y de sus proyectos de conformación de colectividad (nacional o no). Asimismo, en la lectura que realizo de este arco histórico, se acentuaron las estrategias de exclusión–inclusión de la vasta clase popular (o sociedad civil, baja o “media”), mediante el sindicalismo legal, el desarrollo de la policía y la industrialización del aún superviviente artesanado. Constató que Alessandri ni fue un ‘líder popular’ ni, en ningún caso, llevó a cabo el programa político que la ciudadanía (AOAN, IWW, FOCh, FECh, Sociedades de Resistencia y oficios varios, clases populares y medias) discutió y propuso en una actividad de organización civil y *gobernanza*.

Así, la Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales (1925) elaboró una propuesta de Constitución que Alessandri ignoró. En términos administrativos designó un comité conformado por políticos para construir una Constitución que “dejase atrás” la de 1833,

aunque en la práctica esa nueva constitución obvió la participación ciudadana y obliteró a las clases populares, reformulando la de 1833. Así, asentó en el poder a una suerte de remozada oligarquía de alta burguesía (mercaderes magnates y no comerciantes de mediana o baja burguesía; aristocracia solo por compra de títulos nobiliarios), una élite militar (los altos mandos y no la baja y joven oficialidad ni mucho menos la base soldadesca), una casta política (ni los gremios ni los sindicatos tenían representación, si no era mediante los partidos oficiales) (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 46).

Antes de ahondar en el conflictivo período político del régimen del coronel Carlos Ibáñez del Campo, conviene anotar un par de puntos más sobre el primer momento gubernamental de Arturo Alessandri Palma. Quiero adelantar que el régimen dictatorial de Ibáñez del Campo es parcialmente coincidente con el de José Félix Uriburu en Argentina (1930–1932), gobierno breve de cuño fascista–nacionalista–católico con el que se administra la nación de modo similar al chileno; ese régimen argentino destituyó por la fuerza de las armas a Hipólito Yrigoyen (1928–1930, segundo período), penúltimo presidente radical argentino (Unión Cívica Radical); luego, mediante unas elecciones cuestionables, Uriburu es sucedido por Agustín Pedro Justo (1932–1938), el que recibe todo el apoyo de la dictadura militar “corporativista”. Así se inició la Década Infame. Posteriormente, se inaugurará el extenso período del peronismo, que no es materia de esta investigación, dado el estricto contexto histórico cultural de *Lsl* y de *Ll* (Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario* 31–40).

Ahora bien, Alessandri es comparado con Portales, pues así como Portales se apropió durante su administración, como ministro, del período de construcción estatal (1828–1850), Alessandri hizo lo propio con un período en el que la presión social, la crisis económica posterior a la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión (1929), entre otros factores como el advenimiento del fascismo (1922) y la Revolución Rusa (1917), supuso una rearticulación de

la construcción estatal, en la que se legisló en nombre del pueblo, a espaldas del pueblo (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 43).

Así, como señalé anteriormente, “Alessandri *no* lideró ni implementó el proyecto constitucional levantado por los movimientos sociales y la oficialidad joven del Ejército, sino el propuesto por la propia clase política parlamentaria y la alta oficialidad del Ejército, que era radicalmente opuesto al primero [el de la Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales]”. (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 43).

Sintéticamente, Salazar y Pinto comprenden que la construcción estatal que se inició en 1925, hacia 1970 era

una enorme “máquina” no sólo de tipo productivista sino además “populista”. Así, de haber sido fundado por Alessandri como un Estado político-liberal, oligárquico y presidencialista, se transformó después en un Estado Empresario, Desarrollista y Social-Benefactor. Para lo cual no fue necesario (como no lo había sido en el siglo XIX) reformar la Constitución de 1925. Bastó para ello apostar, no a la legitimidad ciudadana, sino a *la sola legitimidad de la ley*. [...] Si el de 1833 murió de enanismo parlamentarista, el Estado de 1925 agonizó de gigantismo burocratista. (*Historia contemporánea de Chile I* 47).

Lo anteriormente citado tiene consecuencias políticas y administrativas respecto de los movimientos sociales que desde 1932, y con anterioridad, constituyen “formas territoriales de poder popular” (Salazar y Pinto, *Historia contemporánea de Chile I* 47). Esos movimientos, impelidos por la situación económica, social y laboral, articulan modos de ciudadanía con los que establecen fuertes tensiones con el proyecto hegemónico nacional, del que son excluidos en la práctica, a través de la violencia de la legitimidad de la ley. Eso implica que esos movimientos generan lógicas de resistencia y rebeldía al orden instituido, aunque la presión que ejercen es, la mayoría de las veces, disuelta con la legitimidad del uso institucional de las armas (matanzas, persecuciones, encarcelamiento, deportación, tortura, desaparición), y si existe

algún “cambio” democrático en el aparato legal, se le atribuye al movimiento social el triunfo “civilizado” y “ciudadano”; pero, en rigor, es la oligarquía o la neo-oligarquía la que sopesa la conveniencia de los cambios macroestructurales.

Dentro de este contexto de los primeros treinta años del s. XX se inscribe el tiempo del universo narrado en *Hdl* y en *Scm* por Aniceto Hevia, el narrador y personaje que el escritor Manuel Rojas creó.

Extenso y poco atinente para el contexto de esta investigación sería tratar todos los procesos históricos y políticos que suceden al primer gobierno de Arturo Alessandri. Es comprensible que, frente a su discurso populista, la reacción de los conservadores, particularmente manifiesta en su órgano de prensa (*Diario Ilustrado*), mostrase un profundo encono que derivó en acusar al mandatario de la Constitución de 1925 de arrastrar la estabilidad nacional a la crisis, fomentando de diversas formas el que los “buenos obreros nacionales” se contaminasen de doctrinas ajenas, foráneas y maximalistas (Valdivia, *Subversión, creación y consenso...* 54–5). Esta crisis impulsó, como en otras ocasiones futuras y pasadas, a buscar la protección de la legitimidad del orden y la ley en el brazo armado, en el Ejército. De tal modo, se produce una de las tantas fracturas de la democracia chilena, cuyo caudillo populista es Carlos Ibáñez del Campo¹⁴.

Entre 1927 y 1931, la población de la localidad denominada Chile se ve sacudida con una dictadura militar de corte nacionalista y de fuerte crecimiento de un Estado burocrático; el coronel Ibáñez asumirá bajo su control una serie de petitorios sociales que cumplirá a medias o que, maniqueamente, cumplirá en beneficio de algunos y en desmedro de otros. En tanto figura

¹⁴ En *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918–1938)* (Valdivia 39–41) se puede observar una lectura interpretativa de las políticas de Alessandri como subversivas por la Unión Nacional, expresión del conservadurismo. En nota al pie 34, Valdivia señala que el conservadurismo argentino sindicó como subversivos a los radicales (y su cabeza, Hipólito Yrigoyen) de modo similar al modo en el que lo hizo la Unión Nacional. Me parece relevante que la historiadora perciba las concomitancias que se dan, por esta época, entre los países del extremo sur del Cono Sur y las lógicas de instalación (o permanente restauración) del capitalismo patriarcal “oligarquista”.

masculina es inevitable comprenderlo como una suerte de Mussolini, Hitler y Stalin, totalmente local: un “héroe” masculino y acomodaticio que orienta sus decisiones con el fin de mantener una lógica populista de aceptación, con un discurso tan plástico que le permitirá inclusive postularse a la presidencia en dos ocasiones, con otros discursos y con un semblante “cívico”. El gobierno dictatorial de Ibáñez fue interrumpido por otra sublevación militar que instaló, por breve período, una República “socialista”¹⁵.

En términos de masculinidad, de modo similar a como se dio con Uriburu, la figura de Ibáñez genera aversión y seducción. Ibáñez, más que un golpe militar como el de Uriburu¹⁶, preparó un golpe autárquico dentro de las lógicas democráticas, haciéndose con varios cargos ministeriales durante insípidos gobiernos anteriores, hasta que Emiliano Figueroa (1927, presidente) renunció e Ibáñez, ministro de Guerra y del Interior, “asumió constitucionalmente la vicepresidencia y convocó a elecciones en las que él fue el único candidato, alcanzando, como era de prever, una abrumadora mayoría” (Moulian, *Fracturas* 76).

En este contexto, de modo similar al gobierno de Sanfuentes, primero, y al de Alessandri después, soterradamente, Ibáñez realizó un primer gobierno abiertamente dictatorial en el que “Se atropellaron los derechos civiles, hubo relegaciones, exilio¹⁷, persecución sindical y política. Ibáñez pretendía gobernar por encima de los partidos” (Moulian, *Fracturas* 76), tal como se plantease para Uriburu, desde una lógica católica nacionalista, respecto de la “satanocracia moderna” del estado liberal (Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario* 42).

¹⁵ Posterior a esa República, desde 1938 y hasta 1952 se suceden los gobiernos del Frente Popular, dos de ellos interrumpidos por la muerte de los presidentes (Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos) y el tercero, el de Gabriel González Videla, memorable, en clave negativa, por la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia (1947), pierde apoyo popular (en el contexto en el que a los comicios presidenciales asiste como votante menos del 20% de la población), y es sustituido por el ahora electo democráticamente caudillo “popular”, Carlos Ibáñez del Campo (1952–1958). Una sorprendente historia de hombres que prometen coaliciones de gobierno, poniendo “paños fríos” en las polarizaciones políticas, de un modo tal que fomentan la polaridad política hasta sus últimas consecuencias. (Moulian, Tomás. *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938–1973)*. LOM: Santiago, 2014. Capítulos III y IV, principalmente).

¹⁶ “Uriburu nació para ser grande en el rodar eterno de los tiempos, Dios lo besó en la frente” *Bandera Argentina* (1 de septiembre de 1932), citado por Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario* 49.

¹⁷ Víctor Muñoz Cortés, en *Sin dios ni patronos*, hace alusión a la Isla de Más Afuera (Isla Alejandro Selkirk) (53), lugar de exilio de anarquistas y otras individualidades de divergencia política al régimen de Ibáñez. Una Siberia local o en el ejercicio comparativo con Argentina, la propia Ushuaia, de la que no había retorno.

Ahora bien, tal como indica Amícola¹⁸ respecto del “eclecticismo político” de Mussolini, Ibáñez se construyó como un caudillo populista de discurso acomodaticio, a diferencia de Uriburu, de quien se decía que era un *duce* natural (como Mussolini) que mantuvo un discurso fijo de nacionalismo católico. Así, cuando Ibáñez se presenta a elecciones presidenciales como candidato en 1938 y, luego, en 1942 y, nuevamente, en 1952, modificó cuantas veces fuese necesario su discurso y, principalmente, sus alianzas; aunque siempre fue consecuente con un caudillismo personalista, antipartidos, que podría inaugurar un ibañismo local. Solo para ilustrar, y sobre todo considerando que este es un modo de configurarse una identidad masculina de índole mediática y ejemplarizadora (no en vano alcanza figuración y trascendencia histórica), Ibáñez, en 1938, se presenta a las elecciones presidenciales “apoyado por una combinación política llamada Alianza Popular Libertadora, integrada por la Unión Socialista [de inclinación anticomunista], el Movimiento Nacional Socialista [los llamados “nacis” chilenos] y los independientes ibañistas [entre los que se contaban algunos anarquistas que se habían cambiado a las líneas del *fascio*]” (Moulian, *Fracturas* 77). Además, se autodenominó antifascista y anti-imperialista en su momento; transó con capitales estadounidense en otro momento y, sintomáticamente, luego de perseguir comunistas, en su período presidencial de 1952 derogó la Ley de Defensa de la Democracia, promulgada por su colega, Gabriel González Videla. Un tipo masculino ejemplar, el susodicho Ibáñez, quien modifica sus discursos y

¹⁸ Amícola en *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* cita una declaración de Mussolini (1919), publicada en *Il Popolo d'Italia*, con la que ejemplifica tanto el “rostro de Jano” del fascismo como las estrategias demagógicas del “duce”. Así: “Noi ci permettiamo il lusso d'essere aristocratici, conservatori e progressisti, reazionari e rivoluzionari, legalisti e illegalisti, a seconda delle circostanze di tempo, di luogo, d'ambiente nelle quali siamo costretti a vivere ed agire” (citado por Amícola 39). No hay suficientes estudios que nos permitan ahondar en el conocimiento o desconocimiento que Ibáñez haya tenido de los discursos de Mussolini, pero es altamente probable que haya conocido más de alguna de sus declaraciones a través de la prensa o de comunicados de Ligas Patrióticas o de alguno de sus contactos con la realidad argentina, en la que Uriburu y su lectura del fascismo no pueden haber escapado a la realidad chilena. Esto queda en un ámbito puramente especulativo, por cierto. La traducción del fragmento es: “Nos permitimos el lujo de ser aristocráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, legalistas e ilegalistas, según las circunstancias del tiempo, el lugar, el entorno en el que nos vemos obligados a vivir y actuar”. Una “masculinidad ejemplar” para otra “masculinidad ejemplar”; en ese contexto, el hecho de que múltiples masculinidades de las clases populares hayan hecho gala de una “incondicional plasticidad”, muchas veces manejada por los discursos mediáticos, cambiando de un bando a otro, condenando o aceptando diferentes doctrinas, no es particularmente extraño o ajeno a su constitución identitaria.

posiciones, como tantos otros tipos masculinos, de acuerdo a la conveniencia del momento: una construcción de subjetividad moderna y apicarada, anclada en los modos de supervivencia que exigen las lógicas del capitalismo patriarcal y del liberalismo moral que posibilita la inadecuación entre una ética que se proyecta como discurso oficial y una ética personal que oculta múltiples vicios que esa ética oficial criminaliza.

En este contexto, múltiples consensos y coerciones han atravesado el quehacer político de las clases dominantes, repercutiendo en todos los sentidos del ámbito vital y cotidiano de las clases dominadas.

Así, los procesos que se arrastraban desde 1910 (y desde el asunto de la “cuestión social”), que ni Alessandri ni el Golpe Militar que lo exilió, ni tampoco Ibáñez ni luego el retornado Alessandri lograron resolver, aparecían una y otra vez con rostros similares de coerción y consenso. Una dialéctica tensionante en la conformación identitaria de las subjetividades, tanto masculinas como femeninas, dado que mientras se construyen simbólicamente triunfos respecto de legislaciones laborales, que garanticen el bienestar de la clase popular–obrero–productora, se desarrollan y refinan lógicas de coerción (persecución, proscripción, deportación, ilegalización) de esas mismas subjetividades. En *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918–1938)*, Valdivia comenta que la instalación de los debates políticos en torno a las regulaciones legales de los conflictos laborales (hasta antes de 1918), o la solución a las exigencias de los movimientos populares (obreros, tales como los que he venido comentando (IWW, FOCH, AOAN, entre otros)), no fueron llevados a cabo en un plano de consenso social entre las “masculinidades de arriba”, sino que permanentemente se generaron disputas frente a asuntos de resguardo de los privilegios y los intereses de la clase dominante; dicho de otro modo, si se llevaron a cabo consensos, que derivaron en prácticas legales (generación y aprobación de leyes), solo se lograron “equilibrando” esos consensos con el establecimiento legalizado de modos coercitivos de control social respecto de esas identidades

(feminidades y masculinidades) en lucha¹⁹, es decir, coartando el desarrollo de las “masculinidades de abajo” (siempre y al unísono, con formas tanto o mucho más represivas contra las “feminidades de abajo”²⁰). De este modo,

Reanudado el ciclo de huelgas a partir de 1912, y especialmente desde el fin de la guerra europea y su impacto sobre la industria salitrera y el empleo, ese tipo de represión [las masacres obreras] reapareció tras un letargo después de Santa María de Iquique. (Valdivia 31).

En ese contexto, una vez realizado el triunfo populista de Alessandri, el control social y la legislación laboral inician, de la mano, un largo camino por la senda de las represiones de la libertad de las clases populares, junto con el ejercicio de la disciplina nacional militarizada, para establecer una clase popular ordenada e higiénica, libre de elementos subversivos, porque lo subversivo debía tener límites claros: “el debate intraoligárquico comenzó por las huelgas, su naturaleza y límites, es decir, la relación que existía entre reconocer las demandas laborales, mantener la disciplina social y el control del poder. El problema no era solo aprobar leyes sociales”. (Valdivia *Subversión, consenso y coerción...* 34).

En una dimensión similar, Suriano comentará el declive del movimiento anarquista porteño frente a la captura de las exigencias del movimiento por la dimensión legalista que, posterior a la Década Infame, instalará, también con coerciones y consensos, una estructura legal para el control social y la producción industrial y campesina.

¹⁹ Tanto liberales como conservadores, según sus respectivos órganos de prensa (*El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*), entre 1919 y 1921, perciben las paralizaciones por solidaridad como una práctica social peligrosa con ribetes dañinos para el mundo de la producción nacional, dado que condenan el progreso al fracaso. (Valdivia *Subversión, coerción y consenso...* 35).

²⁰ Muchas veces se ha descrito la doble explotación de las feminidades, dado que son explotadas: “las de arriba” por las “masculinidades de arriba” y “las de abajo” por las “masculinidades de arriba y de abajo”. Múltiples son las reflexiones teóricas en torno al tema, por ejemplo: Federici, Silvia. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Trad. María Aránzazu Catalán Altuna. Buenos Aires: Tinta Limón, 2018

1. 2. Algunos hombres anticapitalistas que no alcanzan a ser antipatriarcales, a veces

Voy a evidenciar, en este momento inicial, una serie de procesos mentales que me llevan a establecer algunas hipótesis vinculadas en la raíz y el origen con la hipótesis originaria de esta investigación; en su debido momento demostraré con fuentes históricas lo planteado y, en el segundo capítulo, mostraré en las novelas cómo se articulan esas redes, solidarias o perniciosas, de masculinidades.

En la oscilación entre coerción y consenso, las masculinidades (al igual que las feminidades con sus propias especificidades) construyen identidades acomodaticias, en lucha, críticas, desgastadas, patéticas y patológicas, adictas a la represión, al militarismo y al control de lo nacional (en las cúpulas y en las clases dominadas), así como identidades en pugna y polémica, antimilitaristas y antinacionalistas, disidentes al poder central, al capitalismo, a la autoridad. Entre otros grupos, al menos, puedo por el momento, establecer como asociaciones de “masculinidades por abajo” a dos que se perciben, tanto en Argentina como en Chile: las disidentes respecto del poder y el capitalismo, no siempre con una postura disidente clara respecto del patriarcado, y las adictas al capitalismo, al patriarcado y al poder, quienes serán sus defensoras civiles y militares.

Las concomitancias culturales, políticas, económicas e históricas que se dan entre Chile y Argentina están condicionadas por el hecho de que los procesos de formación republicana, nacional y estatal estuvieron inspirados por motivaciones similares, al menos durante el s. XIX y principios del XX. Esa motivación similar puede ser sintetizada en una aspiración común a la modernidad capitalista, otorgada por diversos niveles de desarrollo técnico e industrial; por supuesto, hay particularidades en los procesos culturales, económicos, políticos y sociales que atraviesan el final del s. XIX y los comienzos del XX en Chile y Argentina, sin embargo, las semejanzas son escalofrantes al observar los modos en que se trata a las clases populares, sean

estas anarquistas y proletarias o campesinas o sean marginales y delictuales, cercanas a la “amoralidad”.

En un ámbito similar al anterior, aunque no es materia de esta investigación, observaré tangencialmente el asunto de la eugenesia, respecto de la higiene social, las migraciones, la conformación de los movimientos sociales y su consecuente persecución, en lo que respecta a Argentina, donde el proceso de “homogeneización higiénica de razas” es acusado y observable; y en Chile, en el que al menos en apariencia la “homogeneización racial” fue un fenómeno de fácil instalación entre las clases dominadas, observaré principalmente el caso de los “enemigos internos”, siguiendo a Craib.

La naturaleza de la oligarquía argentina, la conformación temprana de lógicas de explotación capitalista, la persecución de la disidencia, la solución de conflictos políticos y sociales mediante el asesinato, la cárcel y el destierro, emparentan a Chile y Argentina, dado que las clases dominantes de ambos países toman decisiones políticas similares; mientras que, en lo que respecta a la amplia clase popular, las relaciones de similitud se dan por las condiciones paupérrimas de vivienda, salud y educación, la inseguridad social, las tasas de mortalidad y hambruna, el hacinamiento en conventillos y un permanente relato de triunfo meritocrático, de representación gubernamental y triunfos parlamentarios que en Chile, como veré pronto, se habrían aplicado como parte del relato nacional y que en Argentina solo se habrían instalado, supuestamente, con Perón, en la década de los '50 del siglo pasado. Pero eso no es materia de esta investigación, Roberto Arlt fallece en 1942 y su obra narrativa, de ficción como tal, queda “sellada” con *El amor brujo* (1932), en el ámbito de la novela, y con *El criador de gorilas* (1936–7), su última antología de relatos breves (cuentos).

Propiamente tal, la obra de Arlt se circunscribe, anticipándola, a la Década infame; para comprender el “caldo de cultivo” en el que se forma el escritor, el cronista Roberto Arlt, anotaré

algunos fenómenos culturales, políticos y sociales que son fundacionales para el siglo XX en Argentina.

Antes de abordar directamente la situación argentina, en *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003*, Adamovsky realiza un comentario general, en la línea que he venido trabajando. Así, y de modo similar a Chile (si se me permite, a toda América; a todo lugar del mundo, donde las lógicas capitalistas son implementadas (implantadas, inseminadas) mediante el colonialismo, el poscolonialismo o alguna de las formas de control social asociadas al expansionismo y sus lógicas bélicas de imposición de lo “civilizado” por sobre lo “salvaje”), indica este autor que:

Desde tiempos de la colonia, las elites locales –en general asociándose a iniciativas de las elites de los países centrales– dieron pasos firmes para establecer un orden social capitalista, para aprovechar oportunidades de comercio, producción y enriquecimiento y para moldear una fuerza de trabajo predispuesta a ello. Las clases populares recibieron cada uno de esos pasos a su manera. Muchas veces los resistieron y trataron de defender sus modos de vida tradicionales [a]; otras veces los acompañaron, convencidas de que traerían mejoras [b]; otras, en fin, intentaron sacar al menos algún provecho para sí frente a una situación que percibían como inexorable [c] (17).

Adamovsky sintetiza en esas tres experiencias (a, b y c) de las clases populares respecto del proyecto nacional capitalista y “moderno”, enarbolado por la elite, múltiples modos de acción que se llevaron a cabo en esos primeros tres decenios del s. XX, no solo en Argentina, como ya sugerí, sino que también en Chile.

A, b y c son experiencias paradigmáticas de las clases populares. En el caso de las obras de Arlt, un híbrido extraño entre las tres puede ser medianamente explicativo de la pequeña burguesía dibujada en el retablo narrativo que implican las travesías de la Sociedad Secreta, los Espila y el universo porteño ficcional. En el caso de las obras de Rojas, sin duda, al menos para

Chile, las experiencias signadas como a y b guían los aconteceres de las cofradías de personajes a los que se pliega el solitario Aniceto Hevia, quien sea, quizá, un representante de la experiencia c, de un modo individualista (o anarcoindividualista).

Sin duda, al menos en lo que respecta a los contextos culturales de producción de las obras de Arlt, en los que se inscriben las particulares situaciones de enunciación, esas tres experiencias muestran derroteros perniciosos para las clases populares, dado que las consecuencias de la opción a, frente al proyecto de las elites dominantes, eran fatales para las clases populares, como se puede observar respecto de la realidad histórica y concreta de las matanzas y persecuciones ejecutadas por orden de las clases gobernantes. En el caso de la opción b, para Chile (siguiendo a Salazar y Pinto) y para Argentina (siguiendo a Adamovsky), las mejoras que llegaron fueron (y son) deficientes en todas las materias que se supone debiesen aplicarse (al menos, mínimamente, en salud, educación y vivienda, que eran tres ejes de lucha a principios del s. XX y siguen siéndolo hoy, a principios del s. XXI). Muchas de esas mejoras están garantizadas por la legitimidad de la ley, pero no están garantizadas en la práctica real y social, mediante materializaciones que no sean artificiosas, de un modo u otro. En estos tres decenios iniciales del s. XX, las leyes de arrendamiento, por ejemplo, respecto de los conventillos y la habitación obrera, muestran un triunfo de las clases populares, las que pronto se ven desengañadas de ese triunfo al comprobar la calidad de las viviendas, la especulación inmobiliaria o la usurpación (o expropiación) de títulos de propiedad por parte de las elites, entre otros modos de vulnerar, legalmente y bajo el amparo del poder y las armas, el aparente triunfo de las clases populares (Muñoz Cortés *Sin dios ni patronos* 44–53; 201–6).

En el caso de la opción c, lo inexorable del capitalismo de principios del s. XX derivó en la ruptura de los movimientos sociales de las clases populares producto del uso de las leyes coercitivas, el adoctrinamiento escolar y el modelamiento de los “cuerpos armados” (masculinos populares armados legales contra masculinos populares a veces armados e

ilegales), convirtiendo los modos de vida de las clases populares en prácticas incultas, perseguidas, inaceptables, criminalizadas (o en la actualidad, exacerbando lo chabacano y “guachaca” como un producto de consumo neoliberal, adquirible en cómodas cuotas de “chilenidad” o “argentinidad” que permitan al ciudadano globalizado sentirse parte de un relato identitario). La experiencia c, para las clases populares, es subsumirse al discurso oficial, comprendiéndose que, meritocrática e individualmente, podrían alcanzar algún magro beneficio del capitalismo moderno instalado desde las clases dominantes. Uno de los ejemplos sintomáticos de este fenómeno es el de los “funcionarios de cuello blanco” que engrosan las filas del aparato burocrático como servidores de clase baja que ascienden ridículamente de “posición social”²¹ desde el estrato alto de la clase baja al estrato bajo de la clase media, como mostraré más adelante.

Finalmente, en el caso de las opciones b y c, las clases populares quedan en un estado permanente de suspensión histórica, esperando el cumplimiento de las promesas de las clases superiores en la pirámide social porque, dado que la pirámide social existe, si las clases populares se autodeterminan o autoconfiguran son subalternizadas o criminalizadas y son mantenidas en constante pugna nacional e internacional y frustradas respecto de los bienes (simbólicos y reales) de la hegemonía.

La experiencia a es una respuesta efectiva y contundente a las materializaciones de los proyectos de las clases dominantes; tan contundente y efectivo es ese modo de instalarse las clases populares que las clases dominantes destruyen, por todos los medios, ese recurso de resistencia, acusándolo de “terrorista”, inconstitucional, retrógrado, inculto, delictual, ilegítimo, antidemocrático, pecaminoso, antinacional o antipatriótico, feminizado, con lo que,

²¹ Específicamente en Literatura trabajé este tema en la tesis de magíster, en la que ahondo en la modernidad precapitalista española a propósito de la obra *La vida de Lazarillo de Tormes: de sus fortunas y adversidades*. Las continuidades históricas desde el siglo XVI hispánico, estudiados por la microhistoria y novelados sobre todo por la picaresca, son “escabrosas”, si se me permite la breve especulación, con las lógicas de *medro* (meritocracia) de principios del siglo XX; además, permiten indagar en las estrategias de supervivencia que obligan las condiciones materiales del presente.

mediante la dimensión legal y armada del Estado–elite, lo proscriben como respuesta–experiencia válida, obliterando a la “baja sociedad civil” del proyecto moderno capitalista nacional.

En esa lógica, el anarquismo, primero, el comunismo, después, y otras vertientes políticas disidentes, son perseguidas, pero nunca aniquiladas por completo: por una parte, porque la hegemonía, mediante la *intelligentsia*, comprende que debe subsumir ciertos códigos de esos discursos para volverlos serviles y, por otra, porque las clases populares, en tensión con la hegemonía y sus promesas cumplidas siempre deficientemente, encuentran modos de resistir, urgir, reclamar, denunciar, apuntar, rebelarse (inclusive mediante la amoralidad delictual destructiva).

Es necesario comprender que la formación del Estado nacional argentino tuvo vicisitudes particulares referidas al modo en el que la oligarquía local resolvió conflictos que quedaron en la memoria histórica, repercutiendo en la configuración identitaria de sus habitantes, sean estos criollos desde la colonia o sean criollos modernos, es decir, primera generación nacida en Argentina luego de la llegada de nuevos habitantes en condición de inmigrantes, a finales del s. XIX o en los años iniciales del s. XX.

En el contexto anterior, con la mente puesta en las ficciones de Arlt, por lo menos debe considerarse sintomático que “La Campaña al Desierto de 1879, en la que fueron exterminados varios miles de personas, fue el episodio más dramático de este genocidio [el genocidio de aborígenes que ocupaban extensiones importantes de tierra productiva], pero no el único” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 25). Además de ser una gesta fundacional, mediante la expansión territorial, el Estado busca “mejorar” las condiciones materiales para la producción ganadera y agrícola, sentando las bases de la modernidad. Así, es también una imagen modélica de fundación que se unirá al imaginario fascistoide posterior y al clima de la Primera Guerra Mundial, derivando en ese particular sujeto de la ficción arltiana

conocido como el Astrólogo, un tipo masculino que habita, en el desdoblamiento estético, el Buenos Aires referido de principios del s. XX. Ahora bien, tal como el Astrólogo pretende solo para sí los beneficios que obtenga la Sociedad Secreta, los beneficios de las mejoras impulsadas por la Campaña de 1879 no son distribuidos entre la totalidad de las clases, sino que son bienes controlados por las clases terratenientes que conforman la oligarquía a fines del s. XIX y principios del XX, porque “El modo en que se privatizó la tierra y las características del mercado inmobiliario de entonces hicieron que la gran mayoría terminara en manos de terratenientes” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 26).

Así, exterminados los pueblos aborígenes, o reducidos a su mínima participación en la construcción del relato moderno nacional, las clases gobernantes pusieron en práctica una política eugenésica de poblamiento de la tierra productiva, convocando a múltiples trabajadores, mayoritariamente biohombres, para que se hicieran cargo de las diversas labores, nuevos oficios y trabajos, que suponían la modernización del campo y su producción y de la construcción de la gran ciudad y puerto, Buenos Aires. De este modo, las elites perseguían lo europeo como modelo de civilización tanto en la construcción de sus bienes culturales y materiales como en la idea de modelar biológicamente a un tipo de hombre “superior”, basándose en las ideas eugenésicas provenientes de los estudios científicos en torno a la antropometría, la higiene médica y social, entre otros factores²². “La contracara del impulso europeizador fue una verdadera catarata de desprecio por la “bárbara” cultura local, que fue objeto de toda clase de denuestos” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 26).

En ese contexto, Adamovsky anota que, frente a los comentarios de Juan B. Alberdi en 1852,

²² Para Argentina seguiré con Adamovsky; para Chile, más adelante, incorporo el trabajo *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, de Marco Antonio León León, respecto de esta materia.

Domigo F. Sarmiento lo superaba ampliamente en su desprecio por los indios, mestizos y criollos pobres, a quienes culpó por todos los males del atraso argentino. Y ya que los habitantes del país eran considerados no aptos para el trabajo y para participar en la tarea de la “civilización”, parte fundamental del proyecto de la elite consistió en repoblar el territorio nacional con inmigrantes traídos del viejo continente (*Historia de las clases populares en la Argentina... 26*).

De acuerdo con lo anterior, el programa de poblamiento argentino fue llevado a cabo de modo que se evidenciaron una serie de transformaciones proclives a la incorporación de la producción argentina en los mercados internacionales. Además, la población aumentó considerablemente, contándose 8 millones de habitantes para el año 1914, es decir, un tercio de la población total y la mitad de la de Buenos Aires. Así,

entre 1869 y 1895, la población total del país pasó de poco menos de 1.800.000 a casi cuatro millones de habitantes; para 1914 el número se había duplicado de nuevo, llegando a más de ocho millones. La entrada fue tan numerosa que en 1914 casi un tercio de los pobladores de la Argentina (y la mitad de los de la ciudad de Buenos Aires) eran extranjeros. (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina... 27*).

El incremento de la población se centró en las ciudades y se generó un proceso de urbanización mayúsculo que trajo distintas consecuencias en el ámbito laboral y económico de las clases populares y de las bajas y medianas capas de la clase media. Una consecuencia positiva, desde la perspectiva de una cultura letrada, consiste en la disminución de la tasa de analfabetismo, pasando de un 80% a un 35% en 1914 (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina... 28*). Las ventajas de la alfabetización son múltiples, sean vistas desde el lente de las clases dominantes o desde el de las clases populares. Lo que no indica Adamovsky es cómo esa tasa de analfabetismo se ve impactada por las oleadas migratorias ni por su nivel de instrucción escolar; tampoco indaga en la influencia de las prácticas políticas y

culturales de los anarquistas respecto de esa disminución; finalmente, no indaga tampoco en el tipo de instrucción que permite la disminución de la tasa de analfabetismo, es decir, reducir la tasa no implica necesariamente posibilitar la emancipación de las clases populares, sino que, bajo las lógicas de dominio, disciplina y alienación, disminuir la tasa puede ser aumentar el adoctrinamiento mediante una instrucción pública que apunta a la demonización de los grupos subversivos y de divergencia política (creación del “enemigo interno”) y asentamiento de las bases del nacionalismo capitalista patriarcal, mediante el que se determina y configura un imaginario y se modelan identidades, en términos prácticos, junto con la determinación de los “enemigos externos”.

Juan Suriano en *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890 – 1910*, comenta de modo más certero cómo la cultura letrada, el alfabetismo y la generación de autoeducación es fundamental entre las clases populares simpatizantes anarquistas o de otras tendencias políticas que propugnan el autodidactismo (16). Así, es fundamental recordar que “La educación, la ciencia, el progreso eran conceptos cuasi universales y conformaban un paradigma dominante aceptado también, claro que sin incluir la educación estatal [ni la catequística], por los anarquistas” (44). Ahora, las derivas de la alfabetización no siempre implican emancipación para las clases populares, puesto que los modelamientos ideológicos se dan, de preferencia, mediante la prensa escrita, la publicidad y otros tipos de discursos controlados por la hegemonía (la educación estatal y la catequística). No se trata de negar la alfabetización, sino de observarla en sus múltiples consecuencias sociales. De igual modo, existe una cultura letrada masiva, folletinesca o de literatura masiva, como las económicas traducciones de los novelistas rusos, que se da de modo común y extendido en, al menos, las ciudades más pobladas de Argentina (y Chile); además, de otras publicaciones de variopinta temática que también son de un valor accesible para los niveles bajos o medio–bajos de la clase popular.

Otra de las muchas consecuencias del proceso de aumento de la población y de la urbanización está relacionada con el cambio de actividades económicas. Las labores agrícolas y ganaderas “ocuparon cada vez un porcentaje menor de la población, que fue volcándose a empleos relacionados con la manufactura, el transporte, el comercio, la construcción y los servicios” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 28). Aumenta, de esta manera, un proletariado industrial urbano que, a fines del s. XIX y hasta el Centenario, se concentrará en talleres pretayloristas, de producción artesanal. Además, el incremento de los empleos relacionados con los servicios impulsará el surgimiento, entre las clases populares y en las capas bajas y medias de la clase media, de los trabajadores de “cuello blanco” que irán desde vendedores de fiambrerías hasta arregladoras de escaparates de tiendas de moda. Entre estos grupos de la “pequeña burguesía”, además de las/os trabajadoras/es manuales, se extenderán las ideas anarquistas y socialistas, pero también las doctrinas conservadoras, católicas, fascistas e, inclusive, las esotéricas.

De estos grupos de trabajadoras/es, manuales (de oficio) o de servicios, había un importante porcentaje que no lograba estabilidad laboral, debiendo trasladarse permanentemente en búsqueda de trabajos esporádicos que permitiesen su subsistencia. En las faenas agrícolas argentinas se conoció como “golondrinas” a quienes participaban de la cosecha de cereales o de la caña de azúcar, del té o de la hierba mate (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 28–9). Entre estos trabajadores “golondrina” se puede contar a Karl Arlt, Manuel Rojas padre e hijo y a un sinnúmero anónimo de trabajadoras/es esporádicas/os que transitaban desde Argentina a Chile y de vuelta.

Sin lugar a dudas, una de las consecuencias culturales más acentuada en Argentina es la convivencia de una multiplicidad de comunidades diversas (polaca, española, alemana, italiana, francesa, rusa, entre otras (también se contaba con una comunidad china, palestina y afrodescendiente)). Las tendencias religiosas o políticas de estas diversas comunidades eran, a

su vez, diversas: judíos, católicos, protestantes, musulmanes y esotéricos convivían intensamente en esa Buenos Aires de principios de s. XX. También lo hacían, polémicamente, anarquistas, socialistas, demócratas, radicales, individualistas, fascistas. Desde el discurso oficial emanado por las clases dominantes para el Centenario lo que se transmitió no tuvo que ver con la tolerancia plurinacional, sino con que la “raza argentina” era el “crisol de razas” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 30–1).

Ese “crisol de razas”, como idealidad de las clases dominantes para definir y homogeneizar la multiplicidad que bullía en Buenos Aires o en Rosario, debía tener características útiles al proyecto modernizador nacional. Lo que fue evidente, tras la aprobación de la Ley de Residencia en Argentina (1902)²³, por lo menos dieciséis años antes que en Chile, es que no todas/os las/os integrantes de “una” raza eran bienvenidas/os en el proceso alquímico de generación de la raza argentina (Domenech, “Inmigración, anarquismo y deportación: la criminalización de los extranjeros “indeseables” en tiempos de las “grandes migraciones”” 175).

Respecto de lo anterior, Adamovsky comentará que

se difundió por la época del Centenario uno de los grandes mitos de la historia argentina: el del “crisol de razas”. La imagen sugería que todos los grupos étnicos que habitaban la Argentina, viejos y nuevos, se habían ya fusionado y habían generado una “raza argentina” homogénea. Esta idea no ponía fin al agresivo racismo del siglo XIX, que por el contrario continuó de manera velada. Es que la idea del crisol incluía *una jerarquía racial oculta*. Se argumentaba que todas las “razas” se habían fundido en una sola, pero al mismo tiempo se sostenía que esa fusión había dado como resultado una nueva que era blanca–europea (*Historia de las clases populares en la Argentina...* 31).

²³ En Chile, la Ley de Residencia data de 1918 tal como señalan múltiples estudiosas/os, entre las/os que se cuentan a Camilo Plaza Armijo y Víctor Muñoz Cortés que en su artículo “La Ley de Residencia de 1918 y la persecución de los extranjeros subversivos”, realizan un trabajo similar al de Raymond Craib.

El conflicto eugenésico del proyecto moderno, capitalista, civilizatorio, nacional, del relato de las elites argentinas, no solo pasó por el hecho de que anarquistas, socialistas, protestantes o judíos fuesen elementos contaminantes en el “crisol de las razas” sino también por el hecho de que algunos de esos inmigrantes comprendieron que en la lógica liberal todo negocio estaba permitido y, en vistas de que “[l]a mayoría eran hombres de entre 20 y 40 años (por cada 10 mujeres llegaban 22 varones)” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 30), se dedicaron al rufianesco negocio de la trata de personas, sometiendo a la esclavitud sexual a mujeres europeas, criollas y mestizas. Es probable que Noé Traumen, por ejemplo, proxeneta judío, autoconvencido maliciosamente como anarquista (individualista y nihilista), haya servido de inspiración para la construcción de Haffner, el Rufián Melancólico de *Lsl* y de *Ll* (Saítta, *El escritor en el bosque de ladrillos...* 69).

En este contexto, los inmigrantes europeos en Argentina acusaron marcadamente la separación de clase: no era lo mismo un obrero alemán comunista que un empresario alemán conservador. Así, una mujer judía, un proxeneta judío y un rabino judío intachable poseían un status social, económico y cultural, radicalmente distintos, inclusive opuestos. Esta evidencia social queda de manifiesto en la xenofobia instalada a nivel cotidiano entre inmigrantes “blancos–europeos” y criollos “mestizos”; el antisemitismo no estuvo ausente de la vida cotidiana bonaerense ni estuvo ausente el racismo respecto de la comunidad afroargentina con la paulatina anulación de las particularidades culturales propias (invisibilización). Estos mecanismos de homogeneización racial no fueron (ni son) efectivos, dadas las lógicas de resistencia propias de las clases populares. Sin embargo, “La desigualdad “racializada” se hizo entonces omnipresente: por todos lados las diferencias sociales se superponían con diferencias de color de piel, un rasgo de la sociedad argentina que se reprodujo generación tras generación” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 33).

Puntualmente, la homogeneización racial se efectuó de modo acusado con la comunidad afroporteña, la que se asimiló al discurso del “crisol de razas”, comprendiendo que era un mecanismo de inclusión social que, a la larga, mostró su total ineficiencia. Es contundente la resistencia llevada a cabo por parte de esa comunidad respecto de la asimilación civilizatoria. “En este debate terminaron predominando los que proponían la asimilación. Desde las páginas de varios de los periódicos afroporteños los principales referentes de la comunidad insistieron para que los negros adoptaran las pautas de conducta y la cultura consideradas “civilizadas”, burlándose y criticando severamente a los que no estaban a la altura del desafío” (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 35).

La necesidad impuesta “desde de arriba” de cumplir con un proyecto civilizatorio, nacional, moderno y europeizado junto con generar el mito del “crisol de razas”, que no se dio en términos de conformación de parejas y gestación de “criollos”, porque cada grupo mantenía relaciones endogámicas (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 33), generó el mito de la “modernización” nacional en términos industriales, por el empuje de ese “nuevo criollo”, hijo de lo mejor de Europa, aunque en los hechos, mucha de la población migrante se unió en la conflictiva lucha de clases con la población criolla explotada; en ese contexto, se pierde la huella de los grupos afroporteños que ingresan en la lucha de clases, obviando sus propias batallas raciales. Sin embargo, lo último mencionado es materia de otra investigación y en estas líneas funciona como ejemplo de la eugenesia programática que sostienen las clases dominantes de ese contexto, sin desconocer la constante resistencia, lucha frontal y esfuerzos mediante los que la colectividad afroporteña se configura.

Sin lugar a dudas, un importante grupo de masculinidades presente en el arco temporal de los primeros treinta años del s. XX, en Chile y Argentina, es el de los proletarios ácratas. Estos obreros y trabajadores manuales de oficio compartieron el contexto histórico y político con las feminidades proletarias ácratas; en ocasiones dieron luchas en paralelo, otras veces lucharon

solidariamente contra un enemigo común. Sin embargo, en múltiples oportunidades, las feminidades proletarias ácratas debieron enfrentar a las masculinidades, dada la ceguera de estos respecto de las lógicas machistas, propias del sistema de explotación, que replicaban en la vida cotidiana, doméstica y callejera. De esta manera, queda graficado en la investigación de Suriano cuando cita al periódico libertario (ácratafeminista) *La Voz de la Mujer* (1896), cuya primera editorial da cuenta de

la falta de voces que dieran cuenta del estado de “sumisión y esclavitud” de la mujer. Aunque acusaban centralmente al capitalismo de esta situación, prenunciando el conflicto al interior del anarquismo, efectuaban una ... crítica al género masculino en su conjunto, al que culpaban por la situación de dominación económica y sexual. ... [la crítica a los “colegas” masculinos continúa en el siguiente número del periódico] denominándolos “falsos anarquistas” cuyo único objeto era tener a su lado “compañeras sumisas” para criar hijos, preparar la comida, lavar y planchar la ropa. ... y los amenazaba con penetrar dentro de sus hogares para demostrar que eran “un conjunto de gallinas y cangrejos que hablan de libertad y sólo la quieren para sí” [comprendo que gallinas, porque solo cacarean, y cangrejos, porque caminan hacia atrás: dos epítetos de una crítica radical que, hasta el día de hoy, muchas masculinidades ácratas no escuchan responsablemente]. (*Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890–1910* 150).

Ahora bien, es ineludible revisar brevemente a estas masculinidades ácratas proletarias de principios del s. XX argentino y chileno, para poder establecer, en el capítulo posterior, su poca presencia en las obras narrativas del corpus que originan esta investigación.

Respecto del análisis de las múltiples corrientes anarquistas existentes en el mundo obrero o en el mundo de los talleres artesanales, Harambour, en “La Sociedad de Resistencia de Oficios Varios y el “horizonte anarquista”. Santiago de Chile, 1911–1912”, plantea que

Frente al concepto construido para el “anarquismo”, en Chile, se propone el de horizonte anarquista, como reflejo de la amplia gama de posiciones teórico–prácticas que es posible encontrar, planteando asimismo que las matrices marxista y ácrata no se definieron sino, al menos, hasta mediados de la década de 1920, y que convivieron y se retroalimentaron en el seno de un movimiento obrero en construcción, dotándolo de su particular capacidad de respuesta a los nuevos escenarios que presentó la formación social chilena. (189).

El 21 de diciembre de 1912, estallaron cuatro artefactos explosivos en el Convento de los Padres Carmelitas Descalzos; el juez del caso, Julio Plaza Ferrand interpretó los resultados de las investigaciones como un dedo acusador que apuntaba

contra algunas asociaciones obreras. Tal vez por la fecha, en que se cumplían cuatro [sic; en 1912 se cumplían 5 años de la Matanza de la Escuela Santa María de Iquique] años desde que el Ejército chileno perpetrara una de sus matanzas, esa vez para poner término a la movilización social tarapaqueña, o debido a la resolución favorable a los tranviarios, de la huelga del ferrocarril urbano luego de dos bombazos contra la Compañía propietaria, hacía apenas dos meses, se ordenó la detención de los miembros de cinco organizaciones sindicadas como anarquistas, incluyendo a los alrededor de noventa socios de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios [SROV], caracterizada por la prensa oligárquica como *la principal* de la capital y *con estrechos vínculos* con los empleados de la Tracción (190).

Estos hechos inician el primer “proceso a los subversivos”, en el que las acciones policiales y el celo del juez mencionado, tal como señala *El Mercurio* (31–12–1911, citado por Harambour 190), les permitió incautar múltiples obras de anarquistas y socialistas que se colectivizaban o se empleaban para autoformación en el seno de organizaciones de neta raigambre obrera o de trabajadoras/es de oficios varios, tal como indica el nombre de la Sociedad de Resistencia en la mira del juez y de los operativos policiales.

El “proceso a los subversivos” de 1911 no dio los resultados que esperaba el juez, la policía y parte de la oligarquía acusadora: no se pudo comprobar que fuese una organización ilícita con fines terroristas. De este modo, sus 90 integrantes fueron puestos en libertad incondicional y el funcionamiento de la SROV siguió normalmente hasta la conmemoración del Primero de mayo de 1912. “Aunque era la primera vez que en la Alameda se reunían por el Día Internacional del Trabajador [sic; de las/os Trabajadoras/es] más de diez mil personas, lo que percibieron como virtualmente peligroso los medios oligárquicos y las autoridades fue la radicalidad de las consignas desplegadas” (190). Muchas de esas consignas, cuya radicalidad es extrema, están asociadas a la filosofía ética anarquista: antinacionalista, antimilitarista, antiautoritaria, entre otras. Jorge Guerra, en “Lecciones de un carpintero solitario y de un orador errante”, recurre a una fotografía publicada en la revista *Zig Zag* (377, 11 de mayo de 1912): en esta fotografía se puede observar una pancarta cuya leyenda indica “¡Abajo el servicio militar obligatorio! El ejército es la escuela del crimen. Protestamos de todas las masacres mundiales cometidas por las autoridades” (81). Este pensamiento ácrata está presente en el mundo obrero que se percibe en la conmemoración del Primero de mayo, conmemoración cuyo origen, como es sabido, está en la matanza de varios anarcosindicalistas en Chicago (1886).

El jefe de la Sección de Seguridad estaba convencido de que esas consignas estaban asociadas a la misma Sociedad de Resistencia de Oficios Varios que seguía siendo vigilada por sus pesquisas. Harambour cita *El Mercurio* (5 de mayo de 1912, 21); ahí se señala claramente la percepción que este tiene de la SROV:

Los oradores, con palabras violentas, predicaban la destrucción de la actual sociedad, de las leyes, de la relijión [sic], de los Poderes Públicos, en una palabra, de todos los derechos y deberes consagrados por nuestra Constitución. Ostentaban los representantes de la “Sociedad Oficios Varios” estandartes en que se leían las siguientes frases: *¡Viva la anarquía!* – *Sin Dios ni Amo,* – *La Patria mata a sus hijos,* – y como injuria grave, que ha

conmovido al público en jeneral [sic], esta otra: “*El Ejército es la escuela del Crimen*”.

(191)

Para la elite local, comenta Harambour, “El anarquista, en fin, no podía ser un *trabajador chileno*, puesto que éste [sic] era definido como *lo suficientemente* “consciente y honrado” como para reconocer su propia situación de “privilegio” y evitar sumarse a los que proclamaban “la guerra á Dios, al amo, al capital y al ejército y que declaraban á este escuela del crimen” [Harambour entrecomilla expresiones que cita desde *Zig-Zag* (11 de mayo de 1912)]” (191). Entonces, para la elite era impensable que el mundo de trabajadoras/es, chilenos e instruidos por la Iglesia y el Estado en el estricto respeto al amo, pudiesen tener la desfachatez o la locura de ser desagradecidos con los bondadosos gestos de las patronales que les daban de comer.

Ahora bien, la presencia anarquista en el mundo industrial y laboral es innegable. Muestra de ello es el exhaustivo trabajo investigativo de Víctor Muñoz Cortés, en el que se puede leer que

Apenas comenzó la expansión de las propuestas anarquistas en el país [según el historiador las evidencias muestran este fenómeno entre 1898 y 1902] se inició también la irradiación y conexión con el mundo de los trabajadores. En esos primeros días la contribución libertaria se canalizó principalmente mediante la difusión de las sociedades de resistencia, un nuevo tipo de organización laboral que vendría a dar un gran impulso a la sociabilidad popular, a la vez que permitiría avivar numerosos conflictos huelguísticos, y conquistar sentidas reivindicaciones para los trabajadores y trabajadoras del país. ... Las sociedades de resistencia eran organizaciones de combate anticapitalista. (*Sin Dios ni patronos* 95).

Raymond Craib, en el contexto de 1920, rastrea la presencia de Industrial Workers of the World (*wobblies*; IWW), uno de los mayores anarcosindicatos del mundo, en Chile y la presencia de anarquistas en la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN), como

comenté hace algunos momentos. Así, Craib comenta del “barrio Latino” (en torno a la intersección de Avda. Matta y calle San Diego) que

Si puede hablarse de un «Santiago radical», se trataba de éste [sic]. Aquí, en una mezcla de conventillos, pensiones y hogares de clase media, vivían muchos de los *hombres* que fueron arrestados a fines de julio de 1920 por ser miembros de los Industrial Workers of the World («Trabajadores Industriales del Mundo», IWW). Era aquí donde estudiantes universitarios con fuertes inclinaciones anarquistas ... se reunían con trabajadores en el Café «Los Inmortales» o en el Centro de Estudios Francisco Ferrer ... Era aquí donde los estudiantes y obreros se reunían, bajo la vigilante mirada de infiltrados y espías, para organizar protestas o discutir estrategias o proponer una presentación teatral para juntar dinero para las familias de ... encarcelados. (*Santiago subversivo 1920* 42; el destacado en bastardilla, como en otras ocasiones, acusa la masculinización del mundo subversivo).

En relación con las anotaciones de Craib, los mundos proletario, anarquista y estudiantil confluyen en el “barrio Latino”; además, esos mundos confluían, también, en la AOAN. Así, la AOAN marcó un precedente formal de cómo sería una poderosa alianza capaz de atravesar fronteras sociales e ideológicas. Por ejemplo, se convocaba reuniones en la sede de la FECh en la Calle Ahumada en el centro de Santiago, a las que usualmente asistían alrededor de setenta u ochenta personas –estudiantes, trabajadores y empleados de cuello blanco, así como uno o dos infiltrados de la policía. La dirigencia de la AOAN era un reflejo de su inclusividad: Santiago Labarca, entonces presidente de la FECh; los militantes del Partido Obrero Socialista (POS) Carlos Alberto Martínez y Evaristo Ríos; Francisco Pezoa, anarquista y delegado de la Casa del Pueblo; y Moisés Montoya, de la Sociedad de Resistencia de Carpinteros, todos cumplían funciones organizativas. Otros miembros destacados eran Julio Valente, militante anarquista y dueño de la editorial

Numen que jugó un importante rol en la circulación de las ideas políticas y el conocimiento social a fines de la década de 1910 ... (*Santiago subversivo 1920* 49–50).

La presencia de estos tipos de masculinidades, en el arco temporal que me compete, está consignada y confirmada por las investigaciones históricas que consulto. En este contexto, salvo Muñoz Cortés o Godoy que dedican algo de sus investigaciones a mencionar y buscar antecedentes de Hortensia Quinio, de las aparadoras del calzado y las cobradoras de tranvía, con sus respectivas sociedades de resistencia, las feminidades proletarias ácratas están invisibilizadas, una vez más, por la agobiante presencia de “hombres”. Junto con lo anterior, en las obras de Rojas que constituyen el corpus de esta investigación, no son estas las masculinidades representadas o no lo son de modo específico.

En el caso de las obras de Rojas, que componen el corpus de investigación, la decisión autorial fue obliterar el mundo de los trabajadores industriales anarquistas; en reemplazo, Aniceto Hevia prefiere sindicarse a otros trabajadores de oficio y a diferentes tipos de trotamundos con el mundo anarquista y su infinito deseo de libertad, deseo que no es romántico ni liberal en el plano referencial, pero que en la obra toma esos tintes. Solo en *Lanchas en la bahía* se percibe la inclusión concreta de sujetos proletarios masculinos y ácratas: Rucio del Norte y Alejandro. De este modo, aunque la *novelle* de Rojas no es parte del corpus, señala Eugenio, el protagonista: “Y riendo a carcajadas me alargó un tarro aceitero, vacío y abierto... Quedé incorporado así al gremio de los hombres de mar, socio activo del Sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo, y entre Rucio del Norte, macizo y ancho como un trinquete, y Alejandro, vigoroso y esbelto como una mesana, yo, con mis hombros estrechos y mis brazos delgados, era sólo [sic] como el palo macho de una goleta” (*Lanchas en la bahía* 298). Los rasgos masculinos aparecen claramente expresados en la selección léxica con la que se construye discursivamente a los personajes, inclusive en el caso del “debilucho” Eugenio.

En el lado argentino, Suriano realiza un trabajo similar al de Muñoz Cortés al analizar la presencia de la filosofía anarquista entre los trabajadores industriales agrupados en la FORA; sin embargo, esta presencia para Suriano va de fines del s. XIX hasta los primeros veinte años del s. XX, para luego desaparecer del mapa político del mundo laboral o para aparecer muy veladamente con una participación restringida en algunos sindicatos o Federaciones, en los/as que ya no hay grupos mayoritarios de anarquistas. Para graficar la presencia ácrata entre los sujetos masculinos proletarios argentinos, Suriano incorpora múltiples antecedentes, entre los que se puede percibir la disputa teórica anarquista que diferencia clase obrera de pueblo o la que distingue anarquistas puros de anarcosindicalistas. Ahora bien, mientras los organizadores, anarcosindicalistas, propugnan por una lucha anticapitalista que atraviesa a las clases económicas, con particular énfasis en las necesidades de la clase obrera, los doctrinarios puros o anarquistas ortodoxos se comportaban como intelectuales orgánicos y no siempre provenían del mundo del trabajo industrial o fabril. Ahora bien, ambas líneas prácticas y teóricas confluían en la crítica del capitalismo y de la moral burguesa que arrastraba al sujeto proletario hacia la explotación. De este modo,

Los anarquistas intentaron denodadamente convencer a esas “víctimas” y apuntaron a esa zona de desilusión, de frustración y de deseos no cumplidos, explotando muy bien el descontento, la decepción, la bronca y el resentimiento de los trabajadores que no lograban cumplir los sueños que habían motivado el desarraigo de su suelo natal y alcanzar el lugar ansiado en la sociedad [Suriano se refiere casi exclusivamente a los migrantes europeos proletarios que llegan a Argentina entre fines del s. XIX y los primeros diez años del s. XX]. Bastaba una manifestación de protesta a modo de chispa para que los militantes libertarios aportaran el combustible para encender la hoguera. Por eso dirigieron y alentaron la huelga de inquilinos de 1907 ...; lucharon por los presos políticos y sociales; apoyaron conflictos ... como la lucha de los obreros cigarreros contra

la incorporación de máquinas modernas; denunciaron en grandes titulares ... el maltrato a que eran sometidos los conscriptos en el ejército, e incluso, intentaron organizarlos, criticaron duramente la persecución de las prostitutas o efectuaron llamados sin éxito a la policía de plegarse a las filas de la rebelión de los oprimidos. Indudablemente la heterodoxia clasista, reforzada por la forma pasional y casi dramática de emitir sus discursos, fue una de las claves de su arraigo entre los sectores populares en los momentos de conflicto. (*Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890–1910* 80–1).

Así, entre la variopinta clase popular, anarquistas heterodoxos, anarcosindicalistas, provenientes del mundo popular y del mundo industrial realizaron “La constitución de sociedades de resistencia, círculos culturales, escuelas alternativas y la construcción de una amplia red de prensa” (Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890–1910* 81). Finalmente, en el ámbito estrictamente proletario, destacaré la relación entre los anarquistas y la huelga general. Suriano consigna que

Los anarquistas pensaban en la huelga general como un momento de inflexión en el combate contra el capitalismo, y ésta [sic] era concebida no como una herramienta táctica para obtener mejoras generales para los trabajadores, sino como un arma revolucionaria para cambiar radicalmente la sociedad. ... La huelga general fue adoptada como el medio más práctico y revolucionario de la clase trabajadora, aunque no involucraba sólo [sic] a los obreros sino también al pueblo en su conjunto, que podía utilizar esta herramienta de lucha en los distintos niveles de la sociedad. (*Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890–1910* 283).

Específicamente, si bien la presencia de las masculinidades ácratas y proletarias en el plano histórico es fundamental, para Arlt ni en *Los siete locos* ni en *Los lanzallamas* es relevante representar a los anarquistas de la FORA, de los círculos culturales, de la prensa y la

propaganda, aunque sí se percibe en su obra una fascinación crítica por el uso de la violencia, la que no se puede syndicar exclusivamente al mundo ácrata. Su interés novelesco está centrado en sujetos masculinos mediocres y psicopáticos que bordean la línea baja de la clase media y están mucho más influenciados por discursos megalómanos fascistas que por discursos utópicos anarquistas. Sí es posible apreciar, como veré en el capítulo siguiente, la presencia de anarquistas falsificadores de dinero en *Los lanzallamas* y el modo en qué son representados. Contrario a lo anterior, será José Amícola, en *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, quien vincule el tratamiento de los sujetos masculinos representados en las obras del corpus de esta investigación con cierto nihilismo, seudo anarquista, que ha sido confundido con el anarquismo expropiador (o con la “propaganda por el hecho”), debido al uso de la conspiración y de la violencia; pero esto es parte del capítulo siguiente y mi intención es mostrar cómo se aparta de la filosofía ácrata.

1. 3. El medio siempre borroso de la clase media

Tanto en Chile como en Argentina se ha hecho hincapié en que un signo de modernidad es el incremento de la “clase media” y la participación política de esta clase en el advenimiento de un estado nacional no oligárquico moderno y democrático. Sin embargo, como se estableció para Chile a propósito de la aguda estratificación interna de la clase media (muy pequeños comerciantes, funcionarios de “cuello blanco” de la base de la pirámide social, profesoras/es, cobradoras de tranvía, entre otros prestadores de servicio), en la que diversos factores (instrucción, salarios, función laboral) se deben conjugar para poder determinar su posición en esa clase media, se puede establecer de modo similar para Argentina, como mostraré a continuación, que la clase media está internamente estratificada y que su participación

ciudadana efectiva no se evidenciaría de modo pleno ni generalizado durante la vida de Roberto Arlt.

Así, la modernización como triunfo de las clases dominantes es eficiente y verdadero para su auto-relato nacional, pero no lo es para las clases que arrastra en la consecución de su sueño de modernidad. No son solo obras literarias las que acusan este fenómeno en Chile y en Argentina, sino que son hechos históricos concretos los que muestran que la modernización no alcanzó para toda la población del Estado nacional y que la oposición de los grupos subalternos y rebeldes fue acallada con la intervención armada, legitimada por esas clases dominantes construidas como cúpula del Estado nacional, como será puesto en evidencia a continuación. Las evidencias que expondré, entre otras, permiten comprender que la comunidad imaginada por las clases dominantes es excluyente de las clases que siendo dominadas se declaran en abierta rebelión respecto de esa dominación.

La modernización capitalista, puesto que no se trata de otra modernización, trajo severas consecuencias para las clases populares y subalternas, desde su total desaparición (en el caso de la comunidad Selk'nam) hasta su asimilación por el discurso oficial (en el caso de la comunidad afroporteña) o hasta su permanente persecución (o proscripción "cíclica"), encarcelamiento y deportación (en el caso de las comunidades anarquistas (IWW, FORA, FOCH, Sociedades de resistencia de oficios varios)) o hasta la generación de lógicas de explotación al interior de los grupos familiares (la posición social y económica de la mujer está determinada por la reproducción microsocial de la estructura macrosocial). La conflictiva modernización, señala Adamovsky, implica cambios sociales que, vistos en su conjunto, conducen a que

la idea de la "modernización", con la valoración positiva que lleva implícita, resulta poco apropiada. Lo que sucedió en las décadas posteriores a 1860 debe describirse más bien como un proceso de *profundización del capitalismo* que no condujo a una sociedad

“esencialmente igualitaria”, sino a *una honda reestructuración de las formas de desigualdad y opresión* (Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina...* 42).

En el análisis que lleva a cabo Ezequiel Adamovsky se observa una acentuada discusión con un sociólogo de 1960: Germani. Lo interesante de esta discusión está en que Adamovsky cuestiona los porcentajes que establece Germani respecto de la amplitud de la clase media. Esto permite afirmar lo que he sostenido en otro momento: la clase media está profundamente estratificada con un alto porcentaje de sectores de la baja y mediana clase media. Particularmente, la baja clase media está más cerca de las clases bajas–populares, en términos de salario, explotación, criminalización, ubicación espacial en la ciudad, participación política en el relato nacional (*Historia de las clases populares en la Argentina...* 39–42); sin embargo, sugiero que a la generación de una conciencia de clase alienada de su cuna popular y tendiente al deseo (frustrado) de ascenso social, las nuevas clases dominantes (“neo–oligarquía”) de principios del s. XX han apuntado sus dardos con sus discursos oficiales (mediáticos, en el amplio sentido del concepto).

Uriburu en Argentina, fundando la Década Infame, y las clases dominantes construyeron un aparato social que fuese convincente para la sensación de inclusión política de las clases medias, mediante la utilización de discursos grandilocuentes, similares a los de Mussolini. En ese sentido, contraria a la ideología anarquista, también crítica de los sucesivos e inoperantes gobiernos de la Unión Cívica Radical, la ideología nacionalista o fascista uriburista construyó para el “sujeto común y corriente” argentino una fundación mítica de forma de reivindicar sus “derechos nacionales” contra los enemigos internos “medios” (invisibilizándose desde el “poder central” los “enemigos externos” de grandes y poderosos capitales, fuesen los capitales británicos, primero, o fuesen los capitales, en proceso de crecimiento monstruoso,

estadounidenses, después). Federico Finchelstein lo sintetiza ya en el Prefacio de *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, diciendo que,

Los nacionalistas se brindaron con el culto uriburista un mito fundante que explicaba los problemas nacionales a través de una dinámica mezcla de imaginario católico y prácticas políticas seculares; de delirio político y de pensamientos y prácticas de victimización cuya racionalidad instrumental es evidente; de apreciaciones y acciones estetizantes en relación con la violencia política y con la figura masculina de Uriburu; de activas políticas de la memoria y de relecturas históricas, aunque no historiográficas, de la historia argentina que establecieron por primera vez en términos fascistas la figura esencialmente antagónica del enemigo interno (10).

De este modo, efectivamente, un argentino “común y corriente”, es decir, un vendedor a pie de papeles o un dependiente de una fiambrería, podía, junto con asistir a reuniones de Sociedades Secretas en el Buenos Aires de principios del s. XX, ser un católico conservador o un fascista uriburista, convencido de la limpieza racial en la que ha decantado ese “crisol de razas”; además, podía creer sin problemas en la “ley de Residencia”, en el “enemigo interno” (migrantes, anarquistas, homosexuales, delincuentes o socialistas), en la “supremacía blanca” respecto de su propio color (síquico más que físico) y, por cierto, en su constitución “apolítica” de clase media meritocrática, en tanto el nacionalismo fascista explota ideas antipartidistas y demagógicas, en oposición a la pseudo libertad política liberal de generación de partidos. Y, entre otras variables, podía también considerar masculino y civilizado el acto de portar un arma, violar o asesinar “enemigos internos”, lo que constituye un uso aprendido de la violencia, ello contrariamente a los usos de la violencia revolucionaria que pudiesen llevar a cabo otras masculinidades que se comprendían masculinas, también con la facultad de portar armas como rasgo identitario²⁴.

²⁴ Estas reflexiones están orientadas, como señalé en los inicios del capítulo, a desentrañar la constitución identitaria masculina en polémica abierta, velada o acomodaticia con las masculinidades oficiales y con su propia

Ahora, en el contexto anterior, los porcentajes que otorga Germani son discutidos por Adamovsky, entre otras razones, porque “convencer” a la población de que no son de las clases populares, sino que son de la clase media, es garantizar un imaginario de progreso y modernidad, respecto de un relato nacional triunfal. Así, puedo inferir que mientras la neo-oligarquía vive efectivamente el triunfo del capitalismo modernizador, las clases medias y bajas no lo experimentan; las clases medias apuntan a este triunfo, considerando que la promesa de la neo-oligarquía se debe cumplir en algún momento y las clases bajas son desplazadas y marginalizadas del relato nacional triunfal o bien son empleadas como modelo de fracaso, derivado de actitudes que, científicamente, le son adjudicadas como propias (menor inteligencia, pereza, alcoholismo, “libertinaje”; al menos para Chile y con ciertas conexiones con Argentina, más adelante trabajaré detenidamente este tema del higienismo social ejercido desde el poder, contra las clases populares, asimismo como mediante la frenología y la criminología con fundamentos lombrosianos se establecen criterios determinantes sobre las “condiciones naturales” de las clases bajas, criminalizadas²⁵).

El cuestionamiento de la homogeneidad de la clase media queda claro en el siguiente análisis de Adamovsky,

De hecho, más de la mitad de los que Germani considera “clase media” en 1960 son *asalariados* ... Dentro de esta categoría, los que más aportaron al supuesto aumento de la clase media son los empleados de comercio, bancarios, estatales, de comunicaciones,

autoreflexión en torno al “ser hombre”. Lamentablemente, no es en esta investigación donde cuestiono el uso de imaginarios masculinos en torno a figuras femeninas con uso alegórico como, por ejemplo, la Revolución Social representada como una Mujer o como una Gran Madre Iluminadora (las fuentes de estas imágenes son múltiples, desde publicaciones ácratas de principios de s. XX hasta recientes estudios en torno a la iconografía de ese arco temporal en Chile y Argentina. Para Chile: Torres Dujisin, Isabel. *El imaginario de las élites y los sectores populares. 1919–1922*. Santiago: Universitaria, 2010).

²⁵ Lo que en ese entonces era positivismo, hoy ha pasado a conformar en los discursos mediáticos un modo maniqueo de situar espacialmente en las zonas urbanas segmentos de la población de alto contenido delictual, apelando no tanto a una disposición fisiológica (las metáforas del cuerpo enfermo en su aplicación social-individual), sino que a una disposición a medio camino entre el determinismo social y el liberalismo ético: el delincuente es fruto de sus circunstancias, pero, sobre todo, de su inoperancia para salir victorioso de las adversidades, dado que es libre para hacerlo. Esta reflexión está sujeta al ámbito especulativo y, aunque la realidad material de los hechos la torna evidente, es un “juicio sin argumento” respecto de los modos de conformar comunidades sociales excluyentes-excluidas.

de la educación, de la sanidad, etc., muchos de los cuales pertenecían en verdad en esta época al mundo de las clases populares (*Historia de las clases populares en la Argentina...* 43).

Hasta el momento es posible inferir, desde los contextos chileno y argentino de los primeros treinta años del s. XX, múltiples similitudes en lo que respecta a: la constitución de la oligarquía y su proyecto a fines del s. XIX, su sucesión por una neo-oligarquía hasta, por lo menos, la primera mitad del s. XX; el empleo sistemático de diferentes regulaciones y de recursos de protección de las clases dominantes respecto de la “amenaza” de la baja sociedad civil o clases populares (policía (cuya base está conformada por integrantes de esas mismas clases populares a las que deben reprimir), documentos de identificación (fotografía retrato documental: carnet del sindicato o de identidad), organización y disposición urbana (domicilio y empadronamiento), voto controlado, incorporación a partidos políticos oficiales, ilegalización, criminalización, subalternización, deportación, persecución, matanzas, tortura, entre otros); unificación económica en torno al capitalismo como indicador de modernidad y de construcción nacional; menosprecio o apropiación de la “baja cultura”. Se trata de varias características que permiten establecer similitudes contextuales que derivan en semejanzas respecto de la situación de enunciación de Arlt y de la situación experiencial de Rojas, comprendiendo que su situación de enunciación respecto de las obras tratadas en esta investigación es posterior a las experiencias que nutren sus obras de “madurez”.

Es necesario seguir realizando el análisis de algunas semejanzas y de algunos contrastes ejemplares que permitan comprender cómo la esfera cultural, social, política y económica se interseca con o (contiene a) la esfera de las situaciones de enunciación particulares y las decisiones poéticas y políticas que llevan a situarse en el plano material de la vida y de la creación artístico-prosaica de Arlt y Rojas; sobre todo, cómo esas semejanzas y esos contrastes

permiten ahondar en la constitución de las masculinidades referenciales percibidas, como parte de sus contextos de producción, por Arlt y Rojas.

1. 4. Hombres siempre al borde de un ataque bélico. Algunas masculinidades subalternas

Si bien para el contexto chileno hay estudios acabados sobre la eclosión anarquista de principios de siglo, es interesante observar una concomitancia, por lo menos, entre el ámbito referencial porteño y la articulación estética que hace Rojas en *Scm*, a propósito de la heterogeneidad del movimiento libertario. Suriano, en *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890 – 1910*, describe “[u]n verdadero caos doctrinal en donde individualistas, colectivistas, comunitaristas, organizadores, antiorganizadores, partidarios y adversarios de las vías violentas, así como otras posturas enfrentadas, se identificaban y rechazaban en el heterogéneo y variado mosaico del anarquismo porteño” (77). Así, bajo varias formas narrativas (Aniceto Hevia viejo y joven–narradores, estilo directo, indirecto libre, “transcripción” de voces otras), en *Scm* se puede acceder a un momento en el que el relato se adentra en una reunión o asamblea de un centro de discusión anarquista en el que el amplio y heterogéneo campo cultural ácrata polemiza, discrepa, tiene vida política. Retomaré esta idea cuando realice el análisis interpretativo de *Scm* e indagaré en el tono con el que esta asamblea aparece traspuesta a lo estético–literario o artístico–prosaico.

Lo anteriormente expuesto, respecto del eclecticismo cultural implicado en las ideas ácratas, queda refrendado con la actividad plural y múltiple del anarquismo en la zona política chilena, tal como se puede observar en *Sin dios ni patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890 – 1990)* de Muñoz Cortés. Un ejemplo es la reacción en el campo libertario (“heterogéneo movimiento” 16) a propósito de los casos de Efraín Plaza Olmedo y de Antonio Ramón Ramón; aunque hay división respecto de las prácticas

revolucionarias, particularmente sobre la “legitimidad política del acto homicida” (22), hay pruebas de unión, dado que “Les acompañaron durante toda su estadía en la cárcel, pagando abogados, resguardando su salud, recordando periódicamente su situación al mundo obrero organizado, y realizando numerosas veladas y actos de solidaridad” (22–3).

Respecto de las similitudes que puedo establecer entre las “oligarquías” argentina y chilena y el descontento social, Muñoz Cortés es sintético, diciendo

La oligarquía criolla, al igual que sus pares latinoamericanos, vivía su propia *Belle époque*. En 1910 fastuosos banquetes celebraron el “Centenario” de la independencia de Chile. Se brindaba por el progreso y la modernidad. Pero abajo la realidad era muy distinta. Allí se incubaba el descontento, un rumor de ríos subterráneos, unos sentires desatándose “cuyos gérmenes –cual expresión de Émile Zola– no tardarían en hacer estallar la tierra” (20).

Así también, recordando las palabras de Craib (*supra*), el descontento expresado como defensa frente a la violencia institucional, junto con tener diferentes aristas (como acontece con el atentado (ajusticiamiento) del jefe de policía Ramón Lorenzo Falcón en 1909, signado como la autoridad responsable de la “semana roja” en Argentina, a manos de Simón Radowitzky), es un hecho social que probadamente repercute en los contextos de producción y en las situaciones de enunciación de Arlt y de Rojas; así como también en ese contexto repercute la “semana trágica” de 1919. Hasta el momento, Chile y Argentina tienen raigambres político–culturales que, contrastadas, muestran similitudes fundacionales, en las que, una vez más, observo modos de operar represivos y belicosos, desde la institucionalidad, y defensas armadas, desde las clases populares, socializadas como terrorismo. Estas lógicas, represivas o reivindicadoras de justicia social, son parte de la constitución de género de las masculinidades de principios del s. XX, en Chile y Argentina; aunque haya grupos de biohombres, masculinidades, oponiéndose a la guerra (Primera Guerra Mundial, Guerra de don Ladislao y otras), al servicio militar obligatorio

(“escuela del crimen”, dicen quienes se consideran ácratas), a la violencia doméstica, a la explotación, estos mismos grupos se ven impelidos a recurrir a la violencia como mecanismo para evitar la violencia.

Sin pretender resolver estas paradojas, pero sí indicando cómo están en la base epistemológica del capitalismo patriarcal nacionalista liberal²⁶, otra similitud relevante, a propósito de grupos de masculinidades tiene que ver con las Ligas Patrióticas. Muñoz Cortés, en la nota 37, comenta

Fuera del mundo libertario, en donde por lo demás no había criterio uniforme respecto del atentado de Plaza Olmedo, cundía la indignación. Una semana después de los hechos, el 21 de julio [1912], la *Federación Patriótica de Chile* realizó un comicio anti-anarquista en el centro de Santiago para repudiar públicamente el accionar del refractario. El mismo día los anarquistas agrupados en el periódico *La Batalla*, realizaron una contra-manifestación a sólo [sic] cuatro cuerdas de los nacionalistas. Tras un altercado la policía intervino deteniendo a los libertarios Ernesto Serrano Saavedra, Teófilo Dúctil y Volter Argandoña. En poder de este último fueron encontrados “dos puñales, cinco balas, un estilete y un cancionero revolucionario ácrata en español e italiano” (240).

En este contexto, al consignar el archivo policial las armas encontradas en poder del anarquista Argandoña lo sitúa en un plano material de criminalidad. Sin embargo, no se registran (o no se declaran) detenidos del bando nacionalista ni tampoco se registran las armas que portaban. Así, reflexionando en torno a la investigación de Craib, respecto del asalto por

²⁶ No es esta la investigación en la que podré hacerme cargo de las mutaciones que puedo observar en esa base epistemológica desde esos remotos centenarios de las *rei publicae* chilena y argentina hasta el presente. Quiero indicar solo especulativamente que múltiples fenómenos anotados, en lo histórico y en lo literario, y muchos más por anotar en lo extenso de esta investigación pueden observarse con sus particularidades como huellas de la explotación, la violencia institucional, el patriarcado (siempre mudando con las corrientes políticas y económicas que ostentan las clases dominantes en ejercicio fáctico de poder) y, además, como recurrencias históricas de estos primeros veinte años del siglo XXI: masculinidades diversas enfrascadas en luchas armadas; “hombres de arriba” modélicos y contramodélicos al unísono; ligas patrióticas o movimientos nacionalistas de extrema derecha o de extrema izquierda; células y orgánicas ácratas supervivientes y remozadas por las reflexiones del presente; tecnificación de las delictualidades y de las policías; “hombres de abajo” subversivos de su propia condición masculina patriarcal u “hombres de abajo” cómodos con sus privilegios violentos de género.

parte de Ligas Patrióticas a la FECh, durante la tensión provocada por la “guerra de don Ladislao” y en el contexto de las protestas de la AOAN, una vez más la policía pareciese no responder a un criterio de objetividad en su actuar, persiguiendo a los masculinos populares subversivos (“enemigos internos”), pero no, sean populares o no, a los masculinos nacionalistas, proclives a la perpetuación del *status quo* (124–5).

En otro ámbito, y retornando al tema del eclecticismo del movimiento ácrata, es necesario apuntar que discrepo con el concepto de “caos”, empleado por Suriano, dado que la idea de homogeneidad discursiva y política que prima en el modelo del comunismo estalinista, en el fascismo o inclusive en las corrientes liberales (en que la heterogeneidad es homogeneizada mediante la apariencia de libertad de elección que homologa lo diferente a lo “correcto”), que asumen la homogeneidad como valor moral rector de sus participantes, desconoce lo que para el anarquismo es evidente: las criaturas humanas, desde múltiples perspectivas, son heterogéneas. Tal heterogeneidad permite comprender que el caos surge cuando los esfuerzos conjuntos de las elites apuntan a la homogeneidad nacional, civil, legal, económica, postulando que solo la homogeneidad es armonía y orden; así se constituyen los idearios nacionales de comunidad y así también se generan las lógicas de expulsión hacia los márgenes, de destrucción, persecución y criminalización de las disidencias. Así, los modelos de masculinidad se cierran en un discurso unificante y homogeneizador que transforma en perversión cualquier disidencia observada en el plano empírico de lo social; de ello da muestras el discurso histórico y el ficcional–literario, desde diversos ángulos. Este análisis que inicio a propósito del simple uso conceptual de “caos” tiene como objetivo vincular esa heterogeneidad del movimiento anarquista con una característica medular de la “polifonía” polémica ácrata que encontrará forma literaria en las obras del corpus investigado, como veré en su debido momento.

En la constitución identitaria, al menos en el caso de los tipos referenciales de los que he venido hablando, no se cuenta con un armónico cosmos en permanente equilibrio, sino que, tal

como acontece en la cultura humana respecto de lo discursivo, parafraseando a Bajtín, las constituciones identitarias individuales son culturales y, en ese sentido, son plurales, conflictivas, heterogéneas, polémicas, en permanente debate, “agónicas”, pletóricas y eclécticas (más que dicotómicas). Es así como comprendo que esa “masculinidad subalterna”, categoría básica y abstracta bajo la que puedo organizar los tipos de masculinidades desperdigados en el contexto de Arlt y Rojas, a Arlt y Rojas mismos (sobre todo en su infancia y juventud) y a los personajes sostenidos por sus ficciones narrativas, es una construcción múltiple que, gracias a los feminismos de la década de los '80 del s. XX, puede ser comprendida como una construcción interseccional²⁷. Así, lo que para Suriano evoca un “caos” en las tendencias ácratas por su carencia de homogeneidad, es para mí una realidad experiencial que, retrospectivamente, puede ser llamada interseccional; en esa lectura interseccional, confieso la deuda rotunda con las reflexiones epistemológicas de Bajtín respecto de la naturaleza heterogénea y plural de la cultura “discursiva” humana. Sin embargo, no es Bajtín quien acuña el concepto de “interseccionalidad”, obviamente, sino Kimberlé Crenshaw (o Kimberlé Williams Crenshaw)

²⁷ Me arriesgo a definir “interseccionalidad” desde las lecturas que he realizado de feminismo, anarquismo, teorías del discurso y estudios *queer*, además de incorporar las experiencias que me constituyen identitariamente como una entidad multidimensional. Así, la “interseccionalidad”, conceptualmente acuñada por Crenshaw en 1989, responde a una necesidad empírica respecto de la explotación, discriminación y violencia a la que son sometidas las mujeres pertenecientes a pueblos originarios, afroamericanas o asiático-americanas, en el contexto estadounidense analizado por Crenshaw. En el contexto de la binaria metafísica occidental, que el postestructuralismo puso en jaque al determinar que las categorías dicotómicas se volvían rizomáticas o resquebrajadas, la “interseccionalidad” es un recurso epistemológico concreto para comprender que en casos específicos la explotación, la violencia de género y la discriminación son multidimensionales, porque la entidad violentada, explotada o discriminada ha construido (y se le ha aplicado identitariamente una serie de rasgos que se asumen o que generan repulsión) una identidad en la que intersecan múltiples “líneas” (rayos) en esa esfera identitaria: fenotipia (etnia, raza y otros conceptos tan discutibles (y tan reales) como fenotipia), clase (económica, cultural, social), sexo-género (corporalidad e identidad (autocomprensión y comprensión social de la identidad)), edad (infantilización, adultificación), situación legal-nacional (migrantes, presidiarios, criminales, policías). Sin que ninguna de estas características sea biológica o natural, las intersecciones que se dan entre estas multidimensiones articulan la identidad de una entidad humana, desarrollándose inclusive pugnas internas, debido a la valoración social que devuelve la colectividad (con sus valores éticos-sociales (políticos)) respecto de la individualidad. Uno de los tantos casos analizados por distintas estudiosas es el de una mujer migrante (nigeriana) que ejerce la prostitución en Palmas de Mallorca y que es violentada (acosada y golpeada) por la policía del lugar; las estudiosas coligen que por lo menos tres “rayos” intersecan en la identidad de Beauty Solomon: migrante africana (fenotipo), prostitución (situación económica de explotada), marginal o periférica respecto de las prostitutas con rasgos fenotípicos “europeos” (Guzmán Ordaz, R., Jiménez Rodrigo, M. L. “La Interseccionalidad como Instrumento Analítico de Interpelación en la Violencia de Género”. *Oñati Socio-legal Series* [online] 5 (2015): 596-612. <http://ssrn.com/abstract=2611644> Consultado 2 enero 2020).

hacia el año 1989, aunque, tal como señala Mara Viveros Vigoya se pueden rastrear sus antecedentes en la escritura de feministas como Olympia de Gouges hasta, por lo menos, doscientos años antes (*La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación* 2–5).

Es necesario indicar aquí que no pretendo homologar la explotación padecida por las mujeres negras, latinas o asiáticas con la explotación padecida por los hombres latinos, negros, asiáticos, “argentinos” o “chilenos” en el específico contexto histórico y cultural aprehendido por esta tesis; más bien, pretendo establecer cómo, “interseccionalmente”, de modo polémico y contradictorio, se constituyen tipos masculinos subalternos en el contexto histórico cultural de las ficciones narrativas del corpus a propósito de la violencia constituyente, la frustración sicopática, el deseo como agresividad, la explotación productiva, los aparatos doctrinarios, la conformación de tensas relaciones entre clases internamente estratificadas en un contexto “nacional”.

El análisis del contexto cultural (social, político, histórico, ideológico, de clase y de género; comprendido como entrecruzamientos e intersecciones discursivas y materiales o materialmente discursivas o discursivamente materiales) de la primera mitad del s. XX chileno y argentino, desde la perspectiva crítica que utilizo, deudora de *Subalternidad y representación* de John Beverley, entre otros, me permite establecer tres entradas fundamentales para esta investigación. Una entrada apunta directamente al soporte social de las situaciones de enunciación de los autores del corpus; una segunda entrada apunta a las masculinidades subalternas disponibles y existentes en el plano referencial. Respecto de la primera entrada, es decir, la entrada biográfica, comprendiendo que el ámbito biográfico es cultural, histórico y social, no me haré cargo en esta investigación. La segunda entrada, es decir, la dimensión referencial, cultural, histórica y social, en la que existe una multiplicidad de masculinidades en pugna, es parte de la materia de mi investigación.

La entrada referencial colisiona con el plano de lo referido por los discursos narrativos del corpus permitiéndome indagar en las relaciones que se establecen, alegóricas, irónicas, metonímicas y metafóricas, entre el cosmos ficcional narrado y el cosmos referencial (cultural, histórico y político), desde una perspectiva que aúna lo político con lo poético y lo ético con lo estético.

El contraste que realizo entre el cosmos referencial y el ficcional me permite analizar una de las muchas tensiones que se da entre: a) el relato nacional instalado desde la oficialidad, en ese contexto cultural, referido, principalmente, a género masculino y condición de clase ascensional y meritocrática; b) los relatos disidentes (críticos, satíricos, cómicos desde una perspectiva cínica o filosófica) que surgen como rebelión desde subalternos que en términos de masculinidades bajo las lógicas patriarcales evidencian violencias, trancas, suturas identitarias y que bajo las lógicas capitalistas–liberales–meritocráticas muestran el fracaso y la crisis de ese relato oficializado.

En ese contraste entre cosmos, me interesa el nivel de análisis narrativo, dado que en las obras ficcionales los personajes masculinos evidencian una serie de rasgos pesquisados en las masculinidades del contexto referencial. Las masculinidades ficcionales y las referenciales denotan una relación simbólica (metonímica, alegórica, irónica y metafórica) que permite articular una lectura decodificadora de fenómenos culturales que se dan en lo narrativo y en lo histórico, posibilitando que realice una indagación, un análisis, una interpretación y un contraste de las masculinidades y algunos de sus rasgos determinantes; del contexto histórico referencial respecto de las masculinidades que lo habitan; y, finalmente, de las esferas culturales que encuentran cabida en las ficciones narrativas de Arlt y Rojas en relación con las masculinidades ficcionales.

Entretejida con la perspectiva anterior, aparece la posibilidad de hacer evidentes las tensiones identitarias que contribuyen a la constitución de identidades de sexo y clase, al menos

en lo que respecta a lo masculino, al hilvanar una constelación de masculinidades subalternas, por un lado, y rebeldes, por otro; así también como, en esa constelación, las masculinidades “comunes y corrientes” y las “de arriba” (dominantes). Además, dado que el trabajo se realiza desde el arte literario (novelas), me interesa indagar en formas estéticas discursivas con las que se alude (refiere), mediante las ficciones, al plano referencial con sus muy divergentes habitantes.

Ahora bien, solo quiero mencionar un breve análisis de múltiples entradas, del que no podré hacerme cargo en su totalidad por rozar aspectos que escapan al acotado trabajo de esta investigación. La elaboración a contrapelo de una historia que haga evidentes las tensiones que hacen aflorar los movimientos sociales a principios del s. XX chileno y argentino es el soporte de: a) las situaciones de enunciación de los autores del corpus, cuyas vidas no están exentas de esas tensiones de clase y de género, ancladas en sus orígenes de clase (más baja que media, respecto del amplio espectro de la clase popular) y en las determinantes biocorporales que estimulan la formación de su/un género; b) los referentes de clase y de género, subalternos masculinos, que pululan en el plano referencial, que polemizan y discuten con las masculinidades hegemónicas (o que se subsumen y alienan respecto de ellas), es decir, los subalternos masculinos disponibles en la red cultural, social e histórica que es “experimentada” por los autores y luego transpuesta a la dimensión discursiva de la palabra artístico–prosaica (el “campo referencial”).

Respecto del punto b, recién enunciado, la compleja tensión que se evidencia en el contexto histórico (cultural, social, político) y la disponibilidad de sujetos con experiencias masculinas subalternas en ese contexto nutre, en tanto tensión, las ficciones narrativas de las obras del corpus, poniendo en evidencia no solo la crisis (o el fracaso, en mayor grado) de la construcción política disidente de esas masculinidades subalternas, frente a la hegemonía y frente a sus propios proyectos, sino que además pone en funcionamiento una red semiológica que articula

una constelación de masculinidades subalternas “destartaladas” respecto de una identidad masculina triunfal ideal e irrealizable bajo las lógicas beligerantes de explotación capitalista y patriarcal.

Considero que, entonces, tanto Arlt como Rojas, autores particulares que habitan unas situaciones de enunciación específicas y contextuales son sujetos masculinos en los que afloran una serie de represiones, culpas y “enfermedades” de género que dicen relación con las determinantes patriarcales y capitalistas; *mutatis mutandis*, los personajes que pueblan sus ficciones narrativas (complejos mundos sociopolíticos creados discursivamente en un ejercicio de transposición desde el mundo referencial al referido), por el hecho de ser masculinos y subalternos (en distintos niveles), evidencian o ponen en crisis por frustración los paradigmas de realización de clase y de género disponibles en el mundo referencial. Esto es que las comunidades de personajes trashumantes, más o menos anarquistas, más o menos delictuales, de *Hdl* y de *Scm* y las cofradías de neuróticos y perversos personajes frustrados de *Lsl* y *Ll*, más o menos megalómanos y fascistoides, están evidenciando la crisis contextual que implica la instalación desde la hegemonía de las lógicas de construcción identitaria adecuada (capitalista y patriarcal, desde las égidas liberalistas) para la amplia y estratificada clase baja y clase media (clases populares) de principios del s. XX argentino y chileno. La proyección es que literariamente, es decir, narrativa y ficcionalmente, las obras de Arlt o de Rojas, con o sin la pretensión de ser obras “ejemplares”, articulan constelaciones de personajes modélicos (o contramodélicos) que ponen en tensión los relatos de las negociaciones, de las mediaciones entre las clases populares y las clases dominantes, como si sí se tratase de un triunfo inclusivo de esos personajes en el relato moderno nacional.

O peor aún, sí se trata de su inclusión como fracasados permanentes y frustrados respecto del inalcanzable bienestar social que está puesto como finalidad del progreso patriarcal y capitalista en el que se cumple el sueño liberal de ascenso social. En este sentido, mediante el

análisis comparativo del contexto cultural como soporte de las situaciones de enunciación de los autores, es posible observar que las constelaciones de personajes masculinos subalternos de las obras del corpus, están conformadas por sujetos críticos y disidentes, pero, sobre todo, son sujetos constitutivamente dañados de masculinidad patriarcal, con lo que se podría comprender uno de los modos, más que de inclusión, de exclusión o de “intoxicación” que lleva a cabo el patriarcado capitalista respecto de las posibilidades de conformación identitaria en términos de clase y de género para tales o cuales sujetos determinados por ciertas situaciones sociopolíticas y económicas y por tales o cuales determinantes ambientales y biocorporales.

Es, para este análisis, evidente que la idea de libertad en la constitución de la identidad, al menos en lo que respecta a las imágenes modélicas desprendidas de los discursos literarios y su implacable cercanía con las masculinidades subalternas del plano referencial, es una idea falaz de libertad; falaz, porque está sujeta a la ética de las lógicas capitalistas y patriarcales que, como parte de la constitución del sujeto moderno, obligan a que esa libertad sea permanentemente una trampa o una tensión entre la voluntad de construirse una identidad y la paradoja que supone que existen identidades determinadas para tales o cuales grupos sociales, identidades que son emanadas como abstractos absolutos desde la oficialidad del establecimiento de la hegemonía de las clases dominantes²⁸.

²⁸ El problema axiológico que supone la noción ética de “libertad” a propósito de la constitución identitaria está engarzado con la noción de género/sexo, porque en una de las tantas definiciones de género/sexo que puedo basar estas reflexiones tanto la interseccionalidad como la multidimensionalidad de las entidades particulares humanas que habitan el tejido social permiten comprender que la individualidad y la colectividad se nutren recíprocamente y que, en ese sentido, la noción que, en lo personal y en lo social, se pueda construir de género/sexo está imbricada con la noción ética que se aloja en el sustrato de toda configuración cultural e ideológica que posibilite alguna explicación del mundo en tanto constructo cultural. Muchas de mis reflexiones son toscas, porque la evidencia de la experiencia, del fenómeno material que habitamos, es tosquedad y violencia; también, porque esto es una investigación en el área de la literatura y no en el de la axiología o en el de la filosofía moral. Ahora, no pretendo dar cuenta en esta acotada tesis de la estética de la perversión o de la estética de la tensión que se da respecto del complejo concepto de “libertad”. Sin embargo, es mi objetivo apuntar con ejemplos tomados de las obras del corpus que trabajo ese fenómeno en el que en lo narrativo se puede observar la tensión entre las decisiones personales y los modelamientos éticos que provienen de los discursos oficiales: asuntos que son tratados en Arlt o en Rojas, pero enfocados por mí desde el género/sexo, categoría tanto política como individual, tanto ética como “inmoral”.

Debido a lo anterior, resulta fundamental trazar adecuadamente los hilos de ese tejido contextual para volver a hacer evidente la tensión (polémica) que existe en el plano material de la existencia, tan evidente en el plano discursivo de la cultura. No solo se trata de hegemonía y subalternidades como categorías ideales o metafísicas, sino que se trata de concreciones que acontecen en la vida práctica de las individualidades históricas que conforman un cuerpo social.

Ahora bien, que sea la literatura de Arlt y de Rojas, específicamente en ese presente, la que va a traernos a mientes la crisis epistemológica y paradigmática que deviene de la explotación, de la violencia, del capitalismo patriarcal, es un hecho que constataré al evidenciar como las obras del corpus se vinculan con géneros poético-políticos de crítica. Debido a lo anterior, me interesa destacar las relaciones narrativas y estéticas que puedan aflorar de las obras de Arlt y de Rojas con modos representativos emparentados con lo que Mijaíl Bajtín llamó *realismo grotesco* y literaturas carnavalizadas, sin descuidar los elementos que provengan de las vanguardias americanas y de géneros políticos como la sátira o la inclusión de figuras de pensamiento, retóricas y literarias tan complejas como la ironía; esta última entendida como un modo de permanente actualización de discursos críticos y políticos que ponen en jaque diversos modelos éticos y estéticos. No se trata de que Arlt o Rojas en sus creaciones narrativas estén obligatoriamente suscritos a un género u otro, sino que el objetivo es observar y especular cómo esas lógicas de representación cómicas (en su acepción de género histórico) y carnalescas (en la acepción bajtiniana, discutible o no) se infiltran en las ficciones de estos personajes al construir a esos sujetos masculinos que representarán (*darstellen/vertreten*) como sujetos risibles, más evidente en el caso de Arlt, o lastimeros, en el caso de Rojas. Desde mi perspectiva, sujetos masculinos que construyen identidades patológicas a propósito de las tensiones que se dan entre discursos oficiales y discursos divergentes (entre modelamientos e idealizaciones y realidades prácticas de supervivencia en el contexto de la explotación y la imposición de una libertad en extremo controlada).

Siguiendo las reflexiones de Fanon, en *Los condenados de la tierra*, ¿se puede establecer que una de las razones para las condiciones “patológicas” de la construcción identitaria de masculinidades subalternas, en la lógica de la lucha de clases, establecida por el capitalismo, está anclada, de modo similar a las patologías desentrañadas por Fanon en los colonizados respecto de sus colonizadores, en que toda criatura subalternizada por un grupo humano que se articula como hegemonía está desarrollando lógicas coloniales²⁹? En ese sentido, las masculinidades de las clases populares explotadas, en las zonas chilena y argentina, por las clases masculinas explotadoras, desarrollan un complejo patológico en su construcción identitaria a propósito de que están produciendo para el amo y no para sí mismas ni sus familias; en ese contexto, ¿es mejor la “pereza” y el *boicot*?

Ahora bien, la categoría de colonialismo tiene un campo semántico (y político) de aplicación acotado. Evidentemente, algunos de los fenómenos que he venido describiendo pueden comprenderse bajo las premisas de la lucha de clases o de la subalternización, sin embargo, sin pretender realizar una traslación teórica improductiva, me interesa, sobre todo respecto de la relación negativa que establecen los grupos ácratas con lo nacional, establecer que en algunos puntos fundamentales la persecución, explotación y ejercicio punitivo desde las clases dominantes respecto de las masculinidades subalternas ácratas orbitó en la elipsis conceptual que realiza la esfera cultural del colonialismo, es decir, cuando el colonialismo tiene

²⁹ El concepto de “intracolonia” o de “clases colonizadas” por las clases dominantes dentro de un mismo imaginario nacional es una idea peregrina que he estado desarrollando; solo en la actualidad he accedido a la noción específica de “colonialismo interno”, de Pablo González, con la que guarda ciertos puntos de convergencia, aunque la lectura que realizo es de clase–género–etnia y no solo respecto del asunto étnico–racial. Debido a que no se trata solamente de lucha de clases, sino que también de luchas de género, considero que es fundamental incorporar al concepto de lucha de clases otras dimensiones, debido a que las clases dominantes, articuladas como hegemonía, no solo recurren a la explotación material (laboral, industrial) para ejercer su dominio sobre las clases dominadas (siempre en tensión y en resistencia respecto de esa dominación) sino que, además, de modo casi idéntico a lo sucedido con los colonialismos y los neocolonialismos, las clases dominantes establecen que las clases dominadas son salvajes, naturalmente incivilizadas, carecen de cultura propia (o que si la poseen es pecaminosa, animalesca, brutal), por lo tanto, las clases dominantes ejecutan sobre las clases dominadas permanentes ejercicios “civilizatorios”: instrucción pública nacionalizante; articulación de cárceles y modos higienizantes de llevar la vida afectiva, corporal y sexual; determinaciones respecto del “buen” comer, vestir, hablar, caminar, festejar; correcta y elevada cultura artística en oposición a la baja cultura popular. Estos son solo algunos aspectos en los que se evidencia que las clases dominantes no solo son las clases explotadoras en términos productivos y económicos.

concomitancias (o yuxtapone rasgos) con las lógicas de explotación y subalternización. Sintomáticamente, la construcción de la idea, difundida y legalizada, de “enemigo interno” apunta a esos modos colonialistas, acusados por Fanon, de resolver la tensión de los hilos del tejido social con los colonizados que, en esta lectura interpretativa, son comparables con los grupos de mujeres y hombres ácratas.

1. 5. Uriburistas y sus modos de ser “hombre” de verdad: nación y guerra

En ese contradictorio universo contextual que comprende los primeros treinta años del s. XX, puedo establecer que existen ciertas “grandes” masculinidades referenciales que funcionan “ejemplarmente” para los grupos de masculinidades “comunes y corrientes” (“de abajo”), tales como Malatesta, Bakunin, Kropotkin, Ferrer y Cuadra, Di Giovanni, Radowitzky, Abad de Santillán, Ramón Ramón, Dubois o Plaza Olmedo, en un extremo; en el otro extremo, Hitler, Mussolini, Uriburu, Ibáñez están, también, determinando un modo “ejemplarizante” de construirse una identidad masculina, respecto de discursos oficiales que orbitan en la cultura (higiene social, catolicismo, nacionalismo, fascismo, racismo) masculinizada, respecto de una hegemonía patriarcal, capitalista y así como heteronormada también homofóbica; de esta forma, comprendo que estas serían “masculinidades de arriba” o (contra)modélicas.

En este contexto, indicadoras (*deixis*) de modos de conformarse las masculinidades son, también, las masculinidades “de abajo”; o bien, modos identitarios de conformarse las masculinidades “de abajo” permiten observar los procesos interpretativos y de asignación de sentido al imaginario que construyen en torno a esas masculinidades “de arriba”. Así, particularmente en Argentina, a principios del s. XX, los uriburistas desarrollan un modo específico de comprender sus masculinidades en relación con lo católico, el prócer Uriburu y

lo nacional, en total oposición a los anarquistas y comunistas, contruidos en esa convicción como antimasculinidades o masculinidades deficientes.

A través de un Golpe de Estado, José Félix Uriburu instala un gobierno *de facto* en Argentina, la que había estado administrada por una sucesión de gobiernos radicales (Unión Cívica Radical). El 6 de septiembre de 1930, se inicia un proceso sintomático respecto de la instalación de un paradigma que evidencia modos de configurarse algunas masculinidades populares y de elite. Sea “republicano” o “doctrinario”, el nacionalismo uriburista es, sin lugar a dudas, una muestra en el Cono Sur de una recepción de la matriz ideológica fascista que decanta en la figura de Benito Mussolini. Aunque con diferencias y semejanzas al caso ibañista y nacistita chileno, el uriburismo o el nacionalismo fascista católico argentino desempeñó un rol fundante en los modos en los que los hombres configuran un tipo de género masculino que resalta lo bélico, lo viril y lo doctrinario respecto de otras masculinidades que habitan el campo referencial que he venido delimitando.

Las “ligas patrióticas” o “legiones cívicas” son una forma práctica de organización de esas masculinidades; estas organizaciones de marcado antipartidismo sostienen en sus órganos de difusión ideológica que su nacionalismo es el nacionalismo uriburista, dado que Uriburu es una masculinidad ejemplar que debe ser imitada, porque “la ideología del movimiento era uriburista, es decir, se expresaba en “las ideas políticas del general Uriburu”³⁰” (Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 32).

³⁰ Finchelstein cita desde *Bandera Argentina*, 19 de septiembre de 1933. El hecho de que el uriburismo, de modo tautológico, se correspondiese con las “ideas políticas” de Uriburu implica que se trata de un nacionalismo–nacionalista, es decir, la definición irracionalista de un dogma que no requiere del recurso argumental para autosostenerse. Más adelante, señala que “La ideología uriburista era definida en general como fascista y extremista pues ... estos motivos habían caracterizado el *pensamiento* de Uriburu” (*Fascismo, liturgia e imaginación* 33): he destacado en cursiva la palabra pensamiento, dado que el sustrato ideológico del uriburismo, fascista y extremista, se torna irracionalista, producto de que la construcción ideológica que lleva a cabo el uriburismo está anclada en mitificaciones de la figura del héroe–prócer Uriburu, en una doctrina ética asociada a lo nacional que no explica lo nacional, a la comprensión de ser parte de una “guerra internacional ideológica” (10) en la que los “enemigos” se determinan por su participación antagónica o su definición por oposición respecto de los “valores fascistas y nacionales” que no se consignan ni describen de forma clara.

El uriburismo, que construye una cúpula de irradiación discursiva, donde se asienta el poder de Uriburu mediante una lógica paternalista, dado que a su muerte le sucede algún ahijado político, establece no sólo una doctrina para una elite conservadora que se vuelca al fascismo, sino que es una doctrina que persigue articular a las masas argentinas, bajo la égida de la nación; por lo tanto, es también, o se pretende así, un movimiento popular. Ramos, uno de los “ahijados” de Uriburu, se plantea como objetivo articular una “cultura argentina” que posibilite para la población “común y corriente” la “aceptación de la superioridad de un grupo de hombres selectos en términos culturales y espirituales” (Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 33). La construcción ideológica de esa casta dominante aceptada por la necesidad de ser gobernados y las características de superioridad asociadas a esa casta son, junto con una aberración para esas otras masculinidades (ácratas, comunistas, socialistas, homosexuales, judíos, protestantes, afrodescendientes), una manera de hacer pervivir el imaginario patriarcal divinizante en torno a un “elegido” que trasciende la historia y la política; es, en buenas cuentas, construir un relato mito–ficcional que funde una clase dominante bajo el amparo de la necesidad de un brazo fuerte y paternal que gobierne, porque se ha naturalizado esa necesidad de gobierno patrio.

Así, el presidente Justo, citado por Finchelstein, señaló que “El patriotismo no consiste solamente en el amor casi instintivo del hombre por la patria [sic] sino que siendo virtud es sacrificio y se concreta en hechos en las horas comunes y en las horas solemnes en que peligran sus instituciones o su existencia” (*Fascismo, liturgia e imaginario* 36). De esta forma, Justo, al mismo tiempo que reivindicaba la figura de Uriburu, establecía algunas bases fundamentales del nacionalismo uriburista: la virtud (del sustantivo latino *vir* traducido comúnmente como varón) de amar (instintivamente, es decir, de un modo natural prehumano) a la patria es, al mismo tiempo, un sacrificio (un acto mesiánico de inmolación), cuando esta ve peligrar su institucionalidad (legitimidad de la institución, independiente de que las crisis sociales exijan

cambios) o su existencia (el internacionalismo proletario de socialistas y comunistas o el antinacionalismo anarquista, además del antimilitarismo, ponen en peligro la existencia de la patria).

En el contexto anterior, las ligas o legiones masculinas (y femeninas) de uriburistas comprenden su misión como una higiene social de resguardo de los “valores nacionales” (de naturaleza indefinible dada su condición esencialista y naturalizada) respecto de “enemigos internos” que ponen en peligro un bien común que ha sido resguardado por el general-padre Uriburu, la patria. En esta lógica de belicosidad declarada (y no encubierta como en el mundo de la democracia liberal capitalista), la sociedad civil baja y media, las clases populares (problemáticas o no) y las clases intermedias e inclusive las clases dominantes están comprendidas bajo una lógica de guerra, en que la comunidad nacional es, en términos metafóricos y prácticos, un ejército en guerra.

Desde la perspectiva anterior, Finchelstein comenta que

estos hombres y mujeres sentían que la jornada de septiembre había sido su propia “Gran Guerra” [respecto de la Primera Guerra Mundial] con sus soldados y con sus caídos que ahora conformaban el panteón de septiembre y su experiencia de guerra que se hacía presente a través del mismo panteón, de sus heridos y por supuesto a través del mito de la figura de Uriburu (*Fascismo, liturgia e imaginario* 92).

La exaltación de la violencia, no ajena a otros grupos de masculinidades referenciales para las creaciones literarias de Arlt y Rojas, ni privativa de los grupos de corte nacional-fascista, encuentra razones políticas en los uriburistas. Esas razones no son extrañas al mundo liberal y democrático chileno que, como señala Craib, ya había ejecutado entre 1918 y 1922 una sistemática y apologética exaltación de la violencia como defensa de la patria en contra de los “enemigos internos”, acusados a su vez de ser ostensiblemente violentos en sus prácticas

destructoras del “bien máspreciado”: la nación³¹. En un ámbito similar, al ser atacado el centro de la Agrupación Uriburu, donde se realizaba una lectura en voz alta de *Mein Kampf*, se repelió a tiros el ataque; respecto de esto, Finchelstein indica que los atacantes gritan “¡Muera Uriburu!” y que eso

permitía por un lado definir mejor el propio sentido de pertenencia demostrando cómo el enemigo aceptaba que los nacionalistas eran fieles herederos del legado del líder muerto, y por otro lado habilitaba la objetivación del “enemigo interno” socialista y judío en las personas físicas de muchos socialistas, judíos o “peludistas” (*Fascismo, liturgia e imaginario* 83).

En esta aplicación programática de la violencia, la posibilidad de materializar al “enemigo interno” juega un rol primordial. En cierta medida, el atentado de Efraín Plaza Olmedo o el de Antonio Ramón Ramón, en el contexto chileno, fueron posibilidades materiales de fijar a algunos representantes claros de los “enemigos internos”, en quienes se sintetizaron múltiples juicios y, por expansión, se atribuyeron esos juicios a grupos de masculinidades más amplios. De modo similar, en Argentina se llevó a cabo esa persecución sistemática, antes de los años '30 del siglo XX, con el movimiento anarquista (en compleja y superviviente “desaparición” del escenario político; aunque, según Suriano, desaparece del movimiento obrero, dado que se pasan a las filas del sindicalismo revolucionario (*Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890 – 1910* 337–8)) criminalizado no solo como “enemigo interno”³² jurado de los “valores patrios” que Uriburu restablecerá (pues, estaban perdidos por los gobiernos radicales, la “satanocracia” y el liberalismo), sino que gráficamente determinado en personajes

³¹ “Desde el golpe cotidiano de la porra policial al ruido del disparo que puntuaba las recurrentes masacres, la violencia estatal y empresarial dirigida contra los y las trabajadoras [sic] era tan omnipresente como la violencia estructural de la privación, la explotación y el hambre”. (Craib *Santiago subversivo 1920* 153).

³² El nacionalismo violento argentino no necesitó esperar al caudillo Uriburu para manifestarse. Corría el año del Centenario y las manifestaciones represivas iban ya encauzadas por el resguardo del orden patrio. De modo eficiente y destructivo, ya en 1910 se incendiaba la imprenta de *La Protesta* bajo la idea de que se estaba vengando a Falcón y acabando con un mal social, denominado “anarquismo”. Así, “... influenciada por la criminología lombrosiana, la gran mayoría de los gobernantes interpretó el anarquismo como una patología social y una anomalía del cuerpo social” (Suriano *Anarquistas ...* 336).

como Di Giovanni o Radowitzky del lado expropiador (“apache”) o por personajes como las/os obreras/os anarquistas de FORA. Tanto Plaza Olmedo y Ramón Ramón, del lado occidental de la cordillera de los Andes, como Di Giovanni y Radowitzky, del lado oriental de la misma cordillera, son obreros anarquistas, participantes activos en huelgas generales, evasiones carcelarias y actividades solidarias; los cuatro personajes mencionados deciden ajusticiar a criminales impunes –al jefe de policía Falcón, al general Silva Renard, entre otros– que siendo responsables de matanzas seguían ocupando sus cargos públicos. El caso de Plaza Olmedo es diferente y Radowitzky será analizado con mayor profundidad más adelante. En rigor, todos estos personajes, en tanto masculinidades, serán interpretados y analizados por diferentes razones en páginas venideras.

En el caso específico de las masculinidades fascistas argentinas, agrupadas en diversas legiones, ligas y uniones, de lo que se trata es de unas masculinidades que glorifican la violencia como un carácter rector de lo masculino, comprendiéndola como una violencia restauradora de un orden amenazado o en proceso de ser perdido; esa violencia restauradora es diametralmente opuesta a la negación de la violencia, pero a la comprensión de su necesidad revolucionaria, por esas otras masculinidades, anarquistas o comunistas. En otro ámbito, la reivindicación de la violencia como rasgo preponderante de lo masculino (hombría, virilidad) se da también entre las masculinidades policiales y las delictuales. Al menos estos cuatro subgrupos de masculinidades, recién enunciadas, se comprenden y realizan mediante actos de violencia material y simbólica, criminal o revolucionaria, restauradora del orden o rupturista respecto de un orden configurado a partir de esa violencia fundante en el ordenamiento masculinizado del “organismo social”.

Las masculinidades fascistas argentinas, estudiadas por Finchelstein, no son diferentes respecto de las masculinidades fascistas, nacionales y chilenas a principios del s. XX, dado que se articulan en torno a patrones de comportamiento signados por la violencia, el racismo, el

nacionalismo extremo, un contradictorio antiliberalismo liberal, el deseo de un estado patriarcal, autoritario y regulador del mercado y de la vida pública y política, mediante el que se anulen la libertad liberal y cualquier otra posibilidad de libertad (la anarquista o la comunista). La noción de “enemigos internos” articula un sistema social y cultural en permanente estado de guerra: la belicosidad es, entonces, un rasgo determinante de lo masculino, inclusive cuando se trata del antimilitarismo anarquista que postula “guerra a la guerra”, aunque ideológicamente se trata de enfoques diferentes a un fenómeno acusado en lo masculino.

Es necesario señalar, para evitar confusiones, que la evidencia también muestra otras características fundantes de la identidad masculina, entre las que se cuentan el trabajo, la potencia sexual, el proveimiento del hogar, la educación y las buenas maneras (sin amaneramientos), la higiene y el ejercicio, entre otros elementos que irán consignándose respecto del análisis contextual y del posterior análisis literario.

En relación con lo planteado, observo algunos de los comentarios de Leopoldo Lugones (hijo), registrados por Finchelstein; en aquellos, se percibe una tendencia a las metáforas médicas y a la exacerbación de la violencia. Para el nacionalismo fascista, la apología de la violencia tiene que ver con un recurso higiénico necesario, puesto que es “recomendable en términos éticos” (Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 75) para contrarrestar al “enemigo interno”. Así, Lugones (hijo) se refería a Botana, director de *Crítica*, del siguiente modo: “insisto en recalcar que yo no ataco a Botana por ser Botana, como no aplasto a una cucaracha por su condición, sino por el peligro de infección” (citado por Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 74). En esta lógica de acción, la amenaza al orden deseado que supone cualquier pensamiento contrario a ese orden deseado debe ser necesariamente erradicado del cuerpo social, antes de que el “enemigo interno”, simbólica y materialmente infeccioso para el

discurso fascista nacionalista, propague la contaminación ideológica que conduce al fracaso de la sociedad toda³³.

Ahora bien,

Pensar a los enemigos como parásitos o bacilos no era una idea original de los nacionalistas argentinos, como muestran los ejemplos del fascismo italiano o del nazismo alemán [o de los discursos de higiene social emanados por los congresales de Chile o por la prensa oficial, aunque con una orientación racial más que con una “metáfora médica” (Craib *Santiago subversivo 1920* 36–7, 40, 61, 77–8: cita múltiples fuentes en las que se observa la conformación del “enemigo interno” y “externo”³⁴]. Sí era original la idea de que esa acción, justificada por el argumento biologicista, se hacía en nombre de Uriburu y de su “gesta” en la que supuestamente se habían dado pasos en dicho sentido [la acción profiláctica] (Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 79).

Además de que los nacionalistas uriburistas comprendían que dicha acción profiláctica había sido iniciada por Uriburu, generando en sus órganos de difusión ideológica la construcción de un “Uriburol”, contra todo tipo de “parásitos” (anarquistas, demócratas, marxistas, entre otros), realizaban otra operación de asimilación: los “parásitos”, es decir, el “enemigo interno” estaba confundido con el hampa y con la “canalla”, dado que nivelaban ideológicamente a radicales, socialistas, anarquistas y comunistas con proxenetas y mafiosos de origen judío (probablemente

³³ Lugones (hijo) fue percibido por sus pares como un “hombre ejemplar”; los “enemigos” de la patria para Lugones (hijo) son múltiples: “los socialistas (todos ellos extranjeros), los judíos, los delincuentes, los tratantes de blancas, los políticos de comité y por supuesto el diario *Crítica*” (Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 74). Para el movimiento anarquista bonaerense, que contaba con una alta participación de mujeres, la trata de blancas también era un problema social derivado del capitalismo que debía ser erradicado, lo que no se resolvía, como en el paradigma fascista, con torturas y ajusticiamientos. La construcción de una sociedad moralmente diferente a la capitalista (o la actual neoliberal), orientada por la praxis política y ética anarquista, debería conducir al fin de toda explotación, es decir, al fin de la prostitución. Recientemente, la mirada subalternista se ha volcado sobre una obra como *Pimp* (Iceberg Slim. *Pimp, memorias de un chulo*. Captain Swing: Madrid, 2016), relato autobiográfico de un proxeneta (similar en varios aspectos a Haffner), quien dilucida cómo la clase explotada y trabajadora puede ser comprendida como una meretriz explotada por el “cabrón” (*pimp*) capitalismo.

³⁴ En la revista *Sucesos* (23 de enero de 1919, citado por Craib *Santiago subversivo 1920* 61), se desarrolla una caricatura-emblema en la que el presidente Sanfuentes (impulsor de la Policía Secreta, al designar como comisario a Ventura Maturana) es representado como un *miles Christi*, es decir, un “cruzado” que con pureza y resplandor “blanco” expulsa y detiene el avance del “maximalismo” (anarquismo y comunismo), representado por un ser “grotesco y monstruoso” que sintetiza múltiples elementos del “enemigo interno” (estatura, rostro, vestimenta).

polacos, alemanes y rusos), por ejemplo la Zwi Migdal³⁵, del todo operativa en esta convulsionada época. Esta asimilación les permitía, junto con lo anterior, defender un discurso antidemocrático, dado que la “canalla” y el “hampa” había infiltrado todos los niveles de la población y, por lo tanto, no era posible poner en práctica la Ley Sáenz Peña³⁶, con lo que se declaraba abiertamente una posición doctrinaria en contra del sufragio definido por esa ley (Finchelstein *Fascismo, liturgia e imaginario* 78–80).

1. 6. Criminales, policías, expropiadores y otros hombres desajustados de violencia

Desde la otra orilla, el mundo anarquista comprendía al fascismo o al nacionalismo, al liberalismo capitalista o al catolicismo, como vicios morales (enfermedades) que debían ser erradicados del cuerpo humano individual y del cuerpo social, colectivo, porque tales vicios habían enfermado a la sociedad con sus estrategias “astutas” de supervivencia. En términos filosóficos, se rechaza la guerra, el armamentismo y los ejércitos, pero se comprende, sin apología alguna, que la violencia es una enfermedad utilizable como herramienta de defensa a la violencia fascista o estatal. En ese sentido la encrucijada revolucionaria no ha podido escapar de la paradoja patriarcal que supone la instalación de la violencia en su cultura, al punto que puede ser capturada una naturalización de esta, de larga raigambre en la historia de las ideas humanas. El anarquismo se declaraba, también en estos años, contrario al sufragio, por considerarlo parte de las medidas de control social y estatal que llevaban a cabo las clases dominantes, comprendiendo que la única organización social era la que se autodeterminaba por

³⁵ Zwi Migdal es una red de trata de personas, comandada por proxenetas de origen europeo, de religión judía, operativa durante desde 1906 y hasta 1937; su primer presidente fue Noé Trauman. Posteriormente, me referiré un poco más a esta mafia, dado que Saítta considera que Arlt se habría basado en Trauman y en la Zwi Migdal para construir a Haffner y la economía de la Sociedad Secreta del Astrólogo.

³⁶ El 26 de marzo de 1912 se publica en el Diario Oficial de la República Argentina la Ley 8.871, conocida como ley Sáenz Peña. Esta es la primera ley de sufragio secreto y “universal”, es decir, podían votar los argentinos, hombres, alfabetos, nativos o naturalizados.

la libre participación de sus integrantes y por un sistema de votación a mano alzada y debate; una vez más, del todo contrario al paradigma fascista.

Así, fuese o no un pensamiento ingenuo, el comunismo anárquico, tanto en la región chilena como en la argentina, evidenciaba algunas de sus acciones “violentas” como respuesta a la “violencia” institucional que se articulaba como progreso, orden, patria, democracia y república. De esta forma,

En 1913 y 1917 los gremios del mar colaboraron activamente en las huelgas generales contra el “retrato forzoso” que el Estado quería implementar entre los trabajadores para controlar sus sindicatos y apartar de ellos a sus miembros más activos (listas negras). Eran las llamadas “huelgas del mono” [contra las que se pronunciaron los congresales, en estos años, y durante el gobierno de Alessandri, debido a que eran huelgas por solidaridad, como consigna Valdivia (*Coerción, subversión y consenso...* 35)]. En la huelga de 1913 vencieron retrasando con ello la aplicación de la medida. Pero en 1917 fueron derrotados totalmente. Fundamentales en ambos conflictos fueron los estibadores, jornaleros y lancheros de Valparaíso, quienes [sic] a su vez, eran los pilares de la anarcosindicalista Federación Obrera Regional Chilena (Muñoz *Sin dios ni patronos* 143)³⁷.

En este examen, respecto de la diferencia con el paradigma fascista, cabe señalar que, por ejemplo,

La F. O. de M. [Federación Obrera de Magallanes] es una institución de resistencia fundada con el exclusivo objeto de propender en toda forma a la propaganda y desarrollo de su plan de defensa social que tiene por divisa la unificación del proletariado universal, único medio seguro para llegar, como conducto directo a la emancipación de los

³⁷ En este contexto, Valdivia argumenta que “Como se observa, la vigilancia y la inteligencia policial aparecían como mecanismos más efectivos para el control de la subversión que la matanza. La identificación como eficaz arma” (*Subversión, coerción y consenso...* 61). Las matanzas no terminaron con la implementación de un Servicio de Identificación, solo se hicieron menos estruendosas. Efectivamente, el “mono” (la fotografía del rostro y su rotulación bajo un sistema numeral) permitió establecer, a la policía secreta y al servicio de identificación, un control estricto sobre los “agentes subversivos”.

trabajadores, como primera etapa hacia el comunismo anárquico, base única en que se puede establecer la verdadera paz y armonía social de toda la humanidad (citado por Muñoz *Sin dios ni patronos* 105).

Se puede observar, en la cita anterior, una inclinación a conformar una institución que garantice y propugne la libertad, diferente respecto de la institucionalidad del capitalismo nacional, de principios de s. XX, junto con una preocupación por la “paz y la armonía social” verdaderas dentro de la lógica anarquista; tanto la institucionalidad como la preocupación por la humanidad están fuera del ámbito de las lógicas nacionalistas de exaltación de la violencia simbólica o práctica para alcanzar los objetivos de equilibrio social³⁸. Esto es que, al menos en lo que respecta a la FOM, según el ejemplo concreto, se exalta la lucha por la armonía social, mediante un mecanismo específico, la propaganda, y una estrategia política clara, la defensa social, de la que no se describen sus características. Sin embargo, de acuerdo con lo investigado, la autoeducación, la autogestión de la producción artesanal (o preindustrial), la generación de una cultura de comunismo anárquico y la propaganda “por el hecho” (estrategia violenta) son características de esa defensa de lo social que no están en la estrategia violenta que exalta la virilidad belicosa y sanitaria que realiza el paradigma fascista.

Un elemento que quisiese incluir, aunque de modo tangencial, en este panorama de conformaciones masculinas, tiene que ver con la criminalidad, la constitución de “cuerpos” policiales y el uso de armas de fuego. En primera instancia, Lila Caimari comenta, en *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920–1945*, que “En América Latina, la evidencia de la circulación de armas de fuego es muy abundante, comenzando por la familiaridad con pistolas y revólveres de sectores muy amplios de la

³⁸ Respecto del contexto chileno, Valdivia comenta y consiga algunos de los planteamientos políticos, comparables a los de los uriburistas, de la Unión Nacional, quienes articulan, junto con una defensa de su condición de elite, un discurso “moderado” de extirpación del “enemigo interno”; las consecuencias de esa “moderación” son profundamente violentas, dado que siguen la lógica de “defensa” de lo nacional (*Subversión, coerción y consenso...* 53–4).

población masculina” (48). Este primer dato, en relación con los grupos de masculinidades que he venido perfilando, supone la presencia de uno de los rasgos que, predominantemente, se asocia a las lógicas patriarcales de articulación de lo masculino: la violencia y el control de esta. Así, como dejé entrever hace algún momento, en parte de los grupos (“cuerpos”) de masculinidades que orbitan los primeros treinta años del siglo pasado hay quienes, claramente, detentan discursos de paz y equilibrio social, pero hay quienes, con objetivos diferentes, ostentan discursos y llevan a cabo acciones de pronunciada violencia. El acceso a las armas de fuego, al menos en el contexto bonaerense, va a marcar las prácticas políticas de esos grupos, determinando de tal forma su constitución que, para Arlt o Rojas, no podrá ser un tema obliterado.

Los movimientos convulsionados del “cuerpo social” evidencian que, además de lo ya mencionado, en estas primeras décadas del s. XX, en Chile y Argentina, la instalación de la criminología (y sus variaciones desde fines del s. XIX hasta los '30 del s. XX, fecha con la que cierro mi análisis, dado que reúne suficientes elementos políticos y sociales como para dar cuenta de un “caldo de cultivo” nutritivo de las ficciones de Arlt y Rojas) y la modernización de las policías (con sus múltiples secciones y específicas tareas que incluyen desde el orden y el control hasta la exterminación y la tortura) se alía con la refinación de las lógicas capitalistas y extractivistas, además de aliarse con la tecnocientifización de la explotación como baluarte y conquista de un sistema masculino (varonil, viril) e ilustrado (civilizado, progresista, evolucionado). Esta alianza de hilos en la red cultural que compone el soporte de las ficciones de Arlt y Rojas (y de la existencia del presente) hace patente que los grupos masculinos pueden ser abordados desde otra variable que se suma a las anteriores: delictualidad lisa y llana, por una parte; detentación del ejercicio de la policía³⁹ (orden, moral y civilidad), comandada

³⁹ Existen registros en los que se puede percibir que orden y policía son ideas homólogas, por ejemplo en el uso que se da del concepto *policía* en la narrativa del Siglo de Oro; además, en términos de administración pública, política y policía comparten el mismo étimo, es decir, *polis*. Esta breve digresión apunta a que la idea de policía en sí misma incorpora la idea de administración y ordenamiento de lo público (o de lo común) a un grupo de lo

siempre por una clase dominante que incita o explícitamente dicta o permite que se dicten aparatos legales para “civilizar” a “los salvajes”.

En el contexto de esa tensa alianza de fenómenos culturales que traspasan los idearios personales, las masculinidades, como sexos, cuerpos, identidades y géneros, van a encontrar un modo de realizarse a través de lo policial y de lo delictual. Los sujetos que transitan por los diferentes terrenos de lo subalterno van a enfrentar o se van a acomodar a las directrices que construyen, en términos de órgano social, las redes que especifican los rasgos de lo criminal, antisocial, ilegal o delictual y los de lo ordenado, policial, higiénico o correcto. Sin embargo, estas realidades se dan en la experiencia histórica como categorías que se pueden llegar a confundir, dadas las maneras de organizarse las delictualidades, en tanto “hombres”, por grados y niveles, tal como mostraré más adelante siguiendo a León León; asimismo, las policías colindan peligrosamente con lo criminal respecto del uso de la violencia y las armas, como voy anotando en los momentos precisos a propósito de la construcción coercitiva del proyecto nacional y oficial. Tanto Arlt como Rojas ahondarán en sus personajes y en los mundos que habitan mediante esos rasgos propios del mundo del hampa–policía.

El uso de la violencia (armas, automóviles y otros recursos tecnológicos) mostrará ejemplarmente la paradoja constituyente de lo cultural. En el caso de lo policial, el control, el orden y la protección de lo “civilizado” justificará el uso de la violencia, en sus múltiples dimensiones. En el caso de la “clase baja”, subversiva o agresiva, los usos de la violencia y de sus tecnologías, junto con comprenderse como necesarias para sobrevivir, serán ilegalizados, contruidos como contraejemplos, destituidos de lo humano o patologizados al ser observados

que derivarían las ideas de coerción y represión respecto del tipo de ordenamiento que se pretende resguardar (articulado mediante el “consenso”) y del mandato de quienes ostentan la capacidad de política de dictar lo legal (para anquilosar lo legítimo) respecto del ordenamiento y sus modos de darse, estableciendo lo que es permisible y lo que es del todo indebido. Esta reflexión somera evidencia que, hasta intuitivamente, es posible comprender que la categoría de la policía, así como la de la política, son necesariamente categorías éticas respecto de las que se genera adopción o rechazo. Ver Corominas... Tengo entendido que Michel Foucault se ha extendido sobre esta materia; las fuentes contextualizadas que consulto y cito se hacen cargo en el sustrato de la obra del filósofo de la *Historia de la locura*. Así, Verónica Ortiz de Zárate, Lila Caimari, Marco Antonio León León, entre las principales.

desde la perspectiva frenológica. El uso de la violencia (delictual) por integrantes de la “clase alta” tiene como consecuencia la expulsión de su propia cuna; al ser considerados peligrosos e infectados por tales lógicas delictuales de supervivencia, deben ser exiliados de su clase de origen. Sin embargo, esas lógicas violentas y delictuales de supervivencia están instaladas en el sustrato de la configuración del grupo humano masculino, entre otras razones, porque las clases en ejercicio de poder político–policial ostentan el uso de la violencia armada (delictual) como un principio ético rector. Acaso, ¿una guerra nacional por el control de un territorio o de una fuente de recursos no es similar a la violencia que ejercen las mafias contra las mafias o contra la policía?

Desentrañar esa evidencia, en el caso de la subversión anarquista, implica que el puro hecho de mentarlo en la propaganda escrita como un recurso de emancipación revolucionaria será criminalizado como un gesto de sedición.

El uso de las armas, el automóvil y otras herramientas técnicas asociadas a lo bélico, violento y conquistador de lo masculino será legal, en el caso de ser servil a la violencia institucional; será ilegal, en todos los otros casos. Estos rasgos son constituyentes de un campo contextual que soporta las vidas de los autores del corpus y las ficciones traban una relación amplia con ese campo contextual referencial.

Desde ejemplos concretos hasta abstracciones de semiología cultural, rasgos criminales emparentan los modos de articularse las masculinidades en el campo del organismo social; las clases altas, las medias y las bajas responden, masculinamente y bajo las estrategias patriarcales de supervivencia, a mecanismos criminales de articulación de grupos más o menos cohesionados, bastante predispuestos a la belicosidad y al control (disputa por la dominación). El delgado límite que separa una estafa de “baja estofa” de una articulación financiera y bancaria que regula el mercado, sin participación alguna de la colectividad productora (el afamado “bajo pueblo”, las clases sociales explotadas (dominadas con beneplácito o sin él)),

está arraigado en el uso y construcción de la legalidad. En un momento anterior, revisé cómo la legitimidad (o la institución de ella mediante la legalidad) responde a modos de supervivencia de las clases dominantes y no a la voluntad de los movimientos populares, mucho menos si son de la estratificada “clase baja” o “media-baja”; en ese contexto, la ilegalización de la subversión o la transformación en “demandas enloquecidas” o “poco juiciosas” de quienes pactan con las clases dominantes articulando partidos políticos o la criminalización absoluta de fisionomías corporales y estratificación social como fenómenos culturales anclados en un modelamiento de los géneros y las clases de la colectividad de feminidades y masculinidades puedo observarlo, en el caso de las masculinidades, como una estrategia de producción de las clases dominantes que se articulan como “civilizadas”, poseyendo los valores idóneos para el control social. En términos simples, extorsionar a las clases populares (o subalternas (Gramsci, *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*)) bajo diversas premisas excluyentes.

La configuración de la necesidad de protección por parte de los “fuertes” del conglomerado cultural, desde la irradiación de los discursos de las clases dominantes, genera respuestas de múltiples índoles entre las “capas” subalternas de los estratos sociales. Así como una de esas respuestas es la orgánica anarquista, subversiva, comunista u otra (inclusive la fascista frente al liberalismo de los Centenarios chileno y argentino), la delictualidad es una respuesta que encuentra cabida entre estas capas en, al menos, dos direcciones claras (internamente eclosionadas). Como señalé hace un momento, esas dos direcciones son: lo criminal y lo policial. Sin embargo, dado que la experiencia referencial y lo observado en las ficciones de Arlt y Rojas no es dicotómico, lo policial en múltiples circunstancias es rayano con lo criminal y viceversa. No solo se trata de mentar al clásico varón policía corrupto, sino que se trata de indagar en, por ejemplo, el anarquista o el ladrón que se vuelve pesquisa; en los niveles de legalidad o ilegalidad que, en el contexto de las paradojas (tensiones) liberales, adquiere la tortura en manos de policías entrenados para ello (Lugones hijo, uriburista y torturador); en la

aceptación o inaceptabilidad de la vía revolucionaria armada en el ámbito del anarquismo expropiador; en el imaginario evangélico del buen ladrón; y, principalmente (y en términos éticos y culturales), en cómo estas cofradías de policías o delincuentes, con sus jerarquías internas (los grados militar–policiales o las taxonomías criminales y su valoración (construidas más desde lo testimonial que desde lo criminológico)), están determinadas por estrategias, modos y mecanismos patriarcales, en el sentido de que las construcciones de masculinidades son autoritarias, violentas, vejatorias y que, en un juego de casa de espejos, son réplicas (respuestas polémicas de un diálogo cultural) al organismo social con sus características de explotación, violación y belicosidad; así como son replicadas (material referencial) en diversos objetos estéticos, particularmente literarios (en los que se perciben modos de representación “tradicionales” y “vanguardistas”), entre los que se cuentan las novelas del corpus de esta investigación.

Al estudiar la obra de Marco Antonio León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, puedo inferir a partir de diferentes datos ahí expresados una no tan soterrada y no tan explícita relación entre criminología, positivismo, proyecto nacional y exclusión–discriminación de las “capas bajas” de la población. Parafraseando a León León, el primer dato que se puede consignar respecto de la criminología positivista es su nacimiento experimental, asociado a la disección craneal de un criminal, llevada a cabo por Lombroso. En esta disección, el científico descubre rasgos “anómalos” en el cerebro del criminal que permiten emparentarlo con un estado primitivo, con una condición prehumana, salvaje (51–2). Estos hallazgos científicos, por vías concretas y operaciones políticas específicas (congresos, viajes, traducciones, embajadas de estudiosos), son traídos a Sudamérica a finales del s. XIX y comienzan una lenta transformación y aplicación local, hasta avanzada la década del ’60 del siglo pasado. Tanto en Chile como en Argentina se registran una serie de datos históricos específicos que me permiten comprender que ni el

discurso sensacionalista de la prensa ni las directrices políticas y policiales se mantuvieron exentas de esas discusiones en torno a la “naturaleza” criminal.

La primera inferencia que se puede obtener de la disección craneal que lleva a cabo Lombroso a Villela, en el contexto italiano de fines del s. XIX, está vinculada con que al criminal se le ha “rebajado” su condición humana a una condición de “animal de experimentación”; junto con ello, esa condición animal aparece refrendada por el mismo ejercicio ilustrado y científico, dado que Lombroso observa que el criminal tiene una condición “salvaje”, alojada en su cerebro (León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 50–2).

Una de las advertencias que hace León León (y Caimari, respecto del contexto argentino) es que una de las evoluciones de la criminología, tanto en Chile como en Argentina, es dejar de concebir al criminal como un salvaje, porque refina sus modos de operar respecto de la legalidad: la fisura que ejecuta sobre lo legal y lo normal no es fruto de su salvajismo atávico, sino que es un logro de un cálculo meditado. Ahora bien, ese cálculo meditado sigue ocupando un espacio en el ámbito de lo inmoral, de lo incivilizado, de lo patológico o sicopático: espacios todos que, semánticamente, contienen a lo salvaje.

En este mismo contexto, el tipo criminal, y me detendré más en ello cuando observe el contexto argentino atendiendo la investigación de Caimari, según lo rastreado por León León, en Chile, es un sujeto de clase baja, condicionado por la funesta necesidad asociada a un modo ineficiente de retribución monetaria (salario) respecto del desempeño laboral; sistema que, ya en sus inicios, mostraba su propia crisis de desigualdad social, mala distribución de los ingresos, discriminación, pauperización de la vida cotidiana, entre otros rasgos. En este contexto, el rasgo semántico “migrante” (“foráneo”, “extranjero”) se une a la idea de “incivilización” o de “desorden” implicada en la idea de criminalidad. Imaginar al criminal como un sujeto “salvaje” caricaturescamente no solo resulta ridículo, sino que además es totalmente alejado de los modos

de darse la criminalidad “por arriba” y “por abajo”, es decir, un asesino es, tautológica y ontológicamente, un asesino: ¿cuál es la diferencia entre un general de la nueva oligarquía plutocrática que dirige los ejércitos nacionales con un cuchillero, rufián, de un barrio industrial portuario, como Valparaíso o el Dock Sud? El soldado raso pagará con su cordura sus vacaciones en el campo de batalla; el asesino, de clase baja, cuchillero o pistolero (gánster) puede dejar la vida en la *cana* y la cordura en el armario. Los deslindes de estas figuras pueden ser articulados e incluso defendidos por las voces liberales o republicanas, sobre todo nacionales, que defienden la necesidad de la guerra y la inutilidad social del incivilizado e inmoral proxeneta, pero en términos de construcción de género/sexo los tipos masculinos se solazan en la matanza. Buscar la explicación en un análisis discursivo o en un intento positivista por desentrañar esa naturaleza en partes del cerebro son las antípodas de un ejercicio crítico que indaga en los modos de ser criminal, cuando lo legal está sujeto por las clases dominantes que se querellan moralmente contra el vicioso y salvaje bajo pueblo, negando sus propios salvajismos camuflados de empresa civilizatoria, moderna y republicana. En ese sentido, nuevamente, policías y criminales son líneas tangenciales en el ejercicio bélico de las clases dominantes por mantener un sistema social, un órgano social, servil y controlado, bajo las lógicas de la explotación y el trabajo como bien moral.

Recorriendo el fin del s. XIX y principios del XX con León León, percibo que una lectura de clase no está fuera de sus objetivos, dado que se preocupa por consignar, sin maniqueísmos, cómo las clases dominantes y las “burguesías” nacionales encontraron un asidero intelectual para su enconada apreciación de las clases bajas. Así, en *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, señala

la socióloga venezolana Rosa del Olmo sostuvo hace unos años que esta mirada “científica” del delito, que proponía la criminología, fue bien recibida en nuestro continente debido a que las burguesías nacionales requerían de instrumentos de control

para transformar las relaciones de explotación capitalista al iniciarse la fase imperialista, conteniéndose así la expansión de los movimientos obreros. [Con una clara instalación en Argentina, México y Brasil y sin eximirse de polémicas en los círculos científicos] la criminología positivista no estuvo vinculada necesariamente a un proyecto político específico, pues fue asimilada por conservadores, liberales y hasta por el socialismo. [La criminología positivista no es la única y exclusiva explicación para la represión de los movimientos obreros]. Lo que sí quedó claro fue que la responsabilidad moral, defendida hasta entonces por la criminología clásica, fue reemplazada por una elevada dosis de determinismo, junto con un nuevo enfoque terapéutico de la vida social [otra vez, y sin haber desaparecido del todo desde el s. XV, las “metáforas del cuerpo” en torno a lo social; específicamente, del “cuerpo enfermo” o de “órganos enfermos”]. (53–4).

En este contexto, la criminología será adoptada como un nuevo mecanismo de control social y de desbaratamiento de iniciativas soberanas emanadas desde el “bajo pueblo”, dado que su condición peligrosa o tendiente al crimen, lo hace un “sujeto” social, colectivo, al que no se le puede confiar la “noble” tarea de realizar el proyecto nacional⁴⁰.

Paradigmáticamente, en los hilos de análisis que vengo tejiendo, a fines del s. XIX (1894) se realiza la primera comisión para estudiar la criminología positivista y el aporte francés conocido como el *bertillonage*, desarrollado por Alphonse Bertillon. Parafraseando a León León, el doctor Pedro N. Barros Ovalle fue comisionado por el presidente de la Sociedad Médica de Chile, Augusto Orrego Luco (1894), para estudiar el *bertillonage*, es decir, el sistema de medición y filiación antropométrica. En 1900, Barros Ovalle publica el *Manual de Antropometría criminal i jeneral*, aplicando los conocimientos obtenidos al contexto chileno. Ahora bien, esta científica mirada, “objetiva”, se depositó en un caldo de cultivo mucho más

⁴⁰ No creo que haya sido un gesto ingenuo el que Alessandri llamase su “querida chusma” a las capas sociales bajas y bajas–medias, porque ese pueblo votante que urgía por una autoridad–guía (*Ducce, Führer*) no pudo haber sido mucho más que una masa informe, una *chusma*, para el que se “daría vuelta la chaqueta” tantas veces.

antiguo: la idea de supremacía que ostenta la autodenominada clase dominante. De esta forma, en *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, León León puede afirmar que,

La criminología comenzó a darle un rostro al criminal, un carácter concreto, pues era posible examinarlo, describirlo y hasta medirlo. El criminal dejó de ser un ente abstracto [...], para convertirse en un referente de lo inadecuado y lo grotesco, idea que, gracias a la invención y masificación de la fotografía desde mediados del siglo XIX, pudo ahora ser explícita y difundida a través de los diversos medios de prensa [...] Este saber criminológico se enriqueció, circuló y se volvió más complejo a la par de retomar prejuicios ya existentes sobre los grupos bajos de las sociedades. Le entregó un soporte “científico” a prejuicios que no eran nuevos y que involucraban consideraciones sobre la influencia del medio social en las conductas de los criminales, su falta de intelecto y de buenas costumbres; todo lo cual se veía coronado por el aspecto y rasgos físicos de los mismos, indicadores no solo de su extracción social, sino además de un problema más profundo: una falta o interrupción evolutiva. (55).

La visión abstracta que sobre la idea de criminal se tenía, nutrida por el discurso de la culpa y el castigo, desde la perspectiva católica y moral, se modifica radicalmente: no se trata de un sujeto infernal, sino que se trata de un ser humano de dudosa condición natural humana. Pero no es cualquier humano, es uno en particular: determinado éticamente por una posición social específica en el entramado de las clases económicas. Más aún, en el caso de poseer una orientación política cercana al anarquismo su condición natural y criminal estará signada por un salvajismo inmoral e incivilizado que no reconoce los valores nacionales y republicanos; en el caso de ser un dictador nacionalista fascista (Uriburu o Ibáñez) no será en primera instancia un criminal, sino que un “salvador” de determinado caos social: el “peludismo” corrupto o la relajación nacional liberal y alessandrista. Criminales policías, criminales presidentes,

criminales dictadores, criminales revolucionarios: la condición de la Ley del Hombre distribuye criminalizaciones y sitúa a las masculinidades en esa esquizoide condición que acusa de modo tan efectivo Remo Augusto Erdosain.

La función estratégica y política que adquiere el bertillonaje, primero, y la dactiloscopia, después, es fundamental para articular una taxonomía de la criminalidad, la que, en múltiples ocasiones, se nutre de los relatos testimoniales de (ex) presidiarios, más que de categorizaciones científicas; sin embargo, a comienzos del s. XX, estas herramientas criminológicas permiten organizar el mundo del hampa. Ahora bien, indirectamente, estas herramientas también permiten organizar taxonómicamente el mundo policial como se desprende de la siguiente cita de León León, porque se trata, por un lado, de contar con la posibilidad de catalogar a los delincuentes y de, por otro lado, que la policía misma “especialice” sus propias funciones, tecnificando y separando labores propias de cada “cuerpo” policial. Así, en *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, se indica que “El *bertillonage* estaba dirigido fundamentalmente a los agentes de policía de la sección pesquisas, a los empleados de las prisiones, a los oficiales y a las tropas de la Policía del Orden y Seguridad; en el entendido que el personal de la policía, del carácter que fuese, debía poseer los conocimientos necesarios para reconocer y detener a los criminales” (65). Como señalé, de esta nota se puede inferir que, por lo menos, hay tres “cuerpos policiales” específicos, de los cuales el último de ellos aparece graduado por jerarquía: oficiales y tropa de la implicada en múltiples represiones sangrientas, tanto en Chile como Argentina, Policía del Orden y Seguridad, a la que se asocia a Falcón y a Silva Renard (aunque ambos hayan sido parte de una facción de sus respectivos Ejércitos dedicada al Orden Social).

Si en apartados anteriores he señalado múltiples concomitancias entre los rasgos constitutivos de las clases dominantes y de las clases dominadas o en sublevación de Chile y de Argentina, a comienzos del s. XX, así como también mostré algunas concomitancias en la

conformación del tejido republicano, liberal, capitalista, extractivista, democrático, puedo mostrar que la criminología en sus múltiples variantes tiene una fuerte presencia también en las zonas geopolíticas y en los momentos históricos que he venido entretejiendo, para mostrar la textura (la red) en la que articulan sus ficciones narrativas Arlt y Rojas.

Así, siguiendo esta ordenada exposición, es León León quien entrega el material que me permite indicar que, por ejemplo, Adolfo Carranza, juez de Tucumán, en 1915, publica *Cárceles argentinas y chilenas (Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX 70)*. O que, también de modo ejemplar, Enrico Ferri (*Sociología criminal*) revisa e incorpora aspectos del medio ambiente a los estudios de su maestro Cesare Lombroso; estos aportes le valen invitaciones formales para que visite Argentina y Chile entre 1908 y 1910 (70).

Desde este ámbito del análisis, junto con haber observado similitudes y diferencias en la configuración ideológico–dogmática (anarquismos y fascismos) de las clases populares, compuestas por entidades humanas concretas y carnales, he observado someramente las masculinidades “por arriba” y las “por abajo” en tanto “cuerpos” (agrupaciones) que se apuntan críticamente desde la dimensión de la administración pública–privada y la moral pública–privada; junto, como digo, con haber parcialmente deslindado los vínculos que establecen estos grupos con idearios revolucionarios o contrarrevolucionarios, puedo ahora comprender las similitudes y diferencias en los modos de articularse los discursos que ostentan la capacidad de organizar el universo de las policías y del hampa.

En el sentido anterior, y a diferencia de la espectacularización que sostiene Caimari respecto de la delictualidad mafiosa bonaerense, en Chile el hampa urbana parece opacada por el hampa rural (cuatrereros, bandoleros, bandidos camineros), aunque también hay un mundo criminal y criminalizado de proxenetes, tahúres, cuchilleros y violentos alcohólicos.

Una amplia literatura testimonial y científica se despliega respecto de lo criminal, ocupando un espacio importante en el campo cultural de los autores del corpus de esta investigación. Así, rastreando las pistas de este recorrido en *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, encuentro que ya en 1903, Modesto Segundo Pascual da a luz la obra *El capitán de bandoleros Juan de Dios López*; Pascual, siguiendo a Tarde y a Lombroso, señala que el bandido Gutiérrez (supongo que es otro nombre, de los muchos que podían usar los criminales, hasta el uso riguroso de la ficha de filiación (heredera de la ficha signalética)) es instintivo como una fiera, dado “que busca sus medios de subsistencia entre los horrores de la destrucción” (citado por León 71). De la destrucción del orden instituido como civilizado, valga la aclaración, frente al cual extensos grupos sociales son considerados la antinomia por no adaptarse al proceso civilizatorio y que, además, apuntan crítica y permanentemente que ese proceso civilizatorio es “salvaje”, “criminal”, explotador, antiético, no solo porque sea burgués o capitalista, sino porque condena a la vejación y a la destrucción mutua.

En ese contexto, los matices que observó Ferri respecto de la criminología positivista, permitieron que inclusive “ideologías progresistas como el socialismo, [vieran] en su asimilación una estrategia para depurar los vicios y mejorar la condición de vida de las clases trabajadoras” (León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 72). De tal manera que,

El progreso, por tanto, podía ser asumido por conservadores, liberales y socialistas, como también debía entenderse que la lucha contra la criminalidad era una tarea más allá de cualquier ideología partidista. Este era un consenso que había terminado por unir voluntades, valorándose de la antropología criminal el hecho de que dicha disciplina les había entregado *un sujeto concreto a quien culpar o regenerar*. (León León,

Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX 73; destacado propio).

Baste recordar que, entre otras, algunas de las publicaciones anarquistas incorporaban entre sus títulos ideas asociadas a la “luz del raciocinio” (frente a la animalización que vivían las/os trabajadoras/es) o a la “regeneración” respecto de la “decadencia” ética y social a la que el capitalismo nacionalista y agroexportador, incipientemente industrial, sometía a las amplias clases populares (proletariado urbano y rural; campesinado; “funcionarios de cuello blanco”).

La incorporación de los postulados de Ferri a la criminología positivista repercutió en Chile y en Argentina. Al menos en Chile, la siguiente cita en un medio de prensa liberal (y a estas alturas tradicional y conservador) lo demuestra. Así, León León lo deja claro en *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*, dado que citando a Ferri desde *El Mercurio* (1 de octubre de 1910) se señalaba en “Los criminales en la vida y en la ciencia”:

El criminal nato no es un individuo que haya de cometer crímenes forzosamente porque el delito no es sólo producto de la anomalía del delincuente, sino también de factores sociales y físicos. [...]

No debe mandarse a la cárcel a los delincuentes jóvenes, porque la cárcel es una escuela de perfeccionamiento del crimen y la sociedad puede por otros medios, v.gr., las colonias penales, separar a estos delincuentes del ambiente deletéreo en que han vivido, y convertirles de este modo en hombres inofensivos y útiles. [...]

Hay criminales natos, incorregibles y criminales locos. Para éstos hay que reservar los manicomios criminales y las cárceles.

En conclusión, la sociedad no debe mirar con odio al delincuente, como tampoco mira con odio ni al loco ni al apestado; pero debe defenderse de ellos, porque así lo impone una necesidad de preservación social. (73).

Esta anotación permite, nuevamente, ampliar la taxonomía de la criminalidad, porque, así como Ferri (y toda una escuela derivada de sus postulados) creía en que ciertos tipos de “salvajes” podían ser “civilizados”, comprendía que otros eran “criminales natos” o, definitivamente, “individualidades enfermas” (sicopáticos). Cabría preguntarnos en este contexto, ¿dónde situaría Ferri, y la escuela criminológica argentina y chilena, a Lugones (hijo), torturador del régimen uriburista o a Ibáñez del Campo, megalómano mesiánico, dispuesto a implementar un aparato represivo que, en retrospectiva, es similar al enseñado por la Escuela de las Américas en la década de los '60 del siglo pasado, en plena Guerra Fría (deportaciones, tortura, desapariciones, pactos dolosos)?

Los derroteros de la criminología en Chile se internan por vericuetos en los que la divulgación de sus principios encuentra cabida en la prensa masiva, en la sensacionalista, al más puro estilo de *Crítica* (periódico bonaerense de crónica roja en la que Arlt dio sus primeros pasos como cronista), y en la prensa de corte serio, como *El Mercurio*, que publicaba las discusiones científicas que se daban entre penalistas, “lombrosianos” y “ferristas”. Esto permitió trazar, parafraseando a León que parafrasea a Caimari, dos conjuntos de criminología: la profana, nutrida de la divulgación no-científica en prensa sensacionalista; y la sagrada, estrictamente científica y debatida en órganos específicos emanados por las diferentes sociedades de estudios del carácter criminal, del derecho penal, de jurisprudencia o de medicina. De modo similar a los viajes por Argentina y Chile de Errico Malatesta o de la difusión del pensamiento fascista por Ortega en su visita al cono sur, la criminología transitó varias veces el camino trasandino, de ida y vuelta. Hace ya muchas páginas (*supra*) comenté un encuentro sudamericano de policía, en el contexto de la represión a los movimientos subversivos, principalmente ácratas; reactivo esa reflexión a propósito de la organización “científica” del control social y la definición de criminalidad.

En este urbano y rural contexto local, diametralmente distinto al que Caimari ve como un *hollywoodense* filme de *gangsters* porteños, un factor fue determinante en las discusiones en torno a patologías criminales: el alcohol. Atravesando desde el conservadurismo hasta la lucha cultural anarquista, la oposición al alcoholismo fue transversal. Es evidente que cada grupo social, de acuerdo con sus presupuestos ideológico-políticos, consideró el fenómeno del Vicio desde perspectivas que muchas veces tenían puntos en común tales como el hecho de vincular locura y alcohol como motor de crímenes “pasionales”, es decir, la irracionalidad salvaje del crimen y no el cálculo estratégico que está en el sustrato de una matanza política. Asimismo, las variopintas perspectivas en torno al Vicio podían encontrar confluencias en las ideas “elevadas” de superación del “individuo”; sin embargo, la ética ácrata, la liberal, la fascista o la judeocatólica no tienen claros puntos de confluencia respecto de los modos de explicar la presencia del Vicio en el “alma humana” de las clases explotadas.

La degeneración moral individual, desde los discursos oficiales asociados a las clases dominantes, fue observada como la decadencia ética de las clases populares, las que, desde tal óptica, fueron signadas como salvajes, irracionales, inmoderadas, es decir, incivilizadas. Cada uno de los excesos de las clases populares, o de la sección de las clases populares que se resistía al buen comportamiento del buen y agradecido esclavo, fue motejada como vicio, es decir, libre sexualidad se consideró prostitución (me refiero a las prácticas sexuales que no implican transacción comercial: aborto, divorcio, poligamia sin sexismo, lesbianismo, transexualidad, amor sexual entre hombres) y pecado; fiesta, baile y bebida como antesalas del crimen: violación y asesinato.

Desde otra perspectiva, el racionalismo ácrata ilustrado convocaba a sus compañeras/os de clase a dejar los excesos en el consumo de bebidas alcohólicas, dado que el alcohol era observado como un mecanismo de control social que las clases dominantes camuflaban como un gusto que consumido con moderación daba elegancia.

Una población productora de vino, una casta enriquecida con esa producción, una cultura alcoholizada por diversos motivos se enfrentó en torno a un problema social que no estaba exento de una estrecha relación con la criminalidad⁴¹.

Así, recuerda León León que frente al caso de Antolín Manzano (1890), minero, el problema del alcoholismo y de las tendencias criminales asociadas se vinculó tanto con herencia genético-social como con una patología psiquiátrica. Entonces, “Tal disyuntiva [si influye más el medio o la herencia] podía extenderse a otros crímenes y motivaciones, pero en lo que respecta al alcoholismo era más visible por constituir un problema que afectaba a todos los grupos sociales, aunque siempre se estigmatizara y vinculara más con los sectores populares de ciudades y campos” (León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 87).

En esta misma línea, Godoy, revisando lo planteado por Fernández Labbé respecto de la contradictoria relación que ha mantenido la sociedad chilena con las bebidas alcohólicas, plantea que,

A partir de 1902 el Estado chileno comenzó a implementar una serie de medidas judiciales y policiales para combatir y reprimir su consumo. Dichas medidas, según Fernández Labbé, apuntaban a “penar por ley” las conductas populares embriagantes, justo cuando el alcoholismo era considerado por la clase dominante como la causa, y consecuencia, de la mentada “cuestión social” —y por ende, del deterioro físico, social y moral de los

⁴¹ Baste recordar que, en *Punta de rieles* (1960), Manuel Rojas ahonda, desde Romilio Llanca y desde Fernando Larraín Sanfuentes, en el consumo excesivo de alcohol (y cocaína), con las fatales consecuencias (o denigrantes consecuencias) que tiene en las vidas de ambos personajes. En el caso de Larraín el abuso de alcohol y cocaína lo llevará a establecer, al comienzo de la narración, que “Yo, hijo de familia bien, amargué la vida de mi madre, destruí la de mi mujer, dejé sin padre a mis chiquillos y si estoy vivo y logro enderezarme será gracias a la vieja, una mujer de pueblo” (799). Llanca, en cambio, es abstemio, trabajador y sindicalista, pero frente a la “ninfomanía” de Rosa, padece una crisis nerviosa en la que se observa un cuadro esquizoide, en el que confunde realidad, ensoñación febril, recuerdo, y de modo semi-inconsciente comete un injustificado (como todos) femicidio: “Por fin salí y lo miré a través del agua que me corría desde la cabeza. Se reía, tal vez por mi cara de angustia y de furia. Estiré el brazo y el filo de la cholga le partió la boca. Desperté asfixiándome. ... No supe si la Rosa estaba sentada encima de mi cara o era su boca la que no me dejaba respirar. ... La pillé desprevenida y cayó hacia atrás en el momento que gritaba: “¡Maricón!” ... Di un paso y me afirmé en la mesa y casi sin querer, al sentir que debajo de mi mano había algo, agarré uno de los formones. ... Yo habría jurado ... que no me atrevería nunca a pegarle. Pero ... le pegué” (877), ese golpe es mortal y Juan Gutiérrez, obrero como Romilio, lo atestigua.

sectores populares– sobre todo si se considera que al despuntar el siglo XX la ingesta de alcohol anual por habitante, en nuestro país, alcanzaba a los 18 litros, que representaba el doble o triple de cualquier otro Estado. (Godoy Sepúlveda, Eduardo “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX” 121–2).

De esta manera, las clases dominantes apuntaban, con estrépito (por no decir con bombos y platillos) a las clases populares como las “desordenadas” de la fiesta–construcción nacional; clases populares que no tenían medida ni autocontrol. Es fundamental, en este contexto, que esas clases dominantes viesan en el consumo de bebidas alcohólicas la causa y la consecuencia de la “cuestión social”, es decir que, si en algún momento la “cuestión social” fue observada como un impulso foráneo, traído por los extranjeros (migrantes americanos (Perú, Argentina) o europeos (Alemania, España, Italia), en estas circunstancias culturales (e históricas –sin caer en la linealidad progresiva y sucedente–)), en otro momento o yuxtaponiéndose a ese, se responsabilizó a la “locura de la embriaguez” como una causa del deterioro moral y social de las clases populares, como una consecuencia de su salvaje irresponsabilidad; en ningún caso, las clases dominantes apuntaron sus dardos a la explotación capitalista, a la conformación excluyente de “lo nacional”, al militarismo y adoctrinamiento mediante la Iglesia o la instrucción pública. De la cita anterior, una pequeña anotación más: se establece que el consumo *per cápita* es de 18 litros; no se nos dice, en esa indicación estadística, la procedencia social (o de clase) de quienes consumen esos 18 litros anuales de bebidas alcohólicas. ¿Acaso no hubo excesos entre las clases dominantes? En este contexto, el fasto y el boato con el que se derrocha en la celebración de los Centenarios en Chile y Argentina, ¿no es causa y consecuencia de la decadencia de las clases dominantes y justa motivación para el alzamiento subversivo? ¿No hay excesos alcohólicos en el “alto pueblo”?

Ahora bien, de acuerdo con la investigación de Godoy referida a la moral anarquista en torno al alcohol en el contexto chileno, su objetivo final de emancipación de los trabajadores implica

que “las nacientes vanguardias obreras, socialistas y anarquistas, se sumarán a la lucha contra el consumo de bebidas embriagantes, junto a las ya creadas sociedades de socorros mutuos y sociedades de temperancia” (Godoy, “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX” 123). Cabe señalar, en este ámbito, que la ética anarquista que apunta a la templanza corporal y espiritual, en relación con los abusos alcohólicos, está orientada a construirse como una negación de la moral burguesa; de esto se infiere que esa oposición está anclada en separarse de la idea moral burguesa de que “el proletariado” (manual, rural, intelectual (profesoras/es), burocrático) está consumido por los “vicios de la carne”. Así, junto con existir reflexiones axiológicas anarquistas en torno a la libertad, a la individuo–colectividad, a la producción, a la historia, emparentadas con cierto racionalismo ilustrado, hay un fuerte empuje ético por escindirse de la moral (contradictoria, ambigua, “doble”) burguesa que demoniza a las “clases populares” y oculta “su propio envilecimiento”. En ese sentido, se comprende el alcoholismo como una herramienta de control social, de disolución de las posibilidades revolucionarias que se fundan en el hecho de que “las organizaciones populares, ante la indiferencia del Estado y de la clase dominante, y sobrepasando las prácticas tradicionales del mutualismo y del cooperativismo, llamaron al abierto enfrentamiento clasista con los patrones bajo la consigna de la “emancipación de los trabajadores”” (Godoy, “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX” 125). Ese enfrentamiento es, también, un enfrentamiento en contra del espíritu denigrante y denigrado del capitalismo nacionalista patriarcal y militar de comienzos del siglo XX, en Chile y Argentina; es, asimismo, un enfrentamiento a la “construcción de sujeto popular” (el *roto* iletrado y chabacano; el cuchillero irracional; el proxeneta; el “buen siervo”, entre otras figuras paradigmáticas del “bajo pueblo” masculino). Este es uno de los problemas teórico–prácticos que sitúa al anarquismo en una compleja dimensión moral y que ha sido erróneamente leído como un desprecio de las “clases populares” y esa amplia “cultura popular” (al menos en el

contexto bonaerense, según lo que explica Suriano sobre el carnaval (*Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890–1910* 153–6)). Es también uno de los argumentos que se emplea para indicar que muchos simpatizantes de la idea ácrata o de la socialista, si son alcohólicos, son inconsecuentes en un nivel criminal.

En el estricto ámbito minero, León León detecta que Santiago Machiavello Varas en *El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales* (Imprenta Fiscal de la Penitenciaría, Santiago, 1923) hace mención a la “ley seca” en El Teniente y a la “ley semi seca” en Chuquicamata, y menciona que junto con el obrero de la minería (“más ignorante y más antisocial”), las autoridades “locales” son también alcohólicas. Además, frente a las prohibiciones legales, incorpora la figura del “guachuchero” (traficante de alcohol), mediante el que se burlaban las normativas en torno al consumo de alcohol (88). Estos procedimientos de ilegalidad sitúan el mero hecho del consumo de alcohol en el centro de los conflictos derivados de la construcción de lo delictual.

Con algunos años de diferencia, *El Diario Ilustrado* sindicaba a los “niños vagos” como futuros delincuentes (5 de septiembre y 23 de diciembre de 1905). Así, León León plantea que “La delincuencia infantil y juvenil también se abordó desde la perspectiva criminológica, más aún cuando se consideraba que esa era la etapa en que la mayor parte de los futuros delincuentes podían formar y adquirir destrezas para sus fechorías futuras” (*Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 89). En este sentido, León León apunta

Las consideraciones sobre la degeneración de ciertos seres humanos no se restringían solo a un vicio determinado como el alcohol, nutrido del medio social y de la herencia, sino además contemplaban a cualquier comportamiento contrario o distinto a lo pauteado por el orden político–social vigente. En tal sentido, quienes eran contrarios a las normas establecidas por la autoridad, sin ser necesariamente delincuentes comunes, comenzaron

igualmente a ser criminalizados. Ello es lo que ocurre con el anarquismo, cuyo cuestionamiento a los gobiernos de turno en el viejo y nuevo continente no solo motivaron represalias en su contra, sino además el convertirlo en objeto de estudio para Lombroso. (*Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 91).

Contraria a esa criminalización, “La apuesta anarquista era ... la constitución de un “hombre nuevo”, “bueno” y “bondadoso”, que fuera el ejemplo de sus compañeros y que los ayudara a *no caer en las tentaciones mundanas que los condenaban a la esclavitud capitalista*” (Godoy, “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol” 126. Me atribuyo el destacado). Este deslinde que lleva a cabo la ideología anarquista tiene que ver con la disputa en el campo ético respecto de una moral que se construye como libre e independiente, pero que requiere, en términos negativos, el modelo (contramodelo) que se impone desde lo judeocatólico, capitalista y nacional. Aún en esa época un porcentaje mayoritario de hombres anarquistas era extremadamente conservador en el ámbito patriarcal; sí existía un grupo importante que comprendía el feminismo como una lucha emancipatoria de las mujeres, del todo necesaria para destruir la moral burguesa capitalista, amparada en el matrimonio como propiedad privada⁴². Así, mientras un discurso oficializado (y tendiente a ser monológico, categórico e impositivo) segrega, discrimina y atribuye degeneraciones ancladas en el ambiente social (familiar y grupal) en el que las individualidades sexuadas se pervierten; el discurso contestatario, ácrata (y en ocasiones, el “socialista”), busca demostrar que el “envilecimiento” de las capas sociales bajas del organismo político está determinado por un modo de articularse el capitalismo y la explotación.

⁴² “En definitiva, matrimonio y prostitución serán sometidos a juicio crítico y rechazados como instituciones antinaturales fundadas sobre la propiedad, la autoridad y la opresión que, lejos de conectar con la verdadera naturaleza sexual humana, no son sino pilares que sustentan el orden social capitalista” (Andrés Granel, Helena. *Anarquismo y sexualidad*. Editorial Mariquita: s. d. 10).

En tal contexto, “los anarquistas, de comienzos del siglo XX, ... se sumaron a la lucha contra el alcoholismo, la prostitución, el juego y todos los “vicios capitalistas” que degeneraban a los hombres hasta transformarlos en seres ... sumisos” (Godoy, “El discurso de los anarquistas chilenos en torno al alcohol” 127). Intervine de modo muy consciente esta cita, porque señalar, como lo hace Godoy, que el anarquismo es un heredero del discurso ilustrado (y de la moral o de la moralización decimonónica) es un problema epistemológico en el que incurre el historiador, desconociendo (u obliterando) la larga tradición filosófica del socialismo utópico, emparentado, sí, con la Ilustración y el Racionalismo, pero solo emparentados. El anarquismo es heredero de múltiples tradiciones que revisa, cuestiona, polemiza y reformula; algunas que inclusive replica, sin mayores transformaciones, como cierto tono evangélico en su crítica (expresada muchas veces en alegorías) al sistema (vicio) capitalista y su explotación (vanidad de los soberbios) contra los “débiles”. El discurso ácrata, frente a la criminalización que implica el alcohol y la prostitución, comprende que existen modos en los que las individualidades que conforman colectividades (grupos, asociaciones, sociedades de resistencia, familias y federaciones) “caen” en la sumisión, más o menos proyectada y planificada, que las lógicas de discriminación, exclusión y criminalización preparan para las capas sociales bajas y medias del entramado político-cultural (evito el concepto de nación o de patria, porque apuntan a “ideas imaginadas”, sujetas a un compromiso cívico-militar con nociones tales como “soberanía” y “comunidad”⁴³, de las que el discurso ácrata se excluye conscientemente). Además, no se trata del “individuo” en sentido liberal; se trata del individuo en tanto es capaz de articular colectividad. Para lograr una colectividad con un sentido ético ácrata, esa individualidad se ha

⁴³ No puedo dejar de comentar aquí, respecto de “comunidad”, un chiste (una tira cómica) aparecida en uno de los tantos números de *Condorito*. Cansada de racismo, la colectividad afrodescendiente, de modo civilizado, le solicita a la autoridad (Condorito) que termine con la segregación (digamos un micro Apartheid) en buses, cines, escuelas y teatros. Le exigen, ya un poco más enfáticamente, que acabe con la concepción de semántica cultural de lo “negro”. La autoridad indica que está de acuerdo: “no más negros ni blancos”. Desde ese momento, todas las personas (“negras” y “blancas”) serán “verdes”. Frente a la efusión con que reciben la noticia, la autoridad hace la siguiente salvedad respecto del uso del espacio público (digamos, lo “geopolítico”): “Pero los “verde claro” adelante y los “verde oscuro” al fondo”. ¿“Comunidad”? Aparentemente, la conformación “nacional” (patriarcal y capitalista) está basada en la exclusión y la violencia.

emancipado de las lógicas de explotación nacional, patriarcal y capitalista; *mutatis mutandis*, para emanciparse como individualidad requiere del empuje de la colectividad. Pronto observaré la discusión en torno a la oposición *gangster* / ácrata expropiador/a, en el contexto de estas criminalidades.

Cabe señalar que, en esta dimensión en pugna,

Fueron muchas las voces populares las encargadas de hacer ver a los poderes públicos que el consumo exagerado de alcohol estaba estrechamente ligado a las condiciones de explotación laboral y la pauperización de los sectores populares. En sintonía con este análisis los anarquistas del periódico *La Ajitación*, señalaban categóricamente que tanto el alcoholismo como “su hermana la prostitución” eran productos del “actual régimen social”, los cuales inexorablemente morirían junto con la sociedad que lo generaba, una vez instaurada la “sociedad anárquica”. (Godoy, “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol” 132).

Los criminales alcohólicos y las delictuales prostitutas son individualidades que transitan históricamente diferentes estratos de la cultura humana; en la “sociedad anárquica” no desaparecerán por represión o exterminio, como en las sociedades fascistas, nacionalsocialistas o estalinistas, sino que por un proceso de conformación ética anclada en la lucha revolucionaria contra la moral capitalista, liberal, patriarcal. Sin embargo, ni a principios del s. XX (ni mucho menos a principios del XXI) ni a mediados de tal siglo, régimen alguno se encargó de encarar los fenómenos derivados de la explotación capitalista (hoy por hoy llamados “daños colaterales del neoliberalismo”, cuya amplitud de casos es más amplio que el alcoholismo y la prostitución).

Solo respecto del alcohol, como indiqué hace algunos párrafos, y no en relación con la prostitución (materia que abordaré tangencialmente, dado que los “hombres” que estudio participan o critican el mercado sexual, pero no encuentro vestigios literarios ni históricos, salvo

quizá en *El juguete rabioso*, de prostitutas), el discurso ácrata consideró que el uso de bebidas embriagantes constituía “una “vía de oxigenación” (viable) frente a las inclementes condiciones laborales y de vida” (Godoy, “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol” 132). Aunque esta perspectiva no era extendida, existió un grupo, dentro de los múltiples grupos ácratas, que observó críticamente como la enajenación del obrero fabril, condenado desde la infancia al taller, tenía una vía de escape concreto y “al alcance de la mano” (puesta ahí por las clases dominantes): alcoholizarse. ¿Por qué no las “bellas artes” o las “bellas letras”? Porque la efectividad anestésica del alcohol resultó eficiente a la hora de paliar el dolor, simbólico y real, de la explotación. El articulista “Rebelde”, en *La Ajiación*, sostuvo que las/os obreras/os que se instruían, encontraban reposo en las “bellas letras” y no en el alcohol (Godoy 133).

Situados en uno de los vértices de una de las tantas aristas que componen este tejido histórico social, quienes detentan la facultad de criminalizar, es decir, quienes ostentan la voluntad y sensibilidad de establecer dogmas sociales y culturales, consideraron que Cesare Lombroso junto a Roberto Laschi, con su escrito *Le crime politique et les revolutions* (1892) y en 1895, *Los anarquistas*, impreso y traducido el mismo año en Buenos Aires por la Biblioteca de Estudios Sociales de Editorial Tonini, les otorgaba un sustento teórico para la discriminación y un importante antecedente para la subsecuente criminalización tanto en Chile como en Argentina de los anarquistas.

Estas ideas se aplicaron a Efraín Plaza Olmedo y a Antonio Ramón Ramón. *El Diario Ilustrado* (14 de julio de 1912), al referirse a Plaza Olmedo, homologó anarquista con degenerado, mediante la partícula coordinante “o”. (León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 92). León indaga en los modos en que la criminología, a propósito de Plaza Olmedo, es empleada como argumento, no solo por especialistas, sino también por “profanos” que la arguyen como mecanismo de exculpación, dado que, en el caso puntual, se atribuiría un trastorno psicoafectivo

a las condiciones de explotación y miseria a las que somete el capitalismo; lo que le parece relevante a León es la divulgación “profana” de la criminología, mediante la prensa escrita y la fotografía (94). En ese contexto, considero fundamental que la criminología se emplease para inculpar a Plaza Olmedo como un “degenerado social” y que, al mismo tiempo, se utilizase para exculpar a Plaza Olmedo, en tanto esa “degeneración” era provocada por el capitalismo, sin apuntar directamente al capitalismo como “degenerado” (las consecuencias históricas nos darían otro presente).

En esa misma línea de análisis, Antonio Ramón Ramón, igualmente, fue tildado de anarquista y loco, al tratar de ajusticiar a Roberto Silva Renard (a cargo del regimiento O’Higgins, el que participó ferozmente, a su cargo, de la matanza de la Escuela Santa María de Iquique). Se le envió a la Casa de Orates de Santiago en 1915 y se “enfaticó el tema del desequilibrio mental del inculpado apelando a los antecedentes familiares” (León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 95).

De esta manera,

Esto no era un juicio al azar, pues reproducía en suelo chileno las discusiones y prejuicios que también estaban presentes en el viejo continente sobre la conducta agresiva y antisocial de los *criminales natos* de Lombroso, categoría dentro de la cual tenían cabida los anarquistas o quienes estaban vinculados a dichos grupos. Características como “la jerga, el tatuaje, la falta de sentido moral, el lirismo, la epilepsia, la locura, la neofilia, la histeria conducente a estados de altruismo extremo, eran pruebas irrefutables de la presencia del tipo criminal nato en los partidarios de la propaganda por el hecho” [cita de Andrés Galera Gómez]. Los calificativos que usaban los contemporáneos para referirse a los anarquistas acentuaban esta característica de insanidad y degeneración (León León,

Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX 95).

Lo expresado anteriormente, pareciese aplicarse solo a aquellos simpatizantes ácratas de la “propaganda por el hecho” (atentados con aparatos explosivos; expropiación a mano armada), pero, como señalé respecto de la AOAN (de Casimiro Barrios, en particular, siguiendo a Craib; o de los múltiples colectivos anarquistas señalados por Suriano, para Buenos Aires y otros puntos del mapa argentino, o por los signados por Muñoz Cortés, para la zona chilena) el movimiento ácrata, al igual que las capas bajas y medias de las clases económico–sociales, recibieron el “dedo acusador” (o al menos las sospechas permanentes) de las clases dominantes como potenciales criminales (agitadores, subversivos, delincuentes). Mientras, siguiendo a Godoy y a Suriano, amplios grupos ácratas propugnaban por el fin del capitalismo y los males generados por tal sistema de producción, mediante la autoeducación y la revolución ética, otros grupos acentuaban la lucha de clases conformando células “incendiarias”; sin embargo, tanto unos como otros fueron signados como criminales: deportados, perseguidos, fusilados, encarcelados de por vida (salvo evasión carcelaria). Los grupos masculinos nacionalistas, fascistas (uriburistas o ibañistas) y los grupos masculinos “civilizados” (organizados en partidos políticos “peticionistas” que renuncian a su capacidad de *gobernanza*, como diría Pinto y Salazar) no fueron criminalizados, hasta que, enfrentados unos contra otros, tenían la posibilidad, en el juego dicotómico de disputar el Poder (disputa respecto de la que las/os anarquistas se mantienen contrarias/os), pudieron ilegalizarse y perseguirse. La policía, articuladora del orden, por mandato del Estado (i. e. “clases dominantes”), toleró, e incluso, buscó el apoyo, particularmente, en los grupos nacionalistas y fascistas.

En relación con los acontecimientos ocurridos en Argentina, en cierto paralelo político–temporal, las obras de Oscar Bayer y Lila Caimari serán las guías que permitan comprender la

criminalización de algunos tipos (“modelos” o “contramodelos”) masculinos: anarquistas expropiadores opuestos a los *maffiosos* (rufianes (proxenetes); pistoleros (*gangsters*)).

Antes, una breve anotación sobre la fotografía; al menos, sobre su uso criminológico en Chile, dado que para Caimari, el cine (sonoro) y el automóvil son dos factores determinantes en la dilucidación de los imaginarios delictuales, dentro de los que comprende tanto a ácratas como a mafiosos.

En ese sentido, el uso de la fotografía, asociado a la puesta en práctica de la filiación antropométrica (Alphonse Bertillon y su caracterización individual de los delincuentes de acuerdo a mediciones óseas y descripciones físicas de sus rostros y corporalidades), permitió al sistema punitivo y carcelario, a la policía “rasa” (pesquisas y soplones), a la prensa modernizada en ciernes (inicios del s. XX), tener una medida de control social determinada por una imagen fidedigna respecto del “original”. (parafraseando a León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 99). En la actualidad, es decir, el presente inmediato en el que se inserta la escritura de esta investigación (2019 y 2020: primeros veinte años del s. XXI), la policía registra cada uno de sus operativos con cámaras digitales que permiten la captura con sonido y con movimiento de los acontecimientos considerados “criminales”: tanto allanamientos y operativos como incursiones en Wallmapu o intervenciones represivas en manifestaciones contrarias a “sus jefes”. Este breve indicio del presente, más que hablarnos de la vacua espectacularización posmoderna, en la que la vida se configura como un *reality show*, apunta, más bien, a la ultramodernización de los aparatos represivos.

Ahora, si puedo entender la fotografía, siguiendo la argumentación de León, quien sigue a Ginzburg (*Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. (1994): valor del “indicio” en la “reconstrucción de procesos históricos”), como “documento-monumento”, puedo entender la literatura, en general, y la narrativa de Arlt y de Rojas, en particular, como “indicios” o como

“documentos–monumentos”, tal como puedo entender los cascos con cámaras de la policía antidisturbios como “indicio” (inclusive el concepto “antidisturbios”, respecto de la acepción etimológica de policía, como “indicio”).

Respecto de estos indicios, puedo inferir que, dado que era una tarea compleja mantener la seguridad de la ciudadanía, se hacía necesario no solo mantener las medidas represivas ya existentes (prisiones, azotes, ejecuciones), sino además se requería para el Chile (y la Argentina) del nuevo siglo un método más eficaz de control de los individuos. En dicha perspectiva, conocer las características físicas de los otrora anónimos “grupos peligrosos”, era un gran avance en materia de seguridad y orden social (infiriendo desde León León, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* 99 113).

En primera instancia, si con León León y Muñoz Cortés, en parte, se articula una mirada sobre alguno de los hilos que componen el tejido referencial que soporta las experiencias de Manuel Rojas; en segunda instancia, con Bayer, Suriano, Adamovsky, Finchelstein y Caimari, entre otras/os, es posible inferir los trazos que dibujan el campo referencial que compone al individuo Roberto Arlt.

Para comprender el contexto cultural de Roberto Arlt, entonces, me hago cargo de lo que señala Lila Caimari, en *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920–1945*, respecto del objeto de estudio de su investigación, es decir, para “examinarlo, me detengo en el fenómeno del “pistolerismo” [el contexto cultural de Arlt excede con creces un puro análisis del “pistolerismo”; como planteé en otro momento, Amícola o Guerrero son fundamentales para comprender dimensiones tales como fascismo y astrología o humillación y “clases medias”, respectivamente], cuya parábola abarca todo el período estudiado, con auge en la década que va de fines de los años veinte a los tardíos treinta” (19), es decir, se refiere al periodo “que va de la democracia al golpe militar [Uriburu], y del golpe a

la era del fraude [desde Justo hasta el advenimiento de Perón]” (19). Así, con el enfoque de “criminología cultural” de Caimari, al menos compartiendo su método (o empleando algunas de sus fuentes y algunas de sus aseveraciones) incorporo un hilo más en este complejo tejido chileno–argentino de principios del s. XX, en relación con esas masculinidades referenciales que rozaban en el trajín diario los hombros de Arlt y Rojas, quienes los transpusieron, mediante una serie de lógicas y estrategias estéticas, a sus ficciones narrativas.

En la “moderna” articulación de los Centenarios nacionales, en Chile y Argentina, la violencia es una constante; sobre todo, respecto de las configuraciones masculinas. La policía, principalmente masculina, no está exenta de esa articulación. “Claro que la violencia que domina la escena a partir de 1930 [y con anterioridad] no es [solamente] la del “pistolero” sino la que proviene del aparato represivo, de la policía” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme...* 20). La policía ocupará un lugar central en el entramado cultural e histórico de principios del s. XX chileno y argentino, porque tendrá la autorización de las “clases dominantes” para llevar a cabo el resguardo del orden deseado de la vida cotidiana y pública; y, se situará positivamente respecto de la mafia (y todas las dimensiones del hampa) y de las/os subversivas/os que, como ya dije, son criminalizadas/os. Cabe señalar que, para esta investigación, es fundamental el núcleo de atracción y dispersión que emparenta (o disocia) a estos grupos: la violencia, el uso de las armas, las orgánicas constitutivas y, medularmente, las motivaciones ideológicas (tanto un anarquista como un fascista puede usar un revólver, pero las motivaciones ideológicas que están implicadas en ese uso son diametralmente diferentes).

Así, reflexionando en torno a la violencia constitutiva del “orden”, lo “civilizado” y lo “moderno” (el ideal de “nación” de las clases dominantes, principalmente), la policía de los treinta, como señala Caimari, “es recordada por su papel en la escalada de represión política. El dato más conocido es, sin duda, el nacimiento de su Sección Especial perseguidora y torturadora de comunistas [de anarquistas, de radicales, de socialistas]” (*Mientras la ciudad*

duerme... 20). En Chile, bajo la presidencia de Sanfuentes, como consigna Craib, se le da el encargo a Ventura Maturana de formar una sección similar, entre 1918 y 1920, para perseguir, torturar y desaparecer a las/os subversivos (en ese contexto, tanto Hortensia Quinio como Voltaire Argandoña son torturados a golpes; Hortensia Quinio, producto de las golpizas propinadas por agentes policiales (¿no es mafiosa esta actividad?), aborta⁴⁴). Una de las justificaciones para este *modus operandi* de las policías es que “Los gobiernos (sus policías urbanas) procuran maximizar la circulación positiva (mercantil) y minimizar la negativa (delictiva o epidémica)” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme...* 21). Comprendo ese “epidémica” en, por lo menos, tres sentidos: sanitario (cuidado de las buenas costumbres); orden social (resguardo de la estructura “sana” del cuerpo social respecto de lo criminal (asesinatos, pederastia, atentados contra la propiedad privada (bastión de la ética patriarcal); junto con organización del tránsito peatonal y vehicular, además de otras “ordenanzas” municipales que entroncan con lo sanitario); e, higiene social, es decir, la vigilancia de los “agentes patógenos” (“cáncer marxista”, por ejemplo, replicando al macho anciano y decadente, ya muerto, del contexto local reciente) que “pululan” por el “sano” (y domeñado) “cuerpo social”.

Comprendo la intención de Caimari al hacerse cargo, en su investigación, de “aquella definición de la misión policial que emana de un principio utópico de *abolición del desorden*” (*Mientras la ciudad duerme...* 22), consignando, de modo preciso, la necesidad de la sociedad (desde las bajas capas de las clases bajas hasta las altas de las clases altas) de generar una institución que se agencie, por su mandato social, el deber de *abolir el desorden*; sin embargo, en esa tarea, que parece solicitada por todo el cuerpo social, hay una clara tendencia de la policía a responder al “ideal utópico” de Orden, emanado desde las clases dominantes. De este modo,

⁴⁴ Godoy Sepúlveda, Eduardo. “«Sepan que la tiranía de arriba, enjendra la rebelión de abajo». Represión contra los anarquistas: la historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)”. *Cuadernos de Historia* 27 (2007): 75–124. Véase, principalmente, el apartado cinco (5), letras a) y b).

se trata tanto de “la aplicación abierta de la violencia” (22) como de “la vigilancia del control que una sociedad ejerce sobre sí misma y sus pulsiones: sobre esas formas de comportamiento que dejan de ser aceptables, sobre los excesos del placer y la pasión que deben retirarse del ojo público, sobre el ruido “molesto”, la limpieza propia y la del ámbito de circulación” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme...* 22).

Respecto de lo anterior, ¿desde qué dimensión del cuerpo social emanan los discursos, los imaginarios y la sensibilidad que lleva a percibir al “otro” como una individualidad que debe ser vigilada o controlada? En ese sentido, la policía (el orden), ¿resguarda el “ideal utópico de *abolición del desorden*” de quién o quiénes? Si bien Caimari señala con atinado juicio cultural que la “sociedad civil” impulsa y exige ese orden, también es cierto que ese orden que la “sociedad civil” desea está particularmente modelado por la sensibilidad y la imaginación de las clases dominantes que articulan imaginarios, mediante la instrucción, la literatura, la prensa, que determinan las nociones que se tengan de civilización, entendida como orden esperado del conglomerado nacional; lo nacional está delimitado interna y externamente, pragmática y simbólicamente, no tanto por los integrantes (múltiples y contradictorios) de lo nacional, nunca exentos de los conflictos de clase y género, sino, más bien, por quienes ostentan las atribuciones para llevar a cabo esa delimitación. En ese sentido, lo que debe ser expulsado de la nación (lo criminal, lo subversivo, lo extraño) es, al mismo tiempo, lo que debe ser vigilado y controlado, en lo microestructural (barrios, *ghettos*, sindicatos (o gremios), cuerpos policiales (vigilantes de esquina), trabajos (oficinas y talleres (fábricas e industrias)); y, en lo macroestructural (lo nacional y lo inter–trans–nacional). No es sorprendente que si el liberalismo, el ideal de república, el imaginario nacional, el fascismo y el nacionalismo, como ideas y como prácticas culturales (y, por ende, políticas) atraviesan las fronteras, imaginadas, con las que se ha repartido la Tierra, el anarquismo lo haga de un modo similar, apelando a la solidaridad entre

explotadas/os y que, de modo similar, la idea de su criminalización también atravesase fronteras como Godoy, Craib, León o Caimari han podido notar.

Hacia fines de la década del '20, del siglo pasado, Caimari reconoce un clima cultural en el que lo delictivo está marcado por el automóvil, la tenencia de armas indiscriminada, las mafias y la modernización de la policía (en un estrecho vínculo con la fotografía periodística (más que “criminológica”)⁴⁵, primero, y con el cine sonoro, después); en ese clima, tanto Suriano como Caimari ven los últimos estertores del movimiento ácrata, la pérdida de su influencia en la FORA, la antesala del sindicalismo peronista y, por supuesto, un clima golpista asociado al uriburismo (fascismo católico argentino nacionalista, parafraseando a Finchelstein) con una fuerte dosis de persecución política a comunistas y socialistas (y también a anarquistas, cuya presencia sigue encontrándose hasta el presente en Argentina y, particularmente, en Buenos Aires). Ahora bien, ese clima afectaba todas las dimensiones de la cultura y, aunque siempre eran sorprendidos los atracos (intercepciones con vehículos, armas de asaltantes y asaltados, tiroteos y heridos), “Nadie puede argumentar que los porteños están poco acostumbrados a convivir con el delito: a esas alturas [1927, en este caso puntual], las truculentas crónicas del crimen⁴⁶ llevan varias décadas de circulación, los retratos de delincuentes y las peripecias de

⁴⁵ La fotografía con uso criminológico va a tener un rol fundamental en Chile, respecto de la conocida “huelga del Mono”; una huelga en la que la presencia anarquista ha sido demostrada y que, principalmente, es una respuesta obrera al hecho de que las patronales obligan al retrato fotográfico como registro y control social. En ese contexto, el carnet sindical es un arma represiva que expone a las/os trabajadoras/es más activos en el campo de la “emancipación de las/os trabajadoras/es”. Además, ácratas y comunistas arguyen que esa fotografía implica una homologación con “las/os desdichadas/os” que han caído en las redes carcelarias. Además de Raymond Craib con su *Santiago subversivo 1920*, obra en la que desarrolla ampliamente el tema, y de Víctor Muñoz Cortés con su *Sin dios ni patronos*, estudio en que trata este asunto en el capítulo III de la parte primera, puede consultarse también el ya mencionado artículo de Eduardo Godoy, “«Sepan que la tiranía de arriba, enjendra la rebelión de abajo». Represión contra los anarquistas: la historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)”, principalmente el apartado primero. León León, en la obra citada hasta el cansancio en esta investigación, dedica particular atención al uso de la fotografía en el contexto de criminalización y homologación de las/os subversivas/os con las/os “salvajes criminales del bajo pueblo”.

⁴⁶ De hecho, Roberto Arlt fue autor de múltiples crónicas policiales, bastante truculentas, para el diario *Crítica*, periódico signado por Caimari como uno de los especializados en “crónica roja” con una perspectiva sensacionalista; Arlt trabajó para este periódico, desde el año 1927 (ca.), antes de ingresar al periódico *El Mundo*, en el que presentó sus crónicas (*Aguafuertes*) misceláneas (sin exclusión de las referidas a crímenes). Algunas de ellas se pueden leer en *El facineroso: crónicas policiales*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, 2017.

los peligros de la calle son elementos infaltables de los diarios de la ciudad” (*Mientras la ciudad duerme* 27).

Solo siguiendo la lógica de que las épocas decantan unas en otras y que, dialécticamente, se transmiten matrices culturales de sentido, prácticas sociales, estrategias políticas y otros fenómenos asociados a la compleja estructuración del organismo “ciudadano”, es que se puede comprender que la década de los '30 (s. XX) que analiza Caimari está nutrida por los procesos que se inician algunos años antes del Centenario. Así, en el clima comentado en el párrafo anterior, se observa que “Hay que aumentar el número de policías en las calles, claman los petitorios barriales [Caimari es enfática en esta exigencia de la “sociedad civil”, porque está buscando demostrar un rol de la policía que está, parafraseándola, más allá del archiconocido rol asociado a ser “el brazo armado de las clases dominantes”]. Hay que multiplicar y endurecer las leyes represivas ... Hay que reincorporar la pena de muerte al Código Penal [la que efectivamente se reincorpora, pudiéndose fusilar así a Severino Di Giovanni]. *Hay que armar a la policía para una guerra sin cuartel*” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* 28; me atribuyo el destacado en bastardilla)⁴⁷. Una de las premisas argumentativas de esta investigación, muy de Pero Grullo, es que las lógicas patriarcales, nacionales y capitalistas que fundan “naciones” como Chile y Argentina implican esa tensión que percibo como la amenaza permanente del desastre o la concepción atemorizante de la crisis social (equilibrio precario) o la idea, llevada a la práctica mediante modos concretos de difusión cultural, de los “enemigos internos” y de los “enemigos externos”; estos fenómenos son aprehensibles en los discursos narrativos de Arlt

⁴⁷ El 21 de octubre de 2019, el presidente de Chile, aún en ejercicio porque su soberbia no lo ha llevado a dimitir y a someterse a juicio público (13 de marzo de 2020), declaró por cadena televisiva nacional: “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso”, quedando registro de ello en múltiples medios de comunicación. En ese contexto, le dio poderes especiales a la policía, a su sección antidisturbios, a su sección “secreta” y al ejército. Ese enemigo poderoso no resultó ser más que una confluente sociedad civil desarmada (o armada con palos, cacerolas y piedras) contra una policía profesional armada con escopetas que disparan a la cara, arrancando ojos, y blindados de “disuasión”, con los que sin reparo han atropellado ya a varias de las personas que manifiestan su descontento. El crimen resulta ser exigir un cambio constitucional, dado que la actual constitución fue elaborada en dictadura (1973–1988; 1980, precisamente) y ha pauperizado a toda la población. Escribir estas líneas en este contexto, solo me llena de dolor.

y Rojas quienes hacen patente la tensión entre clases, entre hombres, entre grupos masculinos: hombres armados hasta los dientes con un fuerte componente patológico que se defienden de la amenaza de que existan otros hombres armados hasta los dientes. Como contrarrespuesta a esta lógica comprendo la salida armada ácrata como la obligación de defender la vida, aunque esa contrarrespuesta conduce inevitablemente a contradicciones que quienes ostentan la capacidad de dominio no padecen, dado que en su lógica mantener ejércitos profesionales no es un signo contradictorio con sus idearios.

El punto fundamental, en eso coincido con Caimari, está puesto en el temor, efectivo o sugestionado. Así,

El “nuevo crimen” es un polo aglutinador de preocupaciones de diferente orden. Las más frecuentes abundan en los efectos perversos de la modernidad [deseada y resistida], y en este sentido, no son sino una actualización de temas conocidos: las mutaciones en el orden moral (sexual, familiar) [la filosofía ética ácrata es una mutación del orden moral instituido por Iglesia, Estado y Mercado] causadas por el crecimiento urbano; las dislocaciones de identidad producidas por la masificación de la vida en la ciudad [dislocaciones entendidas como patologías siquiátricas y como posibilidades de dejar de ser el “buen siervo” para el “buen amo”, producto de la afluencia de discursos críticos, en lo rural y en lo urbano, que cuestionan los privilegios de las clases dominantes]; la expansión desenfrenada del consumo; la revolución en la industria del entretenimiento, con su cornucopia de estímulos desaforados y fantasías peligrosas... *El temor activa todo un archivo de fantasmas sobre los abismos morales que acechan a la alocada sociedad moderna.* (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* 28; me atribuyo el destacado en bastardillas, para graficar lo que he venido desarrollando).

Respecto del temor, entonces, cabe incorporar las nociones de “crimen real” y “crimen imaginado”, dado que, en términos estadísticos, siguiendo el estudio de Lila Caimari, estas dos

dimensiones de lo criminal pueden estar separadas por brechas pronunciadas, pero la percepción del peligro (el temor) puede modelar la certeza de que hay una latencia constante de peligrosidad. Así, “Cualquiera sea el calibre de la brecha, e incluso cuando la percepción tiene escaso correlato objetivo, la presión social puede cambiar leyes, aumentar la presencia policial en las calles y revolucionar las estadísticas de encarcelamiento” (*Mientras la ciudad duerme* 31). Esta “voluntad civil” no me parece ingenua ni un movimiento social que demuestre la libertad de la población respecto de su participación en la dictación de leyes, sino que, de acuerdo con lo investigado hasta el momento, es una “voluntad civil” percibida como “ejercicio de libertad”, pero sujeta a las determinaciones, conducidas por el sensacionalismo, de las clases dominantes respecto de la represión y control social de lo salvaje–criminal, por un lado, que efectivamente existe y en el paradigma “republicano” solo puede controlarse con violencia; y, por otra parte, bajo este alero, es posible reprimir y controlar la “revuelta social”, dado que al situarla “al lado” de lo salvaje–criminal, empleando un imaginario similar para referirse a esta, se la criminaliza, volcando el imaginario de lo amenazante incivilizado (y foráneo) sobre lo revolucionario (subversivo). De ese modo, se establecen varios eslabones en la cadena de la violencia fundacional que articula las naciones “de hombres” (patriarcales).

Es del todo relevante considerar que, en el arco temporal estudiado por Caimari, tal como señalé anteriormente, no solo la violencia política o el crimen sanguinario (homicidios, secuestros y robos a mano armada) están en el centro de su análisis, sino que también observa los peligros urbanos derivados del tráfico vehicular, de la reorganización de avenidas y calles; así, de las estadísticas de homicidios guiadas por algún tipo de deseo asesino, hay que desagregar el amplio porcentaje de muertes provocados por los *chauffeurs* descuidados (o por los peatones osados). Estas preocupaciones de Caimari abrirían el espectro de las dimensiones masculinas tratadas en esta investigación; sin embargo, el foco de atención está puesto en otros grupos de “hombres” y las tensiones que generan en este arco cultural (espacial y temporal).

Ahora bien, ingenuo sería, también, desconocer la concreta existencia del crimen, individual y organizado; lo anterior no implica que se desconozca el gesto tendencioso de la prensa al homologar al movimiento ácrata expropiador con el hampa gangsteril⁴⁸. En ambos casos, de todas formas, existe la consideración de que “Emergente de un mundo de prácticas ilegales que se describe como profesional e internamente coherente, el “hampa” sólo puede ser derrotada en una “guerra”, para la cual el estado debe organizarse y pertrecharse” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* 40). Este clima de “guerra” se verá extremado por el acceso a las armas de fuego que se ofrecen como un bien más de consumo.

Desde el ámbito anterior, entonces, “la difusión *masiva* de revólveres ... habla de cambios en el mercado y de códigos de violencia masculina que son modernos y populares, y que se han independizado de su asociación con la cuestión de la ciudadanía política” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* 45). Además, lo que es relevante para esta investigación es que

Hasta mediados de la década de 1930 –cuando la crítica al *laissez faire* del que se benefician estas empresas deriva en un creciente monitoreo y el desarrollo de sistemas de licencia en la mayoría de los países occidentales–, ese comercio se desarrolla sin más obstáculo que la ley de la oferta y la demanda. Aun si consideramos solamente el universo de consumidores privados, dejando de lado la venta de armas de guerra –que crece a niveles sin precedentes–, se trata de un mercado considerable, y sin duda mucho más amplio que los estrechos corredores del “hampa”. (46).

Así, junto con que se anticipa un mayor control en la tenencia de armas, que derivará en un estricto control y tenencia por parte únicamente de los “uniformados”, dejando a la sociedad civil desprotegida frente a los Ejércitos profesionales, se observa un uso extendido del revólver,

⁴⁸ El caso del hospital Rawson, que Caimari comenta desde la perspectiva de lo espectacular, es ciertamente un caso que permite a la prensa sensacionalista, con o sin fundamento para ello, homologar la tendencia ácrata expropiadora con las lógicas mafiosas del hampa, las que orbitan en otra dimensión ideológica respecto de su atentado contra la propiedad privada. Véase la fotografía de la portada de *La Razón* (12 de octubre de 1927) que Caimari incluye en *Mientras la ciudad duerme* (39).

es decir que, si el cuchillo era signo del “matrero”, el revólver no está asociado exclusivamente al universo del hampa urbana o rural, sino que su uso está extendido a toda la población que pueda comprar este producto. Este acceso indistinto a un arma queda graficado en el ejemplo que parafraseo dado por Caimari: Navidad de 1920, Casa Masucci (equivalente a la multitienda Gath y Chaves), oferta de diversos artículos: máquina de afeitar, linterna y una Colt calibre 38 que incluye de regalo la caja de balas (47). Una tendencia que manifiesta que a la violencia se responde con violencia y que el desastre de la Primera Guerra Mundial y de las variadas guerras que atraviesan el Cono Sur americano han dejado un aprendizaje bastante lejano al pacifismo.

La presencia de las armas de fuego en el Buenos Aires que le preocupa a Caimari es tal que

En las celebraciones de año nuevo es costumbre combinar fuegos artificiales con lluvias de disparos al aire. Tiroteos en actos políticos y manifestaciones callejeras son ingredientes comunes en la campaña que precede la elección de Yrigoyen en 1928. Pistolas y heridos aparecen en enfrentamientos intrasindicales. En grescas familiares o exabruptos “por cuestiones del momento”, los parroquianos cruzan disparos en algún boliche o en alguna esquina. Cuando hay fugas con tiroteos entre policías y ladrones, no faltan partícipes espontáneos en las persecuciones, abriendo una tercera línea de fuego. Los líderes [concepto impugnable] del anarquismo más moderado, por su parte, se ven obligados a recomendar que los asistentes a los picnics al aire libre no se tienten en tiroteos “amistosos”, para evitar accidentes durante el día de esparcimiento. Violencias de rutina salpican con sus resúmenes las páginas interiores de los diarios de la ciudad y el suburbio. (*Mientras la ciudad duerme* 50).

Las anotaciones que realiza Caimari sobre la cotidiana presencia de las armas de fuego pareciesen elidir, al menos, dos aspectos fundamentales asociados a esta presencia: a) las Ligas Patrióticas armadas signadas por Finchelstein en esta misma época; los latifundistas armados (entrenados por Manuel Carlés bajo la consigna de “familia, tradición y propiedad” (Bayer, *Los*

anarquistas expropiadores 85)) que pretenden detener la presencia ácrata, de corte sindical, en las zonas rurales; la tendencia al control de las armas (o la conveniencia de su dispersión, mediante el “dejar hacer” liberal) por las clases dominantes nacionales que se amparan en el dominio de la violencia (Ejércitos y Policía, con todas sus divisiones y secciones); b) el hecho de que si las armas como objeto de consumo están sometidas a la ley de oferta y demanda, las amplias clases populares (sectores proletarios, rurales, habitantes de conventillos, funcionarios “de cuello blanco”), las mismas que miran los automóviles apretando los centavos para el bar automático en el bolsillo (parafraseando a Arlt), difícilmente podrían tener acceso a un arma de fuego y, por ende, respecto de lo delictual o de la rama expropiadora del anarquismo solo se puede concebir el acceso al arma de fuego mediante el robo⁴⁹. Esto respecto de los revólveres, porque, en relación con las ametralladoras, Caimari tendrá el cuidado de señalar que solo son posibles para la policía o para las bandas mafiosas profesionales; salvo en el caso de la detención de Severino Di Giovanni, en la que se encuentran ametralladoras Thompson, de modelo desconocido, internadas por vía del mercado negro o “sabe el diablo cómo”, según cita la especialista desde una de las tantas revistas de la época. Sin embargo, de acuerdo con los antecedentes estudiados (y con prácticas que se arrastran hasta el presente), cabría preguntarse si fue o no fue la policía la que implantó o creó esas ametralladoras que encontraron en “manos” de Di Giovanni. Ficciones y realidades se entrecruzan en la prensa espectacularizante que

⁴⁹ Un tercer aspecto que no es competencia de esta investigación ni, por lo que comprendo, de la de Caimari, es el que está asociado a la ingente carrera armamentista desarrollada por, entre otros, los estados chileno y argentino; es en este arco temporal, en el que estoy revisando, cuando se inician también las tecnicificaciones profesionales de los ejércitos asociados a dichos estados, siguiendo el modelo de los ejércitos de algunos países europeos, como Alemania, y del ejército norteamericano, en pleno auge. Estos ejércitos resguardarán (e implementarán) mediante todos los medios disponibles el Estado nacional y la idea de patria; al menos así queda graficado, en este arco temporal con las dictaduras de Ibáñez y de Uriburu. Facciones de los Ejércitos habrían llevado a cabo conspiraciones de “izquierda” como me permite inferir el caso de Marmaduke Grove, las que no cuajaron de modo gravitante, sino que fueron fenómenos que dieron paso a otro tipo de conflictos políticos. Al menos, tres fuentes originan estas reflexiones respecto de la carrera armamentista; tres fuentes académicas, porque, en rigor, las fuentes que están en el sustrato de estas reflexiones son publicaciones ácratas antimilitaristas del presente cercano que refieren o reproducen pasajes de periódicos del tramo histórico que me compete. Así, las fuentes son: para Uriburu, Finchelstein, Federico. *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*; para Ibáñez, Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918–1938)* y Moulian, Tomás. *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938–1973)*.

analiza Caimari, dado que, tal como lo advierte, este entretejido cultural de armas, policías, criminales y anarquistas “es contemporáneo a la emergencia del cine sonoro, y con él, del cine de gánsteres, que a comienzos de los años treinta inunda las salas porteñas y convoca multitudes” (*Mientras la ciudad duerme* 51).

¿Es posible que, habiéndose desarrollado en Chile y Argentina, entre los años 1900 y 1930, una multiplicidad de actos de terrorismo de Estado y de violencia patronal contra el movimiento trabajador, debamos buscar una explicación a la presencia cotidiana de las armas de fuego entre las/os trabajadoras/es en las películas hollywoodenses de “pandilleros” (*gang* se traduce como pandilla o como *maffia*)? Asimismo, la población “común y corriente” que creía en sus clases dominantes y sus Ejércitos, ¿exigía “masivamente” la presencia de más policías armados en las calles? En este hervidero de pólvora⁵⁰, el anarquismo expropiador, más que “pimpinelas escarlatas” o “Robin Hood”, ¿estaban buscando ser gánsteres o buscaban una salida pragmática y revolucionaria, no institucional ni parlamentaria, a la explotación capitalista? En otra dimensión de esta arista, ¿cómo podían los grupos fascistas y nacionalistas tener acceso a armas de fuego y participar como agentes parapoliciales? Creo que la violencia y su uso concreto, mediante porras, cuchillos y armas de fuego, por parte de fascistas, no puede ser valorada del mismo modo que la violencia ejecutada desde arriba hacia abajo por las clases dominantes a través de sus “cuerpos armados” ni tampoco se puede valorar de igual manera la violencia revolucionaria que busca el cese de los usos violentos en la construcción de una “sociedad nueva”, es decir, no considero adecuada la homologación de los fenómenos culturales que conviven en un mismo arco temporal desde articulaciones éticas totalmente diferentes. Sin embargo, no es el objetivo de esta tesis justificar o valorizar el uso de la violencia como defensa proletaria o revolucionaria, respecto de la violencia institucional; sí es uno de los objetivos de esta tesis trazar o dilucidar algunos de los hilos que componen el entretejido que soporta a los

⁵⁰ “Miren el hervidero de vigilantes/ para rociarle “flores” al estudiante/ Miren cómo relumbran carabineros/ para ofrecerle “premios” a los obreros”. Parra, Violeta. *Miren cómo sonríen...*

hombres referenciales del arco temporal en que se inscriben las obras del corpus investigado: masculinidad, belicosidad, sicopatologías, violencia, nacionalismo, mesianismo revolucionario (o reaccionario), entre otros trazos, van permitiéndome dibujar corporalidad, sensibilidad e intelectualidad de esos hombres históricos y de los hombres ficcionales.

En este contexto cultural de usos de las armas, contexto masculinizado, para efectos de esta investigación son relevantes algunos puntos más que se pueden extraer del estudio de Caimari. Estos están referidos al uso “nostálgico” del cuchillo y a la “hombría” en torno al uso de la violencia armada. Más adelante, consignaré algunas pistas más sobre la policía, como institución compuesta por individualidades, también masculinas o masculinizadas, para acercarme a esos extraños hombres que pueblan la narrativa de Arlt y Rojas.

En primera instancia, cabe señalar el aspecto del “control sobre el poder de fuego” (*Mientras la ciudad duerme* 52), porque este control está asociado a valores vinculados con una diplomacia que ciertos tipos masculinos defienden y ostentan: la moderación como rasgo de urbanismo (o civilización) y como característica de madurez viril (profesionalismo delictual, en este caso). Esta moderación será una línea limítrofe entre ciertos tipos de hampones y otros. En este sentido, la especialista trasandina señala,

Así es como las escenas regadas de disparos y las fugas en medio de tiros al aire son consideradas de un exhibicionismo vanidoso, y por eso mismo, *amateur*. ... Consciente de la importancia de este factor en su imagen pública, el bandolero social Mate Cocido hace pública su consigna de evitar el uso de armas contra civiles, y en particular contra los pagadores y viajeros que trasladan los caudales que se dispone a robar. Y si algún asalto termina en tragedia, siempre es otro el responsable. ... El buen pistolero (profesional) es el que sabe dosificar ese poder coactivo, diferenciándose del novato que arriesga a todos sin ponerse en riesgo a sí mismo. (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* 52).

En este paradójico contexto histórico y cultural, cierta área de un pluriforme campo cultural volverá su mirada nostálgica sobre el “honor” (principio masculino) implicado en la lucha con navaja (cuchillo, puñal, “arma blanca”). Así, y en consonancia con algunos cuentos y algunos pasajes de *Scm* de Manuel Rojas, Caimari establece que “La añoranza del arrabal perdido, de esas esquinas del coraje y los rituales de la *masculinidad cuchillera* ... también cobra sentido por todo lo que dichas destrezas tienen de anticuado en la sociedad de los asaltantes motorizados y la Colt 45” (*Mientras la ciudad duerme* 52; me atribuyo el destacado en cursivas). Parafraseando a Caimari, hay una exaltación de arcaicas lógicas de la violencia que, por el hecho de estar situadas en el pasado y superadas por las técnicas de ese presente (1920–1940), pueden ser deseadas como ideales, justas o, puntualmente, varoniles, en tanto apuntan a un encuentro marcial honorable. Los hechos históricos demuestran que no hay “justicia” en las ciudades sitiadas, en volver yerma la tierra con químicos (como habrían hecho los romanos en Cártago) y que, en la época que me compete, hay profundo desprecio contemporáneo por el compadrito o el matrero, en tanto “marginales” cuchilleros, aunque después, producto de las “armas de fuego” y las nuevas estrategias violentas, se articule una suerte de “sensación romántica” por el pasado.

Las conclusiones de género, en relación con ese masculino uso del cuchillo (despreciado como rufianesco o de “baja estofa” en otras circunstancias culturales), indican que “Quien alardea con el revólver ignora los códigos de honor masculino, construidos en torno a las armas blancas. Su recurso es el de los debilitados por los excesos de la civilización cosmopolita, los impulsivos, los enclenques” (Caimari *Mientras la ciudad duerme* 53). Así, quienes usan de las armas de fuego, a diferencia de los legendarios usuarios del arma blanca, son consignados como sujetos banales que banalizan la violencia.

Ahora bien, esa banalización es la que me permite comprender, entre otras cosas, la homologación de las mafias con el movimiento ácrata expropiador; y, por una de las otras

hebras, el valor místico que otorgan los movimientos fascistas y nacionalistas a la “grandilocuencia” de la violencia armada, junto con el resguardo que los Estado nacionales hacen de los “míticos” arsenales de guerra (es implacable la presencia de los *dreadnought* en el universo narrativo arltiano, en tanto exaltación de esa maquinaria fáctica y concreta en torno a la violencia).

Respecto de la figura del “pistolero”⁵¹, en esta homologación maniquea entre ácratas expropiadoras/es y mafiosas/os, Caimari indica que “El pistolero, se dice, está dispuesto a quemar la propia vida en su prisa por agotar las satisfacciones del mundo. Por su hedonismo y obsesión de trascendencia, es la versión más extrema del sujeto contaminado de lo moderno. Su individualismo sintoniza, a su modo, con los afanes consumistas de la época. Es su espejo desmesurado, pero reconocible” (*Mientras la ciudad duerme* 54). Sí, el pistolero es un espejo desmesurado, tan desmesurado como la guerra con gases venenosos, llevada a cabo entre 1914 y 1919, espejo también de la violencia.

Ahora, del “pistolero” ácrata, al menos en términos “abstractos”, se puede predicar lo que plantea Caimari, solo respecto de estar dispuesto a “quemar su propia vida” con tal de concretizar de una u otra forma el afán rebelde que lo motiva como “justiciero” de una colectividad que no tiene los recursos para dar una lección a las clases dominantes como contrarrespuesta a la violencia aleccionadora del Estado. Sin embargo, esta noción de “justicia por la propia mano”, ilegal y criminal desde la perspectiva de la justicia impartida por las clases dominantes hace que el “pistolero ácrata” ingrese en la espiral de violencia y en una paradoja ética y filosófica de la que no puede escapar. Así, a propósito del pistolero ácrata y su relación

⁵¹ En el contexto de la dictadura de Primo de Rivera (que tuvo contactos comprobados con la de Ibáñez del Campo), de las luchas sindicales pre Segunda República y del clima bélico desatado a propósito del alzamiento militar fascista, guiado por Francisco Franco, el concepto de “pistolero” (así como aclaré con el de “gremio”) se emplea exclusivamente para el guardia armado, con órdenes de tirar a matar, de las patronales que está custodiando, es decir, de las fábricas que podrían ser expropiadas por los sindicatos (comités) ácrata-comunistas (Véase: Enzensberger, Hans Magnus, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*. Barcelona: Anagrama, 2002). Esos “pistoleros” no son tan distintos de los latifundistas armados que recorren el campo argentino y chileno, resguardando sus bienes de los peones sublevados.

con la modernidad, según lo que plantea Caimari del pistolero en general, puedo afirmar que una mirada a la obra de Osvaldo Bayer parece indicar lo contrario; mientras que un vistazo a los “apaches” de Rojas parece refrendarla. Los pistoleros de Arlt, por su lado, son unos humillados.

En esta textura cultural que he venido trazando, en la que algunas de las masculinidades dispersas en el relato histórico (y, sobre todo, microhistórico) y en el ficcional son hilos que se entretejen para dar cuerpo a esas individualidades, las masculinidades ácratas–expropiadoras son innegablemente sujetos complejos; transitan por el borde ético de su propia comprensión ideológica de “lo anarquista”, son repudiados por la burguesía, las clases dominantes, la policía, las ligas patrióticas y por algunas células anarquistas importantes (entre las que se cuentan las que participan mayoritariamente de la FORA o de la misma FORCh). Observados como desquiciados, mafiosos, simples delincuentes, enfermos morales, los “hombres de armas” asociados a la “Idea” componen el plano referencial del arco histórico que soporta las ficciones analizadas en esta investigación; percibidos, también, como justicieros, héroes de la Anarquía, ángeles vengadores o expropiadores justos que emplean los recursos obtenidos para ayudar solidariamente a las familias de obreras/os en huelga, para financiar la propaganda o para mantener en pie los Comités Pro–presos, esta versión del “pistolero” es tan problemática como atractiva, sobre todo, para la configuración de ficciones. Recalco: atractiva, no digna de emulación, en la mayoría de los casos⁵².

⁵² Dado que no percibo las ideas como propias, sino como parte de un flujo cultural, quisiera compartir una especulativa reflexión. Si Caimari descubre que, en el contexto de la masificación del revólver, la mirada nostálgica se vuelca hacia el “arma blanca”, ¿es posible inferir que fenómenos *mass* mediáticos como la serie española *La casa de papel* (2017–2019) responden a una mirada nostálgica sobre esas lógicas ácratas expropiadoras? Una mirada nostálgica e idealizante en la ficción que, contrariamente, encuentra, en el plano de los géneros referenciales una condena ética implacable. Sin ahondar en detalles, “el caso Security” despierta, hasta la actualidad, múltiples controversias, porque es uno de los últimos y más recientes casos en los que ácratas y otras disidencias de izquierda robaron un banco Security, trezándose a tiros con la policía, resultando muerto el cabo Moyano. El policía fue elevado a la condición de mártir y los asaltantes reducidos a criminales sin objetivos políticos. Aun así, la controversial detención de Aliste Vega y otros, la sentencia, el discutido apoyo entre células anarquistas va tiñendo este caso del 2007 no solo de realidad, respecto de las series televisivas, sino que de condena pública. Una simple mirada a un buscador como Google, con entrada caso Security, arroja, aún en el 2020, múltiples resultados.

La obra *Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos* de Osvaldo Bayer carece, quizás, de lo que hoy se comprende como rigor científico; abunda en un tono de crónica periodística, sin citar fuentes específicas. De probable aparición en los primeros años de la década de los '70 del siglo pasado, ha sido reproducida una y otra vez por editoriales clandestinas, asociadas a la difusión de una extensa “bibliografía ácrata”. En esta compilación de ensayos históricos, reportajes y crónicas, Bayer hila un relato sobre los primeros años del 1900, incluye declaraciones de los implicados y sostiene que no solo eran exaltados extranjeros los ácratas de “bombas y pistolas” e incorpora fragmentos de publicaciones anarquistas y canciones revolucionarias. ¿Qué intenta Bayer con esta obra? Intenta “Explicar objetivamente cómo se desenvolvía la sociedad de apenas tres o cuatro décadas” (7) sin reivindicar, porque “El movimiento anarquista expropiador fue muy importante en nuestro país [Argentina], tal vez más importante que en la misma España, aunque tuvo una efímera duración de 15 años. Estuvo integrado por universitarios, obreros y algún que otro delincuente nato, pero que conformaron una galería de tipos humanos definidos” (7). Estos tipos de “hombres” son relevantes para comprender algunos de los “hombres” ficcionales de Arlt y Rojas (así como los fascistas, los policías, los criminales, entre otros que he venido bosquejando).

Entonces, Bayer contextualiza a algunos de estos personajes, peligrosos “enemigos internos” provenientes de Europa y “criollos natos”, en el arco temporal que compete a esta investigación. Revisaré brevemente a tres o cuatro personajes medulares que optaron por la vía “apache”, como los llamó la prensa contemporánea. Posteriormente, un par de anotaciones sobre la policía, siguiendo a Caimari, para finalizar con algunas anotaciones autobiográficas de Arlt y Rojas que permitan comprender su inclusión en este contexto cultural.

Algunos ácratas expropiadores, denominados anarcoindividualistas (concepto discutible, dado que no exaltaban la individualidad ni actuaban motivados por un ego superlativo, sino que respondían a demandas de células organizadas, con una orgánica espontánea y a contrapelo de

la organización piramidal de los sindicatos comunistas o socialistas⁵³), podrían “haber salido” de relatos de Dostoievski o de Andréiev (fuentes de Arlt, según el mismo o según Flora Guzmán), pero que, sin duda, no son personajes, sino entidades humanas, con cuerpo y sensibilidad, de las que Bayer indica

No todos ellos fueron Robin Hood, aunque más de uno fue un Pimpinela Escarlata. Eran tremendamente crueles en la defensa de sus vidas, porque sabían que el menor descuido, la menor conmiseración significaba el fusilamiento en la calle o en el paredón. Eran, sí, una especie de guerrilleros urbanos, pero que no contaban con el respaldo de ninguna potencia extranjera que les enviara fondos y armas, o adonde poder refugiarse cuando las cosas se ponían demasiado peligrosas. Vivían con los segundos contados, sin treguas. Curiosos personajes que atacaban a la sociedad (“burguesa”) a bombas y a tiros, pero que en sus periódicos censuraban agriamente a la dictadura de los bolcheviques [y al capitalismo mundial], defendiendo un vellocino de oro transparente e inmanente: la Libertad. (*Los anarquistas expropiadores* 7).

Uno de estos “tipos masculinos” es el inmigrante ruso, consignado como montenegrino, Boris Wladimirovich, uno de los participantes (instigador o planificador) del asalto a los Perazzo (19 de mayo de 1919). De este se dice que “A los policías les parece extraño que ese hombre pueda ser un delincuente. Tiene la presencia de un universitario, de un intelectual” (Bayer, *Los anarquistas expropiadores...* 13). Pintor, médico, biólogo, dibujante, Wladimirovich fue socialdemócrata en Rusia, participó en el congreso socialista de Ginebra (1904), discrepó con Lenin e inmigró a la zona argentina del Cono Sur (1909). La planificación de la expropiación a los Perazzo está motivada por la necesidad de generar un periódico de

⁵³ Algunas declaraciones de anarquistas de Yekaterinoslav (Ucrania) indicaban seriamente su total acuerdo con la vía expropiadora y consideraban inclusivas las actividades sindicales y las armadas. Consúltese: Anónimo, ... *Y horrible será su rabia. El anarquismo en Yekaterinoslav 1904–08*. Barcelona: La Furia Apátrida, 2007.

divulgación de las ideas ácratas y, mediante esa divulgación, lograr la realización de un “plan serio de carácter revolucionario y ... llevar a la realidad una gran teoría” (citado por Bayer 15).

Según Bayer, después de la Semana Trágica la juventud de la alta burguesía porteña se alistaba en la Guardia Cívica o en alguna de las ligas patrióticas argentinas; como consigna, sostenían, en conjunto, “la caza del ruso”, al que consideraban judío, antiargentino, extranjero, “enemigo interno” y anarquista (aunque muchos anarquistas “rusos” hayan tenido una opinión peligrosamente racista respecto de los rusos judíos). El periódico *La Razón*, vocero informal de la Liga Patriótica, acusará a Wladimirovich de requerir fondos para comprar sustancias explosivas y no elementos para llevar a cabo una publicación.

Wladimirovich y sus compañeros en el asalto a los Perazzo fueron condenados con controversias entre la Cámara (que los acusaba de complot) y los fiscales. Finalmente, Wladimirovich es conducido a la austral e inexpugnable Ushuaia, condenado a presidio perpetuo. Sin embargo, la historia de este ácrata continúa, dado que participará todo lo directamente que le sea posible en el ajusticiamiento del asesino de Kurt Wilckens. Wilckens logró, mediante un atentado, cobrar la vida del teniente Varela, “acusado por los anarquistas de haber fusilado 1500 obreros y peones en la Patagonia” (Bayer, *Los anarquistas expropiadores...* 18). Quizás es una cifra exagerada, pero en el contexto de lo estudiado por Adamovsky, no parece inverosímil que la solución a un conflicto campesino (industrial–rural) haya sido sellado con pólvora y sangre por los “mediadores” de las clases dominantes. Una vez en la cárcel, Wilckens es degollado por el nacionalista Pérez Millán.

Pérez Millán, partícipe de la Liga Patriótica, amigo del doctor Manuel Carlés, fue hecho pasar por loco, enviado con regalías y comodidades al manicomio de Vieytes. Wladimirovich, informado de tales circunstancias, actuó un desequilibrio nervioso, conducente a la interpretación de una locura desbordante con lo que logró ser trasladado al mismo manicomio, pero a un pabellón sin regalía alguna, lejos de Pérez Millán. En acuerdo con Lucich, un interno

simpatizante de las ideas ácratas con libre acceso en este siquiátrico, mataron a Pérez Millán. Posteriormente, “Los nuevos tratos recibidos a raíz de su actuación en el episodio Pérez Millán, le llevaron [a Boris Wladimirovich] a la muerte” (Bayer, *Los anarquistas expropiadores...* 19).

En el campo semántico asociado a lo viril, Bayer indicará que la venganza recién comentada era una “cuestión de honor” y que Wladimirovich fue recubierto con una “aureola de héroe del movimiento”. Esta masculinización de los “criminales”, desquiciados, “enemigos internos”, en el discurso de la prensa y de las clases dominantes (y, también, de las clases medias y bajas cercanas al poder), ¿está en el ojo del observador (Bayer) y en lo observado (la nula historia de las mujeres ácratas expropiadoras e intelectuales anarcosindicalistas, de las que, en el presente, solo hay algunas menciones, por ejemplo, a Virginia Bolten)? ¿Es posible que no bastase con un masculino mundo hegemónico, sino que, además, el mundo insurgente, contestatario, rebelde y subversivo también debía ser masculinizado? Un agudo problema de género que esta investigación no resolverá, más que discutiendo con ese enloquecido mundo de hombres enloquecidos.

En el campo cultural, tanto Suriano como Bayer observarán el cisma que se provoca entre ácratas porteñas/os, a propósito del apoyo o del rechazo de la vía armada. Al menos, el periódico *La Protesta* y el periódico *La Antorcha* serán claros referentes de las dos posturas, es decir, la postura anarcosindicalista, intelectual, que se aleja de la “propaganda por el hecho” y considera la “acción directa” como estrategias y mecanismos de lucha obrera (sabotaje industrial y boicot comercial), por un lado; por el otro, la postura ácrata expropiadora que defiende la vía armada, las escaramuzas “a tiros”, el “ajusticiamiento” de reconocidos militares o policías y el uso de “bombas” en atentados. Según ambos estudiosos, estas posturas serán irreconciliables; una encrucijada ética, dado que muchas de las publicaciones de la primera postura (o en conferencias) incitan a la “muerte de los explotadores”: ¿muerte simbólica, entonces? Acaso, quienes participan de la segunda postura, ¿se toman de modo literal, esas declaraciones

metafóricas sobre “muerte a los asesinos del pueblo”? Un problema político, que siempre es ético, que vuelve a ser actual y que vuelve a generar los mismos resquemores entre la “izquierda”; problema que puede ser estetizado por productos culturales *mass* mediáticos (pienso especulativamente en *Deadly Class* (novela gráfica por entregas, primero, y luego, serie televisiva). Considero que, en esta disputa en el campo cultural ácrata, Manuel Rojas tomará un partido del todo claro con el modo crítico (irónico) en que representa a los tipos masculinos “apaches” en *Scm*.

Otras figuras paradigmáticas de esta corriente, integrantes de los Comités Antifascistas, dogmáticos respecto de cualquier colaboración con los comunistas leninistas, serán Miguel Ángel Roscigna y Severino Di Giovanni. Ahora, tal como señalase Caimari, no todos los asaltos del Buenos Aires de inicios del siglo XX son protagonizados por ácratas “pistoleros”; de hecho, Bayer señala

El 2 de mayo de 1921 tuvo lugar un asalto a la Aduana de la Capital. Los delincuentes se llevaron una suma muy importante para aquel tiempo: 620.000 pesos. Pero el asunto se descubrió rápidamente por una torpeza del chofer Modesto Armeñazas y todos los asaltantes –menos tres– cayeron en poder de la policía. En este asalto, fue muerto un empleado aduanero. De los 11 implicados, tres eran realmente delincuentes profesionales y los demás, obreros que hacían sus primeras armas en el delito. Contra lo que sostuvieron algunos diarios, ninguno de ellos era anarquista, aunque el asalto sirvió para reiniciar la polémica entre los anarquistas mismos acerca de si era o no positivo cualquier clase de delito contra la burguesía. (*Los anarquistas expropiadores... 20*).

Junto con reavivarse la polémica interna, las ligas patrióticas se reafirman en su actuar represivo y violento. En ese contexto, Bayer observa que, a diez años del Centenario de la Independencia,

Lo que lleva a la formación del grupo anarquista expropiador o delincuente en la Argentina es la necesidad de formar cuadros dentro de esa ideología para su autodefensa. No sólo es el Ejército que reprime las actividades anarquistas (Semana Trágica, huelga agraria de la Patagonia, huelgas portuarias en 1921, etc. [según Bayer, en 1919, el “Peludo” tuvo que soportar 367 huelgas en un año (8)]) y la Policía (volcada en gran parte a combatir las tareas de agitación, detener a cabecillas, vigilar y disolver mitines, quebrar huelgas), sino y por sobre todo, la acción en todo el país de la Liga Patriótica Argentina comandada por Carlés. No hay semana en la que no se produzca, por esos años, un hecho de sangre protagonizado por obreros de ideología anarquista e integrantes de la organización en defensa de la propiedad organizados bajo el rótulo de Liga Patriótica. (*Los anarquistas expropiadores...* 21).

Las tensiones que se generan entre estos grupos masculinos, que a su vez establecen relaciones de explotación en todas sus variantes (doméstica, laboral, sexual, corporal, entre otras) con los grupos de feminidades (interclasistamente), permiten observar tanto la violencia fundacional de las naciones postcoloniales en sus jóvenes primeros cien años como la crisis primordial que se instala a propósito del adoctrinamiento, por un lado, y de los “deseos” utópicos o distópicos, por el otro, entre esos mismos grupos de masculinidades que disputan o rechazan la disputa por la conformación de una nación o por una nación en conformación, comprendida como país–patria–Estado, o de un conglomerado de federaciones sin Estado. Balaceras entre sujetos “comunes y corrientes” o masculinidades “por abajo” de la esfera sociocultural; guerras planificadas por las masculinidades “de arriba” de esa misma polémica esfera.

Esta época, que he venido reconstruyendo (notoriamente similar a los primeros veinte años del s. XXI) con cada hilo encontrado sobre la materia que me convoca en esta investigación, está signada por enfrentamientos armados, represión y matanzas. Bayer se centra, por ejemplo,

en el caso de los campesinos de Jacinto Aráuz, en la respuesta defensiva del movimiento ácrata al embate ofensivo de la Liga Patriótica (que antecede al movimiento fascista católico de uriburistas) y, recurriendo a metáforas que emparentan el actuar de los grupos en pugna con el matonaje mafioso y con el *far west*, desentraña el accionar del Ejército y la Policía en las traiciones fundacionales entre las clases dominantes, estos mediadores armados y los grupos campesino–proletarios. En ese escenario, los encarcelamientos de subversivos están a la “orden del día”.

Miguel Ángel Roscigna es un dirigente metalúrgico anarquista, secretario del Comité Pro Presos, encargado de recaudar fondos para solidarizar con las familias de los encarcelados y para los mismos encarcelados. Sin embargo, Roscigna comprende las lógicas de solidaridad más allá de la recaudación de fondos, dado que la evasión de los recintos penitenciarios son parte del plan de acción solidaria que comprende el ácrata expropiador. Así se demuestra en algunos casos en los que participa activamente Roscigna de las fugas, no siempre con resultados libertadores, de Radowitzky, Silveyra (el panadero), algunos de los presos de Viedma, entre otros. Este Miguel Ángel Roscigna “y Andrés Vásquez Paredes [son] los protagonistas del más sonado asalto de la década del veinte: el del Hospital Rawson” (Bayer, *Los anarquistas expropiadores...* 39); dos anotaciones: a) la prensa tendenciosa inculcó a los anarquistas sin pruebas ni juicios homologando su accionar al de las mafias; b) en efecto, el asalto fue una expropiación con fines revolucionarios de propaganda. A diferencia de las mafias o de los “pistoleros” descritos por Caimari, los ácratas expropiadores, evidentemente no todos, no buscan la satisfacción individual ni el enriquecimiento personal; ese puro gesto diferenciador, da algunas señales del tratamiento de este tipo de “hombre” por Rojas y, muy tangencialmente, por Arlt.

A Bayer, frente a la idea del anarquista foráneo y, por tanto, antiargentino, le interesa destacar también al ácrata expropiador criollo: Emilio Adelmo Uriondo. Uriondo, compañero

de Roscigna, en tanto obrero, participante de células organizadas y autodidacta, entre otras características anotadas por Bayer, permite refutar la hipótesis de que la mayoría de los simpatizantes de la idea son “burgueses malentretidos”; no solo estos dos “terroristas” son ejemplo de anarquistas, expropiadores y obreros, sino que casi todos los ácratas dedicados a la expropiación en Buenos Aires proceden del mundo industrial (a diferencia de la línea “intelectual”, en la que, entre otros, se encuentra Diego Abad de Santillán, ideólogo, conferencista, escritor, ácrata, economista y político, pero no necesariamente un obrero fabril y sí un detractor de la “propaganda por el hecho”).

Respecto de la prensa escrita y del asalto al Rawson, *Crítica*, indica Bayer, “azuza a la policía. A los cuatro anarquistas les convendría que nadie hablara de ellos y no salir todos los días en la primera plana del diario más vendido que trae páginas y páginas con dibujos de sus rostros” (*Los anarquistas expropiadores...* 47); en esta imagen de la cobertura que da al asalto, las anotaciones de Bayer me permiten inferir la confluencia de criminalización, inoperancia de la policía, “filiación criminológica” y sensacionalismo. Caimari establece con justeza la necesidad de espectáculo “cinematográfico” del público lector de la prensa “amarilla” que no es lo mismo a que el atraco expropiador haya buscado lo espectacular como parte de su codificación semántica.

El convulsionado contexto está marcado por

años verdaderamente violentos, principalmente el último del gobierno de Alvear, los dos de Yrigoyen, los de Uriburu y los primeros de Justo. Todos aquellos que señalaban que el anarquismo violento había crecido debido a la pasividad de Yrigoyen se dieron cuenta de que estaban equivocados, pues con Uriburu a pesar de los fusilamientos y la tremenda represión, los anarquistas siguieron saliendo a las calles, jugándose las, metiéndose más en un callejón sin salida, perdiendo uno a unos a sus *hombres*.

Roscigna participará en febrero de 1929 en el asalto de los establecimientos Klockner y en octubre de 1930, en plena represión uriburista, junto con Severino Di Giovanni, en el atraco al pagador de Obras Sanitarias en Palermo. El botín, nada menos que 286.000 pesos, es empleado en un setenta por ciento para la ayuda de compañeros presos [además de financiar, otra ilegalidad mayúscula, la falsificación de dinero]. (Bayer, *Los anarquistas expropiadores...* 52-3; el destacado en cursiva está en función de destacar la masculinización del fenómeno).

El clima sociocultural que articula Bayer con su relato está atravesado de estas asonadas ácratas y de la represión de vuelta del terrorismo de Estado. No es el objetivo de esta tesis reproducir o comentar el estudio de Osvaldo Bayer, por lo tanto, incorporaré un acontecimiento paradigmático más, para continuar con el desarrollo de la investigación.

La dictadura de Uriburu no solo contó con emblemáticos torturadores como Leopoldo Lugones (hijo), sino que tuvo entre sus “interventores” al Mayor del Ejército José W. Rosasco; asignado a la zona de Avellaneda, “Porque es Avellaneda, la zona esencialmente industrial y obrera, donde los anarquistas tienen sentados [sic] sus reales. ¡De allí vienen las huelgas, de allí viene todo! Por eso Uriburu le dice a Rosasco: hay que limpiar Avellaneda”. (Bayer, *Los anarquistas expropiadores...* 60). El interventor policial de Avellaneda “hace su entrada ... atando a dos chorritos [“pelusas”], que lloran por su madre, a un banco de plaza y los hace fusilar” (60).

La frialdad del Mayor Rosasco es acomodaticia y servil al “estado de las cosas”, dado que, implacable en la persecución de anarquistas, hace “la vista gorda” a otros fenómenos considerados delictuales. Bayer indica,

Rosasco no va a limpiar Avellaneda de las timbas y lugares de juego que monopolizan caudillejos conservadores de barrio, sino solamente a sanear [aplicando el *Uriburol* en su forma práctica y no meramente propagandística] el aspecto gremial. ... Hace unas redadas

fabulosas: los celulares [furgón celular policial] se amontonan en la entrada de la Primera de Avellaneda y de allí los van bajando a empujones, porque siempre son retobados: gallegos, catalanes, tanos [italianos], polacos, búlgaros y hasta un grupo de alemanes que han constituido una sociedad vegetariana... (*Los anarquistas expropiadores ...* 60).

En este “estado de excepción”, que para el movimiento ácrata no es excepcional, permite suspender todo tipo de protección, en términos de derechos humanos, y con la ley de su parte, Rosasco hace de Avellaneda un sitio de terror estatal en respuesta a la subversión ácrata, obrera, y también radical. De esta manera,

Allí en Avellaneda no hay jueces ni abogados que valgan. Los intereses de la Patria están por encima de la Constitución y eso que los liberales llaman las garantías individuales. Extranjero anarquista que agarra Rosasco no pisa más suelo argentino: se lo manda a Sánchez Sorondo [juez del *fascio* uriburista] que le aplica la 4144, la ley de residencia. Y argentino anarquista que cae en sus manos, va directamente por transporte naval a Ushuaia. ... Rosasco siempre juega con la pena de muerte instaurada por los hombres de septiembre: fusilamiento a quien se resista, fusilamiento a quien es sorprendido *in fraganti*. (Bayer, *Los anarquistas expropiadores ...* 60).

En el fuego cruzado que se desarrolla en este segmento del arco temporal que me compete, Rosasco tendrá de su lado al Estado y solo será detenido en su quehacer represor por la acción directa (atentado “terrorista”) que llevará a cabo una célula ácrata expropiadora reunida para tal fin por otro ácrata “argentino”: Juan Antonio Morán. Bayer señala que “Con Uriondo hacen desmentir la afirmación de que el anarquismo activo en la Argentina fue protagonizado solo por extranjeros. Morán llega a ser dos veces secretario general de la Federación Obrera Marítima [con lo que se desmiente también aquello del “individualismo anti-organizador” de la línea ácrata expropiadora], en su tiempo tal vez la organización obrera más poderosa. Morán

dirigió huelgas portuarias que se caracterizaron por su singular violencia”. (*Los anarquistas expropiadores ...* 61).

Vicisitudes, persecuciones, encarcelamientos, expropiaciones y un hervidero de acontecimientos de violencia a secas (o de violencia política, si se quiere refinar el concepto) conducen a que el 12 de junio de 1931, una célula formada por diferentes ácratas, incluido “el ingeniero”, quien evita a toda costa la violencia por parecerle que “a la burguesía se la podía detener con otros medios más ingeniosos” (Bayer, *Los anarquistas expropiadores ...* 63), irrumpe en el restorán donde cena Rosasco con el secretario de la comuna de Avellaneda, Eloy Prieto, y “ajustician” al militar. Los funerales de Rosasco son portentosos y grandilocuentes como suele acontecer con el fascismo en una rápida ojeada a su estética; se inicia una nueva cacería de brujas, quisiera decir, pero en este maldito mundo de hombres, se inicia una nueva cacería de anarquistas (Bayer, *Los anarquistas expropiadores ...* 64–71).

Muchos otros personajes de esta línea de anarquismo son atraídos por el relato de Bayer; muchos nacionalistas, fascistas, jueces, comisarios y militares, también. Baste lo dicho para dar una pequeña muestra de esos grupos de masculinidades⁵⁴.

En esta textura sociocultural, la policía, siguiendo a Caimari, sí tiene otras funciones asociadas a la “higiene social”, al orden y a la “administración” o “supervisión” (es más que evidente la etimología de super – visión, comprendiendo que su cercanía con el francés *surveiller* es obvia; en una de las lenguas locales se traduce como “vigilar”) de las buenas costumbres. Otras funciones respecto de las muy claramente ejecutadas y observadas por Bayer.

En los sentidos que he venido entretejiendo, Caimari realiza un breve análisis del sello de la Policía de Buenos Aires, empleado desde 1822 y hasta, aproximadamente, el arco temporal que contempla esta investigación (el sello actual, de la Provincia de Buenos Aires, conserva el sol naciente). En este sello, según la especialista, “anida la voluntad de difundir una imagen

⁵⁴ Particular mención a Tamayo Gavilán, ácrata “chileno”, que participó el 2 de mayo de 1931 en la expropiación “al pagador de Villalonga, en Balcarce y Belgrano” (Bayer, *Los anarquistas expropiadores ...* 65).

(moderna) de ilimitada capacidad perceptiva del estado ... adopta ... la imagen del ojo siempre abierto. Es la institución “que no descansa”. Junto al sol (que irradia luz en la ciudad oscura) y el gallo (“ave de la luz”), ese ojo simboliza la continuidad –homogénea, ineludible– del control sobre el espacio que es su jurisdicción” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* ... 115).

Cabe señalar que esa omnipresente y supervigilante policía está compuesta por humanos, hombres, en los que “los vicios” de la macroestructura social, del organismo cultural, también hacen mella. La existencia de “Libros y más libros disciplinarios cuentan la anécdota de la pequeña corrupción barrial. [Estos] Podrían ser leídos como testimonio de las prácticas objetables de la policía porteña, de la temprana constitución de un repertorio de abusos tolerados con resonancias en las denuncias del presente” (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* ... 120). En este contexto, parte de la profesionalización de la policía será su “deshumanización”, porque

Por la naturaleza misma del quehacer policial, *todas* las policías funcionan en un marco puntuado de “bordes invitadores”, dentro de ese juego de la tentación ilegal que emana de la cotidianidad de la calle, de la negociación tácita de esa línea que combina lo legal con lo ilegal, lo manso con lo abusivo. En este caso, la evidencia de un sistema de favores e intercambios en fronteras legales inciertas permite constatar un fenómeno que es históricamente más específico: el de las pautas de arraigo policial en esos barrios que en los años veinte y treinta están en plena expansión. (Caimari, *Mientras la ciudad duerme* ... 120).

Debido a lo anteriormente expuesto, es decir, a esa cotidiana pequeña corrupción permitida, dada por el trato “familiar”, entre “civiles” y “policías” es que se hace necesario establecer

Fronteras. La complicidad que gana amigos al policía es una forma de cercanía que compromete su autoridad. “Los agentes no deben conversar con el público”, dice *La Nación* a propósito de una reunión a la que son convocados todos los comisarios, a fin de

“instruir al personal de calle para que se abstenga de entretenerse en conversaciones innecesarias”. En los ámbitos jerárquicos, el fenómeno de la pequeña corrupción del agente callejero es formulado como un problema que pone en riesgo la credibilidad institucional: los vigilantes son “ojos de la Superioridad” [y manos que empuñan porras y armas de fuego] y deben hacer cumplir la ley en cada pequeña instancia cotidiana, insisten las normativas. (Caimari, *Mientras la ciudad duerme ...* 120).

Ahora bien, la misión de hacer cumplir las leyes “en cada pequeña instancia cotidiana” está señalada por las directrices que las clases dominantes, mediante sus representantes, estipulan. Así, significativa es la imagen que inserta Caimari en la página 98 de su *Mientras la ciudad duerme ...* Al comentarla establece que

La implementación de estas iniciativas [normativas, ordenanzas, leyes, entre otras] se cruza con los grandes casos de secuestro [Caimari los estudia en momentos precedentes] que, según vimos, generan un clima de opinión favorable para las medidas de emergencia. *Caras y Caretas*, por ejemplo, opone la imagen blanda y adormecida del Congreso a la energía ejecutiva del jefe de Policía. García [coronel Luis J. García (1932–1935)] se dirige al ministro Melo [período de Justo en la presidencia], arremangándose la camisa. Ambos exhiben sendas escobas que rezan “Contra los indeseables” [“enemigos internos” y “columnas de menesterosos”, producto de la crisis económica que afectó la industria cerealera (de modo similar al caso chileno en el que la crisis afectó a la industria del salitre)] y “Contra los delincuentes” [categoría en la que confluyen las mafias de toda laya y en la que se confunden “indeseables” con “delincuentes”]. (99).

Este es el caldo de cultivo, el soporte referencial y el plano de las experiencias, en los que habitan Manuel Rojas y Roberto Arlt. Un arco temporal complejo y polémico que está nutrido de problemáticas viscerales; un tejido cultural de hilos tensos y contradictorios, poblado de “mediadores” políticos (cívicos y militares) que mantienen diálogos dolosos con las clases

subalternas de las que provienen las “hordas” de subversivos y de las que emanan, también, policías y militares “rasos”, dispuestos a ejecutar órdenes. Un plano referencial “enriquecido” (¿o envilecido?) por tipos masculinos mermados (¿o atravesados?) de lógicas violentas y estrategias de supervivencia “picarescas”, sin una gota de humor. Hampones ácratas, hampones fascistas; ángeles de la revolución o ángeles de la nación; demonios, monstruos y, sin embargo, todos ellos, demasiado humanos, demasiado hombres en la encrucijada patriarcal, capitalista y nacional.

1. 7. Breves aproximaciones biográficas al mundo referencial de Manuel Rojas y Roberto Arlt

Dado que no se puede dar por sentado que el entrecruzamiento de hilos históricos y culturales sean la red que soporta las existencias de Arlt y Rojas, consignaré algunos pasajes, en los que ambos autores se refieren, tangencial o directamente a sus contextos. Lo verdaderamente relevante, para esta investigación, es cómo calaron en las obras narrativas que analizo esas masculinidades problemáticas (al límite de lo abyecto o al borde de lo idealizado o contraidealizado), habitantes de los primeros treinta años del siglo XX.

La escritura de Arlt, autoreferencial en algunas de sus *Aguafuertes*, es decir, en las crónicas diarias publicadas en periódicos, trasluce una a ratos descontenta, o más bien irónica, mirada sobre su contexto. Sylvia Saítta, en *El escritor en el bosque de ladrillos*, ha reconstruido biográficamente a un Arlt medianamente diferente del *ieron* que emplea la pluma para zaherir, bufonescamente, a sus contemporáneos.

Una imagen de un “sujeto común y corriente”, como los enunciados en los apartados anteriores, es descrito por Arlt en “El demonio del insomnio”. “No es un hombre, sino un cacho de carne cansada y entristecida. Quiere dormir, que es lo mismo que querer morir a plazo fijo” (Arlt, *Obra completa. Tomo dos* 581). En el contexto porteño, este “cacho de carne” está situado en la encrucijada que fui articulando (*supra*); el protagonista de esta columna de Arlt requiere “Dormir para olvidarse de la vida maldita, trabajo de todos los días, soledad de todos los días, desilusión de todos los días, puchero de todos los días... El tipo escupe al cielo raso, con la misma rabia que si se encontrara frente a las puertas del infierno” (581). Un tipo masculino encarado al mundo de las “pequeñas cotidianidades”, como diría Caimari; esas cotidianidades están entretrejidas por hilos tensos de la red cultural y referencial de una Argentina—“puertas del infierno”.

En “Legión de honor”, Arlt ofrece un panorama ejemplar, en relación con su contexto; en esta aguafuerte⁵⁵ puedo inferir esa megalomanía mesiánica del tipo masculino de la calle que cree, fervientemente, en su propio proyecto político. La mayoría de esos tipos son, de una forma u otra, o incendiarios rebeldes o conservadores rayanos en lo fascista. “casi todos los jubilados pertenecen a la Liga Patriótica, casi todos los jubilados sienten horror a la revolución rusa, casi todos los jubilados se enojan cuando oyen decir la frase de Proudhon: “La propiedad es un robo”. ... empleados jubilados, tenientes coroneles retirados; farmacéuticos y almaceneros que sienten veleidades de políticos y de salvadores del orden social” (*Aguafuertes porteñas* 282–3). Curiosos tipos masculinos envejecidos, jubilados, en los que confluye el nacionalismo y una reverencial adicción al doctor Hipólito Yrigoyen: masculinidades contradictorias que establecen órdenes sociales utópicos–distópicos en sus letargos de “banca de plaza”.

Arlt no limita su burla a una u otra clase cultural, económica o social. En “Los libros y la verdad”, Arlt reflexiona del siguiente modo, dejando inferir su antimilitarismo,

Si cada libro contuviera una verdad, una sola verdad nueva en la superficie de la tierra, el grado de civilización moral que habrían alcanzado los hombres sería incalculable. ¿No es así? Ahora bien, piense usted que los hombres de esas naciones cultas, Alemania, Inglaterra, Francia [países en los que se publicarían unos 10.000 libros anuales], están actualmente discutiendo la reducción de armamentos (no confundir con supresión). Ahora bien, sea un momento sensato usted. ¿Para qué sirve esa cultura de diez mil libros por nación, volcada anualmente sobre la cabeza de los habitantes de esas tierras? ¿Para qué sirve esa cultura, si en el año 1930, después de una guerra catastrófica como la de 1914, se discute un problema que debía causar espanto? (*Elogio de la vagancia* 32–3).

En relación con *Los siete locos*, Arlt enuncia algunas opiniones paradigmáticas sobre la visión de sus congéneres “biohombres”. Una primera aproximación hace confluir literatura y

⁵⁵ Es fundamental recordar a Goya y sus monstruosidades como una “caricatura” social a la hora de comprender a Arlt como un novelista irónico.

vida, puesto que “Decía un gran novelista ruso, Dostoievski: “cada hombre lleva en su interior un verdugo de sí mismo”. He tratado de que esta realidad sea visible en la acción de los personajes del libro, pues lo es en la vida de los hombres de este siglo” (*Obra completa. Tomo dos* 587). En ese contexto, el acceso a información proveniente del resto del mundo que le garantizaba el oficio de periodista le permitió, por ejemplo, observar que la organización de la Sociedad Secreta del Astrólogo de Temperley no era del todo absurda, porque “distintos diarios, dieron noticias de la detención en Estados Unidos de los miembros de una sociedad secreta que se llamaba “La orden del gran sello”. [Comprende la relación de sus personajes con los participantes de esta secta, para establecer que] Es decir, no he hecho nada más que reproducir un estado de anarquismo misterioso latente en el seno de todo desorientado y locoide” (*Obra completa. Tomo dos* 587). Para el contexto de Arlt esta secta estadounidense era la excusa perfecta, para evitar el complejo tema de establecer similitudes cercanas entre la Sociedad Secreta y las Ligas Patrióticas, las mafias o, sin eludir el bulto, algunas células anarquistas.

De modo radical, y otra vez haciendo mención a la Primera Guerra Mundial y haciendo confluir literatura y vida, Arlt señala “La desesperación en ellos [los personajes de la novela] está originada, más que por la pobreza material, por otro factor: la desorientación que, después de la Gran Guerra, ha revolucionado la conciencia de los hombres, dejándolos vacíos de ideales y esperanzas” (*Obra completa. Tomo dos* 586). Concluye, de modo lapidario, “Como se ve la angustia de estos hombres [los personajes de la novela] nace de su esterilidad interior. Son individuos y mujeres de esta ciudad [la transposición de lo experiencial a lo novelesco], a quienes yo he conocido” (586).

Manuel Rojas, de tono pausado, añoso y envejecido, en relación con el mordaz Arlt treinteaño, narra diferentes imágenes de su vida en múltiples pasajes autobiográficos que permiten comprender el contexto histórico y cultural que habitó. Una primera anotación consiste en su trato en la juventud con esa variopinta agrupación de anarquistas, pues, ya en el

1912 (ca.), después de su segunda estadía en Santiago (Chile), declara que “En Mendoza había conocido a varios anarquistas chilenos que llegaron huyendo del proceso que se conoció con el nombre de Sociedad de Oficios Varios [la S.O.V reunió, entre otras/os, a Hortensia Quinio y a Voltaire Argandoña, como se puede constatar en los estudios de Godoy o de Muñoz Cortés]; entre ellos estaban Ramón Contreras, Teodoro Brown, Víctor Garrido, peluqueros estos dos [de la Peluquería del Pueblo, allanada en múltiples oportunidades], y Joaquín Catalán, pintor de carruajes; todos han muerto” (*Antología autobiográfica* 19). Más allá de la refutable hipótesis del Manuel Rojas ácrata de la cuna a la tumba, me parece del todo relevante la inmersión en este contexto, en su juventud; contexto en el que la experiencia cotidiana, simplona inclusive, va entretejiéndose con una futura situación de enunciación desde la que el memorioso autor irá hilando las experiencias de Aniceto Hevia con ese entramado referencial que él, Manuel Rojas, pudo percibir.

En una línea similar, realzando la condición de errante, comenta “Durante varios meses vagué de conventillo a otro, leyendo, trabajando a veces y hablando sin cesar de anarquismo, de literatura, de ladrones, de mujeres, de aventuras, de viajes [seis temas presentes, de una forma u otra en la narrativa de Rojas]” (*Antología autobiográfica* 20). Es enfático al señalar que

Algunos de los jóvenes anarquistas que conocí decidieron convertirse en pistoleros y en apaches, al estilo de Bonnot y de Garnier ... y sin querer, peor aún, temiéndolo, me vi metido en vastos proyectos de robos de automóviles –ninguno sabía manejar ni siquiera uno de los tranvías de esa época– y de atracos a cualquier parte en donde hubiese dinero en cantidades apreciables. El azar, la necesidad de ganarme la vida en forma inmediata y el deseo de vagar me libraron de tomar parte en la realización de algunos de esos proyectos. (*Antología autobiográfica* 20).

Manuel Rojas pareciese indicar que, a través del cristal de su vida, como un lente microscópico, se puede indagar en las vidas de otros tipos masculinos que como él habitaron el

plano referencial que se conecta con el plano ficcional de su obra. En 1913, vivió en Valparaíso donde trabó conocimiento con Carlos Pezoa Véliz y con José Domingo Gómez Rojas. Según su relato, en 1914, durante noviembre, permaneció en Cartagena, ahí “con otros compañeros, Teófilo Dúctil, Eliseo Wagner, Juan Pino y Voltaire Argandoña ... pintamos cuanto chalet se nos puso por delante” (*Antología autobiográfica* 21). El oficio manual en la formación confluye con el oficio literario en la primera adultez; además, esos jóvenes ácratas referenciales poblarán las páginas de *Scm*, representados con diversos tonos narrativos.

En “Imágenes de infancia” –manejo la edición de las *Obras completas* editadas en 1961–, Manuel Rojas indaga literariamente en sus experiencias barriales porteñas trasandinas y santiaguinas; principalmente, hace un recorrido, mediante los personajes con los cuales hubo de interactuar: un indio fueguino innominado, los borrachos del barrio, don Santos Yegua o el Cojo Candia. Refiere su primer oficio: cuidador del carro de un repartidor de carne; en este contexto, vemos la formación del niño, la relación con la violencia aleccionadora maternal, el ámbito lúdico de ese mismo castigo y de ese primer oficio.

Respecto del oficio, Rojas, como tanto otro niño–muchacho de la época, señala: “Sobrevino una crisis económica [claramente, no la de 1929] y me vi en la necesidad de buscar alguna ocupación: estuve una semana en una sastrería, en donde aprendí a pegar botones” (“Imágenes de infancia” 358–9); además, portero de una especie de consultorio y gimnasio; mensajero de “La Capital”; talabartero, una vez instalado en el Barrio Las Ranas, del que indica “Sabía ... también vagamente, lo que podía hallarse allí: compadritos, puñaladas, tangos, obscuridad y agarráte, Catalina” (359). El arrabal recibe al niño–muchacho con trabajo, con Bancalari, un personaje que el Rojas adulto teñirá de aire novelesco, y también con esa idea preconcebida del arrabal masculinizado y nostálgico, diría Caimari, de navaja, tango y compadritos en las esquinas.

Este “Imágenes de infancia” que reeditó y completó como “Imágenes de infancia y adolescencia” (Tajamar, 2016), como señalé hace un momento, permite construir un imaginario referencial macrocósmico desde la experiencia del escritor; lo autobiográfico, lo microcósmico, serán *indicios* que permitan indagar en ese plano contextual cultural que habitó el autor.

“Algo sobre mi experiencia literaria” será tratado con mayor cuidado en el siguiente capítulo; al igual que otras anotaciones contextuales de Rojas, junto con observaciones de Arlt sobre la vida y la literatura, darán cuerpo al capítulo dos. En ese capítulo, el entramado cultural, histórico y social, que he venido trazando, se aúna con el análisis literario, propiamente tal, de las obras escogidas para esta investigación.

En el caso de los “hombres” de Rojas sería interesante, quizá como una continuación de esta investigación, ahondar en otras masculinidades que incorpora en su obra cuentística, tales como los payasos y la “gente de teatro”, cada cual con sus específicas consideraciones de clase y género.

1. 8. Apuntes de recapitulación: el hervidero de masculinidades

En este primer capítulo, he revisado algunos grupos de masculinidades que tienen cabida en las ficciones que componen el corpus de esta investigación. He dado particular relevancia a seis de estos grupos. En primer lugar, observo, describo y presento a las masculinidades “por arriba”, las que se constituyen como modelos y contramodelos, para, en segundo lugar, el grupo de masculinidades de las capas medias y bajas, en todos sus estratos, de las clases populares. En tercer y cuarto lugar, respecto de esas mismas masculinidades, recorro los aspectos de género e ideología de dos grupos particularmente complejos: los fascistas y los anarquistas en abierta oposición respecto de la idea de nación y del uso de la violencia. En quinto y sexto lugar, aunque entremezclados con los otros grupos en el desarrollo discursivo de esta investigación, ahondo en algunas particularidades de las masculinidades criminales y policiales. Estos seis

grupos referenciales, constatados en los discursos históricos que estudian el arco temporal que me interesa, me parecen fundamentales para poder ingresar a las masculinidades ficcionales presentes en las dos obras narrativas de la tetralogía de Manuel Rojas y en la novela en dos partes de Roberto Arlt.

En el capítulo siguiente, mediante el análisis y la interpretación literaria, observaré pasajes concretos de las obras en las que se pueda pesquisar los diferentes grupos masculinos o rasgos constitutivos de esos grupos masculinos, a los que he dado cuerpo mediante el discurso histórico.

Tal como señalé en un momento anterior, los anarquistas obreros, *wobblies*, anarcosindicalistas de la FORA o de la Forch o de las otras múltiples federaciones y sociedades de resistencia, es decir, los obreros anarquistas en tanto sujetos masculinos proletarios y populares, no están en el centro de atención de esta investigación, porque, como se observa en el análisis interpretativo posterior, no son sujetos medulares de representación en las obras del corpus de esta investigación.

Ahora, respecto de los primeros grupos, masculinidades “por arriba” y “por abajo” (“hombres comunes y corrientes”), me interesa mostrar la relevancia que adquiere la tensión entre lo modélico y lo contramodélico, dado que las masculinidades “por arriba” (jerarcas, ideólogos, dictadores, hombres exitosos de la elite, ricos, seductores) son éticamente los modelos/contramodelos de las masculinidades “por abajo” que padecen la tensión permanente en su constitución identitaria que se da entre aspirar a un modelo y no poder acceder a la calidad de vida de ese modelo, porque las condiciones materiales de sus existencias “por abajo” o “comunes y corrientes” les impiden acceder a ese mundo de esplendor podrido. En otro sentido, esas masculinidades viriles y militares o rebeldes y revolucionarias, pero igualmente viriles, están en una dimensión ética inaprehensible para los “pobres diablos” que arrastran sus “miserables vidas al tres y al cuarto” por las calles de las urbes que habitan; por ejemplo, existe

un Urriburu y un Ibáñez con sus privilegios de género y clase, privilegios a los que solo las cúpulas uriburistas o ibañistas podrían acceder, pero inaccesibles para el “perraje” que defiende sin crítica los modelos nacionalistas y fascistas que se le presentan como vectores ideales de comportamientos masculinos y que, además, en esa misma lógica, les entregan las herramientas para, en este mundo machista y patriarcal, feminizar o inhumanizar a todas las otras líneas vitales de masculinidades y feminidades que habitan un territorio simbólico y físico, denominado como “nación”.

Asimismo, en una tensión similar, respecto del uso de la violencia y de las armas, las masculinidades policiales y las criminales encuentran cabida entre los acontecimientos narrados en las obras del corpus, además de tener una clara presencia histórica en los Centenarios nacionales que están articulando los primeros treinta años del siglo XX en Chile y Argentina.

Sin duda alguna, los grupos masculinos más problemáticos y de los que se puede apreciar mayor desarrollo ficcional y narrativo en las obras de Rojas y Arlt que estudio en esta investigación son los fascistas y los anarquistas. A pesar de que esta no es una investigación de dicotomías ideológicas ni binomios metafísicos, sino que suscribe plenamente a las ideas de interseccionalidad, las masculinidades fascistas y las anarquistas, con sus múltiples aristas diferenciadoras, están en pugna radical y tensión permanente en el relato histórico de los primeros treinta años del s. XX y en los relatos ficcionales ya mencionados. Debido a lo anterior, es que me parecen rotundamente relevantes para comprender el análisis literario posterior, siempre y cuando se consideren esas masculinidades circunscritas más al ámbito de los “pobres diablos” que al de los sujetos masculinos exitosos.

2. *Hombres, hombres, hombres: no puedes vivir con ellos y ellos no te dejarán vivir*⁵⁶

En el contexto de la instalación del relato nacional (patriarcal, moderno y capitalista; ilustrado, higienista y positivista; democrático, paulatinamente meritocrático y republicano, aunque siempre con unas férreas lógicas de exclusión respecto de lo que se considera “otro”, subalterno o abyecto), la frustración de la representación política (*Vertretung*) (Spivak “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” 177) de las masculinidades subalternas referenciales, habitantes empíricas del período y de los espacios geopolíticos ya circunscritos, se justifica, en este análisis, por lo menos por dos razones fundamentales: a) la imposibilidad de verse o reconocerse representados por representantes que, desde tempranos tiempos, ejecutan, con mayor o menor honestidad, estrategias políticas de “coerción y consenso”, parafraseando a Verónica Valdivia (*Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918–1938)* 56-67); b) la imposibilidad de representar, desde esos representantes, a amplios grupos humanos que se constituyen identitariamente de modo paradójico respecto del proyecto que han preparado para ellos esos mismos representantes que, de un lado y de otro, aspiran a otro tipo de sujeto, idealizado, masculino y subalterno o más bien conforme con su subalternidad y no crítico de la dominación que padece (o crítico de un tipo de dominación, en el caso de las izquierdas parlamentarias –distintas a la “izquierda” ácrata–, pero disponible para ser dominado por una cúpula de poder radicada en el Partido)⁵⁷.

⁵⁶ Con diferencias, reformulaciones, correcciones, adendas y podas, este inicio introductorio y el comienzo de 2. 1. han sido publicados en “Pobres diablos: masculinidades burladas de *Sombras contra el muro*”. *Anales de literatura chilena* 35 (año 22, junio 2021) y en “Diabluras castigadas de González e Ipinza, los amigos contraejemplares de *Hijo de ladrón*”. *Revista Chilena de Literatura* 104 (2021), como parte del proceso de investigación de mi formación doctoral.

⁵⁷ Es necesario aclarar, una vez más, que solo me estoy haciendo cargo de una porción diminuta del largo listado de subalternidades y exclusiones. Me hago cargo de la porción que compete a las ficciones narrativas que trabajo en esta investigación, en las que detecto masculinidades que ostentan, como uno de los tantos rasgos que poseen, el hecho de evidenciar la tensión que se establece entre el modelo que se impone y las existencias de esos mismos sujetos que fracasan para el modelo. Las múltiples subalternidades del período (pueblos originarios, mujeres, disidencias sexuales, migrantes, entre otras) están en tensión también con ese modelo, con sus propias lógicas de subversión y resistencia, pero escapan al acotado ejercicio de leer las dos novelas de Rojas y las dos de Arlt desde los ejes que he propuesto.

En el ámbito de la representación estética (*Darstellung*) (Spivak “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” 180), el trabajo llevado a cabo por Arlt y por Rojas, respecto de la posibilidad de “mostrar” complejas constituciones identitarias, masculinas y subalternas, encuentra en cierta medida una realización narrativa, en el ámbito de las ficciones estéticas, pero se topa una y otra vez, en el fondo y en la superficie del problema, con la inabarcabilidad de esas comunidades masculinas subalternas que evidencian, otra vez, las paradojas que las constituyen a contrapelo y, al unísono y por el contrario, al servicio de los modelos instituidos como válidos desde el patriarcado (a), el capitalismo (b), el nacional republicanismo (c), el proyecto liberal individual de realización personal (d), por mencionar cuatro ejes de constitución identitaria del sexo–género y la clase.

Aún cuando Arlt y Rojas no puedan enmarcarse en el contexto academicista de su propia época y aunque están alejados de un neoarielismo, como autores no logran articular una interpelación genuina de algo que pueda entenderse como “nacional–popular”, parafraseando a John Beverley, quien parafrasea a Gramsci (*Subalternidad y representación* 14). En este sentido, los sujetos masculinos “pobres diablos” de los que se encargan narrativamente Arlt y Rojas pueden ser tipos estéticamente abyectos o monstruosos, subalternos respecto de un orden ficcional que refiere a un orden referencial, en términos culturales y políticos, pero están producidos por creadores que tomaron contacto de cerca con esas plurales y contradictorias masculinidades, sin embargo, dándome la licencia de aplicar extemporáneamente los dichos de Beverley, las cuatro obras del corpus de esta investigación muestran que, debido a diferentes operaciones estéticas y éticas, políticas y poéticas, se

Produce y reproduce una división perpetua entre la cultura de los intelectuales – incluyendo intelectuales supuestamente progresistas o de izquierda– y los sectores populares. [Se] Representa más que el desamparo y la resistencia de los sectores populares, la angustia de grupos de intelectuales de formación burguesa o pequeño–

burguesa, amenazados de ser desplazados del escenario por la fuerza de la globalización cultural, por un lado, y por un sujeto “popular” en el nombre del que pretendieron hablar, por otro. (Beverley, *Subalternidad y representación* 14).

Si bien no es del todo aplicable a Rojas o a Arlt el hecho de estar amenazados por la globalización, dada que esta corresponde a un proceso cultural posterior al arco temporal de estos autores, sí es posible señalar que, en tanto cultores de una tradición literaria que hunde sus raíces en lógicas de representación arcaica (cómica) y contemporáneas al acto escritural, pero no cultores de una intelectualidad academicista ni amenazados por lo que se comprende en este presente como globalización, sí estaban “amenazados” por lo que en su propio contexto se podría haber comprendido como tensión entre tradición y vanguardia o entre posicionarse en el campo cultural, “morir en la rueda” y lo que podría denominarse “universalización literaria” (como superación del “color local” de cierto “criollismo” argentino y chileno), es decir, un contextual problema de “globalización”. Lo relevante de la cita es que me lleva a cuestionar, si los autores tratados en esta investigación, ¿pretendieron hablar por un sujeto “popular” (bajo) o solo lo comprendieron como materia (in)digna de representación desde una perspectiva rupturista, respecto del sujeto “mediocre” (medio) de la novela realista? Además, ¿son tipos propios, los representados, de un naturalismo dando sus últimos estertores en la novela “experimental” de Rojas o Arlt? Estas preguntas me llevarían a otra investigación, aunque trato de incorporarlas en algunas reflexiones presentes en este escrito, sobre todo, las que explican cómo se genera la ironía con la que se evidencian las tensiones del “mundo” en los personajes.

En la encrucijada que supone la “asimilación” de lógicas representacionales realistas, naturalistas y vanguardistas, por derivas diferentes, Manuel Rojas y Roberto Arlt se harán cargo de tipos “comunes y corrientes”, a los que se les puede denominar “pobres diablos”, que, primero, emanados desde los contextos referenciales han sido traspuestos a lo estético–literario y que, segundo, plasmarán en sus existencias ficcionales una compleja tensión cultural dada

por lo esperado de ellos y lo logrado por ellos, en términos de sexo–género y clase, en tanto categorías estéticas y éticas o, como he señalado en varios momentos, poéticas y políticas. Si en la dimensión de los fracasos, se puede estratificar los niveles de fracaso, igual que las estratificadas clases populares, es necesario indicar que estos son proporcionales al tamaño de la “figura social” con la que se ponen en relación estos sujetos masculinos “comunes y corrientes” que deambulan por los universos ficcionales de Rojas y Arlt. Así, esas “figuras sociales” de proporciones modélicas, como dictadores, líderes políticos o religiosos, jefes, mesías, entre otros, son la vara imitable e inalcanzable para estos “pobres diablos”, tales como funcionarios de “cuello blanco” (raído y sucio), linyeras (aventureros y viajeros no heroicos), delincuentes, proxenetas y otros tipos criminales, risibles, despreciables, miserables o culposos. Entonces, resulta inevitable observar una relación entre miseria y crimen en los mundos narrativos de ambos autores, la que permite inferir una dimensión en algunas masculinidades “modélicas” (por su resonancia política, cultural, histórica o económica) que ostentan la posibilidad de ser, tautológicamente, tipos “modélicos” para las masculinidades “comunes y corrientes”, subalternizadas en diferentes niveles y subalternizadoras en otros tantos niveles. La relación se vuelve paródica, en tanto esas masculinidades “pobres diablos” son, especularmente, el fracaso de las masculinidades modélicas que, al ser parodiadas por estos sujetos despreciables, evidencian el hecho de que, patriarcalmente, están constituidas por el crimen y la miseria.

Las masculinidades de “por arriba” ostentan un sexo–género deseado por las masculinidades de “por abajo”, pero siempre en clave negativa, porque ese deseo se construye como una frustración. Lo anterior se percibe también en términos de clase. Al menos, para Erdosain, según Diana Guerrero, ese proceso de deseo, odio, frustración, es claro, dada la tensión que he venido evidenciando desde el capítulo anterior. En ese sentido, la tensión se interioriza, porque, parafraseando a Kirkwood, lo político está inmiscuido en lo íntimo (*Ser política en Chile. Las*

feministas y los partidos 31). De este modo, “la imagen íntima de sí mismo y la impuesta por la sociedad están en colusión” (Guerrero, Diana. *Roberto Arlt, el habitante solitario* 13). Estas afirmaciones, como veré posteriormente, son aplicables también a los “hombres” de Rojas y a los otros de Arlt, no solo a Erdosain.

En esta dimensión, es inevitable comprender que, vanguardias más vanguardias menos, la compleja realización estética del (neo-/super-)realismo argentino y chileno, a propósito de la transposición de referentes (masculinidades subalternas y hegemónicas referenciales disponibles en las situaciones experienciales de los autores), permite articulaciones múltiples entre las ficciones y variados aspectos del plano referencial de la experiencia, dado que los tipos masculinos, que transitan u orbitan en los mundos ficcionalizados de Arlt y Rojas, son deícticos de modos de ser masculinidades en el plano experiencial del mundo “real”.

Ahora bien, es pertinente señalar que los “hombres” de Rojas y de Arlt tienen una problemática relación con el trabajo, porque este adquiere formas criminales, en la mayoría de los casos relatados en las narrativas del corpus; además, posee cierta dimensión en la que el trabajo es un acto sacrificial, pero constitutivo; o, en definitiva, el trabajo resulta ser miserable y el producto de este es solo suficiente para una subsistencia ínfima. Por ello, es comprensible que tener un género implique tener un modo de relacionarse con un sistema económico de producción; así, “Si es cierto que en la sociedad capitalista la identidad sexual se convirtió en el soporte específico de las funciones del trabajo, el género no debería ser considerado una realidad puramente cultural sino que debería ser tratado como una especificación de las relaciones de clase” (Federicci, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva* 27). Debido a lo anterior, se torna necesario más que abordar, como señalé en el capítulo anterior, a los sujetos proletarios masculinos, abordar los modos en los que las masculinidades de las obras del corpus encuentran modos de hacerse cargo de su propia subsistencia, es decir, cuáles son sus relaciones con la producción de bienes materiales para

alimentarse, en un nivel muy básico, pensando en Aniceto Hevia y los otros supervivientes, o para nutrir sus sueños megalómanos o perversos, en un nivel bastante más sicopático, en el caso de Erdosain, El Astrólogo, Barsut y los otros “bichos raros”, no por ello menos “pobres diablos”, de la Sociedad Secreta, porque ser hombre implica trabajar, dado que “Trabajar es uno de los mandatos que distingue al varón en la masculinidad hegemónica, junto a la heterosexualidad y la paternidad” (Olavarría, José. “Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile” 198). Cabe señalar que, siguiendo otra reflexión de Federicci que colisiona con la idea del trabajo como mandato de lo masculino (en tanto incluso lo masculino subalterno es hegemónico), los “hombres” de Rojas y Arlt son, en efecto, “malos hombres” –“pobres diablos”, “bichos raros”, es decir, tipos “comunes y corrientes” que no alcanzan ni el sueño “latinoamericano” de la meritocracia ni la revolución social ni la destrucción nihilista del sistema (ni siquiera Aniceto Hevia en *Mejor que el vino* (1958), cuyo final abierto deja al público lector en expectativa de si logrará o no su cometido matrimonial⁵⁸)–, porque

La concepción de Marx de la naturaleza humana como resultado de las relaciones sociales, no como algo eterno, sino como producto de la práctica social es una idea central para la teoría feminista. Como feministas y como mujeres, hemos luchado contra la naturalización de la feminidad, a la que se le asignan tareas, formas de ser, comportamientos, todo impuesto como algo “natural” para las mujeres. Esta naturalización cumple una función esencial de disciplinamiento. Cuando rechazamos algunas tareas, domésticas por ejemplo, no se dice “es una mujer en lucha”, se dice “es una mala mujer”, porque se presume que hacerlas es parte de la naturaleza de las mujeres, es nuestro sistema psicológico. Esta concepción nos ha servido para luchar contra la

⁵⁸ Frente a la negativa a casarse por parte de Jimena, “Aniceto calla de nuevo. Se siente derrotado, aunque no ofendido. ¿Qué puede decir? Le encuentra toda la razón, pero le duele. [Jimena se retira, indicándole que olvide el hecho de haberse amado. Aniceto continúa su indefectible camino hacia un “final abierto”]. Yo no pude retenerla [a Jimena], es cierto, pero tampoco pude retener a mi madre ni a María Luisa. Estoy como empecé, sin nada, y el otoño está también en mí [42 años cuenta Aniceto Hevia (782)]. Pero los picaflores suelen volver en el otoño” (*Mejor que el vino* 791).

naturalización y la idea del eterno femenino” (Federici, Silvia. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* 8).

Desde el feminismo de Federicci, la descomposición del “eterno femenino” permite a las mujeres luchar contra la naturalización de una identidad impuesta desde el patriarcado (pre) capitalista. En el caso de Rojas o de Arlt, la negativa al trabajo o la subversión de este por actividades vagabundas, esporádicas, disímiles al modelo o, de frentón, criminales (estafa, secuestro, falsificación, trata de mujeres –de “blancas”–) más que evidenciar un cuestionamiento crítico al “eterno masculino” sitúa a los “hombres” de las ficciones del corpus en una dimensión de “no–hombres”, acercándolos a lo monstruoso, a lo abyecto, a lo espectral o a lo inútil (o inoperante), es decir, son “malos hombres”, inclusive por mostrar signos de rebelión inconsciente como Cristián Ardiles.

Sumado a lo anterior, estos “pobres diablos” tienen modos deficientes de comunicarse o son incapaces de establecer un modo de contar sus propias experiencias de “malos hombres”. En Rojas, el Aniceto Hevia viejo, reflexivo y represivo, toma la narración e inclusive cuando la voz de otros personajes irrumpe en el relato, no se puede dejar de percibir el tono sentencioso del viejo Hevia que ha superado las experiencias juveniles del Aniceto Hevia adolescente. En el caso de Arlt, los personajes insurgentes encuentran su propio modo de referirse al mundo que habitan, pero es inevitable comprender que la novela en dos partes es la larga *confesión* de Erdosain, quien mediatiza las voces, el que, a su vez, es mediatizado por el redactor de la confesión. Esto me lleva a pensar que “La exigencia desde la dominación de “buenas maneras” va más allá de una exigencia de cortesía; es un modo muy frecuente, por el contrario, de imponerle inautenticidad al rebelde, de hacerlo renunciar a su contracultura, a su ilegalidad y a su contra–lenguaje” (Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos* 71). Claro que Kirkwood está apuntando hacia otro ámbito de la negación del rebelde, pero las masculinidades ficcionales de Rojas y Arlt no tienen derecho a referirse al mundo que habitan

con “su propia lengua” (ficcional), sino que requieren de las buenas maneras de un narrador serio y sentencioso, Aniceto Hevia viejo, o de un confesor o cronista anónimo para los crímenes y para el verdadero y final crimen de Erdosain. Sin voces propias, estas masculinidades subalternas ficcionales, aun cuando logran tener rasgos hegemónicos, son títeres de guiñapo de una suerte de *scena vitae* de la narrativa argentina y chilena de principios del siglo XX: son pequeñas metonimias de tipos de masculinidades referenciales que habitan el «*theatrum mundi*»; en ocasiones, abstraídos al nivel de simbolizar sistemas de ideas, es decir, son alegorías y sus relaciones interpersonales permiten ver el gran orbe humano, abstracto y general, a través de las escenas microcósmicas (cantinas, prostíbulos, calabozos, entre otros espacios con sus tiempos, en los que esos tipos masculinos interactúan).

Sin exceder los límites de esta investigación, comprendo que Arlt y Rojas participan de un modo de representar que, junto con poseer vínculos de larga data con una tradición literaria de “cultura cómica popular”, remitiendo a los estudios de Bajtín, con presencia de tópicos carnavalizados y lazos con géneros cómico–serios, dice mucho del mundo referencial, mediante el mundo representado, en términos políticos y éticos (desde una poética y una estética), porque el relato narrativo, la novela, tiende a actualizar su propio presente mediante la creación estética del acto de contar (en el amplio sentido narrativo que adquiere el concepto). Así, es evidenciable que el entramado patriarcal, nacional, liberal y capitalista, con sus lógicas de violencia naturalizadas, “produce” estos tipos de ser masculinidades los que, metonímicamente y alegóricamente, como diría Sommer⁵⁹ (*Ficciones fundacionales* 59-66), permiten comprender algunos de los modos “hegemónicos” de ser masculino bajo las lógicas patriarcales, a las que

⁵⁹ Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Trad. José Leandro Urbina y Ángela Pérez. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1995. Solo la lectura completa de la obra permite extrapolar desde el campo de estudio de la autora a este campo de investigación la posibilidad de comprender a Aniceto Hevia o a Remo Augusto Erdosain, y a todas las otras masculinidades ficcionales de las obras del corpus, como “alegorías” y como deícticos o metonimias de tipos masculinos referenciales sin sostener por ello que tal o cual personaje es tal o cual otro personaje histórico. Consabida es la reflexión de la autora, por ejemplo, en torno al símbolo Martín Rivas y su relación con la clase minera, políticamente radical (liberal), de la zona norte del Chile de mediados del s. XIX y sus aspiraciones a ser centrales política, geográfica, económica, ética y eróticamente.

responden de un modo problemático, y bajo las lógicas de la explotación capitalista–patriarcal, frente a las que son subalternos masculinos perdedores, explotados, culposos, sicopáticos, torturados en lo íntimo, maliciosos, masturbadores compulsivos, perversos, megalómanos y desquiciadamente mesiánicos, fracasados, trabajadores sin norte, trotamundos, ladrones de poca monta, dictadores de baja estofa, vanidosos y crueles, entre otra serie de rasgos que se reconocen en las masculinidades ficcionales y en las referenciales descritas en el capítulo uno.

No es el objeto de esta investigación rastrear y recomponer los campos culturales en los que Arlt y Rojas puedan ser insertados; sin embargo, es relevante señalar que en sus contextos experienciales, de producción artística y en sus situaciones de enunciación, la larga tradición teatral melodramática y alegórica (con fines didáctico–moralizantes o políticos, que en ciertas épocas son lo mismo), en su alianza de Eros y Polis que comparte con la narrativa – *romance*/folletín latinoamericano del s. XIX, para mostrar realidades modélicas y contramodélicas, las narrativas de autores traducidos como Gorki, Dostoievski, Andréiev o las de Cervantes, atraen hacia los procesos narrativos (de “vanguardia” narrativa) una serie de elementos de la tradición no–canónica, que les permiten jugar narrativamente con los bajos fondos (mafias, prostíbulos, cofradías delictuales, sectas secretas), las excrecencias y las excreciones (ventosidades, heces, granos, fluidos corporales), la locura (delirios, borracheras, alucinaciones, crisis nerviosas), los imaginarios apocalípticos o escatológicos o distópicos y ponerlos en funcionamiento reactualizados y contextualizados en un presente en el que las masculinidades modélicas (hegemónicas, “las que van por arriba” en la pirámide social, las dominantes) entran en tensión con esas masculinidades comunes y corrientes que les apuntan a la cara una réplica incesante de sus modos violentos/violadores de ser masculinidades hegemónicas–contramodélicas o modelos de fracasos o de perversidades criminales (tales como la megalomanía mesiánica asociada a la condición de dictador).

Un ejemplo que desarrollaré a su debido tiempo y que es ineludible tiene que ver con la presencia del imaginario en torno a Uriburu, un Gran Dragón del Ku Klux Klan, Mussolini, Lenin, la crisis del capitalismo, el comportamiento de los capitalistas, el régimen prostibulario y la forma estética que le da Arlt mediante la Sociedad Secreta de El Astrólogo.

De esta forma, algunos tópicos arcaicos tomados de lo cómico, del *realismo grotesco*, de la sátira política con modos estéticos del realismo, del naturalismo y de las vanguardias confluyen en un proceso creativo que influye en la configuración de una relación polémica y tensionante entre esas masculinidades subalternas y hegemónicas referenciales y las masculinidades ficcionales, con sus complejos modos de darse sus pseudo identidades, que modelan modos más o menos tipológicos de comportarse masculinamente.

En ese ámbito de análisis, es innegable que Manuel Rojas, en tanto voz autorial, se refracta en la voz de Aniceto Hevia viejo, quien con múltiples tonos emotivos narra los derroteros de Aniceto Hevia joven y describe algunas situaciones anarquistas, anarquizadas o de tono subversivo, pero no con un tono de admiración, salvo cuando filosofa desde lo individual o desde Echeverría y su modo de comprender lo individual y lo colectivo, sino con un tono irónico que parodia las aspiraciones anarquistas, debido a la condición “humana” de los hombres (personajes de ficción, se entiende). Abundan, en todo caso, los tonos de socarronería y burla, humor, ingenuidad, ternura, miedo, infantilización, entre otros, para referirse a la miseria del “hombre” y sus esfuerzos por no estar sometido a los vaivenes del destino. En alguna medida, Aniceto Hevia viejo no puede evitar ser contradictorio en su percepción crítica de su sí mismo joven y de los otros “hombres”; contradictorio y “patético”, en la medida en que hay una presencia de cierto tono victimizado en la narración, rasgo que remite, también, a modos de ser masculino.

En esa misma línea, el empleo de ciertas dimensiones escatológicas para provocar risa respecto de absurdos anarquistas como las asambleas o el asalto a una sombrerería (Rojas,

Sombras contra el muro 132-4; 106-13), marcan la distancia del narrador viejo y reflexivo respecto de las “aventuras” del pseudo pícaro Aniceto adolescente. El objeto de estudio de esta investigación, respecto de *Hdl* y de *Scm*, tiene que ver con los modos de darse las masculinidades, las comunidades masculinas, más que centrar la mirada solo sobre Aniceto Hevia y sus derroteros. Sin embargo, no es posible abordar esas cofradías de masculinidades (*fraternidades* no siempre fraternas), sin observar en qué medida Aniceto Hevia está mostrando un tipo de ser masculino víctima, sacudido por vaivenes, por falta de dogma o por inoperancia existencial. Asimismo, es observable que Aniceto Hevia se concentra en algunas masculinidades más o menos abyectas, profundamente “pobres diablos”, pero deja muchas en una dimensión espectral, no solo por su innominación, sino que también por su ausencia—presencia en la narración: aparecen solo como *masa* (evidentemente, y de seguro más de algún estudio se hará cargo de una materia tan compleja, las feminidades en *Hdl* y en *Scm* son rotundamente fantasmales o responden arquetípicamente a tipos de feminidades producidas por la mirada falologocéntrica; no es del todo diferente en el caso de *Lsl* y de *Ll*, en el caso de Hipólita o Elsa, por ejemplo. Sin embargo, la tipificación y representación de las feminidades no es el objeto de estudio de esta investigación).

Posterior a estas reflexiones iniciales, en los dos siguientes apartados realizaré una lectura exegética de las cuatro novelas del corpus, respectivamente. Cuando sea necesario contrastaré personajes de unas y otras entre sí y con masculinidades referenciales; asimismo, incorporaré algunas miradas de la crítica en torno a la materia que compete, es decir, me haré cargo de la crítica literaria que ahonda de algún modo en la configuración de masculinidades subalternas en las obras de Arlt y Rojas. Así también, solo con fines de nutrir el análisis y la interpretación, consideraré algunos elementos biográficos que iluminen algunos pasajes de las obras.

2. 1. *Masculinidades burladas en Hijo de ladrón y en Sombras contra el muro: la ironía en el tratamiento de los hombres de Aniceto Hevia*

La materialidad de los cuerpos masculinos y su construcción de género, bajo las lógicas de lo masculino, de la “hombría”, de lo que se supone varonil y de lo que se propugna como “macho”, es decir, del patriarcado material y simbólico, supone una dimensión de la representación ficcional abordada desde matrices de análisis que permitan comprender la constitución de los personajes como portadores de un cuerpo y de un género, determinados por múltiples variables, como la clase, entre otras “intersecciones”⁶⁰. La dimensión sexual, corporal y de género, está incluida en la configuración identitaria que comportan los personajes de ficción, atravesados, además, por variables históricas, éticas, políticas, culturales, también de ficción, en la compleja elaboración estética de un mundo. En este contexto, los personajes de ficción son entidades materiales, dibujadas claramente o desdibujadas o en proceso de delineamiento que, junto con portar una voz (y una ideología, haciendo eco de las reflexiones de Bajtín, principalmente expresadas en *Problemas de la poética de Dostoievski*⁶¹ 116), son habitantes de un mundo ficcional que les exige articularse corporal y sexualmente, respecto de

⁶⁰ La “interseccionalidad” responde a una necesidad empírica respecto de la explotación, discriminación y violencia a la que son sometidas las mujeres pertenecientes a pueblos originarios, afroamericanas o asiático-americanas, en el contexto estadounidense. En el contexto de la binaria metafísica occidental, que el posestructuralismo puso en jaque al determinar que las categorías dicotómicas se volvían rizomáticas o resquebrajadas, la “interseccionalidad” es un recurso epistemológico concreto para comprender que, en casos específicos, la explotación, la violencia de género y la discriminación son multidimensionales, porque la entidad violentada, explotada o discriminada ha construido (y se le ha aplicado identitariamente una serie de rasgos que se asumen o que generan repulsión) una esfera identitaria en la que intersecan múltiples “líneas”: fenotipia –etnia, raza y otros conceptos tan discutibles (y tan reales) como fenotipia–, clase – económica, cultural, social–, sexo–género –corporalidad e identidad (autocomprensión y comprensión social de la identidad)–, edad –infantilización, adultocentrismo, desprecio de la ancianidad–, situación legal-nacional –migrantes, presidiarios, criminales, policías–. Sin que ninguna de estas características sea biológica o natural, las intersecciones que se dan entre estas multidimensiones articulan la identidad de una entidad humana, desarrollándose inclusive pugnas internas, debido a la valoración social que devuelve la colectividad –con sus valores éticos-sociales (políticos)– respecto de la individualidad (Guzmán Ordaz y Jiménez Rodrigo, “La interseccionalidad como instrumento analítico de interpelación en la violencia de género” 599-604).

⁶¹ Tal como señalé respecto de la investigación de Doris Sommer, solo la lectura completa de la obra mentada de Bajtín posibilita comprender el cómo y el por qué un personaje de ficción tiene una voz (o voces, comportada(s) en un cuerpo) y una(s) ideología(s); particularmente, en el capítulo III, el semiólogo ruso ahonda en el personaje como ideólogo. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Trad. Tatiana Bubnova. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

las otras entidades que habitan ese mundo ficcional, por una parte, y respecto de las lógicas de funcionamiento del mundo ficticio que posee concomitancias con las lógicas extraliterarias de funcionamiento del mundo referencial (alimentación, vestido, enfermedad, ensoñaciones, delirios, diálogos, tensiones entre grupos humanos, trabajo, represión policial, arquitectura política y cultural con referencias históricas, nacionales, económicas, entre otros rasgos constitutivos de un “mundo posible” –*imago mundi*–) que soporta la existencia de ese discurso ficcional, por otra.

En el sentido anterior, los rasgos de constitución de género, dados como consecuencia de una naturalización autoral de lo masculino o figurados como propios por los personajes en el ejercicio de la ficción, no están exentos de una dimensión de clase, de decisiones políticas o emotivas que se entrecruzan con el plano extraliterario en, al menos, dos sentidos: a) la situación de enunciación del autor y la materialidad corporal de este (con la conformación de alguna identidad de género), materia que es parte de esta investigación de un modo en extremo tangencial; b) las masculinidades (o los rasgos definidos como masculinos y como no-masculinos materializados en un cuerpo) que habitan el plano referencial de la existencia, en la que habitó el autor real y desde la que nutriría sus imaginarios, respecto de cómo se dan las masculinidades ficcionales en las cuatro obras del corpus.

El segundo entrecruzamiento perfilado, entre la ficción y el plano referencial a propósito de las masculinidades, puede ser comprendido, además, como doble, dado que, en esa materialidad experiencial desde donde, hipotéticamente, se nutrirían las ficciones, la figura autoral, con un cuerpo y un género construidos, se encuentra con: a) una materialidad histórica y cultural poblada por sujetos posibles de ser referentes de sus ficciones, en una transformación fantásica o realista o vanguardista, pero siempre inventiva; b) un campo cultural al que accede, mediante el intercambio oral con otras entidades humanas, el proceso de enseñanza–aprendizaje escolar (más o menos disciplinario, más o menos necesario) o autodidacta y la lectura (o

decodificación) de múltiples objetos culturales discursivos, tanto de la esfera inmediata de la comunicación (el cotidiano periódico, la radio o el cine) como de la esfera culturalmente más compleja de la comunicación (por ejemplo, la literatura, folletinesca o no, para estos efectos).

Las ideas que sintéticamente acabo de expresar, tomadas de Bajtín, me permiten decidir que, en relación con el género y el cuerpo de los personajes, en esta oportunidad, me centraré en la intersección entre las variables contextuales, es decir, los modos masculinos referenciales de darse (o disponerse) en la realidad material y cultural los grupos de “hombres” y las masculinidades dispuestas en el plano estético de la narración. Para ello, en el primer capítulo perfilé algunos tipos de sujetos masculinos con el fin de relacionarlos y contrastarlos con las masculinidades ficcionales de las cuatro novelas. Esta matriz de lectura supone de inmediato tres problemas: a) qué sea lo masculino; b) de qué otro modo podría acceder a esas masculinidades ficcionales, si no es por intercesión de las decisiones autorales que llevaron a fijar tales o cuales rasgos respecto de lo masculino de sus personajes; c) en qué sentido el plano material de la existencia (histórico y cultural) “colisiona” con el plano estético narrativo de la palabra artístico–prosaica, sin por ello caer en la anquilosada “teoría del reflejo”.

El primer problema acusado excede las posibilidades de resolución de esta investigación. Es necesario trazar, de todas formas, algunas directrices que guíen esta lectura en torno a lo “masculino”. En primera instancia, el complejo definitorio articulado entre cuerpo, sexo y género, clase e identidad, comprendido desde la premisa de “no se nace mujer”, que le debemos a Simone de Beauvoir⁶², es aplicable, con respeto y juicio crítico, también en el caso de “lo hombre” (o del “hombre natural”, proyectado, construido y determinado por el patriarcado

⁶² Monique Wittig, en “No se nace mujer”, plantea que: “Lo que un análisis materialista hace por medio del razonamiento, una sociedad lesbiana lo realiza de hecho: no sólo no existe el grupo natural «mujeres» (nosotras las lesbianas somos la prueba de ello), sino que, como individuos, también cuestionamos «la–mujer», algo que, para nosotras —como para Simone de Beauvoir— es sólo un mito. Ella afirmó: «no se nace mujer, se llega a serlo. No hay ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que las mujeres representan en la sociedad: es la civilización como un todo la que produce esa criatura intermedia entre macho y eunuco, que se califica como femenina»” (citada por Wittig, *El pensamiento heterosexual* 32).

nacional, liberal y capitalista). Dado que se ha naturalizado de tal modo el hecho de que una corporalidad con determinada sexo–genitalidad es “hombre”, “macho” o “varón” es apreciable que si en la década de los ’50 del siglo pasado, cuando Rojas daba a la luz su *Hdl*, era incuestionable la identidad entre género y sexo, con todas las misoginias y homofobias derivadas de esa homologación identitaria, aún hoy sigue temiéndose cuestionarla, con ese terror masculino a rozar lo gay o lo femenino, por un lado, y con ese temor coercitivo que proviene de las prácticas disciplinarias oficiales en torno al deber ser “hombre”, por el otro, respecto de algunas de las variables que he venido comentando, en las que una vez más se puede observar el adoctrinamiento ejecutado desde la temprana infancia respecto de lo que implica ser “varón” (biológica, psicológica, emotivamente, entre otros elementos, como sexualidad (adecuada o perversa (hetero u homosexual)), fuerza, bravura/cobardía, corrección/criminalidad, etcétera)⁶³. Desde esta perspectiva, el puro hecho de enunciar “masculinamente” el mundo de *Hdl* y de *Scm* lleva a suponer que las entidades ficcionales que se despliegan en ese mundo son, en relación con el plano referencial, “masculinidades”; diversas, sí, críticas y cuestionadas, a veces, pero manifestadas en el discurso narrativo como “masculinas”, al fin y al cabo. Esto es que, desde lo extraliterario, aparentemente, “lo homosexual” o “lo travesti” va a ser abordado, en lo narrativo, como “masculinidades no–masculinas”; solo en el caso que llegasen a ser abordadas sin eufemismo ni feminizaciones misóginas–homofóbicas. En esa lógica de lo “no–masculino” o de lo “masculino incompleto”,

⁶³ El *mito* (fundante o no) neoliberal, actual, y liberal, en el periodo que visito en esta investigación, oblitera el hecho de que la coerción permanente sobre los cuerpos y las sexualidades es parte de una práctica sistemática de control social, político, económico y afectivo. Lo oblitera bajo el principio de la decisión individual ejecutada gracias al libre arbitrio, pero, ¿qué libertad se ejecuta al decidir la jaula que encierra? El feminismo más radical, que impulsó desde principios del siglo XX múltiples luchas sociales, me permite inferir, con las proporciones y diferencias del caso, el hecho de que el “natural masculino” es una construcción política y cultural que, particularmente, para las masculinidades “de abajo” y para las “de en medio”, proviene desde las expectativas civilizatorias de las masculinidades patriarcales y paternalistas “de arriba”. Las violencias sin cuenta que han vivido las feminidades desde los inicios del patriarcado que motivan la liberación rebelde permanente respecto del yugo machista y patriarcal debiesen enseñarnos a quienes cargamos con identidades masculinas (disidentes al modelo) a comprender no solo los privilegios patriarcales que nos “des–subalternizan” sino que también a comprender las violencias simbólicas y prácticas de la articulación nacional, liberal, capitalista y patriarcal que se da desde antes de principios del s. XX en Chile y Argentina, y hasta el presente.

se abordará la infancia de Aniceto, en algunos pasajes que serán analizados, porque la infantilización es un mecanismo funcional y fundamental para construir sujetos subalternos, inoperantes e incapaces de decidir o de actuar, si no es mediante la guía y corrección de los adultos, simbólicos o reales, en el contexto de la ficción. Esta reflexión encuentra su par en el mundo histórico, pasado y presente.

Otra arista del primer problema mencionado es la que se vincula con el hecho de que las identidades de género, en general, y, por ende, las masculinidades, en particular, no pueden ser disociadas de una identidad de clase o, en el contexto de la posición respecto de la explotación, una identidad subalterna–hegemónica. Este complejo fenómeno que posiciona muchas de las masculinidades ficcionales del universo de las dos novelas de Rojas como subalternas, permite observar cómo se posicionan como hegemónicas respecto de ciertas construcciones de “lo masculino” que resultan violentas, belicosas, excluyentes respecto de “lo femenino” y de “lo masculino no–masculino”, desde la perspectiva del discurso de “la hombría” que podría desprenderse de la escritura de Rojas, mediante los comentarios de Aniceto Hevia adulto, en el supuesto de que es efectivamente el “hombre maduro” quien narra las andanzas de las cofradías de masculinidades de las que participó Aniceto Hevia joven, a veces de modo más tangencial que comprometido con el grupo.

El segundo problema acusado de la matriz de análisis construida para realizar esta lectura interpretativa está emparentado con el asunto extraliterario, es decir, con la intercesión autoral respecto de los modos de representar “lo masculino” a propósito de qué sea eso “masculino” desde el contexto histórico, cultural y referencial.

La naturalización, cultural e histórica, de ciertas estructuras de verdad que se tornan paradigmas en relación con lo que corresponde a “identidades masculinas” es un material que permite observar qué es masculino para Manuel Rojas, como sujeto histórico (“hombre”), y cómo comprenderá “lo masculino” a propósito de la configuración identitaria individual, de

colectividades, oficial o contra-oficial, ejemplar o contramodélica (respecto del sentido que se le da a tales o cuales rasgos). Ahora bien, me parece relevante que eso que Manuel Rojas considera “masculino”, y que puede ser rastreado en los mundos ficcionales de las dos novelas mencionadas, responde, a su vez, a construcciones identitarias culturales e históricas que están disponibles en su contexto de escritura y que estaban disponibles en la época que transforma en el tiempo ficcional del relato de *Hdl* y de *Scm*; tiempo que podría ser homologable a los primeros treinta años del siglo pasado y en un espacio ficcional que sincréticamente alude a Mendoza, Buenos Aires, Valparaíso, Santiago, Río de Janeiro, entre otras ciudades (con geografías ficcionales específicas que permiten marcar la acción en mapas sudamericanos del plano referencial).

La colisión entre el ámbito ficcional y el referencial, respecto de las “identidades masculinas”, evidencia tensiones y paradojas en la construcción de esas identidades. Estas tensiones y paradojas se dan en el plano ficcional como un indicador de las que se observan en el plano referencial; estas son producidas, entre otras razones, por la crisis que supone la modernidad nacional de inicios del s. XX en Chile y Argentina.

El tercer problema apuntado de esta matriz de análisis interpretativo tiene relación con que leer las masculinidades dispersas en el universo ficcional de las novelas mencionadas es, en cierta medida (y así lo ha hecho la crítica en más de una oportunidad), leer sujetos históricos y culturales, referenciales y contextuales, que debiesen haber habitado las ciudades a la fuerza modernizadas del cono sur o, al menos, sujetos que hubiesen habitado algunas de las ciudades y de sus alrededores representadas en las obras del corpus. Si bien no me desmarco de esta lectura, no considero del todo relevante buscar en los archivos documentales de la historia a los modelos llevados a la ficción en las novelas del corpus investigado (Voltaire Argandoña o Noé Trauman, por ejemplo). Sí quisiese contribuir con un ladrillo en la construcción de este edificio, al sostener que esas masculinidades referenciales muestran muchas más crisis de las que se han

observado y que, en las ficciones de Rojas (al menos en la tetralogía y, de modo específico, en las novelas mencionadas, para no adentrarme en sus cuentos, en sus crónicas de viaje, en *Lanchas en la bahía* o en *Punta de rieles*), muestran también esas problemáticas conformaciones identitarias “masculinas”, porque, entre otras variables, son subalternas respecto de algunos ejes y son hegemónicas respecto de otros ejes que las conforman, bajo el alero del patriarcado y sus múltiples enmascaramientos. Lo anterior implica que la investigación que realizo no está orientada a desentrañar identificaciones ficcionales–históricas, como ya ha sido realizado, sino que está enfocada en comprender, en términos de género y clase, cómo las masculinidades referenciales y las ficcionales manifiestan tensiones políticas y éticas con el contexto histórico y cultural que las contiene: las identidades transpuestas a las ficciones narrativas son indicios, como ya lo mencioné, de las crisis del “cuerpo (sexuado) social”. Con las particularidades del caso, puedo observar que el ejercicio literario de Arlt no queda exento de llevar a cabo una ficcionalización de esas tensiones, paradojas y crisis; en efecto, narrativamente *Lsl* y *Ll* ejecutan un reflexión artística y ética sobre modos deficientes de ser sujetos masculinos.

Ya es un hecho probado, mediante diversas marcas narrativas, el que es Aniceto Hevia adulto quien sostiene el universo narrativo que habitan las cofradías de masculinidades de las que Aniceto Hevia joven forma parte en ocasiones y con resistencias. Inclusive la comparación con el narrador de Proust permite comprender esa relación con “el hacer memoria” y el ejercicio “desordenado” del recuerdo de Aniceto Hevia viejo. Así, Concha reconoce la relevancia de la presencia del Tiempo en la tetralogía y, citando a Grínor Rojo, comenta que hay concomitancias entre Proust y Rojas; más diferencias que concomitancias, da a entender Concha. De este modo, sin querer de ningún modo intentar una imposible comparación entre dos productos tan complejos y pertenecientes a culturas bien disímiles, uno piensa de inmediato en el título que Rojas había previsto para su novela, el de *Tiempo irremediable*. Supongo que más de

un crítico habrá hecho esta conexión, aunque no he podido verificarlo. Uno puede pasar casi naturalmente, sin forzar demasiado las cosas, a leer “tiempo irremediamente perdido” [junto con vincularlo con el *fugit irreparabile tempus* de Virgilio, Concha señala que hay un componente artístico compartido con Proust: la realización estética del Tiempo]. Tanto *A la recherche du temps perdu* como la tetralogía comparten un componente artístico. (Concha, Jaime. “El otro tiempo perdido” 239–40).

El profesor Concha no desconoce que en 1938 Manuel Rojas publica *De la poesía a la revolución*, obra en la que reúne diferentes artículos y ensayos literarios. En “La novela, el autor, el personaje y el lector”, Rojas establece una suerte de canon para comprender al menos tres fases de la novela que él comprende como parte de la evolución del género desde la Antigüedad clásica hasta su presente. Uno de los autores con los que, vinculándose en tanto creador, incorpora en ese canon es el escritor francés mencionado, quien estaría en la fase de “afectividad–intelectualidad–sensibilidad”. Así, Rojas comenta que “En Marcel Proust, durante veinte páginas, el personaje no realiza ninguna acción exterior: solo sueña o piensa delante de una taza de té” (73). Puedo inferir de este pasaje breve que cito cómo el mismo Rojas está anticipando lo que realizó en *Hdl* y en *Scm*, por mencionar solo las obras que estudio, cuando la acción exterior del personaje es mínima y el proceso afectivo, intelectual y sensible es rotundo, extendiéndose, en efecto, por varias páginas muchas de las reflexiones de Aniceto Hevia o de otros personajes. Esto puede ser considerado como un rasgo identitario de los sujetos masculinos representados: sienten afectos y “padecen” el tráfago de la memoria, evidenciando imaginarios, deseos, crisis y problemas considerablemente masculinos.

Dicho lo anterior, es necesario observar algunas de esas masculinidades individuales o grupales, con sus cuerpos y su conformación de género, que aparecen en las obras mencionadas, principalmente para desentrañar qué nos dicen de la construcción de lo masculino, mediante lo literario como lectura (interpelación) de lo histórico–cultural, en la encrucijada patriarcal del

tiempo del relato que hace alusión a un tiempo referencial histórico (los primeros treinta años del siglo pasado).

Cabe señalar que dar cuenta de algunas de las masculinidades desperdigadas (y de las relaciones que establecen entre sí) en las ficciones narrativas de Rojas es uno de mis objetivos, para poder demostrar a través de sus movimientos particulares las lógicas de dominación y explotación (inclusión/exclusión) que están en el trasfondo del relato liberal, nacional y moderno; a diferencia de la tradición crítica, me esforzaré por desentrañar algunos de los sentidos y tonos con los que son tratadas, a propósito de cierto ejercicio irónico que se percibe tanto en el tono del Aniceto Hevia adulto como en el del *confesor* (comentador) de Remo Augusto Erdosain.

Al mismo tiempo, procuro ahondar en las formas, funciones y sentidos de esas entidades delictuales, anarquistas, expropiadoras, vagabundas, atléticas, alcoholizadas, entre otras, a propósito de su estar constituidas como masculinidades y respecto de qué nos dicen del patriarcado de principios del siglo pasado en contextos tales como el Centenario de la Independencia, la persecución de los movimientos subversivos, la conformación de lo nacional, la implementación del capitalismo extractivista, entre otros factores, como el racismo, el higienismo, la fe, el paso de un Partido tras otro en el poder, es decir, cuerdas tensas del tejido de la cultura local de hace poco más de un siglo.

En relación con las masculinidades contextuales, históricas y culturales, que serían referenciales para la construcción de las masculinidades ficcionales en el ejercicio estético de Rojas, ya establecí un campo contextual, también para Arlt, en el capítulo anterior.

Ahora bien, existen otros acercamientos críticos específicos a la obra de Rojas que también han comprendido la importancia del género–sexo y la clase en los personajes de este autor. Tres de entre muchos otros estudios contemporáneos indagan, uno de modo directo, los otros de modo indirecto, en tipologías masculinas presentes en el contexto de escritura de Manuel Rojas;

estos estudios permiten comprender que, de esos rasgos de tipos masculinos, más de algunos pasan a conformar las identidades masculinas ficcionales.

Es necesario, en este contexto, mencionar a Román Soto, con su artículo “*Hijo de ladrón: subversión del mundo y aprendizaje transgresivo*”, quien incorpora el valor de la risa, de lo dialógico, de lo cultural (ficcional y referencial) y de las tensiones entre, por un lado, centro y margen e interioridad y mundo exterior, y, por otro, como mecanismos subversivos y transgresores de construcción de la voz propia de Aniceto, en una línea considerablemente bajtiniana (273-4). Así, Soto articula múltiples lecturas teóricas para construir su red de análisis interpretativo. Ahora bien, esas tensiones “formativas” se verán paradigmáticamente en el análisis que realizo de las acciones de subalternos masculinos en general, aunque Soto concentre su atención en Aniceto Hevia y la relación con Echeverría (281-2), en particular.

Por su parte, el estudio “Sujetos marginales en la narrativa de Manuel Rojas: de disciplinamientos a focos de tensión con el proceso modernizador”, de Lorena Ubilla, es una indagación respecto de los tipos trashumantes, marginales, en oposición con la instrucción pública o el trabajo, gañanes (“golondrinas”) o peones que transitan los espacios urbanos y rurales de principios del siglo pasado en búsqueda del sustento diario; esos sujetos marginales son contrastados bajo el prisma de los tipos anarquistas o, al menos, frente a la evidencia de algunos tipos de anarquistas y sus ideas de progreso, racionalismo, autoeducación, relación con el trabajo (el oficio), entre otros temas que, si bien constituyen las identidades femeninas, son rasgos que patriarcalmente se asientan en los modos de ser masculinos⁶⁴, determinando la

⁶⁴ Respecto de la relación con el oficio, en tanto arte (técnica), y la autoconcepción de Manuel Rojas como un escritor de oficio–artesano, Juan José Adriasola, a quien pude entrevistar para esta investigación, ha mostrado ciertas marcas textuales en las que se puede rastrear esa manera de constituirse identitariamente a través del trabajo, el oficio o la labor. Rojas se configura a sí mismo como escritor de oficio. Insisto, si la relación con el oficio no es exclusiva de lo masculino, es determinante en el modo de ser definido y de autodefinirse respecto de la “correcta” o la “incorrecta” masculinidad (vagancia/laboriosidad y las cargas semánticas y culturales implicadas en esa intersección). Un ejemplo claro de feminidades trabajadoras, que se desempeñan en un oficio desde cierta premodernidad preindustrial, es la familia de pantalonerías pretayloristas con las que Manuel Rojas convive en la infancia (“Imágenes de infancia” 363–4): la mujer es, en todo momento y desde todo tiempo, partícipe del mundo del trabajo, industrial, preindustrial o doméstico, es explotada y rebelde. Reitero lo dicho en otro momento, el mundo masculino es solo una porción del orbe humano, a la que los objetos culturales y discursivos que investigo

condición de ese “masculino” (“mal hombre”/ “buen hombre”, reduciendo un problema de interseccionalidad a un dúo binario). En ese contexto, la investigadora señala:

planteamos que estos sujetos marginales pueden ser analizados como “sujetos fronterizos”, es decir, como individuos que, por su condición, pueden transitar entre diversos órdenes, mundos y prácticas (pensemos, por ejemplo, en los tenues límites existentes entre legalidad/ilegalidad, honradez/perversión, casa/calle, familia/abandono) lo cual los hace ver desde la élite y desde el mundo popular obrero como ambiguos, peligrosos y sospechosos. Desde este punto de vista, veremos algunas de las dicotomías a las que se enfrentan los personajes de Rojas, en el entendido de que su narrativa despliega una cotidianeidad multifacética respecto al ideal de ordenamiento social (el “deber ser”) que instala la élite. (1–2).

La presencia de esos “sujetos fronterizos”, aunque no emplearé esa misma terminología, en *Hdl* y en *Scm* resulta fundamental para el análisis interpretativo y comparativo con las novelas de Arlt, dado que la condición masculina que se puede rastrear en los tipos desperdigados en las taxonomías de Aniceto Hevia viejo colinda con la serie de dicotomías que plantea inicialmente la investigadora. Como se podrá apreciar posteriormente, en el análisis interpretativo de las obras, las masculinidades presentes en las dos novelas de Rojas están interna y externamente tensionadas: no son lo suficientemente delictuales, no son lo suficientemente anarquistas, no son lo suficientemente revolucionarias o no son lo suficientemente perversas, en lo interno; en lo externo, son incapaces de cumplir con el modelo masculino de las élites o con el modelo masculino de lo revolucionario. Así, sobre todo en *Scm*, se evidencia que sus modos de construir masculinidad están dados por la condición de “víctimas” o de “pobres diablos”.

dan acceso. En el momento de la entrevista, el doctor Adriasola se encontraba preparando el artículo “El escritor como artesano” (publicado en *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*, edición a cargo de María José Barros y Pía Gutiérrez).

Además, en una enriquecedora conversación con la investigadora Ubilla, surgió la imagen de Ushuaia como la Siberia del cono sur. Aunque está la Isla de Más Afuera (Isla Alejandro Selkirk) como comenta Muñoz Cortés, en *Sin Dios ni patronos*, como indiqué en el capítulo uno, o el penal de Aracuara como mentó Gómez Morel (“Por qué me convertí en delincuente”. *El Río*. 351), para estar comparando a Ushuaia con Siberia o Auschwitz o Djelfa, comparación con la que me he encontrado en el estudio de Lila Caimari que da carne al capítulo anterior. En esa entrevista que pude realizarle a la profesora Lorena Ubilla le comentaba también que, en la construcción de los imaginarios masculinos en los que el rasgo de megalomanía mesiánica es constante, Ibáñez del Campo aparece como el Uriburu–Hitler–Stalin local y cómo pesaría esa figura en los modelamientos identitarios de las masculinidades “comunes y corrientes”. Rojas, en las obras que estudio aquí, hace poca alusión a figuras como Ibáñez o Alessandri, porque su foco de atención está puesto en esas masculinidades “comunes y corrientes”⁶⁵ que, en su ser “pobres diablos”, muestran visos mesiánicos y, al mismo tiempo, fracasados.

El segundo de estos estudios contemporáneos es el de Pablo Concha, quien presentó la ponencia “Mallete y cincel: sobre el ascendente masónico de *Hijo de ladrón*”, en la que indaga sobre el imaginario masónico presente en algunos pasajes de *Hdl*, a propósito de un hallazgo histórico, fruto de las investigaciones del estudioso, que consiste en la permanencia de Manuel Rojas en una logia, alcanzando más que el escalafón de aprendiz. Si bien es cierto que no es una búsqueda exploratoria de identidades masculinas, sí es un acercamiento que permite

⁶⁵ He empleado en más de una oportunidad la fórmula “comunes y corrientes” sin querer discutir que los tipos masculinos bajos, subalternos, populares, con sus rasgos internos y externos vinculados con el patriarcado cultural, inoculado en las identidades “hombres” como natural, son, en efecto, tipos “comunes y corrientes”, porque, en primer lugar, el burgués más o menos acomodado de cierta novela “mediocre” no es el tipo común y corriente que transita la explotación y la violencia de la dominación; y, en segundo lugar, porque esos tipos bajos, perceptibles en el discurso histórico y en el ficcional, fascistas o anarquistas, alcohólicos o puritanos, delictuales o policiales, son tipos que abundan como constituyentes particulares y como *masa*, en las novelas y en la historia de Argentina y Chile a principios del s. XX. Los sujetos masculinos bajos, populares, o de incipiente y amenazada clase media (o de los estratos de la mitad inferior de la “clase media” –principalmente compuesta por prestadores de servicios y burócratas menores) son los tipos que atraviesan la composición cultural de ese periodo histórico, evidenciando la consolidación–crisis del modelo patriarcal, nacional, capitalista y liberal. El hombre burgués, exitoso, de la novela de formación, parafraseando a Rojo, no se da en el universo de Manuel Rojas, dado que el Aniceto Hevia de *Mejor que el vino* fracasa, tal como comenté en otra nota al pie. (Rojo, Grínor. “La contrabildungsroman de Manuel Rojas” 221–2).

adentrarse en ciertos imaginarios masculinos, asociados a una práctica puntual: agruparse en cofradías y, en este caso específico, revestirlas de cierto hermetismo propio del resguardo de un secreto iniciático. Así, señala el investigador: “Rojas fue miembro de la Logia Germinación N° 81 ... entre julio de 1943 y diciembre de 1950, es decir, durante el período de escritura en que *Hijo de ladrón* adquirió su fisonomía definitiva” (1, cito por la ponencia y no por el artículo, publicado el 2021). De estas afirmaciones derivan tres problemas, al menos: a) la captura de esas lógicas de conformación de cofradías secretas por estrategias masculinas y patriarcales; b) la relación que se pueda establecer entre masonería y ciencias esotéricas con conformación identitaria masculina, sobre todo a principios del siglo pasado, dado que no es desconocida la presencia del esoterismo (en sus múltiples variantes), en diversos círculos, tanto del “bajo pueblo” como de la “élite”, en contextos urbanos⁶⁶; c) la compleja cercanía que se establece entre el imaginario anarquista (de cierta línea de anarquismo) con el imaginario masónico, asunto que en más de una oportunidad hemos podido contrastar con el estudioso recién mencionado. Al menos los dos últimos problemas me permitirán inferir algunos rasgos y características puntuales a propósito de la construcción de masculinidades en *Hdl*.

En *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad*, Ignacio Álvarez, al consignar y comentar las cuatro líneas críticas que han predominado en la exegesis de la obra de Rojas, me permite inferir que, en tres de esos cuatro modos interpretativos, se está en presencia de formas en las que el universo de las masculinidades referenciales es traspuesto a las ficciones narrativas. Así, como escritor de voz “subalterna” o “marginal” (o simpatizante de esas voces); como narrador de la fraternidad y la solidaridad (desde una perspectiva “humanista”); y, como escritor anarquista (o proclive a ciertos presupuestos éticos e ideológicos de cierto tipo de anarquismo) (Álvarez 99–117), Manuel Rojas indaga en tipologías masculinas de las que Aniceto Hevia viejo tiene algo que contar.

⁶⁶ Particular mención en ese sentido merece el opúsculo seudo periodístico de Roberto Arlt, *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*, publicado entre 1920 y 1922, aproximadamente.

La investigación de Marco Antonio León León, que me permitió articular en buena parte el capítulo anterior, se encuentra complementariamente con *El Río* de Alfredo Gómez Morel. Ambas obras, entre otras, me permiten deducir, uno desde los estudios de archivística, el otro desde la narrativa testimonial, tipos masculinos delictualizados y delictuales presentes en el contexto referencial del tiempo narrativo de *Hdl* y de *Scm*. Hay que considerar que junto con los trabajadores campesinos y proletarios, los mal llamados “indígenas”, los subversivos, los “cuerpos policiales” y el hampa de ladrones, están esas otras masculinidades: los proxenetes, los asesinos, los “tiras”, los primeros narcotraficantes, los torturadores, los militares conspiradores, los pornógrafos, los violadores (que pueden ser pedófilos y no pedófilos), los fanáticos religiosos y políticos, entre otros, constituyendo ese complejo enjambre interseccional de masculinidades que responden, resisten o se subsumen a las lógicas violentas patriarcales.

En el ámbito de los estudios estrictamente históricos, no son pocas las investigaciones que en los últimos veinte años del presente siglo han vuelto su mirada hacia el mundo anarquista o anarcosindicalista, aunque no al mundo del anarquismo expropiador y terrorista del que Voltaire Argandoña, el histórico y el de ficción, es un representante, por ello es fundamental el trabajo de Osvaldo Bayer, comentado en el capítulo anterior. Así, Víctor Muñoz Cortés, Eduardo Godoy, Sergio Grez o Peter DeShazo han indagado en la sociabilidad anarquista que respecto de la mayoría de las masculinidades que la componen no logró liberarse de su propia paradoja y trampa de género-clase al realizar infructuosas invitaciones a las feminidades contextuales o que realizaron explícitas o camufladas exclusiones de las mujeres en el campo de la lucha social; la consecuencia histórica de eso fue una homosociabilidad de corte ácrata con una inconsecuencia mayúscula: las feminidades y las masculinidades chocaron en la posibilidad rebelde de articularse en contra del capitalismo patriarcal, registrándose desde misoginia prejuiciosa hasta homolebofobia en algunos de esos círculos libertarios. Aunque no todos los grupos respondían a esa inconsecuencia y, sobre todo, porque las feminidades

encontraron sus propias orgánicas y modos de subvertir el patriarcado capitalista, sin necesidad de contar con el ya esquivo apoyo de “los compañeros”; sí es importante destacar que con algunas masculinidades, que fueron capaces de romper con el miedo y los prejuicios que están en la base del machismo, se lograron constituir grupos intergéneros de teatros populares, bibliotecas sociales, escuelas “racionales” o el afamado “consultorio del pueblo”, encontrando un camino ético a la realización de la Idea. Este excursión es una panorámica veloz por algunas de las configuraciones de grupos intergéneros, aunque el acento está puesto en las cofradías masculinas, sean o no sean anarquistas (en sus múltiples vertientes).

En el capítulo anterior, indagué en muchos de los aspectos que acabo de comentar y también en las tensiones políticas y éticas que están en el sustrato de la conformación múltiple de los primeros treinta años del siglo XX en Chile y Argentina. Solo quiero recordar brevemente algunos elementos comentados por Craib.

Así, en el ámbito que he venido comentando, Craib, en *Santiago subversivo 1920*, junto con perfilar a múltiples grupos que confluyeron en la AOAN (Asamblea Obrera de Alimentación Nacional), indaga en la conformación de la policía secreta bajo el gobierno de Sanfuentes, al mando de Ventura Maturana; de las Ligas Patrióticas y de la “Guerra de don Ladislao”; de la Fech anarquista de fines de la década del diez del siglo pasado; de la persecución, expulsión, deportación y otras prácticas policiales, llevadas a cabo en contra de las/os subversivas/os; y en otros fenómenos sociales, masculinizados, que permiten encontrar otras partes del rompecabezas que suponen las masculinidades ficcionales de Rojas, sobre las que centra su atención como artista–prosista.

El contexto histórico y cultural, despedazado por el tiempo, recompuesto a medias por lo literario y por los estudios históricos en torno a la vida cotidiana y a los archivos municipales, judiciales, periodísticos, está lejos de estar culminado, en un sentido social amplio; más aún, en un sentido tan mezquino y específico como sea el de indagar en la conformación identitaria de

las masculinidades de los primeros treinta años del siglo pasado y poder deducir qué tan problemática sea esa conformación, a propósito de las mismas exigencias del patriarcado—macho Alpha.

Existen figuras masculinas “ejemplares” (“dignas o indignas de imitación” o “nutrientes de un imaginario social”), como Carlos Ibáñez del Campo, del que encontramos un análisis en *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938–1973)* de Tomás Moulian, pudiendo atrapar ciertos hilos de la textura cultural, en torno a masculinidades “conductoras” de grupos de masculinidades que buscan imitar al guía o mitificarlo hasta hacerlo inalcanzable, pero siempre modélico, como ya sugerí en el capítulo anterior y como también pude observar en la relación entre Uriburu y los fascistas católicos argentinos (uriburistas), siguiendo a Finchelstein.

A continuación, interpretaré y analizaré algunos momentos cruciales de las ficciones narrativas de Manuel Rojas que están consideradas en esta investigación, para percibir qué nos dice y cómo nos lo dice ese Aniceto Hevia adulto respecto de las cofradías de masculinidades con las que interactuó el Aniceto Hevia joven de corporalidad difusa, sexualidad difuminada y culposa y un género naturalizado como verdad absoluta en tanto “hombre”, que le genera al maduro narrador más de alguna justificación sobre la “hombría” de sí mismo de muchacho.

Desde el inicio de la extensa rememoración del viejo Aniceto Hevia, se empieza a perfilar una masculinidad que está situada en una compleja encrucijada al salir de la cárcel. La afirmación “estuve preso” (Rojas, Manuel *Hijo de ladrón* 53)⁶⁷, en que el género gramatical permite inferir un sexo—género, va acompañada de una breve relación entre cuerpos masculinos debatidos entre la suposición y los hechos: la condena es un hecho, el asalto a la joyería un supuesto. Las masculinidades están agrupadas entre “cómplices, a los que tampoco conocí y cuyos nombres o apodos” (53) le son tan desconocidos como sus corporalidades, su

⁶⁷ Como señalé en otro momento, todas las citas de *Hijo de ladrón* están tomadas de Rojas, Manuel. *Hijo de ladrón*. Madrid: Cátedra, 2001, entonces sigo la numeración de página de esa edición.

materialidad existencial, y la policía que sabe sin certezas a quienes encarcela, deslizando la idea de un régimen represivo parcial y arbitrario que también está sostenido por un aparato judicial igual de parcial.

Esa voz narrativa que ha sido reconocida como un Aniceto Hevia adulto, pareciese no tener una materialidad que habite el mundo creado; sin embargo, el Aniceto Hevia joven sí posee una espectral descripción de un fragmentario cuerpo enfermo. Así, la consecuencia de la permanencia en el calabozo, cuya descripción posibilita inferir rasgos del sistema carcelario, es “pulmonía; después, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido” (53). De este modo, solo tenemos una voz que rememora y un pulmón herido que, de acuerdo a las posibilidades cognitivas inferenciales, nos figuramos como un “hombre” que dice de sí que “Al ser dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo” (53). Aquí tenemos dos indicios, uno, la ropa manchada de pintura, refiere al oficio que ha desarrollado en más de una oportunidad: pintor de “brocha gorda”; dos, la comparación mediante la que se establece que la delgadez del cuerpo es similar a la delgadez de un clavo remite a la sensación espectral de ese cuerpo masculino que, al mismo tiempo, se yergue con cierta fortaleza férrea; la selección léxica, en este caso, no puede ser inadvertida, dado que no es una brizna de paja de la que cuelga la ropa, sino que es un clavo, cuya composición es el acero que ha acompañado desde tiempos arcaicos el devenir arquitectónico y belicoso de las entidades masculinas. En el imaginario “marginal”, percibimos el clavo en la tabla de la casucha o de la pieza del conventillo, para colgar los paños que cubren la desnudez. Este muchacho-clavo está tan perplejo que Aniceto Hevia adulto habla por él, indicando que ni morir ni vivir son tareas fáciles. En la encrucijada productiva, este sujeto masculino, dada la enfermedad, no puede trabajar de pintor y “menos podía pensar en robar” (53), si consideramos dentro de las lógicas del capitalismo local, el latrocinio como una tarea productiva, llevada a cabo tanto por las masculinidades “de arriba” (para ello diseñan

leyes y teorías económicas de usurpación de recursos, bienes y productos) como por las “de abajo” de la esfera social.

En este mismo contexto, el cuerpo enfermo de Aniceto Hevia joven se presenta como un cuerpo sacudido por escalofríos. Muchas noches durmiendo en el suelo del calabozo, sin abrigo, mojado por sus propios orines, generaron la enfermedad del pulmón. En el pasaje como tal se narra el estado febril del enfermo y el grito desprotegido del sujeto masculino que requiere a una de las figuras femeninas que ha sido puesta en relevancia en la obra, con una serie de reparos y silencios, la madre. Junto con esa seña de masculinidad que requiere (o venera) a la madre, puedo inferir las señas que dicen relación con un sistema carcelario implementado por lógicas excluyentes, en las que la entidad humana, masculina o no, es reducida a una condición infrahumana, producto de la violencia aleccionadora de la Ley del Padre, que subyace al modelo patriarcal que se impone con las lógicas nacionales de conformación moderna de lo punitivo, lo legal y lo policial. En esta obra y en *Scm* se perciben múltiples indicios del funcionamiento arbitrario de ese modelo punitivo de administración del castigo, como veré en su momento.

Ahora bien, centrándonos en el cuerpo enfermo del muchacho y en su llamada a la madre, puedo percibir también el rescate de cierta dimensión humanitaria del espacio carcelario; a diferencia de lo que ocurrirá con Cristián, como veré posteriormente, Aniceto Hevia joven no muere como un gato o como un perro callejero en el piso del calabozo. Así, se da una suerte de red de solidaridad para evitar que el enfermo sucumba; la invocación a la madre, como principio material de la existencia, es fundamental en ese sentido, dado que es la contraparte de la cuota que se paga con la estadía en la cárcel y la herida en el pulmón:

Los presos llamaron a los gendarmes, los gendarmes al cabo, el cabo a un médico [destaco el sustrato narrativo popular en esta retahíla] y fui trasladado a la enfermería: hablaba solo y pretendía huir, 40° de fiebre, estertores en el pulmón izquierdo, pulso muy agitado, ventosas, compresas, sobre todo compresas y calientes, bien calientes, aunque lo quemem,

sí, déjeme, no me toque; quiero que venga mi madre; sí, es mi madre; oh mamá, abrígame, tengo frío; dame agua, agua fresca, tengo sed; le he dicho que no me toque, ¿quién es usted para tocarme? ¡Mamá! Por favor, ayúdeme a sujetarlo; se me va a arrancar de la cama... Agua. ¿Cómo sigue? Está mal. Pobre muchacho. Oh, por favor, llamen a mi madre. (234).

Aniceto Hevia es un muchacho que ha perdido a su madre de modo fulminante, luego a su padre y, finalmente, a sus hermanos⁶⁸. Superando diversas adversidades y obteniendo un cierto modo apicarado de sobrevivir, no ha logrado evitar la cárcel por un crimen que no ha cometido. El supuesto humanitarismo de carceleros y gendarmes, llamando a un médico, resulta ser una falacia al percibir que, en la injusta captura de Aniceto Hevia joven, las condiciones materiales de existencia del pobre mocetón indocumentado, testigo de un motín y de diversas luchas en las que no se involucra del todo, lo transformaron en un criminal al que se inculpa de un robo a una joyería, provocándose el encierro y la herida en el pulmón. Narrativa y estéticamente los hechos están concatenados para lograr un efecto artístico; en el doble social y político, en la dimensión ética, Aniceto Hevia joven sufre una herida en el pulmón por las deficiencias propias del aparato jurídico y legal de su mundo ficcional, en el que se han transpuesto lógicas de injusticia y arbitrariedad que atraviesan las raíces del establecimiento del sistema punitivo moderno en Chile.

En el capítulo siguiente de *Hdl*, una breve indicación respecto de una relación psicoafectiva entre masculinidades, es decir, tener un amigo, permite seguir indagando en algunas de las formas en las que las relaciones eróticas entre los sujetos muestran su manera política de darse, en un contexto de tensiones y paradojas del presente (ficcional e histórico). De esta forma, al amigo lo pierde “como alguien pierde en una calle muy concurrida o en una playa solitaria un

⁶⁸ Solo en *Mejor que el vino* (1958), el narrador protagonista se encontrará con uno de sus cuatro hermanos. Específicamente con Daniel de quien obtiene noticias de otro de los hermanos, Ezequiel, y de la muerte del padre en Ushuaia (Rojas, *Mejor que el vino* 685–92).

objeto que aprecia” (54). Así, la pérdida está determinada por la posibilidad de moverse libremente por el mundo, una libertad paradójica, porque la libertad de movimiento para Aniceto, si quiere encauzarla por la vía legal, es imposible, porque en este universo de masculinidades en oposición permanente, “cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos e iguales espantosos seres están aquí, están allá, están en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere” (54). En este paisaje pesadillesco, recuperando la imagen del estado burocrático como un espacio infernal (“seres espantosos”), abundan sujetos masculinos que responden a la labor de defensa de lo hegemónico, mientras otros, como Aniceto, padecen en ese paisaje (microcosmos) portuario que se hiperboliza al universalizarse (macrocosmos), mediante las fórmulas “están en todas partes” y el hecho de que impiden no ya al sujeto particular, sino al “ser humano” el desplazamiento por la tierra. Mediante estos recursos estéticos, propios de lo cómico y lo grotesco, se pueden ironizar los tipos humanos representados, en su dimensión social; los sujetos masculinos involucrados, en el ámbito de género; y, en el ámbito de las ideas, en el que los personajes, junto con ser metonimias (ficciones) de tipos reales (históricos), pueden ser alegorías de sistemas sociopolíticos y culturales, porque el estado burocrático nacional (argentino o chileno) de inicios de s. XX, en su configuración masculinizada, aparece ridiculizado, evidenciando su absurda eficiencia inoperante, es decir, la idea de nación–estado–burocrático opera, de acuerdo con sus lógicas, de modo eficiente, siempre y cuando, los sujetos que lo requieren hagan caso omiso de su libertad de acción y se sometan a la coerción de la modernización obligatoria que exige el certificado. En este contexto ficcional, pareciese repercutir, sin necesidad de que la conciencia autorial haya articulado la reminiscencia, la oposición histórica de diferentes movimientos sociales, principalmente anarquistas, al documento de identificación con fotografía de frente.

Así, la modernización asociada a la burocracia institucional y a la fotografía criminológica recubren la lozana imagen de las naciones de los Centenarios de la Independencia.

De acuerdo con lo recién señalado, estos sujetos masculinos son seres espantosos que adquieren ribetes de bestias pesadillescas, porque evidencian la violencia del buen funcionamiento del control migratorio, a propósito de los movimientos geopolíticos que acontecieron a inicios del s. XX entre Chile y Argentina. Así, respecto de cómo Aniceto ingresó a Chile, el conductor particular de tren, frente a los sollozos del “camarada” de viaje, “más entretenido que conmovido ante aquel hombre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, mostró una última vez sus dientes, lanzó un silbido y desapareció en la obscuridad” (55). La invocación a la muerte, a “diosito” (54) o a las llagas no generan solidaridad de género entre el funcionario del ferrocarril y los cinco “pobres diablos” (54) que viajan como polizones. Ahora, la *performance* que efectúa el compañero de viaje de Aniceto pone en funcionamiento, a su vez, un rasgo cultural de masculinidad: la victimización. Una vez que el conductor desaparece en la oscuridad, el gesto implacable de hacer “un corte de manga” (55) y secarse las falsas lágrimas evidencia, pluridimensionalmente, la resistencia que generan algunos tipos masculinos al disciplinamiento que ejecutan otros tipos masculinos. En esta erótica y política tensión, la solidaridad de quien ostenta un mínimo de poder está anulada y la agresividad reafirmada en la bestialización del tipo masculino que ostentara el poder, es decir, el conductor de tren. En el contrapunto, los “pobres diablos” polizones, entremezclados con animales en el vagón, evidencian la condición subalterna, también animalizada, de sus propias experiencias de trashumantes y aventureros poco gloriosos, o sea, en ningún caso son tigres de la Malasia recorriendo los mares, sino peones y gañanes, trotamundos, de “baja estofa”. El llanto autovictimizante, en este contexto, es una humorada, una *performance*, para un público que no cae en el juego. Esta tensión entre sujetos masculinos será estéticamente tratada en las novelas

del corpus de diferentes maneras y con diversos fines, siendo, el más marcado, la ridiculización de los sujetos masculinos y del sistema cultural–ficcional que ostentan y que los soporta.

Solo un indicio más de esta tensión. Un indicio que calza con nuestra época, actualizando los sentidos críticos y éticos de *Hdl* como novela de vanguardia y que, además, permite comprender esa novela en una larga tradición de literatura cómica, irónica, crítica y política. La burocracia, en sus distintas versiones, en diferentes épocas, se ha casado con el patriarcado articulando una institucionalización progresiva del documento, del registro, de la numeración, del título de propiedad, del acta de matrimonio. De boca de un “señor” funcionario, Aniceto recibe la respuesta que lleva labrada en su pórtico la institucionalidad chilena previa, contemporánea y posterior al Centenario: “usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita. Certificado por certificado” (57). Posteriormente, una reflexión respecto de la oposición civilización/naturaleza respecto del origen, en boca de Aniceto, conduce a otros indicios sobre la construcción identitaria del muchacho: “mi modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo hiciese, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aún, un bonaerense, que no puede ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tono, por ser descendiente de personas de lengua española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos” (57).

El sujeto masculino, liminar desde la perspectiva de la identidad nacional, se encuentra a boca de jarro con la institucionalización de la burocracia del moderno estado nacional. Sin los documentos necesarios para comprobar la identidad, el sujeto masculino es incapaz de sostener su existencia frente al aparato estatal que lo expulsa de la noción de ciudadanía y lo vuelca a la categoría de marginal o subalterno. En el tránsito por los límites de lo permitido, Aniceto errará sin objetivo fijo y terminará viéndose atrapado por una pesadilla burocrática mayor: la detención en el motín de los tranvías. Su condición “natural” de hombre proveniente de un

espacio geográfico no podrá ser demostrada, porque la condición “social” de indocumentado lo transforma en un ser asexuado y sin clase, un don nadie.

Respecto del contexto anterior, los sujetos masculinos generan tensiones entre sí, porque sus relaciones sexo–genéricas y de clase no son horizontales ni planamente solidarias, sino que, mediante la burla o la crítica hacen perceptibles las fisuras del sistema que se supone moderno y que se aprecia como integrador, aunque sea monocorde. Así, en la colectividad de “aquellos que rara vez poseen certificados o los poseen de varias nacionalidades” (58), Aniceto puede ser bonaerense sin ser refutado, porque en esa cofradía de muchachos, la trashumancia es un rasgo constituyente de lo identitario a propósito del ser errabundos o de oficios que implican movimiento, en oposición a los oficios vinculados con el sedentarismo, también necesarios y constituyentes de identidad, asociados al cultivo de hortalizas y “a las banquetas del artesanado” (59). En este sentido, si cada sujeto está constituido por intersecciones de rasgos, el sistema social, asimismo, está conformado por intersecciones y estratos que colisionan, se repelen o se absorben. En términos de tipos masculinos, conviven tensionadamente los vagabundos con los artesanos, los ladrones con los policías, los indocumentados con los funcionarios burócratas del estado nación, entre otros pares simplificadores de lo plural. La paradoja que se logra percibir, gracias a las humorísticas críticas del relato, es que el estado nación moderno integrador de todos estos grupos, optará por sujetos masculinos de primera que desplazarán en el proyecto de conformación nacional a los sujetos masculinos de tercera y cuarta categoría, en tanto son “pobres diablos”, de los que las cuatro novelas del corpus que analizo están plagadas.

Cabe señalar que en las ficciones narrativas de *Hdl* y de *Scm*, los tipos masculinos son plurales. Muchos de esos sujetos masculinos han sido representados como parte de un universo diverso, multiforme y colorido. Contrariamente a un imaginario cerrado que se pueda poseer del sujeto masculino, como una única identidad descifrable de modo llano, los tipos dispersos en las obras de Rojas están evidenciando que ni los tipos de clase baja, ni los exóticos, ni los

aventureros, ni los policiales ni los criminales, son tipos uniformes y homogéneos. Es más, podría aventurar que no son del todo dicotómicos, es decir, que no se constituyen, como identidades masculinas, únicamente mediante el proceso de afirmación/negación occidental (dominante/dominado; masculino/femenino (o no-masculino); civilizado/salvaje; adoctrinado/rebelde; fascista/anarquista; policía/criminal, entre otras parejas binarias de oposiciones). Muchos sujetos son construidos con cierta ambigüedad y otros son elaborados ficcionalmente con claros ribetes moralizantes, mediante los que se evidencia un modelamiento ideológico de algunos rasgos por sobre otros respecto de la identidad de los tipos masculinos. Sin duda, muchos sujetos masculinos representados pasan desapercibidos para una lectura en extremo concentrada en el seudo-autobiografismo de la tetralogía.

En este contexto, cabe señalar que la colectividad de masculinidades que se posiciona como agente de la hegemonía, la de “traga-certificados”, que respalda y autoriza el sistema burocrático patriarcal, nacional, de la identificación mediante el “documento” con su funcionamiento, excluye de los horizontes a los trotamundos y, al mismo tiempo, los incluye al procesarlos, porque a través del proceso judicial los incorpora al ámbito de lo conocido, de lo nacional, de lo moderno, sacándolos del puro ámbito de la aventura novelesca. De ahí también que la existencia de la falsificación de esos documentos o la negativa a ingresar al mundo del certificado sea del todo necesaria. Aunque no está del todo presente en *Hdl* ni en *Scm* la histórica “Huelga del mono”, esta puede ser convocada, como marco referencial, respecto de la reticencia al documento identificadorio que realiza Aniceto Hevia joven con sus acciones rebeldes y con las reflexiones que el Aniceto Hevia viejo plantea haber tenido respecto de la libertad y de la coerción.

En una lógica similar, la tensión entre los paradigmas de supervivencia, de incorporación y exclusión de los modelos masculinos, se puede analizar a partir de las primeras anotaciones sobre El Gallego. Aniceto Hevia, en tanto hombre, padre, trabajador-ladrón y, particularmente,

en tanto figura masculina idealizada: “era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos, de no haber sido ladrón habría podido ser elegido, entre muchos, como el tipo del trabajador con que sueñan los burgueses y los marxistas de todo el mundo, aunque con diversas intenciones y por diferentes motivos” (63). Una figura excepcional que conjuga lo misterioso del ladrón de la novela de aventuras con los principios éticos que debiese tener un buen trabajador respecto tanto del ideal del patrón como respecto del ideal de los intelectuales marxistas: un sujeto ideal que sincréticamente es el “tipo de trabajador” con el que sueñan las ideologías de extremo a extremo, de todo el mundo. Una síntesis de lo particular a lo general, de lo microcósmico a lo macrocósmico, constituyéndose, primero, en una metonimia de un tipo humano y luego, en una expansión abstractiva, en una alegoría, porque termina reemplazando a una idea, es decir, a una idealización de un determinado fenómeno conceptual: el trabajador ideal. No es, cabe señalar, el padre sedentario y proveedor: es un ladrón aventurero que recorre América, al que buscan hombres, agentes de policía, que muestran espaldas “como de madera” (66) y que se mueven a través de la violencia del cumplimiento de la legalidad y que es protegido por otros ladrones, como el mensajero–sombra (El Mulato Pedro) que trae la noticia del presidio en Río de Janeiro del Gallego–Aniceto Hevia–José del Real y Antequera a doña Rosalía (60).

En el contexto de las primeras décadas del siglo pasado, en Argentina y en Chile, se lleva a cabo la “modernización” de la policía. Lila Caimari lo ha sostenido en el estudio comentado en el capítulo anterior, al igual que Raymond Craib consigna, en ese contexto, la Conferencia Policial Internacional en Buenos Aires (febrero de 1920 (*Santiago subversivo 1920* 67)), como señalé en el capítulo uno. Algunos de los rasgos de esta modernización tienen que ver con cuestiones técnicas como el registro de las huellas dactilares (dactiloscopía), la fotografía de frente y perfil (identificatoria), la medición del cráneo y otras prácticas del lombrosianismo (*bertillonage*, por ejemplo; ficha signalética que dio paso a la de filiación). Es importante

considerar que esta tecnificación requirió de funcionarios públicos, de “cuello blanco”, que engrosaran las líneas del aparato estatal y que, de modo similar a los policías, no provenían de las clases altas ni de las muy estratificadas intermedias de la pirámide social. En *Hdl*, podemos observar a uno de estos sujetos masculinos, “un señor gordo, rosado, rubio, cubierto con un delantal blanco [que mira a Aniceto por sobre] sus anteojos con montura dorada” (74). Este personaje toma el registro de las huellas dactilares a Aniceto niño⁶⁹, en su primera estancia en la cárcel; además, confirma el imaginario construido en torno al Gallego.

Es relevante para este análisis el hecho de que este funcionario realice una “mirada abarcadora” del mundo delictual, dado que su opinión está modelada por los criterios de un funcionario público de Investigaciones. Así, “acogotó [*cogotero* del argot del hampa argentina y chilena⁷⁰] a un borracho para robarle dos pesos. Hágame el favor: por dos pesos... ¿Y a este otro? Se metió en una casa, lo sorprendieron e hirió al patrón y a un policía. [...] Y este otro y el de más allá asaltaron a una mujer que iba a su trabajo o mataron a un compañero por el reparto de una ratería. Malas bestias, malas bestias. Palos con ellos; pero hay muchos y son los

⁶⁹ Cabe señalar que Aniceto Hevia infante, en esta su primera estadía en la cárcel (comisaría, primero, y Sección de Investigaciones, luego; en este último espacio es filiado o “fichado”), cuenta con doce años de edad y que, frente a su tratamiento como hombre–criminal, el narrador Aniceto Hevia viejo señala que “a mí se me consideraba ya hombre” (68). Este indicio me lleva a reflexionar en torno a la construcción de la infancia–adulthood criminal, en el contexto de la implementación de la modernización de las policías a propósito del sueño de los Centenarios argentino y chileno. Un muchacho de doce años de la elite, ¿ya era considerado un “hombre”, entre sus pares? ¿Cómo o por qué el masculino subalterno delictual de doce años es considerado un “hombre” para el sistema jurídico, criminológico y carcelario? En efecto, porque se trata de un subalterno, de un hijo de ladrón y, por lo tanto, de un sujeto “precario” que merece adoctrinamiento, es decir, ingresar a la dimensión sacrificial de la vida en la que se deben pagar cuotas desde temprana edad; ¿o solo se trata de un recurso literario que permita hacer confluír a *Hdl* con la tradición picaresca (los amos, las pruebas y la necesidad y la fortuna como grandes maestras) o con una suerte de torcida *Bildungsroman* (novelas que actualizan rasgos tópicos de la picaresca)? Me parece que el sustrato de géneros discursivos narrativos que confluyen en el puro hecho de que Aniceto Hevia tenga doce años son múltiples y, de modo interseccional, vuelvo a percibir en su construcción una confluencia de fuentes, desde lo literario, sí, y también desde el contexto histórico y cultural en el que las infancias–adultas criminales existen y son signadas por el aparato punitivo, jurídico y criminológico, en el pasado y, claramente, en el presente (SENAME).

⁷⁰ El 1 de marzo de 1956, en *La Unión* de Valparaíso, Joaquín Edwards Bello publica una nota periodística, entre muchas otras, en las que alude al cogotero como un envidiado de envidia, sentimiento propio de lo chileno. Así lo consigna Marco León León en *Construyendo un sujeto criminal* (161), estudio que articula parte importante del primer capítulo, junto con el estudio de Caimari, *Mientras la ciudad duerme*. Asimismo, León León señala que, en 1962, Sergio Vásquez edita *La ceguera de una diosa (Justicia)*, obra en la que se aporta una taxonomía de lo criminal, desde lo criminal, en el que se consignan los cogotereros (*Construyendo un sujeto criminal* 163–4). Estas referencias pueden ser extrapoladas al mundo argentino, dado que, al consultar un diccionario online de lunfardo, se registran las entradas “cogotero” y “cogotear”:

<https://www.todotango.com/comunidad/lunfardo/termino.aspx?p=cogotear>

que más dan que hacer” (75). Sujetos criminales de baja estofa pueblan el mundo circundante y se construyen en oposición al buen ladrón aventurero (con el que la policía estaría tranquila), representado por el Gallego o así lo plantea el funcionario de “cuello blanco”: “La policía estaría más tranquila si todos los ladrones fuesen como su padre” (75). Paradojalmente, la policía no estaría tranquila con el delincuente-tipo que representaría Aniceto Hevia padre, porque la policía ostenta el resguardo del orden y atentar contra el principio material de la propiedad privada, columna del patriarcado, del capitalismo y del liberalismo, es “desordenar” el mundo conocido; el Gallego, por muy folletinesco y por mucho que parezca un Rocambole, en términos materiales, siguiendo las lógicas del mundo ficcional construido en *Hdl*, es un subalterno en abierta rebelión respecto del sistema creado para que sea un siervo, por lo tanto, debe desaparecer, como ciertamente acontece.

Dos señales importantes que se pueden apreciar en la primera “filiación” de Aniceto Hevia, protagonista de los sucesos, tienen relación, por un lado, con los modos de cambios de oficio de algunos funcionarios, derivados de la inestable condición de “vigilante” y de “ladrón”; y, por el otro, con los modos de filiar, de acuerdo a la modernización de la policía, a Aniceto Hevia.

El primero de los aspectos señalados muestra las consecuencias de que un policía de rango bajo, o un gendarme, sea cautivado por el mundo del hampa, sobre todo, si ese mundo del hampa se le presenta como una salida de su precaria condición laboral. El funcionario que filia a Aniceto Hevia nutre de información sobre el padre del muchacho, permitiendo establecer una relación de tensiones entre el ser vigilante, pasarse al hampa y estar en permanente tela de juicio.

La delictualidad como articulación cultural se presenta para el agente de la ley como un mecanismo de mejoría económica y, al mismo tiempo, como un factor de muerte. En el mundo masculino, la amenaza de traición es castigada con mecanismos violentos, propios del

aleccionamiento. Así, el gendarme que ayuda a El Gallego a ocultar, aparentemente, el solitario, recibe “un juego de ropa interior, pura seda” (76), según el funcionario.

Esta situación deriva en que “con eso [El Gallego] arruinó al pobre hombre [el gendarme]; renunció a su puesto y se hizo ratero; a los dos o tres meses, zas, una puñalada y si te he visto no me acuerdo ... [lo mataron] sus mismos compañeros, que cada vez que lo miraban se acordaban de que había sido vigilante” (76). La impresión que provoca, en el pobre diablo, el regalo de El Gallego, ladrón con ribetes de aventurero, genera un cambio de oficio que lo lleva de una condición material “real”, en el plano ficcional, a una suerte de “ensoñación”, en la que podría alcanzar el nivel de El Gallego; sin embargo, solo se torna un “ratero”, es decir, un ladrón de poca monta que solo puede aprovechar ciertas ocasiones propicias para robar alguna “ratería”: un objeto de poco valor. Su condición de “rata” y de antiguo vigilante lo posiciona en un plano ambiguo tanto para el orden de la policía como para el orden de la delictualidad. El fin es inminente, un sujeto masculino como este no puede sobrevivir entre un mundo y el otro. La ejecución de la violencia zanja el asunto, mediante el apuñalamiento y la desaparición, mediante la muerte, de un tipo masculino que no puede existir en ninguno de los dos mundos que le presentan como oficios, a través de los que sustentarse, los márgenes de lo ilegal y de la aplicación material de la legalidad.

El segundo aspecto permite establecer los modos de consignar a un delincuente infantojuvenil. Mientras el funcionario narra historias sobre El Gallego con admiración por el “enemigo”, inspecciona a Aniceto Hevia, registrando las marcas físicas mediante las que lo inscribe en el archivo del Departamento de Policía (sección hombres), transformándolo en un sujeto de taxonomía criminal. Así, junto con indagar en si el muchacho asiste a la instrucción pública, como clara marca de disciplinamiento del “pichón”⁷¹, anota una serie de rasgos que se

⁷¹ “no era aquél [sic] sitio adecuado para un niño de doce años, de pantalón corto aún, vestido con cierta limpieza y aspecto tímido. ¿Quién era y qué delito podía haber cometido? A un Departamento de Policía no se entra así como así: es un lugar destinado a individuos que han cometido, que se supone que han cometido o que se les atribuye haber cometido un hecho punible ... Debía ser, dada mi edad, un raterillo, aunque un raterillo

encontraban en las fichas señaléticas, primero, y en las de filiación, después. De este modo, el “señor gordo” pregunta

¿Tiene alguna señal particular en el cuerpo? ¿En la cara? Una cicatriz en la ceja derecha; un porrazo, ¿eh?, ojos oscuros; orejas regular tamaño; pelo negro; bueno, se acabó. Seguramente le tocará estar al lado de su padre, no por las impresiones [dactilares], que son diferentes, sino por el nombre y el apellido. (76).

Se puede apreciar que la construcción del cuerpo varonil de Aniceto Hevia queda consignado por el funcionario público que registra las señales de ese cuerpo espectral que testifica las experiencias personales como índices históricos de un contexto social que, de modo particular en la ficción, somete a Aniceto Hevia a pruebas que derivan en el pago de cuotas; en la extrapolación hacia lo general y lo referencial, la ficción remite al pesadillesco momento burocrático en el que se certifica, mediante el documento, que se posee una determinada fisiología que queda ineludiblemente asociada a lo criminal: esta seña narrativa encuentra su paralelo en el material de archivo de las policías que observa tanto León León como Caimari, en sus respectivas zonas geopolíticas.

Aniceto Hevia viejo, mediante las experiencias adquiridas en la infancia, podrá realizar su propia taxonomía narrativa, una vez encarcelado en el calabozo. Un espacio de voces múltiples, suspensión de la realidad cotidiana y relatos de ladrones y pesquisas. Un mundo que, con crisis y tensiones, resulta ser, en el plano de la ficción, un universo de masculinidades que responden a diversas características comunes.

extraordinario” (69). Evidentemente, Aniceto Hevia infante es conducido al calabozo no por un hecho punible (ser un raterillo), sino que por ser biológicamente un hijo de ladrón conocido. En el calabozo, después de ser filiado, la cercanía de un ladrón joven y de uno viejo confirman la presencia de esa genealogía delictual a la que pertenece el inocente muchacho de doce años: ser hijo del Gallego, en ese sentido, es encontrarse en un mundo hostil, pero que lo reconoce como un semejante. Asimismo, la indicación de que ha sido detenido por Aurelio, va a marcar el momento carcelario inicial, señalando el narrador que “sospechaba que cumplía [Aurelio], como mi padre y como todos los demás hombres, un deber que no podía eludir sin dejar de ser lo que obligadamente era ... un policía y un hijo de ladrón. ... Sería para mí, en adelante y para siempre, el hombre que por primera vez me llevó preso” (71). Este momento, de reflexión en torno al destino y al orden social, en un mundo de “hombres”, será emotivamente determinado por las pisadas del padre que muestran la complicidad entre El Gallego y Aniceto Hevia hijo.

En el contexto anterior, el establecimiento de jerarquías en las relaciones entre tipos masculinos, entre los encarcelados y los delictuales respecto de los policiales, demarca de modo preciso la exclusión de la esfera criminal al que de ladrón se torna agente de policía. Esta estructuración social intracarcelaria se figura, en el análisis, como un modo de aludir metonímicamente al orden social nacional, porque se instala a través de la metáfora de la cárcel (o del mundo social como cárcel) una decodificación de la estratificación jerárquica del plano referencial en el plano de lo referido. El orden de la cárcel, en ese sentido, está aludiendo (incorporando en su campo semántico) a la idea de organización política nacional. Así, el espacio particular estéticamente representado incorpora en su significación el espacio histórico social de la cárcel, primero, para luego abstraerse hasta el nivel en el que el orden carcelario funciona como un símbolo de las ideas encubiertas que constituyen el orden político social nacional con sus lógicas excluyentes, jerarquizadas, privativas de la libertad y punitivas respecto de lo que se considera criminal (salvaguardando lo que éticamente sea criminal, pero legalmente esté validado, sobre todo, para las clases dominantes que se excluyen del orden carcelario, ocupando el lugar de alcaides y gendarmes del mundo-cárcel).

En un esfuerzo por subsistir, el criminal, sin las posibilidades espectaculares del bandido o del ladrón de novela folletinesca, se subsume bajo las lógicas del poder, se redime (o se pervierte, desde la otra vereda) al cuadrarse con las lógicas represivas implicadas en el hacerse agente de policía; se cuadra con esas lógicas represivas, pero también se cuadra con las lógicas del orden que el modelo imperante busca aplicar como adoctrinamiento.

Tanto Caimari como León, según lo revisado en el capítulo anterior, comprenden que los agentes policiales, en tanto sujetos populares, provienen de los mismos estratos sociales de las clases bajas y bajas-medias que los tipos delictuales: comparten un origen de clase y de género-sexo, pero se organizan de acuerdo a modos disímiles de comprenderse como “hombres”

respecto del orden, de la propiedad, de los principios morales rectores del sistema social ficcional, en el que se lee y aprecia el orden del mundo referencial.

En ese sentido, el buen ladrón es comprensible a propósito del policía corrupto, en tanto ambos pueden ser metonimias de sus grupos masculinos. En *Hdl*, la visión humana que Aniceto Hevia tiene de estos tipos, criminal y policía, los sitúa en una relación jerárquica “aplanada” por la amenaza de muerte.

El niño Aniceto Hevia se encuentra como testigo de los otros detenidos y percibe como un ladrón de oficio se queja ante el juez por haber sido detenido por un policía que fue su compañero en el acto de robar. La traición, poco desarrollada en Rojas a diferencia de lo que pasa en Arlt, va a constituir a esos tipos masculinos que engrosan los cuerpos policiales, porque al compartir el lugar de origen con los ladrones, el acto de volverse policías y capturar a sus propios compañeros permite inferir que, en la conformación masculina, el pacto de la “hombría” termina siendo falaz⁷².

De modo similar, las elites y las clases mediadoras incumplen el pacto con las clases populares, traicionando lo establecido en el mismo pacto; en el código de los ladrones, el traidor solo puede ser extinguido. Ahora, ni las clases dominantes (las elites) ni las clases mediadoras (por acceso a la cultura letrada, a las jefaturas del aparato burocrático, al poder adquisitivo, entre otros factores) comparten el origen de clase de los grupos sociales populares, pero sí comparten un ideario de sexo-género, cuando se trata de masculinidades; ese ideario

⁷² La traición en los personajes de Roberto Arlt es un motor fundamental mediante el que los personajes se realizan a través de la perversión del comportamiento ético y alcanzan la humillación que supone ser sujetos inoperantes respecto de los sujetos más o menos triunfales (los ricos y los buenos burgueses de familia). Un ejemplo sintomático es la relación que se da entre Silvio Astier y el Rengo en *El juguete rabioso*. Ahora bien, en *Lsl/Ll*, la traición también será constitutiva del *modus operandi* establecido entre los hombres locos, dado que mediante la tensión entre verdad/mentira El Astrólogo manipula a los hombres de la Sociedad Secreta de Temperley; El Rufián Melancólico muere asesinado de un tiro por la espalda por cobrarse una traición; Erdosain traiciona a Elsa para envilecerse y comprobar su angustiada condición humana; Barsut es un traidor respecto de la imagen de secuestrado porque en secreto y a traición está coludido con El Astrólogo; Ergueta se casa con Hipólita, La Coja (sirvienta que se vuelve estratégicamente prostituta) para traicionar su origen familiar y evidenciar el principio cristiano de degradación para sublimarse místicamente; Erdosain traiciona a los Espila con la idea de la rosa de cobre nunca alcanzada, también a La Bizca y a su madre; Elsa traiciona al Capitán con quien huye, recluyéndose en un convento; algunos de estos pasajes serán analizados con detención en su momento.

compartido se articula mediante tensiones que hacen evidente el pacto–traición organizativo del mundo político social referencial respecto del que la narración de Aniceto Hevia es un índice (*deixis*). Lo que mento como articulación entre pacto–traición es lo que Verónica Valdivia evidencia como coerción y consenso, según señalé en el capítulo uno.

En el plano particular, el personaje, en estilo directo, dice “me da rabia que me tome preso este individuo: ha sido ladrón y ha robado junto conmigo ... Es agente ahora, dice usted ... Un día me va a tomar con luna y no sé qué le va a pasar” (76–7). Así, las jerarquías establecidas entre criminal y policía, que comparten origen, “calle” y subalternidad –el policía de a pie, aunque porte un arma, siempre estará por debajo de otro y recibirá órdenes que acatará–, en el espacio–tiempo de la “cana”, de los tribunales, de las secciones de detención (y ahora sí correspondería hablar del *cronotopo* de la “cana”), sostenidas por el aparato judicial, a través de sus múltiples funcionarios, tienden a desaparecer ante la amenaza de muerte, implicada en el gesto rabioso del ladrón. Un gesto que, además, está signado con la dimensión emotiva representada en la “luna”: un hombre criminal, que se auto–comprende como un sujeto que va de tránsito entre el robo y el encarcelamiento, dice de sí que al agente, antiguo compañero de oficio, podría “pasarle algo”, es decir, ejecutar sobre él algún tipo de violencia vengativa frente a la traición, el día en que no se contenga emocionalmente, porque estaría guiado por su “luna”, esto es, por sus emociones desatadas de modo “natural”.

En este caso puntual, el ladrón, al recurrir a la venganza por su propia mano frente a la traición, se situaría en un orden premoderno, respecto de la traición del antiguo compañero de oficio y, también, respecto del orden instituido por la dimensión burocrática de aplicación de la justicia; orden instituido que se comprende como moderno, aunque esté atravesado (o mermado) por una serie de falencias y absurdos microcósmicas/os –como las/os que llevan a Aniceto Hevia a su segunda, y posterior, estadía en la cárcel– o macrocósmicas/os, como la prohibición en torno a la venganza por la propia mano, buscando desarmar las lógicas

violentas—armadas entre masculinidades, pero profesionalizando la carrera armamentista al darle un aire civilizatorio a las guerras nacionales entre Estados para defender la soberanía o la paz, paradojas evidentes del modelo patriarcal.

Este brevísimo pasaje, en el que simplemente un ladrón se queja ante el juez de que su antiguo compañero de oficio lo haya detenido, muestra una tensión entre la dimensión criminal, a—institucional pero con sus propios códigos, y la dimensión institucional e instituida del orden moderno, respecto del resguardo de la propiedad privada, y la seducción que ejercería ese orden para algunas masculinidades que, dejando de lado la marginalidad a secas, se pasan al bando de la institucionalidad de la represión, el control, la administración de lo público, solo para ser marginales en más de un sentido: a) en relación con el orden instituido que los sitúa en la base de sus relaciones jerarquizadas: el policía de a pie; b) a propósito de las lógicas relacionales entre masculinidades delictuales respecto de las cuales el policía se vuelve un paria. El nivel de marginalidad de este tipo masculino, que ha pasado de ladrón a policía, queda refrendado al observar el comentario de otro ladrón; la expresión es lapidaria y se explica por sí misma: “si resulta tan buen agente como era buen ladrón, dentro de poco lo echarán a patadas” (77). El tipo masculino que, empujado por las circunstancias materiales de supervivencia de principios de siglo XX, se niega a engrosar las filas del proletariado explotado, no encuentra validación en el mundo delictual y, al pasarse al bando de los agentes de la ley y del orden (de la dominación), está amenazado también por la expulsión del mundo policial, porque “Es un desgraciado” (77), es decir, uno más de los tantos “pobres diablos” que habitan el mundo ficcional de *Hdl* y que se encontraban abundantemente, según lo investigado previamente, en el contexto histórico referencial. Una muestra miserable de cómo el sueño moderno nacional de inclusión es más bien una pesadilla para muchos.

En esta primera estadía en la cárcel, existe una articulación de tipos masculinos vinculados con la dimensión penitenciaria que, sin realizar una taxonomía, actualiza un modo cómico de

enumerar, el carnavalesco, y se hace cargo de la enumeración caótica vanguardista; mediante la indagación que hace el Aniceto Hevia adulto en la memoria de Aniceto Hevia infante, se accede a una acumulación barroca de elementos que componen el mundo penitenciario. Entrelazándose con esos elementos compositivos, hay voces en estilo indirecto libre que, sin previo aviso, interrumpen la densidad descriptiva con fragmentos de diálogos que posibilitan rastrear rasgos estructurantes de cierto tipo de masculinidad que se proyecta como autónoma e independiente en grado sumo; frente a ello, el narrador no puede sino cuestionar, con cierto dejo de ingenuidad que rememora su propia infancia perceptiva, en tanto esta es el foco de mirada para el momento narrado.

Así, en primera instancia, el modo de enunciar la tipología penitenciaria activa la yuxtaposición de elementos que densifican el ambiente jurídico carcelario, tal como lo hubiese hecho el narrador con la enumeración de burócratas que sustentan el universo aduanero. Mientras los encarcelados pasean dentro de la celda, con la tranquilidad de un *flâneur*, se amontonan “escribientes, jueces, secretarios, copistas, abogados, ministros, receptores, agentes” (77). Este tumulto de operarios de lo penitenciario son tipos masculinos en bruto; tal como una danza de la muerte, en la que la Muerte va guiando uno a uno a tipos humanos, estos personajes planos y sin identidad saturan el espacio de lo jurídico–penitenciario, densificando el ambiente y evidenciando que, en ese mundo de hombres, la acumulación de labores inútiles, tal como en el puesto aduanero, entorpecen la libertad absoluta que propugna el ladrón aventurero, a medias referencial y a medias profundamente literario; además, el tumulto, en términos estéticos, es acompañado por otra enumeración humorística que deriva en un languidecimiento sin risa. De este modo, el tropel de “funcionarios de cuello blanco” que engrosó, en el plano histórico, la multiforme e ingenua clase media, está potenciado en el discurso narrativo con “montañas de papel con declaraciones de testigos y contratestigos, recusaciones, sentencias, viajes para acá, viajes para allá, firme aquí y déme veinte pesos para

papel sellado” (77). La acumulación de elementos satura el espacio penitenciario en el que se cuele la voz de algún abogado solicitando algo de dinero para poder llevar adelante el proceso; el ladrón aventurero, lejano al Pimpinela Escarlata o a Robin Hood, no es un ser misterioso, en este caso, que pueda sacar de la manga veinte pesos, la respuesta que da es otra muestra de su situación de marginalidad e inopia: “pídselos a la vieja; la vieja dice que no tiene ni para yerba; a mi hermano, entonces; también está preso; qué le parece que se los dé cuando salga; [el abogado niega ser un zonzo, entonces el proceso se congela, por ende, tal como se inicia este pasaje, el ladrón solo puede quedarse en la celda “todo el tiempo que a alguien ... se le ocurriera” (77)] y, por fin, a la Penitenciaría o a la calle, a seguir robando o a languidecer en una celda durante meses o años” (77). La función cómica de la enumeración carnavalesca o caótica de la vanguardia se suspende al enfrentarse al sino kafkiano del sujeto encarcelado: o como Sísifo con su roca, el ladrón vuelve una y otra vez a robar y a caer bajo la detención de algún agente que ha sido también ladrón o que podría llegar a serlo o que es corrupto; así, el ladrón, como un muñeco de guiñapo, es condenado a languidecer en una celda. La imposibilidad de la risa festiva es la actualización de la crítica irónica (cómica), al menos en este caso, dado que está determinada por la privación de libertad y por la mirada del infante sobre el mundo penitenciario. En otros pasajes, la cárcel será un espacio donde se podrá percibir cierta risa teñida de dolor. Ahora bien, recordando que *El Río* (1963) de Gómez Morel puede considerarse emparentada con *Hdl*, parcialmente por el tema tratado, y con *Scm*, por las fechas de edición y por algunas temáticas delictuales, la vida criminal o, al menos, la reclusión en Orfanatos–Correccionales y en la Cárcel no parecen ser necesariamente lugares en los que languidecer; hago esta salvedad, porque el mismo narrador de *Hdl* se contradice, en el sentido de que, mientras se “languidece” en una celda, se genera un universo de grupos que interactúan, se oponen, nutren el mundo de narraciones, chanzas y anécdotas; sin embargo, ¿cómo no languidecer al ser privado de libertad? La misma obra parece aventurar una respuesta:

generando cofradías delictuales que, bulliciosamente o no, nutren la primera dimensión de la narración, la de Aniceto Hevia, con una multiplicidad de otros relatos enmarcados.

Finalmente, como señalé, estos tipos masculinos encarcelados, junto con languidecer o salir a cumplir un destino circular o quedarse en el estado carcelario todo el tiempo que se le ocurriese a “alguien” (como si ese alguien semánticamente, intensivamente, fuese todo el sistema judicial y penitenciario moderno de un estado nacional sumado a las condiciones de marginalización económica y social), son tipos en los que “se notaba algo inestable y hablaban de asuntos que acentuaban esa sensación. Durante el largo rato, casi un día, que estuve oyéndoles, ninguno habló de sus hijos, de sus padres, de su mujer, de su familia, y todos la tendrían o la habrían tenido, y aunque sin duda no era ese sitio adecuado para intimidades familiares y sentimentales, ¿cómo era posible que entre algunos de ellos, compañeros entre sí, no hablasen ... de cosas íntimas?” (77). En este pasaje las marcas de masculinización de los personajes son innegables y solo reafirman el panorama “varonil” al que me vengo enfrentando; estos hombres, que languidecen o roban, que esperan o que amontonan papeles en el largo proceso judicial de excarcelarse, obliteran la vida íntima de sus conversaciones: todos los diálogos giran en torno al mundo delictual–policial. ¿Por qué el narrador espera conmover al lector real, incitándolo a reflexionar en torno a la carencia de la mención de las familias o de las “cosas íntimas” de los que podrían ser “compañeros de oficio”? ¿Los tipos masculinos protegen la vida íntima de un espacio hostil como la cárcel o, más bien, obliteran lo íntimo porque se trata de tipos duros que no deben dar cabida a los secretos afectivos? ¿Es el sujeto carcelario de Rojas un tipo masculino rufianesco, al menos en este contexto de primera visión de la cárcel? ¿Es Aniceto Hevia niño quien no comprende porque, si él tiene una familia, los otros delincuentes, en el supuesto de que por el hecho de ser hijo de ladrón es tratado como criminal, no la tienen o la ocultan? Aventuro una breve explicación, la sorpresa ingenua del narrador adulto persigue estética y éticamente representar la naturaleza inocente del tiempo

infantil pasado; al unísono, cuestiona, desde la adultez, la carencia de contacto humano real entre los tipos delictuales, porque resalta el hecho de que, aun cuando sean compañeros entre sí, obliteran temas íntimos que los expongan como sujetos frágiles, dada su condición de masculinidad, primero, y porque están ya en una situación hostil de fragilidad en la que exponerse implica abrir un espacio íntimo que la cárcel, con su lógica de privación de libertad, está esperando capturar mediante movimientos coercitivos, segundo. Los tipos encarcelados son tipos inestables, desde la perspectiva del narrador, entre otras cosas, porque sus hablas representadas evidencian que no pueden escapar de lo carcelario y de lo judicial, inclusive en el ámbito de los temas que llevan a cabo como conversaciones. La cárcel ha modelado, en ese aspecto, hasta las voces de estos tipos masculinos. Si el ladrón-agente es una masculinidad marginalizada, el ladrón encarcelado ha sido privado de toda libertad, incluida la de hablar de lo íntimo. Al menos así puedo inferir de esta primera estadía en la cárcel por parte de Aniceto Hevia, el contemplador.

La relevancia de esta primera estadía en la cárcel ha sido puesta en evidencia, entre otras, por la consumada crítica que ha centrado su atención en el pago de las cuotas. Junto con la dimensión sacrificial de la vida del infante, rasgo picaresco indudable (y también judeocatólico, protestante y capitalista), el muchacho subalterno Aniceto Hevia en particular (y como metonimia de otras infancias masculinas subalternas propias del contexto referencial al que alude la narración) testimonia relatos otros que permiten observar la constitución ética y política, que estructura el mundo de los ladrones.

De esta primera estadía, puedo comentar múltiples pasajes mediante los que indagar en masculinidades delictuales y policiales, ambas subalternas, aunque disputen posiciones cercanas al discurso hegemónico autorizante. Paradigmático es el relato de un “ladrón conocido”, respecto de una cierta taxonomía delictual o, al mismo tiempo, de una cierta escenificación narrativa de una serie de personajes memorables en el anecdotario delictual de

uno que cree de sí mismo que “moriré dentro de esta leonera” (78); este ladrón desarrapado, con apariencia socrática o cínica (calvo, barbón y de rostro un tanto sucio (77)), se ha detenido en el medio del calabozo, como si de un ágora se tratase, para narrar algunas anécdotas que construyen la memoria de esta porción del mundo del hampa. En su voz narrativa descansará la voz del Aniceto Hevia viejo y sobre su relato se centrará la audición del infante Aniceto Hevia: este cruce narrativo produce una narración enmarcada entre tiempos que genera una memoria delictual ficticia, que se articula en el ámbito narrativo respecto de la disposición estética del mundo y que, de acuerdo con lo planteado en el capítulo anterior, supongo indicador de un modo de organizar, desde lo literario, un vasto mundo referencial de delincuentes y policías que, a postas o sin querer, conformaron sujetos subalternos masculinos históricos, en el plano referencial.

Desde la perspectiva estética, los ladrones que describe/narra el “ladrón conocido” funcionan orbitando a Aniceto Hevia padre y determinando semánticamente a otros tipos de ladrones y sujetos delictuales, en relación con su triunfo o su fracaso; además, lo descrito y lo narrado permite indagar en el caso específico de policías que se hacen ladrones o que se corrompen. Estas son matrices de configuración de lo masculino delictual y policial, porque, al replicar el modelo piramidal imperante, con sus jerarquías establecidas, se ordenan mediante lógicas de verticalidad, estableciéndose internas subalternidades y hegemonías, asociadas a patrones (patriarcales) de organización de los grupos de hombres. Así, tanto la pandilla como el ejército y tanto el individuo delictual particular como las mafias organizadas legales e ilegales son réplicas del orden nacional que se impone en Chile y Argentina a principios del siglo XX desde las elites hegemónicas (sean estas radicales, oligárquicas, *ibañistas* o *uriburistas* o *alessandristas*) que responden al modelo de jerarquías, piramidal, propio del patriarcado de castas actualizado en el contexto moderno liberal de los Centenarios chileno y argentino. Un modelo excluyente de las subalternidades o, en un código de “mundo al revés” (*adynata*), un

mundo inclusivo, siempre y cuando esas subalternidades renuncien a las lógicas de expropiación y explotación que han llevado a las elites a la posición de elites y que, además, se civilicen en total armonía y consonancia con el proyecto de civilización y modernidad que las elites han preparado para esas subalternidades y su descendencia. En esta tensión, esta pequeña porción del mundo del hampa realiza un ejercicio de memoria que ingresa a la ficción mediante el relato del “ladrón conocido” y egresa desde la ficción hacia el presente inmediato evidenciando lógicas de constitución de identidad delictual.

Así, el narrador “ladrón conocido” abre ventanas para los ladrones más jóvenes, ventanas narrativas por las que se puede observar una transposición estética de un momento social e histórico que una estadía en la cárcel permitía vislumbrar. El ejercicio de memoria del “ladrón conocido” permite inferir que ciertos relatos pueden ser deícticos de momentos históricos captados por el escritor real mediante cualquiera de los medios de adquisición posibles: entrevistas escritas u orales, experiencias biográficas, anotaciones de relatos escuchados, entre otras herramientas discursivas para captar realidades traducibles al plano de la ficción. El ejercicio de memoria nutre al Aniceto Hevia infante en esa primera estadía en la cárcel, en el pacto narrativo como tal, y nutre la memoria de la investigación en torno a tipologías masculinas delictuales argentinas y chilenas de principios del siglo XX, porque el mundo narrativo construido remite a un plano referencial mediante recursos novelísticos tales como un “carácter de actualidad más cercana” (Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski* 173) que se comprende como un rasgo realista, además. *Hdl* (1951) y *Scm* (1964) desde un presente de escritura, es decir, con una distancia de entre treinta a cuarenta años del tiempo narrativo⁷³, se

⁷³ Tanto *Hijo de ladrón* como *Sombras contra el muro* son novelas que se hacen cargo de sus pasados inmediatos, actualizándolos como presentes. Manuel Rojas sitúa los acontecimientos en un tiempo narrativo de acumulaciones temporales mediante las que pliega y despliega aproximadamente los primeros veinte años de vida de Aniceto Hevia, con ello se ha consensuado que el relato versa sobre el inicio del s. XX en Chile y Argentina, por lo menos desde 1905 hasta 1918, dado que hay referencias a sucesos históricos del plano de la experiencia social que permiten formular esa temporalidad del relato. Sin ir más lejos, en *Scm*, se alude al proceso en contra de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios y la instalación de aparatos explosivos en la ciudad de Santiago, ese hecho aconteció aproximadamente entre 1911 y 1912; en la novela, solo se menta (Rojas, *Sombras contra el muro* 44).

hace cargo de un pasado inmediato que resulta filosóficamente actual tanto en el tiempo de edición y publicación como en el tiempo presente, es decir, primeros treinta años del siglo XXI, es decir, actualiza sentidos cien años después del tiempo representado en el relato.

Algunas imágenes ejemplares que transmite el “ladrón conocido” son la de El Pesado, un tipo masculino que

era un gran ladrón, aunque más antipático que todo un departamento de policía; nadie quería robar con él y los que, por necesidad, lo hacían, lloraban de pura rabia. Tenía un bigotazo que le nacía desde más arriba de donde terminan las narices y que por abajo le habría llegado hasta el chaleco, si él, casi diariamente, no se lo hubiera recortado; ... Robando era un fenómeno: perseguía a la gente, la pisoteaba, la apretaba y algunos casi le daban la cartera con tal de que los dejara tranquilos. Los pesquisas hacían como que no lo veían, tan pesado era, y cuando alguna vez caía por estas leoneras los ratas pedían que los cambiaran de calabozo. ¿Qué tenía? Era enorme, alto, ancho, le sobraba algo por todas partes y era antipático para todo: para hablar, para moverse, para robar, para comer, para dormir. Lo mató en la estación del sur una locomotora que venía retrocediendo. De frente no habría sido capaz de matarlo... (78).

La excentricidad narrativa de este pasaje está dada por la construcción hiperbólica de El Pesado; la caracterización superlativa de su fortaleza y de su antipatía lo sitúan como un personaje netamente literario, un gigante monstruoso que irrumpe en el plano de la narración. En ese sentido hiperbólico es que lo comprendo como una hiperrealización de elementos referenciales desperdigados en el mundo histórico del hampa: delincuentes grandes y de fortaleza casi hercúlea que, mediante la intimidación, construyen el crimen como un movimiento de subsistencia.

El eje de la violencia es constitutivo en esos tipos de sujetos masculinos delictuales y, en el particular narrativo, en El Pesado, quien concentra rasgos de virilidad tales como un bigote

“mágico” que crece por arriba y por abajo con dimensiones otra vez hiperbólicas: este bigote alcanza proporciones tan magníficas como su “habilidad” para robar que está asociada no a su prestancia o a su capacidad de labia estafadora, sino que a su pura capacidad de ejercer la violencia física como agresión (es capaz de “pisotear” a sus víctimas). El final de *El Pesado* solo puede estar en línea con su fortaleza sobrehumana, es decir, literaria: una locomotora retrocediendo lo atropella y le causa la muerte a quien los pesquisas evitan, a modo de epíteto, para una suerte de Hércules (también ladrón) del universo carcelario argentino.

Ahora bien, no hay que olvidar que el “ladrón conocido” es un narrador que en el medio del calabozo recuerda “a todos, con sus nombres y sus alias, sus mañas y sus virtudes” (78), lo que implica que este narrador, siguiendo lógicas novelísticas, exagerará las condiciones de *El Pesado*, para captar la atención de sus oyentes, entre los que Aniceto Hevia infante está. *Mutatis mutandis*, el escritor Manuel Rojas leyó literatura folletinesca y desde temprana edad; confiesa tanto en *Hdl* como en *Mejor que el vino* que, al menos su personaje Aniceto Hevia, se lo ha pasado leyendo⁷⁴.

La dificultad del cruce de la ficción con lo biográfico es que no se puede discernir una verdad ontológica, a propósito de las confesiones de un escritor, porque por alguno de los tres ejes, campo cultural o experiencia biográfica o contexto histórico cultural, personajes como *El Pesado* pueden habitar la ficción narrativa de *Hdl* gracias no a uno de los tres ejes, sino que al entrecruzamiento de estos. Así, *El Pesado* logra ser un sujeto masculino delictual ejemplar, porque responde a rasgos estéticos propios de lo novelístico, al ser hiperbólico; es un particular

⁷⁴ En la edición de *Hdl* que consulto el episodio medular de la formación de Aniceto Hevia, el de la lectura de folletines y los duraznos, con la radical relevancia de la vecina viuda en esta formación autodidacta, está comprendido entre las páginas 319 y 322. En *Mejor que el vino*, Aniceto Hevia al señalar su edad, indica también que “estoy leyendo desde que tenía catorce años y ya tengo cuarenta y dos” (*Obras completas*, 782; cabe señalar que en uno de los episodios en los que se reúne con Aida y Octavio, Aniceto señala que “en este día y a esta hora y en este año de mil novecientos treinta y ocho” (766), dato con el que logro establecer que en el 1910 ficcional de *Hdl* aproximadamente es cuando el muchacho tenía catorce años, edad aproximada en la que hubiese empezado a leer los folletines de la vecina de los duraznos. Pero claro, se trata de “datos” propios de la ficción, no veraces, sino verosímiles, aunque podrían ser inexactos. Estos supuestos parten de una base matemática irreal: hacer coincidir el año de nacimiento de Manuel Rojas con el de Aniceto Hevia. Ahora, si en ese 1938 el personaje–narrador dice tener cuarenta y dos años, pues el cálculo es exacto: $1938-42=1896$; $1896+14=1910$).

narrativo que permite comprender, en el plano referencial, un cierto *modus operandi* delictual, el de los cogotos; además, se constituye como un sujeto admirable para el infante Aniceto Hevia que es testigo del relato del “ladrón conocido”.

La narración como tal se articula, primero, con la absorción de modos tópicos para hiperbolizar a un personaje proveniente de los bajos fondos y, segundo, con el contexto histórico cultural que traspone como escenario de esos acontecimientos. En este inicio del relato del “ladrón conocido”, El Pesado viene a ser el doble espectacular del mismo narrador que comenzó a robar siendo “niño, tan chico que para alcanzar los bolsillos ajenos tenía que subirme sobre un cajón de lustrador” (78). El viejo “ladrón conocido”, impedido de trabajar y con la muerte pisándole los talones, se proyecta inicialmente en El Pesado, los siguientes ladrones darán cuenta del refinamiento o de las crisis que suponen los giros de la rueda de la Fortuna en un contexto de lucha de clases, cuestión social, Centenarios de las Repúblicas, conflictos políticos, modernización de la policía y tecnificación del oficio criminal.

El “L. C., ladrón conocido” (78), como llamé al narrador del microrrelato descriptivo de El Pesado, está en decadencia; “cuentero, carterista, tendero, llavero” (78) carga con el peso de muchas especializaciones en el oficio del latrocinio, pero todas ellas no le son útiles, porque, en primer lugar, está fichado por la policía y es reconocido en cualquier sitio (incluso en una barbería o peluquería) y, en segundo lugar, porque la vejez entorpece sus movimientos. También este narrador-ladrón inútil es parte de un universo del hampa y tiene un lugar central, físicamente, en el microcosmos del calabozo. El “ladrón conocido” es el memorioso que construye la historia del grupo, dándole sustento cultural al mundo de los ladrones, por mucho que él mismo, en un gesto romántico, reconozca que hubo un tiempo mejor para la ciudad, pero que los mismos ladrones “la echaron a perder” (79). Así, el narrador memorioso internamente está duplicado, al menos en este pasaje, porque es el Aniceto Hevia viejo que narra lo vivenciado por el infante Aniceto Hevia, en su primera estadía en la cárcel; la voz de ese

Aniceto Hevia viejo se refracta en la voz del “ladrón conocido” que, además de El Pesado, recordará la historia de Victoriano Ruiz.

El viejo ladrón indica “No sé si ustedes se acuerdan de Victoriano Ruiz; tal vez no, son muy jóvenes; el caso fue muy sonado entre el ladronaje y un rata quedó con las tripas de sombrero” (79). Dos indicaciones respecto de la relevancia de la narración de Victoriano Ruiz: a) dada la ignorancia de la juventud frente a un hecho memorable para el mundo de los ladrones, el “ladrón conocido”, en tanto viejo y memorioso, logra captar la atención de la juventud, entre la que, obviamente, se cuenta Aniceto Hevia infante; b) el sustrato criminal y de crónica roja que posee el relato del viejo ladrón le añade suspenso y tenor narrativo al acto de hacer memoria y conservarla en el mundo de los ladrones argentinos de principios de siglo XX, por lo que constituye, por sí misma, una historia que captará la atención de los encarcelados.

Victoriano Ruiz también es un tipo masculino que permite inferir lógicas de comportamiento e interrelaciones entre las identidades delictuales y policiales. Así también, es un personaje con ribetes folletinescos, porque, al igual que El Pesado, posee rasgos hiperbólicos en su perfecta constitución de inspector, que irá mutando producto de hechos específicos con los que se activa la crisis ética en relación con el mundo policial–delictual.

De este modo, la prestancia gallarda con la que es descrito Victoriano lo torna un tipo masculino seductor, al mismo tiempo que lo sitúa como un implacable vigilante: tan folletinesco como referencial, el tipo policial cumple con un rol específico en el relato, dado que es un detector de ladrones de “clase alta” y no de ratas, sujetos que por evidentes no son objeto de su atención. Así, el “ladrón conocido” indica

Victoriano fue la pesadilla de los ladrones de carteras. Entró joven al servicio y a los treinta ya era inspector. Vigilaba las estaciones y estaba de guardia en la Central doce o catorce horas diarias. Para entrar allí había que ser un señor ladrón, no sólo para trabajar sino también para vestir, para andar, para tratar. Ningún rata que no pareciese un señor

desde la cabeza hasta los pies podía entrar o salir, y no muy seguido; Victoriano tenía una memoria de prestamista: cara que veía una vez difícilmente se le borraba, mucho menos si tenía alguna señal especial. (79).

En la configuración del mundo del hampa, Victoriano es, intranarrativamente, un agente de vigilancia y control que no debe ser burlado, pero que mostrara un particular derrotero “heroico”; extranarrativamente, es el fracaso de la posibilidad incorruptible del perfecto agente de control del orden que resguarda la propiedad privada y custodia el universo civilizado de la nación moderna, plena de fracturas por las que se cuele la crisis que determina la evidencia de las falencias del modelo que se instala como solución a los problemas derivados de la existencia del control de la propiedad (riquezas materiales). El cuestionamiento sobre el trabajo y respecto de la vida y la muerte en ese trabajo, en el de generar riquezas materiales mediante la explotación y en el de oficiar como ladrón experto y elegante para pasar desapercibido ante el “ojo-vigilante” del orden y el control, están presentes en lo que se refiere a la narración enmarcada de Victoriano Ruiz, otra vez en el espacio y en el tiempo de estadía y relato que se da en la cárcel.

En el ámbito estético, es decir, en las lógicas narrativas del mundo delictual-policial que se está observando en el relato del “ladrón conocido”, al vigilante modélico, del que aún no se conocen sus fisuras, solo se puede oponer una figura de talla similar. “El Pesado”, que es un cogotero, por muy gigantesco que sea, no es del porte de Victoriano Ruiz; asimismo, como señalé, ningún “rata” puede escapar de su control. Victoriano Ruiz responde a la Ley del Padre implacable; ha sido formado en un sistema en que el orden garantiza el control y el control es el resguardo de la propiedad privada, cuestionada enteramente por el acto mismo de robar. En el ámbito referencial, lo transpuesto a lo literario, es la tensión histórica que se da entre quienes consideran la propiedad de unos cuantos como una ganancia producida de modo legítimo y deciden defenderla, protegerla, garantizando así un orden social instituido desde las sociedades

patriarcales de castas, que en el presente del contexto histórico se percibe en la consideración de que los más fuertes son los más ricos; y, entre quienes cuestionan, consciente o inconscientemente, el valor de esa propiedad privada y los medios para producirla y mantenerla, es decir, los ladrones. Un tercer participante en esta ecuación de contrastes es el “público objetivo” del quehacer delictual–policial: Victoriano Ruiz está de guardia entre doce y catorce horas en la Central, poniendo atención principalmente en los estancieros y sus abultadas billeteras, porque son de su talla y del porte de los carteristas que entran en acción. Así, en este contexto, las fuerzas, estética y éticamente, narrativa e históricamente (como si se tratase de un anecdotario de crónica roja, es decir, testimonial, como quiere fingir la ficción narrativa, dándole veracidad y, al mismo tiempo, tono oral de narración de viejo a jóvenes), están equiparadas: Victoriano Ruiz, Víctor Rey y los estancieros.

Una primera y evidente anotación, antes de graficar el talante y apostura de Víctor Rey, es establecer, brevemente, que en el campo de las figuras retóricas de superficie, Victoriano y Víctor son nombres que se asemejan grafemáticamente y, en el plano profundo, semánticamente, puesto que ambos nombres apuntan a la idea de la “victoria”, aunque este relato indague en el fracaso. Así también pasa, al menos, grafemática y fonéticamente con Ruiz y Rey. En términos de condiciones y características, el inspector vigilante y el Rey – “gran rata” son equivalentes y, como apunté, están equiparados con sus protegidos–víctimas.

Así, Víctor Rey es un tipo muy particular de hombre, de ladrón, especializado como carterista, muestra ciertos rasgos en consonancia con el ladrón folletinesco que ya se percibían en el mismo Gallego. El “ladrón conocido” establece entonces que “Víctor Rey, gran rata, logró entrar una vez y salir dos; pero no parecía un señor: parecía un príncipe; se cambiaba de ropa dos veces al día y las uñas le relucían como lunas. *Salió retratado en una revista francesa*; alto, moreno, de bigotito y pelo rizado, un poco gordo y de frente muy alta; parecía tan ladrón como yo parezco fiscal de la Corte de Apelaciones. Conocía a Victoriano como a sus bolsillos” (79).

De esta manera, el desarrapado y viejo ladrón inútil se contrasta con el “gran rata” capaz de “controlar” al inspector, de conocerlo “como a sus bolsillos”, porque además de ser un príncipe del hampa, emplea los mismos recursos técnicos que la policía: investiga, primero, para luego atacar. En cursivas he destacado un indicador referencial, dado que es relevante, respecto del contexto histórico y cultural, el hecho de que Víctor Rey, en la ficción, haya sido “retratado” por una revista francesa, en el momento preciso de la expansión de la criminología y su difusión a través de los medios masivos de comunicación. Caimari incorpora diversos ejemplos de la prensa, como *Ahora* o *Crítica*, o de la revista *Caras y caretas* en el contexto argentino; esto potenciará una criminología profana y no ya solo la positivista (*Mientras la ciudad duerme* 68-71; 85-8).

En este contexto de héroe y antihéroe enfrentados en una estructura agónica, Víctor Rey es el único capaz de burlar a Victoriano Ruiz; el robo que lleva a cabo el gran señor rata deja perplejo a Victoriano y es la marca narrativa de su transformación de implacable inspector, un vigilante profesional “en toda su ley”, a un inspector que, confundido por la rigidez de la moralidad del sistema que defiende, desentraña la dimensión humana del ladrón. Dado que Rey, como señalé, conoce a Ruiz como sus bolsillos (o como su “doble especular” o *Doppelgänger*), logra realizar el acto del robo frente a “sus narices”; así, “la primera vez salió de la estación con veinticinco mil pesos y varios cheques” (79). La osadía que ejecuta el gran señor rata es en contra de “los estancieros y gente rica de la ciudad” (79), alcanzando un ribete de ladrón de “guantes de seda” que lo aleja del concepto de “rata”.

Por su parte, Victoriano percibe el hecho como “un joyero recibe una pedrada en el escaparate” (79). La tensión entre los estancieros (y gente rica de la provincia), medulares en la economía argentina de principios del s. XX (explotadores consumados del campesinado, criticados por ácratas y defendidos por nacionalistas), Victoriano Ruiz (inspector del sistema modernizado de policía) y Víctor Rey (ladrón de guantes de seda retratado por “una revista

francesa” –moderna e internacional–) demostrará la ineficacia ética de un sistema excluyente, en el que los personajes, de un lado, deben disfrazarse como técnica profesional de su oficio (Rey), ver desplazado su campo de acción por la ineficacia del aparato de control del orden y de la propiedad privada (Ruiz) y, de otro lado, hacer evidentes las desigualdades sociales que circundan el relato en el que los “miles de pesos” de los estancieros no pasan desapercibidos dentro del calabozo y de la vida paupérrima de los delincuentes.

Ahora bien, la decodificación que realizo de los momentos iniciales de este pasaje ya anticipa la transformación de Ruiz; sin embargo, hay una serie de aspectos narrativos que me gustaría comentar antes de pasar a otros imaginarios masculinos desarrollados en la narración.

En el ámbito anterior, es importante señalar el clima de suspenso de novela policial que este fragmento adquiere en el marco general de la novela experimental. De este modo, la novela como tal muestra su condición heterogénica al incorporar otros tipos de géneros narrativos en su composición estética. Esta inclusión está valorizada poéticamente por la relevancia central que adquiere Victoriano Ruiz, entre otras características, por su relación con, en tanto policías profesionales, Aureliano. Aniceto Hevia, escuchando al “ladrón conocido”, comprende que “la policía, cosa rara, asusta a todo el mundo y nadie está seguro de que el mejor día no tendrá que verse con ella” (80). Así, el rasgo atemorizante de la violencia del orden, representada en lo policial y en Victoriano, en específico, queda afirmada y grabada en la mentalidad del niño–hombre encarcelado por primera vez. Sutilmente (“cosa rara”), el narrador desliza la idea de que la policía no protege, sino que atemoriza.

Ahora bien, si de este relato se puede inferir la facultad atemorizante de la policía, también se puede establecer, de modo explícito, que en el mundo del hampa la utilización de recursos propios de la policía, como el acto de infiltrarse e investigar “encubierto”, es una técnica que adopta el ladrón para poder establecer lógicas de funcionamiento y aceptación en el plano de las clases adineradas. Así, tal como un pesquisa se infiltraba entre gánsteres o anarquistas,

Víctor Rey se infiltra en el universo de los estancieros y elude la super vigilancia de Victoriano Ruiz, dado que “salió, pues venía llegando, y bajó de un coche de primera con su maletín y con el aire de quien viene de la estancia y va al banco a depositar unos miles de pesos” (80). Este modo de disfrazarse, articulándose como un ladrón de “guantes de seda”, permite inferir rasgos novelescos para el delincuente, que lo emparentan con Aniceto Hevia padre, junto con evidenciar un *modus operandi* de ciertos tipos de delincuentes que marcaron el imaginario de Aniceto Hevia, protagonista y narrador, en la novela; en el plano referencial, este tipo de ladrón cautivó, desde lo novelesco y lo cinematográfico, rastreándose su utilización estética hasta en objetos culturales del presente⁷⁵, la opinión pública y la creación literaria –recuerdo que Víctor Rey fue retratado por una revista francesa, tal como varias mafias argentinas fueron retratadas en su momento histórico, como señala Caimari (*Mientras la ciudad duerme* 61–75), o como en la prensa escrita se publicaban dibujos del rostro y tendenciosas crónicas sobre Miguel Arcángel Roscigna y otros anarquistas expropiadores, tal como indica Bayer (*Los anarquistas expropiadores* 46-7; mezcla ficción e historia sin titubear)–.

La simulación del gran rata es tal que “Al pasar [junto a Victoriano Ruiz] miró, como todos los de primera lo hacían, es decir, como lo hacían todos los que llevaban dinero encima ... [Victoriano al verlo] no encontró nada, una mirada, un movimiento, una expresión sospechosa” (80). El gran rata es, en efecto, todo un simulador de estanciero que mientras simula puede confundir y darse por verdadero. Solo un detalle podrá alertar a Victoriano y poner en evidencia a Víctor; hasta ese momento, Rey habrá dado varios golpes y transitará impunemente por la estación que, en el colmo del fracaso, lleva a Ruiz inclusive a plantearse renunciar, porque no

⁷⁵ Solo consignaré un ejemplo aquí: *Ocean's Eleven* (2001), *remake* de *Ocean's Eleven* (1960), es una película en la que los ladrones dan un gran golpe porque no son “ratas”, sino que son sofisticados, refinados, ingeniosos, investigadores y, en último término, simuladores o falsificadores de realidades (como cualquier agente de policía infiltrado en una red de insurgencia política o narcotráfico). Este ejemplo es mínimo en relación con la larga trayectoria literaria, cinematográfica e histórica, de estafadores, de ladrones de “guantes de seda” (incluidas las élites políticas y sus *modus operandi* de apropiación del trabajo, de los medios de producción y del tiempo de las clases populares, también transpuestas al cine, con tono cómico, por ejemplo, en *The Cocoanuts* (1929)). Sin duda, los ladrones, en general, de *Hijo de ladrón* son mucho más similares a los de *Los desconocidos de siempre* (1958), aunque Manuel Rojas solo podría haberla visto posteriormente a publicar *Mejor que el vino* (1958).

es que “fuese una mala persona, que odiara a los ladrones y que le gustara perseguirlos y encarcelarlos; nada de eso: no iba jamás a declarar a los juzgados; mandaba a sus ayudantes; pero era un policía que estaba de guardia en una estación y debía cuidarla; era como un juego; no le importaba, por ejemplo, que se robara en un banco, en un tranvía o a la llegada de los barcos y nunca detuvo a nadie fuera de la Central. Su estación era su estación” (81). Victoriano, definitivamente, pone en evidencia la tecnificación de la policía, su profesionalización laboral en tanto el asunto ético de detener los actos delictuales queda supeditado a la funcionalidad deficiente de su quehacer laboral: la defensa del orden de un espacio que le ha sido designado es lo que fundamenta su implacable desempeño, burlado por las lógicas “modernas” de simulación del delincuente profesional.

El suspenso del misterio establecido en torno al carterista de la Central queda resuelto gracias a un hecho azaroso: el olor a un habano fino que fuma Víctor Rey. Ruiz ni siquiera quiere sorprenderlo *in fraganti*, le basta con detenerlo y expulsar del ámbito del orden a un agente del caos. Una última anotación de este caso es el que vuelve a contextualizar la anécdota novelesca en un campo que remite a lo referencial. Así,

Al día siguiente [de la detención] Víctor Rey fue embarcado en un vapor de la carrera Rosario–Buenos Aires–Montevideo, dejando en manos de la policía –que no hubiese podido probarle su golpe en la estación ni en los bancos– sus impresiones digitales, su retrato de frente y de perfil, sus medidas antropométricas –como decimos los técnicos [el ladrón conocido ironiza, dada su vasta experiencia carcelaria]– y todos los puros que le quedaban. (83).

A diferencia del “ladrón conocido”, y de otros ladrones condenados a esa suerte de estadia kafkiana en la “leonera”, Víctor Rey es tratado hasta en la situación final como un “gran señor rata”, al embarcarlo y sacarlo de la zona nacional, aunque se le da, en la dimensión criminológica, el mismo trato que a cualquier otra masculinidad subalterna delictual

(impresiones digitales y fotografías identificatorias). De este modo, “Victoriano había ganado otra vez, pero no siempre ganaría; era hombre y alguna falla debía tener” (83), anticipándose, entonces, al cambio ético del inspector. Además, la afirmación con tono sentencioso “era hombre y alguna falla debía tener” sitúa a Victoriano en un plano material en el que, lejos de su posibilidad literaria, aparece su naturaleza falible en tanto identidad masculina y humana, comprendiendo siempre que se está dentro de una ficción que se recubre de elementos como este para modelar una apariencia de realidad histórica y cultural junto con establecer una abstracción filosófica desde una particularidad moral.

De este modo, la epifanía de Victoriano Ruiz está estrechamente vinculada con el accidente de El Manco Arturo. Mediante este pasaje, el ladrón conocido, que es el narrador enmarcado de este relato, va a incorporar una serie de reflexiones que quiebran con la certeza funcional del agente de policía que resguarda el orden, al poner en evidencia la condición común de los hombres que orbitan en torno al crimen y a lo policial. Así, luego de que Victoriano entable una amistad con Arturo, quien además de manco es ahora cojo, el narrador expresa que

El inspector, que en sus primeros años de agente lidió con lo peor del ladronaje, ratas de baja categoría, insolentes y sucios, seguía creyendo que todos eran iguales; es cierto que había pescado algunos finos truchimanes, especies de pejerreyes si se les comparaba con los cachalotes de baja ralea, pero nunca se le ocurrió conversar con ellos y averiguar *qué clase de hombres eran*, y no lo había hecho porque el juicio que tenía de ellos era un juicio firme, un prejuicio: eran ladrones y nada más. (84–5).

Victoriano, en tanto agente de policía, sufre un quiebre respecto de la moral oficial que debe modelarlo en su labor de preservador del orden de la propiedad privada; sin embargo, el terror que infunde en los ladrones, que logra descubrir al percibir el accidente de Arturo, lo vuelca a un cuestionamiento ético, destacado en la cita, dado que la pregunta por el ladrón no apunta a su *modus operandi* o a su oficio, no apunta a su condición social y delictual, sino que apunta a

la condición en la que tanto Victoriano como el ladrón, Arturo u otro, responde a una identidad masculina, signada por un género, una clase, un modo de darse en el mundo, respondiendo a condiciones éticas específicas que terminan emparentando, en la dimensión material de los cuerpos (la sangre, la amputación de un miembro, el dolor, la necesidad de supervivencia, el trabajo), al policía con el criminal. Esta evidencia material, es decir, esta constatación política de que el criminal y el policía son “hombres y, por lo tanto, tienen fallas” es la constatación de que el sistema del orden de la propiedad privada, de su resguardo y de su establecimiento nacional, está montado sobre seres de carne y hueso que deben obviar su naturaleza mortal, para “atrincherarse” en uno u otro lado de las asignaciones de profesión a las que pueden acceder en un sistema excluyente y adoctrinante: el policía responde al modelo instituido y oblitera su propia identidad, su propia procedencia de clase, para juzgar y detener a aquellos “sucios e insolentes” que le permiten confirmar la abyección del sujeto criminal, pero, frente a tipos como Arturo o Víctor Rey o El Gallego, la condición criminal se rompe por la respuesta a lo civilizatorio que tipos como estos ejecutan respecto del modelo que las elites han preparado para sí o para los tipos que sí merecen ser incluidos en el discurso nacional moderno.

El policía se enfrenta a la encrucijada de reconocerse, en tensión, como un marginal que recibe órdenes y que no participará del festín de la modernidad o como un agente del terror que debe llevar a cabo las ejecutorias que resguarden la propiedad privada sin considerar el hecho de que los ladrones, el sujeto criminal, responden a experiencias de vida similares o no a las propias, pero que son experiencias vitales, históricas, que implican un esfuerzo por subsistir en el ámbito exclusivo de las garantías del alimento, controladas y capturadas por las elites y las clases dominantes⁷⁶. A la espera de la ensoñación democrática, una pesadilla para quienes

⁷⁶ Esa captura del sustento vital, del alimento, por parte de las clases dominantes, a través de la especulación de los precios o del proceso de exportación/importación de alimentos, junto con las consecuencias de abandono de las tierras de cultivo agrícola, en ese pasado histórico traspuesto a lo literario, queda en evidencia con la enérgica movilización de la AOAN, como señalé en el primer capítulo, indicando en su momento las puntuales referencias a *Santiago subversivo 1920* de Craib.

siempre permanecen relegados, el criminal y el policía terminan siendo peones del resguardo de la propiedad privada, nunca democratizada, salvo en el discurso liberal en el que mediante el trabajo se asciende socialmente, hoy por hoy más que demostrado en su fracaso rotundo. ¿Qué clase de hombres son, si solo son ladrones? Son hombres que padecen, viven, respiran, pierden órganos o miembros, subsisten; son hombres que replican los modelos de apropiación ilícita/lícita de las elites; son hombres que hablan como dando puntapiés o que dulcifican sus modales, como los hombres que, por arriba, se proponen como candidatos a las presidencias o a las alcaldías: solo son ladrones, unos legales, otros ilegales.

En la tensión y en la disyuntiva social, estos tipos masculinos, policías y ladrones, se enfrentan de tal modo que todo el organismo social se resiente frente a la permanente crisis de la propiedad privada, porque la base de la ética liberal que modela la modernidad nacional es la propiedad privada, el derecho a apropiarse de un determinado valor (simbólico, cultural o material) y establecerlo como propio. Si algo ha quedado claro después de la crisis política, aún inconclusa, que estalló el 18 de octubre de 2019, es que el Estado chileno se ha construido, desde el Centenario y hasta el presente, sobre la base de la propiedad privada de unos por sobre otros: así se establece un sistema de explotación, amparado en una filosofía liberal que sostiene éticamente que cada cual puede ser gestor de su destino, obliterando las condiciones sociales y económicas que impiden la realización de esa gestión. Cuando se interrelacionan personajes masculinos típicos como criminales y policías se puede evidenciar la condición falaz de ese mismo discurso ético⁷⁷, porque policías y criminales, aun cuando poseen esa condición humana, están determinados por el orden instituido a jugar uno u otro rol, con las consecuencias fatales que evidencia la narración si cambian su papel; en el plano referencial, tanto las policías como

⁷⁷ Estos aspectos también han sido apuntados en el capítulo uno de esta investigación, a propósito de las reflexiones en torno a la dicotomía socioeconómica de ricos y pobres que desarrolló Recabarren en su discurso para el Centenario.

“el ladronaje” y otras criminalidades están sometidas, igualmente, a desempeñar papeles fijos en el orden social.

Al enfrentarse a la condición mortal del ladrón o del policía, el orden que ostentan se resquebraja, evidenciando su propio fracaso. Solo son hombres, llenos de fallas; solo son ladrones que hablan fino o dando puntapiés; solo son policías que no saben cómo actuar, cuando perciben que el orden que detentan causa terror.

En ese sentido, Victoriano

Terminó por darse cuenta, a pesar de todas las diferencias, de que eran hombres, todos hombres, que aparte de su profesión eran semejantes a los demás, a los policías, a los jefes, a los abogados, a los empleados, a los gendarmes, a los trabajadores, a todos los que él conocía y a los que habría podido conocer. ¿Por qué no cambiaban de oficio? No es fácil hacerlo: los carpinteros mueren carpinteros, y los maquinistas, maquinistas, salvo rarísimas excepciones. (85).

De este modo, se deriva una particular reflexión en torno a cierto determinismo respecto de los oficios a los que puede acceder un sujeto masculino proveniente de uno de los estratos de las clases populares. Esta idea la reiterará el narrador principal en *Scm*, al observar cómo ciertos hijos de zapateros preferirían ser intelectuales o poetas anarquistas, logrando con dificultades alcanzar la condición de la “rarísima excepción”. Cabe señalar, en este contexto, que más que tratarse de un determinismo social a secas o ingenuo, se trata de que frente a las oportunidades laborales que se barajan en el contexto específico del capitalismo de principios de siglo XX, al menos en Chile y en Argentina, la coyuntura social empuja a las clases populares y a los sujetos masculinos a trazarse caminos más bien cerrados: es impensable que un sujeto popular, para quien el entramado social ha diseñado ciertos caminos de desarrollo laboral, lograra verdaderamente ascender entre los estratos sociales o llegase a ser no un policía, un carpintero, un ladrón o un zapatero, sino que un abogado o un médico. El modelo universitario que se

instalará con posterioridad a 1930, de modo más acusado, es un modelo que permitirá a muchos sujetos populares femeninos y masculinos ascender socialmente desde los estratos altos de la clase baja hacia los estratos bajos y medios de la clase media; sin embargo, ese modelo fracasó, luego de la última dictadura cívico–militar reconocida históricamente (estoy pensando en la de Pinochet y los Chicago Boys, no en la de Piñera y los Chicago Oldmen), aunque esto es harina de otro costal y excede con creces las reflexiones de esta investigación, además de requerir fuentes para que la *intelligentsia* crea en mis palabras⁷⁸.

Entonces, Victoriano descubre que, así como su oficio es solo un oficio del que no puede escapar, así también los ladrones tienen su oficio del que no pueden escapar, porque, al fin y al cabo, son hombres falibles, hombres de carne y hueso (literarios y ficcionales, pero su carne poética y su hueso estético los empujan a aludir a la carne y al hueso de los masculinos referidos). En este contexto, aparece la figura del Camisero, del Zurdo Julián y del Negro Antonio que serán los ladrones que terminarán volcando a Victoriano de ser solo un agente de policía implacable y técnicamente perfecto a ser un policía corrupto desde la perspectiva de la idealidad de la institución (un corrupto entre corruptos, porque es generalizable la práctica de recibir sobornos, desde esos tempranos Centenarios hasta el presente⁷⁹; además de ser una institución dispuesta a la persecución política, a torturar y a asesinar a disidentes al régimen oficial).

El relato de las vicisitudes de Victoriano se tornará cíclico al determinarse que Aurelio es su hijo mayor, de once hijos, el hijo de un implacable agente de policía que deja de serlo, detiene a Aniceto Hevia de doce años y a su madre, es decir, detiene a un hijo y a una compañera de

⁷⁸ Interesante, por lo menos, sería echarle un vistazo a las estadísticas en torno a profesionalización y precarización laboral, a través de la panacea–falacia de ser trabajador independiente (prestador de servicios que emite una boleta de honorarios).

⁷⁹ Una indicación interesante en este sentido es la ficcionalización de la corrupción al presentar a un jefe de Investigaciones, Antonio de Larrázabal (personaje ficcional de apellido grandilocuente), “encamado” con una “pensionista”. Véase Valenzuela Medina, D. “Diabluras castigadas de González e Ipinza, los amigos contraejemplares de *Hijo de ladrón*” 834–35.

ladrón que no participan de los mecanismos de supervivencia asociados al latrocinio. Las presiones sociales en torno al esquemático universo organizado, en lo literario y en lo histórico, son determinantes. Si Victoriano es despedido luego de ser descubierto el hecho de que recibe sobornos de los ladrones, si su hijo es un implacable agente de policía y si al Negro Antonio lo apuñaló el Zurdo Julián como un aleccionamiento es porque las reglas del mundo están establecidas para que se cumplan estos sins delictuales y policiales: cada hombre en esta concatenación de hechos cumple un rol específico que permite inferir lógicas y modelos de comportamiento masculino.

Finalmente, todos estos hombres están emparentados en una red de relaciones lógicas, es decir, se necesitan y se requieren para poder existir y hacer cumplir las lógicas de un mundo de propiedad privada, orden, coerción y delictualidad. Así, “un ladrón era también un hombre, un hombre con los mismos órganos y las mismas necesidades de todos los hombres” (89). La generalización es explícita; de lo particular, de la anécdota concreta, se pueden establecer conclusiones relacionadas con modos abstractos de darse el ser ladrón y el ser policía, en tanto hombres, es decir, masculinidades subalternas contextualizadas en lo narrativo y en lo histórico. Esta es la primera estadía de Aniceto Hevia en la cárcel y ofrece un material que no había sido del todo considerado por la crítica; no, al menos, desde la perspectiva interpretativa que estoy trabajando.

Dado el “desorden” temporal en el que la memoria del viejo Aniceto divaga en torno a su “tiempo irremediable”, luego de articular el extenso relato de su primera estadía en la cárcel, con narración enmarcada y todo, vuelve al problema burocrático de la carencia de “papeles” y no poder embarcar con el amigo del río Aconcagua o el vagabundo de lentes o el hombre de las tortugas. El pasaje abre, entonces, la narración al primer encuentro con este vagabundo quien, como Aniceto, es huérfano de madre, aunque ni siquiera ha podido conocerla; su vida se mueve

entre el estudio y un porvenir más o menos fijo, dado que su padre es profesor y, aparentemente, se espera de él que cumpla con el oficio del padre, garantía de trabajo y de progreso.

Este vagabundo, sin embargo, decide dedicarse a la errancia por un tiempo; en ese trance conoce a Aniceto Hevia y se suscitan una serie de actos de rememoración entre sí que irán nutriendo de identidad a los personajes. Este vagabundo de lentes le hace recordar a Aniceto Hevia a otro vagabundo (trotamundos o vagamundo) de lentes: un tipo masculino que cabe mencionar porque genera cofradía con un organillero y un “platillero con bombo” (95, probable “chinchinero”) con los que realiza un espectáculo extemporáneo para el presente de Aniceto Hevia testigo: una pequeña cofradía de hombres que deambulan por el mundo con un espectáculo callejero que habla de modos de supervivencia entre los que no desarrollan o no alcanzan la idea de modernidad y progreso instalada en los discursos nacionales chileno y argentino.

Unos hombres premodernos, al fin, que transitan por los espacios llevando un espectáculo carnavalesco más o menos decadente a cualquiera que se reúna en torno suyo: este vagabundo de lentes vende cancioneros con “tangos y milongas con letras capaces de hacer sollozar a un antropófago” (96). Un recuerdo dentro del recuerdo, nada novedoso en las lógicas narrativas actuales, pero que en la obra *Hdl* es un novedoso recurso narrativo, dado que es una suerte de puesta en abismo, dado que un vagabundo con lentes activa la rememoración anecdótica y pasajera de otro vagabundo con lentes. El vagabundo de las tortugas, además de esta reminiscencia, aportará dos elementos más: unas alpargatas para el trotamundos Aniceto Hevia y una serie de anécdotas que se sumarán a la narración principal entregando información sobre otros tipos de hombres desperdigados en el mundo narrativo de *Hdl* y que aluden o refieren de algún modo a hombres históricos.

Particular mención en este contexto, de los dos viajes narrados del amigo de las tortugas, merece su estadía en el Dock Sud de Buenos Aires, lugar en el que comparte con múltiples

hombres que viven en los tubos de cemento, entre los que se cuentan a Trecich y al zapatero Contreras; del segundo viaje, la “picaresca” aventura que vive con sus amigos Ipinza y González, quienes son un par de estafadores de poca monta o “furbos”, como diría Arlt en un conciso lunfardo (“El furbo”, *Aguafuertes porteñas* 57-9; además de que, inevitablemente, esos dos muchachos recuerdan a los hermanos Espila con sus modos picarescos de subsistencia: *Los lanzallamas* 457-9; 531-9). Del análisis de la aventura “picaresca” del segundo viaje del vagabundo de las tortugas, he publicado un artículo de investigación que puede ser consultado, para ahondar en la interpretación de esos tipos masculinos particulares, sus modos de ser metonimias de otros hombres y la manera abstracta, por ende, alegórica, de sostener sistemas de ideas.

De este modo, es relevante en el ámbito de la construcción de masculinidades el extenso pasaje coral del encuentro del vagabundo de las tortugas con los otros vagabundos, habitantes de los enormes tubos de la dársena sur del puerto de Buenos Aires, probablemente el Dock Sud. Así, la escena permite comprender una variopinta cofradía de hombres reunidos por diferentes circunstancias; cada uno de estos hombres tiene una voz, aunque “No era un diálogo [técnica y teóricamente, sí es un diálogo]: las voces salían de todas partes. Alguien encendió un fósforo y pude ver lo que allí había: catorce hombres. Me acomodé en un rincón disponible.

–Pieza número quince.

Alguien soltó una carcajada” (105).

Posteriormente, los otros vagabundos juegan desde el universo burgués con el vagabundo de las tortugas al preguntarle por al menos tres aspectos: el alimento como privilegio (el desayuno en la cama), la tenencia de propiedad privada (“¿Encontró cerrada la puerta de su casa?” (105)), la existencia de un matrimonio, institución formal y constitutiva del ser varonil (“¿Peleó con su señora?” (105)). A todas estas preguntas, la respuesta del vagabundo de los lentes de pinza se completa con la respuesta aparentemente coral de los otros vagabundos, estableciendo la unión

en la austeridad casi cínica de estos errantes: “–Nada de eso; no tengo casa, señora ni llave. Estoy cansado y quiero dormir.

–Entonces todo nos une y nada nos separa. [replica una voz que parece coral y que surge de esos otros catorce hombres]” (105).

Ahora bien, este retazo del universo masculino de los trashumantes va a tener al menos tres nominados, de los que al menos dos adquieren sustancia y relevancia narrativa, porque estéticamente poseen valor narrativo. Esta cofradía de vagabundos que se le aparece al joven vagabundo de las tortugas está compuesta por diversos errantes, de los que se indica que eran

unos vagabundos muy especiales: entre ellos se encontraban hasta individuos que tenían cuentas de ahorros en los bancos. Allí dormían personas de los dos hemisferios y de levante y de poniente: españoles y chilenos, yugoslavos y peruanos, italianos y argentinos; algunos que andaban en parejas, solitarios otros, sin que ninguno fuera lo que la gente llama un vago; es decir, un hombre que por un motivo u otro no quiere trabajar; al contrario, tenían oficios y hasta profesiones; zapateros, por ejemplo, como el chileno Contreras, y abogados, como el español Rodríguez. (106)

Una de las primeras indicaciones que se pueden establecer respecto de este pasaje tiene que ver con la representación macrocósmica, dado que cada tipo particular de vagabundo que pernocta en los tubos es un representante de todos los espacios comprendidos en los ejes geográficos (los hemisferios norte y sur junto con los dos puntos referenciales respecto de la salida y la puesta del sol). De este modo, aunque cada tipo es un sujeto masculino particular, al mismo tiempo son sujetos estéticamente determinados como representantes del orbe total. El microcosmos manifiesta al macrocosmos como si se tratase de las correspondencias simbolistas, cercanas a la órbita de representación de la literatura carnavalizada en la que los fenómenos concretos y particulares tienen una posibilidad de lectura universalizante y, en otros aspectos estéticos, me permite volver al asunto de las experiencias metonímicas, porque estos

hombres, de un modo u otro, comprenden y concentran experiencias de muchos otros hombres. En términos de símbolo alegórico, estos hombres particulares, cuyas experiencias pueden ser traducidas como experiencias colectivas y generales, parecen ser, al mismo tiempo (en una estructura de estratos de interpretación y sentido, moviéndose por el eje paradigmático de la denotación), cúmulo de ideas graficadas en sus identidades particulares: tal o cual vagabundo es un fantasma demostrativo de la idea de la “errancia sin ataduras”, por dar un ejemplo simple.

Una segunda indicación está relacionada con la percepción que transmite el narrador de este pasaje sobre la vagancia y el trabajo, entregando detalles que redundan en mostrar cierto tipo de asimilación del mundo moderno y nacional por parte del vagabundo: tener ahorros en una cuenta bancaria. Además de este detalle que podría considerarse menor pero que permite inferir la situación social y económica de algunos de estos tipos errabundos no-vagos, el narrador aporta la específica diferenciación entre oficio y profesión al separar al zapatero, trabajador manual formado mediante el modelo premoderno de los talleres, del abogado, trabajador intelectual formado mediante el moderno modelo universitario (al menos desde el siglo XIV, la Universidad es un claro signo de modernidad, además de que claramente la Modernidad comienza con los primeros renacimientos culturales, al menos en Europa, por allá por el 1330 aproximadamente, cuando se registran importantes cambios de paradigma en los sistemas culturales de cada población; aunque la ley y la abogacía, asociadas al ejercicio retórico de la oratoria persuasiva está ampliamente registrada en la Grecia clásica, consideraré aquí el ejercicio de la formación profesional como un gesto inclusivo del narrador, gesto con el que al universo de los trotamundos incorpora desde trabajadores premodernos de oficio manual hasta modernos profesionales asociados al uso de la palabra y de la ley).

Una tercera indicación que me parece un juego estético y literario un tanto humorístico está vinculada con la onomástica del zapatero chileno y del abogado español. El zapatero, del que se predicará que es cercano al anarquismo, es de apellido Contreras: en el habla popular

campesina y urbana, al menos según he podido pesquisar en hablantes nacidos desde 1926 y hasta hace algunas generaciones, el apellido Contreras se emplea por asimilación fonética con “contrario” o con “llevar la contra”, es decir, oponerse sistemáticamente a algo de manera tozuda o no; por lo menos, es interesante que un zapatero anarquista sea “Contreras”. Por su lado, el abogado Rodríguez, quien indica de sí mismo que solo por el hecho de ser español se es abogado, tiene un apellido patronímico, es decir, Rodríguez es hijo de Rodrigo y Rodrigo es, por antonomasia, el nombre de Ruy Díaz de Vivar, el caballero que paradigmáticamente alude a lo español y a lo exiliado, al menos como arquetipo literario masculino, quien también debe ejecutar una defensa oral y jurídica de su honesto vasallaje frente a la conspiración de otros nobles en su contra.

En este contexto, junto con esos hombres específicamente nominados, cuya existencia particular permite observar a grupos de hombres en general, el narrador prosigue estableciendo a esta particular comunidad de vagabundos, sus diferencias y similitudes, su universalidad y su especificidad. Así, antes de destacar a Trecich, el vagabundo de las tortugas vuelve a indagar en la pluralidad de estas masculinidades, señalando que

Había también mecánicos y carpinteros, albañiles y torneros. ¿Qué hacían allí, durmiendo en una caldera abandonada, si eran hombres de trabajo? Sencillamente, no poseían casa ni familia en la ciudad y no podían crearse una ni querían gastar dinero en arrendar otra. Y no crea usted; cada uno tenía trazado su posible destino y sabía por qué estaba allí y no en otra parte, qué esperaba y qué deseaba hacer. (106).

Estos tipos masculinos, algunos trabajadores proletarios industriales, tienen una presencia vaga en el universo total de *Hdl*, porque están enfocados desde su ser vagabundos aventureros en busca de un destino que se trazan, más que desde sus vicisitudes laborales en tanto explotados por el régimen capitalista nacional de principios de siglo XX en Chile y Argentina. Valga señalar que tampoco son tipos arrojados al azar y al sinsentido como equívocamente se

interpreta el existencialismo sartriano, sino que, justamente, son tipos existencialistas porque toman decisiones desde su libre voluntad, motivados o no por una situación límite y son capaces de trazar su destino (fracasando o no). Esta es una breve evidencia de una de las concepciones filosóficas en torno a la libertad que podría estar manejando el narrador principal, Aniceto Hevia viejo, enmascarado en este narrador secundario que es el amigo de las alpargatas. En ese sentido, es posible inferir un sustrato filosófico anarquista, probablemente más liberal e individual, incluso intuitivo, que se le proyecta al personaje desde una conciencia autorial que acusa ciertas lecturas realizadas, como las de Max Stirner (*Sombras contra el muro* 133 [*El Único y su propiedad*]), o una cercanía vivida por el autor histórico y real con los hermanos Gandulfo, lectores de Stirner.

Ahora bien, entre policías, delincuentes y vagabundos, el hecho de que sean proletarios de una tendencia política u otra es tangencial, salvo en el caso de los anarquistas, que le parecen relevantes estéticamente, en la narración, a las voces narrativas generadas por la conciencia autorial. Estos grupos de masculinidades representados en la narración ocupan un espacio importante en el contexto histórico social al que refiere la obra. En ese sentido, estos hombres están más cerca de los proletarios industriales, pero su relevancia narrativa está centrada en el hecho de ser vagabundos, no vagos (mal entretenidos), que buscan y trazan su destino, es decir, son aventureros, en un sentido genérico literario, y son migrantes en búsqueda de cumplir algún objetivo, laboral o no, en el sentido en el que se actualiza, en el relato, una forma histórica, social y masculina de procurarse la subsistencia. El presente mentado por la narración actualiza la forma del aventurero y le suma, a esa imagen típica de una masculinidad literaria, rasgos propios del presente referencial: anarquista, migrante laboral y trabajador de oficio, para un personaje; colonizador de los márgenes del centro de Europa, buscador de oro, comerciante liberal, racista, para el otro personaje. Lo anterior queda claramente establecido con la descripción–interpelación que se hace de Trecich.

Trecich responde al modelo de aventurero propio del paradigma más violento del colonialismo; la relación que establece con el trabajo y con el dinero está basada en la ambición del comercio legal a inicios del s. XX en la zona magallánica (trata de seres humanos, ganadería ovina, extracción de oro, principalmente). Así lo establece el vagabundo de las tortugas en la extensa descripción reflexiva que transcribo a continuación,

Trecich, por ejemplo, esperaba una oportunidad para trasladarse a Punta Arenas, a Tierra del Fuego, decía él, meta de muchos yugoslavos; no había podido llegar sino hasta Buenos Aires, trabajando en un barco, y esperaba otro que, trabajando también, lo llevara hasta el Estrecho de Magallanes. Tenía dinero en el banco, pero ¿por qué lo iba a gastar en un pasaje que podía pagar con su trabajo? Era joven y estaba muy lejos de ser un inválido; que pagaran pasaje los que tenían dinero de sobra o los que temían al trabajo; él no lo temía, lo deseaba, y cuando me oyó contar que venía de Punta Arenas me asaltó a preguntas: ¿cómo era el clima, viven allí muchos yugoslavos, es cierto que todos se han enriquecido, queda oro en Bahía Valentín, no llegaré demasiado tarde? No, Trecich, y si se ha acabado el oro, si el viejo Mustá se ha hecho para su chaleco de fantasía una doble cadena con las últimas pepitas sacadas de El Páramo, quedan todavía muchas tierras que colonizar, muchos indios que matar o esclavizar, muchas ovejas que trasquilar, muchos bultos que cargar, mariscos que pescar, mercaderías que vender, basuras que recoger y mugre que limpiar. (106–7).

El retrato de Trecich establece una mirada crítica sobre este tipo de vagabundo aventurero codicioso que replicaría lógicas destructivas e invasivas de colonización. Esto queda claro con el comentario final del vagabundo de las tortugas: “Le tomé antipatía: todo lo reducía a nacionales [modo de mentar el dinero argentino⁸⁰], y no disimulé mi regocijo cuando supe que tenía embarque para Punta Arenas; por allá debe andar todavía, buscando dinero hasta por

⁸⁰ <https://www.argentina.gob.ar/casademonedas/lineadetiempo>

debajo de las bostas de los animales” (107). El tipo masculino de este paradigma de aventurero es degradado al punto que su ambición lo impulsa a buscar oro incluso debajo de las fecas.

El narrador genera una descripción de contraste al observar y construir la imagen del zapatero Contreras, dado que los primeros datos que aporta permiten inferir una actitud estoica y cínica, en el sentido filosófico del término, que se encuentra en la ética ácrata hasta la actualidad. En esta órbita de las posibilidades de ser masculino, Contreras aparece para el narrador como contrario a ser un “tragaplata” (107) como Trecich, con lo que el paradigma que representa Trecich encuentra su doble especular, otra vez en una estructura paralelística, no necesariamente binaria por la yuxtaposición de rasgos, como la que observé en el mundo de los hombres policiales y delictuales. Entonces, “Contreras resultaba un gentilhomme: viajaba por el placer de viajar y utilizaba para ello todos los medios que el progreso ha puesto al servicio del hombre, aunque sin pagarlos, claro está; cuando lo echaban del tren de carga o de uno de pasajeros en que viajaba sin boleto, no se incomodaba y seguía a pie, con su mochila en la espalda, hasta tomar otro” (107).

El zapatero Contreras además de manifestar en sus experiencias una ética contraria a Trecich, respecto de la actitud en torno al trabajo y al dinero, permite inferir un modo de ser vagabundo que podría incluso vincularse con la actitud del *flâneur*, porque, despreocupado y sin prisas, sigue su periplo solo por el placer de deambular por el mundo. Contreras es un moderno y al mismo tiempo arcaico trotamundos; moderno, porque emplea los recursos técnicos que la modernidad oferta a quienes pueden pagarlos y a quienes desde la ilegalidad son capaces de abordarlos en un gesto rebelde y político sin que por ello haya una hiperideologización del gesto. Contreras es un viajero arcaico, también, porque deambula por el mundo en una larga tradición de trotamundos que emparenta a Contreras hasta con las tribus trashumantes a través del gesto explorador y curioso del recorrido.

Ahora bien, Contreras es un obrero de oficio, forjado en el taller, que logra sorprender en Mendoza y en Rosario a los patrones con los que trabaja, quienes “no comprendían cómo un obrero con tales manos podía dedicarse a vagar” (107). Luego de despedirse con un clásico uso del diminutivo asociado al habla chilena (“hasta luegoito” (107)), como un aventurero de novela, como un viajante sin otro objetivo que vagar, “se iba paso a paso por los durmientes de la línea férrea” (107).

La relación amorosa de Contreras permite inferir algunos asuntos relevantes respecto de ciertas lógicas que se establecen en el vínculo “marital” que podemos anticipar cercano a una ética ácrata. Valgan de inmediato algunas salvedades fundamentales: la mujer permanece innominada y, de voluntad propia o sometida, requiere o al menos accede al requerimiento, aparentemente, de su esposo. Así, “espérame” (107), le dice el zapatero a la aparadora, pero no puedo inferir la actitud de la mujer, dado que no hay ningún indicio de su voz, de su actitud amorosa respecto de la espera, aunque se puede inferir su decisión por lo señalado por Contreras. Se puede establecer que “quedó a cargo del taller ... Es aparadora y gana casi tanto como yo” (107), porque la afirmación de “me espera” (107) es la expresión del zapatero respecto de la que supone la actitud de la aparadora. Sin embargo, claro está, no hay indicio alguno de si la aparadora esperará o no a Contreras; lo que sí es evidente es que queda a cargo del taller de calzado y, en ese sentido, salvo la usurpación machista inferible por la violencia patriarcal, la aparadora está segura económicamente en el Chile de principio de s. XX, con lo que, por su oficio y su taller, puede ser autónoma⁸¹. A pesar de la actitud vagabunda de Contreras, que puede ser leída como propia de una libertad masculina permitida bajo el patriarcado, nada explica, salvo el ser hombre, el hecho de que el zapatero inicie un periplo y vagabundaje “sin poder llevar” a la aparadora, como si esta no pudiese decidir si iniciar o no el

⁸¹ Es necesario considerar en este contexto la Sociedad de Resistencia de Costureras, Aparadoras y Ramos Similares, fundada en Valparaíso, cerca de 1903, según lo investigado por Muñoz Cortés en *Sin dios ni patrones* (99).

mismo u otro “peregrinaje”. Gracias a estos décticos, las mujeres, con excepción de la madre, alguna vecina y las prostitutas, siguen invisibilizadas en el mundo masculino de los narradores presentes en *Hdl*.

Posteriormente, el narrador indagará en los aspectos físicos e intelectuales del zapatero Contreras. A propósito de esto, entrega los indicios que permiten vincularlo con el mundo ácrata (los que destaco en cursivas), porque el vagabundo sin preocupaciones era “bajo de estatura y un poco gordo, con suave mirada, pelo largo en forma de melena y aire de poeta provinciano. Sabía recitar algunas poesías y *hablaba mucho de la libertad del individuo y de la explotación del hombre por el hombre; sospeché que fuese anarquista*” (108). El trotamundos de las tortugas comprende que una amistad más férrea no se podía establecer, como deberá comprenderlo Aniceto, porque cada cual debe proseguir su errancia y salir del universo del “Hotel de los Emigrantes” (108). Así, tanto Trecich como Contreras permiten ahondar en dos tipos de hombres que se encuentran en la época a la que refiere la narración, en tanto son muestras de paradigmas de comportamientos masculinos que atraviesan con sus características la constitución identitaria del colono ambicioso y del errante vagabundo, ambos hombres que se amparan bajo las lógicas de explotación, uno, o de libertad permitida, el otro.

El narrador de lentes continúa su periplo, a su vez, buscando trabajo bajo cualquier condición o en cualquier espacio. La escena que transmite a Aniceto, anticipando la narración que este hará de su propia estadía en Los Andes trabajando en la construcción de la línea férrea, inevitablemente me remite, y me permito la alusión aun cuando desconozca si Rojas conoció o no *Las uvas de la ira* de Steinbeck (1939) –cuya versión fílmica de John Ford es de 1940, fecha que también abre la posibilidad de que Rojas la haya conocido, a sabiendas que si conocía a Faulkner o a London–, a un paisaje de depresión económica, de trabajadores que transitan por el Cono Sur en busca de oportunidades, sean estos criollos o emigrantes europeos, todos ellos, al menos en el relato, hombres. Así, las condiciones materiales quedan de manifiesto, al

comprender que el vagabundo de las tortugas no halla trabajo, puesto que, en el universo masculino (morfológicamente determinado por la marca del masculino -o),

decenas y aun centenas de seres de todas las nacionalidades, edades y procedencias, vagabundos sin domicilio, como yo, y otros con domicilio, y todos sin tener qué comer, mendigaban empleos de veinte o treinta pesos mensuales. Eso era en la ciudad, llena de inmigrantes, algunos de ellos llorando por las calles, italianos o españoles, palestinos o polacos, que venían a hacerse ricos y que en esos momentos habrían dado cualquier cosa por haber nacido en la “porca América” o por no estar en ella. En los campos era peor: vagaban por miles, de un punto a otro, hablando diferentes lenguas y ofreciéndose para todo, aunque sólo fuese por la comida; se les veía en los techos de los vagones de carga, como pájaros enormes, macilentos, muertos de hambre, esperando la cosecha [gañanes o trabajadores “golondrina”], pidiendo comida y a veces robándola. (108).

La escena, lejos de ser poco actual, remite a una América de principios de siglo en la que el sueño de la modernidad y de la democracia que implicase el capitalismo liberal es irreal; en la órbita histórica de los Centenarios de las repúblicas chilena y argentina, los miles de trabajadores “hambreados”, por mentar solo los del género masculino, engruesan las filas de quienes han sido excluidos de los sueños gloriosos de los militares de altos rangos (ni hablar de los rotos palomeados como “carne de cañón” por los futres para que peleen en las guerras civiles o nacionales) y del boato del que se precian las elites. Me parece que, además de la preciosa información individual que puede ofrecer el tipo de vagabundo que es el de las tortugas, la reproducción de su voz en la narración, por el narrador principal, entrega una información medular respecto de las cofradías, a la fuerza o buscadas, de masculinidades errantes expulsadas del sueño moderno de las elites liberales y conservadoras que se asentaron en el poder político cerca de los Centenarios; anticipándose a la narrativa de la Gran Depresión, e inclusive a los pasajes de *Scm* que aluden directamente a la explotación económica del salitre, anterior a la

crisis de 1929–30 cuando aún se realizaban “enganches” masivos para las salitreras (*Sombras contra el muro* 124-7).

El breve pasaje citado es un deíctico de la crisis laboral que implica la captura de los medios de producción por parte de las elites locales y del desastroso manejo económico que implica esa apropiación, en tanto salvaguarda de un mercado de capitales financieros que está sosteniendo una ética liberal meritocrática que, desde sus inicios, evidencia su fracaso y las tensiones sociales que genera con sus lógicas de exclusión, hambruna, cesantía, racismo, entre otros elementos que acompañan en todo momento los fastos de los Centenarios. Definitivamente, y como establecí en el capítulo uno respecto del ámbito histórico, la modernidad de las naciones argentina y chilena no alcanza para toda la población, o al menos así lo evidencia lo literario, quizá en una exageración artística, como suponen algunos críticos que dan por pasado este modo de darse el capitalismo liberal o, en la actualidad, el neoliberal. ¿Qué padecimientos, por su parte, evidenciaría una literatura de mujeres respecto de este contexto referencial? De seguro las estudiosas actuales y pasadas podrán responder esta interrogante; intuyendo los modos de analizar e interpretar de Hélène Cixous, en *La risa de la medusa* (23-35), mi empeño se orienta a desentrañar las naturalizadas y casi nulamente criticadas maneras de darse, comportarse y constituirse las masculinidades literarias como reverso y anverso especular de las históricas y cómo los tipos particulares son metonimias de los grupos generales de estas.

Posterior al relato del pequeño gesto de solidaridad de quien “no nadaría en la abundancia” (108–9), con el que se evidencia la condición de mendicidad involuntaria a la que puede ser empujado un tipo masculino cesante, el vagabundo de las tortugas culmina el relato de su primer viaje, en la voz refractada de la memoria de Aniceto Hevia, con un par de datos sobre su padre y sobre su condición de hijo. Así, el padre del vagabundo de las tortugas es descrito como “Este hombre, dedicado toda su vida a su profesión y a sus estudios, ha tenido siempre, al parecer,

gran atractivo para las mujeres, aunque se me ocurre que ha sido un atractivo de dominio, es decir, las mujeres, más que enamoradas de él, han debido sentirse dominadas por él” (109).

El profesional es además un “hombre indiferente a lo que no es propuesto con rigor lógico” (109), lo que determina, en cierta medida, que la madrastra del vagabundo tan cegatón como Filín sea “una mujer hermosa, pero muy triste” (109) y que a la madre de este narrador “le estrujó la juventud y las entrañas” (109). El padre de este trotamundos es un tipo masculino que sin dificultad se puede encontrar incluso en el presente histórico, dado que “Ha sido casado dos veces y sospecho que además tuvo amores, largos y fructíferos, aunque ocultos, con una tercera mujer, muerta en el anonimato o que aún vive y de la cual sospecho que soy hijo” (109); esta indicación sitúa al vagabundo de las tortugas en el nivel de hijo espurio, pero reconocido por el padre y criado por la madrastra. Este muchacho solo podrá imaginarse a su madre a través de la suposición: viva o muerta, carece de una madre y su padre se constituye a través de la severidad y la dominación. En el ámbito materno es un cómplice de Aniceto; en el ámbito paterno, de otro modo, también, dado que, aunque los padres son diferentes en la órbita afectiva, son semejantes en la que termina siendo la matriz tópica de la paternidad: la ausencia, porque uno debido al presidio y el otro por la causa de su carácter dominante, desaparecen simbólicamente o materialmente de la vida de sus hijos, permitiendo comprender un fenómeno cultural, social e histórico del plano referencial respecto de la relación entre masculinidades paternas y filiales.

Ahora, es necesario analizar algunos aspectos de la infancia de Aniceto Hevia y del motín en contra del alza del precio del pasaje de los tranvías que lo conduce a la cárcel por segunda vez y que es uno de los núcleos narrativos en tanto “pasaje” (marca de tránsito narrativo). Posteriormente, interpretaré algunos segmentos de *Scm*, tan relevantes como estos para cumplir, aunque parcialmente, con los objetivos de esta investigación.

De este modo, el espacio narrativo del recuerdo de la infancia se abre con el cambio de voz narrativa: del vagabundo de las tortugas a Aniceto Hevia. En primera instancia, la metáfora náutica de representarse como “embarcaciones abarloadas” (110) incorpora la perspectiva de la vida como un navegar y anticipa la cercanía del mar de Valparaíso, al que han llegado bordeando la ribera del río Aconcagua. En segunda instancia, la expresión “No podía contar nada. Mi vida era una vida para mí solo” (110) sitúa al narrador como un personaje que calla su propia narración para el compañero de viaje; ¿accede o no accede, el trotamundos de anteojos, al relato de la infancia de Aniceto Hevia? Aparentemente, existe un silencio “retórico” por parte de Aniceto Hevia, porque no calla verdaderamente, dado que inicia su relato de la muerte de la madre, el encierro del padre, la separación con los hermanos y otras vicisitudes y adversidades que determinan las decisiones del personaje.

El padre tiene la trágica tarea de comunicar, primero, que “Mamá está mal” (110), para luego afirmar la fatídica expresión “Mamá ha muerto” (111); solo gracias a Ezequiel, el menor de los dos hermanos mayores, se puede acceder a la realidad velada del relato que consiste en que “Mamá está enferma” (111). Con estos tres enunciados, la verdad en torno a la orfandad de los cuatro hermanos y la viudez de El Gallego queda sellada.

Los dos pequeños hermanos, Daniel y Aniceto, son representados por el narrador como dos pequeños asustados, porque “Vimos que papá avanzaba hacia nosotros; tenía los ojos enrojecidos y sus labios estaban pálidos y temblorosos. Inclínamos la cabeza, asustados” (111), mientras los dos hermanos mayores “lloraban, las manos en las bocas, inclinado el cuerpo, como si algo les doliera en las entrañas” (111). Los hijos de ladrón, los muchachos de masculinidad infantil y juvenil, son golpeados por la muerte de la madre; el mundo conocido y seguro, propiciado por el bienestar que suponía tanto el amor de Rosalía y de Aniceto, padre, como la seguridad de un hogar conformado de modo adecuado, aunque contrario al hogar burgués ideal, dado el oficio del padre. La muerte de la madre desarticula el mundo de este

grupo de masculinidades que, enfrentados a la ausencia inevitable, procuran por todos los medios rearticular lo destrozado por la muerte.

En primer lugar, la muerte de la madre congela el universo conocido. Así, frente a la radicalidad de la experiencia

Ahí nos quedamos durante una eternidad, sin mirarnos o mirándonos como a hurtadillas; no sabíamos qué era necesario hacer y no nos atrevíamos a hacer nada; todo nos parecía superfluo o inadecuado. El desayuno se enfrió en la mesa y el agua hirvió hasta agotarse, se apagó el fuego y nadie prestó atención a los gritos de los vendedores, que todas las mañanas, a hora fija, gritaban en la puerta sus mercaderías. No se escuchaban ruidos en el dormitorio y nadie se acercó a llamar a la casa. ... ni vecinos, ni conocidos, ni amigos; soledad y silencio.

En unas horas, en menos de un día, la casa era otra y otros éramos nosotros; otro también, con seguridad, nuestro padre. Lo sentíamos en nuestra inmovilidad. (112).

Esta inmovilidad creada por la quietud de la muerte y, principalmente, por la perplejidad de los hombres frente a la muerte de la Madre, es interrumpida por el padre que “envejecido, demacrado el rostro, inclinado el cuerpo” (112) convoca a los muchachos con su voz hecha “trizadura” (112), para decirles

–Ha muerto mamá. Para cualquier hombre esto es una desgracia; para mí es más que eso. Ustedes saben por qué. Ya no podré hacer lo que hacía: estoy atado de pies y de manos, y es necesario mirar hacia otra parte, no sé todavía hacia dónde. Por desgracia, no tengo dinero y estoy en Buenos Aires, en donde soy conocido y en donde me sería muy difícil vivir tranquilo. No sé qué voy a hacer, pero algo haré. Mientras tanto, tenemos que arreglarnos como podamos. Espero que harán lo posible por ayudarme. (113).

Respecto de esta cita, una primera anotación está referida a la enunciación de un hecho general que apunta a la dimensión de la presencia de la madre en el universo de los hombres:

la pérdida de la madre, tal como está declarado por Aniceto padre, es una desgracia; no solo es la ruptura del orden del hogar, sino que es la crisis de la posibilidad de realizarse en el oficio de ladrón. Aunque no la menciona en tanto esposa, compañera erótico–sexual, sí la menciona en tanto cómplice y soporte de la estructura doméstica, soporte que le permite desarrollar su oficio, porque cuenta con la presencia de la madre para que lo respalde en el caso de ser detenido y para que soporte el peso del hogar y de la crianza de los cuatro muchachos. Desde el menoscabo, la mujer–madre–esposa es solo una función doméstica en la economía; desde una perspectiva estética, Rosalía es fundamental en los acontecimientos que devienen de su muerte, dado que su presencia es primordial y su ausencia implica la desestabilización del mundo ordenado y conocido de los cinco hombres Hevia. Esta desestabilización es tal que desintegra el cosmos de los hombres Hevia. La Madre es un eje articulador de la estructura social básica y su pérdida es la desarticulación de ese mundo.

Una segunda anotación apunta al hecho de que Aniceto Hevia padre es un ladrón conocido en la ciudad de Buenos Aires de principios de siglo XX. En la ficción y en el plano referencial, se puede inferir que la vida de un ladrón conocido, filiado por la policía, es la de un hombre condenado a no poder desarrollar su oficio, dado que está “atado de pies y manos”.

Una tercera anotación tiene que ver con que tanto padre como hijos conforman un grupo de cinco hombres solos, sin parientes maternos ni paternos conocidos, que, respecto de la desaparición del pilar fundamental del hogar, como en todo hogar patriarcal, la madre, se ven expuestos al fracaso, al quiebre, a la inoperancia doméstica y vital. Sobrevivir, para los personajes, será una permanente lucha contra la adversidad y el hambre.

Este momento narrativo puede ser considerado como el momento de estar atados de manos y pies producto del duelo que implica el fallecimiento de la madre; fundamentalmente, es un modo de anticipar narrativamente el largo trayecto que se abrirá con el “solos y como puedan” (117).

Antes de un breve momento de cierta comicidad, el narrador afirma que “Necesitábamos una mujer, una sola: no había ninguna. Podía tomarse una sirvienta ... Estaba por verse, además, si se encontraría una sirvienta para una familia cuyo jefe es un ladrón conocido” (113). La casa, en términos domésticos, “empezó a marchar, pero a tropezones” (113), demostrándose la inoperancia de los cinco hombres solos que, en su ser “común y corrientes”, no logran articular un hogar. Frente a esa desarticulación, el narrador no lamenta la ausencia de la madre como pilar del hogar, sino que declara la necesidad de “tener” de modo doméstico “una mujer”, indeterminada e indefinida, es decir, una mujer que, como la madre, cumpla con el rol de sirvienta.

Este momento narrativo entrega señales complejas para comprender la construcción de masculinidad de los hombres respecto del trabajo doméstico, de la articulación de hogar desde la capacidad de proveer el alimento hasta lograr que la casa, en tanto espacio físico, se mantenga limpia y habilitada para su uso. Estos hombres solos demuestran su inoperancia en el mundo narrativo, porque el adulto se dedica a un oficio que lo excluye del mundo civilizado del orden nacional y los cuatro muchachos no son hombres como tales, sino que son aún infantes que deberán ser forzados a crecer por la violencia de la articulación del mundo patriarcal que, al excluirlos del mundo doméstico, los incluirá en el mundo de los vagabundos, los trabajadores ocasionales y otros tipos de masculinidades sobrevivientes, diferentes al obrero industrial o al funcionario de “cuello blanco”⁸². La crisis que implica la muerte de la madre anticipa el derrumbe físico del hogar y la separación de los hermanos que, además, es consecuencia de la detención del padre (detención también derivada del quiebre en el mundo narrativo que implica la muerte de Rosalía).

⁸² Tempranamente muere de pulmonía Ezequiel quien logró ser mecánico, relata Daniel, joyero, a Aniceto, múltiples oficios hasta llegar a ser consueta y luego linotipista (Rojas, *Mejor que el vino* 689).

El desastre del hogar es descrito con ciertos ribetes cómicos. Este tono cómico empleado permitirá hacer que la tensión de la muerte de la madre se relaje solo para establecer otro momento fatídico en la vida de los muchachos. De este modo,

João tomó el mando de la cocina; sabía cocinar tanto como hablar guaraní; Ezequiel le ayudaba y Daniel y yo nos hicimos cargo del aseo y de las compras, ocupación más fácil y más rápida. Mi padre era de una inhabilidad absoluta en cuanto a todo aquello: lo único que sabía, en labores domésticas, era pegar botones y los pegaba de tal modo que parecían cosidos con alambres: no se volvían a soltar, pero hasta allí llegaba. En cuanto a cocina, no distinguía una olla de una sartén y le asombraba que las papas tuviesen una cáscara que debía mondarse. (114).

Si bien los muchachos hacen lo posible, dentro de su incapacidad, por mantener “a flote” la “nave” del hogar, el padre definitivamente es un tipo masculino inoperante en el universo doméstico. Más aún, el hombre adulto, proveedor del hogar, está inhabilitado como padre y madre según el relato del narrador, porque, “era ahora nuestro padre y nuestra madre, todo junto, sin tener, por desgracia, las condiciones necesarias para uno y otro papel; por lo demás, nadie las tendría” (114). En este contexto, el hecho de afirmar que nadie podría tener esas capacidades es una declaración que ubica al tipo masculino, en tanto padre—madre, en el espacio de la inutilidad: su única habilidad, que por cierto no es delicada, es la de pegar botones, hecho aislado dentro de la orgánica de un espacio doméstico. La increíble habilidad manual de Aniceto Hevia padre, como ladrón de finas joyas y como “cerrajero”, es del todo inútil para conservar la estructura del hogar. El padre está determinado por su oficio y, por ende, solo puede salir a “intentar un golpe”. Este golpe, del que narrativamente el público lector se enterará avanzando el relato, es infructuoso: el tipo masculino Aniceto Hevia, ladrón ideal y deseado por la policía en tanto tipo de ladrón educado y fino, devela ahora su total inadecuación al mundo de la delictualidad por ser un ladrón filiado, es decir, conocido por la policía, junto con mostrar su

inoperancia en el mundo doméstico porque es incapaz de cumplir, inclusive, con el mandato masculino de proveer un hogar.

La narración se precipita entonces al fracaso del grupo familiar compuesto solo por masculinidades inadecuadas (un ladrón y cuatro prehombres), debido al ingreso de las fuerzas masculinas del orden civilizatorio: la policía.

La violencia de los golpes en la puerta anuncia que se trata de la policía que ingresa en el ya destartalado hogar para imponer su orden a ese mundo doméstico. Este orden terminará de destruir el espacio de la casa, es decir, inocular el desorden en este universo, negándole su condición de hogar. Junto con violentar a los muchachos físicamente con su presencia, la policía los degrada mediante el trato verbal, porque al llamarlos “Muchachos” los está tratando como “lagartijas” (114): uno de los reptiles más pequeños e inofensivos que se puedan encontrar en un espacio semiurbano o en las periferias aún a inicios del s. XX semirurales de la ciudad. Si los muchachos se encontraban sin madre, la evidencia del orden civilizatorio del mundo masculino, mediante la policía, los deja sin padre. El diálogo seco que mantiene João con el “hombre gordo” es abrumador:

–El Gallego está preso –aseguró, como si asegurara algo que todo el mundo sabía.

Giró de nuevo y se dispuso a salir; sus compañeros salieron delante. Antes de cerrar, mirádonos, agregó:

–Y ahora tiene para mucho tiempo.

Cerró, dando un gran portazo. No tenía miedo de que le oyeran. (115).

Los hijos de ladrón ingresan al mundo de la orfandad con la mirada policial sobre sus cabezas. Además, estos muchachos están excluidos del mundo de las masculinidades adecuadas al modelo civilizatorio, es decir, no son tipos masculinos “completos”, porque aún son infantes que no responden a las lógicas de producción del capitalismo liberal, patriarcal y nacional; es más, los esfuerzos de El Gallego por lograr que los muchachos fuesen “hombres de bien” les

negó la posibilidad de poseer mecanismos de supervivencia en el mundo masculino. De este modo, los muchachos están tan atados de manos y pies como el padre, porque

Si él [Aniceto Hevia padre] no hubiese tenido el oculto deseo de hacer de nosotros personas honorables y nos hubiera enseñado, si no a robar –lo que también hubiera sido una solución, como era la de muchos hombres–, a trabajar en algo por lo menos, nuestra situación habría sido, en ese momento, no tan desesperada, pero como muchos padres, no quería que sus hijos fuesen carpinteros o cerrajeros, albañiles o zapateros, no; serían algo más: abogados, médicos, ingenieros o arquitectos. No había vivido una vida como la suya para que sus hijos terminasen en ganapanes. Pero resultaba peor: ni siquiera éramos ganapanes. (116).

El deseo del padre, asociado a la movilidad social a través del estudio universitario, queda truncado. En el mundo masculino de la obra, los oficios manuales son desplazados, como futuro válido para los muchachos, por la idea de “honorabilidad” que debiese otorgar una profesión universitaria. Sin embargo, ese mundo está clausurado para los hijos de ladrón que, en definitiva, no han heredado siquiera el oficio delictual del padre.

En ese ámbito, la casa vuelve a mostrarse como un espacio vacío de hogar y como una zona aterradorante. “Por la casa pasó una racha de terror y hubo un instante en que los hermanos estuvimos a punto de huir de la casa, de aquella casa que ya no nos servía de nada: no había allí madre, no había padre, sólo [sic] muebles e incertidumbre, piezas vacías y silencio” (116). Solo una última tentativa de Ezequiel y João podría salvar la situación, pero esa tentativa implica ingresar al orden policial para rescatar al padre; este rescate, como es de suponer, es infructuoso porque no se cuenta con los recursos monetarios ni con una masculinidad adulta que pueda enfrentar la dimensión policial (adulta y masculina) de la cultura que excluye a la orfandad y a la infancia.

El diálogo que sostienen Ezequiel y João con el policía del Departamento es abrumador por la información emotiva que otorga y, también, por el desarrollo burocrático que supone excarcelar al padre. Además, muestra, una vez más, la inoperancia, en términos afectivos, del sistema del orden policial, brazo armado y ostentador de la ejecución de la ley del orden de la cultura patriarcal. Ahora bien, en términos concretos y materiales, el policía como tal, por ser un tipo masculino inferior en el orden policial está impedido para ayudar a los muchachos. Frente a la constatación de que, aun cuando saben qué hacer, no tienen dinero para un abogado, que El Gallego está incomunicado, que la madre ha muerto y que ellos están totalmente solos, el narrador indica respecto del policía: “El hombre pareció turbado: tampoco él, en esas condiciones, habría sabido qué hacer” (117). El acto de esperar es una idea poco original y efectiva, porque, como se indicó, a El Gallego “lo tomaron con las alhajas encima y adentro de la casa. No hay modo de negar nada” (116), por lo tanto, los muchachos “tendrán que esperar mucho tiempo. El Gallego no saldrá ni a tres tirones” (117). El periplo de Aniceto y de sus hermanos definitivamente comienza con este hecho, que es rematado por el policía con unos golpecitos en la espalda de João y Ezequiel recitando “con amabilidad ... vean modo de arreglárselas solos y como puedan” (117).

Esta expresión, emanada desde el policía, parece sintetizar uno de los principios del individualismo liberal que, al menos en lo que he podido observar en otros objetos culturales literarios de la Modernidad (siglo XVI hasta el momento en el que inscribo esta investigación), es una de las bases del modelo económico y, por ende, del aparato cultural que lo soporta. “Sálvate si puedes”, “ve por ti que nadie más lo hará”, “ráscate con tus propias uñas” son expresiones que resuenan entre los estratos populares para sintetizar algunas de las maneras de darse, en el cotidiano, el conglomerado filosófico del individualismo liberal.

De este modo, el mundo del orden policial, incapaz de solidarizar con los hijos de ladrón, solo puede enunciar un principio liberal asociado a la individualidad y a la posibilidad de “surgir

socialmente”. Este pasaje no puede ser observado con la ingenuidad liberal de considerar que las posibilidades de sobrevivencia están aseguradas para todos por igual; como señalé en el capítulo primero, las lógicas de exclusión, de explotación, de violencia, de usurpación de la fuerza laboral, de civilización y orden implicadas en la constitución de sujetos ideales para la nación patriarcal y capitalista son claras. Tipos masculinos como los hijos de ladrón no están, tal como lo anticipó el narrador respecto de los oficios y las profesiones, en condiciones sociales, económicas, laborales y culturales, producto del mismo desplazamiento social que realiza Aniceto padre con ellos, de sobrevivir en el contexto “histórico” del mundo ficcional. Aniceto Hevia, hijo y narrador, culminada la tetralogía podría ser un tipo masculino que, en cierta medida, triunfa o “llega a buen puerto”, pero su llegada a buen puerto, respecto incluso de Manuel Rojas, es aparente y, como ya comenté, el final abierto de *Mejor que el vino*, pieza final de la extensa narración del “tiempo irremediable”, solo deja en suspenso si ese Aniceto Hevia de un poco más de cuarenta años ha logrado realizarse, si no triunfar, en la concatenación de fracasos y humillaciones que los tipos masculinos subalternos padecen respecto de las directrices de los tipos masculinos hegemónicos.

“Solos y como puedan” es una frase que para algunas clases que tienen un soporte cultural, social o económico, es una incitación a la realización; para otras clases, principalmente la amplia clase baja y la muy estratificada “clase media”, es la reafirmación excluyente del sistema, frente a la que el paternalismo asistencialista de los Estados subsidiarios, tal como el de Chile desde 1938 y el de Argentina con posterioridad a la Década Infame y producto del ascenso del peronismo, tratará de salvar la situación con la evidencia de que nunca es suficiente, porque el régimen capitalista, liberal, nacional y patriarcal, generará permanentemente más grupos de excluidas/os del relato triunfal y civilizado del progreso y de la modernidad que alcanza, en teoría, para todas/os quienes se quieran esforzar o sacrificar, bajo la política del mérito propio funcional a la creación de un relato fundante de lo nacional, amparado en el

triunfo del esfuerzo personal y de la empresa colectiva, siempre y cuando esa colectividad responda al modelo establecido desde los grupos que ostentan de modo material y concreto los discursos y las prácticas de poder. “Solos y como puedan” es, en gran medida, la anticipación del fracaso o el comienzo del bogar por el océano de la existencia, siempre con la amenaza de naufragar⁸³.

El contexto narrativo no excede a lo que he podido aprehender del mundo referencial, como quedó plasmado en la panorámica que realicé en el primer capítulo respecto de las tensiones que se dan entre las masculinidades hegemónicas y las subalternas. (Una vez más, reitero, mi intención de desentrañar las lógicas perversas patriarcales en relación con las conformaciones identitarias masculinas, porque las feminidades han debido padecer y evidenciar estas mismas tensiones desde antiguo y hasta el presente, en muchas formas y con múltiples dificultades particulares de las que las estudiosas e investigadoras se han ido haciendo cargo de modo crítico).

En la lógica de “solos y como puedan”, los hijos de ladrón están “abandonados a su suerte”. Para sobrevivir, deben recurrir a lo que está disponible de acuerdo con las estrategias que se les manifiestan como posibles en el contexto capitalista de inicios de siglo XX. Así,

A los dos meses no quedaba en la casa ni una sola silla. Todo fue vendido o llevado a las casas de préstamo: la mesa y los catres, la cómoda y el aparador; se pignoraron los colchones de nuestros padres y también los de João y Ezequiel; al final sólo [sic] quedaron dos, en el suelo, en los cuales, con sábanas muy sucias y dos frazadas, los cuatro hermanos dormíamos en parejas. (118).

⁸³ Un alcance anecdótico a propósito del uso que hago de metáforas náuticas: “chusma”, en su segunda acepción, es el conjunto de galeotes que bogaban en las galeras reales. Este no era un trabajo, sino que era un castigo judicial para diferentes criminales. Entonces, por lo menos, resulta interesante reflexionar en torno a que Alessandri Palma, por allá por 1922, época en la que traicionó a la Asamblea Obrera Nacional por la Alimentación y a la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales, llamaba “mi querida chusma” a la población encandilada con sus promesas democratizantes que no verían realización, más que aparente, dada la Constitución de 1925, como ya establecí en el capítulo uno.

En las condiciones descritas por el narrador, la casa que ya no les servía para nada va siendo cada vez más desintegrada. Ese hogar de apariencia burguesa, con una familia constituida de modo “burgués” o de acuerdo a un *statu quo* patriarcal, producto de su verdadera naturaleza, es decir, sustentada en el latrocinio, por ende, en lo ilegal y delictual, se desmorona. La supervivencia del grupo familiar compuesto solo por los hermanos sufrirá uno de los últimos golpes que, además, anticipa la *herida* de Aniceto Hevia que, evidentemente, no es solo la herida física provocada por la pulmonía tísica que lo ataca en su estadía en la cárcel.

El incomunicado Aniceto Hevia padre logra entrevistarse con los dos hermanos mayores para sentar las bases de su último intento de socorro para con los hijos. Este intento también será infructuoso, cancelando definitivamente la posibilidad de ser verdaderamente un tipo masculino adecuado en tanto protector y proveedor de un hogar. El padre

En contra de su costumbre pensaba ahora en los amigos [la cofradía de masculinidades delictuales difícilmente puede prestar auxilio], esos amigos de quienes nadie sabía el domicilio ni dónde se encontrarían en determinado momento a la hora de acostarse, por ejemplo: si en libertad, si presos, si huyendo, si desaparecidos, si muertos [posibilidades que no se habrían de dar entre otros tipos masculinos que sí fuesen adecuados a las configuraciones identitarias de lo masculino]. Hizo escribir algunas cartas, pues recordaba una que otra dirección, a Chile, a Rosario, a España, a Montevideo. (118).

Este último intento del padre por salvar a sus hijos del hambre y de la escasez no tiene buenos resultados, porque, mientras el universo del capitalismo devora el universo destruido de los muchachos, “el tiempo no se detenía” (118) y los representantes del ámbito mercantil no esperan ni solidarizan con los muchachos: almacenero, lechero, panadero, dueño de la casa y carnicero, todos enunciados en masculino, requieren sus pagos. Estos personajes cobran “las cuotas” materiales, en dinero, que los muchachos deben pagar si desean procurarse la supervivencia y la existencia del hogar. El mundo del trabajo, en este ámbito, les muestra su

peor rostro; rostro que han visto de cerca, de generación en generación (y hasta el presente), quienes integran las clases proletarias, populares, bajas y, hasta cierto nivel de sus estratos, medias. De este modo, “João y Ezequiel buscaron trabajo y yo también lo busqué, de mozos, de mandaderos, de aprendices de algo; ofrecían sueldos de hambre, si los ofrecían. Trabajé una semana en una sastrería: «No hay sueldo; sólo [sic] le daremos el almuerzo.» Aprendí a pegar botones [como el padre] (118)”. No se trata de un asunto de suerte, se trata de condiciones materiales del capitalismo nacional y liberal de inicios del siglo XX: sueldos de hambre, explotación, cesantía o intercambiar trabajo por alimento. Claro está que la reproducción de estas lógicas, su presencia contemporánea, su peso radical en la conformación de las identidades femeninas y masculinas, son incomprensibles o, en extremo, ignoradas para los grupos sociales para quienes el modelo ha funcionado o ha mostrado su rostro amable y no el hostil, para quienes no ha evidenciado las crisis y las tensiones, sino que el cumplimiento de la política tras las lógicas de *american way*.

Esas mismas lógicas descritas culminarán con la destrucción del hogar y con el inicio de los periplos individuales que conduzcan a la supervivencia o a la desaparición total del universo narrado. Es altamente probable que los grupos familiares se hayan visto dispersados, producto de la imposición de las lógicas de supervivencia que implica el desplazamiento transandino o continental, en búsqueda de trabajos o lugares de establecimiento. Tal como la cofradía de masculinidades delictuales a las que recurre Aniceto Hevia padre, los hijos de ladrón y las múltiples masculinidades, en lo narrativo y en lo histórico, no tenían un paradero fijo, perdían su libertad producto de encarcelamientos más o menos arbitrarios o morían en el intento de sobrevivir. El narrador recordará la diáspora familiar con el siguiente tono, que recuerda los relatos de exilio por razones económicas (migración):

João resolvió marchar a Brasil y lo anunció y se fue, no supimos cómo, si a pie, si en barco, si en tren; allá encontraría a Pedro el Mulato y nos mandaría ayuda. No supimos

más de él. Mi padre ... fue condenado a una enorme cantidad de años de prisión [con lo que sale de la escena narrativa y replica la historia de muchos tipos masculinos que forzosamente padecieron el insilio carcelario].

Un día amanecí solo en la casa: ni Daniel ni Ezequiel llegaron a dormir. Sentí que había llegado el instante que temíamos: di una vuelta por el patio y entré en los dormitorios; miré los rincones, las puertas, las ventanas, los techos: en esa casa había vivido, hasta unos pocos días atrás, una familia, una familia de ladrón, es cierto, pero una familia al fin; ahora no había allí nada, no había hogar, no había padres, no había hermanos; sólo [sic] quedaban dos colchones, dos frazadas, dos sábanas sucias y un muchacho afligido. (119).

Aniceto Hevia, niño–hombre, sale de la casa definitivamente destruida, para dirigirse al barrio de Caballito, único lugar de la enorme ciudad de Buenos Aires, que le da cierta seguridad. Los amigos de la infancia han desaparecido “(¿quién sabe a dónde los había llevado la marea que ahora me llevaba a mí!)” (119) y solo se encuentra con Bartola, quien lo lleva a vivir con ella y con Isaías.

Luego de narrada la situación en la que Hevia se encuentra, Bartola, recurriendo a la posible autorización masculina, lo invita a la casa. La casa, en rigor, me permite observar una representación de clase baja, probablemente de uno de los estratos más bajos en el cosmos del universo narrativo y del campo referencial que nutre la ficción. Además, el espacio descrito permite inferir cómo las lógicas de la propiedad privada son resguardadas hasta entre quienes poseen algo más que miseria. Así,

Vivían en una casa pobrísima, casi un rancho, situada en una calle un poco perdida, que corre paralela a las líneas del Ferrocarril oeste: durante todo el día pasaban por allí trenes y durante todo el día se escuchaba el grito de las gallinetas que los vecinos, todos muy pobres, criaban con algunas gallinas, este o aquel pato y tal cual pavo. Más allá de la casa,

levantada cerca de la acera, se extendía un terreno con algunos árboles frutales ... se alzaba lo que parecía el resto de un gallinero y que no era sino el gallinero mismo. Las cercas que separaban unas casas de las otras eran todas de rejillas de alambre de pasos grandes, todas destrozadas, mostrando roturas que los vecinos tapaban como su ingenio se lo permitía, con latas, trozos de bolsas o pedazos de otras rejillas de alambre, de pasos más pequeños o más grandes, según lo que encontraban a mano. Las aves aprovechaban aquellas roturas para dar expansión a sus inagotables instintos de vagancia, con el resultado de que siempre. [sic] entre una casa y otra o entre varias, había alguna bronca por el pollo, el pato, la gallina o la gallineta que se pasó para acá o desapareció más allá. (121).

La zona de Caballito aparece como un sector suburbano, semi rural, cuya pobreza es demarcatoria respecto del barrio en el que estuvo la casa familiar de Aniceto. En este espacio, el “bajo pueblo” radica sus ranchos destartados y contruidos con ingenio, presumiblemente por los rasgos de las cercas que separan las propiedades. Estas cercas inservibles dividen el territorio resguardando el bien preciado de la propiedad privada en la que rige la bronca entre vecinos, la ley del padre y la violencia, manifestados en Isaías, y la solidaridad ineficaz pero honesta de Bartola, principio femenino, en el universo premoderno que sobrevive a duras penas en la modernidad nacional cercana al Centenario. Fuera del radio urbano, el discurso oficial apunta al progreso de la zona con la llegada del ferrocarril, lo que permite inferir la tensión socioeconómica que establece el relato de *Hdl*: ¿es posible que, respecto del plano referencial, solo se trate de una hipérbole de la miseria que el narrador (voz refractada del autor) requiere para dar cuerpo a una suerte de escena picaresca–realista en la que Aniceto Hevia sufre otro de sus “despertares”? Es probable que no sea solo un recurso estético, sino que, en términos

históricos, el discurso oficial silencie la miseria con el objetivo de crear un discurso triunfal en torno a la modernización de la nación⁸⁴.

Isaías más que aceptar al muchacho, realiza un gesto de interés porque considera que este trae algún encargo de Aniceto Hevia padre, con lo que el negocio de “reducción de especies robadas” del ladrón de pata de palo se veía beneficiado por las “chucherías” que le vendía el condenado padre de Aniceto Hevia muchacho. Al ser informado por Bartola de las verdaderas intenciones de esta al aparecerse con el hijo de la “paisana Rosalía” (121), “ya sin entusiasmo y con voz natural [ya no de “falsete”], luego de darme repetidas miradas, la mitad de las cuales eran para el envoltorio, aceptó alojarme algunos días en su casa” (121), solo mientras Aniceto encuentre otro espacio donde establecerse.

El giro que adopta el relato me lleva a pensar que el macho no acepta crías de otro macho en el hogar y que lejos de cesar las adversidades del huérfano, estas no han hecho sino comenzar. Ahora bien, esta adversidad puntual provoca una develación para el muchacho, porque “Una semana después, convertido en sirviente, hambriento, mal tratado, sucio y rabioso, supe que existía algo peor que perder la madre y tener al padre en Sierra Chica o en Ushuaia y que ese algo peor era el estar expuesto a que cualquiera, sin necesidad y sin derecho, lo tratara a uno con la punta del pie” (121). La actualización de motivos del género picaresco refrenda la idea de que la modernidad, iniciada varios siglos antes del XX, está articulada en torno al eje de la violencia, la explotación y el maltrato al estar conjugada con las lógicas patriarcales de supervivencia del huérfano, masculino a medias (por infante y huérfano), frente a otro masculino que, expulsado de los ideales triunfales de masculinidad de la nación, ejecuta el maltrato entre subalternos. La solidaridad de clase, observada en Bartola, es destruida por la actitud de Isaías que, mediante la doctrina de los golpes, determina el crecimiento de Aniceto

⁸⁴ <https://www.buenosaires.gob.ar/laciudad/barrios/caballito>

Curioso resulta, al menos en una especulación extraliteraria, la cercanía de este barrio con Flores y Boedo. Esto solo me parece anecdótico, al considerar que Manuel Rojas y Roberto Arlt se autoexcluyeron de las escuelas literarias que se articularon en esos barrios.

Hevia muchacho; una vez más, una metonimia de lo que acontecía en la época a la que circunscribo esta investigación y que no es ajena al presente, no al menos para grupos sociales similares al descrito y, por qué no decirlo, también replicada entre las capas “medias” y “altas” de las clases socioeconómicas, en las que impera la ley del Padre⁸⁵. “Solo y como pueda” significará también aquí saber enfrentarse al mundo opresor imperante de la violencia masculina, cuya víctima será, asimismo, Bartola. La mujer y el infante, salvo que tomen la justicia por sus propias manos, están indefensa e indefenso frente a las lógicas de violencia que emanan de un masculino subalterno que replica las lógicas patriarcales que sostienen el plano referencial al que alude la narración.

La violencia que ejecuta Isaías, en su posición de masculino, es transversal y está representada mediante la animalia. Comprendo que en la intencionalidad cómica y degradante del relato, la animalia funciona para degenerar al personaje de su supuesta condición humana y compararlo a “un bruto”, es decir, a un ser animal incapaz de generar conciencia de sí, según lo que establece el sentido común; no discutiré aquí si cada integrante de la Fauna es o no es un ser consciente de sí, en sí y para sí, pero sí estableceré que, con o sin el recurso cómico y degradante de la animalia, Isaías es un representante del tipo masculino que padeciendo la violencia social de la macro estructura patriarcal, marco referencial de la narración y de la obra (en tanto libro) la reproduce sin cuestionar sus privilegios masculinos respecto de esa misma violencia que padece y ejecuta.

Otra vez, en términos de género literario, es inevitable e indiscutible comprender este pasaje concatenado con la larga tradición literaria iniciada con obras como *El Lazarillo de Tormes*, aunque esta misma sea solo un eslabón más en la tradición literaria (quizá iniciada con *El Satiricón* o con *El asno de oro*), en la que la violencia que se ejecuta entre hombres es una violencia aleccionadora (ley del Padre) y que se constituye como “universal” y transversal. En

⁸⁵ <https://www.eldesconcierto.cl/2020/07/20/la-legitima-defensa-no-es-delito-redes-feministas-se-articulan-en-aysen-por-la-absolucion-de-mujer-que-dio-muerte-a-su-agresor/>

síntesis, en la paradoja que presenta la tensión entre los discursos de paz social y la ejecución de la violencia institucional, esta violencia, graficada de modo metonímico y alegórico en Isaías, termina siendo una violencia cósmica. En el ámbito anterior,

Isaías era algo así como una mula y como una mula procedía con toda persona o animal que estuviese bajo su dependencia: pateaba con su pierna de palo argollada de hierro, al perro, a las gallinas, a las gallinetas, a los pavos y a Bartola, la de los hermosos ojos; nada se le escapaba. Al recibir la primera patada ni siquiera lloré, tan grande fue el estupor y el dolor que sentí: no había recibido hasta entonces sino uno que otro coscorrón y tal o cual palmada en el trasero, muy suave todo. La patada de Isaías –imposible llamarla puntapié–, recibida inesperadamente y en pleno sacro, pareció partirme la espalda. (122).

El golpe de un extraño, ajeno al núcleo familiar y a la violencia afectiva (y aleccionadora también –el coscorrón y la palmada en el trasero–), provoca una crisis en el muchacho que determina un aprendizaje y también un cambio en el devenir narrativo. La situación de violencia, que genera sensaciones “de vergüenza y de coraje” (122), detona una venganza necesaria frente al abusador: esta venganza articula un hito en el crecimiento del muchacho que ha de ser recordado en la transición hacia el volverse un masculino validado como “hombre”.

Planeada la violencia justiciera de Aniceto para con Isaías, al recibir la segunda patada, el narrador “Reteniendo los sollozos lo tomé [el trozo de ladrillo] y casi sin apuntar lo disparé, dándole en el cráneo” (122). Este gesto subversivo, como se da regularmente entre los grupos subalternos que se enfrentan a las huestes armadas que ejecutan la violencia institucional de modo práctico, provoca estupor (“asombro” (122)) en Isaías ahora, tal como lo provocó en Aniceto la patada dada por este. Este asombro tiene que ver con que el poderoso “acostumbrado a la mansedumbre del perro, de las aves y de su mujer, [se] extrañaba [de] que alguien le contestara en la misma o parecida forma” (122). El pacto de la violencia, aceptado a regañadientes, está realizado: frente a la violencia concreta de la institucionalidad masculina,

el Padre o cabeza de hogar, la violencia subversiva se devela como única posibilidad de salida y de aprendizaje. No se trata claro de una salida triunfal, sino de una huida, porque el muchacho debe escapar frente a la delictualidad del gesto (o el desagradecimiento, tal como plantea, el narrador, al decir que Isaías quedó “asombrado de que el hijo de la paisana Rosalía pagara en esa forma el *sacrificio* hecho al recibirlo en su casa” (123, destaco en cursiva el “sacrificio”, por el hecho de que la solidaridad establecida entre pares no es un sacrificio y porque el sacrificio real fue el de convertirse en sirviente y soportar la violencia de Isaías). En la vida de Aniceto Hevia, otra pedrada lanzada justicieramente será una de las causas simbólicas, porque en rigor no hay causa alguna, para su detención en el motín en contra del alza del tranvía.

Así, Aniceto Hevia sale del mundo de Bartola e Isaías. “Bartola ... me miraba como despidiéndose” (122). El muchacho logra quebrar el lazo falaz que lo unía al adulto; no reproduce su lógica productiva, aunque debe recurrir a la violencia para liberarse. Esta salida lo vuelca hacia el mundo adulto, mundo que ya había atisbado al ser tratado como un delincuente junto a su madre por el orden policial, el que, con sus doce años a cuestas, ya lo había determinado como hombre, filiado como criminal, negando su condición de infante. Aniceto Hevia sale de este espacio, adentrándose en el campo y alejándose definitivamente de la ciudad (123). En este contexto, el muchacho ingresa al universo del trabajo, iniciando el largo periplo que lo llevará de cosedor de sacos a trabajador constructor del ferrocarril transandino.

En tan solo dos meses, Aniceto Hevia vuelve de la cosecha unido al grupo de masculinidades que conforman los trabajadores ocasionales de las faenas agrícolas; este grupo está inscrito, generalmente, en el tipo de masculinidad que, debido a las lógicas de producción y explotación, migra permanentemente, como las aves, en busca del sustento que le permita, de modo ideal, retornar a algún hogar, en el que lo esperan “huachos” y mujer que, para subsistir, ha tenido que generar modos de economía doméstica que van desde la lavandería, el comercio (no siempre sexual), la costura no industrial y otras labores (Montecino, Sonia. *Madres y huachos*.

Alegorías del mestizaje chileno. 43–63). En el ámbito no ideal, esos hombres no tienen un hogar al que retornar o les es imposible retornar con las manos vacías, porque la subsistencia propia y el salario de miseria o el alcoholismo en muchos casos le arrebatan lo obtenido. Son, en efecto, masculinidades subalternas que se adecuan, “solos y como pueden”, al modelo productivo ideal que las masculinidades hegemónicas, en este caso ostentadoras de la propiedad de los bienes de producción (mandantes de capataces y otros tipos masculinos que resguardan sus bienes), han producido para estos gañanes y golondrinas, “sujetos fronterizos” o en constante movimiento.

En otro ámbito, el muchacho ha curtido sus manos que ahora son como piedras o como cascos de caballos: ambas imágenes remiten a la dureza y, en la segunda comparación, a la virilidad asociada al equino que, también, está asociado al trabajo campesino. Ahora bien, nada de esto acontecería, si el trabajo como tal no fuese entendido como un acto sacrificial e iniciático, en el sentido de que “pasar la prueba”, primero de Isaías y luego de Vicente, permite al infante probar su valía y su capacidad de sobrevivencia frente a la hostilidad del mundo masculino. Las manos, sinécdoque del organismo laborante, deben ser rotas, herida sobre herida, para poder acceder al reconocimiento de los otros hombres y a los bienes que permitan subsistir. No puede ser de otro modo, plantea el narrador, porque el trabajo no puede ni debe ser abandonado so pena de morir de inanición o inoperancia, es decir, ser expulsado del mundo masculino como un inútil.

Si el trabajo manual y la adquisición de un primer oficio, descontando el haber pegado botones en la sastrería a cambio del almuerzo, ha curtido al sujeto masculino a medias, el infante, tornándose “hombre”, se enfrenta a la soledad absoluta en la que como errante se encuentra próximo a esa configuración masculina romántica y aventurera del solitario. En más de una oportunidad, Aniceto Hevia se desgajará de los grupos masculinos, los observará desde afuera, mantendrá la distancia y, salvo en contadas oportunidades, establecerá vínculos

solidarios y colectivos con esos grupos. El narrador memorioso se encargará de establecer claramente la individualidad solitaria del sujeto narrado, el Aniceto Hevia muchacho; esa distancia entre el muchacho y los grupos masculinos de los que forma parte ocasionalmente, le permitirá al narrador memorioso excluirlo de ciertas ironías y críticas morales que sí puede ejecutar sobre los grupos, aunque el tono culposo que se puede percibir en algunos pasajes también le permite enjuiciar al muchacho y sus actitudes junto con justificarlo en otras ocasiones.

La soledad garantiza la individuación del sujeto; sin embargo, se constituye, al mismo tiempo que se individualiza, una serie de movimientos narrativos generalizantes que permiten comprender la vida del muchacho y de las otras masculinidades como universalizaciones de comportamientos típicos humanos que surgen como respuesta a determinadas situaciones. El retorno a Buenos Aires como “hombre” le permitirá afrontar la soledad con la misma dureza que poseen sus manos de cosedor de sacos para el maíz. El muchacho vuelto un extranjero en su tierra natal se despedirá con un radical “Adiós, Buenos Aires” (124). Así,

Fui a la que había sido mi casa: gente extraña vivía ahora en ella. Fui al Departamento de Policía: mi padre ya no estaba allí; tampoco estaba en la Penitenciaría. Fue trasladado a algún penal de la provincia y no supieron o no quisieron decirme adónde, si a Sierra Chica o a Bahía Blanca, antesala de Tierra del Fuego. Tampoco pude saber nada de mis hermanos. ¿A quién preguntar? ¿Hacia quién volver la cara? Nadie me conocía y yo no conocía a nadie; en mi ciudad natal era un extraño, casi un extranjero. (124).

Si bien la estructura familiar patriarcal del muchacho ha sido hecha trizas, Aniceto Hevia se encuentra con posibilidades de articular grupo y determinar modos discursivos de construirse como parte de esos grupos; sin embargo, su tendencia individualizante lo incita a autoexpulsarse de esos grupos y mantener la soledad como premisa vital. En este sentido, responde a un tipo masculino aislado que se comprende como extranjero tanto en la tierra natal como en los otros

lugares por los que deambulará. Además, la apertura hacia la adultez que realiza en tanto “hombre” lo confirma como un sujeto masculino válido para enfrentarse a las lógicas de supervivencia signadas para su clase. Otra vez, “solo y como pueda”, inicia el periplo que lo lleva de oficio en oficio, hasta poder ingresar a “Chile, la tierra escondida” (124). Así lo establece el narrador al plantear que

Atravesé la Pampa, trabajando aquí como ayudante de carpintero, allá como peón de albañil, más allá como aprendiz de mecánico. Por fin, llegué a Mendoza; allí, un hombre que se decía vegetariano y discípulo de Schopenhauer y que se alimentaba casi exclusivamente de empanadas y tenía de amante a la mujer del maestro de cocina de un restaurante nocturno, me enseñó a pintar murallas, puertas y ventanas. Ya tenía un oficio. Al llegar el verano partí hacia la cordillera, contratado como ayudante de carpintero en una cuadrilla de trabajadores del Ferrocarril Transandino. (124).

El delgado Aniceto Hevia que sale de la cárcel de Valparaíso, en el plano narrativo, con su herida del pulmón a cuestas y su oficio de pintor, está situado, en este punto del relato, en la vorágine de las posibilidades de realización. ¿Cuánto tiempo transcurre en ese atravesar la Pampa? Si al dejar Buenos Aires tenía doce años (inclusive al volver de la cosecha del maíz, desde la que podría eventualmente haber retornado con trece años), deja de ser un infante desprotegido y se torna un sujeto masculino individuado, con posibilidades de realización, ¿qué le otorga las certezas de supervivencia en el mundo del oficio? “Atravesé la Pampa” indica el memorioso narrador y puedo percibir en ese viaje un crecimiento en términos de adquisición de oficios que le permiten, desde la lógica liberal, optar a diferentes caminos, es decir, puede recurrir a su capacidad de ayudante de carpintería para abordar la faena de la construcción del Ferrocarril Transandino, guardando la posibilidad del oficio de pintor para otros momentos. En esa travesía pampina, retorna a una urbe, Mendoza, en la que, tangencialmente, se vincula con un sujeto masculino presumiblemente pesimista, cercano al mal llamado existencialismo

temprano. Lector de Schopenhauer y vegetariano, el maestro que le enseña el oficio de pintor es un ser ridículo que se alimenta de empanadas y se deja ser amante “de la mujer” del maestro de cocina. Otra mujer innominada en la larga travesía de Aniceto, otro hombre que tiene amante, otro hombre que es “cornudo” a sabiendas o no. Resquicios por los que arrojar una mirada al muchacho y al narrador memorioso; resquicios éticos por los que abordar modos de construirse las masculinidades, desde los oficios y también desde las lógicas afectivas. ¿Qué implica ser el amante de o tener de amante a? El narrador pasa por alto estas disquisiciones y prefiere lanzar al público lector directo a la médula de la relación del hombre con otros hombres y, sobre todo, con la naturaleza: viento, nieve, Cordillera de los Andes.

La pulsión masculina de intervenir la naturaleza será desnudada en los pasajes siguientes en los que la cofradía de trabajadores ocasionales debe, otra vez, sacrificarse para realizar la confirmación de su configuración de “hombre”. Si el trabajo no fuese transformación violenta de la naturaleza y acto sacrificial iniciático, Aniceto Hevia se parecería mucho más al individuo culposo, humillado y urbano, que representa Erdosain respecto de un trabajo de “funcionario de cuello blanco” que no es un oficio como tal, porque es un prestador de servicios.

Posterior al extenso recuerdo del trabajo cordillerano, con sus hombres innominados, sus voces, sus violencias homofóbicas, sus miedos a la naturaleza (viento y nieve) e ingresar al universo de Aniceto excarcelado. La salida de la cárcel es representada como una contrariedad para Aniceto Hevia joven, porque la ciudad misma es un espacio hostil, de indefensión y totalmente ignoto. La soledad del personaje lo configura como un sujeto masculino, cuya libertad es un problema, signado por la enfermedad y, sobre todo, por el principio individualista que sostiene la libertad liberal, entendida como el valerse por sí mismo. De este modo, en la ciudad-cárcel, prima la soledad y el vacío para el personaje, porque “no existía, en aquella ciudad llena de gente y de poderosos comercios, un lugar, uno solo, hacia el cual dirigir mis pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amistoso apretón de

manos o siquiera una palmadita en los hombros; mi amigo se había ido y con él todo lo que yo tenía en esa ciudad y en ese país” (143).

En el contexto anterior, Aniceto Hevia se sentiría más seguro intramuros de la cárcel, porque “allí me habría quedado, en cama, una semana o un mes, hasta que mis piernas estuviesen firmes y mi pulmón no doliera ni sangrara al toser con violencia” (143), pero el espacio carcelario está saturado y se requiere la cama que usaba Aniceto en la enfermería. En la cárcel no hay cabida para este tuberculoso crónico que, frente a la molestia del gendarme, debe continuar su deambular como hijo de ladrón, porque, una vez más, la orden del mundo es “Estás libre. Arréglatelas como puedas” (143), tal como sucedió tras la detención del padre, la muerte de la madre y la diáspora de los hermanos.

Aniceto Hevia responde, en los siguientes pasajes, al tipo masculino indefenso y dañado físicamente, lo que le impedirá realizarse como un “hombre” válido para la vida laboral del puerto. Además, se trunca la posibilidad de ser un sujeto masculino capaz de proveer, si no un hogar, el alimento para su propia subsistencia. La condición material orgánica del personaje acusa que “y si no fuese porque uno tiene huesos, tejidos y músculos y esos malditos músculos, tejidos y huesos necesitan alimentarse y desentumecerse, podría estar allí [en una plaza o en el muelle del puerto] hasta el fin de sus días” (144). Sin embargo, para “encontrar reposo y alguno que otro bocado” (144), es necesario tener salud y dinero, solo entonces el puerto podría ser un buen sitio. Aniceto, mientras estuvo en libertad, pernoctó en “dormideros en cuyas habitaciones no hay más que un duro lecho y unos clavos en la pared” (144), sin lavatorios, sin sábanas ni frazadas; un lugar de extrema miseria, distinto a la cárcel solo por el hecho de que hay duros lechos, mejores que el suelo húmedo de la prisión. En este espacio, a diferencia de la cárcel en la que “El Terrible había recibido, por amores contrariados, una puñalada” (143) –articulándose una posibilidad en clave de representar los amores carcelarios entre presidiarios–, “no hay puertas; de otro modo esto se llenaría de maricones” (144). La alusión es clara y permitirá,

posteriormente, ahondar en el temor y en la desconfianza que le provoca a Aniceto dormir con otros hombres (puntualmente con Echeverría y Cristián (285)).

Las lógicas de constitución sexual masculinas que, en secreto, incluyen la experimentación homosexual, son atemorizadamente homofóbicas, evidenciando la exclusión reflexiva sobre la homosexualidad de la voz narrativa; de modo similar acontece con rasgos misóginos de las voces narrativas y de los personajes representados. Si bien es cierto que los procesos de parodización llevados a cabo por el narrador principal acusan degradación de los personajes masculinos, hay que considerar que esto deriva de una crítica moral general y universal respecto de ciertos aspectos éticos de esos sujetos masculinos, mediante la que percibo una intuitiva reflexión contra-patriarcal, pero no una dimensión antipatriarcal, ácratafeminista o antiautoritaria en el narrador principal o en las otras voces narrativas y en los personajes representados. Sin caer en naturalizaciones someras, ni el autor ni los hombres contextuales, tal como lo han evidenciado algunos de los estudios citados en el primer capítulo, estaban preparados históricamente para desarrollar políticas (artísticas o no) antipatriarcales. Esto supone una reafirmación de principios masculinos constitutivos asociados a la supremacía y a la exclusión, como queda en evidencia con el temor inferible a la homosexualidad que no se puede achacar solo a una carencia conceptual (que “justificaría” el uso de “maricones” en *Hdl* y en *Scm*).

En estos dormideros, miserables material y emocionalmente a diferencia del albergue de los vagabundos presumiblemente ubicado en el referencial Dock Sud, los hombres que habitan, “a las cuatro o a las cinco [de la mañana], se levantarán los primeros, tosiendo y escupiendo en las paredes, en el suelo, donde cae ... algunos ni siquiera se habrán desvestido, ¿para qué?, y saldrán andando hacia el puerto [un *cronotopo* de increíbles posibilidades estéticas narrativas, en el que confluyen múltiples personajes literarios y que contiene a los otros espacios con sus tiempos en esta secuencia enumerativa], hacia el mercado, hacia las caletas de los pescadores,

hacia las imprentas o hacia el hospital” (145). El desfile de escenarios posibles a los que se podrían dirigir estos diferentes hombres se condice con las posibilidades de tipos masculinos que duermen “en el cuartucho vecino; puede ser un asesino, un vicioso [¿opiómano, morfinómano, “pervertido”]? El uso de vicioso hunde su etimología en lo sexual y en el consumo de drogas], un atormentado [¿un loco?, ¿un suicida? Sujetos de estudio para la siquiatria y la criminología], un enfermo [como el mismo Aniceto], hasta quizá alguien que se está muriendo” (145).

Si la mención de diversos escenarios es una muestra del mundo del puerto, la inclusión de personajes “retorcidos” en los dormitorios implanta la idea del temor entre hombres junto con la noción de la indiferencia que los atraviesa: alguien se podría estar muriendo en el dormitorio de al lado y los hombres, inmersos en sus propias miserias, hacen callar al borracho real que, con el vientre abierto, agonizó toda la noche. El tiempo nocturno, en ese sentido, en el espacio de los dormideros, es un tiempo en el que la enfermedad y la muerte se complementan con ese espacio escatológico en el que se evidencia, una vez más, la abismal separación entre clases sociales y económicas, aunque “compartan” similitudes de género, porque, si bien se puede establecer que son masculinidades, estas masculinidades taxonómicamente pueden ser clasificadas de modo distinto, siguiendo las lógicas de la narración, desde lo sub-masculino (atormentados y enfermos) hasta lo no-masculino masculino (viciosos y maricones).

Los dormideros, así, permiten inferir una metonimia de diferentes territorios en los que campea la miseria y una alegoría de los modos de relacionarse las capas bajas de la esfera cultural de la nación moderna: hay mullidas camas de sábanas de seda y los dormideros, así como hay “hombres” válidos y constitutivamente viriles frente a (o contra) los otros “hombres”, los que escupen en cualquier lado y que reúnen cómo pueden los pesos para el dormitorio o el plato de porotos (similar al caldo carcelario).

En este contexto, se activa nuevamente la noción de “solos y como puedan”, “arréglatelas como puedas”, porque bajo la ética liberal individualista, “la necesidad tiene cara de hereje”, es decir, *necessitas caret leges*, expresión latina que ingresa en el ámbito de las sentencias orales de la filosofía popular constituyéndose en un *leit motiv* de los mecanismos de supervivencia de los personajes narrativos y de los “hombres” referenciales. Como sea, Aniceto “necesitaba encontrar dónde y cómo ganar los centavos para la cama y la frazada” (145). Ahora bien, “como consecuencia [de la pulmonía] una terrible cobardía, no de la muerte sino de la enfermedad y de la invalidez” (145) limitan a Aniceto y lo separan de los grupos de hombres que “tienen buena salud y pueden resistir” (145). La suerte está echada para Aniceto: la herida lo ha volcado, al menos en este pasaje, al grupo de los sub-hombres, su tipo masculino dañado físicamente es inoperante en el mundo laboral del puerto, en las instancias de supervivencia que le permitirían alzarse como un sujeto varonil válido.

Lo anteriormente expuesto determinará el hecho de que Aniceto narre que

Avancé por una calle, luego por otra, sorteando a los grupos de hombres que esperan se les llame a cargar o a descargar, a limpiar o a remachar, a aceitar o a engrasar, a arbolar o desarbolar, a pintar, enmaderar o raspar, pues ellos pueden enmaderar y raspar, pintar, desarbolar o arbolar, engrasar o aceitar, remachar y limpiar, cargar y descargar el universo entero, con estrellas, soles, planetas, constelaciones y nebulosas, con sólo [sic] pagarles un salario que les permita no morir de hambre y proporcionarles los medios de llegar al sitio necesario; insistentes y pequeños hombrecillos, constructores de puertos y de embarcaciones, extractores de salitre y de carbón, de cobre y de cemento; tendedores de vías férreas, que no tienen nada, nada más que la libertad, que también les quisieran quitar, de charlar un rato entre ellos y de tomarse uno que otro gran trago de vino en espera del próximo o del último día. (145–6)

De este modo, Aniceto pasa de estar inmerso entre estos grupos de hombres de los que no puede ser parte a ser una voz narrativa cosmogónica mediante la que se puede observar la capacidad técnica de los minúsculos hombres, porque, al igual que en la montaña, los constructores son “hombrecillos” que buscan modificar la realidad con su laboriosidad. Esa laboriosidad está sujeta a las lógicas de explotación que se pueden suponer en la presencia del salario mínimo para subsistir y en la libertad que también está amenazada de ser arrebatada, quizá tal como se le arrebató a Aniceto la salud (y la libertad, sobre todo, si se compara este Aniceto y el de *Scm* con el Aniceto de *Mejor que el vino*, a quien, sin dudas, la condición de explotado le parece menos interesante que la condición de enamorado –padre, viudo, hermano, novio, amante– y de trabajador de las capas inferiores de la clase media, digamos, una vez que ya se instala como obrero industrial, linotipista, *Mejor que el vino* 713, hasta llegar a ser “jefe de corrección de pruebas” (741), –dejando su condición “trashumante” de consuetudina y “guardando” su oficio de pintor–).

En la lógica masculina de la supervivencia, la condición de Aniceto Hevia lo sitúa en la categoría de masculinidad deficiente, porque, si ya lo era por diversas características, el hecho de temer “no ... la muerte sino ... la enfermedad y ... la invalidez” (145) lo vuelca inevitablemente a la ineficiencia respecto de los trabajos del puerto, aislándolo de los otros hombres, a los que sortea o evita. Esos “hombrecillos”, constructores macrocósmicos, juegan en dos sentidos respecto de la constitución identitaria de los tipos masculinos y de Aniceto: son inclusivos y, por tanto, sus rasgos determinan el ser masculino y configuran al mismo Aniceto como pintor de oficio, como aprendiz de carpintero, como “golondrina”, como “tendedor de vías férreas” u otro trabajo esporádico; al mismo tiempo, son excluyentes, porque sus rasgos superan las condiciones materiales de muchos de los hombres desperdigados en *Hdl*, incluido Aniceto Hevia, enfermo, delgado, frágil, infantil, “dejado a su suerte”. Ese estar “dejado a su suerte”, que se condice con “la necesidad tiene cara de hereje” y “solo y como puedas”, arrastra

al personaje a la sensación de vacío: “La soledad me asusta: quiero estar entre hombres y mujeres y más que entre mujeres entre hombres a quienes acercarme y pedir consejo o ayudar en sus trabajos, si son livianos” (146). El mismo Aniceto Hevia, cuando es narrador y personaje en el presente de la acción, se percibe como un ser necesitado de consejo o capaz de asistir y ayudar, pero no de realizar un movimiento de brusco cambio de su fortuna, la juventud e inexperiencia, pareciera indicar la voz del viejo Aniceto Hevia en las sombras, impiden aún ese trastocamiento⁸⁶ de la suerte.

En el ámbito anterior, Aniceto Hevia, en tanto tipo masculino no responde al audaz que lleva el timonel de la nave de su vida, principalmente porque la cárcel, la pulmonía y la “herida”, evitan que pueda realizarse y, por ende, está preso en la dimensión de los fracasados: “Siento que a mi alrededor y más allá resuena un *vigoroso latido*, al mismo tiempo que una alegre y liviana invitación al movimiento y a la aventura; pero tengo miedo y no quiero dejarme llevar ni ser tomado por algo violento” (146). Me adjudico el destacado en cursivas, dado que me interesa hacer hincapié en el hecho de que el campo semántico de lo vigoroso incluye la virilidad y la virtud, haciendo que, inevitablemente, se ingrese a la esfera de lo masculino; lo vital del latido, signado por esa masculinización de lo vigoroso, empuja a que el latido sea una anticipación o, más bien, una incitación al movimiento o, lo que es lo mismo, a la aventura (difícilmente, se podría imaginar una novela –e inclusive un romance– en el que sus protagonistas tuviesen aventuras estáticas (aunque el *nouveau roman* todo lo puede)).

Ahora bien, Aniceto Hevia está excluido de ese vigoroso latido, porque no puede ni quiere dejarse llevar y mucho menos quiere ser tomado o sacudido por algo violento, como un cambio rotundo en el devenir o encararse a grupos de masculinidades hostiles y vejatorias. La

⁸⁶ Trastocar la mala fortuna sería equivalente a enloquecer la mala fortuna, dado que trastocar semánticamente está en el campo de la pérdida de la cordura por algún evento traumático; trastocar tiene que ver con modificar, es decir, movilizar fuerzas que permitan transformar una situación determinada, particularmente pasando de la adversidad a la bonanza.

introspección es inevitable en este contexto y Aniceto indagará en la condición del cuerpo humano como abstracción y también como la indescifrable concreción del sí mismo.

El extenso y muy comentado pasaje de la “herida” puede entregarme algunos elementos para los fines de mi análisis. En primera instancia, Aniceto Hevia viejo, supuesto narrador reflexivo y fenomenólogo, realiza una indagación en los múltiples sentidos de la “herida”, con la que se puede y se debe vivir o no, actualizando un modo de ser masculino sufriente y que, de modo similar a Erdosain, indaga en las “zonas de angustia” (*Los siete locos* 9-17). Al menos así puede ser percibida la larga introspección narrativa que se ha presentado con anterioridad a la herida. Hevia transita por el borde del muro carcelario mascullando ideas en su interior respecto del ser orgánico “hombre” habitante del Mundo. La reflexión culmina cuando “apareció el mar” (147) y se inicia una nueva introspección al iniciarse el capítulo siguiente, con tipografía diferente para indicar una voz narrativa otra, abriéndose la meditación sobre la herida y sus consecuencias respecto de la constitución identitaria del sujeto masculino particular, Aniceto, y general, los “hombres” (aunque atribuible a la Humanidad; desde una visión femenina, con voz narrativa femenina y personaje narrativo femenino, no se accede al universo perceptible de cómo la “mujer” capta sus propias heridas, dada la masculinización de la voz reflexiva en torno a la “herida”, lo masculino se supone/se construye universal).

En el ámbito de lo masculino–universal, la herida es comprendida como una huella, una suerte de marca de Caín, incluso, en la misma nomenclatura de Aniceto Hevia, puede ser comprendida como una “cuota” o como la marca de la cuota. Frente a la herida “*resistir es tan cobarde o tan heroico como renunciar*” (148). De esta forma, la reflexión ética que lleva a cabo el narrador de este extenso pasaje, junto con ser universal apunta ciertas señas mediante las que se expone una línea individual de auto–conformación de la identidad; es probable que, y así lo evidencian las marcas textuales que he ido consignando, el narrador Aniceto Hevia joven se

vea influenciado por los dichos, por lo que le comentaron otros personajes, de Schopenhauer y de Stirner (presumiblemente hubiesen sido lecturas del autor histórico y real).

La masculinización de la reflexión, aun cuando sea “comprensible” que en la época bastase decir “hombre” para entender Humanidad, está signada por diversas marcas textuales mediante las que se hace evidente la paradoja de la universalidad del discurso ético representado en la narración–reflexión de la herida. Así, “*las heridas no son eternas, y mejoran o acaban con uno, y puede suceder que después de vivir años con una, sientas de pronto que ha cicatrizado y que puedes hacer lo que todo hombre sano hace, como puede ocurrir, también, que concluya contigo, ya que una herida es una herida y puede matar de dos maneras*” (148, me atribuyo el destacado sin cursiva). La reflexión es cotidiana y profunda, al mismo tiempo; esa naturaleza dual le da una impronta radicalmente filosófica: la de la vida. Sin embargo, el hecho de que tal reflexión pueda ser filosófica y general, vital, no quita que esté masculinizada, entonada masculinamente y haciéndose cargo de una realidad masculina, velada por la masculinidad oficial. En ese sentido, se ofrece un tipo masculino específico: el llorón.

La “herida” es, sin duda, una metáfora corporal que implica varios sentidos, porque apunta a varias dimensiones de la existencia, sin dejar ese aspecto físico del cuerpo dañado, respecto del que se establece un llanto, es decir, un género discursivo artístico con tono de lamentación filosófica referida a la condición frágil de la existencia. La “herida” puede ser comprendida, transgeneracional y transclasistamente, como una merma a la “iniciativa personal [que] es lo único que vale” (149), dado que esta logra que “*todo en ti será frustrado: el amor, el arte, la fortuna, la inteligencia*” (149). La “herida”, como un nudo (148), es parte del tejido individual y social. En ese sentido, la larga reflexión sobre la “herida” requiere del tono apelativo, articulando un diálogo implícito con una figura lectora ideal, para manifestar la generalidad filosófica que adquiere la huella corporal de la herida abierta en tanto alegoría del dolor y la desadaptación que sugieren el habitar el mundo moderno y capitalista de inicios del s. XX.

Una desadaptación que exige, paradójicamente, la adaptación del narrador–protagonista y, por extensión y de forma metonímica, de los “hombres” que padecen, “con o sin dinero”, de la herida vital. Claro está que, en términos de clase, “*Si tu gente tiene dinero, llevarás una vida de acuerdo con el dinero que tiene; si tu gente es pobre o no tienes familia, más te valiera, infeliz, no haber nacido*” (149). El juicio es lapidario y, además, en la lógica del discurso narrativo determinado por un género–sexo, sigue estando orientado a una masculinidad. De esta forma, el desgaste que provoca la “herida” es un desgaste que se manifiesta vitalmente en el ámbito del trabajo y de la vida familiar (arte y amor), afectando también la capacidad de discernimiento y de prosperidad (inteligencia y fortuna), porque la “herida”, como metáfora y como experiencia, permite una epifanía negativa. Así,

No le haces caso [a la herida] al principio, aunque sientes que el camino entre tu casa y la oficina o taller es cada día más largo y pesado; que los tranvías van cada vez más llenos de gente y que los autobuses son más incómodos que antes y los chóferes tocan cada vez más brutalmente sus bocinas; tu pluma no escribe con la soltura de otros tiempos; la máquina de escribir tiene siempre la cinta rota y una tecla, ésta, levantada; el hilo de las tuercas está siempre gastado y tu jefe o patrón tiene cada día una cara más espantosa, como de hipopótamo o de caimán, y por otra parte notas que tu mujer ha envejecido y rezonga demasiado y tus hijos te molestan cada día más: gritan, pelean, discuten por idioteces, rompen los muebles, ensucian los muros, piden dinero, llegan tarde a comer y no estudian lo suficiente. ¿Qué pasa? La herida se ha abierto, ha aparecido y podrá desaparecer o permanecer y prosperar; si desaparece, será llamada cansancio o neurastenia; si permanece y prospera, tendrá otros nombres y podrá llevarte al desorden o al vicio, al alcoholismo, por ejemplo, al juego, a las mujerzuelas o al suicidio. (150; me atribuyo el destacado con tipografía normal).

La orientación masculina de la reflexión es evidente y la paradoja de la universalidad queda de manifiesto. El narrador–personaje que incorpora al receptor en la reflexión articula una serie de movimientos en los que incluye a otro “hombre” (obrero, oficinista, mozo; sin dinero o adinerado) en el ejercicio meditativo de comprender la “herida” como una realidad existencial y material: desde lo individual–corporal se extrapola a lo corporal–social. La “herida abierta” provoca un dolor físico (por ejemplo, cáncer) o síquico (neurastenia, cansancio o suicidio) en el sujeto masculino que le permite percibir el dolor físico y moral del mundo que habita, desde la estructura social mayor hasta la celular familia: el microcosmos que es el cuerpo del “hombre” con su herida es una alegoría del macrocosmos social que es el cuerpo político de la nación, cuyas heridas supuran crisis y falacias permanentemente, porque el glorioso mundo moderno es un mundo “infernial”: caminos largos y pesados, medios de transportes modernos lentos y atestados, bullicio, jefes o patronos (o presidentes) monstruosos, dada su condición híbrida entre lo humano y lo animal, y la propia familia es un enjambre de desagradados. El tipo masculino hipocondríaco y llorón hace evidente con su “llanto” y “enfermedad” existencial un aspecto grotesco del sí mismo y del mundo que habita, sin resucitar en ese modo de contar–reflexionar, la comicidad vital de lo grotesco, pero sí manteniendo su valor crítico respecto de la realidad material de la existencia.

El narrador continúa su reflexión respecto de la “herida” con la misma lógica dialéctica de plantear una generalidad filosófica y aterrizarla en algún “ejemplo” (*exemplum*) o caso concreto y particular que le permita establecer la realidad existencial de la “herida”. La “herida” es cósmica, al menos en el cosmos masculino, y es individual, como ya señalé. De este modo, al indagar sobre el desgaste de la naturaleza (algo que ya venía tratando Lucrecio en *De rerum natura*), al ejemplificar con los metales, el narrador logra incorporar en su reflexión al “hombre” (desmembrado y recompuesto por la transversalidad de la herida), porque “*si el hierro cede, si afloja el acero, ¿por qué han de resistir más los nervios, los músculos, los tendones, las células*

cerebrales, la sangre?” (150). La condición orgánica de la “herida” es, al mismo tiempo, una huella de género y clase, porque algunos desadaptados y miserables viven con la “herida” física y social, resistiendo, de un modo tal, que sorprende su capacidad de no ceder (como el acero) o de adaptarse, como Echeverría, o de ceder hasta la fatiga de la muerte, como Cristián.

En esa órbita de tipos masculinos inoperantes, pero resistentes, el narrador enumerará al vendedor de cordones, al morfinómano y al hemipléjico (150–1). Estos tres “hombres” se articulan como tipos marginales, subalternos incluso frente a tipos masculinos marginales como delincuentes, zapateros anarquistas o policías de barrio, que sobreviven y resisten a su propia herida, la que tampoco es la causa de muerte, porque el hemipléjico, particularmente, como tantos otros mortales, “[terminará] *fulminado por un ataque cardíaco*, envidiado por todos los que temen morir” (151, me atribuyo el destacado en tipografía normal).

Estos tipos masculinos benditos–malditos por la “herida” trascendental y terrenal están en todo sentido marginalizados de la dimensión de lo masculino válido y operante, junto con estar expulsados incluso del mundo de la delictualidad o de las clases proletarias, porque son tipos abyectos, de corporalidades o modos de vivir “monstruosos”. El vendedor de cordones es un tipo masculino mendigo que aparece y desaparece; el morfinómano y el hemipléjico son tipos masculinos de corporalidades “monstruosas”, en el sentido en el que literariamente se yuxtapone lo tradicional con lo actualizado mediante un ejercicio de representación realista: el primero, quizá producto de la droga, parece ser inmortal, una suerte de vampiro de la morfina, que entierra compañeras, hijos y hasta nietos; el segundo, mientras, presenta una corporalidad deshecha, con partes faltantes, con una herida “*que le empezaba en el lóbulo derecho del cerebro y le terminaba en las uñas del pie izquierdo*” (151), con lo que, simbólica y materialmente, se establece a un tipo de “hombre” que es una herida ambulante que “*resistió, durante diez o treinta años, a la soledad, sin poder comer, sin lavarse, vestirse ni acostarse ni*

levantarse por sus propios medios, sin dientes, medio ciego, sostenido sólo [sic] por su pierna derecha [además le falta un brazo que le cortó una locomotora]” (151).

Ahora bien, estos tres tipos desgastados como el acero, pero que no ceden y resisten, aun siendo “deleznables” (150), sobreviven a su “herida” física y social, es decir, heridos por el “loco mundo loco” de hombres (marginalidad, explotación, drogadicción, abandono) logran ser tipos ejemplares y contrahegemónicos, porque no son masculinidades operantes, de las esferas altas de la cultura ni de las amplias clases populares, pero sobreviven, como tantos otros, que

podrás ver en las ciudades, alrededor de las ciudades, muy rara vez en su centro, excepto cuando hay convulsiones populares, a seres semejantes, parecidos a briznas de hierbas batidas por un poderoso viento, arrastrándose apenas, armados algunos de un baldecillo con fogón, desempeñando el oficio de gasistas callejeros y en compañía de mujeres que parecen haber sido fabricadas por ellos mismos en sus baldecillos, durmiendo en sitios eriazos, en los rincones de las aceras o a la orilla del río, y mendigando, con los ojos rojos y legañosos, la barba grisácea o cobriza, las uñas duras y negras, vestidos con andrajos color orín o musgo que dejan ver, por sus roturas, trozos de una inexplicable piel blanco-azulada, o vagando, simplemente, sin hacer nada ni pedir nada, apedreados por los niños, abofeteados por los borrachos, pero vivos, absurdamente erectos sobre dos piernas absurdamente vigorosas. (151)

De ese modo, quedan retratados algunos de los tipos masculinos más abyectos y rechazados por el “cuerpo social” que también tiene sus heridas. Estos tipos son resistentes a sus propias heridas y son la llaga sangrante del cuerpo social; al mismo tiempo, son linyeras, marginales de toda laya, quisieran ser borrados, apedreados por niños y abofeteados por borrachos, están por debajo de los de abajo y, sin embargo, existen, se presentan con sus lógicas de supervivencia y sus modos inoperantes de ser “masculinos” como parte de los tipos ficcionales que adquieren una dimensión simbólica debido a su conexión con los tipos referenciales e históricos.

Así, la “herida” individual, primero, fue adquiriendo ribetes de huella orgánica e histórica, social y cultural, luego; la “herida” como tal se percibe con mayor claridad en estos grupos de tipos masculinos (universalizados) abyectos, subalternos de los subalternos, que “*resisten y viven decenas de años*” (151), caminando siempre al borde del abismo, como especie de ácratas esenciales, sin instrucción ni oficio, una suerte de ácratas sobrevivientes, primitivos, cínicos⁸⁷ de inicios del siglo XX, alejados del nihilismo fascista, pero cercanos a una especie de nihilismo existencial ácrata, sin pactos ni proyectos culturales de algún tipo, o al menos así los idealiza el narrador apelando a un tú –incierta es la cuestión de si ese narrador es el Aniceto Hevia viejo o el joven; incierta también es si ese tú es Aniceto Hevia joven, viejo o el público receptor de esa y estas épocas–.

Estos tipos masculinos, a su modo idealizados en su profunda marginalidad, además son descritos como los que “*persisten, irritando con su presencia a los enfermos y a los sanos, a los poderosos y a los humildes, a los viejos y a los jóvenes, sin que nadie pueda explicarse cómo pueden existir, en un mundo que predica la democracia y el cristianismo, semejantes seres*” (151–2). De esta manera, en ese mundo en el que se conjuga lo moderno (la democracia, aunque se arrastre desde la época ateniense) con lo antiguo (el cristianismo), la enfermedad con la sanidad, las distintas edades del cuerpo humano, las clases sociales, estos tipos “*infrahumanos*” (casi ratas o cucarachas o moscas sobrevivientes a través de toda historia cultural de la humanidad masculinizada por el narrador) marcan su presencia, su resistencia, su sorprendente vigor para sobrevivir.

De algún modo, la reflexión narrativa parece sindicar a Aniceto Hevia, el joven, en este grupo de linyeras heridos, porque, aparentemente, el adolescente del siguiente segmento de la reflexión pareciese apuntar a una suerte de Aniceto–Cristo, al mismo tiempo que anticipa como

⁸⁷ Para ahondar más en la tradición cínica y cómo podemos actualizarla en cierta línea ácrata, vagabunda o, inclusive, en cierta rama de la mendicidad, recomiendo: García Gual, Carlos. *La secta del perro. Diógenes Laercio. Vidas de los filósofos cínicos*. Madrid: Alianza Editorial, 2011.

ese adolescente es metonimia de otros tipos “heridos” y alegoría de un sistema de ideas y símbolos asociado a impresiones y experiencias socioculturales como el trabajo en su vertiente sacrificial, la supervivencia dificultosa como la puesta a prueba de la vida, la paradoja esencial de la libertad y la coerción, las marcas notorias de idealización –o estereotipación– de los valores éticos (modélicos o contramodélicos) que debe poseer la masculinidad, según el cruce de ejes del nacionalismo, el patriarcado, el capitalismo y el liberalismo con los que se configura un paradigma explicativo de inicios del s. XX, para Chile y Argentina. Lo anterior se puede evidenciar, mediante la reflexión narrativa que expone que

Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina junto al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sendero trazado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras, verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo y, sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que por ahora tiene, y podrás creer que es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí; pero no hay tal; no te pedirá nada y si le ofreces algo lo rechazará ... Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma apariencia de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empequeñece, los reduce y los inmoviliza. (152).

Definitivamente, se tratase o no de si es el receptor ideal del “monólogo interior”, Aniceto joven, ese adolescente, cuya herida está incorporada en su existencia como algo medular, es una metonimia de una multiplicidad de otros tipos masculinos históricos y referenciales que cargan con sus propias “heridas” físicas (corporales y sexuales), culturales, sociales, psicoafectivas o económicas (nacionales y modernas) y una alegoría de una particular filosofía

moral de vida que tiene que ver con el padecimiento estoico frente al devenir⁸⁸, sin excluir claros tintes cristológicos.

Al enumerar una multiplicidad de posibles “heridas”, la herida como tal, la individual, adquiere ribetes universales (siempre con la limitante masculina) y de lo microcósmico se expande a lo macrocósmico, cubriendo el espacio que va de lo ejemplar a lo general, de lo cotidiano a lo filosófico. A fin de cuentas, díganme lectoras/es, ¿quién no lleva consigo múltiples heridas que constituyen su identidad de una forma u otra? Quizás no todas las criaturas humanas han transitado por el abismo o el filo de la navaja, pero quienes llevan la herida social, como los linyeras y vagabundos del universo de *Hdl*, transitan por el abismo sin temor a la muerte, a la herida o a no responder a los ideales masculinos proletarios, anarquistas, fascistas, delictuales, policiales, nacionales o de la elite; sin embargo, esto puede seguir siendo un gesto de “romántica” idealización y no se ha abordado suficientemente la constitución corporal y sexual de los tipos masculinos mendigos y vagabundos, con sus violencias patriarcales y su modo ético de explicarse, en el plano referencial.

Culminada la reflexión cotidiana y filosófica en torno a la “herida” de los hombres, el narrador, ya en presente y en primera persona o ya en pasado y en tercera persona, va a mostrar, primero, una imagen metafórica de los tipos masculinos con los que se topa o podría toparse, mediante el uso de las aves marinas: gaviotas, alcatraces, patos liles, piqueros o pelícanos (152–3). Estas aves, junto con depositar su excremento día tras día en las rocas, están a la espera o buscan formas de conseguir el alimento, tal como los tipos masculinos que roban, vigilan, mendigan, trabajan, defecan o sobreviven de cualquier modo. En este paisaje contextual, junto con los pescadores y trabajadores asociados a la pesca artesanal (tejedores de redes, por

⁸⁸ En este sentido, es fundamental el pasaje reflexivo, otra vez, en el que Aniceto declara no esperar, sino que necesitar y que la necesidad es material, abordable y concreta, mientras que la esperanza es porosa y se difumina de espera en espera. El personaje, a través del narrador, es observable como un personaje que puede o no imprimirle voluntad al deseo de satisfacción de una necesidad y con ese impulso modificar un tanto, mínimamente, las condiciones materiales de su vivir (Rojas, *Hijo de ladrón* 281).

ejemplo), se destacan dos hombres que recolectan algo indescifrable de la arena. Estos serán los compañeros de Aniceto, Cristián Ardiles y el Filósofo, Echeverría. Sin embargo, antes de ahondar en ellos, la conciencia autorial, por medio del narrador, se da el lujo de desordenar otra vez el orden cronológico de las secuencias narrativas para devolver al espectador y a Aniceto Hevia, personaje, justo al punto en el que se despide del amigo de las tortugas.

Así, el protagonista, solo y como pueda, sobrevivirá en la ciudad–puerto en la que se desenvolverá una trama de expreso asunto social. De esta forma, el capítulo siguiente aportará un rico material de análisis sobre distintos tipos de masculinidades, en el contexto de la representación de una de las tantas huelgas en contra de los abusos de las clases dominantes, entre las que se puede contar la constante alza en los precios de los alimentos o del transporte⁸⁹; podría tratarse, con cierto grado de inexactitud o de exactitud, de una de las huelgas generales acontecidas en el resurgimiento de los movimientos sociales, entre 1911 y 1919. Así, una de esas huelgas podría ser el “doble” referencial de la revuelta de la que Aniceto Hevia será narrador y testigo (DeShazo, Peter. *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902–1927* 202–7; Muñoz Cortés, Víctor. *Sin Dios ni Patronos* 102–3).

El contexto histórico y referencial recién aludido es el soporte del mundo narrativo y ficcional en el que se sitúa Aniceto Hevia justo después de la partida del vagabundo de las tortugas. Luego de la despedida y de la sensación de ir sobre la cubierta de un barco, “con el alma como ausente o sumergida en algo aislante” (154), Aniceto Hevia señala que “En ese momento estalló la tormenta, sin que nadie supiera en qué callejuela del puerto, en qué avenida

⁸⁹ A poco más de 100 años de algunas huelgas generales y a unos 100 años de las huelgas de la AOAN o de las de la IWW, las estudiantes de distintos liceos, entre un 17 y un 19 de octubre de 2019, dieron inicio a una emblemática revuelta que vio su origen, o al menos la gota que rebalsó el vaso, en el alza del pasaje del sistema de transporte privado: Metro S. A. Si bien la dialéctica puede ser un constructo teórico marxista para “iniciadas/os”, en la materialidad de la existencia cotidiana sentimos el peso de la historia de explotación, criminalización, subalternización frente a la que absolutamente siempre va a brotar el germen de la rebeldía. Gracias a esas estudiantes de liceo, se puso en marcha un proceso histórico que podría haber modificado las condiciones en las que vivimos; es probable que algunos precedentes de ese proceso se encuentren en las experiencias capturadas y narrativizadas por Manuel Rojas.

de la ciudad o en qué callejón de cerro ardió la chispa que llegó a convertirse en agitada llama” (154).

Tras recordar a los “comedores de papeles estampillados”, tipo particular de masculinidad, “funcionario de cuello blanco”, que engrosaba las filas del aparato nacional, estatal y burocrático, Aniceto vuelve a su narración testimonial: “El farol gimió y dejó caer al suelo una lluvia de trozos de vidrio, y el hombre, un hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de cara, cuadrado de manos, pasó corriendo, rozándome el rostro con el aire que desplazaba y lanzando de reojo una mirada que me recorrió de arriba abajo” (155). De la revuelta que es testigo Aniceto a la narración de su ofuscación por la exigencia del certificado para existir no hay transiciones abruptas; estéticamente la disposición de la escena aglomera los elementos, para valorizar la narración en tres líneas argumentales confluyentes: Aniceto Hevia sin su amigo e impedido de viajar, lo que lo entristece y aísla; Aniceto Hevia criticando el mundo de los certificados, la deshumanización producto del recurso moderno del empadronamiento de las identidades (fotografía, firma o rúbrica, toma de huellas dactilográficas, fichas signaléticas, constancias legales y jurídicas de la experiencia (nacimiento, defunción, procedencia)); y, Aniceto Hevia testimoniando un alzamiento popular que al grito de “¡Muera!” se entreteje con la realidad frustrante de los certificados e incorpora a Aniceto en el flujo de rebelión de los “hombres” del alzamiento popular, aunque su incorporación sea involuntaria, rompa con sus divagaciones y, además, lo empuje a prisión, en la que será condenado por el robo a la joyería y en la que contraerá la herida del pulmón.

Esta revuelta será catalizadora, entonces, de una serie de sucesos que articulen la identidad de Aniceto Hevia. La revuelta gestionará el tiempo y el espacio, para que Aniceto, pagando otra cuota, pueda, al menos al cierre de la novela, abrirse camino libre nuevamente para continuar con su periplo.

Al estallar el foco de un segundo farol, el narrador indica “Otro hombre y otro hombre y otro hombre aparecieron y desaparecieron y gritaron ... un gran griterío se encendía y se apagaba detrás de mí y otros hombres y otros hombres y otros hombres surgían de las bocacalles o se perdían en ellas” (155). El escenario de la revuelta está totalmente masculinizado. Aniceto Hevia se siente inmerso y ajeno, al mismo tiempo, en este clima de rebelión: “No pude seguir divagando: veinte, treinta, cincuenta hombres me rodean, gritan y gesticulan; hombres de toda clase, tamaño y condición: morenos y bajos, altos y rubios; de buena estatura y pálidos; de rostros redondos o irregulares; de narices como de duro lacre o de blanda cera; bigotes tiesos o rizados, cabellos lacios o ensortijados; frentes pequeñas, como de monos, o altas como peñascos” (156). Así, Aniceto Hevia da un breve vistazo a diferentes tipos de masculinidades conglomeradas en torno a la agitación subversiva; las clases dominantes existen, produciendo lógicas de subalternización con las que, rebeldes o no, las clases subalternas se enfrentan o asumen, mediante diferentes mecanismos y así parece evidenciarlo la ficción narrativa.

Los “hombres” de este segmento narrativo, con sus variopintas fisionomías, son parte de esa amplia clase popular y subalterna que encuentra en la rebelión y en la agitación social, en el estallar, un modo de hacer manifiesta la crisis permanente a la que son sometidas por parte de las clases dominantes, sus cuerpos armados y las clases mediadoras, principalmente, porque lo que negocian las clases mediadoras (no necesariamente clases medias) es la condición de dominación de las clases subalternas. Los “hombres”, metonimias de otros múltiples hombres y alegorías de los idearios e imaginarios, espontáneos o programáticos, de las clases subalternas en abierta y clara rebelión, son mostrados sin idealización y sin trazas de burla, porque el discurso se ve imbuido de una seria reflexividad; el joven Aniceto se mantendrá cercano a estos hombres, porque ya no es posible seguir pensando en el amigo que ha partido o en los certificados: la inmediatez de la lucha callejera, su vitalidad, es un motor que mueve a Aniceto, porque lo incorpora en el grupo “hombre” del que se reconoce por género y por clase.

Si bien ese reconocimiento es llevado a cabo por pura casualidad, “una casualidad dinámica” (156), el primer momento de desconocimiento de los otros hombres pasa y el dinamismo de las escenas que se suceden es vertiginoso. Aparentemente, el ignoto motivo que reúne a los hombres es un motivo que también cala en Aniceto, aunque vuelva en más de una oportunidad a cierto individualismo cobarde con el que pretende escudarse del flujo flamígero y tormentoso de la revuelta. “Y de pronto desaparecen, vuelven y se van, llevados por alguna desconocida fuerza y se oye el tropel de sus pisadas y el ruido de sus zapatos sobre las aceras y gritos y voces y frases y risas. De nuevo quedo solo, pero ya no puedo volver a los certificados ni a los barcos ni al mar; debo quedarme entre los hombres” (156). Así, Hevia encuentra un sitio del que es y no es parte, encuentra un grupo de hombres que también podría estar gritando “¡muera el certificado!” y que, mediante el recurso del cambio de episodio, le permite despedirse del amigo ya lejano.

Narrativamente la confirmación de que se trata de una turba de hombres medianamente organizada es evidente, porque se afirma que “hay un motín” (156). Este motín da cuenta de esos tipos masculinos, tan diversos en sus fisonomías y tan unidos frente a las injusticias sociales, que marcaron el inicio de los centenarios republicanos de Chile y Argentina. Tal como he constatado en otro momento, esos motines tienen una respuesta desde las clases dominantes: la policía o el ejército –cuerpos armados de masculinos armados–. Así, Aniceto establece “mis oídos se llenan con el rumor de diez, treinta, cincuenta [en claro paralelismo estético con los hombres, pero superados de inmediato] o cien caballos que galopan sobre los adoquines o el asfalto de una calle cercana” (156). El ruido de la caballería hace que Aniceto se repliegue hacia su individualidad: “¿qué tengo que hacer aquí y que puede importarme lo que ocurra? Soy un extranjero, aunque no tenga certificados; no me he metido con nadie, no he hecho nada y mis asuntos no tienen relación alguna con los de esos hombres y con los de esta ciudad” (156–7). La marca de individualismo se desvanece cuando “un hombre desconocido, delgado, de ropa

oscura y rasgos que no distingo bien, grita y mueve las manos con energía, llamándome” (157). Aniceto percibe, entonces, la solidaridad entrañable de los perseguidos: “¡Córrase, compañerito, ya vienen!” (157). Aunque en un esfuerzo cómodo por mantenerse lejano e individual, Aniceto comprende que no puede, por su misma condición de extranjero y subalterno, mantenerse al margen, porque “andando como andaba mal vestido, sabía lo que podía esperar de la policía o el ejército” (157). A regañadientes o no, Aniceto se comprende parte de ese grupo de perseguidos, de tipos masculinos mal vestidos –cuadrados o como cuchillos– que establecen una lucha frontal con su condición de subalternos, de dominados.

Aniceto Hevia definitivamente unido al grupo de hombres que protestan va pesquisando elementos que permiten comprender algunos de los referentes de este motín (“¡Quieren subirlos a veinte!” (159), haciendo referencia al alza en los precios del pasaje de tranvía) y algunas lógicas de homoerotismo espontáneo que se da en medio de la revuelta, porque el “hombre moreno y delgado” lo protegerá hasta que se encuentre con los otros hombres, particularmente, con el de la voz incitante para volcar el carro de tranvía o con el hombre–cuadrado que vuelve a escena en el enfrentamiento con los hombres–rata.

Antes de ser acorralados por la caballería de la policía, y resguardado por el hombre moreno y delgado, Aniceto constata que “a juzgar por sus ropas eran obreros y se les veía transpirando, anhelantes, aunque no cansados” (160). En este extenso pasaje del motín, se encuentra un tratamiento narrativo más o menos acucioso de hombres proletarios en acción rebelde; no son representados como proletarios industriales ni, como en *Lanchas en la bahía*, claramente señalados como IWW, FORCh o alguno de los otros anarcosindicatos que poblaron Valparaíso, Santiago o Buenos Aires (FORA); es más, estos hombres no están sindicados tampoco como comunistas o como “montoneros”: sus gritos, su lucha, sus pedradas, sus consignas, aunque precisas por momentos, son generales y rotundas: “¡Mueran los verdugos del pueblo!” (160). Quiénes sean esos verdugos no queda claro en la narración, pero puedo inferir que es el aparato

jurídico, legalista, policial de los “funcionarios tragacertificados” (156), también se trata de la elite y, sobre todo, se trata de un verdugo moral que condena al pueblo: el espíritu del capitalismo graficado en la falta de solidaridad del boticario o del almacenero, personajes que deben sobrevivir más allá de la miseria del trabajador, del delincuente, del obrero–golondrina o del mismo pintor de oficio como Aniceto Hevia.

Al mismo tiempo que se apunta como “verdugos” a los masculinos de “por arriba” de la esfera sociocultural, también se apunta como verdugos a los mismos masculinos con los que se comparte la cotidiana existencia de “por abajo”. Al menos, así queda establecido en la pugna entre el hombre–cuadrado y el hombre–cuchillo, salido, como es sabido, de las orillas oscuras del río. En esta amalgama contradictoria de hombres en pugna, de los que Aniceto dice que no son ya cincuenta sino mil quinientos que salían de todas partes de la ciudad–puerto (160), la voz de un hombre incitando a dar vuelta un tranvía se configura de forma que “Sonaba como la voz de El Machete o como la de Antonio, El Choapino [constructores de la línea férrea trasandina], y era la misma voz de siempre, la voz que ha construido las pirámides, levantado las catedrales, abierto los canales interoceánicos, perforado las cordilleras” (162).

La voz masculina de incitación, particular y concreta, se refracta en la mente narrativa, a los ojos de Aniceto Hevia y del público lector, como una voz que concentra y que representa simbólicamente, las voces de múltiples hombres que con su grito incitante, con su fuerza transformadora, construyeron no tanto los hogares y los huertos, sino los palacios y tumbas de los poderosos (pirámides y catedrales) y destruyeron la tierra abriéndole grandes heridas (canales interoceánicos y perforaciones en la montaña). ¿En qué lugar de la historia quedan las voces de las mujeres y de los otros hombres que trataron de detener a esas voces incitantes? ¿Por qué hay un signo positivo en la narración, respecto de la voz del obrero que incita a volcar el tranvía? La voz creadora, de violencia creadora, que mueve al volcamiento del tranvía es

constructiva y destructiva, al unísono; en la revuelta es necesaria la destrucción, para construir una posibilidad de cambio: esto es incluso un principio alquímico.

Sin embargo, ¿aún se cree que los muros de Tebas fueron construidos por Cadmo? ¿No son las grandes ciudades empresariales del presente, los gigantescos falos comerciales del hoy, construcciones llevadas a cabo por las/os excluidos del glorioso triunfo neoliberal del Chile de poderosos capitales? Nada nuevo bajo el sol: los mismos gritos que construyeron las pirámides son el grito minúsculo de quien incita a volcar un tranvía. Otra vez se puede percibir la relación de lo microcósmico con lo macrocósmico, en un ejercicio dialéctico junto con una conjunción de viejas estéticas narrativas que se actualizan en el presente escritural de *Hdl*, para fortalecer la imagen filosófica de la revuelta.

Dos momentos narrativos que quisiera comentar, vinculados con algunos tipos masculinos, porque tienen una riqueza estética importante son la descripción del tranvía, primero, y la de la policía, segundo. Este segundo momento presenta algunos problemas éticos, junto con modos estéticos de representar monstruosamente a la policía.

Así, el primer momento es la descripción *grotesca* del tranvía, en la que se hace confluir lo animal con lo mecánico, creando una imagen expresionista, en un contexto de relato realista de vanguardia; así, son varias las lógicas narrativas que confluyen en el pasaje: “Es curioso ver un tranvía por debajo: las pesadas ruedas, aquellas ruedas que trituran y seguirán triturando tantas piernas, brazos y columnas vertebrales, hierros llenos de grasa y de tierra, gruesos resortes, húmedos, como transpirados, telarañas, trocillos de papeles de colores, mariposas nocturnas” (162). El modo realista de representar, en el que la voz narrativa juega con el nivel de la observación, crea una imagen nítida del “reverso” del tranvía, de lo que oculta bajo la capa de la modernidad: huesos triturados y basura; además, al articular la secuencia de “objetos perdidos”, logra una enumeración poética que descompone la maquinaria particular hasta dejarla hecha el polvo de una mariposa nocturna.

El segundo momento tiene relación con los modos de representar a la policía y con las reflexiones de Aniceto Hevia en el contexto de las increpaciones al “cuerpo armado” de las clases dominantes. Posterior a que a la policía se le apunte como “hambrienta”, “con cara de sable”, “con cara de perro”, o como “desgraciada” (163), el narrador comenta “Me parece que no debería enjuriárseles [sic]⁹⁰ ni provocárseles; además, estando entre los que gritan aquellas palabras, aparezco también un poco responsable ... la inconsciencia de los policías y de los caballos se me antoja forzosa, impuesta, disculpable por ello, en tanto que los gritos eran libres y voluntarios” (163). Esta reflexión me obliga a indagar, al menos brevemente, en la condición subalterna de las masculinidades policiales y en la noción de libertad que estaría asociada al grito injurioso y rebelde de los hombres que protestan.

Respecto de lo anterior, la desgraciada, perra y hambrienta policía recibe esas tres calificaciones por parte de los “hombres” rebeldes en un ejercicio de homologación de su condición. Estos policías son desgraciados y hambrientos; a diferencia de los “hombres” que injurian, los policías son perros, sus rostros son caninos, y cumplen órdenes, es decir, al menos para el narrador, su “inconsciencia” es disculpable porque son mandatados por quienes dominan el orden. Sin embargo, es complejo sostener éticamente que el policía, adiestrado en el orden instituido, se comprenda como un violento o un inconsciente; dado que la policía ha sido instruida para resguardar el orden nacional y ese orden establece una clara imposición jerárquica desde las clases dominantes hacia las subalternas, en abierta rebelión o no, lo que la policía finalmente resguarda es la condición de dominación de las clases subalternas, esto es, la potestad dominante de las clases poderosas.

Mientras las clases mediadoras negocian la condición de subalternidad y establecen los límites “democráticos y nacionales” de la dominación (digamos que para que el orden nacional

⁹⁰ Esta es una errata de la edición Cátedra (2001) que he empleado como fuente de las citas; sin embargo, en la edición de 1961, a cargo de Zig – Zag, presumiblemente la última corregida por Manuel Rojas en vida, no tiene tal errata y se lee claramente “injuriárseles” (463).

moderno y republicano no sea del todo un sistema imperial o esclavista), tranzando frente a las clases dominantes y prometiendo falazmente a las clases subalternas, la policía se establece como el cuerpo armado de la dominación, ejecuta órdenes y, en su adiestramiento inconsciente, no se comprende como subalterna y percibe como desorden o atentado a la patria la voluntad subversiva de las clases subalternas que pretenden sacudirse el yugo y derrocar la condición de dominadas respecto de unas clases dominantes que se perciben como “ejemplares” (son triunfales y ostentan el poder económico, simbólico, cultural, político y social) y, al mismo tiempo, como “contraejemplares” (son observadas como soberbias, vanidosas, explotadoras, traicioneras, asesinas, “verdugos del pueblo”).

Los “hombres” rebeldes son “libres” y sus gritos son voluntarios, del mismo modo que los policías son “libres” y su condición de “perros” es voluntaria, es decir, tanto unos como otros son esclavos de la libertad liberal en el contexto nacional republicano y moderno de inicios del s. XX, en Chile y Argentina: la paradoja liberal hace que ni unos ni otros sean verdaderamente libres en sus decisiones y opciones, porque la explotación desde las clases dominantes se impone como una realidad ineludible (es, a estas alturas del partido, de Pero Grullo, como el capitalismo, el servilismo, la explotación consentida, el adiestramiento nacional, entre otros elementos que construyen al buen esclavo (como el policía o el esquiro), son realidades éticas y síquicas que se transmiten mediante diversos mecanismos entre los que no se excluye distintas morales religiosas asociadas con el sacrificio, la culpa y el castigo (como el calvinismo, el judeocaticismo y otras variantes)).

De este modo, la estructura subyacente (y evidente) de la sociedad de clases, obliga a “decidir” (empuja las decisiones libres) tanto a los “hombres” a rebelarse como a los policías a reprimir esa rebelión; los primeros quieren modificar o destruir un orden existente, mientras que los segundos han sido inoculados con el deseo irreflexivo de proteger a toda costa ese orden, porque ese orden les da estabilidad a sus identidades de clase y de género. En síntesis, en el

liberalismo capitalista (así como en el neoliberalismo actual), la ejecución de la libertad es una paradoja, porque es una libertad restringida a las lógicas de reproducción patriarcales, nacionales, capitalistas, ciudadanas; cualquier rebelión a esas lógicas que escape a lo ordenado e instituido, como civilizado o educado, es salvaje, es locura o es, en definitiva, una violencia supervalorada en relación con la subestimada y silenciada violencia de la estructura de la sociedad de la dominación (terrorismo de Estado).

Ser o no ser responsables, involuntaria o voluntariamente, de injuriar a la policía y a las clases dominantes es algo que Aniceto Hevia va a poner en cuestión; de tal modo, tensionará el narrador el hilo de las rebeliones que en *Mejor que el vino*, segunda novela editada después de *Hdl*, los temas sociales están abstraídos hasta lo filosófico y se evitan comentarios demasiado confrontacionales. Asimismo, en *Scm*, tercera novela editada, pero “segunda” en el orden del tiempo narrativo, las luchas subversivas y los grupos anarquistas estarán tamizados de ironía y de cierto grado de idealización negativa o positiva. ¿Qué quiere Aniceto Hevia del público lector? Me parece que seguir sosteniendo que Manuel Rojas es el gran escritor anarquista es definitivamente un problema ético, desde la perspectiva ética ácrata y libertaria; me atrevería a decir que es un escritor que representa de modo mucho más claro a un personaje liberal e individualista, al menos en lo que respecta a la ética que sostiene a Aniceto Hevia y, a través de su mirada, cómplice en ocasiones, testimoniar a diversos tipos de sujetos masculinos, porque el Aniceto Hevia joven desea ser incluido en el grupo de los hombres, aspecto más que evidente en *Mejor que el vino*. A inicios del s. XX, el liberalismo y ciertas corrientes anarquistas aún se confundían. Es más, en el momento de analizar *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, apoyándome en Amícola y Finchelstein, por lo menos, podré observar cómo en las obras y en el contexto referencial se podía rastrear una confusión entre cierta megalomanía fascista con inclinaciones pseudo ácratas y pronihilistas.

La actitud ética del narrador personaje confirma una postura atemorizada y al mismo tiempo crítica respecto de la condición de la policía y de la violencia rebelde, porque al preguntarse “por qué la policía podía cargar cuando quería y por qué la multitud no podía gritar si así le daba la gana” (163) se responde desde una perspectiva en la que se sitúa como un masculino inocente entre dos fuegos: “no sé qué responder y me cuido mucho de hacer callar a nadie: no quiero recibir un palo en la cabeza [la violencia policial] o un puñetazo en la nariz [la violencia rebelde]” (163–4). En ese sentido, temeroso de la obvia reacción de la policía frente a la subversión, Aniceto Hevia espera que haya un ataque, sin embargo, “El oficial y los hombres de su tropa parecían no oír nada; allí estaban, pálidos algunos, un poco desencajados otros, indiferentes en apariencia los más, semejando, menos que hombres, máquinas o herramientas, objetos para usar” (164). La deshumanización de la policía mediante la relación comparativa (máquinas, herramientas, objetos) da una salida ética a la simpatía con la condición humana del sujeto masculino policial; en último término, su naturaleza humana está desplazada hacia el ámbito semántico de la máquina (de guerra), de la herramienta (de dominación efectivamente ejecutada al cumplir las órdenes) y como objeto, es decir, realidad sin consciencia subjetiva (el no-sujeto). El suspenso de la ejecución policial de la violencia represiva se debe a que el “motín” no ha alcanzado aún su punto más álgido.

Respecto de los abusos sociales que se dan entre subalternos, el narrador ofrece un testimonio de dolorosos matices, en los que se puede percibir la estructura social de dominación y aprovechamiento, incluso entre hombres que se debiesen comprender como semejantes en términos de clase; sin embargo, dada la organización jerárquica de los grupos humanos que se articulan en la nación-Estado, la más mínima y miserable mejora social, otorgada por el trabajo-sacrificio o por la “libertad de comercio”, posiciona a unos hombres subalternos respecto de otros en una, absurda y mínima, condición de supremacía económica. Así, el motín no estalla solo contra los “verdugos del pueblo” de las capas superiores de la esfera

sociocultural del país, sino que también contra los “verdugos del pueblo” de las capas inferiores, sometidos a las reglas del capitalismo liberal y, por ende, tan “disculpables” como la policía en su “inconsciencia”. La ira de los hombres o de la muchedumbre masculinizada queda en evidencia en la siguiente cita; en esta, también queda en evidencia la solución de un tipo particular de masculinidad, un propietario de una tienda o tendero de clase baja–media o pequeña burguesía: el almacenero, representante claro del modelo económico sometido a las leyes de la oferta y demanda que están asociadas al liberalismo del “dejar hacer”. La violencia de este personaje, como se da en el modelo ético e ideológico entre masculinidades, genera más violencia (en cursivas). Así,

en algunas partes la multitud apedreó los almacenes de comestibles, de preferencia los de la parte amplia de la ciudad y los que estaban al pie de los cerros. No tenían nada que ver, es cierto, con el alza de las tarifas de tranvías, pero muchos hombres aprovecharon la oportunidad para demostrar su antipatía hacia los que durante meses y años explotan su pobreza y viven de ella, robándoles en el peso, en los precios y en la calidad; la mezquindad de algunos, el cinismo de otros, la avaricia de muchos y la indiferencia de todos o de casi todos, que producen resquemores y heridas, agravios y odios a través de largos y tristes días de miseria, reaparecían en el recuerdo, y muchos almacenes, además de apedreados, fueron saqueados de la mercadería puesta cerca de las puertas, papas o porotos, verduras o útiles, escobas, cacerolas, que cuelgan al alcance de las manos: se suscitaron incidentes y *algunos almaceneros dispararon armas*, hiriendo, por supuesto, a los que pasaban o miraban, *lo que enardeció más a la multitud*. (164–5).

En cien años de historia, dos años después del Bicentenario, las condiciones materiales de los grupos subalternos, con radical evidencia, seguían más o menos por los mismos derroteros que Manuel Rojas plasmó narrativamente por boca de Aniceto Hevia. De seguro, la realización narrativa actual ya explora e indaga en las experiencias acarreadas desde el Estallido Social de

octubre de 2019 hasta el presente. Los tipos masculinos del relato se enfrentan entre sí por la miseria restregada en el rostro, por el engaño que sufren entre pares (en el peso del kilogramo, en la especulación de los precios, en la manipulación de la calidad de los alimentos y de los productos). Si se puede establecer que el motín ficcional comprende una de las huelgas porteñas más importantes (quizá la de 1913 o alguna de las tantas contra el alza del precio del pasaje del tranvía), se puede señalar que a unos cinco años del alza en los precios de los alimentos y de las grandes movilizaciones de la AOAN ya era posible observar cómo las lógicas impuestas desde las clases dominantes (especulación de los precios de los productos y manipulación de la calidad de estos) es reproducida por los “dominantes en miniatura”, es decir, los almaceneros, tipos masculinos sujetos de manera férrea a las lógicas del “libre comercio”. Algunas reflexiones sobre el “libre comercio” ya fueron establecidas en el artículo que trata sobre Ipinza y González.

Otro tipo masculino que aparece del lado de los subalternos–dominantes es el boticario⁹¹, el que será comparado con el almacenero. En la cita siguiente, se percibe la configuración identitaria del boticario, el contraste de sus productos con los productos del almacenero y, además, se puede colegir la variopinta multiplicidad de hombres “amotinados” ahora desde una perspectiva “laboral” (y no fisionómica como se observó anteriormente). Aniceto Hevia, a quien le duelen los gritos y las pedradas (165), como le dolerían de seguro los palos de la policía o la herida del pulmón (o la existencia toda, si coincidimos en que en algunos aspectos uno de

⁹¹ Paradigmático resulta apuntar brevemente algunos rasgos del “boticario” del mundo de *Lsl/Ll*. Ergueta es un tahúr que posee una farmacia; de una condición social y económica holgada, considera que, en el “tiempo de las tribulaciones” se provocará la revolución social de la mano de los despreciados del sistema (malandras, rufianes, estafadores) y que difícilmente los empleaduchos como Erdosain podrán hacer algún aporte a ese estallido social abyecto y monstruoso que sería llevado a cabo por pecadores y endemoniados, porque son los que no tienen nada, dado que están por debajo de los sujetos subalternos y serviles al sistema como los tenderos, aunque él también es un comerciante. Este personaje lee la Biblia, debate con el cura de su barrio, recibe de Cristo las martingalas, predica en lunfardo y se casa con Hipólita, a la que llama la Coja bíblica, porque fue sirvienta y se hizo prostituta, antes de que se desposarán. Ergueta enloquece en una alucinación místicoide y termina como todos los locos de Arlt, haciendo un *mutis* por el foro, al ser atrapado por la policía. Él es quien enuncia el fin de la “casa de la iniquidad”, refiriéndose a la finca de Temperley. No participa de la Sociedad Secreta. (*Los siete locos* 17-22; 185; 261-2; *Los lanzallamas* 543-4; 582).

los tipos masculinos a los que responde parcialmente Aniceto Hevia es al del “hipocondriaco llorón”), observa que

Los boticarios, detrás de sus frágiles mostradores, aparecen como transparentes, rodeados de pequeños y grandes frascos con líquidos de diversos colores, espejos y vitrinas, y miran hacia fuera, hacia la calle, con curiosidad y sorpresa, como queriendo dar a entender que no tienen nada que ver con lo que sucede, mucho menos con las empresas de tranvías o con los almacenes de comestibles: venden remedios y son, por eso, benefactores de la gente; contribuyen a mitigar el dolor. *No tendrían, claro está, la conciencia muy tranquila* [porque solo en apariencia son benefactores], ya que ni los comerciantes muertos la tendrán, pero la muchedumbre y las personas que la formaban [solo hombres], *obreros y jornaleros, empleados y vendedores callejeros, entre quienes empezaron a aparecer maleantes* [lo que me sigue permitiendo afirmar que no hay una identificación particular con el tipo masculino anarcosindicalista proletario industrial], sentían que una botica no es algo de todos los días ni de cada momento, como el almacén o la verdulería; nadie entra a una botica a pedir fiado un frasco de remedio para la tos o uno de tónico para la debilidad y el boticario no pesa, en general, la mercadería que vende –por lo menos no lo hace a la vista del público–; en consecuencia, *y aparentemente*, no roba en el peso ni es, *también en apariencia*, mezquino, y si uno no tiene dinero para adquirir un pectoral o un reconstituyente puede seguir tosiendo o enflaqueciéndose [sin responsabilizar al boticario o a la aún inexistente y actual poderosa industria farmacéutica] o recurrir a remedios caseros que siempre son más baratos; nadie, por otra parte, puede tener la insensata ocurrencia de robarse una caja de polvos de arroz o una escobilla para los dientes; pero al pan, al azúcar, a los porotos, a las papas, al café, al té, a la manteca, no se puede renunciar así como así para siempre ni hay productos caseros que los substituyan. (165).

Bajo la premisa de la supervivencia, el narrador comprende el alimento como un bien irremplazable, sin percibir la necesidad primaria de los medicamentos y cómo el precio de estos también está sujeto a la especulación; sin percibir, claro está, en apariencia, cómo los boticarios también son parte del circuito de explotación interna que se da entre las clases populares.

Posterior a estas reflexiones, la voz narrativa se modifica para realizar, con medios estéticos de vanguardia para el 1950 (entre 1938 y 1950 ca.), una suerte de “cuadro de costumbres”: la esperanza de la esposa obrera. En la posibilidad de endeudamiento, la dueña de casa ve una salida para la situación del hogar, asociada a la cesantía y a la miseria del hogar; ese endeudamiento en menor escala, consistente en pedir “fiado” al almacenero, aparentemente “sencillo y bonachón” (166), es una trampa. No es posible endeudarse con quien ya se ha contraído una deuda; el prestamista, además, es un censor ético, porque sospecha de las necesidades familiares (“no le faltará plata para vino” (166)) y se aísla de las condiciones históricas que hacen padecer a la dueña de casa particular, y a las familias obreras en general, aunque se apunte a su realidad (“con la crisis hay tanta desocupación” (166)). Las razones del almacenero para no fiar devuelven al tipo masculino subalterno a su condición de semejante, respecto de la dueña de casa, porque “Él también debe vivir” (166). Se anida así el descontento y el odio social entre pares, dado que “el obrero ... siente que el odio le crece hasta el deseo del crimen. ... Algún día... Ese día llega ... y éste [sic] era uno de ellos [el día del motín]” (166).

A pesar de la “irrealidad” de los boticarios, en el contexto de la revuelta, estos esperan “obtener alguna utilidad de aquel motín” (167), sacando provecho de heridas o contusiones o ataques de nervios. De un lado de los hombres que protestan, el alimento restringido; del otro, la medicina restringida. La motivación del motín muestra un rostro menos concreto que el alza del precio del pasaje de los tranvías, haciendo clara alusión a un referente histórico, porque la faz del motín es transversal, incorporando en los “verdugos del pueblo” a las clases

dominantes”, pasando por la policía, por el alza del transporte y por las carencias frente a dos necesidades básicas: alimentación y salud.

La revuelta transita por varios círculos de la esfera cultural, penetra en varios nervios del cuerpo social, hasta que encontrándose cara a cara los tipos masculinos subalternos se enfrentan, primero simbólicamente, contra almaceneros en general (“verdulerías, fruterías, carnicerías y panaderías cerraron al mismo tiempo que los almacenes” (167)) y contra otros comercios, para, de modo práctico y real, en segundo lugar, enfrentarse a otros tipos masculinos de particular resonancia en el escenario del motín. Se trata de los hombres–rata, de los que el narrador dice: “Se formaron grupos constituidos por individuos que parecían salidos de las alcantarillas –algunos se habrían podido tomar por enormes ratas–; barbudos, astrosos y de ojos brillantes, llenos de vida, inquietos, que no gritaban ni rompían faroles y que al parecer no sentían odio ni amor por nadie, pero que se apoderaban, con una asombrosa rapidez, casi animal, de cuanto se hallaba al alcance de sus manos” (167).

Junto con la anotada condición animal de estos tipos masculinos delictuales y marginales, hay un elemento sobre el que quiero llamar la atención. Producto de su animalidad o de su necesario impulso de supervivencia, estos hombres–rata están “llenos de vida”. No son, como podrían serlo los policías con sus prácticas violentas o los almaceneros con su control de los alimentos, agentes de la muerte, por el solo hecho de ser salidos de las alcantarillas –del cauce del río, propiamente tal– o ser comparados con ratas: su vitalidad animal es probable que sea el motor de supervivencia que les permite ni odiar ni amar, no participar de la revuelta con un sentido político llano, sino profundo (ser marginal hasta lo delictual y sobrevivir en el orden instituido es un acto político, íntimamente político, como ser dueña de casa y soportar las violencias diarias hasta que viene la rebelión); o, en un sentido ético, esa vital animalidad, hace que estos tipos masculinos se eximan de la moral que representan los otros hombres “guiados” por el “hombre cuadrado”.

No habrá idealización alguna, por cierto, de los hombres—rata, porque, provenientes o no de las alcantarillas o del Río, sea cual fuese ese río, serán observados en su dimensión humana, sí, pero sin dejar por ello de evidenciarlos como “meros rateros”, es decir, no como ladrones de oficio, sino como oportunistas que, tal como el almacenero o el boticario, se aprovechan de sus pares de clase, frente a los cuales, tal como los miserables hombres de la revuelta lo hacen frente al almacenero o al boticario, se posicionan como subalternos. La estructura de la sociedad de dominación, con su macroestructura de clases, se infiltra en todas las dimensiones, por ello es posible observar la réplica de esa estructura en diversos grupos humanos, incluida la familia patriarcal, en la que las lógicas de explotación y dominación son evidentes en sus aspectos más violentos o en su dimensión más tenue y apacible. Tanto un grupo de hombres como el otro adquieren formas de cuerpo familiar masculino: se vinculan, se reconocen, se protegen, se siguen y guían. Las manifestaciones de las identidades de cada grupo provocarán, en el escenario del motín, el enfrentamiento entre cada *pater familias*. Así,

Hubo algunos choques entre los grupos y en uno apareció de nuevo el hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de manos, cuadrado de cara, un hombretón formidable, como hecho de una sola y gruesa viga que tuviera varios y apretados nudos y que capitaneaba una banda de obreros que se enfrentó de pronto a otra banda, una de aquellas de procedencia subterránea que saqueaba una cigarrería atendida por una mujer. El hombre cuadrado, con una voz que dominó el tumulto, gritó:

—¡No, compañeros, no somos ladrones! ¡Dejen eso ahí!

La mujer de la cigarrería lanzaba agudos gritos.

Algunos de los hombres de las alcantarillas huyeron; otros, más tranquilos, se quedaron.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos, fríamente.

Llevaba una sucia y corta barba y su ropa estaba hecha jirones y lustrosa; daba la impresión de un cuchillo mellado y lleno de orín o sebo, pero peligroso. El hombre con

aspecto de herramienta de carpintero se acercó a él y le gritó, lleno de pasión y casi golpeándole el pecho con el puño:

–¿Qué pasa? ¡No andamos robando y los ladrones no tienen nada que hacer aquí!

El hombre–cuchillo pestañeó, pero permaneció en el sitio. Volvió a preguntar, siempre fríamente:

–¿Y qué te importa? ¿Eres de la policía?

La gente empezó a agruparse y los hombres–ratas que habían huido regresaron y rodearon a su compañero, quedando frente a frente las dos bandas.

El hombre–mazo dijo:

–No soy de la policía, pero tampoco quiero que nos echen la culpa de lo que hacen los sinvergüenzas como tú. Somos trabajadores y no rateros, ¿entiendes? (167–8).

A partir de esta extensa cita, puedo deslindar algunos elementos fundamentales en torno a estos dos claros grupos de masculinidades. En primera instancia, las dos bandas de hombres están en una condición de subalternidad respecto de las masculinidades dominantes que, efectivamente o no, ostentan los modos adecuados de comportamiento varonil; entre sí, estas dos bandas están sometidas a lógicas internas de subalternidad y dominación: los rateros frente a los trabajadores son una suerte de subhombres, porque “ni siquiera son ladrones; no son más que inmundos rateros” (169).

Mientras que los rateros, a través del hombre–cuchillo, perciben con frialdad y distancia a los trabajadores, dado que la actitud de, al menos el hombre cuadrado, les sugiere la actitud de la policía frente al resguardo de la propiedad; para los rateros, los trabajadores podrían ser un poco menos que “esclavos”. Ambos grupos se menosprecian, evidenciando uno de los tantos conflictos entre masculinidades subalternas. Narrativamente se establece que el hombre–cuchillo está imposibilitado para sostener una discusión; por el contrario, el hombre cuadrado

“parecía no amedrentarse ante la perspectiva de una discusión sobre el trabajo y el robo o sobre el trabajo y el capital” (169).

Siguiendo las lógicas masculinas de violencia, que se reproducen desde lo micro hasta lo macroestructural, el enfrentamiento entre bandas no es discursivo, sino que físico: los golpes dictan la ley de la calle y la ley de la guerra entre subalternos masculinos y entre dominantes masculinos y tanto el hombre mazo como el hombre cuchillo son golpeados directa o indirectamente (especularmente, en el juego de la metonimia y de la alegoría, el hombre-rata y el hombre-cuadrado son índices de grupos; esos grupos sostienen sistemas de ideas. Esos sistemas de ideas son comparables: el rasgo policial de los trabajadores frente a la delictualidad de los “marginales de las alcantarillas” se condice con el temor a la culpabilización legal y ética que ejecutaría la policía con los trabajadores; el robo de los hombres-rata no está exento de violencia dominante con lo que, el narrador, acerca peligrosamente el robo de los hombres-rata con el acto del robo institucional de la existencia de la propiedad privada).

La diferencia entre ellos, más allá de la admiración de Aniceto Hevia (joven), radica en los modos de sobrevivencia: los hombres de las alcantarillas retornan a su espacio de super marginación, ingresando al universo del “cauce” o de la alcantarilla; los hombres cuadrados (carpinteros o cargadores del puerto (170)) se mantienen firmes, de pie, sosteniendo un modelo de hombría que, sin estar explícitamente idealizado, parece corresponder con una dimensión ética valorada por el narrador. La gresca culmina narrativamente entre las bandas; simbólica y estéticamente, el fin de la gresca y del motín, que la soportó como esfera de rebelión en la que se puede posibilitar el espacio de la violencia entre subalternos, solo finaliza porque “piquetes de policías armados de carabinas y equipados para amanecerse patrullaron la ciudad” (170). Solo un grupo masculino subalterno superior a las bandas mentadas frena de modo práctico, en el ámbito social-ficcional y social-referencial, la violencia: el freno de la violencia es otra violencia, institucional e instituida por ley y fuerza.

El narrador es lapidario al señalar: “El motín concluyó no tanto porque la gente sintiera apetito y se fuera a su casa a comer, cuanto porque el motivo que lo encendiera no daba para más: rotos algunos faroles y tumbados o destruidos unos pocos tranvías, no quedaba gran cosa que hacer y no había por qué hacer más; no se trataba de una revolución” (170). El fracaso de los grupos masculinos en pugna, el fracaso entre sí y el fracaso frente a este tipo particular de masculinidades modélicas (los policías), es el fracaso de dos modelos éticos puestos en tela de juicio. El modelo de hombre delictual, marginal y “orillero”, aunque genere temor (168), es repelido por el modelo de hombre trabajador; tanto las voces con sus cuerpos como los modos de ser de los rateros son anulados por los cuerpos y las voces de los hombres herramientas. A su vez, los hombres cuadrados, aunque generen admiración (168), son doblegados por los hombres policiales, generando frustración y crisis respecto de algún modelo “revolucionario”.

Este fracaso doble y el triunfo del orden nacional graficado en la policía anticipan el clima que llevará a la detención de Aniceto. Este, ni policial ni delictual ni trabajador rebelde como tal, encuentra en el motín, en la represión policial y en los rateros, tres modelos de actividades varoniles que lo orbitan, permitiendo inferir tres campos de constitución masculina en el personaje; esos tres campos son constatables en el plano referencial del pasado histórico representado: es constatable su pugna, su crisis, sus repulsiones y absorciones, tal como establecí en el primer capítulo.

El final del motín orquestado, en el plano narrativo, por la aparición de los piquetes de policías patrullando, dirigido por las clases dominantes ficcionales –inferibles por el contacto de la narración con el plano referencial–, genera un clima que se percibe como “estado de sitio” (171), aunque no lo sea en la práctica legal. Esto es, dentro del orden nacional no es necesario, en todos los casos, suspender la democracia mediante la ley, para que el orden republicano se vea aplastado por un orden totalitario, oligárquico o ciudadano, porque, para los grupos amotinados (proletarios o delictuales; “montoneros”, críticos de palestra o anarquistas “por el

hecho”) la sensación que les inspira la nación es la de estar amenazados por el orden policial y el “estado de sitio”. La violencia de los policías se incrementa frente a cualquier gesto de rebeldía y su operar está asociado con el control de la delincuencia. Así queda especificado en la siguiente cita:

[El oficial a caballo cansado de dar alguna explicación con cierta civilidad, frente a los cuestionamientos de los grupos de hombres, establece:]

–Hay muchos maleantes.

El hombre protestaba entonces:

–No somos ladrones.

–No importa –decía el oficial, con una voz ya menos amable–. Les ruego retirarse.

Si el hombre agregaba cualquiera otra observación o protesta, el oficial avanzaba el caballo hacia el grupo. No tenía, tampoco, muchos recursos verbales.

Pero nadie ofrecía resistencia (171).

La derrota de los hombres amotinados se figura como doble: no importa si son o no son maleantes, aunque hayan hecho lo posible por deslindarse de los hombres rata y, al unísono, aunque “observen”, “cuestionen” o “protesten” el actuar policial, no pueden ni tienen medios para ofrecer una resistencia real. El gesto moderno y técnico de proveer a los policías de armas blancas, contundentes y de fuego, junto con caballos, desequilibra totalmente el supuesto equilibrio de fuerzas que existiría entre la violencia de los amotinados y la violencia institucional representada por los cuerpos armados de la nación.

En este escenario, Aniceto transita entre uno y otro grupo, observador y reflexivo, construye una representación de sí mismo como un tipo silencioso que no logra articular una narración cautivante para los grupos de hombres en los que se asienta momentáneamente. Sin embargo, en este contexto, la voz narrativa interior del protagonista se explayará aún más sobre el cauce del río. La descripción de este espacio con su tiempo permitirá observar una hiperbolización

cósmica, en tanto, el cauce “estaba ahí quizá desde que la tierra sudamericana se levantó del fondo de los mares o desde que el gran trozo de materia que hoy forma la luna fue arrebatado a nuestro planeta, dejando en él el hueco que el Pacífico se apresuró a llenar” (171).

Este cauce milenario es resistente a los esfuerzos técnicos de urbanización, aunque se transforma con la aparición de la ciudad y su disposición arquitectónica excluyente, porque al cauce van a dar diferentes criaturas, entre ellas esos hombres abyectos que el narrador ha venido situando en el centro de su relato como observador del orden del mundo que habita. El cauce, como la herida, “continuaba abierto, sirviendo de morada a gatos, perros, ratones, pulgas, vagos, maleantes, mendigos, piojos, asesinos, que allí vivían y allí, a veces, morían, entre tarros vacíos, trapos, cajones desarmados, montones de paja y de ramas, piedras, charcos de fango y animales muertos” (172). El cauce es una síntesis cósmica del espacio de exclusión de la ciudad; es la reafirmación de la estructura de dominación–subalternidad representada en el mundo ficcional con la que se alude a la conformación del mundo referencial. Este cauce no deja de ser, por ello, una rotunda representación estética del fracaso de la modernidad y de la recursividad cíclica de la explotación y la marginación. En este cauce, en el que los criminales y marginales construyen su espacio de habitación existencial (viven y mueren), es una zona cerrada para la policía (no como la cantina, por ejemplo), que expulsa y repele de su esfera semántica el orden nacional con su ideal construcción de sujetos masculinos.

El cauce se intercomunica con la ciudad, a través de la red de alcantarillados, evidenciando el (des)orden de la marginalidad masculinizada respecto de la masculinidad del orden. Aun así, la institucionalidad jurídica del orden sí puede penetrar la frontera simbólica del mundo de la criminalidad marginal de los hombres más abyectos y condenarlos; o, dicho de otro modo, ese mismo cauce es la materialización de la expulsión del mundo civilizado hacia el mundo de la innominación, del hambre, de la tortura simbólica que ejecuta el orden de las clases dominantes sobre las clases subalternas, marginales extremas siempre abyectas. De este modo,

Generaciones enteras de vagos habían surgido de aquel cauce; de las pocilgas en que nacían pasaban al cauce, del cauce a las aceras a pedir limosna o a robar; después a las comisarías y correccionales; de las comisarías y correccionales de nuevo al cauce, y del cauce, otra vez, a la cárcel, al hospital, al presidio o a la penitenciaría, a cumplir sentencias mayores. Por fin morían y algunos morían en el cauce. (172).

La construcción estética de este cauce permite observar que se configura como parte constitutiva de la calle Quillota. Esta calle, asimismo, también aparece representada en su magnitud cósmica y universal, síntesis microcósmica del bullicio urbano. En esta lógica, la calle no es cualquier calle anodina, sino que es una configuración medular del espacio urbano, del tiempo que se habita y de los grupos humanos que lo orbitan y determinan con sus quehaceres, experiencias y la mención de sus voces. Así, primero, el cauce, luego la calle, finalmente, los bares. Estos tres espacios con sus tiempos determinan un tipo particular de personajes masculinos que desplazan u obliteran la presencia femenina, particularmente porque la visión del narrador está mediatizada por un foco masculinizado.

La calle es una síntesis del espacio urbano, porque alude hiperbólicamente a la contención de diversas capas de la sociedad en un mismo microcosmos urbano. En la misma calle, se establecen negocios de todas las categorías, presumiblemente para sujetos de las capas populares (de las capas medias a inferiores de la clase media y de todas las capas de la clase baja), de primera a tercera e inclusive las de cuarta o de quinta categoría, encuentran en ese tiempo y en ese espacio un momento y un lugar para satisfacer los principios materiales básicos de la bebida y del alimento (incluido el alimento espiritual, los libros). Así,

era una señora calle, llena de negocios de toda clase, cantinas y restaurantes principalmente, que hervían de clientela desde la puesta de sol hasta mucho más allá de la medianoche, y como si los negocios con patentes de primera, de segunda o de tercera categoría –expendio de alcoholes– fueran insuficientes, existían otros en las aceras y hasta

en la calzada: ventas de frutas, de pescado frito, de embutidos, de empanadas, de dulces, de refrescos, hasta de libros. Hombres y mujeres cubiertos de sucios delantales fabricaban allí sus mercaderías o las recalentaban, ofreciéndolas después a grito pelado. (172).

Esta misma calle, como símbolo de la ciudad, será también un espacio de tentación para la clase trabajadora, porque “El obrero que entraba al pasaje, en viaje a su casa, y lograba llegar al final sin detenerse y entrar a una cantina, podía felicitarse de haberse librado de la tentación, pero eran pocos los que llegaban a la esquina en que el pasaje moría” (172).

El espacio y el tiempo de la cantina atraen elementos de modernidad, como los pianos mecánicos y las ampolletas eléctricas, junto con elementos arcaicos asociados a las situaciones hiperbólicas generadas por la violencia de la borrachera, por el exceso de la presencia de la bebida y del alimento. Ahora, los diálogos en estilo directo evidencian el bullicio de ese microcosmos que es la cantina; ese espacio en el que la borrachera adquiere características carnavalescas (festivas y rebeldes), la constatación del reciente motín determinará movimientos específicos en el orden del relato con los que se evidencia la tensión permanente entre sujetos masculinos. Es necesario destacar el espacio y el tiempo (“era noche” (174)) de la cantina, para ello el narrador realiza un cuadro vivo, una suerte de écfrasis del *cronotopo* de la cantina; una vez más, el narrador le dará un carácter universal a la cantina, porque es una representación microcósmica de la eternidad del alimento y la bebida, mostrando cómo los tipos masculinos son perecederos en relación con la permanencia de la necesidad de la satisfacción de los principios materiales más primitivos. De este modo,

... las cantinas ... parecían no tener fin y se podía entrar y sentarse y estarse allí una noche entera bebiendo y al día siguiente y al subsiguiente y una semana y un mes y un año, perderse o enterrarse para siempre, sin que jamás se lograra terminar con el vino, la chicha, la cerveza, el aguardiente, las cebollas en vinagre, los emparedados, las ensaladas

de patas de chanco con cebolla picada muy fina y con mucho ají, oh, con mucho, con harto ají, que es bueno para el hígado. (173).

En este tiempo eterno de la cantina, el obrero, y por extensión los hombres, puede/n “perdersse o enterrarse” en el abuso del consumo de alcohol o, en un gesto descriptivo apologético de las comidas, sobrevivir mediante el alimento beneficioso para la salud. Es así como, luego del cuadro vívido, se presenta un desfile de hombres que se encuentran “suspendidos” de la realidad en el espacio y en el tiempo de la cantina. Esta suspensión es parcial, porque los borrachos, como grupo de masculinidades, no están eximidos de las lógicas de producción de los bienes materiales, de la explotación o de la certeza del “libre comercio”, es decir, del costo monetario de la bebida y del alimento.

Así, lo cósmico y lo universal de la bebida y del alimento que atraviesan las categorías de “hombres” están también altamente estratificados: mientras unos disfrutan manjares, otros deben comer pescados fritos recalentados una y otra vez, generándose esa imagen hiperbólica de la presa de pescado del tiempo de Jonás (177). De este modo, los tipos masculinos comprendidos en el grupo de borrachos están referidos como sujetos tragicómicos signados por alusiones también hiperbólicas a su naturaleza de bebedores, más o menos criminalizados, porque ser borrachos implica, para la voz narrativa, un acto de perdición o de muerte (“enterrarse para siempre” (173)).

En el mundo de la cantina, también se percibe el desplazamiento de las responsabilidades sociales (maritales) y la inclusión del deseo sexual masculino sin freno, dado que en la afirmación “camareras ... que los parroquianos manoseaban” (173) se puede evaluar una interesante selección léxica para indicar a los grupos masculinos, no exenta de cargas cristianas (la idea de orbitar en torno a una parroquia) y de rasgos semánticos asociados a la violencia sexual (en la cantina, los hombres no acarician, manosean, y los “actos menos públicos que el de beber una copita” (173) quedan velados narrativamente y solo enunciados como una fuente

de atracción del deseo masculino y un deslizamiento hacia la práctica del consumo sexual). En este universo complejo de la cantina, hay risa, llanto, excreciones, pérdida de la cordura, agresividad sin freno moral, por ende, la degradación ambivalente es notoria en los cuerpos masculinos y en el cuerpo social, porque

...algunos hombres salían a la calle con una terrible cara, una cara como de parricida convicto y confeso: se había acabado el dinero a media borrachera; y otros, riendo a carcajadas e hipando entre risa y risa, y ése [sic] vomitando junto al brasero ... y aquél [sic], meando cerveza durante cuartos de hora, y éste, sin saber dónde está ni para dónde ir ni de dónde viene, la mirada perdida, los pantalones caídos, la camisa afuera, y el de más allá, serio, reconcentrado, mirando el suelo, como preocupado de un grave problema, pero sin moverse, y otros peleando a bofetadas. (173–4).

Ahora bien, el marco contextual del desfile narrativo de borrachos y de la categorización del alimento es el motín. El motín constituye un tiempo “extraordinario, un día de pelea, diferente de los otros, rutinarios, en que sólo [sic] se trabaja, y era necesario comentarlo y quizá celebrarlo” (174). El motín con su tiempo y su espacio ha permitido al narrador incorporar tres espacios fundamentales en la conformación urbana de los hombres del puerto: el cauce, la calle del mercado público y la cantina. En este último espacio con su tiempo, sobre todo, debido a la ingesta de alcohol, la rebelión “cuadrada” de los hombres–herramientas tomará otra forma política mucho más salvaje e intuitiva, porque la borrachera desplaza las barreras del raciocinio consciente y arroja a los personajes hacia los límites de la locura. En este clima, hasta el mismo Aniceto dará rienda suelta a sus energías inconscientes.

Por el momento, es fundamental observar el desfile de borrachos y la progresión reflexiva del narrador al describir el espacio y el tiempo de la cantina en la que los hombres se entremezclan, dialogan (el narrador principal libera la narración de su voz y da paso a las voces de los borrachos con sus contrapuntos y dobles paródicos), arrojan excreciones, beben, se

quejan, se alimentan, se confunden con los olores de la misma cantina, finalmente, se individualizan y se amalgaman, rompen parcialmente con las diferencias de grupo social masculino (borracho–policía), para luego restablecerse el orden jerárquico entre masculinidades subalternas. En este tiempo de la cantina, la borrachera aplana momentáneamente las barreras que separan a los hombres; el clima previo a la riña, versión subversiva de la rebelión, no exenta de su propia ideología, muestra cómo los hombres comparten la necesidad universal de la embriaguez. En la condición del despojo, de los restos, de los “puchos en el suelo, escupitajos en el suelo, sombreros en el suelo, aserrín, trozos de pan, pellejos de embutidos” (174–5), los hombres construyen en la borrachera una posibilidad mínima y fugaz de solidaridad,

Bueno, mi sargento, murmuraba tiernamente el borracho, obedeciendo a ese impulso que hace que el hombre que se siente un poco culpable tienda a subir de grado al policía que le habla. No era raro el caso del carabinero que regresaba de su turno como una cuba. La gente había estado generosa –Oiga, mi cabo –decía el borracho, en voz baja–, venga a tomarse un traguito. [El policía se emborracha y se presenta a su superior] más borracho que un piojo! (175).

La simetría entre hombres que establece la borrachera desaparece en el interior del orden del cuerpo policial y en la sensibilidad de los borrachos de la noche puntual del motín, porque luego volverán a ser policías y subalternos rebeldes, por la ideología de la espontaneidad ética y rabiosa, porque “Aquella noche los hombres, excitados primero por el motín y luego por el alcohol, salían de las cantinas a la calle, a alta presión, llevándose todo por delante y dejando escapar tremendas palabras. ¡Qué se han creído estos policías tales por cuales! ¡Abajo los verdugos del pueblo!” (175).

En la calle–cantina, se vive una “noche diferente. La pelea había sido contra la policía, que durante el motín hirió a algunos y detuvo a muchos, y los borrachos, a pesar de su tendencia a

contemporizar y ser magnánimos, no lo olvidaban” (175). La hermandad cósmica que podría suponer la borrachera al establecer relaciones horizontales entre los sujetos, se ve mermada al instante por la presencia de la violencia padecida que no se olvida. La magnanimidad de los borrachos es generosa, pero la estructura de dominación y subalternidad ha calado en los huesos de la memoria; la explotación se percibe explícitamente en el golpe policial que reprime el motín: la cárcel con su amenazante presencia punitiva despliega el orden del control de los cuerpos armados por las clases dominantes. Los borrachos que no olvidan construyen una imagen degradada y risible de la policía, la voz narrativa de un Aniceto Hevia plural y cómplice con los ebrios enuncia “y allí estaban ahora los odiados policías de toda la vida: sus ropas de color verdoso eran más feas que otras veces; sus quepis más antipáticos que un día atrás; ridículas sus chaquetas con botones dorados e irritantes sus botas demasiado económicas, que no eran botas sino simples polainas” (175–6).

Los borrachos, rotas las amarras de las represiones interiores, se enfrentan con la policía de modo poco fructífero. La violencia institucional se impondrá al “velludo pecho” (176), a ese “pecho de hombre” (176) que, borracho, exagera su frustración frente a la respuesta que comunica la policía como respuesta de “los verdugos del pueblo”. En este contexto, las diferencias jerárquicas que se habían difuminado entre los grupos de hombres delictuales y policiales producto de la borrachera, se restablecen con notoria violencia. Se reafirma, en el universo narrativo, la naturaleza criminal de los amotinados, ahora ya borrachos, y se observa la naturaleza institucional de la violencia de los cuerpos armados de las clases dominantes. El orden debe primar por sobre la lógica del motín y de la borrachera; ese orden se impone a sangre y fuego. Así, la narración evidencia una solidaria simpatía por los sujetos criminalizados, obreros amotinados y borrachos, con la que el anodino Aniceto Hevia del comienzo del motín manifiesta una transformación de ánimo, es decir, orienta sus emociones y reflexiones contra los sujetos masculinos policiales, a los que comprende ciegos ejecutores de órdenes superiores.

De este modo, frente a los temerarios y velludos pechos de hombres obreros borrachos, “La policía, que agotó de una vez sus recursos y reacciones verbales, se mostró menos heroica: cogió a los hombres y se los llevó a tirones, les pegó cuando se defendían, los arrastró cuando se resistían y los entregó, finalmente, a los policías de a caballo, que los tomaron de las muñecas y se los llevaron, casi en el aire, al galope” (176).

El motín que deriva en reyerta inaugura un tiempo especial, determinando el espacio con esa excepcionalidad. Así, el espacio y el tiempo de la noche y de las cantinas, recién saturado de bullicio, queda ahora vacío (177), producto de la continuidad del tiempo extraordinario del motín. La cotidianidad está suspendida parcialmente, mientras la noche, el cauce, el motín, la cantina y la riña activan nuevos sentidos en el espacio ocupado por hombres: la masculinización de la narración articula un imaginario múltiple, ambivalente, hasta contradictorio, entre los sujetos masculinos representados. *In medias res*, Aniceto se detiene para ahondar en un fenómeno de profundo simbolismo en el contexto de la noche, la riña, la respuesta de la policía y los hombres de clase baja, tanto obreros como rateros del cauce. Este fenómeno es el hambre del miserable, frente a la que no conviene tener buen olfato, porque “La miseria y el hambre no tienen olfato; más aún, el olfato estorba al hambriento” (177). El desvarío de la conciencia narrativa puede parecer arbitrario, sin embargo, la miseria y el hambre son las motivaciones primitivas tanto de hombres–cuadrados como de hombres–rata frente a los abusos de los verdugos del pueblo. Los primeros, de manera organizada, atacarán los bienes privados, como el tranvía, pero inevitablemente descargarán sus frustraciones en contra de los comerciantes, hombres subalternos, frente a los que “pactan” su miseria y su hambre, a través de la versión microcósmica del crédito bancario: el fiado. Los segundos, sin mediar una organización sindical, pero con un orden extraordinario (la cofradía de rateros) doble paródico del orden del Estado–nación y del sindicato, arrasarán con todo a su paso sin medir niveles de subalternidad.

El enfrentamiento entre estos hombres, en el tiempo y en el espacio del motín, evidencia la crisis que supone, tensionando las identidades, el hambre y la miseria.

En el contexto del hambre y de la miseria, los sujetos masculinos pierden la cordura e ingresan al umbral de la locura, claramente graficado en el consumo excesivo de alcohol. Este consumo lleva a la ruptura del orden cotidiano y a la rebelión primitiva en contra del poder y de la violencia de lo instituido. En ese mismo ámbito, la policía instituye la violencia como ejecutoria del orden y también rompe con su propia cotidianidad, entrando en el tiempo excepcional –en el estado de excepción– que le permite, amparándose en la ley, micro–torturar para restablecer el orden precario que siempre atenta con desestructurarse. El pescadero se lo indica claramente a Aniceto: “–¡Qué le parece! –dijo el pescadero, cuando el palo del policía rebotó contra la cabeza del borracho, quebrándose con la violencia del golpe–. Otras noches aceptan todo lo que les dan de beber, sin mirar lo que es y con tal de que no sea parafina; pero hoy los caballeros están de mal humor...” (177–8). Los policías, borrachos habituales, responden a las directrices de su mandato; desarticulan su dimensión humana, para cumplir con el resguardo del orden de las clases dominantes, aunque eso se encubra en un cambio personal – colectivo del estado anímico.

En la atmósfera generada por la riña–motín–borrachera, Aniceto logra satisfacer su hambre de miserable, lo que parece darle algún tipo de brío, porque el narrador confiesa que “Ignoro qué me llevó, a última hora, a meterme en aquella *pelea de perros*, pues no otra cosa parecía, pero fui sintiendo, de a poco, un desasosiego muy grande y una ira más grande aún contra la brutalidad que se cometía” (178; me atribuyo el destacado en cursivas). Aniceto, primero, pasa de una supuesta indiferencia frente al motín a compenetrarse del clima de este; pasa de ser un observador neutral a ser un personaje partícipe de las emociones que generan la miseria y el hambre, provocadas por los “verdugos del pueblo” mediante sus permanentes injusticias construidas como leyes y defendidas por los policías de a pie, tan subalternos como borrachos,

obreros y rateros, y de a caballo, una capa superior, pero ínfima, en relación con esos hombres subalternos. La transición narrativa de Aniceto evidencia varios procedimientos de supervivencia para el personaje que pasa por retraerse, participar, huir, mezclarse con los otros hombres; ahora, el narrador incorpora mediante la modalización discursiva, “pelea de perros”, una imagen crítica de los modos de enfrentamientos entre grupos masculinos, tensionados por los hilos de la oposición entre las clases dominadas y dominantes.

En el contexto de la riña callejera, evolución animalizada del motín (“pelea de perros”), la violencia de (intra)género es evidente como marca constitutiva de los mecanismos de resolución de conflictos de las masculinidades de “por abajo” y, aunque narrativamente no aparezcan en escena, de la manera de las masculinidades de “por arriba” de hacerse cargo de los problemas sociales. En el imaginario de la pelea de perros, unos hombres, los subalternos, se verán animalizados y tratados con toda la violencia de la ley; mientras que otros, los hombres policiales, serán despojados de su humanidad por el narrador. Así, “Los policías, ya deshumanizados ... con un palo en la mano ... procedían mecánicamente” (178). En una suerte de equiparación de fuerzas, narrativamente, Aniceto enuncia que, de un modo “mecánico” (irreflexivo), “Uno de los hombres, no bastante ebrio, pero excitado, al ser tomado sacó una herramienta ...; fue abofeteado y apaleado” (178). La lógica constitutiva de la violencia vuelca a los tipos masculinos a la irreflexividad animal–irracional (perros y borrachos), de un lado, y a la mecanización deshumanizada de los actos, del otro.

En ese mismo contexto, sin ser parte de los borrachos ni de los policías, es decir, no estando en una situación de identificación clara con alguno de los grupos de hombres, Aniceto rememora que “Todo había sido provocado por el empujón que un borracho diera a un policía” (178), con lo que se oblitera la violencia institucional de los “verdugos del pueblo” que lanzan a los policías (“caras de sable”) contra los “perros” (hombres–herramientas; hombres–rata; hombres borrachos), para proteger el orden que garantice la subsistencia de los hombres

comerciantes y de los deshumanizados boticarios, al menos, en la escena narrativa que se nos presenta. Cada personaje típico, o personaje grupal (el almacenero y el boticario son evidentemente metonimias de grupos masculinos), articula un sistema de ideas que repercute en el plano narrativo y en el plano referencial, exponiendo esos sistemas de ideas mediante la posibilidad alegórica, es decir, los personajes suponen fuerzas ideológicas en conflicto, no solo particularizaciones nominadas puntualmente en el relato. Así, se logra construir una de las dimensiones éticas de lo estético, a través de los símbolos que implican las alegorías y de la apelación a los tipos que supone el hecho de que un particular sea una metonimia de un grupo.

La violencia institucional o rebelde provoca la deshumanización o la mecanización de los tipos humanos masculinizados en la narración de Aniceto Hevia; el mismo joven, narrado por su memorioso adulto-sí-mismo, es ingresado a la esfera de la violencia irreflexiva, animalizada o infantilizada. La respuesta a la violencia institucional es violencia rebelde, sí, pero también es somatización de la brutalidad padecida o percibida. De este modo, el protagonista narrador indica:

Sentía que los puños se me cerraban y abrían espasmódicamente, fuera de mi control. Cuando iba justamente en mitad de una de las calzadas, sentí un griterío; me di vuelta; dos policías a caballo llevaban un hombre. Lo miré; le habían pegado o había caído y su cara estaba llena de sangre. *Mecánicamente también, sin pensar en lo que hacía, terminadas todas mis reacciones mentales*, me incliné, recogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas hacia uno de los policías. (178–9).

Aniceto huye de un modo similar a cómo huye después de arrojar el trozo de ladrillo contra la cabeza de Isaías. Salvo que, en ese primer caso de autodefensa, es la libertad del muchacho-golondrina la que se abre frente al narrador que inicia su periplo, “solo y como pueda”. En esta segunda pedrada, las consecuencias son el golpe policial, la detención, el encarcelamiento y la condena por el robo a una joyería. El tiempo y el espacio del motín, del cauce, de la noche, de

la cantina, de la “pelea de perros” se yuxtaponen con los modos de configurarse las identidades masculinas a través de la violencia institucional y rebelde, posibilitando la transformación del episodio y la progresión narrativa. De este modo, el narrador memorioso y el narrador protagonista volverán a ingresar al universo de los tribunales y de la cárcel con sus características determinantes particulares, en las que es posible evidenciar grupos masculinos con sus lógicas de acción.

Dado que el tiempo del motín abre un espacio extraordinario, el narrador comentará respecto de ser detenido solo por correr que “Era un motivo fútil, pero todos los motivos podían ser buenos aquella noche” (179). En primer lugar, reitero el análisis interpretativo referido al tiempo y al espacio extraordinario de la noche y del motín. En segundo lugar, quiero establecer que, en ese contexto, la arbitrariedad de la policía y del orden que resguarda queda en evidencia, porque la futilidad del motivo de la detención permite observar el accionar de los grupos masculinos en oposición: policías y revoltosos. Sin embargo, los revoltosos están impedidos a alcanzar el triunfo del proceso del motín, porque el orden policial, doble espejo del orden del estado nacional, está enraizado como el orden natural del mundo ficcional y del mundo referencial. Ese orden naturalizado, en la voz narrativa protagónica generará una sensación de inestabilidad y miedo, sobre todo cuando imagina una salida frente a la detención, salida que implica una agresión física contra la institucionalidad del orden. Ahora, este orden, representado en el signo policía, es “enclenque y caerá como un saco mientras desaparezco; pero ¿y si no le doy bien y resiste?” (179).

La pregunta sobre las deficiencias transformadoras de la violencia rebelde frente a la violencia institucional del orden permite inferir el orden masculino imperante de las lógicas patriarcales de articulación social que he venido develando. En este caso puntual, la pregunta lleva a un rasgo constitutivo del sistema social patriarcal fundante del orden liberal, capitalista, nacional: el miedo y la ingenuidad. El narrador comprende que podría liberarse de su captor,

como las clases populares mediante el motín y la revuelta podrían liberarse del sistema represor del orden excluyente de la nación, pero el miedo a que el captor-sistema no caiga al primer golpe impulsa el miedo al fracaso revolucionario al punto que ni la huida es considerada factible, en este ámbito. Así, el policía enclenque, miembro y representante del grupo masculino policial, símbolo del sistema de ideas que soporta el orden de la nación estado –recordemos que el policía habla “para renegar desabridamente de los revoltosos” (179), por quienes no siente ningún tipo de solidaridad o simpatía–, hace pensar al narrador que “De seguro, va armado de un revólver” (179), en el contexto de una “noche de manos libres” (179) con lo que agredir y tratar de escapar podrían permitirle al policía disparar, eliminando al agente del caos que supone en el también enclenque portavoz de un gesto rebelde visceral –lanzar la piedra contra el opresor sin saber bien la razón–.

Escapar al cauce, zona ignota desde la que provienen los hombres-cuchillo-ratas, es huir hacia una zona extraña que, en la misma lógica, genera miedo, porque la rebelión, es decir, los grupos espontáneos de gestos rebeldes graficados en el pequeño Aniceto, podrían caer sobre “un charco de agua, encima de un perro muerto o en un hoyo” (179). Esta enumeración pone en juego una degradación sistemática frente al miedo y a la posibilidad de huida, dado que las consecuencias del golpe de la caída pueden ser perder un brazo, órgano fundamental para la clase trabajadora, o saltarse los dientes que, por extensión, son parte de la boca y son fundamentales en el acto locutorio; sin dientes no habría una voz clara que resuene luchando contra las injusticias que pesan sobre el individuo y sobre el grupo. La ingenua confianza en el orden de la institución judicial, cuyos agentes policiales debiesen resguardar, lleva al narrador a decidir confiar –como en tantos momentos de la historia de Argentina y Chile, las capas populares confían en el orden de la Ley– en que “si no me ha visto tirar la piedra, no tendrá cargo en mi contra y seré puesto en libertad” (179). El análisis del narrador es impecable solo situándose en la esfera ideal del orden jurídico; las consecuencias reales de este suceso son que

el narrador es acusado de un crimen que no ha cometido y por ello deberá pagar con una segunda estadía en la cárcel; en el reverso especular del plano referencial, tal como anoté en el primer capítulo, el aparato judicial y los cuerpos masculinos policiales sostienen y resguardan un orden que priva de la libertad a quienes le supongan un problema o una evidencia de las tensiones y paradojas en su constitución; el sujeto subalterno, frente al orden de las clases dominantes, no puede disputar la hegemonía, porque el orden garantiza su exclusión.

El acto justiciero y visceral de Aniceto al arrojar la piedra se transforma en un ser detenido por correr (acto fútil), que lo lleva a la ingenuidad de la confianza en el sistema (no hay pruebas, ergo, saldrá libre), pero olvida que está en el contexto de un motín, por ende, es culpable de ser un rebelde a su condición subalterna, lo que deberá ser castigado de modo ejemplar: la condena en la cárcel, por el robo a una joyería, es una excusa para expulsar del mundo deseado al sujeto indeseable. Esta lógica se reitera, en el campo de la experiencia social, hasta el presente, porque con este mecanismo se sostiene la paradoja de la libertad del orden social y la criminalización de las rebeliones, reconocidas como transformadoras sociales al mismo tiempo que son denostadas como salvajes excesos de radicalización crítica y política, cuando se superan los mezquinos límites de las mediaciones que, contrariamente a los objetivos democráticos de participación, conservan el orden de la dominación.

El espacio de la cárcel con su tiempo es un espacio de profundas interrelaciones entre masculinidades. De la segunda estadía en la cárcel de Aniceto, una de las primeras cuestiones de las que hay que hacerse cargo es de la naturaleza simbólica de la cárcel, de sus funcionarios y de los reclusos. Esta mirada decodificadora permite ahondar en las lógicas grotescas y de rebajamiento animal que experimentan los encarcelados, así también como la incorporación, en esas mismas lógicas, de corporalidades monstruosas frecuentemente asignadas a los funcionarios penitenciarios, aunque con excepciones y tonos diferentes, cuando se trate de tipos de hombres similares a Aniceto.

En primer lugar, la cárcel como espacio simbólico cuenta con algunas antecámaras o espacios físicos previos como la comisaría, lugar que posee calabozos. Esta comisaría “igual a todas” (179) es una zona de penumbras para la visión, por ende, se puede comprender como una zona de negación del intelecto, de la posibilidad de percibir (observar, ver), construyéndose como un espacio abyecto, en el que el sujeto masculino será rodeado de una atmósfera animalizada. De este modo, la comisaría es una zona irregular, de “pavimento desigual”, con lo que figura la inestabilidad que supone como parte de un supuesto orden correctivo de lo torcido de la sociedad, porque, ¿cómo habría de enderezar lo torcido lo que en sí mismo es inestable o desigual, desde su misma estructura? Aunque no es el objetivo de esta investigación, no es el primer momento en el que el narrador reflexiona desde una perspectiva sutilmente anticarcelaria. En esa perspectiva también es que la comisaría con su calabozo y sus funcionarios es un espacio rebajado por su aroma. El recurso a la sinestesia en el pasaje puede ser comprendido, así, como la incorporación de características grotescas con función degradante, para el espacio de la comisaría, porque esta, lejos de ser un lugar como una “sala de recepciones” (180) es, verdaderamente, un espacio que huele “a orines y a caballos” (179), es decir, un espacio similar a una pesebrera o caballeriza o a un rincón urbano cubierto del óxido de la urea.

De esta forma, la zona simbólica integral, no solo el espacio físico de la comisaría, sino que todo lo que implica en el orden social –con su aproximación semántica a lo carcelario–, es un espacio prefigurado para la abyección y la degradación de los tipos masculinos, en el contexto de la obra y, respecto del plano referencial de la experiencia histórica, para la abyección y degradación de todas las criaturas humanas que son condenadas al encierro⁹².

Así, en la comisaría, se suprime la posibilidad de habla del sujeto subalterno, porque la degradación somete al silencio al tipo masculino detenido y en proceso inicial por “desorden”

⁹² Pienso, inevitablemente, en el actual SENAME; pienso también en la magistral *Cárcel de mujeres* de María Carolina Geel; vuelvo a pensar en *El Río* de Gómez Morel.

(180). Este mínimo elemento, la causa aleatoria de la detención, marca la presencia simbólica de la comisaría como núcleo cultural de resguardo del orden instituido como orden correcto que debe ser protegido. Frente a ese orden, la actitud de los revoltosos del motín y el gesto solidario y visceral de Aniceto son señales de desorden; ese desorden merece punición y corrección, en la lógica paternalista del sistema de la dominación.

Ahora bien, en esta imagen de la comisaría–calabozo–caballeriza, el tipo masculino se enfrenta, otra vez, a otro tipo masculino: el oficial. Este oficial es un primer administrador del castigo social al desorden, sin embargo, su naturaleza está descrita con rasgos grotescos que lo empujan a una delgada situación monstruosa; la corporalidad del oficial pasa de elementos asociados a la belleza a signos vinculados con la inmundicia del espacio (que huele a orines). En este contexto, tanto el espacio físico como su funcionario son seres grotescos, en clave degradante. El cuerpo–rostro del tipo masculino, el oficial, es “rubio y rosado, sucio, piel grasienta, con un bigote descompuesto y sin gracia, un poco húmedo” (180). Uno de los primeros administradores de la punición del orden en contra del desorden es un tipo abyecto, no un tipo ordenado –limpio– como se autoconstruye el discurso del orden higiénico del Estado–nación del Centenario.

El oficial, tal como la comisaría, es un tipo cubierto de grasa y su bigote, sinécdoque de su masculinidad, está descompuesto, desorganizado, es una desgracia para la visión del espectador–narrador–personaje. El bigote un poco húmedo parece evidenciar que el oficial sí tiene la capacidad de habla, mínima y concreta: “«Irás con parte al juzgado»” (180), le indica a quien ya ha empezado su condena, porque “[dice Aniceto] No tuve oportunidad ni tiempo para decir nada, para defenderme o para pedir que se me dijera en qué forma había cometido desorden; era un detenido y eso era suficiente” (180). La abyección del espacio y de sus funcionarios determina al tipo masculino a la abyección, al silencio, a la degradación; lo confunde con el aroma a orines y a caballo, lo ingresa en el mundo del desorden que se dice

orden, lo saca del espacio de lo humano, para ingresarlo en la zona de la degradación y del silencio.

Entre sujetos masculinos abyectos, el espacio de la degradación y del silencio se verá reforzado por la inclusión de una figura masculina infrahumana. El estado de degradación del anónimo borracho con el que se enfrenta Aniceto en el calabozo abre la reflexión mínimamente irónica en relación con la inconsciencia. En el primer capítulo, aporté algunos antecedentes sobre la actitud para con el alcoholismo, tanto de anarquistas y otras tendencias revolucionarias como de cristianos y otros grupos más cercanos al orden ciudadano. La degradación producida por el abuso en el consumo de alcohol queda graficada, con tono irónico y crítico, en la mirada narrativa del Aniceto Hevia viejo que rememora la experiencia carcelaria del Aniceto Hevia joven.

La animalización del espacio comisaría-calabozo junto con la descripción parcialmente grotesca del oficial se potencian, tanto en lo animalizado como en lo grotesco, con el sujeto masculino que “yacía en el suelo [del calabozo], casi en el centro, los pantalones caídos y enredados en los pies, y el trasero y las piernas al aire” (180). Este sujeto masculino ocupa el espacio físico central del calabozo, evidenciando la relevancia de su inclusión en este pasaje, porque Aniceto, en tanto sobrio e inocente, marcará un foco de contraste con el sujeto masculino degradado. El anónimo borracho está equilibrado estéticamente con el oficial grasiento y, juntos, determinan la condición degradante y grotesca del espacio calabozo, al que el protagonista ha caído arbitrariamente, dado que el joven trotamundos no pertenece a ese espacio, tal como en su primera filiación delictual.

Aniceto parece insistirle al público lector la impertinencia de mezclarlo con el hampa delictual en la infancia y, ahora, en su adolescencia, con borrachos infrahumanos y otros tipos delictuales que se irán describiendo en el pasaje, generando otro de esos ejercicios taxonómicos que el narrador realiza en el acto narrativo con el que organiza a tipos masculinos. Es necesario

comprender que, en el espacio degradante y degradado del calabozo, inclusive la iluminación está disminuida, porque se debe generar un clima de oscuridad con el que sea aún más obvia la inconsciencia del personaje.

El anónimo borracho cautivo, dada su condición de extrema embriaguez,

encerrado allí, sintió, por lo visto, deseos de defecar, pero borracho como estaba no logró advertir que en un rincón del calabozo, que era bastante amplio, había una taza apropiada, y no viéndola y urgido por su deseo optó por desahogarse en el suelo y así lo hizo, abundantemente, quedándose luego *dormido sobre sus laureles*, encima de los cuales, finalmente, se sentó. ... Su trasero y sus muslos se veían cubiertos de excremento. (180).

El excremento es un claro indicador de una estética grotesca en clave degradante y no renovadora, porque el borracho suscitará en el narrador una reflexión que apunta en tono crítico, con cierta supremacía moral, a la destitución del sujeto del campo de lo humano y del ideal de lo masculino. El sujeto es coronado con la expresión “dormido sobre sus laureles”, que remarqué en cursivas, porque esta frase hecha apunta a que el tipo masculino alcanzó un determinado estado frente al que se acomodó y se estancó; ese estado es el estado de la borrachera inconsciente que lo deja en un plano, primero, de un pseudo confort asociado a su falta de capacidad de raciocinio; en segundo lugar, es evidente la articulación metafórica de “dormirse sobre los laureles”, en el sentido de que el sujeto, pudiendo perfeccionarse éticamente, prefiere –o aparentemente prefiere– la inconsciencia (dormirse) sobre sus propias heces (laureles).

La corona de laureles que debiese estar ubicada en la cabeza (lo superior del cuerpo), premiando la creatividad o la conciencia, está asociada al trasero (lo inferior del cuerpo) y la inteligencia (los laureles) han sido degradados a la condición de excremento. Lo anterior quedará reafirmado en el pasaje siguiente, porque el hedor a orines de la comisaría–caballeriza–

calabozo se aunará al hedor a excrementos. De este modo, un nuevo rasgo semántico se unirá al espacio y al tiempo de la degradación carcelaria, el del excusado.

En el contexto anterior, se puede observar que “El hedor era terrible. El excusado, como de comisaría, no olía a nada soportable y el excremento del borracho hedía como a diez mil excusados juntos y algo más” (181). Una vez más, el gesto narrativo es universalizante, es decir, que el sujeto particular con sus excrementos es abstraído a la condición de representante de un tipo general de decadencia: si el excusado de una comisaría expele un hedor terrible, el borracho con sus excrementos, hiperbólicamente, es capaz de expeler el olor no de uno, sino que de diez mil excusados de comisaría. Este hedor universal, macrocósmico, no renueva al sujeto, sino que lo degrada grotescamente de modo crítico, recordándole al lector, la importancia del raciocinio, de la inteligencia, de la sensibilidad y del autocontrol, porque, en caso contrario, el sujeto solo se podrá ubicar en el centro mismo de la abyección, tal como ya se observó gráficamente, dado que el anónimo borracho se ubica en el centro mismo de la penumbra del calabozo. En un sentido similar, el hedor del borracho hace recordar al narrador el hedor de las cantinas, insisto, no de una cantina, sino de todas las cantinas de la calle de los bares (181). Así, la bestialización del borracho anónimo no es una crítica a un sujeto específico, sino a todo un grupo de tipos masculinos que renuncian, voluntariamente, producto de una adicción enfermiza al alcohol, a su condición humana. No desarrollo aquí algunos de los argumentos anarquistas vinculados con que el alcoholismo en las capas populares es un mecanismo de dominación agenciado y potenciado por las clases dominantes, en la lógica de “opio para el pueblo”, sin embargo, Godoy lo expone de manera crítica y acuciosa (“El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol” 127).

Lo anterior se refrenda con las reflexiones de Aniceto, porque el sujeto se “sentía rodeado de una gran soledad y el hombre tendido en el suelo contribuía a aumentarla: no me parecía un hombre, sino un animal; menos que un animal, una bestia; menos que una bestia, no sé qué. ...

embargada su alma por el alcohol, era sólo [sic] una bestia hedionda y allí yacía, también en soledad, una soledad sumergida en mierda” (181).

En este contexto, el narrador recurrirá a la voz moralizante que ya he comentado a propósito de diferentes pasajes y que resonará con mayor fuerza en *Scm*. De este modo, el anónimo borracho le permitirá al narrador ejecutar un relato contra–ejemplar con el que situará en el centro de sus reflexiones la pérdida de la condición humana, producto de la alcoholización. El narrador anudará su reflexión con el imaginario de las cantinas, dado que estas “continuarían abiertas [más allá del motín y del calabozo], con sus grandes pianos, sus camareras, sus centenares de botellones de morado vino o de rosada chicha y aquí estaba el fruto de ellas, tendido en el suelo, durmiendo y con el trasero a la vista” (181). La imagen del particular borracho se universaliza y evidencia el resultado de una suerte de política pública del alcoholismo, derivada de la permisión de la existencia del universo de las cantinas, aunque se deposita en la conciencia individual la libertad de evitar la bestialización, producida por la ingesta adictiva de alcohol. En este sentido, es fundamental destacar también que en esa contra–ejemplaridad del borracho hay una lectura de la humanidad degradada por el vicio, por la bestialización cosificante, dado que el narrador establece que “se me figuraba que también estaba como él, con las piernas y el trasero al aire, que su trasero y sus muslos eran los míos y los de todos los hombres” (182). Este pasaje de solidaridad universalizante se verá contradicho por la actitud de repliegue de Aniceto y de crítica y confusión del policía.

Así, el pasaje que comento finaliza con al menos dos claras reflexiones que permiten inferir esa crítica general a la borrachera desmedida. En primer lugar, Aniceto medita respecto de “aquel hombre cuyo aspecto me llenaba de una terrible vergüenza, no porque hubiese impudicia en ello, sino porque había inconsciencia” (181), reafirmando la idea de que el meollo del problema del anónimo borracho es la bestialización, primero, y la cosificación, después,

debidas a su pérdida total de la sensibilidad y la inteligencia que aparecen como altos valores humanos.

La vergüenza genera culpa en el narrador–protagonista; una culpa inexplicable, asociada principalmente a no poder corregir o ayudar al sujeto inconsciente, por temor o por falta de recursos para ello. En relación con el temor, el narrador comenta que su yo juvenil percibió como peligros latentes las posibles reacciones violentas del borracho a un potencial abuso sexual; en este escenario, la solidaridad de Aniceto Hevia retrocede, porque ayudar al sujeto bestializado–cosificado por el abuso en el consumo de alcohol es arriesgarse severamente a ser cuestionado como sujeto masculino por otros sujetos masculinos que ostentan atribuciones superiores en el orden jerárquico de los hombres. El narrador establece así que “¿qué podía hacer? Intentar despertarlo, limpiarlo, vestirlo, estando en el estado de embriaguez que estaba, era un locura: se daría vuelta en contra del que intentase hacerlo, pelearía con él, le atribuiría quién sabe qué intenciones y por fin daría unos horriblos aullidos [como cualquier bestia atacada]” (182).

En segundo lugar, en la voz policial (recordemos que un segmento de los policías también es retratado como borrachos “como piojos”), se manifiesta la lapidaria degradación final del borracho. Así, “Por la madre, ¿no?, que un hombre pueda llegar a ese estado...” (182). Los puntos suspensivos indican que el juicio moral del policía, más suave y menos categórico que el del narrador, confluye con el del narrador al evidenciar la pérdida voluntaria de la conciencia. La pregunta orbita en torno a cómo la condición humana se niega y reniega a través de la alcoholización. Con la alcoholización, el tipo masculino, sea el que sea, oblitera sus capacidades creativas, políticas, sociales, vitales, dado que se degrada hasta ser incapaz de separarse de sus propias inmundicias, lo que queda claramente representado en el hecho de que el borracho se acomoda sobre y al lado de sus propios excrementos que, como ya señalé, están simbolizando,

desde una estética grotesca, una degradación sin posibilidad de renovación, es decir, en este caso, las heces no son abono para una regeneración vital.

En una secuencia laberíntica, Aniceto será sacado del calabozo del anónimo borracho para ser enfrentando a otros hombres cautivos. Este conjunto de sujetos masculinos será catalogado por las fuerzas policiales, conformadas solo por hombres, los que se cuidarán de “no juntar a los pillos con los honrados ni a los borrachos con los sosegados” (183). En palabras del narrador, el policía responde moralmente de modo similar al hombre cuadrado del motín, porque se establece, respecto de los tipos de hombres delictualizados, que “cada uno en su lugar” (183). Así, algunos salen del calabozo, otros entran; mientras, los revoltosos son conducidos en carros policiales, calabozos móviles, a la Sección de Seguridad. La subdivisión evidenciará, tal como el apogeo de los certificados, la profesionalización burocrática del aparato represor del estado nacional. En este recorrido carcelario, el narrador, en voz de un personaje, apunta “¿Qué no le pasa al pobre?” (184), a lo que la obra contesta, con cierta antelación, “Es difícil que un hombre del pueblo no lo haya estado alguna vez o varias veces [encarcelado]; son tantas las causas: desorden, embriaguez, equivocaciones, huelgas, riñas o pequeñas y a veces inocentes complicidades en hechos de poca importancia” (183).

Es observable que, en este universo masculinizado, en efecto, todos los sujetos de la acción narrativa son hombres, los policías, los agentes estatales, los hombres–archivadores que privan del mar y los hombres apresados que son “los mismos hombres del motín, obreros, jornaleros, vendedores ambulantes, o gente de la bahía, que se había dejado arrastrar por la tormenta” (183).

De los calabozos–caballerizas de la comisaría, los hombres son trasladados a la Sección de Seguridad (183) que, en la magia creativa narrativa, pasa a ser la Sección de Investigaciones (185). Este espacio mostrará un rostro moderno y, al mismo tiempo, una homologación con el calabozo, a través de la iluminación (185). Este espacio es un “edificio sin gran atractivo” (185),

como una imagen especular de la modernización del aparato burocrático estatal; además, es necesario descender para poder ingresar, con lo que se podría inferir una entrada a una suerte de espacio infernal, dada su posición espacial desnivelada respecto del piso. Especulo que esta es la antesala a la cárcel–inframundo en la que Aniceto sufrirá una crisis importante para la configuración del personaje. Antes, es fundamental echar un vistazo a un tipo masculino específico, el “funcionario de cuello blanco” (raído) que organizará o tipificará a los sujetos masculinos delictuales.

El sujeto masculino burócrata permite observar, como señalé, a un tipo particular de sujeto despreciable, asociado a los hombres–archivadores, junto con permitir, en una lectura inferencial, decodificar una alegoría del sistema burocrático en proceso de modernización, asociado a los desarrollos de la criminología. El sujeto puntual tiene un cuerpo particular que, otra vez, es descrito en clave grotesca, con tintes monstruosos. Este cuerpo horrible debe generar una risa crítica o irónica respecto del sujeto particular, del sujeto como tipo (metonimia de otros sujetos burócratas) y del sujeto como símbolo o alegoría de un sistema de ideas que el narrador pone en cuestión, porque observa su inoperancia o su rotunda deshumanización en relación con un trato humanitario que, inclusive, debiese ser dado a los hombres delictuales, sobre todo en este caso, en el que se trata de hombres del motín ya separados de los delincuentes comunes.

La entrada del foco en la oficina de la Sección de Investigaciones evidentemente está influenciada por el arte cinematográfico, porque la imagen se secuencia y se dinamiza desde elementos concretos dispuestos en el espacio entre los que asomará “un hombre bajo, de color opaco, pelo ceniciento y rostro picoteado, ojos turbios y labios secos, más bien pobremente vestido –el cuello de su camisa mostraba algunas hilachas–, que nos recibió con cara de pocos amigos” (186).

El tipo masculino del burócrata es “bajo”, me parece, en al menos dos sentidos: es bajo de estatura, con lo que se acerca a la tradición más o menos cómica y monstruosa de los enanos (en este sentido, hará evidentes ciertas lógicas del sistema jurídico y penitencial); además, es “bajo” en términos sociales, porque no es una eminencia del sistema jurídico, sino que es un funcionario “pobremente vestido”, con actitudes similares a los “hombres del pueblo”, más o menos delictuales, lo que queda en evidencia cuando exige la tenencia de un apodo como un indicador válido de identidad, tal como él lo ostenta. Además, el personaje articula un sistema de humor violento con el que dirige su actividad en torno a los otros hombres. Tiene una voz autoritaria o, al menos, una voz que puede dictar órdenes y desplazar a los sujetos como meros objetos de un papeleo infinito (“con parte al juzgado. El otro” (187)).

Ahora bien, su color, tanto de la piel como del pelo, evidencian los tonos grisáceos con los que se simboliza la falta de vida, el estado mortuorio, de un sistema burocrático que se alimenta de “altos libros (archivadores, seguramente)” (186), en los que se amontonan anotaciones tras anotaciones, certificados, registros dactilares, fichas señaléticas y otros elementos propios del momento histórico al que refiere la narración en relación con la modernización del estado nacional en su dimensión policial (recordemos la acepción de policía vinculada con orden y política). Que este sujeto masculino tenga cara de pocos amigos es lo de menos cuando se hace hincapié en su mirada turbia con la que se evidencia la nula simpatía por los otros seres humanos; una mirada monstruosa con la que transmite la mirada turbia del sistema sobre los tipos masculinos descarriados.

Particular mención merece su rostro marcado de cicatrices con las que acusa una posible sífilis o alguna enfermedad mal tratada como la viruela; en el primer caso, se evidencia el típico caso de la doble moral del sistema, comentada a propósito del orden prostibulario del mundo, en el artículo referido a González e Ipinza, y que abordaré, aunque someramente, al analizar el modo de financiamiento de la Sociedad Secreta del Astrólogo; en el segundo, se pone sobre el

tapete la condición de “pobre” del sujeto que se desempeña como funcionario del sistema que, así como lo incluye en tanto sirva a sus funciones, lo excluye como sujeto social, posicionándolo en el grupo de los marginados o subalternos, propiamente tal, conformes con su condición de subalternos que en el momento histórico al que alude el relato no tenían garantías de acceso a la salud pública, aún muy embrionaria o todavía en manos de la caridad católica.

El personaje, denominado como “hombrecillo” (186) o como “cagatinta” (187) evidenciaría en, al menos dos niveles puntuales, la deshumanización que sufren los tipos masculinos en el moderno sistema jurídico y burocrático del estado nacional de inicios del s. XX, si consideramos que la novela, a través del ejercicio de referencialidad de la palabra artístico–prosaica, remite al plano referencial e histórico de lo que denominamos realidad.

En el contexto del interrogatorio que el cagatinta lleva a cabo, las preguntas de filiación e identificación son fundamentales para articular un perfil, criminal o no, de los tipos masculinos descarriados respecto de las lógicas del orden del sistema (recordemos que estamos frente a los “amotinados” que ya han sido catalogados separadamente de los delincuentes comunes y de los borrachos). Una de esas preguntas apunta directamente a un identificador ineludible en el mundo del hampa y en el de lo policial: el apodo. En este contexto, los límites de lo cómico y de lo serio se desdibujan, porque, mientras el funcionario público dará pequeños gritos exasperados, se chupará “una muela con gran ruido” (187) y dirigirá esta suerte de concierto de voces de detenidos, los personajes estarán sumidos en la incertidumbre jurídica, en la negación de sus identidades, porque el nombre propio es insuficiente, y en el sometimiento a las violencias del sistema representadas por la agresividad del empleado de la Sección de Investigaciones.

En primera instancia, la incertidumbre de los sujetos masculinos detenidos se grafica en Rogelio Sánchez, quien es impugnado respecto de su apodo, don Roge, como un apodo

insuficiente, porque el personaje “que había contestado con facilidad a todas las preguntas, no supo qué responder a aquélla [¿Por qué lo traen ahora?] y volvió la cabeza hacia uno de los gendarmes” (187). La respuesta del gendarme es contundente y no se presta a reparos de ningún tipo: “Desorden y atentado contra la autoridad” (187). La actitud mecánica del empleado es lapidaria y provoca que “Rogelio Sánchez, asustado por aquel cargo, que no entendía” (187) se apartase de la escena. En este desfile de “hombres”, el empleado tiene el poder de administrar identidades, lo que resulta una microviolencia profundamente naturalizada en relación con los “hombres del pueblo”, de quienes se asume que, por ser del pueblo, deben tener algún parentesco con el mundo del hampa y, por ende, poseer un apodo.

Así, en segunda instancia, hay dos reacciones que demuestran la cómica ira del funcionario público respecto de la carencia de apodos: la que tiene frente a Alberto Contreras y a Prudencio Martínez. Contreras, al negar la tenencia de sobrenombre, es descrito por el narrador desde el foco del empleado como un sujeto “rechoncho, de color pardo, ojos redondos, cara abotagada y cuello corto; hablaba, además, huecamente” (187), con lo que se infiere que el pintor Contreras merece un apodo. La violencia del cagatinta es evidente: “Con esa cara debería tener alguno [apodo]. El que sigue” (187); de este modo, se marca, por una parte, la transición en el desfile de hombres—cosa, hombres—registro dactilar (“tocar el piano”, 186), hombres con nombre propio, pero sin apodo y, por la otra, el hecho de que una corporalidad determinada debe tener atribuido un apodo con el cual identificar al sujeto en un contexto penitencial—criminal y, principalmente, porque el sujeto es un sujeto popular (insisto en que el cagatinta de marras no es un sujeto de las altas esferas jurídicas, sino uno más de los que engrosan las filas de las clases bajas, populares, que sirven al sistema como funcionarios).

Con Martínez, para el empleado fiscal el asunto del apodo es una clara marca de separación de clases; Martínez no tiene apodo, lo que genera la reacción agresiva, delgada máscara de la violencia del sistema: “El empleado soltó de nuevo la lapicera y se irguió, molesto: /—Tampoco

tiene sobrenombre. ¿De dónde salen ustedes? ¿Del Ministerio de Hacienda?” (187). Al menos Sánchez, Contreras y Martínez han sido despachados por el funcionario como sujetos inválidos: sus nombres, sus direcciones, sus oficios no valen nada en el universo del hampa-pueblo, porque no tienen apodo. En ese contexto, la pregunta por su procedencia, el Ministerio de Hacienda, es una burla del sistema penitencial jurídico para con los sujetos populares, porque marca claramente la separación de clase: no son altos funcionarios del sistema ministerial, son obreros, más o menos miserables, jóvenes que cantan y beben, con marcas de politización y sin ellas.

A fin de cuentas, son tipos masculinos bajos, pobres diablos, sujetos comunes y corrientes, que estallaron en el motín, pero que, una vez detenidos, son solo peleles o títeres de una escena en la que son desgarrados en su identidad por un enano-gigante, un cagatinta que tiene el poder, gritando o no, de volverlos cosas, de arrebatárles el nombre propio y, en un acto onomástico, brindarles una identidad a través del apodo. El sistema burocrático, penitencial y jurídico, posee las huellas, los nombres, la dirección y el oficio, asigna identidades, distribuye culpas y crímenes, asigna castigos, deshumaniza, sin importar verdaderamente si los sujetos populares masculinos, rebeldes o cómodamente subalternos, son o no responsables de los cargos que les imputan. El asombro de Martínez, el silencio de Contreras (*mutis* por el foro) y la incertidumbre de Sánchez evidencian ese movimiento deshumanizante, frente al que, en un mundo al revés, será el mismo empleado fiscal quien les devuelva algo de humanidad mediante el apodo.

La descripción grotesca de la corporalidad del funcionario se complementa y amplifica con el gesto repetido de sorber saliva y aire por un hueco en la encía, dejado por la falta de una muela cariada. Este dato es significativo, porque articula una imagen de una época sanitaria en la que el acceso a la atención odontológica era deficiente, dadas las prácticamente nulas políticas públicas referidas a salud; apunta, además, a un imaginario en torno a la deficiente

higiene personal del empleado fiscal a quien se le suman rasgos grotescos; finalmente, esos rasgos permiten construir una silueta risible del denominado, de modo escatológico, cagatinta.

Este sujeto grotesco refuerza la zona de la deshumanización (ya abierta con el borracho defecado y la comisaría-caballeriza), porque, en palabras del narrador, salvo el apodo, “Los demás datos le eran indiferentes; el nombre, el domicilio, el oficio, el estado civil, no tenían importancia y no decían nada, no expresaban carácter ni distinguían a nadie; el apodo, sí” (188). Así, los rasgos identificadores de los individuos, parafraseando al funcionario, que son los que efectivamente apuntan a una personalidad o, al menos, a algunos rasgos sociales de la personalidad, son anulados por la violencia de la criminalización a la que los sujetos populares son sometidos.

Un rasgo de humor absurdo de un sistema burocrático representado como ridículo y monstruoso es que el mismo negador de la identidad será un reasignador de identidad, porque bautizará con apodos a los hombres, tal como reflexiona el narrador frente a la homologación que viven los sujetos masculinos descarriados, dado que “el sobrenombre era lo único que tenía algo de vida y de carácter en medio de aquel sucederse de estúpidas y parecidas preguntas y respuestas” (188). La mecanización del moderno cuestionario de filiación anula la identidad, relevándola; el apodo devuelve la identidad sin que haya un gesto de libertad en la asignación del apodo, sobre todo, en este contexto, porque el apodo será un acto bautismal violento que emana desde el sistema jurídico y penitencial.

Para el empleado, las corporalidades de los detenidos son objeto de burla, son risibles y son escarmentables a través del apodo. Este acto generará risa, una risa no exenta de visión crítica respecto de un sistema deshumanizante, en un contexto degradante (189). Cuando el funcionario público es interrogado respecto de su apodo, con cierto orgullo que podría mostrar un ladrón con su apodo, responde “El Cagada de Mosca” (189). La situación infernal que viven los detenidos se distiende en una risa que maquilla (o teatraliza) el gesto nominal del sistema

penitencial–cagada de mosca, porque, de lo que se trata, en el tono irónico y grotesco, es de encontrar el punto en el que el sistema total es representado y aludido por uno de sus integrantes: ¿quién filia, criminológicamente hablando, a los sujetos populares, sino otro sujeto popular? En ese sentido, ¿quién vigila a quienes nos vigilan?, ¿quién detiene sus excesos? Evidentemente, los sujetos criminalizados están impedidos de detener los excesos del sistema–funcionario público–cagada de mosca, dado que están sometidos a su potestad.

En este sentido, la risa que se genera entre los detenidos, los mudos gendarmes y el protagonista del relato, el señor don Cagada de Mosca, no es una risa cómplice, no aplanan las distancias sociales, sino que las aumenta, porque al finalizar la risa, la filiación y la toma de huellas ya ha sido realizada, provocando que los sujetos masculinos descarriados queden “abandonados” en el “corazón” (ceniciento y turbio como una cagada de mosca) de la Sección de Investigaciones.

La antesala del infierno que se avecina, muestra a los hombres detenidos en el contexto del motín como sujetos–objetos. Así, los tipos masculinos quedan a la espera, esa espera eterna que se enrosca y empoza como veneno, en el sistema penal, jurídico y burocrático del estado moderno nacional; los tipos masculinos acusan la mirada del otro humano, un agente, “que nos miró como si fuéramos mercaderías que deseara reconocer ... [salvo ese agente, nadie] que manifestara por nosotros no un interés humano, que habría sido mucho pedir, pero ni siquiera un interés jurídico” (189). Despojados de la identidad de los rasgos sociales, con sus apodos asignados por el funcionario, los tipos masculinos son poco menos que mercaderías en un estante y se perciben en la cima de su incertidumbre, evidenciada en la incomunicación y en la incomprensión, dado que “parecían no echar nada de menos y ninguno dijo algo que hiciera creer que pedía una explicación o que quería darla. Nada” (189).

Estos tipos masculinos han sido preparados por la negación de sus identidades, ejercida por el moderno sistema de filiación criminal, para el momento de la cárcel–inframundo en el que

la capacidad cognoscente de la visión será eliminada por la profunda oscuridad de “la sensación de que íbamos a ser enterrados vivos” (190).

El proceso de degradación cómica que se venía llevando a cabo en el escenario de la filiación, da paso a una profunda degradación existencial, en la que, posterior a la negación de la identidad y la implementación nominal de una arbitraria identificación por parte de El Cagada de Mosca con sus apodos, los sujetos masculinos inoperantes (en relación con el orden establecido) van a seguir padeciendo bajo la autoridad de los sujetos masculinos policiales u operantes, ostentadores y resguardadores de las lógicas de exclusión e inclusión del orden nacional del poder. Tal como señalé, la negación de la identidad da paso a la negación de la visión, dado que la total oscuridad del calabozo abre el espacio de la cárcel–inframundo ya anticipada en el momento del interrogatorio.

Así, en la cárcel–tumba–inframundo, la deshumanización queda en evidencia, porque “empezábamos a experimentar desagrado al rozarnos unos con otros” (190). Los sujetos masculinos pierden sus vínculos de solidaridad y pierden la noción de realidad, dado que “Nos empujaron de nuevo y entramos más en la oscuridad, dándonos cuenta, por el ruido de una puerta que se cerraba, de que estábamos ya en la tumba, cloaca o calabozo que se nos tenía reservado y cuyo tamaño y forma estaban también hundidos en la sombra” (190). Salvo el oído, sensorialmente, el tacto y la visión han sido cancelados por la imposición autoritaria del castigo, por la espera de una sentencia de la que no se puede esperar justicia; la cancelación de los sentidos, ahora, junto con la de la identidad, son la cancelación material de la libertad, de la capacidad individual de conocer el mundo, de abarcarlo y comprenderlo, porque “Nos quedamos de pie en silencio, sintiéndonos definitivamente extraños entre nosotros; no había ya rostros, no había ya cuerpos, no había ya voces; el silencio y la oscuridad nos separaban y anulaban; nos perdíamos unos para otros y al perdernos nos desconocíamos” (190).

En el tiempo y en el espacio del calabozo, se ingresa al tiempo de la muerte, el narrador lo señala explícitamente al describir la oscuridad de la celda como una oscuridad de tumba o de cloaca, ambos espacios en los que los desperdicios humanos (la corporalidad hecha cadáver) van a podrirse. En este inframundo carcelario, la oscuridad simbólicamente es la negación de la libertad para conocer; en un sentido de lógicas autoritarias de imposición del orden, la oscuridad del calabozo es un mecanismo de tortura y desorientación con la que se aturden los sentidos hasta causar la total extrañeza del detenido, para “ablandarlo”.

En el universo oscuro en el que los hombres amotinados han caído, no hay reconocimiento del sí mismo ni del otro, hay una alta exposición al temor que nace de la potencial amenaza de hombres encerrados con hombres. Así, cuando el narrador se enfoca en el Aniceto joven que por fin ha logrado encontrar un rincón en el que descansar los huesos, nos indica que “un «individuo» [entrecomillado para representar la voz de El Cagada de Mosca] avanzaba en la oscuridad. Sentí un estremecimiento y muchas preguntas surgieron en mi mente: ¿quién sería y qué querría o buscaba? ... Si no era de los míos y buscaba algo que yo no podría saber qué era, y que podía ser algo desagradable, pasaría un mal momento” (192).

En la ignorancia provocada por la oscuridad, el sujeto masculino teme al otro sujeto masculino, ¿qué podría ser ese algo desagradable que potencialmente podría buscar un individuo encarcelado?, ¿sexo? La selección léxica y semántica que sucede evidencia que el narrador se centra en el muchacho temeroso, quien reflexiona en torno a la posibilidad de defenderse con un ladrillo del siempre potencial ataque (sexual) del otro sujeto masculino, sin embargo, el temor, la oscuridad, la ansiedad provocada por el encierro, la tortura del hacinamiento y del calabozo, hacen que el personaje, mediado por el narrador, señale “pero ignoraba si el hombre llevaría en sus manos algo más duro aún” (192). ¿Qué puede ser más duro que un ladrillo, en este contexto?, ¿un cuchillo? Si se tratase de un cuchillo, ¿no es acaso tradicional la simbolización del falo a través de cuchillos, lanzas, espadas y otras armas blancas?

¿A qué le teme verdaderamente Aniceto Hevia en el hacinamiento de la cárcel? Veladamente, infiero, se trata de abordar una realidad material y experiencial de los sujetos carcelarios: la violación entre hombres. Sin embargo, a diferencia de Arlt o de Gómez Morel, el Rojas censor del narrador Aniceto Hevia viejo, y censor a la vez del joven, va a generar un sistema simbólico con el que obliterar el tema, para dejarlo en entredicho.

La escena culmina con el encuentro entre dos sujetos masculinos atemorizados por la oscuridad y por la tortura del calabozo, con un gesto tranquilizador consistente en que “suavemente con sus dedos; susurró: «gracias, compañerito»” (193). La resolución de esta escena mueve el eje semántico desde la potencial violencia intragénero hacia la solidaridad, porque en el temor torturante del calabozo, por mínimo que sea, el vínculo entre tipos masculinos constituye una hebra fundamental en el tejido social. De este modo, aunque hay varias marcas textuales mediante las que se torna evidente cierto liberalismo individualista de Aniceto Hevia, joven y viejo, hay razones más que fundadas para comprender que la solidaridad es un motor de cambio emocional entre las situaciones miserables a las que están expuestos los tipos masculinos narrados.

En la oscuridad de inframundo que supone el tiempo y el espacio del calabozo–tumba–cloaca, las barreras del consciente se flexionan y debilitan para abrirse al espectro del recuerdo que proviene de la memoria inconsciente. Así, desfila la familia de Aniceto frente al telón de su mente, hasta que se clavan en él los inmóviles ojos de la difunta madre. Oscuridad, ultratumba, tortura, temor y fantasmas de la memoria generan un propicio clima para el acento final del ingreso al mundo de la locura del calabozo.

Las marcas textuales que permiten inferir el ingreso al mundo de la locura son explícitas y claras. ¿Qué simbolizan los insectos, en este contexto de tortura y oscuridad carcelaria? La transición entre la vida y la muerte, la zona liminar en la que no se está plenamente despierto ni dormido, ni plenamente vivo ni muerto, ni cuerdo ni loco: la tortura de la oscuridad ha surtido

efecto y el protagonista–narrador evidencia una clara crisis síquica. Cabe reconocer en esta escena, el manejo espacial y temporal de los elementos que contribuyen al terror, desde una perspectiva grotesca, en el sentido de la representación del cuerpo vivo–muerto que se cubre de insectos. Así, el narrador indica que

Permanecí, pues, en actitud de espera, con el pescuezo tieso; algo vendría: instantes después un nuevo insecto se movió sobre mi nuca; su roce fue más suave y más liviano que el del anterior; volví a echar mano, lo tomé y sentí que se me deshacía entre los dedos: una chinche. Me olí la mano; sí, lo era; había sido; estaba sentado sobre una fábrica de insectos. Me erguí y junto con erguirme sentí que una rápida transpiración empezaba a brotar de mi cuerpo, mientras algo me subía a la garganta. (193–4).

Es ineludible realizar una primera mención al estado deshumanizado de la situación carcelaria. Como he venido sosteniendo en este análisis, desde la comisaría–caballeriza y hasta el hacinamiento torturante de la oscuridad de este calabozo, pasando por diferentes mecanismos de destitución y negación de la identidad, los tipos masculinos descarriados se han visto sometidos a la deshumanización. El calabozo infecto es un rasgo más de ese proceso frente al que Aniceto Hevia joven colapsa en un “ataque nervioso” (194) que le genera una profunda angustia que le agudiza los sentidos. Lo que sube a su garganta es el grito que lo saca del estado de cosa, la solidaridad, por breve y atemorizada que haya sido, lo devuelve a su condición animal y luego humana, hasta que logra emitir un sonido, un sonido que conmueve inclusive al gendarme.

Este gendarme humanizado comprende en silencio la condición de Aniceto y le da la oportunidad de reencontrarse con los principios cósmicos naturales: el viento, el cielo, el espacio abierto, respecto del asfixiante calabozo en el que los símbolos de la tortura, la locura y la muerte habitan. Claro está que, en este espacio, las lógicas represivas no se han suspendido del todo, porque “no podría escapar; estaba en una Sección de Investigaciones y no en una feria

de entretenimientos” (195). Esto queda remarcado por el hecho de que el gendarme accede a sacar del calabozo al protagonista con la explícita orden de no volver a modular sonidos vocales (gritar, hablar, contar, decir).

El sistema burocrático, penitencial y jurídico del orden del estado nacional ha tomado a un puñado de hombres del pueblo, descarriados, desordenados, y los ha sometido a una secuencia de vejaciones con las cuales los ha deshumanizado, reduciéndolos a sombras hacinadas en un calabozo, como un acto punitivo que merecen para ser corregidos, mediante la violencia aleccionadora que está en el trasfondo del patriarcado actualizado a inicios del s. XX. En este calabozo, de modo similar al borracho anónimo, la oscuridad ha quitado incluso la noción del tiempo, solo es evidente que es el tiempo de la noche y de la madrugada, momentos liminares y de transición en que los fantasmas de la memoria y la locura invaden a los sujetos. En este espacio también hay un breve intervalo para la confianza que se equilibra con dificultad con el temor. La angustia de la tortura de la oscuridad de la cárcel dará paso a cierta tranquilidad con la que Aniceto recuperará el amanecer.

Si la oscuridad del calabozo generó la negación de los sentidos y la deshumanización, el amanecer, percibido desde el espacio abierto en el que se ubica Aniceto, luego de la crisis nerviosa, funda un nuevo tiempo y una espacialización de ese tiempo, porque “un nuevo día avanzó hacia los seres humanos, hacia los presos y hacia los libres, hacia los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia los viejos, hacia los miserables y hacia los poderosos” (206). Así, la posibilidad cósmica del nuevo día es explícita en su infiltración en todos los espacios sociales; además, esta es una de las contadas oportunidades en la que el narrador emplea “seres humanos” y no “hombres”, por ende, la universalización de la reflexión alcanza ribetes más cósmicos que el generalizante “hombres”.

Ahora bien, gramaticalmente es obvio que nos encontramos con desinencias solo en género masculino, concordantes con “seres”, pero también con el excesivamente masculinizado

universo que narra Aniceto Hevia. En este contexto, cabe señalar, el nuevo día no implica necesariamente una renovación, porque, primero, trae consigo lo mismo del día anterior o, segundo, puede ser peor que el anterior y traer enfermedad o desesperación. Estas dos últimas dimensiones toman una forma estética anticipatoria, porque el narrador está en la antesala de la enfermedad contraída por la condena a presidio por robo de una joyería, derivación arbitraria del sistema judicial que condena a quienes participaron del motín, y de la desesperación producto del hambre, de la enfermedad, de la sensación de excarcelado sin posibilidades, lo que será refrendado en el acontecer narrativo por el encuentro con el Filósofo y Cristián Ardiles (dentro de las primeras interacciones entre Echeverría y Aniceto, se observa claramente la condición de Hevia, dado que, frente a la pregunta “¿Lo persigue el león?” (266), el narrador protagonista reflexiona “Me preguntaba si tenía hambre y si me sentía acorralado. Aquello era tan evidente que me pareció inútil contestarle” (267)).

La mirada exterior que tiene Aniceto del calabozo le permite comprender la similitud del espacio carcelario con el que conoció en la infancia. En este contexto, vuelve a aparecer la noción de cuota, tan cercana a la noción de “prueba” y de marcar los avances narrativos como cambios en la fortuna del personaje: este elemento es una característica fundante de los relatos, en general, y particularmente es lo que le ha permitido a la crítica literaria, sin realizar un ejercicio de poética histórica, vincular la narración de Aniceto Hevia con las narraciones picarescas y con las de las novelas de formación (o de aprendizaje). Así, el personaje tolera el pago de su cuarta cuota, la que comprende como el largo proceso penitencial y jurídico iniciado por su apresamiento en el contexto del motín.

Ahora bien, en este contexto de aceptación y comprensión de la necesidad de pagar las cuotas “de a poco” (206), el narrador también comenta la rebelión a la situación límite a la que se vio expuesto en el calabozo. ¿Por qué el narrador necesita argumentar y reflexionar respecto de su “debilidad”? Principalmente, el no soportar la estadía torturante en el calabozo, con la invasión

de cucarachas y chinches, figura al personaje como una masculinidad “blanda”, en un contexto de “hombres duros” –como cuadrados, como cuchillos, como archivadores–; pero, el narrador no se verá a sí mismo como un blando, porque rechaza y se rebela contra la experiencia torturante y enloquecedora del calabozo oscuro e infecto. Esta rebelión acusa un movimiento de libertad individual, mediante la que el que fue deshumanizado, según el análisis recién expuesto, recupera su humanidad. Con el nuevo día, el amanecer lo alcanza como parte de los “seres humanos”; ha pagado una cuarta cuota, aspecto que solo los humanos pueden cumplir para seguir su aprendizaje vital; finalmente, frente a la “profundidad en que existe una angustiada presión física y moral” (207), el narrador evidencia que no había un “deber ser” (masculino) en tolerar hasta las últimas consecuencias la experiencia del calabozo.

De este modo, el narrador confiesa haber vislumbrado la “zona de angustia”, parafraseando a Erdosain, pero se niega a habitarla de modo intenso y cautivante, porque su principio rector ético es liberarse de la aceptación de la tortura, porque “De haberla aceptado y soportado porque sí, sin más ni más, como quien acepta y soporta una bofetada o un insulto, habría sentado en mí mismo un funesto precedente” (207)⁹³. Con esta afirmación, el narrador de la *herida* y de las cuotas hace confluír, contradictoriamente, elementos cristológicos (pagar las cuotas en gran medida es soportar la vida como camino y la vida como camino es, metafóricamente, una *via*

⁹³ Quizá Piglia comparó a Arlt y a Rojas sin un mayor ahondamiento; empero, esta sutil reflexión del narrador protagonista me permite, sin la ingenuidad de creer que los autores se leyeron entre sí e influenciaron, comprender el espesor estético de la bofetada que soporta Erdosain como parte de su proceso de retorcida autohumillación. Barsut, primo de Elsa, exasperado por la abulia e indiferencia aparentes del personaje, no tolera la actitud, en términos de actitudes masculinas, y le da un bofetón correctivo y aleccionador, “como una fuerza desencadenada de la naturaleza” (Arlt, *Los siete locos. Los lanzallamas* 74), al confesado Remo Augusto. Ahí un golpe degradante, muy diferente al escupitajo que recibe en la cara el Astrólogo por parte del Abogado, porque ese enaltece a Lezin (445-6). En ambas escenas de lo que se trata es de dos constituciones de tipos particulares de masculinidad que se vinculan con cierto nivel de perversión sádica y masoquista. En el primer caso, se trata del tipo masculino humillado, en el que la abyección está orientada a su inoperancia por falta total de decisión; en el segundo, el tipo está vinculado con el manipulador, quien es capaz de recibir un golpe o un escupitajo en el rostro, como parte de un programa meditado de acción que le permita obtener beneficios a corto o a largo plazo. Estos tipos de masculinidades, concentrados en el grupo de los locos, evidencia modos de destrucción y supervivencia signados por la constitución social del grupo de hombres (clase económica y cultural; mística religiosa; ideología política; lógicas mafiosas de interrelación humana, entre otros aspectos constitutivos del “quehacer social masculino”). Esto es, los modos de constitución de las masculinidades a través de lo que convencionalmente podemos llamar el “mal” y ese modo de maldad remite a un tipo particular de demencia asociada a la violencia (furia, iracundia).

crucis) y elementos liberales, más que libertarios, dado que el valor de la rebelión liberadora respecto de la vejación, con miras a una vida futura que acepte menos atropellos, parece ser el objetivo de la reflexión incorporada en este pasaje, a propósito de las reflexiones universalizantes del narrador vinculadas con los modos adecuados o inadecuados de conformación de la identidad masculina.

El capítulo X de la Segunda Parte de *Hdl* aporta nuevos elementos para la construcción del análisis interpretativo mediante el que se argumenta cómo las relaciones políticas y eróticas entre los sujetos masculinos están tensionadas, mediante lógicas estéticas irónicas, degradantes, críticas, cómicas y también serias. La tensión evidencia la paradoja en la constitución identitaria del sujeto masculino, porque no cumple con los ideales que los hombres que ostentan el orden asignan y porque la constitución se da asociada a una paradoja ética que tiene que ver con la supervivencia del individuo, dado que la articulación cultural, social y sicoafectiva–corporal del sistema nacional, signada por la dominación que ejecutan las clases dominantes respecto de las clases dominadas (subalternas o rebeldes), evita que las condiciones materiales de supervivencia estén al alcance de todos los grupos sociales (sobre todo de los “hombres de pueblo”) con lo que se genera la paradoja del discurso del estado nacional moderno democrático de la apertura de oportunidades para los sujetos populares y la experiencia, real y narrada, de la explotación, la dominación, las promesas fraudulentas de los partidos políticos, por un lado, y de las ideologías revolucionarias, por otro, de esos sujetos.

El sistema es representado, desde su funcionamiento abstracto hasta los hombres que lo hacen funcionar, con sorna, extrañeza, un humor hiriente, porque el sistema explota y reprime la pulsión de libertad de estos tipos masculinos; en algunas ocasiones es necesario reprimir, como cuando los hombres–cuadrados se enfrentan a los hombres–cuchillos y, en otras, la represión de las pulsiones de libertad es representada mediante narraciones absurdas y cómicas por el modo de evidenciarla como extrañas al ideal quehacer humano en libertad. Los hombres

representados, en su particularidad, apuntan metonímicamente a tipos de hombres y también, en algunos casos, alcanzan ribetes alegóricos al poder evidenciar sistemas de ideas que, para el narrador, son degradados o decadentes, como El Cagada de Mosca representando el sistema burocrático penitencial deshumanizante. En muchas de esas representaciones, con un humor llano o con uno irónico, los tipos masculinos son evidenciados como sujetos grotescos, más o menos monstruosos, y sometidos a situaciones más o menos infernales.

El entramado de idealización de la democracia del estado nacional moderno liberal y republicano, con las lógicas extractivistas y explotadoras del capitalismo temprano junto al arcaico patriarcado de núcleo judeo-católico, pone en evidencia, en la narración, al representar a estos tipos masculinos, “pobres diablos” o “comunes y corrientes”, la paradoja de la libertad, la inoperancia de los modelos dignos de imitar respecto de la supervivencia económica, la falacia de la adecuada masculinidad de las clases dominantes que adoctrinan a través de la instrucción pública y parroquial a los sujetos masculinos, porque el patriarcado implica una violencia fundante y constituyente en la conformación de identidad individual y social.

La captura de la edición, emisión, divulgación, ejecución y administración de la Ley (o del Derecho o la modelación del *ethos* de un pueblo) por parte de las clases dominantes es una de las maneras en las que se hace evidente que las clases dominadas han sido excluidas o falazmente incluidas en el relato del estado nacional moderno; en ese sentido, el sistema de representación política (*die Vertretung*) evita por todos los medios que las criaturas subalternas emitan su opinión, si no es bajo las exigencias de civilización y orden que esa clase dominante, ahora representante y mediadora, establezca.

De modo similar, el sistema de representación artística (*die Darstellung*) supone que las clases dominadas con sus múltiples conflictos son estéticamente abarcables a través de la pintura, la música, la literatura, etc., sin embargo, el proceso es poroso y en muchos casos implica la asimilación aséptica de las identidades plurales de las clases dominadas solo como

objeto de contemplación y patetismo sin alcanzar, a través del arte, no solo la representación, sino que los objetivos que ese mismo arte “comprometido” se ha propuesto (modificación de condiciones miserables, incorporación en las políticas públicas, activación de la voz y del habla subalterna).

Este breve comentario también nos empuja a la paradoja, porque, por una parte, la voz de las/os subalternas/os, serviles al sistema o en abierta actitud de rebelión, existe, se escucha en las calles, habita el espacio público (virtual o real) y privado y, por otro lado, esa voz no es escuchada o es menospreciada, porque no tiene la categoría académica de experta en una materia o en otra, no ha sido validada por las clases dominantes, a través de sus agentes políticos–policiales–religiosos o intelectuales. Quizá la pregunta adecuada es “¿puede escuchar la voz del sujeto subalterno el sujeto dominante?” La respuesta sería no, porque las entidades subalternas, sí tienen voz y sí hablan, pero son construidas como interlocutoras inválidas para los oídos de las clases dominantes. Estos son algunos de los aspectos que he venido perfilando como una de las bases fundamentales de esta investigación. Ahora bien, muchos de estos elementos paradójicos, tensionados y tensionantes, serán puestos en funcionamiento estético en el mentado capítulo.

En el ámbito que he señalado con anterioridad, los tipos masculinos, con sus tensiones internas y con las tensiones que generan respecto de los otros tipos masculinos, los de “por arriba” y los semejantes, establecen redes de solidaridad, de afectividad honesta, de compromiso (matriz de rasgos anarquistas, pero también humanistas, cristianos o, incluso, masones), pero también de “sálvate si puedes” (liberalismo individualista). Estas redes van a ser evidenciadas con el vínculo afectivo entre Florentino Hernández y Aniceto Hevia, porque la inclusión de nuestro dulce monstruo, El Azarcón, permite articular un contraste con los otros detenidos, con los hombres de la Sección de Detenidos y de los juzgados y con los hombres “en general” respecto de los que se puede temer, odiar o repudiar. El Azarcón es desde el primer

momento un buen “chato”. Este tipo masculino se “encompañerará” con Aniceto de modo emocional y también de un modo evidentemente físico.

Así, en primera instancia, se entrega una descripción de Florentino que lo sitúa en una dimensión de corporalidad masculina grotesca, pero no en clave degradante o irónica. Me parece que el narrador recurre a la curiosidad de la corporalidad de El Azarcón, para evidenciar esa vieja disputa entre ser y parecer que muestra claramente la paradoja del sistema moderno instalado. El Azarcón se ve monstruoso, “sin embargo” (207) es un buen tipo con el que se pueda tejer una red de solidaridad; el Estado nacional se figura moderno y democrático, inclusivo, pero esa es una máscara que encubre las lógicas de dominación y explotación a las que las clases subalternas son sometidas sin alcanzar el relato nacional, la modernidad y la democracia práctica, evitada con el sistema de representación que reconfigura la vieja premisa de una elite gobernante capacitada, adulta, operante, válida, letrada.

En muchos sentidos, se evidencia un esfuerzo narrativo por construir una imagen ideal de un tipo masculino que cumpla con algunas características que la voz narrativa valora éticamente por sobre otras. De esta forma, El Azarcón puede ser considerado un tipo masculino “común y corriente”, desde algunos rasgos que apuntan a dimensiones que se articulan con la noción de normalidad; la normalidad ética que determina la voz narrativa, porque el personaje va a ser representado como un sujeto excepcional, un ser extraordinario, sobre todo en el vejatorio contexto de la condena y de los hombres de la Sección de Detenidos. Respecto de la ética de El Azarcón, el narrador realizará un contraste cómico con su corporalidad y un contraste crítico e irónico con los hombres de la Sección de Detenidos. En ese segundo contraste, el narrador se incluirá también como punto de comparación, porque tendrá a cargo las reflexiones, los desdoblamientos de la voz, la parodización de las otras voces, las descripciones, la conducción de los diálogos; el narrador se refractará sobre sí mismo para producir la voces narrativas, pero no le dará plena vida a esas otras voces narrativas, porque no les cede la palabra, narrativamente

hablando, como sí lo hace con el ladrón conocido en la leonera o con el vagabundo de las tortugas. Este proceso narrativo de la sujeción de la voz debiese indicarnos cómo el narrador mismo constriñe la voz de otros sujetos subalternos como Aniceto Hevia joven o El Azarcón. El largo viaje por la memoria de Aniceto Hevia viejo es un viaje, a ratos, monológico⁹⁴.

Observemos la caracterización de El Azarcón, de Aniceto y de los hombres, en este pasaje, para determinar ese primer y segundo contraste, con el objetivo de tener una batería de rasgos con los cuales abordar las masculinidades referenciales y las representadas por Arlt, en contextos similares.

El compañero de cuerda de Aniceto parece ser solo un gran y enrojecido rostro con una boca eternamente salivando. Así, “La cara era roja y en varias partes se veían pequeñas espinillas próximas a estallar; los labios, gruesos, estaban constantemente húmedos, como si la saliva rebasara la boca, y la lengua, abultada y de color violáceo, los barría a menudo, no para humedecerlos, como es costumbre, sino para recoger lo que se escapaba” (207). La descripción del rostro de El Azarcón remite a las lógicas estéticas de naturalistas y también cinematográficas, por el enfoque en *close up* del rostro, y a las arcaicas descripciones grotescas de la corporalidad hiperbólica.

El uso de la descripción como encabezado del capítulo quiere evidenciar la relevancia del personaje y el impacto visual en la retina del narrador; el narratario, el lector ideal, en este caso, debiese comulgar con la “sorpresa” del narrador respecto de la corporalidad monstruosa del compañero de cuerda, al que ha conocido en la Sección de Investigaciones, en la que El Cagada de Mosca ha filiado también a Florentino, único personaje relevado en el relato como un digno

⁹⁴ Me parece fundamental recordar las etapas del narrador según Rojas, entre las que se cuentan dos particularmente representadas por Marcel Proust (en términos bajtinianos, me atrevería a decir mucho más monológico que polifónico), una; la otra, por Fiodor Dostoievski, mucho más polifónico, de palabra bivocal o doblemente acentuada, con amplio uso del contrapunto dialogal entre personajes (con conciencia ideológica y en crisis interna). La narrativa de Rojas, con su tono propio (individualidad estética), responde a esas lógicas narrativas que atravesaron a Proust, como el relatar la memoria como un flujo libre de ataduras cronológicas, y a Dostoievski, a Arlt y al mismo Rojas, por un proceso de composición histórica del género “novela”. Véase, “La novela, el autor, el personaje y el lector”. *De la poesía a la revolución*. 1938. Santiago: Ediciones LOM, 2015.

poseedor de su apodo, debido, en una suerte de *loop* narrativo, a su rostro. El rostro enrojecido y a punto de estallar junto con los labios y la lengua de grosor hiperbolizado contrastan con el carácter del personaje que, como indiqué, posee rasgos extraordinarios y ordinarios, más allá del rostro y la excesiva salivación.

El contraste entre el exterior físico del personaje y el interior síquico–afectivo, en tanto tipo masculino, queda en evidencia, como señalé, con el uso del marcador “sin embargo”. Ahora bien, ese carácter evidencia, desde el inicio mismo, un modo de ser particular, porque de El Azarcón se indica que “Su expresión ... era despierta y hablaba con dulzura, aunque de modo atropellado” (207), debido a su profusa secreción de saliva. Este personaje debe hablar con prisa y efectividad, porque “si tenía abierta la boca durante demasiado tiempo podía ocurrirle algo desagradable” (207). Volvemos al ambiguo “algo desagradable” que en momentos anteriores interpreté como una velada confesión de temor frente a un potencial abuso sexual; en este caso, ¿qué es lo desagradable que le podría pasar a El Azarcón, además de salivar excesivamente al tener la boca abierta? Una expresión popular, refranesca, indica “en boca cerrada, no entran moscas”. El Cagada de Mosca felicita al personaje por su apodo, su apodo implica una comprensión metonímica de su rostro, porque el apodo solo refiere al color, pero no a las espinillas a punto de reventar ni a la magnitud de los labios y de la lengua ni, mucho menos, a su profusa salivación (quizá su apodo, por este rasgo, hubiera sido El Grifo), entonces, ¿qué es ese “algo desagradable”? ¿Qué temor nos quiere transmitir Aniceto a propósito de este rasgo del “individuo” denominado El Azarcón?

Uno de los primeros contrastes entre los otros hombres es la evidencia de la precisión del apodo; otro contraste es el hecho de que es un pintor, es decir, un trabajador de oficio, como Aniceto, que no pertenece al mundo del hampa ni al mundo policial ni al universo de los borrachos ni al de los obreros industriales ni al de los comerciantes ambulantes. Aunque posea un apodo adecuado y se encuentre en una situación en extremo similar a la de Aniceto, la

captura arbitraria por la policía, en el contexto del motín, no es la principal preocupación del personaje, sino que el hecho de parecer “un marica” (210) por no llegar a una cita con “una mujercita” (210). Un elemento medular que estará presente a lo largo del pasaje, y que el narrador ha venido evidenciando como parte del funcionamiento de su mundo, tiene que ver con la vieja y moderna paradoja del ser y del parecer, la que es clara respecto del rostro y el carácter de El Azarcón.

Ahora bien, hay “hombres, desgñados y sucios” (208) que quedan en el calabozo; los demás, “conocidos y desconocidos, recién llegados o residentes” (208), son amarrados en hileras de dos en dos por la policía, mediante una cuerda. El narrador se preocupa de mostrarle al narratario está práctica policial de traslado de reos, porque suscitará una serie de reflexiones en torno a lo penitencial, a los hombres armados, a la infantilización y criminalización de los tipos masculinos en contextos carcelarios. En esta escena, se expone claramente cómo El Azarcón es un tipo masculino obediente, lo que le asigna un rasgo de mansedumbre a su carácter de habla dulce que contrasta con su rostro a punto de estallar y su boca salivadora; mientras, los rostros de los otros hombres “estaban llenos de cansancio y las ropas eran como estropajos” (208), El Azarcón aparece con un rostro en constante movimiento (a punto de estallar y enrojecido), pero su actitud es tranquila.

Junto con Aniceto, este personaje se mantiene inmóvil, esperando que los gendarmes terminen de amarrar a los reos. Las espinillas, la lengua y la saliva de El Azarcón están en constante movimiento, mas su carácter se mantiene dulce, obediente, inmóvil, rasgos que pueden ser asociados a cierta estabilidad y tranquilidad, dado que el personaje es inocente y está caracterizado como un tipo masculino “bonachón”.

En esta escena, el tipo masculino policial será fundamental, porque los gendarmes son los agentes de la acción narrativa. De este modo, a los reos “Ya amarrados [los gendarmes] nos hicieron avanzar por el zaguán, abrieron la puerta y salimos a la calle, de a dos, como escolares

que van a dar un paseo, los gendarmes en la orilla de la fila, sin sables y sin carabinas, pero con revólver al cinto” (208). Primero, los tipos masculinos en la cuerda son objetos pasivos movilizados por los agentes del orden; segundo, los reos se observan como infantiles escolares que fuesen llevados a pasear por la ciudad cuando, en realidad, en el ser y no en la apariencia, son reos en espera de condena por un crimen específico: atentar contra el orden instituido por sublevarse frente al alza del precio del tranvía y participar, aparentemente o en realidad, en las grescas que se presentaron como consecuencia del tiempo y del espacio excepcionales que abre el motín. Tercero, si se tratase de escolares que van de paseo, ¿por qué los gendarmes habrían de llevar revólveres al cinto? Infiero que tanto sables como carabinas son elementos propios de la situación marcial que implicó el motín; el revólver al cinto es una tensión, una amenaza, una evidencia del ser represivo del sistema penitencial que rompe con esa apariencia apacible de tipos masculinos cansados y vestidos como estropajos, obedientes e inmóviles. El revólver al cinto es la imagen mínima de la paradoja implicada en la idea cultural de “paz armada”, porque es a través de los mecanismos de la violencia que se garantiza la conservación del orden, supuesta paz ciudadana, frente a la que los amotinados atentaron.

La infantilización de los reos continúa, dado que, además de parecer escolares que van de paseo (símbolo con el que el narrador busca generar simpatía respecto de la inocencia de los amotinados), estos recurren a un modo de defensa puntual frente a la mirada pública: actuar o sobreactuar una presunta peligrosidad delictual. Así, al ser expuestos públicamente por los gendarmes, los reos “Sentíamos de pronto una especie de orgullo y nos erguíamos y mirábamos con desdén, procurando aparentar que éramos seres peligrosos. Sabíamos que aquello no era más que una manera de defendernos, una manera infantil, pero el hombre se defiende como puede” (208). Esta defensa infantil frente a la mirada pública, le va a permitir al narrador jugar estéticamente con la realidad y la apariencia de la inocencia y de la delictualidad, apuntando a la minusvaloración de los sujetos masculinos, dado que los situará en la esfera de los “pobres

diablos”, incapaces de ser malos realmente, aunque la ironía o la sorna con la que el narrador o alguno de los narradores enmarcados se refiere a las aventuras de algunos pobres diablos como Ipinza permite observar que muchos de ellos son capaces de ejecutar el mal, en un sentido ético profundo, indisociable de la estética de la obra y del modo de representar las masculinidades.

En el contexto de crítica reflexiva en torno al ser y al parecer un sujeto masculino delictual, el narrador indicará una clara señal de subalternidad de los reos y criminalización llevada a cabo por los gendarmes, hombres que son autoridades para los amotinados, porque están sobre ellos y, como señalé, porque son agentes de la acción frente a la pasividad de los reos trasladados. El narrador expresa con forma interrogativa una cuestión ética orientada al ojo público de quienes miran “con curiosidad y sin interés ... [el] espectáculo” (208). Así, “¿Acaso a un borracho o a quien ha robado una escoba o a aquel que sólo ha dado unas bofetadas a un prójimo o roto unos faroles en un motín, se le puede llevar amarrado y vigilado por gendarmes con revólver al cinto?” (208–9). La pregunta por la apariencia de peligrosidad de estos reos, cuando en rigor no son peligrosos, sino que hasta ridículos con sus travesuras infantiles (robar una escoba, emborracharse, apedrear un farol o darse un par de cómicas bofetadas) y por su tratamiento punitivo, es decir, ir amarrados en la cuerda como convictos, criminales de guerra, esclavos cazados, nos sitúa en una esfera de la infantil inocencia de estos reos que cuestiona el imperativo social del orden amenazado por el enemigo interno, dado que ese enemigo interno, incluso el subversivo, no es más que un infantilizado hombre adulto, por ende, un incapaz de generar una revolución real o cometer un crimen real.

En ese sentido, paradigmáticamente Aniceto es condenado por un crimen irreal. Ahora bien, en esta hilera de reos, según el narrador, “Éramos, de seguro, gente de avería” (209), porque de lo contrario ni ir amarrados ni custodiados por gendarmes armados estaría justificado. Curioso vuelco de subalternidad, porque la apariencia de ser criminales peligrosos será la justificación para la policía de llevar a estos detenidos amarrados como peligrosos; pero, se trata de un

aparentar ser tales tipos de masculinidades duras, peligrosas y criminales, porque el ser, la verdad oculta por el velo de la mentira, es el de “pobres diablos, incapaces moralmente, de hacer nada grave” (209), aunque “procurábamos, con nuestro talante, aparentar lo contrario” (209): esta apariencia de delictualidad es, en palabras del narrador, una justificación para la policía.

La dominación humillante que viven estos tipos masculinos criminalizados pasa por el hecho de ser expuestos a la mirada pública, frente a la que los gendarmes indican, como signos, que los detenidos son, en efecto, peligrosos sin serlo, porque, desde la mirada interior y englobante del grupo, el narrador indica que los crímenes cometidos están más cerca de la órbita de la travesura infantil que del atentado criminal contra el orden instituido. La infantilización de los reos en manos de los gendarmes se conjuga con la deshumanización que han vivido en la Sección de Investigaciones, mediante el abuso del funcionario y la tortura del calabozo. Ahora bien, entre hombres delictuales, la *performance* de la dureza y de la peligrosidad es necesaria para sobrevivir, incluso para justificar el tratamiento punitivo del que son víctimas. El aparentar es necesario, pero la verdad siempre sale a flote, porque “Cuando nadie nos miraba sentíamos la estupidez y la humillación de todo aquello” (209).

El narrador dejará la esfera del plural mayestático con el que se ha hecho cargo de las voces, pensamientos, fracasos y deseos de sus compañeros de cuerda, tan subalternos como él, para dar paso a una puntual anotación individual: el hambre. A la deshumanización y a la infantilización, a la humillación y a la estupidez de la incapacidad de ser verdaderos criminales, para el narrador se suma el rasgo de hambriento. En esa misma lógica de infantilización, el narrador personaje anticipa su condena sorpresiva, estableciendo que “Aquella parte de mi próxima vida futura estaba en blanco” (209). Esa falta de autonomía en la decisión vital del procurarse el alimento y, por tanto, la subsistencia, aparece en blanco para el narrador, porque ha sido puesto en la posición del infante deshumanizado sin derechos, subalterno sin voz ni

capacidad de libertad: es un reo que se dirige a la Sección de Detenidos recorriendo la arquitectura textual del mundo que habita.

En ese mundo que habita, la Sección de Detenidos, en la lógica semántica que he venido comentando, es un “edificio macizo y de color sucio” (209); el color –la dirección de arte– del edificio no es menor ni arbitrario. La comisaría estaba enlazada estéticamente con la caballeriza; la Sección de Investigaciones con el trato deshumanizante, con la violencia del apodo impuesto, la borradura del nombre propio, la ficha de filiación, la oscuridad torturante del calabozo, entre otros rasgos, incómodos y sucios como el funcionario, El Cagada de Mosca con su apariencia cenicienta (color sucio) y su sorber el hoyo de la faltante muela. Semánticamente, la Sección de Detenidos se vinculará con esos espacios y sus tiempos, con esos personajes, articulando un imaginario completo de mundo, una arquitectura total en la que el narrador y los hombres–reos–infantes se verán sometidos al trauma de la criminalización.

En la Sección de Detenidos, “seguramente para comodidad de los detenidos, [se hayan] los juzgados; de ellos se pasaba a los calabozos: unos pasos y listo” (209). No se puede pasar por alto la “broma” narrativa que incorpora Aniceto Hevia viejo; los juzgados y los calabozos están en el mismo edificio de color sucio que la Sección de Detenidos para “comodidad” del sistema punitivo, del sistema de registro de criminales, de la burocracia documentadora de los tipos masculinos subalternos que han osado, aun como infantes, rebelarse al orden instituido. Por ello, deben ser castigados, deshumanizados, transformados en apodos y cifras, obligados a aparentar una realidad que no les es propia, desplazar sus rasgos de sujetos masculinos válidos e invalidarse por la infantilización, por la pasividad y la carencia de ejecución de sus libertades colectivas o individuales. Si bien estos hombres podrían no ser monstruosos, las lógicas grotescas de la estética narrativa los sitúan en el plano de la abyección total.

Estos sujetos subalternos, aunque hablen entre sí, aunque se quejen, aunque tengan voz, no son escuchados o deben hablar con prisa, como El Azarcón, dado que temen que hablar pueda

llevarlos a “algo desagradable” o peor. La imagen infernal y cómica de la Sección de Detenidos hace evidentes estos aspectos.

Desde la perspectiva de la arquitectura del mundo configurado por el relato, la espacialidad y el tiempo de la Sección de Detenidos involucra una zona absurda asociada a la pesadilla. La enumeración de elementos yuxtapuestos hiperboliza el espacio y el tiempo de la concreta justicia que aplica el Estado nacional. El movimiento de los personajes sugiere una circularidad infinita en la que los tipos masculinos se pierden y desorientan. De este modo, desde la perspectiva del narrador, los detenidos y amarrados

Trepamos unas escaleras y circulamos por pasillos llenos de pequeñas oficinas, cuchitriles de secretarios, receptores, copistas, telefonistas, archiveros, gendarmes, todas amobladas con lo estrictamente necesario: una mesa, una silla, otra mesa, otra silla, un calendario, otro calendario, números negros, números rojos, salvaderas, tinteros, muchos tinteros, más tinteros, tinteros aquí, tinteros allá; la justicia necesita muchos tinteros. (209).

En esta zona física, con su tiempo y espacio concretos, radica la justicia del Estado nacional moderno. Esta justicia administrada por hombres y para hombres, al menos en lo que respecta al relato de Aniceto, es una justicia deficiente y arbitraria que requiere, por sobre todas las cosas, una dimensión material con la que manifestarse. Metonímicamente, para el narrador, la justicia local requiere de tinta: esa tinta es la huella fija en el papel de su administración y de su existencia, porque el documento (el certificado) es el rasgo moderno de esa aplicación. En esta lógica, inclusive los funcionarios públicos aparecen deshumanizados, dado que lo relevante es el edificio con sus pasillos y oficinas miserables (cuchitriles) en las que los funcionarios son muebles tal como las sillas o las mesas o son números (rojos o negros) marcados en calendarios. La experiencia individual y colectiva de los excluidos, de los infantiles detenidos, comulga con la experiencia deshumanizada de los funcionarios–muebles, cuya existencia está supeditada al funcionamiento de las oficinas. La tinta es un símbolo de lo perenne de la justicia, pero también

de su falaz aplicación, porque “el papel lo aguanta todo” como dice el refrán popular, aludiendo a la posibilidad permanente de romper los compromisos signados mediante la palabra escrita. Así, como veremos, el compromiso de aplicar la justicia con justicia se verá vulnerado por el hecho mismo de la detención, cargo, sentencia y condena de Aniceto Hevia joven, el pintor condenado por un crimen que no cometió que lo emparenta directamente con el oficio de su padre: ladrón de “guantes de seda”, es decir, ladrón de joyas, por extensión, de joyerías.

Luego del tránsito circular (“circulamos”), el grupo de hombres se detiene frente a la puerta del Primer Juzgado del Crimen. En este espacio, los tipos masculinos amarrados y en fila se derrumban, se arremolinan, se agrupan (o apiñan), se compactan entre los gendarmes, pierden toda peligrosidad, se sientan y se sienten desazonados (209), es decir, “permanecían silenciosos o entablaban dificultosos diálogos en voz baja, como si la presencia de los gendarmes les intimidara” (210). Estos gendarmes–muebles no hacen sino lo mismo que los otros tipos masculinos: callar y bostezar (210). El clima generalizado del Primer Juzgado del Crimen es un clima de aburrimiento, de incompreensión, de estupefacción: los tipos masculinos serán determinados por la visión externa que tienen de ellos los funcionarios públicos. En este contexto, cabe señalar el diálogo que se da entre El Azarcón y Aniceto Hevia, mediante el que queda en evidencia la vestimenta de Aniceto joven, el hecho de que El Azarcón es generoso con el joven pintor, dado que asume que fue él quien le tendió la mano en el oscuro y torturante calabozo; también, es evidente la anotación respecto de la condición de “marica” que tendría El Azarcón para la “mujercita” (210) que venía “trabajando” (210). Esta concepción de masculinidad permite evidenciar que, más allá de las lógicas excepcionales que caracterizan a este espinilludo personaje, no pasa de ser un tipo común y corriente si se trata de enfocar su modo de vincularse con una feminidad. Así, entre miradas cómplices y solidarias, los dos personajes nominados de esta escena no pueden superar el clima general que domina a los detenidos.

Tal como indiqué, los hombres–detenidos, de un modo similar a los funcionarios–muebles, “parecían haberse convertido en piedras. Ya no hablaban, y fuera de dos o tres que fumaban, los demás no se movían; con la vista fija en el suelo, en las paredes o en el techo, la imaginación y el recuerdo muy lejos de allí o demasiado cerca, ensimismados, ... estaban tan lejos unos de otros como una estrella de un árbol” (211). Los tipos masculinos son escindidos por la burocracia punitiva; están sometidos a la anulación de las redes de solidaridad, porque el sistema liberal, nacional y judicial, no los juzgará como grupo, sino como individuos y cada individuo deberá “rascarse con sus propias uñas”. En ese contexto, la simpatía entre El Azarcón y Aniceto está mediada por una “deuda moral”; el segundo ayudó al otro en un momento de desesperación, lo que genera que el primero sienta la necesidad de cumplir con las lógicas de la hombría que establecen el compromiso de palabra que implica el apoyo mutuo, es decir, la solidaridad que se dio entre los personajes tiene una apariencia puntual: la de un “negocio concluido” (211).

Así, el mismo Aniceto teme incomodar a tan generoso personaje si lo observa demasiado, sobre todo, con la mirada curiosa respecto de su “mal formación” en las glándulas salivales. La realidad y la apariencia del suceso son complejas y generan una ambigüedad mayor en el universo carcelario: los hombres se apoyan, pero también se abandonan o limitan su apoyo, porque están indefensos frente al sistema judicial, como iré evidenciando con otras marcas textuales que muestran lo absurdo de la defensa, de las condenas, la arbitrariedad de los partes y la incomprensión del sistema como tal por parte de los mismos agentes que deben aplicar el rigor de la ley y, por ende, comprender los mecanismos aleatorios con los que se construye la dimensión punitiva del orden jurídico.

Los hombres–detenidos, reducidos de varias formas en su condición humana, proyectan una imagen, otra vez, deshumanizada por su condición de subalternos respecto del orden de la dominación. En esta condición de subalternos, los hombres–detenidos serán acercados a los

gendarmes por la voz narrativa, porque en la escena ingresa otro agente superior que representa el orden de la dominación, el juez. Entre el juez y su séquito se realizará un contraste nítido con los detenidos y los gendarmes, porque a estos penúltimos, en su condición de pobres diablos, “Se les veía sucios, arrugados los trajes, trasnochados, despeinados, hambrientos quizá” (212) y “Los gendarmes, por su parte, no estaban más entretenidos ni pensaban en asuntos más altos; sus rostros estaban alargados por el aburrimiento y la inacción” (212). Mientras que el juez es “un señor de edad mediana, muy limpio, delgado, un poco calvo y cargado de espaldas ... Tras el juez entraron tres o cuatro personas, empleados, seguramente, limpios, casi atildados, rozagantes: sus noches habían sido buenas” (212, corrijo las erratas de la edición que sigo, contrastando con la edición de 1961 (503, *Obras completas*)). Los detenidos, explícitamente, son situados en la dimensión de las vidas miserables: piensan pequeñeces, debido a su condición, del mismo modo que los gendarmes, tal como queda claro en la cita. Ahora bien, los agentes del orden jurídico desarrollarán una escena plena de confusión y ambigüedad con la que el narrador, infiero, da a entender al lector la arbitrariedad de la aplicación de la ley y la apariencia de superioridad de ese juez y de esos empleados.

En el contexto anterior, los tipos masculinos limpios y rozagantes contrastan con los desarrapados y hambrientos, sin embargo, los segundos, por nimias que sean sus reflexiones, piensan, mientras que los primeros parecen actuar mecánicamente, tan mecánicamente que la cantidad de detenidos les causa confusión. Al menos esto es claro respecto del juez, quien “manoteó sobre los papeles [los partes]. Levantando unos, bajando otros; después pareció contar algo” (213). Lo contado por el juez son los tipos de partes, para treinta y siete detenidos: la agrupación de los partes bajo cuatro crímenes puntuales (“hurto, riña, lesiones y desorden” (213)), le permitirá organizar el mundo de las masculinidades criminalizadas, frente a las que dictará la idéntica y absurda sentencia (“Cinco días de detención o pago de multa” (214)).

Ahora, este juez exclama, frente a los detenidos, que “Parece mitin” (213) lo que en verdad fue un alzamiento popular o *meeting*, particularmente el que registra la historia de los movimientos sociales como la huelga en contra del alza del costo del tranvía, tal como señalé en el capítulo uno. La confirmación de su inoperancia en tanto juez queda graficada en el “No entiendo” (213) que murmura; en el orden de la dominación, el juez es incapaz de organizar el mundo y uno de sus subalternos debe estructurar a las masculinidades (seudo)delictuales, para poder aplicar, de algún modo, por absurdo o arbitrario que sea, la punición frente al desorden. Aun cuando el secretario logra articular un orden para estos hombres delincuentes, el juez no pierde una “voz lenta y titubeante” (213) con la que abre la posibilidad del alegato.

La construcción del alegato por algunos detenidos evidencia, también, la arbitrariedad de la aplicación de la ley, porque, tal como indica el narrador, “Uno de los hombres avanzó y dio unas explicaciones que nadie entendió” (213). ¿A quién remite ese nadie? Al juez y a los funcionarios junto con a los otros detenidos, dado que el juez “oía con aburrimiento, sin interés, como si el hombre dijera algo que él había oído otras veces y que se supiera de memoria; no era ninguna novedad” (213). Así, no solo la ley se aplica mecánicamente, sino que la posibilidad de alegato frente a ella, la pulsión de libertad frente a la punición, también está mecanizada, con lo que la modernización del aparato jurídico nacional queda en entredicho, puesto que no tiene una ejecución adecuada para los casos puntuales y específicos que aborda. La ley no considera excepciones, oblitera la individualidad, así como separa a los sujetos clasificándolos y obligándolos a defenderse infructuosamente de modo personal, pero deshumanizado, porque todos quienes alegan repiten una historia idéntica, mediada por el tedio de un funcionario público que engrosa las filas del aparato burocrático del Estado, perdiendo su condición humana.

Si El Cagada de Mosca tenía algún ribete humorístico, el juez de marras no es más que una máscara, una función social deshumanizada que, a su vez, deshumaniza a los reos: el sujeto

subalterno alega frente al agente de la dominación, con una voz replicante de otras voces, anulándose su tono propio; el agente de la dominación no escucha, porque, aunque el subalterno hable, el juez está negado a comprender, “parecía desorientado y cansado” (214), mira hacia un lado y hacia otro sin interés alguno en los seres humanos que debe procesar a los que, como planteé, aplica la misma y absurda sentencia, salvo en el caso del hurto a la joyería, porque inclusive los revoltosos serán puestos en el lugar de ebrios que riñen, con lo que se minusvalora su condición de hombres rebeldes del pueblo. Igual de absurdo resulta el alegato, dado que “comprendiendo que sería estúpido repetir lo ya dicho y difícil decir algo nuevo, [los detenidos] callaron” (214). Resulta así una escena de infructuosa comunicación entre subalternos y representantes menores del orden de la dominación, porque unos tienen una voz impropia y porque los otros no tienen las capacidades de escuchar. Este clima es pesadillesco, desde la perspectiva de la metáfora infernal del universo jurídico.

El abordaje narrativo de la violencia policial permite establecer otra serie de reflexiones en torno a la arbitrariedad del sistema punitivo del orden de la dominación. Esta arbitrariedad, matizada por la ironía del absurdo, evidenciará las lógicas de subalternización de las víctimas de la agresividad policial, primero; de la violencia del sistema punitivo, segundo; y de los rasgos constitutivos de los modos de configurarse los hombres a través de las riñas, tercero.

El juez se ha deshecho de al menos dos grupos de detenidos de modo mecánico; quedan dos grupos: agresión y lesiones, por una parte; por la otra, hurto. En el primer grupo, será necesario incorporar a El Azarcón; en el segundo, a Aniceto Hevia. Para el grupo de El Azarcón, el parte indica que los detenidos “hirieron a varios policías” (214). Frente a esta acusación, uno de los detenidos expone su caso con vehemencia, demostrando convincentemente la agresividad de la policía—cara de sable, dado que el hombre establece que “[le] doblaron los brazos, [le] dieron puñetazos en la cara y palos en la cabeza” (214). En su defensa arguye ignorancia frente a la acusación e inocencia frente al cargo; otra vez, el juez se encuentra en una especie de

encrucijada frente a la aplicación de la ley. El absurdo se construye mediante el hecho de que no hay policías heridos presentes y lo que podría haber sido un caso de sublevación que condenase al detenido como “enemigo interno” del orden de la dominación, pasa como un altercado entre ebrios con desastrosas consecuencias. La falta de pruebas, es decir, la ausencia de policías heridos, motiva al juez a seguir interrogando a otros detenidos. El Azarcón responde con prisa y establece “mucho menos se me ocurriría pelear con la policía, que siempre sale ganando” (215).

Esta afirmación es el modo en el que el narrador despacha en esta escena la violencia policial y el absurdo de la detención de las víctimas de la violencia, sobre victimizadas por el proceso judicial a las que se les somete, como se ha podido observar en la historia local reciente respecto de muchas personas mutiladas por la policía y criminalizadas como delincuentes, por atentar contra el orden de las clases dominantes. En esta lógica, el sujeto subalterno que se muestra como ejemplar víctima de la violencia y El Azarcón son muestras entonadas con cierta comicidad por el narrador, para evidenciar la crueldad de un sistema arbitrario que debe creer en el documento, pero que frente a los hechos indiscutibles debe reformular su mecánica aplicación de la ley. Sin embargo, la estupefacción del juez solo resuelve con la misma sentencia que ha venido repitiendo como una pieza funcional del sistema: “Cinco días de detención o pago de multa” (215).

La violencia constitutiva de las masculinidades, bajo la égida bélica del patriarcado, es matizada como una cómica riña de borrachos. Lo único malo que han hecho es emborracharse y participar de un motín casi a la fuerza, casi irreflexivamente, casi sin justificación política, porque exponer la ideología subyacente al motín en contra del alza de los tranvías frente a un juez, agente del orden de las clases dominantes, es exponer los delicados hilos que tejen el entramado social del pensamiento revolucionario. O bien, a nuestro narrador le parece innecesario indagar en un aspecto que está zanjado por las masculinidades de “por arriba”, dado

que a la compañía de tranvías, dueña también del alumbrado público, poco le importa querellarse contra los detenidos, puesto que las pérdidas serán amortizadas con el alza de los precios en el transporte y en la iluminación (215). En este sentido, “nadie, fuera del parte, difícil de entender, acusaba a aquellos hombres” (215), entonces, ¿por qué habría un juez de condenarlos mediante una sentencia diferente a la que se aplica a los borrachos escandalosos? El desorden público, el mitin y el motín dejan de ser lo que eran, para transformarse en una mera riña callejera, constitutiva de las masculinidades y, por ende, naturalizada como una actitud infantil, descontrolada, pero en la que los detenidos también sufren las consecuencias de sus excesos, como el hombre con la cara como mapa (214), o que quedan incólumes en su tedio judicial, como El Azarcón.

La absurda aplicación de la ley queda de manifiesto por la absurda construcción de la escena judicial que nos ofrece el narrador con mirada irónica sobre el funcionamiento burocrático del moderno estado nacional. Al contrastar el momento narrativo con el plano histórico referencial (1912–1918, aproximadamente), las reflexiones son totalmente diferentes: mientras en lo narrativo se transita del torturante calabozo al absurdo del Primer Juzgado del Crimen, en el plano referencial se persigue a los subversivos, se infiltran las células anarquistas y comunistas con agentes de la naciente policía secreta, se deporta a “enemigos externos” y se tortura y encarcela a “enemigos internos” y “externos”, se destruyen imprentas, las juventudes nacionalistas y fascistas emergen como contraparte, la violencia se instala en el escenario social, tanto en Chile como en Argentina, signando los diez años siguientes a los Centenarios con las lógicas masculinas de resolución de conflictos a través de la violencia; se modernizan los cuerpos armados del Estado y los movimientos sociales son absorbidos por el parlamentarismo partidista considerado civilizado y civilizatorio desde los discursos de las clases dominantes instaladas en la hegemonía, como deje ver en el primer capítulo. Curiosa jugada autorial que ya se venía evidenciando en *Lanchas en la bahía* y que encontrará su cúspide irónica en el

tratamiento de los grupos anarquistas en *Sombras contra el muro*. No es el objetivo de esta investigación echar por tierra la pseudo hipótesis del Manuel Rojas anarquista, porque anarquista puede haber sido nominalmente, pero Aniceto Hevia, y esto es evidente en la obra, no es un anarquista, es solo un individuo, más o menos liberal, curioso, y “arrojado” a sus experiencias de modo azaroso y con poca actitud de decisión. En ese sentido, observaré como Aniceto, golpeado por las circunstancias, es encarcelado injustamente de modo arbitrario y absurdo (es importante indicar que su estadía en la cárcel es un “cuento de hadas” (280) en relación con la vida carcelaria de Cristián Ardiles).

Si la carencia de un certificado de nacionalidad evita que Aniceto Hevia aborde un barco junto con el vagabundo de las tortugas, será un certificado, un “maldito parte” (215), el documento que impulse al juez a hacerlo cómplice del robo a una joyería. El valor sagrado del documento es nuevamente cuestionado en este pasaje por el narrador, dado que se pregunta “¿Cómo convencer al juez de que no tuve nada que ver con aquel asalto a una joyería, que nunca vi a los hombres que quizá la asaltaron, que no conocía ni de nombre la calle en que tal asalto ocurriera ...?” (215). Los cuestionamientos del narrador se suman a la posibilidad de que el mismo juez no pueda demostrar ni la acusación ni lo contrario, sin embargo, debe ceñirse irreflexivamente a la legalidad del documento, al valor sagrado que adquiere el parte emitido por algún policía, por cualquiera, porque cualquiera podría haber generado la confusión, la pseudo comedia de enredos que lleva a Aniceto a ser conducido a un calabozo de la Sección de Detenidos. Todas las posibilidades de librarse de la acusación pasan por soluciones que oscilan entre lo extraño y lo sencillo, es decir, la absurda aplicación de la ley podría ser regulada por elementos extravagantes o extraordinarios que interfieran en su aplicación o, por el contrario, por elementos radicalmente sencillos como que el juez diera fe de las palabras del detenido, pero ello sería contraproducente para el moderno sistema jurídico del Estado nacional en el que,

como observé, los alegatos de los acusados son mecánicas historias que hunden en el tedio a jueces y funcionarios.

La palabra emitida de los subalternos es acallada por la mecanización de sus dichos o por la imperiosa palabra de los diferentes representantes del orden de las clases dominantes, sean del escalafón que sean. En este caso, un policía o un funcionario público de baja estofa, como el mismo Cagada de Mosca, podría haber cometido un error que deriva en la condena arbitraria de Aniceto Hevia. En términos narrativos, este error es fundamental porque es el que permite la existencia del extenso relato del excarcelado y tuberculoso Aniceto Hevia; en términos morales, el hecho de narrar el error, con tono irónico o ingenuamente cómico, es la demostración extranarrativa de que la lógica de la inclusión de los excluidos es falaz, porque la voz del subalterno no es escuchada ni respetada ni considerada en su veracidad por los diferentes agentes ejecutores del orden de las clases dominantes. En la articulación del sistema jurídico, “El juez era el juez y yo nada más que el detenido; él debía dar fe al parte, creer en el parte ... atenerse al parte y al redactor” (215–6), en ningún caso creer en el detenido. Por pueril que sea la reflexión del narrador, el problema ético de la verdad y la mentira, del ser y del aparentar, determina toda esta larga escena en la que lo absurdo es una de las columnas vertebrales del suceso.

En este contexto, uso intencionalmente el concepto de pueril, porque se trata de la infantilización de los sujetos subalternos. Esta infantilización, que he ido evidenciando no solo en este pasaje sino en otros, está vinculada con la deshumanización de los tipos masculinos de clase baja quienes están situados en la dimensión de lo insuficiente; son pobres diablos y, al mismo tiempo, son sujetos incapaces, incompletos e inoperantes, en la lógica paternalista del orden patriarcal de las clases dominantes. Los agentes o ejecutores del orden de la dominación, que pueden ser intra–infantilizados por sus superiores, están situados en la dimensión de lo

adulto, de lo capacitado y de lo suficiente, por absurdas que sean, para el narrador, sus resoluciones y actitudes.

La expectativa rota del narrador, la de que sus palabras sean creídas y consideradas (como los alegatos de los otros detenidos), es pueril, porque su voz está infantilizada y empujada por ese juez de “mediana edad” al espacio del silencio. Asimismo, tanto los reos como los gendarmes no pueden pensar en asuntos más elevados, porque son piezas menores de la maquinaria social: esa maquinaria social está signada por lo que hoy se conoce como adultocentrismo. El adultocentrismo es constitutivamente paternalista y, por ende, fundamental en la constitución identitaria del género–sexo de los tipos masculinos que están dicotómicamente clasificados en infantes y padres–adultos. La paradoja de la experiencia se da precisamente en que los sujetos subalternos no son infantes, sino que son adultos, pero son configurados como infantes y tratados como tales por las lógicas excluyentes del sistema, porque sus voces (sus alegatos) son obliteradas por el padre–juez que se aburre frente a sus excusas, sus cuerpos son sucios y desarrapados respecto de la limpieza atildada de los funcionarios –incluso los de un escalafón bajo–, sus actitudes son desordenadas y salvajes porque no han sido adoctrinadas por el proceso civilizatorio del Estado nacional moderno.

El narrador minimiza–infantiliza el motín, porque, queriéndolo o no, adopta la visión del opresor, es decir, el motín como expresión de la rebelión popular no tiene un programa conductor civilizado y organizado que le permita salir de la mera riña de borrachos–infantes–descontrolados. Los detenidos–infantes son impotentes, en el sentido sexual y en el sentido social, respecto de la potencia de los padres–jueces–agentes de las clases dominantes. La paradoja, en tanto tensión constitutiva en la construcción identitaria, está determinada por esa escisión entre el ser y el parecer: los hombres, cuadrados o cuchillos, al ser detenidos (y al ser narrados), dejan de ser adultos–hombres válidos y son arrastrados a la dimensión de la infancia, masculinidad incompleta o insuficiente, por el hecho mismo de ser sujetos subalternos.

Insisto, los subalternos hablan y tienen voz, pero la clase dominante con sus agentes y representantes se niega a escucharlos, porque considera que sus palabras son berrinches sin ton ni son. Este fenómeno queda en evidencia en el relato y ha sido reforzado de manera demoledora por el tratamiento que se dio a la rebelión social del año 2019, absorbida y canalizada por los partidos–adultos que infantilizaron la potencia revolucionaria de los movimientos sociales apartidistas, arrojándolos a la dimensión de la criminalización (curioso por lo menos es el hecho de que los criminales pierden la condición ciudadana y que los infantes, aun cuando tienen derechos, no cuentan con la condición ciudadana hasta que cumplen la “mayoría de edad”).

Las reflexiones del narrador, entonces, son pueriles, porque se establecen desde un soporte ético errado: la igualdad de la naturaleza humana entre subalternos y dominantes. Esta igualdad es real en términos naturales (escatológicos, si se quiere (nacer, alimentarse, defecar, fornicar, morir, son principios cósmicos de los mamíferos humanos)), pero es irreal en términos culturales y sociales, porque la condición de la dominación y de la explotación suprime las capacidades de los sujetos subalternos criminalizándolos o infantilizándolos. La apariencia de libertad individual y colectiva del sistema liberal, nacional y patriarcal, se desenmascara, hace evidente su ser en el relato al traer hacia la superficie el absurdo, la comicidad y la ironía con la que se trata el sistema judicial punitivo con sus lógicas rotundamente paternalistas y minimizadoras de los sujetos subalternos, femeninos y masculinos. En este sentido, la constitución identitaria es paradójica y está interna y externamente tensionada.

El cosmos de masculinidades del calabozo de la Sección de Detenidos estará taxonómicamente organizado, tal como se pudo apreciar en la primera estancia en la cárcel del Aniceto Hevia niño. Ahora, el narrador ofrecerá un nuevo microcosmos de masculinidades en contexto carcelario con sus estrategias de supervivencia, sus lógicas de interrelaciones y sus modos afectivos de construirse cada cual un tiempo, un espacio y una identidad. En este cosmos, las masculinidades se organizan jerárquicamente y hay un espacio reducido para la

horizontalidad social (principio anarquista de orden político), porque los hombres, en este microcosmos, refieren a los modos sociales de articularse el orden nacional, cuya estructura es coercitivamente jerarquizada, dado que es una estructura de dominación y explotación.

Un primer rasgo de separación jerárquica está dado por el conocimiento de unos con otros: la ausencia de vínculos afectivos establece claras diferencias entre hombres. Estos hombres encarcelados evidenciarán según el narrador un amplio espectro de masculinidades, desde varias características, porque Aniceto con sus siete “cómplices” quedaron “frente a los habitantes de aquel calabozo, unos veinte o treinta, entre los que había *jóvenes y hombres maduros; individuos con chaleco, cuello, corbata y sombrero y otros descalzos y en camiseta; hombres graves y tímidos y otros desenvueltos y alegres*” (216, me atribuyo las cursivas). Así, se da una primera tipificación de estos hombres de acuerdo con el rango etario, abarcando desde la edad del joven Aniceto Hevia hasta lo que desde la perspectiva del narrador se considera edad madura; la clase económica y social, aparente o real, sugerida por la vestimenta, porque se transita visualmente desde el hombre “bien vestido” hasta el descamisado; y de acuerdo con la condición emocional de estos hombres, permitiendo construir un imaginario que oscila entre los de actitud seria, asociada a la madurez, y los de actitud alegre, asociada a una actitud lúdica, infantil, sin minimización de ese tipo masculino. Con esta tipificación, es observable un esfuerzo narrativo por representar un microcosmos amplio respecto de las masculinidades.

El grupo de ocho hombres del que forma forzosamente parte Aniceto es un grupo que recibe las miradas de curiosidad sin interés de los otros reos, miradas, por la selección léxica, idénticas a las de los transeúntes y a las del juez (216). Este grupo es desconocido para los otros encarcelados y está formado por desconocidos entre sí, porque, según el narrador, “nosotros ni siquiera nos conocíamos, ya que andábamos en compañía sólo [sic] desde unas pocas horas atrás sin haber tenido hasta ese momento ocasión alguna de conversar” (216–7). En este contexto, es evidente la ausencia de vínculos afectivos entre masculinidades, con la que se

acentúa la individualidad, buscada y exacerbada, de Aniceto Hevia joven, quien, desde la voz narrativa del Hevia viejo, quiere ser mostrado como un punto y aparte, en una lógica liberal y solipsista, aunque, paradójicamente, como parte o que se esfuerza por ser parte de una o de alguna cofradía, como se verá en su relación con El Filósofo y con Ardiles o como se evidenció con su trato con los hombres–trabajadores golondrinas, gañanes o constructores del ferrocarril trasandino o con los muchachos anarquistas de *Sombras contra el muro*.

La ausencia de vínculos afectivos configura a Aniceto Hevia joven como un sujeto solitario, como un tipo masculino aparte, al mismo tiempo que esa condición excepcional le permite ser un observador lejano y presumiblemente objetivo respecto de los otros tipos masculinos. En relación con los otros siete imputados del robo a la joyería, el narrador establece que “El que estaba en peor situación era yo: ellos, es decir, mis compañeros de proceso, tenían por lo menos un hogar o una familia en aquella ciudad. Yo no tenía a nadie” (217).

La condición excepcional del sujeto masculino Aniceto, subalterno entre subalternos, implicará que este sufra un proceso de separación del grupo, siendo aislado de los dos subgrupos generados por este proceso silencioso de separación. La falta de conversación entre los compañeros es un punto de inflexión significativo, para evidenciar la inoperancia en la conformación de vínculos afectivos entre estos hombres; se podría anudar esta inoperancia con el rasgo de alta timidez del protagonista (216), permanentemente destacado por el narrador en diferentes pasajes del relato.

La excepcionalidad de Aniceto Hevia en el escenario del calabozo lo configura como un sujeto único y como un observador comentador capaz de realizar una tipificación taxonómica de los tipos masculinos que se presentan aprensibles, gracias al acto nominal y narrativo. Junto con este aspecto, el personaje reflexionará en torno a la violencia entre hombres encarcelados. En esta escena, la mirada adquiere un valor fundamental de conocimiento y cercanía de los

otros personajes y del sí mismo, permitiendo establecer las tensas relaciones que se darán entre los hombres del calabozo.

En primera instancia, el narrador indica que “Miré a todos mientras me sentaba en la orilla de la tarima” (217). Este lugar está elevado por sobre el piso del calabozo y le permitirá al narrador tener una visión amplia de lo que se desarrolla frente a sus ojos; la audición, por el contrario, está impedida por el bullicio que implican las múltiples conversaciones y la “fuerza” con la que hablan y ríen los tipos masculinos “desenvueltos y alegres”. Ahora bien, Aniceto organizará los tipos masculinos del calabozo, como ya lo hizo narrativamente en la primera estadía en la cárcel, en la voz narrativa del ladrón conocido; estos son ordenados en cuatro grupos: los ladrones de mediana edad, conformado por cuatro individuos; los solitarios y distantes, de quienes “no se podía saber qué eran ni en qué pensaban” (217); un grupo de indefinidos (217); y, “Finalmente, un grupo de individuos jóvenes, musculosos y esbeltos, de movimientos decididos, la mayoría en camiseta y descalzos. Sus miradas eran las más desnudas” (217). Este último grupo contribuye al bullicio carcelario con sus fuertes voces y risas, concordantes con su físico y su actitud desenvuelta; son también los más jóvenes y, en un primer momento, podrían ser tomados por jóvenes revolucionarios, sin embargo, estos esbeltos y musculosos tipos masculinos son, en realidad, quienes más hacen temer a Aniceto Hevia, por su desmesurada condición de hombres, de supervivientes, de violentos por su fuerza incontenible.

El temor del personaje está signado no solo por la presencia de este cuarto grupo de hombres de miradas desnudas, al mismo tiempo que duras y frías (217), sino que, principalmente, por la amenaza permanente de la agresión (sexual o no) a la que puede ser sometido el sujeto solitario y desconocido que es el muchacho Aniceto. En este contexto, el narrador expone que “Me consolaba un poco el hecho de que, a pesar de ser tan joven, tuviese apariencias de hombre” (218), es decir, el protagonista, incluso desde la perspectiva del narrador y desde la visión

extrapuesta de los otros personajes, no es, en rigor, un hombre, porque lo es solo en apariencia, aunque esa apariencia sea medianamente convincente, al menos para el fin de protegerse al interior del calabozo, porque esas apariencias de hombre “[son] un obstáculo contra un primer impulso” (218).

Al igual que en otros momentos carcelarios, el narrador deja en entredicho ese “algo desagradable” que podría pasar; insinúa la condición peligrosa y violenta de ese “primer impulso” que se evita por el hecho de aparentar ser más hombre de lo que se es. Aniceto no es el niño de doce años ni es el conocido hijo de El Gallego; en rigor, Aniceto es un don nadie en este espacio carcelario y narrativamente lo hace explícito al excluirse de cada uno de los grupos que el mismo tipifica en el tiempo y en el espacio del calabozo. Esa exclusión también está determinada por el hecho de que Aniceto no responde a ninguna de las posibles condiciones criminales que implicaría algún tipo de respeto en la compleja jerarquía carcelaria (no es un ladrón, un asesino, un estafador o un agresor) (218); solo es un reo desconocido, hambriento, cansado y desanimado, que se caracteriza como un ser en “inferioridad de condiciones” (218). Este imaginario que percibe desde afuera y desde sí mismo, modelando el mundo con sus impresiones, lo posiciona como un sujeto masculinamente inferior en este universo de hombres, porque parece ocupar el sitial más bajo en la pirámide social carcelaria (y en la pirámide social del mundo exterior a la cárcel).

Esta exclusión del orden de los hombres del mundo carcelario se vincula con la camuflada juventud con apariencias de hombre y con el hecho de ser un total desconocido para todos los sujetos encarcelados con él. La borradura de su identidad, así, aparece también por su falta de ánimo, por el cansancio que lo anula y por el hambre que siente; también, el grupo de los desenvueltos y musculosos jóvenes masculinos que tanto le sorprenden lo hacen sentir atemorizado, porque le recuerdan su impertinencia al mundo carcelario. Aniceto Hevia evidencia temor frente a este grupo de gritones y risueños, porque “Había en ellos algo que me

asustaba, su violenta juventud, principalmente, que se oponía a la mía, de carácter pacífico, y una desenvoltura, una tensión, una fuerza subhumana, casi animal, que no conocía bien, pero que se manifestaba en sus movimientos, en sus voces, en sus miradas” (218–9).

Los muchachos de “violenta juventud” minimizan a Aniceto Hevia con sus modos de ser masculinos, porque Aniceto se figura a sí mismo como un humano racional y menos instintivo que estos muchachos salvajes, semi animalizados por su potencia vigorosa que sitúa en el plano de la impotencia al joven Aniceto que no es un hombre completo, como cuando era niño de doce años, porque solo tiene apariencias de hombre, aunque esas apariencias eviten que sea, por ejemplo, violado en el espacio y en el tiempo del calabozo. La diferencia entre esos muchachos y él, casi asexuado, totalmente solo, distinto, es, en palabras del narrador, “una diferencia extraordinaria, casi una diferencia de especie” (219). La diferenciación de Aniceto con estos tipos masculinos estará determinada por la animalización de estos muchachos, en un esfuerzo narrativo por subalternizar a los sujetos que minimizan al subalterno introvertido que es el joven tipo masculino de Aniceto Hevia, cargado de características y matices de un tipo masculino particular que está presente con diferentes máscaras en el relato.

Es fundamental comprender que la autoconfiguración masculina de Aniceto, en el calabozo particularmente, es la afirmación de su excepcionalidad respecto de los otros tipos masculinos criminales, porque el narrador rememora al protagonista como un sujeto sin “fuerza, astucia, poder de dominación, facilidad verbal o dinero” (218), atributos que sí tendrían los otros sujetos varoniles, criminales o no. En este sentido, el específico grupo de los hombres fuertes y que hablan fuerte contrasta inclusive desde la perspectiva corporal con el muchacho con apariencias de hombre, porque hambriento, cansado y desanimado, evidencia la carencia de fuerza nutricia que mueva su existencia, más allá de la total arbitrariedad con la que ha sido arrojado a la leonera, una vez más –si consideramos la estadía en las celdas de la comisaría y de la Sección de Investigaciones, no solo fue encarcelado a los doce años y por el robo de la joyería, sino que,

por lo menos dos veces más, en las que fue testigo de la deshumanización del defecado borracho y de la tortura asfixiante del oscuro calabozo en el que presumiblemente ayudó a El Azarcón—. Ahora bien, en primer lugar, los jóvenes del grupo de los fuertes, aun cuando podrían tener una semejanza etaria con Aniceto, alrededor de los veinte años, tienen un cuerpo vigoroso que el enfermizo protagonista no tiene. Los cuerpos de estos hombres son resistentes y fuertes, porque son animalizados, como indiqué. De tal modo,

Había en ellos algo, no sé qué, fácilmente reconocible para mí: el cabello, la forma de la boca, casi siempre una boca grande, de labios gruesos y sin gracia, orejas pequeñas y carnudas, ojos redondos y vivos, de rápida mirada, brazos y manos de una agilidad de animales, puños duros, oh, tan duros, piernas largas y cuerpo desengrasado. (219).

Estos hombres, en relación con el hombre cuadrado o con el hombre cuchillo, son la expresión de una corporalidad forjada desde la infancia por las inclemencias sociales, lo que determina su rotunda fortaleza animal, porque han sido criados “en un cuarto de conventillo en que se hacían el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualquier otra índole” (219). Estos hombres, que tienen apariencias de muchachos, son plenamente hijos del rigor⁹⁵ y del hambre, en un sentido simbólico y en uno material. Esta hambre y este rigor es lo que vuelve a estos sujetos subalternos en la canalla innominada frente a la que el temor del joven Aniceto se despliega como subalterno de esos subalternos, pero racional, aunque físicamente débil (es importante recordar que no toleró la oscuridad, las cucarachas y los chinches del calabozo no por debilidad, sino que por decisión).

El grupo de hombres fuertes y desenvueltos está inmerso en un orden del mundo del que no hay salida posible; no, al menos, desde la perspectiva del narrador, porque ese mundo está

⁹⁵ En el artículo (diría “aguafuerte”) publicado por Rojas en 1972 en *Clarín*, “Variedades del lumpen”, desarrolla en términos de análisis e interpretación social algunos aspectos de estos tipos masculinos asociados a las capas más bajas de las amplias clases proletarias. (<https://www.manuelrojas.cl/variedades-de-lumpen/>).

determinado por un infinito sucederse de generaciones tras generaciones que replican un modelo de subsistencia. Bajo las lógicas de la explotación y la dominación, estos musculosos sobrevivientes son la evidencia total de la exclusión, del fracaso del modelo nacional, moderno y liberal que busca a través del trabajo y de la instrucción pública (o del adoctrinamiento policial y militar) someter a estos tipos sociales a su orden; al mismo tiempo, estos tipos, y así lo señala el mismo Rojas en “Variedades del lumpen”, son el fracaso también de los proyectos revolucionarios con su elevada percepción de la Razón (la autoformación y la formación intelectual liberarían al sujeto subalterno de su condición abyecta de dominado, porque le darían las herramientas necesarias para pasar de una rebelión infantilizada a la revolución sistemática con la que construya un nuevo orden social libre de explotación y violencia).

Estos hombres fuertes no son fruto del azar, sino de la organización del sistema social, reproducen lógicas de supervivencia, al menos desde la Modernidad, si comprendemos que esta asoma su cabeza en el parto de la historia desde mediados del s. XV –no quiero incurrir una vez más en la sobredimensionada, y no por ello menos cierta, relación de *Hijo de ladrón* con la picaresca, en la que los sujetos abyectos y subalternos son evidenciados por autores generalmente cercanos a las clases dominantes como sujetos criminales que tienen dolosas maneras de sobrevivir a propósito de una ética social trastrocada, bajo el imperio del ser y del aparentar, principalmente; modos de sobrevivir que, además, replican “por abajo” los modos de garantizar el *statu quo* de los de “por arriba”–.

La imagen cinematográfica que ofrece Aniceto Hevia viejo sobre los modos de articularse la familia, vínculo social primitivo, de estos hombres musculosos, expone cómo en su origen el núcleo está centrado en la violencia del hambre, porque “no siempre hay qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo habrá de comer y qué” (220). Los hombres que debiesen ser modelos conductuales de este grupo de masculinidades encarceladas solo se pueden interpretar desde la perspectiva del modelo *a contrario* o del contra–modelo, es decir, responden

exclusivamente a valores morales contrarios al ideal de las elites, de los grupos revolucionarios, del proletariado industrial, de los delincuentes con código de comportamiento (como los ladrones del estilo de El Gallego, no de El Pesado): son alcohólicos, lo que implica un problema social para todos los disputantes de la hegemonía (grupos de intelectuales, grupos económicos de la elite, católicos, protestantes, revolucionarios de diferentes corrientes de izquierdas⁹⁶, etc.); no quieren o no pueden trabajar de modo formal, por lo que están por debajo de cualquier categoría proletaria, dado que se dedican al comercio “de ínfima categoría” (220); en el caso de la mujer, a la que se le atribuye el ser esposa o madre de estos tipos abyectos, le queda el ser lavandera o mendigar.

De este modo, sin un referente social válido, nos indica el narrador, estos musculosos y gritones varones, desde la infancia, se vincularon con la violencia del hambre, la que los empujó a robar, mendigar, “durante años, durante infinitos años, [experimentando] aquella vida sórdida” (220). Es necesario anotar que el narrador, respecto de su yo joven, establece que en su infancia no fue parte de esa vida sórdida, aun cuando su padre haya sido ladrón, porque en la idealización del narrador, el ladrón, al menos su padre y los otros ladrones con los que forma ese amplio grupo de hombres, está tipificado dentro del subgrupo de ladrones con código de comportamiento, dentro de ese código está incorporada la idea de recibir cierta formación moral y ser parte de un hogar; hogar que ha desaparecido para Aniceto, ese Aniceto que se autoconsidera un tipo honesto, al mismo tiempo que totalmente solitario respecto de los otros hombres encarcelados en el calabozo.

La violencia constitutiva de los hombres del lumpen, que viene desde la cuna y que se ha reproducido “durante infinitos años”, hace temer a Aniceto, pero garantiza la subsistencia de este grupo social como parte de la amplia clase baja y popular. Ahora bien, de esta abyecta y subalterna sección de la amplia clase subalterna, indica el narrador que sus integrantes “No

⁹⁶ Véase, por ejemplo, Godoy Sepúlveda, Eduardo. “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX”, comentado en el primer capítulo de esta investigación.

pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa en subsistir termina por encanallarse” (220). A diferencia de Aniceto que se asemeja y se distancia de estos hombres corpulentos, la subsistencia, como motor básico de vida, aparece como un ejercicio de violencia, porque “Pegar, herir, romper, es para ellos un hábito adquirido que les llega a parecer natural: hábito que, cosa terrible, significa un modo de ganarse la vida, para poder comer, beber, vestirse” (220).

De este modo, el problema por la subsistencia en los grupos masculinos subalternos, representados en el relato, está atravesado por la violencia del hambre; esta hambre no es una decisión de libertad individual, porque es fruto de una articulación social a medias invisibilizada en la obra, a medias evidenciada: el narrador no establece de modo categórico o resolutivo que el sistema de dominación y explotación al que están sometidas las capas más bajas de la clase baja sea el responsable de su abyección y de responder con lógicas violentas de supervivencia a la violencia del hambre, pero simpatiza tangencialmente con estas masculinidades, porque “No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran o cómo eran” (220). Sin ahondar mayormente en el origen o en el posible origen del orden de violencia que reproducen y representan los temidos hombres musculosos, el narrador se excluye de su grupo mediante algunas de las operaciones que evidencié, sin embargo, a través de un rasgo puntual, la animalización, se vuelve a incluir tangencialmente en este grupo, porque se sabe parte de ellos, etariamente o por su nivel de desadaptación respecto del mundo, al mismo tiempo que comprende que sus lógicas de subsistencia no lo han llevado a encanallarse, porque para él la subsistencia (la necesidad) es una sabia maestra, más que una impulsora de la supresión de toda ley moral; en este sentido, el narrador comprende que su temor es “como [el de] un animal criado en domesticidad [que] teme a otro que ha sido criado en estado salvaje” (220).

Así, el narrador evidencia que su yo joven, con apariencias de hombre, es incapaz de sublimar su libertad individual y su potencia rebelde, frente a estos tipos salvajes y temibles,

pero idealizadamente vigorosos, fuertes, musculosos, valientes, que son capaces de sobrevivir ante cualquier rigor o inclemencia, porque están dispuestos a todo para subsistir, moral o inmoralmemente, desde una perspectiva socialista, masónica, católica, liberal o, incluso, meritocrática. Los tipos masculinos del lumpen son fieras salvajes que podrían devorar el mundo si quisieran, mientras que los tipos masculinos que metonímicamente engloba Aniceto Hevia, joven y viejo, son, en palabras del narrador, animales domésticos, aun cuando a veces ladren fuerte, porque sus lógicas de supervivencia dependen, inclusive, de la idealización anarquista (o, por el contrario, masónica) de la capacidad racional intelectual de cultivar la Razón y, por lo menos, algún oficio manual–intelectual, mediante el que sobrevivir a duras penas o no (como ser recolector de escorias minerales en la caleta de El Membrillo y participar del comercio de “ínfima categoría”, acercándose y alejándose de lo lumpen). Ahora bien, el estado salvaje de los hombres–lumpen, en ningún caso, aparece idealizado por el narrador, principalmente, porque es un estado temible que conduce a la abyección y a la muerte, como en el caso de Ardiles, tal como se señala en *Sombras contra el muro*.

La construcción de los tipos masculinos llevada a cabo por el narrador está en contrapunto con la escena del alimento propiciado por El Azarcón, quien envía una vianda, hiperbolizada en ocasiones, al joven Aniceto encarcelado. Tres momentos son significativos en este pasaje desde la perspectiva de la constitución material identitaria de los tipos masculinos. En primer lugar, el niño mensajero que transita en los espacios de la Sección de Detenidos, podría ser una imagen del niño huacho, o con familia, que subsiste a duras penas, realizando pequeños servicios o pequeños hurtos. Este niño es una apelación a la infancia de Aniceto y a la de los hombres encarcelados, sobre todo a la de los hombres lumpen, con quienes comparte el rasgo de ir descalzo y descamisado.

En segundo lugar, el establecimiento de la realidad de una red de apoyo y solidaridad, efectiva una única vez, consistente en el envío de alimento a Aniceto por parte de El Azarcón,

con lo que se sella el minúsculo pacto que solo el recuerdo del viejo narrador saca a la superficie del relato como un gesto de agradecimiento imperecedero. Finalmente, la idea hiperbólica de la vianda cargada de alimentos inexistentes con los que se podría suplir la necesidad alimenticia de todos los encarcelados; sin embargo, el alimento es abundante para una o dos personas, no para cincuenta: uno de los reos solidariza con Aniceto y le ofrece cubiertos, cuando Aniceto le ofrece participar del almuerzo—fianza que envió El Azarcón, el reo “con gran dignidad, quizá un poco avergonzado” (221) se resta de participar del alimento que es un principio material de subsistencia, arguyendo que ya ha comido y permitiéndonos inferir que, entre sujetos masculinos, incluso la solidaridad más ingenua y sincera (aunque Aniceto ofrece alimento, porque ha recibido unos cubiertos de parte del desconocido), puede atentar contra la identidad del sujeto “hombre”. Este hombre, incorporado en el grupo de los solitarios, generoso con sus cubiertos y, posteriormente, con una frazada, expondrá para Aniceto el motivo de su encarcelamiento, el que está asociado a la condición masculina de la violencia sexual, la desproporción y la ausencia de un criterio moral adecuado para actuar frente a un determinado fenómeno⁹⁷. El narrador establecerá ciertos juicios éticos respecto de este hombre, al que también tipificará.

⁹⁷ Me parece que hay por lo menos dos problemas fundamentales derivados del relato de la violación. El primero es que el juicio ético del Aniceto Hevia viejo, asunto muy curioso, pareciese suspenderse; el segundo tiene que ver con la atribución de responsabilidad a la muchacha de ser un agente sexual tentador con sus dieciséis años. Hay dos momentos clave respecto de lo anterior. En el primero, el narrador establece que la historia de la violación solo le provoca aburrimiento e incompreensión (232); en el otro, declara que el violador se puede ir al diablo (233) con su historia, cuestionándose los arrepentimientos del personaje, la atribución de responsabilidad a la muchacha y a la irresponsabilidad ética del personaje. Esta actitud indiferente y antipática que siente hacia el violador, en un tono menor respecto de otras entonaciones morales que realiza el narrador, es sorprendente porque elide el problema desde una perspectiva individualista que termina sintiendo nostalgia por el violador, dado que fue el único en un calabozo que además de tenedor y cuchara le prestó una frazada. Aunque no se pueda resolver el complejo fenómeno y el tratamiento del violador sea tibio, percibo que existe la incorporación de este sujeto en el universo carcelario para evidenciarlo como un solitario, un arrepentido de sucumbir a los instintos y no responder al raciocinio y también como una suerte de convencido de que su crimen merece atención, en un contexto en el que el narrador destaca, de nuevo en una perspectiva individualista, que no se puede pretender que el crimen de cada cual sea el más importante, porque, aunque el crimen sea constitutivo de la identidad, como veré con algunos hombres de Arlt, esa identidad constituida es inferior a lo mediocre. Lo paradójico es que el narrador si le da espacio en sus remembranzas, tensionando la idea de solidaridad con la idea de crimen sexual. Sin duda, los tipos masculinos encarcelados son especímenes monstruosos aun en el contexto de ser “pobres diablos”, entendiendo que no poder controlar mediante la razón los instintos sexuales es un motivo para que el narrador emparente a este tipo con los otros “miserables” y reprochables sujetos masculinos del orbe carcelario. El pasaje lejos de estar agotado abre algunas otras reflexiones.

Ahora bien, los hombres lumpen, en el rumor del espacio carcelario atravesado por niños mandaderos, perros, gendarmes, señores bien vestidos (223), conforman este particular grupo que “en un rincón distante, tendidos los cuerpos como alrededor de un círculo, las cabezas inclinadas y juntas ... cantaba” (223). Si en la construcción narrativa de *El Azarcón* se evidenció un contraste entre su bondad y su corporalidad monstruosa, el narrador propondrá nuevamente un contraste que provoca sorpresa entre estos masculinos abyectos y el acto de cantar, planteando la confusión del joven Aniceto, porque los musculosos gritones que cantan le provocan una confusión inexplicable “como se confunde quien advierte en un feo rostro un rasgo de oculta belleza o en los movimientos de un hombre derrotado un detalle que revela alguna distinción” (224)⁹⁸. Esta construcción ambivalente, esta atracción de rasgos supuestamente contrarios, enriquecen el imaginario construido en torno a los sujetos masculinos abyectos, porque no solo son monstruosos o violentos, también sienten y padecen el encierro, experimentan la nostalgia, recuerdan y añoran, más allá de sus “reflejos primordiales” (224).

En el sentido anterior, son esos reflejos primordiales los que se sobrepondrán a la canción que inunda todo el espacio carcelario diurno, como si la voz de estos sujetos subalternos pudiese penetrar los complejos resortes del sistema social que los condenó a la abyección y removerlos. Los reflejos primordiales de los tipos masculinos serán activados por la presencia ineludible de “un reloj de oro” (225) tan desubicado en el tiempo y en el espacio del calabozo como su portador, un exótico hombre que podría ser un señorito o un contrabandista, cuya

⁹⁸ Quiero evidenciar que el uso de oxímoron pone en funcionamiento las imágenes paradójicas de estos tipos de hombres. Me parece que, en el uso de las lógicas de representación de un realismo de vanguardia, cuando se ha propuesto que el autor ha buscado humanizar a los tipos abyectos para sacarlos de la esfera meramente criminal en la que los hubiesen situado las lógicas criollistas, se hace poco hincapié en el uso de oxímoron. El uso de estos dobles contrarios fue trabajado por Bajtín a propósito de la literatura carnavalizada, para evidenciar un rasgo contradictorio, problemático, plural, dialógico internamente, en la constitución de algunos personajes (el santo sin fe; el vagabundo sabio; la hetera virtuosa; el tonto sabio; el ladrón bondadoso; entre otros). Véase Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski* 168, 171-2, entre otros pasajes. Los muchachos abyectos, *lumpenizados* totalmente, son bellos cantando, al mismo tiempo son violentos e implacables robando, ¿por qué no podría ser así, si los modelos éticos de “por arriba” son seres corruptos y corruptibles?

actitud era absurda en un calabozo, pero hay seres que llegan a ellos con la certidumbre de que sólo [sic] estarán una media hora, una hora a lo sumo; tienen confianza en sus amigos, en su abogado, en su causa, en su dinero y olvidan que un calabozo es un calabozo y un proceso un proceso y que tanto podrán salir en libertad dentro de dos horas como dentro de dos meses o de dos años, ya sin amigos, sin abogados y sin esperanza ni fe ... en la rapidez de los métodos judiciales. (224).

El sujeto excepcional que era Aniceto Hevia joven en el contexto del calabozo se enfrenta, en su condición de observador, con un sujeto excepcional, en el otro extremo. Mientras Aniceto es evidentemente un muchacho vestido como un pintor de brocha gorda que gracias a El Azarcón ya no es un hambriento totalmente desanimado, el exótico dueño del reloj de oro es un tipo bien vestido, cuya desubicación o excepcionalidad en el calabozo radica no en su soledad impuesta, sino que en su clara distinción manifiesta por cierto aire de desprecio respecto del resto de reos; también evidencia ser un novato en el ambiente carcelario y un ingenuo que supone, con excesiva confianza, que su lugar no es el calabozo junto con que su liberación es inminente.

Este menosprecio por el espacio y por el tiempo del calabozo tendrá consecuencias para el personaje, porque se le marcará el límite de su supuesto poder, amparado en la vestimenta, en el posible dinero, en el hecho de ser o no ser un delincuente de alta esfera, en el reloj de oro, al ser victimizado por los tipos sociales masculinos del otro extremo o de la curva más baja de la esfera social, es decir, los musculosos hombres lumpen; además, el cabo de guardia y los gendarmes verán a este tipo masculino como un inexperto en la construcción masculina del espacio carcelario y su desubicación será objeto de mofa, a través de la burla que se le hace a los encarcelados al llamarlos “bandidos” (229).

La escena está cargada de violencia entre masculinidades, violencia que al incluir la mofa o la burla incluye la comicidad, en su dimensión zahiriente, porque la enseñanza de vida para el

señorito encarcelado está mediada por la lógica patriarcal de la violencia (violación simbólica) aleccionadora. Así, de los muchachos, a la vista del reloj de oro, “había desaparecido la magia del canto y sus rostros estaban nuevamente duros e implacables” (225); al exótico “se le echaron encima, lo inmovilizaron un segundo y después [fue] levantado y giraba en el aire, como un muñeco, tomado del pescuezo por un brazo sin piedad que lo soltó luego de hacerlo dar dos o tres vueltas con mayor violencia. Cayó al suelo como un saco, perdida toda su preciosa compostura” (225). No me parece ingenua la escena ni la selección léxica que articula la violencia del cogoteo intracarcelario; el narrador emplea palabras como pescuezo para dar cuenta de la fragilidad del exótico como si fuera una gallina a punto de ser sacrificada o aludiendo, ciertamente, al cogote, porque para el cuello, tanto pescuezo como cogote son conceptos asimilables que además remiten al acto de acogotar, cogotear o realizar un cogoteo; además, el abordaje de entre ocho y diez jóvenes que lo inmovilizan, lo someten, lo hacen dar vueltas, lo hacen gruñir y quejarse, está en la esfera de la violación simbólicamente sexual, porque toda violencia ejercida entre masculinos es una violación; finalmente, el resultado de esta violencia es un sujeto exótico que ha perdido su precioso reloj y su preciosa compostura, el concepto de preciosidad apunta al precio, al valor material de un objeto, no solo a alguna potencial hermosura (o a la capitalización de alguna hermosura).

La escena pone al descubierto las lógicas de subsistencia que el narrador ya había establecido para los tipos de hombres lumpen y refuerza la excepcionalidad del personaje encarcelado, quien, en esa misma lógica, va a perder la fe y la esperanza en su pronta liberación y en la capacidad del cuerpo policial carcelario para resolver su absurda situación.

El exótico masculino encarcelado en el calabozo uno de la Sección de Detenidos es un sujeto desubicado del entorno, no responde a las lógicas de subsistencia de ninguno de los subgrupos determinados por el narrador, de los que Aniceto Hevia joven sería un subconjunto del subgrupo de los solitarios; además, el exótico propietario del reloj de oro manifiesta desprecio y

excepcionalidad en su modo de comportarse y de vestir. Estos elementos lo transformarán en una suerte de reflejo contrario del Aniceto joven marginalizado entre marginales, pero que, a diferencia del protagonista que teme, no teme, pero sí es efectivamente atacado.

La violencia que padece el exótico abre el espacio a otra violencia carcelaria: gendarmes y cabo de guardia realizarán una acuciosa revisión de los hombres encarcelados buscando el reloj de oro que provoca expresiones de tono perplejo y cómico en el gendarme, tales como “¿Un relojito de oro en el Uno!” (227) (o la pregunta de evidente sorpresa que genera exasperación en el rapado: “¿Y usted estaba en este calabozo con un reloj de oro en el bolsillo?” (226)), evidenciando la profunda desubicación del objeto y de su portador en el tiempo y espacio del calabozo, dominado jerárquicamente en la taxonomía realizada por el narrador por los hombres–muchachos lumpen.

Los gendarmes y el cabo de guardia, como masculinidades con la facultad de ser agentes ejecutores del orden punitivo del sistema judicial, pueden mover a su gusto a los tipos encarcelados, a menos que estos se amotinen. En ese contexto, frente al robo del reloj de oro, los funcionarios del cuerpo armado del Estado nacional someten a la vejación de la revisión carcelaria a los reos; el narrador establece, siempre de modo un tanto eufemístico, que él y los encarcelados “Fuimos registrados de arriba abajo, sin misericordia, hurgándonos los gendarmes no sólo [sic] los bolsillos, sino también el cuerpo” (228). Asimismo, “Las extrañas manos pasaron y repasaron las axilas, los costados, el pescuezo, las pretinas, los muslos, el trasero, las ingles, las piernas, todo” (228). Aun cuando hay cierto esfuerzo narrativo por alivianar la escena con algún giro cómico (“¿Cree usted que me va a caber un reloj ahí?” o “Cuidado; no me apriete” (228)), el proceso vejatorio de la revisión a la que son sometidos los encarcelados es una práctica violenta que colinda con las violencias sexuales, dado que se revisa “todo” el cuerpo, ampliando la violencia sexual (simbólica) entre hombres y evidenciando la jerarquización que ordena a los tipos masculinos piramidalmente.

La incorporación de un elemento y de un sujeto del todo ajenos al universo carcelario obliga a que la mínima estabilidad de ese mundo, regido por los muchachos cantantes y musculosos, se vea sometido a la crisis y a la desestabilidad. No hay solidaridad entre reos de modo amplio, salvo por las mínimas muestras de generosidad que puede recibir Aniceto Hevia joven quien no es, evidentemente, el único tipo masculino de la escena y que desplaza la atención de sus propias vicisitudes hacia las de las otras masculinidades, porque su interés, al menos el interés del Aniceto Hevia viejo, es rememorarse, sí, pero sobre todo, rememorar un mundo que ha quedado en el pasado, sobre todo, si se considera el final abierto de *Mejor que el vino*, en el que la preocupación es el amor familiar y de pareja, el proyecto liberal e individual y no la “gesta” colectiva de los sujetos masculinos subalternos de quienes se escinde voluntaria o forzadamente. Francisco Luna, el exótico dueño del reloj, es apenas un modelo de masculinidad con el que contrastarse el Aniceto Hevia viejo, al narrar su yo joven; los elementos narrativos dispuestos y comentados permiten observar una relación antitética, incluso en el gesto de no querer comer o de tener un rostro lleno de amargura, respecto, por ejemplo, del rostro observador que se le puede suponer al Aniceto Hevia joven testigo de lo que narra el viejo.

De las masculinidades dispuestas en *Hdl*, he mostrado algunos atisbos de sus construcciones de género asociadas al cuerpo-sexo. Así también, he ahondado en ciertos rasgos identitarios a propósito de su ser hombres “pobres diablos”; en ese sentido, de su propia estratificación respecto de quienes son subhombres (“malas bestias”, parafraseando al primer filador de Aniceto) frente a hombres masculinamente válidos, de los de “por arriba” o de los de “por abajo”. Respecto de su condición policial y delictual, he observado los procesos de constitución y destitución respecto de su masculinidad, así como su idealización o contra idealización. Muchos de estos hombres, tales como el maestro Jacinto, el Lobo, Cristián Ardiles y Alfonso Echeverría, el Filósofo, no serán abordados, al menos en esta investigación, aunque no descarto análisis futuros, mediante los cuales evidenciar otras tensiones y paradojas en la constitución

de sus identidades subalternas. A propósito de los rasgos más o menos ácratas o fascistas, anoté algunos aspectos de los hombres de *Hdl*; es pertinente observar, para tales efectos, *Sombras contra el muro (Scm)*⁹⁹, la tercera novela de la tetralogía, dado que en ella el asunto es explícito¹⁰⁰.

Así, en *Scm*, “segunda”¹⁰¹ obra en el orden del tiempo narrativo de la tetralogía, es interesante observar algunos de los modos en los que se construye a los tipos masculinos “pobres diablos”, porque su ser masculinidades “comunes y corrientes” está signada por la inoperancia y la fatalidad respecto de sus propios sueños que explícitamente se asocian a un ideario anarquista que en más de una ocasión aparece infantilizado por el narrador censor, Aniceto Hevia viejo. De este modo, si en *Hdl* no hay cabida para las armas de fuego, en manos de los subalternos, entre los hombres representados en *Scm* tendrán un problemático lugar en la configuración de un tipo particular de masculinidad, el anarquista expropiador; sin embargo, este anarquista expropiador, como Alberto, es un ridículo “apache” que resulta ser simbólicamente el reverso paródico de Radowsky o Di Giovanni, porque se hace explícita la incapacidad de dar un solo golpe que valga la pena anotar como un logro revolucionario.

En este contexto, los hombres armados, delincuentes ridículos y de poca monta que se observan en *Scm*, son mucho más similares a los personajes de ficción de *Lsl/Ll* que a los sujetos masculinos históricos, consignados como anarquistas expropiadores o “apaches”. Ahora bien, estos tipos masculinos armados, como Alberto o Guillermo, aún siendo unos pobres diablos,

⁹⁹ Como señalé en otro momento respecto de *Hijo de ladrón*, todas las citas de *Sombras contra el muro* están tomadas de Rojas, Manuel. *Sombras contra el muro*. Santiago: Zig-Zag, 2012, por ende, sigo la numeración de página de esa edición.

¹⁰⁰ El borrador de esta sección de análisis fue presentado como ponencia en las Jornadas Internacionales de Estudios CELICH/CRLA-Archivos. La obra de Manuel Rojas, en el contexto del Tercer Seminario Internacional Manuel Rojas. Literatura Chilena Reciente, realizado los días 11 y 12 de junio de 2019, en el Auditorio de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Asimismo, esa ponencia fue modificada para ser publicada bajo el título “Pobres diablos: masculinidades burladas de *Sombras contra el muro*” en *Anales de literatura chilena* 35 (año 22, junio 2021). Así, esa publicación ha sido reformulada, corregida y modificada para ser parte de este capítulo de la investigación presente.

¹⁰¹ Entrecómulo segunda, porque *Scm* en algunos pasajes narrados implica una reelaboración temporal de momentos no abordados en *Hdl*, por ello se trata más que de una continuación lineal, algo impensable en quien no recuerda siguiendo la estructura del metro, de una yuxtaposición temporal. No es el objetivo de esta investigación demostrarlo, pero puede ser objeto de futuros análisis.

pueden influir directamente en las expectativas delictuales de otros tipos masculinos, ubicados más bajo en los escalafones de las taxonomías de tipos de hombres que realiza el narrador. Así acontece con Cristián Ardiles.

Si bien en la sección dedicada al análisis exegético de *Hdl* di prioridad a otros tipos masculinos, mencioné en varias oportunidades que Cristián Ardiles es un personaje que merece toda la atención, dado que, aplastado simbólicamente por la voz de Echeverría, es un tipo masculino desechado por el orbe masculino, un delincuente inoperante, un pobre diablo que apenas tiene el sentido de la vista activo, comparado en incontables oportunidades con animales, su masculinidad se debate entre los hombres-rata y los musculosos que Aniceto tipifica en su presidio por el robo a la joyería. Ahora, Ardiles, aparentemente influido por la imagen que transmiten Alberto y Guillermo (resueltos, hábiles, limpios, musculosos y armados (10-1)), habría buscado modos de supervivencia delictual que lo “elevaran” de su condición de casi golem a la de sujeto masculino válido (“Con un revólver así uno puede botarse a ronco con cualquier paco” (42)), o más o menos válido respecto de sus propios referentes dignos de imitación; en ese contexto, además de haber vivido toda su vida en los calabozos de Valparaíso (*Hijo de ladrón* 279-80), el personaje, cuya sonrisa se podía comparar a la de un gato montés (*Hijo de ladrón* 283), muere efectivamente como un animal.

Sus amigos, Aniceto y Echeverría, están imposibilitados por las condiciones materiales de su supervivencia de darle un entierro y no pueden retirar su cadáver de la morgue, con lo que irá a dar a una fosa común, porque hombres como Cristián Ardiles mueren como “un perro o un gato reventado” (*Sombras contra el muro* 9). Frente a lo que Echeverría reflexiona respecto de que “Hay muchos hombres y muchas mujeres que están dados de baja antes de que desaparezcan. Son demasiados y ocupan sitio, comen, respiran, se reproducen por millares. Si alguien mata a uno, es casi un benefactor” (10). Esta reflexión no solo sitúa a Ardiles en una condición infrahumana, sino que establece que hay un grupo particular de las clases subalternas,

similar en parte a los supervivientes que Aniceto evidencia en el calabozo (*Hijo de ladrón* 219–20), que sobra en el relato nacional, liberal y moderno; puede que los discursos oficiales, transmitidos a rostro descubierto, no hayan indicado el desprecio hasta el asesinato por los grupos subalternos entre subalternos, pero cierto higienismo social y discurso triunfal del individuo limpio y trabajador crean imaginarios violentos entre los habitantes de un orden nacional, articulando bandas de extrema agresividad que consideran, en efecto, un deber con la patria aniquilar delincuentes y vagabundos.

Esa lógica excluyente e higiénica del relato nacional es la que está evidenciando Echeverría, aunque tamizada y minimizada por la idea de que Ardiles puede haber provocado algún tipo de miedo en quienes le dispararon a “bocajarro” (10), lo que sitúa el problema social del hombre armado, policial o no, que dispara a quemarropa en un espectro particular que es el del miedo social entre habitantes de un mismo espacio geopolítico, miedo infundado por imaginarios sociales transmitidos por los medios masivos de comunicación, miedo inoculado desde las altas esferas políticas y científicas en contra del “enemigo interno” y “externo” o miedo a secas a la otredad, cuando la construcción del yo es unitaria y modelada por discursos racistas, nacionalistas, individualistas, entre otros rasgos evidenciados en el capítulo uno¹⁰².

En términos de voces narrativas, el autor ha recurrido nuevamente al narrador adulto, Aniceto Hevia rememorando, que se refracta en múltiples voces, que yuxtapone tiempos y vuelve simbólicos los espacios, extremando el ejercicio que está presente en *Hdl* y en *Mejor*

¹⁰² Un ejemplo de ello es lo consignado por Raymond Craib en *Santiago subversivo 1920*, cuando comenta el ataque a la Fech por un grupo asociado al nacionalismo fascista, en el contexto de la “guerra de don Ladislao”. No quisiese tener que ahondar en la crónica roja del presente para demostrar el auge desde fines de 1990 e inicios del siglo XXI de grupos neonazis, provenientes de las clases populares, que consideraban necesarias las “barridas”, consistentes en golpear y asesinar a vagabundos, travestis, jóvenes anarcopunk, homosexuales, migrantes –en ese contexto, primordialmente del Perú–, dado que comprendo el escepticismo liberal, quiero anotar aquí el nombre de Tito Van Damme o la agrupación Martillo del Sur. Así como no se puede olvidar a las víctimas, no se debe olvidar a los victimarios. Estas tensiones entre grupos masculinos, en el presente 2023, con figuras como Pancho Malo, evidencian una consecuente historia de violencias de un siglo de duración, solo por concentrarme en el periodo que tratan las obras estudiadas. Finchelstein aporta, tal como señalé en el capítulo uno, un análisis relevantísimo respecto de las masculinidades uriburistas (fascistas, nacionalistas y católicos) en la Argentina del periodo estudiado; asimismo, Amícola pone en funcionamiento una matriz histórica para interpretar desde una clave de fascismo, astrología y tendencias destructivas y violentas a los hombres de las novelas de Arlt que trabajo.

que el vino; ejercicio que estéticamente mejora en *La oscura vida radiante*. Este Aniceto Hevia adulto sin transferencias del todo explícitas modula una voz narrativa de tono joven o muta su voz en la de otros personajes generalmente masculinidades asociadas a las múltiples ramas del anarquismo.

Así, pasa de la voz de Antonio a la de Filín, a la de Wagner o Voltaire, a la de Juan Pinto, Alfredo o Federico. Este último personaje podría ser asociado a la rama nihilista de cierta vertiente del anarquismo, una voz decepcionada de lo humano y destructiva, aunque dispuesta a comprometerse con el Policlínico popular, impulsado por Juan, doble ficcional de Juan Gandulfo, importante participante de la Fech de los últimos años de 1910 y reconocido “anarquista”, liberal, individualista y stirneriano. Entonces,

Federico dijo que sí, aunque íntimamente estaba seguro de que debería decir no, porque mientras más dolor y sufrimiento y hambre y mugre haya, más pronto reventará esto; toda esa gente que ejerce la caridad, que ayuda a los miserables a continuar siendo miserables, no hace más que ayudar a hacer eterna la miseria [...] ¿por qué crees tú que la Iglesia y la burguesía crean instituciones de beneficencia y caridad?, para sujetar a esa gente donde está [...] yo les inundaría los ranchos, les mataría la mitad de los niños y todos los perros, les daría más piojos, más sarna (35–6).

La posición extremada de Federico no está exenta de presente y de clima de postguerra (Primera Guerra Mundial), tiene el tono megalómano y mesiánico negativo de un psicópata (o sociópata) grandilocuente. Aniceto comenta que “solo le gustaría destruirlo todo y destruirse a sí mismo” (36), pero no puede y se compromete con el Policlínico, llamándolo, con un tono claramente irónico, “sociedad de beneficencia destinada a los que no deberían creer en sociedades ni en beneficencias” (37), como si el anarquismo negase la posibilidad de articular, mediante el federalismo o el sindicalismo, sociedades de apoyo mutuo, sin caer en el paternalismo caritativo. Es clara la dimensión en que esta particular masculinidad cercana, al

menos en el discurso, a cierto tipo de nihilismo destructivo está internamente doble acentuada o acentuada paródicamente, dado que el tono de su voz, amargo y decepcionado, muestra la imposibilidad material de destruirlo todo y la posibilidad material de llevar a cabo una labor social, por mínima que sea. De hecho, es interesante contrastarla con uno de los discursos de El Astrólogo, como se verá en el análisis de la novela *Lsl/Ll*.

Otro momento fundamental del tratamiento irónico que le da el narrador al ámbito de un supuesto anarquismo expropiador, confundido desde varias perspectivas con cierto nihilismo destructivo y terrorista, es cuando se refiere a los recursos materiales de la criminalidad del grupo de Alberto y Guillermo. En primera instancia, Hevia narrador construye el pensamiento de Teodoro respecto de Alberto, señalando que “Sabe que se ha dedicado a “expropiador”, es decir, a ladrón” (59), con lo que anula cualquier diferencia entre un mafioso armado cualquiera y un anarquista expropiador con fines políticos.

Esta anulación refrenda la ridiculización de las expectativas de los jóvenes personajes, dado que “el grupo [compuesto por seis muchachos] no posee más armas que las de Guillermo y Alberto ... y no tienen automóvil, como quisieran tener y como no tendrán nunca” (60), además de saber conducir solo la bicicleta, estos jóvenes también cantan o recitan. El matiz es delicado, porque los muchachos hablan “sobre robos y asaltos y tiroteos con la policía” (60), pero salvo el acto nominal y evocativo de los apaches franceses, no tienen las herramientas ni las aptitudes para realizar el acto expropiador de asaltar un banco o, como en el caso argentino, robar al pagador del Hospital Rawson. Las lógicas que simulan a los gánsteres y a los anarco-expropiadores son lógicas infantilizadas por un narrador que las representa como presunciones de hombres jóvenes que no comprenden plenamente ni la idea ácrata ni sus propias expectativas respecto de un oficio.

En el contexto anteriormente comentado, el narrador es lapidario cuando señala

Aniceto no tiene una idea clara de todo ello y las palabras robo, salteo, tiroteo, aunque le parecen duras, no le parecen reales; tiene también la sensación de que Manuel siente lo mismo: son como proyectos; sobre todo, parece difícil llegar a realizarlas; robo, sí porque no es difícil robar algo, una pera, un sombrero, una camiseta colgada de un alambre, hasta una bicicleta o un caballo [propiaamente raterías y no expropiaciones], pero asalto y tiroteo parecen, más que otra cosa, aspiraciones, sueños, deseos, como aprender a peluquero, por ejemplo, especialmente en la forma en que ellos presumen todo. (61).

Es necesario considerar que Alberto, que ha oído sobre el fin de la explotación y de la libertad del individuo (14), lo que desea es ropa, dinero, automóviles y mujeres (49), lo que me lleva a anotar que claramente su anarquismo no es ni cercanamente el anarquismo de Teodoro o de Filín, quien quiere engrandecer la palabra a través de la Razón autodidacta, sino que se mueve por esas lógicas mafiosas de bajos fondos y de grandilocuentes proyectos que solo son aspiraciones ridículas en la reflexión del Hevia viejo, narrador y censor, que actúa con la sorna de un padre frente a las expectativas rebeldes de sus hijos-compañeros; es evidente la cosificación del sujeto femenino en la ensoñación del modelo Alberto a quien vemos arrastrado en un estúpido robo a una sombrerería que termina siendo un pasaje escatológico (106-12), evidencia de la inoperancia de estos expropiadores de baja calidad que se asfixian con su propio hedor a heces.

En un contexto similar, el uso del suceso histórico de las bombas atribuidas a anarquistas, particularmente a la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios, en 1911 (Harambour, 190), aparece en palabras del narrador como una jugarreta, una especie de travesura llevada a cabo por el Voltaire literario que podría asemejarse parcialmente a Voltaire Argandoña, pero que, como pasa con otros sujetos referenciales, aparece codificado con un tono ridiculizante. Así, el personaje se refiere a la bomba de gelignita (“gelinita” (192)) como “El medio paquetito... Ya. La Virgen quedó en pelota, la explosión le llevó toda la ropa, y el Niño Jesús se veía peor, bizco

y con el poto pelado” (193). El rebajamiento de un acto revolucionario de protesta, en el caso de que una explosión pueda ser empleada con ese sentido, es gráfico y explícito; el anticlericalismo anarquista, en el relato, es infantilizado y puesto en evidencia como parte de la “obra práctica” (192) de muchachos zonzos a los que les podría explotar el artefacto por accidente o perderlo en el tranvía por descuido.

Ahora bien, es relevante indicar que, según el mismo narrador, “Aniceto tiene del anarquismo una idea casi poética: es un ideal que uno quisiera que sucediese o existiera ... Sobre cómo realizar eso no tiene la menor idea” (198). De esta manera, el narrador desmarca a Aniceto de un ejecutor del anarquismo, lo expulsa a una condición subalterna, lo diferencia de los “expropiadores” de baja monta y también, inclusive, de los apasionados jóvenes sexuales que asoman entre los muchachos representados en la obra (170).

Parte del comentario anterior queda refrendado con el juicio del narrador sobre su sí mismo juvenil, porque establece que “él no es nadie, no tiene una pistola, no es un teórico del anarquismo ni de nada, es solo un joven hambriento” (199). En este mismo contexto, en voz del Aniceto joven se puede apreciar un juicio crítico al homicidio y solo una tibia justificación de un asesinato político, con una crítica más o menos explícita al acto de Efraín Plaza Olmedo a unos cincuenta años del incidente, si pienso en la fecha de edición de *Scm*, dado que “Un anarquista que mate a un verdugo, al responsable de una masacre ... pase [es relativamente aceptable implica ese “vaya y pase” con el primer elemento de la “frase hecha” suprimido]” (199).

Respecto de la naturaleza sexual de Aniceto joven, que fue trabajada con maestría en *Mejor que el vino*, vemos que solo por ser tomado del brazo por Blanca, al mismo tiempo que esta toma del brazo a Ricardo, el joven muchacho hambriento –incluso hambriento de amor– se siente “flotar en el espacio” (212). Ahora bien, la virginidad masculina, un tema velado en la órbita de la constitución de la identidad masculina, presuntuosa de virilidad y potencia, es

abordada de un modo puntual, dado que se la asocia al comercio sexual. Cabe señalar que el narrador ya ha opinado en más de algún pasaje sobre cierta indiferencia más o menos compartida que sienten algunos anarquistas, como Filín, por las mujeres, parcialmente individualizadas en la obra, en un gesto narrativo con el que supera la prácticamente total innominalización que se evidencia en *Hdl*. Esto no evita que el narrador establezca que “las mujeres [y las peinetas son] seres y cosas difíciles de adquirir y más difíciles de conservar” (132)¹⁰³.

La anotación anterior se vincula directamente con lo expresado por el narrador a propósito de la pérdida de la virginidad, en el contexto de establecer una relación “de comercio minorista” (217) con la “mujer morena” (216) a la que apenas toca y con la que solo copula gracias a la “provocación ... local” (216) que ella ejecuta. Sin embargo, la mujer pasa de ser un sujeto activo sexualmente, con quien incluso se generan risas cómplices, a ser “como una masturbación, un sustituto de algo más valioso, que [Aniceto] no tiene” (216). Así también, se percibe cierta comprensiva superioridad moral en el narrador cuando describe el trío sexual entre la mujer innominada, Teodoro y Víctor (69-70). Estos pasajes evidencian las dificultades narrativas para tratar el tema del sexo en la constitución identitaria y corporal de los sujetos masculinos subalternos a los que se refiere el narrador; es evidente que la obra es muchísimo menos eufemística y obliterante que *Hdl*; me parece que esto se puede deber a la profunda exploración del tema de las relaciones eróticas y psicoafectivas desarrollada en *Mejor que el vino*.

¹⁰³ En este contexto, no debiese pasar desapercibido que Manuel Rojas, al ser interrogado respecto de su relación con diferentes feminidades, establece que: “yo estimo que en ellas he encontrado emoción y belleza, porque a mí esa cosa lúbrica –aunque dicen que es una necesidad en el hombre– no me interesa” (Fuenzalida, Daniel. *Conversaciones con Manuel Rojas* 194). ¿Es esta una crítica a la hipersexualización que se le supone a las masculinidades, un rechazo místico-espiritual a la carne o una idealización objetualizante de las relaciones humanas, más allá del deseo sexual? Por lo menos, es una curiosidad anecdótica, en el ámbito de la biografía; en el terreno del arte, se puede observar una tensa relación con el sexo, el deseo y la corporalidad en la constitución de los sujetos masculinos signados por la mirada moralizante del narrador. Respecto de mantener relaciones sexuales con prostitutas como masturbación y de la “pureza ideal” sin deseo ni cuerpo, véase lo planteado por Erdosain a Haffner en Arlt, *Los siete locos*. *Los lanzallamas* 329-30.

Me interesa realizar un par más de anotaciones respecto de los tonos irónicos con los que el moralista narrador, desde su senectud, enfoca el mundo juvenil de las clases subalternas que colindan con cierto anarquismo emocional o más bien con un tipo de rebelión intuitiva que no responde a teorías o intelectualidades. Así, la pieza de un conventillo, lugar particular, aparece cósmicamente universalizado porque contiene a una multiplicidad de existencias humanas con acento en las masculinidades que por esta pasan, dado que, una vez más, las feminidades ocupan un lugar tangencial como proveedoras de alimento o de sexo (gramaticalmente, es evidente que hay una pasividad representada en el sujeto femenino porque este no se dirige a la habitación, sino que es llevada (69)). A la habitación del conventillo, llegaban desde “un anarquista contemplativo” (69) hasta

trabajadores y rateros, desde peones de la construcción hasta ladrones de pavos y gallinas, increíble gente calzada con suelas como de madera, bototos, y vestida con ropas como de cartón, un cartón listado, además, y algunos se atrevían hasta a hablar del anarquismo, de los *hamburgueses* explotadores y del pavo o el gallinero que están ... vigilando, para robárselo. Llegaban ... recién salidos de la Sección de Detenidos, casi siempre hambrientos ... en ocasiones llevaban vino y mujeres, casi siempre viejas, a las que emborrachaban y a las que arrastraban después hacia alguna pallasa [colchón de paja (68)]. (69).

Es inevitable observar el tono de superioridad con el que el narrador se refiere a estos tipos masculinos abyectos, subalternos, otra vez “pobres diablos”, delincuentes de baja estofa, iletrados y, sobre todo, anarquistas contra idealizados, es decir, tipos masculinos que, habiendo escuchado un par de ideas sobre la anarquía, en tanto filosofía ética (y, por ende, política), reiteran ideas comunes, profundamente ridiculizadas por el narrador. Lejos de cualquier idealización de los múltiples anarquismos y de los sujetos particulares que puedan coincidir sinceramente o no con las ideas de este o de aquel anarquismo, para transmitir la experiencia

ácrata el narrador, en la mayoría de las oportunidades que se refiere a esa plural y compleja experiencia, emplea un tono socarrón, de superioridad intelectual que evidencia un desprecio por estos sujetos, aunque sea un desprecio velado o contradictorio con otros pasajes o con otros tipos de sujetos que evidentemente al narrador viejo le parecen tipos masculinos medianamente ejemplares en el contexto anarquista y que podrían haber influido positivamente o parcialmente de modo positivo en su yo juvenil. Algunos elementos de evidente sorna y burla son el que se “atrevan” a hablar de ideas políticas, que llamen “hamburgueses” a los burgueses y la representación del sexo asociado al vicio alcohólico sin mayores cuestionamientos morales respecto de cómo se establecen las relaciones sexuales con las mujeres “viejas” que “arrastran” al coito, con lo que se evidencia la lógica de abuso sexual que atraviesa la violenta constitución identitaria masculina.

En el contexto de la violencia, hay pasajes en los que se sitúa el uso de la violencia de la policía y de los “apaches” en niveles similares. Mientras alguno ha matado a policías, a otros, como Antonio el tartamudo “le pegaron y lo tuvieron preso” (56), para que delatará a quien disparó en contra de los uniformados. La violencia policial es sabida, histórica y referencialmente, porque es parte de sus mecanismos de control social, lo que se observa en la obra, dado que “no era un misterio para nadie que en Investigaciones pegan a los detenidos, a veces cruelmente, sobre todo a aquellos que no tienen respaldo alguno” (225).

Este imaginario supone que la instalación del orden de la clase dominante requiere de la violencia extrema, para el control de quienes pretenden subvertir, criminal o revolucionariamente, ese orden instituido. Ahora bien, hay cierto tono de homologación de fuerza, por ejemplo, cuando Alberto contesta a Teodoro, respecto de matar burgueses que “Es cuestión de matar hartos cada día. Con varias ametralladoras resulta sencillo” (56), grandilocuencia solo comparable a la de los tontos-locos de Arlt. Curiosa respuesta de un expropiador de baja estofa que debe empeñar su revólver para sobrevivir (65), en un país en el

que “se necesita mucho dinero” (198) para hacer la revolución social y construir la sociedad futura, en el país en el que “hasta aquí solo han robado gallinas” (118) y en el que los anarquistas como La Fiera (133) o Clota (237) hablan solo de la libertad individual, desde una perspectiva stirneriana, y “del Único y su propiedad hasta que el auditorio ... cayera al suelo” (237).

En este universo de “pobres diablos”, hasta los agentes se hacen ratas o viceversa, algunos compañeros mueren solos por presunto soplónaje (143), o un agente es descrito como un ser tan abyecto como los “anarquistas” de arrabal y conventillo, dado que el agente que se reconoce subalterno (“Donde manda capitán...” (223)) es un “gordo, moreno, de bigotes rizados, bajo, feo, con un gran lunar encima de la boca y junto a la aleta de la nariz” (223).

Así, en diferentes pasajes, se suceden las ridiculizaciones de los personajes masculinos de bajos fondos, anarquistas corrompidos que “tanto hablar del amor libre [le pega Silvia] una gonorrea” (153), los que evidencian el fracaso de un supuesto ideario anarquista, porque hasta los sujetos que podrían ser considerados ejemplares como Daniel, profesor de Escuela Racional, muere en una situación ridícula o buscan desesperadamente como librar a un hermano de años de presidio como Briones(201), recurriendo a la idea de hacerlo pasar por loco, al punto que Miguel Briones se “acomoda” en la locura; en la misma línea, en voz de Teodoro, se puede apreciar el análisis de algunos tipos anarquistas descritos como “hombres de buena fe; pueden ser tontos o pueden ser ingenuos, pero tienen buena fe” (151), con lo que se evidencia que esa estulticia (tontera e ingenuidad aunados a la buena fe) son del todo contraproducentes para la revolución o para sobrevivir a los impases históricos del relato nacional en su proceso de asimilación de los grupos subversivos a los que el orden de la dominación aplasta o absorbe mediante el partidismo.

De este modo, los hombres del “Échele para adelante” (86) son tipos liminares, sujetos masculinos abyectos que fracasan una y otra vez, burlados por el narrador sentencioso que, tal como se puede constatar en *Mejor que el vino* no alcanza tampoco una total realización, aunque

escapa de las lógicas de total subalternidad muda que se les asigna a los otros tipos masculinos desperdigados por el universo narrativo de *Hdl* y de *Scm*.

Espacialmente, incluso, estos tipos mayoritariamente habitan o están situados en las zonas límites y marginales de la ciudad (122) modernizada a medias, o modernizada para la elite, pero no para las clases populares, porque, usando una metáfora del cuerpo, “¿Cómo empezar [a escribir poesía o a hacer la revolución intelectual o social] si naces en las piernas, en los pies o solo un poco más arriba de la cintura de esta ciudad o en otra parte peor?” (178), aludiendo a las partes “peores” del cuerpo, las que en un grotesco celebratorio de la vida debiesen ser las mejores porque garantizan la consecución de la especie.

Así, para ingresar al centro de la ciudad-país hay que trasladarse, física y metafóricamente, por “una calle ... llena de tropiezos y cantinas ... algunos ... quedaron en estas cantinas, las acequias arrastran los residuos de los excusados, adoquines levantados, baches; los perros dieron vuelta los tarros de basura, las baldosas están sueltas, puedes tropezar y caer ... si no te cuidas, te pasará a llevar algún tranvía o un carretón y hasta algún automóvil” (179). Este espacio de rotundo valor metafórico evidencia los lugares que la modernización del Estado nacional olvida conscientemente o no, porque el progreso y la bonanza de inicios del s. XX es un bien excluyente, por el que la modernidad (el automóvil) pasa atentando contra la vida de quienes quedan en el camino, sin lograr alcanzar el triunfo supuestamente democratizado para las clases populares; un triunfo más que aparente incluso en el escenario histórico actual. Quisiera anotar algunos últimos vistazos a los tipos de hombres del relato, ahondando en otro de esos espacios liminares que ocupan tiempo y narración en ese *tiempo irremediable* del narrador: el calabozo.

En una de las tantas estancias de Aniceto en calabozos, observo la presencia de travestis. Producto de las lógicas de exclusión, las identidades travestis se han visto empujadas a ejercer la prostitución. Comprendo que por contexto de época escritural y de tiempo narrativo, esto

respondía a un imperativo social, mediante el que se excluía de otras esferas del mundo laboral a transgéneros, travestis y transexuales. En el contexto carcelario, entonces, “avanzó la noche y trajeron tres o cuatro maricones y se alzó un griterío espantoso, «¡Tráiganlos para acá!», «¡Qué hubo, mi hijita linda!», los metieron a otro calabozo, sonaron dos o tres gritos más” (102). Deduzco, no solo por el uso gramatical de “los” respecto de “maricones”, que hay una asignación de identidad masculina asociada a ese “mi hijita linda” con el que, en el ámbito del calabozo, las masculinidades potencian una inclinación sexual heteronormada violenta, a través del “espantoso griterío”, pero que tranza con una velada posibilidad de deseo homosexual¹⁰⁴. Este es un momento de compleja densidad narrativa, a pesar de su brevedad, porque permite indagar respecto de la violencia masculina contra las masculinidades no-masculinas del universo narrativo; identidades, estas últimas, a las que se les niega una posibilidad identitaria como a las innominadas feminidades, pero que se las hace aparecer en el mundo ficcional para echarles un vistazo, modalizado por una perspectiva taxonómica.

En este mismo calabozo, se encuentra Manuel con Aniceto; ahí encierran a un borracho verborreico al que, en su condición de ebrio molesto, Manuel silencia con un gesto arrollador, hundiéndole el sombrero hasta las narices. La escena de una profunda ridiculez, es decir, carnavalescamente risible y universal-humanista culmina con la defecación del borracho. El hedor que expele es descrito como

¹⁰⁴ Recurriendo al método de Masotta, me parece meritorio comentar que, respecto del revólver de Alberto, portado en el cinto, en la cintura o en el bolsillo del pantalón, Hevia viejo comenta que a su sí mismo joven “Le gustaría volver a verlo. La primera vez le pareció un pez, delgado, largo, resplandeciente, con una cola o rabo negro, un peligroso pez” (56). No se trata de apuntar una homosexualidad latente en el autor, sino de desenmascarar señas homoeróticas en las pulsiones relacionales que se establecen entre masculinidades como parte de sus configuraciones identitarias, porque, de una u otra forma, entre masculinidades se desea el falo otro, porque el propio, aunque vanagloriado, es insuficiente, dada la articulación paradójica de su identidad: no se es nunca lo suficientemente triunfal como para cumplir y satisfacer el sueño del Padre-sistema de clases que somete a unos a la abyección y a otros los enaltece a las altas cumbres; sin embargo, los que habitan las altas cumbres, siempre aspiran a llegar más alto, porque, junto con los que no tienen grandes deseos (54), “están los que no se conforman con eso y quieren ser desde asesinos hasta santos, desde presidentes de cortes supremas hasta secretarios de clubes de rayuela, desde humildes profesores primarios hasta neurocirujanos o escritores” (54), cada cual según su aspiración hacia lo alto de su escalafón social, es decir, hacia el deseo irrealizable, hacia la posesión del falo (del revólver) otro que no se tiene o que se observa como insuficiente.

Algo que hería las mucosas como un ácido, que era imposible rechazar porque tenía más fuerza que cualquier rechazo o no había rechazo alguno, algo que resbalaba sobre los descascarados muros y por el suelo, que trepaba en seguida por los cuerpos y penetraba en todas las aberturas, algo que podría vencer a todos los soldados que en esos momentos peleaban en Europa, crecía y se extendía en el calabozo como un gas o un venenoso hongo; pronto, llenado ya todo el espacio disponible, saldría por la reja y llenaría el patio y treparía hacia los edificios de los juzgados y de la Sección de Investigaciones. Nada ni nadie escaparía, ninguno quedaría sin su parte: había llegado la hora de la venganza. Un coro de imprecaciones e insultos se dirigió contra el creador de aquella sorpresa. (104–5).

De este fragmento, son múltiples las inferencias que puedo realizar respecto de la constitución de masculinidad alcoholizada, de las referencias microcósmicas y macrocósmicas respecto del hedor creador–destructor que, en el plano del tiempo narrativo, aniquilaría la Primera Guerra Mundial, en su etapa final (1918 y el año siguiente, con sus más de 10 millones de muertos durante el conflicto iniciado en 1914), y que, en el plano referencial, es decir, en el tiempo de la escritura, impacta como un venenoso hongo que hiperbolizado podría compararse con el hongo nuclear, a poco menos de veinte años del macabro gesto de pacificación y finalización de la guerra que llevó a cabo EE. UU., no contra el gobierno japonés ni el ejército japonés sino que contra la población civil en Hiroshima y Nagasaki, replicando la micrológica de violencia pandillera y la macrológica de carrera armamentista: aplastar al “enemigo” superándolo en violencia. El discurso antibelicista que suponemos del narrador queda patentando en el uso irónico que da Aniceto Hevia adulto a la experiencia de Aniceto Hevia joven respecto del hedor de las heces de una masculinidad en función cómica.

Son múltiples y complejas aún las observaciones que podría seguir consignando respecto de las formas, funciones y sentidos que adquieren las masculinidades, respecto de la materialidad

referencial, en estas dos novelas de Rojas. Solo de *Sombras contra el muro* hay mucho que indagar en los tipos de anarquistas que se presentan, sus lógicas políticas, sus decepciones y el tono con el que Aniceto Hevia adulto los rememora.

Hay anarquistas expropiadores, o “apaches”, que terminan siendo solo delincuentes de poca monta, con relucientes revólveres que deben empeñar, pero nada espectaculares y muy poco revolucionarios, aunque tengan cuerpos atléticos. Ahora bien, estos modos de elaboración narrativa de los tipos masculinos profundamente inoperantes, más o menos condenados una y otra vez al fracaso delictual o revolucionario (porque la construcción de la “sociedad futura” es ridiculizada por el narrador), evidencian claramente el tono irónico con el que el narrador principal se aboca a mostrar sus falencias con un tono de sorna, anclado principalmente en su ser un caviloso hombre viejo, adulto, que observa las configuraciones de la juventud como arbitrarios movimientos emocionales, guiados a veces por el amor adolescente a los libros, a la rebelión o a las objetualizadas mujeres (con lo que el amor transita desde el “encamarse” y las infecciones de transmisión sexual hasta la mirada idealizante sobre algunas de las muchachas como Tina, Silvia o Blanca).

Debido a este tono irónico, hasta los personajes idealizados mueren ridículamente, como Daniel, el profesor de la escuela moderna de la IWW de Valparaíso, dado que es arrollado por el Expreso, por ir abstraído mirando su huevo y por no intuir o no tener la experiencia de los horarios del Ordinario y del Expreso (174–5), con el consecuente fracaso de esa instalación de Escuela Moderna para los obreros, sobre todo los no especializados, que ganan tan “poco que apenas ... alcanza para subsistir” (173).

Ejemplos como el anterior hay muchos en la obra y fundamentalmente contribuyen a reforzar lo que he venido planteando desde el inicio de esta investigación: las lógicas de exclusión–inclusión de la articulación de dominación–subalternidad construyen tipos masculinos abyectos, “pobres diablos”, que solo ingresan al relato nacional, moderno y homogeneizador, a

través del acto sacrificial de sus libertades, libertades que, además, en el clima irónico que genera el narrador adulto, son infantiles o demasiado juveniles y, por ende, inoperantes e insuficientes para poder realizarse como “hombres” válidos para operar en el relato nacional. De esta forma, los personajes particulares, nominados o innominados, en tanto metonimias recubren a un tipo de masculinidad de inoperancia y abyección, a través de la ironización, la burla, la incapacidad de responder de algún modo a los principios rectores de esa masculinidad, revolucionaria o exitosa; al mismo tiempo, esos tipos de masculinidades apuntados mediante el deíctico del personaje particular, son portadores de ideologías y el hecho de ser portadores y portavoces de ciertas ideas permite observar su constitución simbólica o alegórica que, en este caso, va a posibilitar que se realice una inferencia global: el sistema filosófico anarquista es tratado con desdén y sorna porque el anarquismo está desechado del relato moderno nacional y liberal por inútil para alcanzar los objetivos de inclusión de esos sujetos abyectos y subalternos en el relato.

El asunto fundamental es que a esos tipos masculinos no hay modo de incluirlos, porque, a contrapelo del autor, en su obra, y me refiero solo a la tetralogía, los tipos masculinos abyectos pueden ser humanizados (como si fuera necesario humanizar a un humano), pero no serán incluidos en el relato nacional moderno, permanentemente marginalizador del ya marginal sujeto masculino que éticamente no responde al modelo ideal construido por el soporte moral del autor, del contexto, del campo cultural, de la elite, de la instrucción pública, de lo revolucionario civilizado y correcto. Es impensable que sujetos masculinos como estos puedan participar como agentes válidos de las nupcias fundantes de los Centenarios nacionales.

Otro tanto, en ese sentido, con sus específicas particularidades, se podrá observar respecto de la tensión y de la paradoja que están implicadas en la construcción del sexo–género y de clase de los tipos de masculinidades que son los personajes de Arlt.

2. 2. *Enfermos de culpa: grandes dragones miserables conspiradores de pacotilla, falsos iluminados, masturbadores compulsivos, desesperanzados rufianes, megalómanos mesiánicos.*

El teatro de fantoches en Los siete locos y en Los lanzallamas

“Si una de las cuestiones que deben resolver los novelistas con sus ficciones es qué lugar ocupan –el del filósofo, del político, del docente, del entretenedor, del justiciero, del militante, del vate trágico, etc.–, Arlt parece optar por la ocupación imaginaria de todos al mismo tiempo”.

Jarkowski, Aníbal. “*El amor brujo: la novela “mala” de Roberto Arlt*”, 124.

Abordar *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931) de Roberto Arlt desde la perspectiva argumental que vertebra esta investigación no es una tarea fácil o que se pueda despachar con la constatación simple de que, en efecto, la crítica ha reconocido desde el inicio que los hombres representados son seres abyectos, torturados y torturadores síquicos, violentos, femicidas, humillados, perversos, contramodelos, grotescos¹⁰⁵, “pobres diablos”–pequeñoburgueses, dado que desde el mismo título comprendemos que estos sujetos van a estar caracterizados como locos, desde una dimensión sicopática, lo que deriva en un patológico imaginario en torno a sus modos éticos de ser, o desde una estética, mediante la que es discernible el carácter crítico y grotesco de una configuración irónica y bufonesca de sus masculinidades¹⁰⁶. Ambas dimensiones se dan conjugadas en la obra para mayor realce de la

¹⁰⁵ Por ejemplo, Zubieta, Ana María. *El discurso narrativo arltiano. Intertextualidad, grotesco y utopía*. Sin querer enmendarle la plana a la investigadora, diría distopía, más que utopía, por el alto componente violento, explotador e irracional del imaginario revolucionario de El Astrólogo, de Erdosain y de la Sociedad Secreta.

¹⁰⁶ Es necesario apuntar que *Los lanzallamas* fue originalmente titulada *Los monstruos*. Arlt reemplazó ese título por el otro, siguiendo la sugerencia de Carlos Alberto Lehuman (Véase “NOTA”, *Los siete locos. Los lanzallamas* 599). Tanto uno como otro título evidencian una naturaleza destructiva, atemorizante, marginal –lo monstruoso– respecto de lo normal. En el caso del concepto lanzallamas, infiero que estamos frente a la transformación simbólica de unos tipos masculinos en armas de guerra que, mediante sus actos o sus palabras o la *performance* dramatizada de sus vidas, pretenden quemar el mundo conocido con una suerte de fuego renovador-destructivo que escupen (lanzan) al hablar, o que efectivamente quieren encender, en clave fascistoide, enloquecida-iluminada. Múltiples son los pasajes también en que se les llama demonios, locos, idiotas, miserables, enfermos (descritos por colores y actitudes que se vinculan con alguna patología (*Los siete locos. Los lanzallamas* 91)), cínicos, simuladores, entre otras categorías degradantes que, en el universo narrado, pasan a ser rasgos constitutivos de sus identidades de género en tanto hombres destructivos que responden a la abrumadora megalomanía mesiánica de la que los dictadores o “guías” (*duce*, en italiano, *führer*, en alemán) políticos son un claro botón de muestra (Uriburu, Ibáñez del Campo, Hitler, Mussolini, Lenin, en el contexto histórico que soporta a la obra). Un par de ejemplos aclaratorios. Uno, Barsut le indica a Ergueta que “¿O usted cree que yo soy el único simulador que da vueltas por allí? No, hombre. Bufones, comediantes, envidiosos como yo los hay a millares en esta ciudad” (*Los*

degradada y miserable condición de los personajes femeninos y masculinos dispuestos narrativamente en el relato, aunque, como he señalado, el acento de esta investigación está puesto en las masculinidades.

Sin lugar a dudas, los hombres de Arlt son tipos (metonimias) particulares que permiten comprender algunos rasgos de ciertos sistemas de ideas, en su posibilidad de determinación alegórica, como el más acusado maniqueísmo fascistoide que se articula entre ofertar y traicionar o entre ser y aparentar, ocupando las esferas del bien y del mal, graficado en el control de la información y la manipulación permanente que lleva a cabo El Astrólogo; así también, es observable el sistema de ideas que está en el complejo sicopático “Erdosain” definido por la constante frustración que se genera en la tensión paradójica y neurótica entre el ser y estar en un presente determinado y el desear no estarlo, odiándolo y ensoñando mundos posibles cada cual más denigrante, humillante y conducente al mal, en el sentido profundo que puede adquirir este concepto como perversión no solo de la moral imperante y emanada desde los discursos oficiales sino que como la perversión de la más básica comprensión de la posibilidad ética y honesta de establecer vínculos interpersonales sinceros y afectivos.

siete locos. Los lanzallamas 557); dos, Ergueta sostiene que “Bromberg es un endemoniado. Tras él anda un diablo pequeño y hediondo, sugiriéndole ironías” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 549); tres, en la alucinación de las “usinas proletarias” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 527), Erdosain amontona pensamientos tales como “El secreto del gas. Los muertos. Caerán los hombres por la calle como moscas. ¿Quién puede detener el avance de la cortina de gas? Fosgeno. Nombres fulgurantes. Difelnictloroarsina. ¡Oh! los demonios, los demonios” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 528). Además, cuatro, en la perspectiva pesimista que se trasluce en la confesión de Erdosain, la monstruosidad es ubicua, es decir, “el alma de la ciudad, encanallada implacable y feroz como ellos” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 190) evidencia que el universo ficcional es idóneo para los tipos de la Sociedad Secreta y para todos los hombres que la habitan (“ellos”), sobre todo, la “canalla”, tan diferente de la de Rojas, que se “empoza” en los cafés como se puede observar en varios pasajes, entre ellos, por ejemplo: “... los semblantes afirmaban estéticas canallas, se veían jetas como alargadas por la violencia de una estrangulación, las mandíbulas caídas y los labios aflojados en forma de embudo; negros de ojos de porcelana y brillantes dentaduras entre la almorana de sus belfos, que le tocaban el trasero a los menores haciendo rechinar los dientes, rateros y «batidores» [delatores] con perfil de tigre, la frente hundida y la pupila tiesa” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 194; véase, Arlt, “Las fieras”, *El jorobadito* 113-28). Hombres monstruosos, abyectos, malignos, afrodescendientes, migrantes europeos, lumpen local, sean quienes sean, son, a los ojos del humillado, otros humillados, atravesados y signados por la violencia de las lógicas de supervivencia del modelo que se impone desde arriba hacia abajo como modelo idóneo e integrador, pero que enrostra sus deficiencias monstruosas al construir monstruos. Paradigmática es la escena del diálogo entre el Abogado y El Astrólogo cuando se observa el *modus operandi* del capitalismo estadounidense y sus fechorías mafiosas, de lumpen, con lo que se refuta aquello de “No se puede generalizar sobre un solo hecho” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 370-3).

En muchos sentidos, los hombres ficcionales de los relatos de Arlt requieren de los hombres referenciales del contexto histórico y experiencial del escritor; asimismo, los hombres de Rojas requieren, para funcionar artísticamente, de la relación de los referentes con los referidos, sin que por ello estemos en presencia de novelas históricas. Entre unos y otros tipos masculinos se pueden establecer comparaciones y contrastes mediados por la hipótesis interpretativa que apunta a que estos sujetos, sean los narrados por Hevia viejo o los confesados por Erdosain al cronista-comentador, son tipos abyectos, más o menos monstruosos, que indican que su clave cómica está atravesada de una risa hiriente que evidencia el fracaso, la frustración, la tortura no solo del individuo en su complejo ejercicio liberal de realizarse, sino que de colectividades de individuos que colisionan con las barreras protectoras de los sueños de las elites nacionales de inicios del s. XX, en Argentina y Chile, tal como evidenció en el capítulo uno.

Estas masculinidades, entonces, no solo son monstruosas por un juego estético grotesco, más o menos dostoievskiano, sino que son tipos monstruosos, porque evidencian en carne propia, en su carne ficcional, y con sus voces subalternas, criminales o marginales, la exclusión que padecen diariamente en el sueño pesadillesco de la modernidad nacional, liberal o autoritaria, del Estado de los Centenarios con sus lógicas de explotación y dominación. En ese sentido, tanto los hombres de *Lsl/Ll* como los de *Hdl* y *Scm* son sujetos que pueden ser comprendidos como “pobres diablos” en su ser “comunes y corrientes” en los universos ficcionales que habitan.

Amícola, en *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, ya indicó cómo la primera crítica, representada por Raúl Larra, contempló científicamente la biografía del escritor en los personajes o, al menos, tal como se ha hecho con Rojas, solo en el protagonista (20). Esta investigación está lejos de centrarse en interpretaciones de esa índole; es más, el protagonista es solo un integrante de los fantoches del *theatrum mundi* expresado en la novela de dos partes y, de modo similar a cómo lo hice con el análisis de algunas masculinidades narradas por Hevia

viejo, me interesa observar, comentar, analizar e interpretar a los tipos masculinos desperdigados en el relato-confesión de Erdosain y no obnubilarme con las vicisitudes del ridículo y enfermo protagonista.

En un contexto similar, la ya manida versión más o menos mítica del profundo rechazo crítico a la obra narrativa de Roberto Arlt ha sido parcialmente echada por tierra, dado que tanto la antología de cuentos *El criador de gorilas* como la novela *El amor brujo* siguen estando en tela de juicio respecto de su calidad, sobre todo cuando se las compara con la novela en dos partes que está considerada en esta investigación. De todas formas, es fundamental señalar que

La historia de su recepción crítica, de los años cincuenta en adelante, es sobre todo una historia de apropiaciones, legitimaciones, relecturas polémicas y ajustes de cuentas con la tradición, con un resultado notable: hoy su legitimidad literaria ya no está en debate. En el contexto más amplio de la literatura hispanoamericana, se abrirán a partir de los años setenta del siglo pasado lecturas de Arlt menos dependientes de las luchas internas del campo literario argentino, que insistirán en las poderosas e inéditas visiones de lo urbano en sus obras y en las fracturas o rupturas del modelo narrativo realista, una empresa en la que coincidió con otros *outsiders* (como los llamó Ángel Rama) del continente [me parece que Rojas en su ejercicio realista-vanguardista es parte de esos *outsiders*]. De manera paralela, se empieza a advertir la gravitación que tuvieron las vanguardias históricas de los años veinte en la renovación de la narrativa que llevan a cabo varios de estos precursores. (Corral, Rose. *Roberto Arlt. Una poética de la disonancia* 11).

En el ámbito de las concomitancias entre las lógicas de representación realistas y vanguardistas, es necesario indicar que “La lengua arltiana, lengua de niño o lengua maquínica, es una amalgama de piezas discordantes, una olla o una probeta en la que se metamorfosean jergas, idiomas prestados o robados, lenguas extranjeras, discursos filosóficos y científicos,

literaturas altas y bajas, todo un flujo de elementos heterogéneos y conflictivos que nunca terminan de solidificarse y que permanecen, siempre, abiertos a nuevas interrupciones” (Pauls, Alan. “Arlt, la máquina literaria” 316). En ese sentido, los hombres de *Ls/Ll* pueden pasar de monólogos pseudo filosóficos (*Los siete locos. Los lanzallamas* 306) a referirse a otros hombres como “turros” al emplear conceptos del lunfardo (*Los siete locos. Los lanzallamas* 21; o un ejemplo paradigmático, Ergueta predicando, *Los siete locos. Los lanzallamas* 543-4); narrar alucinaciones visionarias o apocalípticas (*Los siete locos. Los lanzallamas* 11) o incorporar presupuestos de prostíbulos (*Los siete locos. Los lanzallamas* 166), fórmulas algebraicas (*Los siete locos. Los lanzallamas* 398) o esquemas de funcionamiento de la fábrica de gases asesinos que proyectan para destruir el orden del mundo conocido e implementar uno nuevo y desquiciado (*Los siete locos. Los lanzallamas* 568). Asimismo, junto con aquellos elementos, incorporar elementos plenamente referenciales (*Los siete locos. Los lanzallamas* 193) o fingidos titulares de la prensa (*Los siete locos. Los lanzallamas* 594) y permitirse, además, el cronista, refracción del Arlt periodista, que transcribe la confesión de Erdosain, todo un aparato de adjetivación químico, mecánico, industrial, urbano, profundamente sinestético que atraviesa desde el inicio (*Los siete locos. Los lanzallamas* 70-1) hasta el final de la obra (*Los siete locos. Los lanzallamas* 588-9).

Una vez que he enunciado algunos de esos aspectos generales, quiero ahondar en el imaginario con el que se constituyen algunas de las identidades masculinas del relato-confesión de Erdosain. Sin entrar en los aspectos narratológicos tales como la voz refractada o los personajes como ideólogos, me parece fundamental considerar la humillación, el crimen y la frustración como parte de esos rasgos que articulan el tipo de hombres que se (re)presentan en la narración, porque esos rasgos son tensiones identitarias que acusan el fracaso y la infelicidad, al mismo tiempo que son paradojas existenciales –no existencialistas–, debido a que con ellas

se articula la masculinidad derrotada como signo negativo respecto de las posibilidades de triunfo signadas por las clases dominantes como sueño de realización para las clases dominadas.

En este sentido, la abyección de estos tipos masculinos tiene que ver con su condición material, económica, de subsistencia y, también, con su condición material de humillación como rasgo determinante de la lógica de dominación que está en la superficie y en la profundidad de las relaciones de subalternidad ejecutadas por las clases dominantes; esa humillación conduce a la sensación de miseria y al deseo patológico de realizarse a través del crimen o de una revolución sangrienta o, como en el caso de Haffner, el Rufián Melancólico, de buscar un aliciente para el vacío que percibe en sí mismo, más allá de su porte, de su condición de masculinidad abusadora o de su realización meritocrática dada por el estudio (es un profesor de matemática (*Los siete locos. Los lanzallamas* 47) que se hizo macró, rufián, chulo o proxeneta).

Desde el contexto anterior, es fundamental comprender que, como muchos tipos referenciales, los tipos masculinos de *Lsl/Ll* no encuentran un modo de realización para sus identidades, ni siquiera humillando a otros personajes de la disposición escénica como se puede observar en el pasaje de erotismo frustrado que acontece entre Luciana Espila y Remo (*Los siete locos. Los lanzallamas* 496), porque la humillación padecida o infligida solo provoca más desdicha o porque “Tampoco la verdad está allí” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 471).

Ahora bien, no se trata únicamente de una humillación o una frustración individuales, provocadas por algún tipo de patología o, más bien, se trata de que esas patologías (neurosis, histeria, esquizofrenia, sicopatía) no son generadas únicamente por alguna mal llamada deficiencia síquica, sino que se trata de que esas humillaciones patológicas están determinadas por la irrealización de los imperativos socioeconómicos y de las aspiraciones personales, dado que se originan en el deber ser “hombre triunfal”, es decir, capaz de proveer un hogar, amar a

una esposa, producir y responder a las lógicas laborales establecidas como necesarias y prudentes y no lograrlo.

El fracaso genera una realidad efectiva de “hombre humillado” que se ahoga en culpa y se despoja de sí mismo, porque su imagen social es la de un humillado, pero consciente de su humillación que, en el caso de Erdosain culmina con el femicidio de María, la Bizca, y el suicidio, total despojo de sí mismo, y en el caso de El Astrólogo, el castrado, y de Hipólita, cuya realización también es frustrada (tal como ella evidencia en sus reflexiones, por ejemplo, *Los siete locos. Los lanzallamas* 231-2, con lo que se evidencia su sensación de humillada), concluye con la salida de escena, mediante la huida criminal y la desaparición de la *scena vitae* que propone la obra.

Así, Erdosain se cuestiona “-¿Pero qué alma, qué alma es la que tengo yo? -Y como su imaginación conservaba el impulso motor que le había impreso la pesadilla, continuaba: -Yo debo haber nacido para lacayo, uno de esos lacayos perfumados y viles con quienes las prostitutas ricas se hacen prender los broches del portasenos, mientras el amante fuma un cigarro recostado en el sofá” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 11). Esta hiperbolización de la abyección y subalternidad del personaje es la evidencia de la conciencia de dominado que lo somete una y otra vez a la vejación de la explotación, desde el padre (*Los siete locos. Los lanzallamas* 62-3; 473) hasta los jefes (*Los siete locos. Los lanzallamas* 8), por extensión, la sociedad que habita el personaje (*Los siete locos. Los lanzallamas* 63; 84-6).

De este modo, la conciencia de la humillación conduce a algún tipo de orgullo respecto de la perversión que se aloja en el alma (psiquis) masculina en tanto modo de realización. Así, “Saberse frustrado, degradado en sus posibilidades, no poder hacer nada para dejar de serlo, ser confusamente consciente de su responsabilidad personal en la situación, son fuentes continuas de dolor y angustia” (Guerrero, Diana. *Roberto Arlt, el habitante solitario* 14). Paradójicamente, ese dolor y angustia puede traducirse en una mística realización, dado que El

Astrólogo encuentra un modo de manipular situaciones recurriendo a la inversión de valores experimentada por la “santidad” de Erdosain.

Así, la humillación conduciría a la felicidad solo en un sentido arbitrariamente místico (es necesario recordar que El Astrólogo no cree en la astrología (*Los siete locos. Los lanzallamas* 303)), puesto que “El secreto consiste en humillarse fervorosamente ... No hay santo casi que no haya besado las llagas de un leproso ... para ser felices es necesario humillarse” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 512-3). Frente a esta locura Barsut ríe, pero recibe la burlona respuesta de Lezin quien le indica que si acaso se considera más sensato que san Francisco de Asís con lo que evidentemente la categoría del santo varón es confundida con la categoría de loco, porque en la modernidad nacional, bonaerense o santiaguina, las clases dominantes pueden predicar la austeridad sin practicarla, dado que, ¿quién en su “sensato juicio” se volcaría a la mendicidad humillante, se descalzaría y vestiría de arpillera, recibiría golpes y ofensas con rostro apacible? Solo un loco o un santo, nos plantea la obra, evidenciando las lógicas de supervivencia masculina que lo someten a esa constante humillación de la explotación, dado que el trabajo o la razón no garantizan la posibilidad de cumplir con el sueño moderno de sujeto realizado, entonces, la cobardía radica en la imposibilidad de alcanzar la felicidad porque no existe una sincera disposición a humillarse.

En la lógica anterior, el pequeñoburgués está en una posición limítrofe respecto del lumpen, porque el hecho de no satisfacer el rol de clase (entre otros rasgos, el ser un marido proveedor), lo lleva a caer en lógicas del “lumpen”, es decir, tratar a la esposa como un macró trataría a las prostitutas. Respecto de la alta burguesía (inclusive de la mediana), el pequeñoburgués solo puede percibirse como un esforzado (y mediocre o “encanallado”) que busca alcanzar la promesa de holgura y abundancia que le sugiere ese universo inalcanzable por una conformación propia de las lógicas económicas de explotación del capitalismo, promesa falaz para muchos de los de la clase de Erdosain porque la dimensión sacrificial del trabajo no excede

el sacrificio y jamás reporta la holgura y la abundancia prometidas.

En ese sentido, el sueño del ascenso social es solo un sueño, la movilidad social es aparente. Lo anterior queda en evidencia, junto con la sensación de desdicha y fracaso, en el diálogo que se da entre Elsa, Germán, el capitán, y Remo, porque Erdosain sostiene que “los hombres están tan tristes que tienen necesidad de ser humillados por alguien” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 56) que es lo que efectivamente está aconteciendo en este pasaje (y en toda la obra). Ahora, frente a la discrepancia de Germán, Erdosain lo interroga sobre su suelo; la respuesta del capitán motiva la reflexión del angustiado protagonista “Claro, con ese sueldo es lógico ... Que no sienta su servidumbre” (56); de esta forma, no se excluye de la servidumbre a quien gana más dinero, sino que se le incluye entre los siervos inconscientes o alienados. Esa servidumbre que es la humillación social, la subalternización del pequeñoburgués lumperizado, y que es la humillación personal, entendida como la falencia de ser capaz de realizarse como masculinidad, originan “la horrible miseria [que] está en nosotros, es la miseria de adentro... del alma que nos cala los huesos como la sífilis” (57).

Es necesario, respecto de lo señalado, apuntar al menos dos cuestiones primordiales respecto de los modos de constituirse algunos de los sujetos masculinos de *Ls/Ll*. Ambas cuestiones se vinculan con la humillación; una, tiene que ver con la humillación como camino de la felicidad y cuál sea el sentido de esa felicidad, sobre todo, si se considera que quien emite la reflexión en la línea del martirologio es un sujeto falaz, un embaucador que responde, experiencialmente, a la idea de un guía político estafador y embustero, es decir, cómo se le puede dar carácter de verdad a los dichos de El Astrólogo si, en rigor, y las evidencias narrativas sobran, está interpretando un papel y está forzando a los otros personajes a interpretar roles sin conciencia de ello (véase la representación de los fantoches que realiza, *Los siete locos. Los lanzallamas* 250-1).

De esta manera, a qué felicidad podría apuntar un discurso construido sobre la base de

múltiples falacias, si no a una felicidad aparente que busca la elevación espiritual, la santidad, a través de la abyección y la subalternidad, la humillación, en el contexto en el que los tipos masculinos más abyectos, como los macrós, los *chauffers* o el “negro con cuello palomita [que] se arrancaba los parásitos del sobaco” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 23) son los habitantes del mundo degradado, la sociedad efectiva a la que podría apuntar la revolución de los locos de la Sociedad Secreta.

La segunda anotación derivada de la humillación tiene que ver con esta como camino de la perversión y de la búsqueda del crimen más bajo que haga evidente el fracaso y la frustración del sujeto en tanto tipo masculino imposibilitado de cultivar la bondad, a sabiendas que extraliterariamente Arlt está profundamente ofuscado por los estragos de la Primera Guerra Mundial (“Los libros y la verdad” 285-6). ¿En qué espacio social fijaría, entonces, el confesado Erdosain, el lugar del crimen más bajo y perverso? En el vínculo entre feminidad y masculinidad, en el vínculo fundante –en unas nupcias nacionales truncadas–, así conducirá el crimen hasta el lecho conyugal fingido con María, la Bizca.

En este sentido, y sin hacerse cargo de la lectura de las ácratas feministas de fines del s. XIX e inicios del s. XX, habrá una suerte de homologación del matrimonio y la prostitución, porque son relaciones que funcionan de acuerdo a las mismas lógicas bajo el capitalismo (único sistema que prepondera), es decir, se sostienen en la explotación de uno de sus miembros por parte del otro. El maquillaje, la máscara de matrimonio correcto, es ocultamiento de la monotonía de la explotación o es marca y herramienta de la explotación (el uniforme de trabajo, el delantal doméstico o la vestimenta *performática* de la prostituta).

En esta línea de análisis, “La “mujer honrada” desempeña en el matrimonio el papel del macró con la prostituta, y a diferencia de esta, que une el trabajo y el deseo de ocultarlo ante quien lo destina, la esposa se ocupa exclusivamente en ocultar el trabajo del marido, esto es, su condición de mantenida” (Guerrero, Diana. *Roberto Arlt, el habitante solitario* 61). Pero como

ya señalé, ninguno de los hombres de *Ls/Ll*, por incapacidad (Bromberg), por condición de explotado (Erdosain), por despreciable (Barsut), por pseudo iluminado y tahúr (Ergueta), por místico falso y castrado (Lezin) o por mantenido (Haffner) puede proveer un hogar y, efectivamente, darle condición de mantenida a una esposa que termina siendo la macró de sí misma o de su dimensión prostibularia, siempre frustrada.

En el contexto anterior, tanto Hipólita y Elsa como María o Luciana son mujeres insatisfechas vital, material y sexualmente, porque ninguna puede realizarse consigo misma, dado que los hombres que las rodean son un lastre (véase el modo en que los hombres son definidos por Hipólita, *Los siete locos. Los lanzallamas* 230), un impedimento para sus propias realizaciones, porque estos tipos masculinos, “pobres diablos”, dependen de ellas para poder llevar a cabo, infructuosamente, sus deseos de humillación y abyección de doble movimiento (la humillación nace de su alma miserable y su alma miserable está determinada por la humillación social, baste un vistazo al inicio de la *confesión* de Erdosain (8)).

Las dos anotaciones anteriores, permiten evidenciar las relaciones de poder que se establecen entre los personajes. El poder particular que le da el dinero al burgués, el gerente de la Azucarera, por ejemplo, le permite dirigirse al pequeñoburgués, evidentemente su subalterno, con grosería y desparpajo. Ahora, el mismo dinero, mal habido, le permite al humillado humillar a humillados en una relación piramidal de humillaciones, como se observa en el modo de tratar Ergueta a Erdosain en un momento de necesidad; Barsut a Elsa y a Erdosain; el capitán a Erdosain; Erdosain a la familia Espila, cuando ha roto el último vínculo con la escasa noción de bondad en sí mismo (“Ojalá revienten todos y me dejen tranquilo”, *Los siete locos. Los lanzallamas* 214), o con la Bizca a quien maltrata conscientemente como parte de su ejercicio de humillación (*Los siete locos. Los lanzallamas* 502).

Por ajeno que le parezca al lector, y de seguro no tan ajeno a la lectora, los tipos masculinos de “por arriba” y de “por abajo”, también los de “por el medio”, contienen entre sus rasgos la

violencia de la humillación, la que infligen o la que padecen, porque las relaciones de dominación, establecidas como orden natural en la cultura humana, son violentas y humillantes.

Lo anterior, decanta y se evidencia en el microcosmos humano, desde el macrocosmos cultural. De este modo, el sexo, como vínculo entre agentes femeninos y masculinos, termina siendo una realidad material del deseo como violencia y abuso, como explotación, ocultado por el valor hipócrita y social del matrimonio. Tal como señala Guerrero, “la hipocresía es el modo de la conciencia pequeño-burguesa correlativo a la contradicción esencial en que está encerrada la clase” (*Roberto Arlt, el habitante solitario* 64-5). Si la familia es el bastión fundacional de la sociedad y la sociedad soberana se articula en una comunidad imaginada denominada nación, ¿cómo podríamos comprender una estructuración sana de comunidad si su origen es la violencia, la humillación, el crimen y la hipocresía?

En este sentido es que remito, una y otra vez, a las ideas articuladas por Doris Sommer, dado que la erótica y la política que emana de las obras de Arlt, y de las de Rojas, evidencia la frustración de algunas nupcias nacionales inválidas y fundacionales que derivan en un constante fracaso, como se puede evidenciar, a contrapelo de otras obras que abordan el asunto desde el triunfo liberal y meritocrático, en las obras del corpus investigado.

El asunto simplonamente enunciado es que mientras algunas/os triunfan, hay una amplia mayoría que, al menos en la órbita de inicios del s. XX en Chile y Argentina, fracasa rotundamente; esa amplia mayoría también tiene una fundación erótica, ética, estética y política, así como tiene una voz silenciada a sangre y fuego, una voz subalterna que, aunque se rebela para ser escuchada, es asimilada, absorbida, infantilizada, mounstrificada, lumperizada y excluida. En Arlt, es evidente porque los personajes salen de escena sin pena ni gloria o se suicidan marcando un hito de perversión en la historia de sus propias colectividades.

Éticamente, los tipos masculinos cuyo relato se articula en *Lsl/Ll* presentan de modo más acusado que en *Hdl* o en *Scm* la paradoja constitutiva que tensiona la configuración de sus

identidades, porque se les puede observar debatiéndose entre un sistema moral que no les pertenece por provenir de las clases dominantes y, por ende, no poder ser, rebelándose o fracasando, lo que se ha indicado para su clase baja-media (pequeñoburguesa), y el otro sistema moral que tampoco les pertenece, porque deben ser trabajadores humillados y envilecidos, que es el sistema etológico de las clases más bajas en la pirámide social, es decir, el sistema moral criminal del lumpen es atractivo para el pequeñoburgués envilecido, porque le permite ser un megalómano mesiánico o un conspirador de pacotilla o un rufián de baja estofa que muere de un tiro a quemarropa o un cobrador menor que decide defraudar en una cifra irrisoria a la compañía en la que trabaja.

Lo anterior se debe a que el lumpen exterioriza el aburrimiento y la ferocidad que viven ocultas en la pequeña burguesía que, lejos de ser parte del sueño democrático y realizado de la alta y mediana-alta burguesía, está más cerca de los estratos bajos. En este contexto, “En el mundo lumpen ve [el pequeñoburgués humillado], entonces, la realidad de su clase tal como sería, despojada del comercio hipócrita con lo ideológico: un orden regido por las pasiones y los apetitos egoístas” (Guerrero, Diana. *Roberto Arlt, el habitante solitario* 67).

En esta misma línea, cabe señalar que en el “tiempo de las tribulaciones” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 21), la revolución social, en palabras de Ergueta, el místico farmacéutico tahúr, será realizada por hombres abyectos y criminales, porque “¿Quiénes van a hacer la revolución social, sino los estafadores, los desdichados, los asesinos, los fraudulentos, toda la canalla que sufre abajo sin esperanza alguna? ¿O te crees que la revolución la van a hacer los cagatintas y los tenderos?” (21). Estos últimos están imposibilitados de hacer la revolución social, porque su consigna es mantener el *statu quo* que les permite ser pequeñoburgueses, eternos aspirantes al banquete glorioso de la alta y mediana burguesía de la que siempre estarán excluidos, salvo que cumplan su rol de siervos humillados, de “animales domésticos”, diría Hevia, frente a los animales salvajes que se corresponderían con el lumpen, porque en el silencio como marca de

alienación en el mundo lumpen, las “fieras” no se comunican, sino como “fieras”, o sea, con cuchillo o balas¹⁰⁷ (Haffner que coquetea de cerca con ese mundo, en tanto macró, debe pagar la cuota por su venganza a otro macró (*Los siete locos. Los lanzallamas* 352; 442-3); es probable que lo único que saque del tedio al profesor proxeneta, doble especular del histórico Noé Traumen (Saítta, *El escritor en el bosque de ladrillos* 69), sea la posibilidad del crimen, de la muerte latente por un ajuste de cuentas entre rufianes).

De este modo, la humillación más profunda y evidente es que el pequeño empleado se haga parte del mundo lumpen a través del crimen (recuérdese que el cadáver de Erdosain recibe un escupo en el semblante por parte del “padre del Jefe Político del distrito” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 598). Para ser del lumpen se realiza el crimen, a través del crimen hay una realización humillante y develadora de una masculinidad inoperante en el mundo estipulado por el orden ético de las clases dominantes, el fracaso es total.

En la otra vereda, el mundo de los ricos niega el modo de funcionamiento de la vida pequeño-burguesa, de modo similar a la negación que se da en el mundo lumpen. Este mundo, el de los ricos, está situado fuera de la humillación, por lo tanto, solo puede ser ensoñado, dado que es inalcanzable en todo sentido para el pequeño-burgués. En ese sentido, “Erdosain distingue entonces tres dineros: uno aborrecido por ser el producto del trabajo, otro que no le sirve porque está fuera de la ley, [sic] y el de los “ricos”, el único valioso, que no lleva adherido el esfuerzo de ganarlo y es exclusivamente gozador” (Guerrero, Diana. *Roberto Arlt, el habitante solitario*

¹⁰⁷ Incluso en el presente es problemática la inclusión de los sujetos marginales en los procesos de rebelión social. Así, desde el grupo de *enragés* y *sans-culottes*, por allá por el s. XVIII, pasando por todo tipo de partisanas/os, para detener el avance del fascismo en Europa a mediados del s. XX, hasta las/os “capucha” de la Primera línea y las/os flaites delictuales, provenientes o no de las cárceles-orfanatos de SENAME, en el inmediato 2019, incluyendo al campesinado iletrado de la Guerra Civil española y a los anarquistas no-teóricos de Yekaterinoslav, los sujetos provenientes de las clases subalternas pero en abierta rebelión con su subalternidad han sido delictualizados, lumperizados, expulsados del centro de acción revolucionaria por carecer de teoría, ideología, “reflexión crítica”, claridad de miras, madurez revolucionaria y otras excusas que emanan las clases intelectuales de todas las izquierdas una vez que se han servido de la fuerza rebelde de lucha de estos grupos. Esa es una traición fundacional en la historia de las “independencias” de todo tipo; así pasó también con el “roto” y el “indio” en la América de inicios del s. XIX. No es incomprensible que eso haga que se aniden odios irreparables entre las clases marginales, subalternas entre las subalternas. Aunque Kropotkin, en *La conquista del pan*, considere que los pueblos, por muy dolidos y violentados que hayan sido, son capaces de liberarse de esos odios (75), al menos en lo que respecta a garantizar los víveres a expropiados y expropiadores.

73). Ese dinero no requiere esfuerzo y es exclusivamente gozador, solo en la fantasía del personaje pequeñoburgués quien inventa paraísos alucinatorios en los que una millonaria lo escoge como amante (*Los siete locos. Los lanzallamas* 14-5) u otras variantes igual de inmateriales.

En el ámbito anterior, entonces, ni el matrimonio ni el trabajo permiten el ingreso a la clase media acomodada, mucho menos a la alta clase media, al pequeño burgués, dado que la relación que establece con su clase está basada en la ética que su clase pequeñoburguesa (“pobre diablo” explotada y siempre endeudada) ostenta secretamente: la ferocidad y el aburrimiento del lumpen. Mediante la hipocresía se pone en funcionamiento un teatro de apariencias de “provecho” y honestidad, paradigmático sería el servil señor Gualdi en ese sentido (*Los siete locos. Los lanzallamas* 7; 8), porque el trabajo que se construye se supone digno porque es independiente (el comerciante) o no manual (el empleado); sin embargo, son trabajos odiados y esclavizantes, para tipos desarticulados como Ergueta, Haffner o Erdosain.

Así, el mundo de los ricos es la marca permanente, en el “imperio social”, de la existencia de la humillación, porque su mera existencia supone la dominación y la explotación de las otras clases; para la pequeña burguesía y para el lumpen solo hay una “realización” social: la humillación, a través del crimen o de la abyección, o la rebelión, sanguinaria y fascistoide o expropiadora y anarquista.

Lo anteriormente expuesto se vincula con la crisis moral que campea en el contexto histórico de producción y de enunciación de *Lsl/Ll*, puesto que, “En ese momento [conflicto de intereses entre Inglaterra y Estados Unidos por el manejo económico y político de Argentina] aparece *Los siete locos*, una obra sin igual en las literaturas hispánicas, que, con su hondo pesimismo, cala hondo en la crisis de valores que se avecina, profetizando el derrumbe de un *edificio falso*”. (Amícola, José. *Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 14). El derrumbe de ese *edificio falso* que sería el Estado nacional glorioso del Centenario es una de las grietas que estaría

evidenciando Arlt con la novela de los fantoches sometidos al autoritarismo de la exigencia de las clases dominantes, teñido o no de liberalismo, cuya única vía de escape es la conspiración irracionalista, rayana en lo folletinesco.

Amícola comenta algunos de los múltiples aciertos del estudio de Guerrero sobre el esquivo hombre de Arlt, señalando que “se nos presentan, entonces, siete locos que, en el fondo, son siete cínicos [discrepo filosóficamente del uso de cínico], que quieren hurtarle el cuerpo a la realidad contradictoria y aniquiladora del medio en que viven, componiendo una máscara y engañando a los propios autores de mecanismos para engañar, es decir a la sociedad” (*Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 22).

Al considerar que un escritor establece complejas conexiones con su situación de enunciación, el que está soportado por un contexto de producción y por un plano histórico experiencial y cultural, Amícola señala que Arlt logró trasponer a lo literario un fenómeno familiar más o menos común, es decir, una figura paterna masculina autoritaria y una figura femenina lectora que escapa en la ficción folletinesca de su realidad de opresión; así, logró “representar el autoritarismo y la búsqueda de escape hacia el irracionalismo” (*Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 25); este irracionalismo¹⁰⁸, más o menos ridículo y místico, es el que adopta la forma de máscara seria y cómica de los hombres locos, fantoches, de la extensa confesión criminal de Erdosain, mediada parcialmente por el comentador, porque en la práctica es irreconocible, salvo algunas notas, si la interviene, la poda, la censura o la “edita”, al punto que la voz de Erdosain parece ser la misma letra escrita del comentador-cronista.

¹⁰⁸ Desde el inicio mismo de la larga confesión, se establece que los “estados de conciencia” de Erdosain son “zonas de angustia” en las que “el silencio circular entrado como un cilindro de acero en la masa de su cráneo ... lo dejaba sordo para todo aquello que no se relacionara con su desdicha” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 9). También “Pensaba telegráficamente suprimiendo preposiciones, lo cual es enervante” (9); de un modo similar, el personaje tiene imaginaciones, posterior a figurarse deseos irrealizables, que lo llevan a compaginar insensateces, como los violentos jaulones que los ricos diseñarían para los pobres, aburridos –no por un motivo mayor, sino que por tedio– de “escuchar las quejas miserables” (11). Por supuesto, para Erdosain mismo, le causen admiración o risa o desconfianza, los otros personajes también rayan la locura, como Ergueta (19) o Barsut (25-7). Además, todo el proyecto industrialista y místico de la Sociedad Secreta de El Astrólogo está construido sobre una base irracionalista, dado que la “teoría” de la Sociedad Secreta es “una ensalada rusa que ni Dios la entienda” (36 y ss, para comprender el irracionalismo místico de la ideología y del plan de acción).

Asimismo, Amícola comenta que uno de los primeros estudios sobre los hombres de Arlt que acertó en el imaginario es el de Nira Etchenique, quien se vio influenciada por un ensayo de Scalabrini. En el ensayo en cuestión, Scalabrini incita a la investigación del curioso carácter porteño, para ello

Debe descubrir las escenas, como quien descubre una gema; sopesar los caracteres, inventar nuevos patrones de medición; despojar al criterio de los engañosos convencionalismos europeos, pescar las palabras definidoras; formar hombres prototipos, superponer manías individuales para trazar en la manía envolvente la necesidad colectiva que las involucra a todas. Bucear en el ambiente, y sentir y pensar y actuar, a pesar suyo, como uno cualquiera, viéndose y estudiándose vivir. (Scalabrini, Raúl. *El hombre que está solo y espera* 13).

De esa manera, el ensayista apunta a que el sujeto por muy individual que se perciba no puede estar exento de su relación con los otros individuos y con el soporte histórico y cultural que habita. Para poder desentrañar su carácter hay que “Construirlo todo ... hasta la misma realidad. La que el porteño muestra, es su mentira” (Scalabrini, *El hombre que está solo y espera* 13). Esa mentira, me parece, es una mentira fundacional en la constitución del género masculino entre las clases dominadas, porque lo que oculta es la profunda desdicha e infelicidad de verse envueltos en un sistema de producción domeñado por las clases altas que ostentan el poder cultural, político, económico, militar, religioso, fundando un moderno patriarcado nacional liberal.

El liberalismo es lo que les permite a las clases dominantes la cuota precisa de supuesta libertad democrática ofertada dolosamente a las clases dominadas. Las clases dominadas perciben borrosamente, hasta que estallan en alguna revuelta, la paradoja de esa libertad vigilada, de ese ser incorporadas en el relato nacional con una serie de condiciones que pasan por traicionar sus propios principios éticos o imitar sin resultados efectivos el modelo ético de

las clases dominantes. Imitar la cáscara modélica de esas clases, porque imitar el contenido profundo, en el que es evidente que las clases dominantes hacen funcionar las mismas lógicas de violencia de las mafias y del lumpen, está prohibido por la Ley para las clases dominadas.

Ahora bien, ese darse cuenta y no darse cuenta de la propia constitución humillada, explotada, dominada, de las clases subalternas implica una serie de contorsiones que los hombres de *Ls/Ll* darían cuenta. Respecto de los problemas de los personajes y de las contorsiones que implican sus retorcidas existencias, pasando de lo serio a lo burlesco y de lo burlesco a lo serio, Masotta plantea que

Estas contorsiones reenvían a las contorsiones de una conciencia apresada en las contradicciones de la sociedad efectiva. Esa conciencia histórica, angustiada y de comediante que se levanta de las novelas de Arlt, es una verdadera conciencia delirante. Pero su delirio, lo sentimos, es verdadero, se refiere al mismo mundo al que lo hacen las conciencias normales, fábula [sic; debiese decir fabula] sobre la misma cuestión que la normalidad solamente comenta. Es un delirio que queda ligado a la verdad, en tanto que en él una conciencia se agota en aquello que se compromete ... un delirio que se rescata a sí mismo en la convicción de que una conciencia no se comprende fuera de una ligazón al cuerpo en tanto depende, en sus solicitudes y necesidades, de una determinada clase social y de una situación... (*Sexo y traición en Roberto Arlt* 80-2).

En esa misma línea, Masotta discute con el presupuesto de Lukács de que la estructura patológica de un personaje sea parte de una literatura decadente, porque la conciencia de lo patológico responde a una conciencia que debe saber comprender eso que intenta abordar y que percibe como motor de su propia patología que, en el caso de los locos de Arlt, propiamente tal históricos, psicópatas y esquizofrénicos, está profundamente vinculado con la sociedad efectiva. De este modo, en el relato continuo de *Ls/Ll*, la confesión de Erdosain, claramente en un estado de paroxismo frente al comentador-confesor, evidencia las que percibe como “relaciones reales

de los hombres” (*Sexo y traición en Roberto Arlt* nota 20, 81). Si complemento esta visión con el análisis de Guerrero, puedo inferir que, en efecto, la tensión que se da entre el sujeto masculino y los otros sujetos masculinos (el mundo político, social, ético, económico), mediado por las expectativas que se tienen respecto de la realización del sujeto, se traduce en una crisis paradójica experimentada en la tensa configuración de la identidad de género y de clase.

En esa terrible tensión y paradoja, los tipos masculinos están en una permanente crisis valórica a la espera de un mesías, de un guía político o, en el peor de los casos, de las puertas abiertas del psiquiátrico o de la cárcel de turno que cobije sus humilladas y miserables existencias. En 1941, Roberto Arlt seguía sosteniendo, en el aguafuerte “Tierras féculdas para el ocultismo”, a propósito de Hitler, el nacionalsocialismo y el conocimiento hermético, uno de los temas desarrollados en *Lsl/Ll*; este tema tiene relación con la alianza entre algún tipo de ocultismo y las tendencias fascistoides de articulación política de las masas mediante un misticismo aterrorizante que les ofrezca una ideología, más o menos mística, de la que aferrarse como un salvavidas en el naufragio de la nave social de los locos —empleo conscientemente la metáfora náutica y aludo a la extensa tradición de *Stultifera navis*—. Así, consigna Saítta que Arlt sostiene en el aguafuerte que

Su tesis consiste en que el dios de religiones razonables, ordenadas y geométricas deja de satisfacer al desesperado cuando el equilibrio social se agrieta, cuando la prosperidad de los negocios decae, cuando lo que había sido considerado eterno se trueca misteriosamente en efímero ... Florecen así los fundadores de religiones, los autores de profecías, los nigromantes, los astrólogos, los teósofos, los iniciados, los grafólogos. (*El escritor en el bosque de ladrillos* 260).

Es inevitable comprender que, a entre diez y doce años después de la publicación de *Lsl/Ll*, obras tan afectadas por el imaginario venenoso de muerte por gases de la Primera Guerra Mundial (*Los siete locos. Los lanzallamas* 480-2) y por el auge de las sectas secretas, como el

Ku Klux Klan –que repercute en el imaginario de El Astrólogo (Arlt, *Los siete locos. Los lanzallamas* 35-6)– o como “La orden del gran sello” (Arlt, “Tres aspectos” 587), Arlt insista en la alianza que se da entre los desesperados, como Erdosain, y los cultores de las ciencias ocultas, como El Astrólogo, en momentos de pérdida de la fe tanto en el *edificio falso* que es la estabilidad política liberal y económica capitalista del bienestar para toda la población de la Argentina de inicios del s. XX como en el proyecto liberal de ascenso social de la pequeña burguesía, aunque este concepto no le cabe a Remo Augusto Erdosain quien no es un pequeño capitalista inversor de un taller artesanal, sino un “funcionario de cuello blanco”, un cobrador menor para una ficcional compañía estadounidense o inglesa, la Azucarera (*Los siete locos. Los lanzallamas* 10; 38) o Limited Azucarer Company (30), a la que ha estafado en algunos pesos sin dejar de estar “mal vestido” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 8) como le señala el director “cabeza de jabalí” (7) de la compañía en un violento gesto de humillación entre hombres.

La crisis de Erdosain, según las reflexiones de Guerrero, es la crisis de hombres de clase baja que han alcanzado un nivel superior en la pirámide de la abyección a la que son sometidos por los propietarios, jefes, dueños de fábricas, directores de compañías; así como la clase popular que componen es sometida a la abyección por los jefes políticos liberales, primero, militares uriburistas, después: esa abyección lleva a la desesperación, la desesperación a la angustia, la angustia a creer en proyectos absurdos e irrealizables como una revolución fascistoide, mística, industrialista, que se instala mediante un terror asociado al uso de gases venenosos, para alcanzar con violencia la sumisión de la población que integra las capas más bajas de la pirámide social, más bajas que la propia capa de la que Erdosain es un representante típico.

Así, cuando me referí a Federico (*supra* sobre *Scm*), un tipo de masculinidad violenta y destructiva, convencida de que solo más sufrimiento y dolor podrían provocar que el sistema de miseria y crimen de las capas bajas de las clases populares modificarán sus condiciones, señalé que un contraste interesante sería observar el fascismo destructivo de El Astrólogo. Para

analizar el breve segmento de discurso de Lezin es importante comprender que este personaje articula sus reflexiones como una manipulación dramática en el que las premisas suelen ser descabelladas mentiras, contradicciones rotundas o atribuciones descontextualizadas de dichos o escritos de otros personajes, porque el personaje se articula desde una traición fundamental que se asemeja al viejo problema de apariencia/realidad y al más moderno problema de las promesas jamás cumplidas de las elites políticas, promesas de bienestar y armonía social ofrecidas a las capas populares, en las que incluyo la miserable y criminal pequeño burguesía representada por los personajes de las novelas de Arlt aquí analizadas, a las que se les atribuye el impedimento del bienestar y la desarmonía social debida a sus modos de conducta. De este modo, mientras el supuesto anarquista de *Scm* apunta a mecanismos de extrema violencia para acelerar el paso de la destrucción del sistema económico que somete a la abyección a las clases miserables, el Astrólogo establece que “llegará un momento en que la humanidad ... se pondrá tan furiosa que será necesario matarla como a un perro rabioso... .. Será la poda del árbol humano... .. durante algunos decenios el trabajo de los superhombres y sus servidores se concretará a destruir al hombre de mil formas, hasta agotar el mundo casi” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 143).

La reflexión de El Astrólogo solo es comprensible a la luz de la megalomanía mesiánica que supone el fascismo, similar en este contexto a la reflexión tendiente a lo destructivo, totalmente ironizada, que se percibe en Federico. En ambos casos, los hombres son ridículos ejemplos de megalomanía, un rasgo hiperbolizado muy propio de la constitución masculina; son ridículos principalmente porque sus proyectos solo son fantasmas de una materialización real revolucionaria (fascista o ácrata) y también porque solo son títeres de una figura narrativa que los ha configurado como sujetos envilecidos por su propia inoperancia, recayendo nuevamente en el enorme grupo de los “pobres diablos”.

En el análisis que he venido desarrollando, me parece fundamental dar una interpretación del modelo de sociedad que deriva de las conspiraciones distópicas de algunos de los locos de *Lsl/Ll* con la que revisar algunos de los argumentos de esta investigación y comprender cómo la Sociedad Secreta de Temperley permite inferir rasgos compositivos en la constitución identitaria masculina y cómo desde esas identidades mínimas y particulares, microcósmicas, atravesando los modos irónicos y grotescos de degradar y criticar a esos hombres, acceder a un plano macrocósmico en el que se evidencia que la Sociedad Secreta puede ser comprendida como sectas o agrupaciones diversas de hombres, en un primer nivel, y como una forma de referir al orden de la dominación histórico, social y cultural, en el contexto de la Argentina del Centenario.

Ya he comentado algunos aspectos interesantes de la Sociedad Secreta. Solo para sintetizar es relevante recordar que la Sociedad Secreta está conformada principalmente por El Astrólogo, del cual ya he indicado que es un manipulador de la información y que dispone a los otros integrantes de la sociedad como si de pierrots se tratase, con lo que replica ciertas lógicas masculinas de autoritarismo, propias de los modos de operar de las clases dominantes por sobre las clases dominadas, disponiendo a voluntad de la información que otorga y que guarda en el más total secreto, permitiéndome inferir algunos *modus operandi* que se dan entre las clases dominantes respecto de las clases subalternas, en el pasado inicio del s. XX y en el presente s. XXI —en la constitución identitaria masculina es fundamental comprender que Lezin ha sufrido un accidente que lo ha castrado físicamente; su castración no es simbólica, dado que es, en su incredulidad en la astrología y en su capacidad embaucadora y manipuladora, un activo (potente) sujeto masculino (*Los lanzallamas* 305-6)—.

La sociedad secreta incorpora elementos místicos, fascistas, nihilistas, destructivos, un par de confusas menciones ideológicas a presupuestos anarquistas o comunistas, sin embargo, se diferencia sustancialmente de los anarquistas, a los que la confesión de Erdosain les dedica una

sección completa (“Los anarquistas”, *Los siete locos. Los lanzallamas* 439-52, aunque el grupo de anarquistas ocupa poco más de medio capítulo) y frente a la mujer ácrata y a los hombres simpatizantes de la Idea se percibe un tono irónico en menor grado que en *Scm*, porque, en la chacra hiper pauperizada en la que viven arrabaleramente, las personas simpatizantes de la anarquía han colocado un cartel que reza “«*Se benden huevos y gayinas de raza*»” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 446), sugiriendo la falta de cultura letrada que ya el Hevia viejo le achacaba al lumpen anarquizado de *Scm* (“los *hamburgueses*” para referirse a los burgueses, *supra*); hay otros elementos concomitantes, como la ingenuidad, la referencialidad a personajes históricos (en este caso, Severino Di Giovanni, porque uno u otro hombre anarquista de la escena, el flaco o el grueso, de ojos verdosos y rubios, es nominado como Severo (449)), la pobreza, el deseo de construir una sociedad futura basada en la propaganda escrita (449) y también en las bombas (aunque en el concepto de Erdosain estén atrasadísimos con los métodos explosivos: 451). Todos estos elementos están aminorados en *Lsl/Ll* respecto de *Scm*, porque el foco no está puesto en anarquistas, sino en los locos de la Sociedad Secreta.

Sustancialmente, también, la ideología de la Sociedad Secreta (“la ensalada rusa que ni Dios entienda”, como señalé *supra*) se diferencia de los presupuestos comunistas, porque en la discusión que se da entre El Astrólogo y el Abogado (“El Abogado y El Astrólogo”, *Los siete locos. Los lanzallamas* 365-87), este joven universitario que niega su origen adinerado y se emancipa de las “riquezas”, letrado, formado en la ideología revolucionaria del comunismo oficial, pone en evidencia que la Sociedad Secreta aspira a un tipo de revolución social escalofriante y sanguinaria que lleva al Abogado a sentir repulsión por el proyecto de El Astrólogo, con el consecuente enfrentamiento a golpes, del que el Abogado sale notoriamente lesionado y Lezin se magnifica como masculinidad frente a Erdosain gracias a su triunfo, como también señalé.

Este pasaje es fundamental en muchos sentidos, porque se apunta a la ignorancia y temor popular como impedimentos para alcanzar el real comunismo (367) o se representa la intervención militar en la política estatal mediante la metáfora del juego de ajedrez, aludiendo a su maquiavelismo, para conseguir la opresión del pueblo como motor de cambio revolucionario (*Los siete locos. Los lanzallamas* 367-8). En esta discusión, se hace notoria la incorporación de una intervención militar como parte de la conspiración revolucionaria; así, El Astrólogo insiste ingenuamente en que los militares “son suficientemente brutos para llevar a cabo todos los disparates necesarios para despertar la conciencia revolucionaria del pueblo” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 368), con lo que se cumpliría su objetivo de asentar las bases para la formación ideológica comunista del pueblo, mediante el deseo de sacudirse el yugo opresor.

Esta es una ingenua idea de transformación social que, en boca de El Astrólogo, debido a su construcción como personaje, no deja de ser una ridícula afirmación distópica, dado que, frente a los abusos militares, “el pueblo que lo que menos tenía era de revolucionario y comunista por contradicción con esa minoría se convertirá en bolchevique y antimilitarista” (368-9). Esta absurda premisa no evidencia resultados en el relato, por el inminente fracaso de la Sociedad Secreta, por el teatro dentro de la ficción que implica el mismo quehacer de esa sociedad; en el plano referencial, las consecuencias de la dictadura de Uriburu es la apertura a un periodo que se debate entre crisis económica, captura de las divisas por los agentes capitalistas locales y británicos, un proceso de autoritarismo mediado por militares respetuosos de la institucionalidad parlamentaria y por el resurgimiento de los radicales, apoyados por el viejo liberalismo; en este escenario, se excluye a anarquistas, comunistas y otros subversivos, como los fascistas uriburistas que deben dar paso a otro tipo de nacionalismo (Romero, Luis Alberto, “La restauración conservadora, 1930-1943”, *Breve historia contemporánea de la Argentina* 67-75).

Revisado lo anterior, brevemente, es necesario ahondar en la estructura y cosmovisión de la Sociedad Secreta. Cabe señalar, además, que Erdosain y Haffner forman parte de la sociedad con cierto descreimiento, su motivación está dada principalmente por el aburrimiento o el vacío en sus existencias que perciben como una angustia demoledora, cada cual en su propia lógica, aunque ambos evaden sus realidades a través del crimen y la culpa; Haffner evidencia la violencia masculina patriarcal del sistema capitalista a través de la realización del mal y la perversión en tanto se vuelca al proxenetismo, por ende, a la trata de mujeres; Erdosain, como se puede inferir, se conduce al mal y a la humillación a través de la perversión criminal, de la pederastia (es ultrajante, para Elsa y para el público, la historia de Erdosain y la colegiala de doce años (*Los siete locos. Los lanzallamas* 416)), hundirse en la “suciedad” de lo urbano, visitando cafés de bajos fondos y prostíbulos, ensoñando megalomanías como ser el Emperador Erdosain (*Los siete locos. Los lanzallamas* 273; 340-2) o construir la fábrica de gases mediante los que “expurgar” al mundo del cáncer de su propia época, una amalgama extraña entre aspiración a la riqueza, falta de fe, autoritarismo, democracia falaz, liberalismo económico, crisis moral, entre otros elementos.

Es evidente que los hombres de la Sociedad Secreta de Temperley no son equivalentes a los locos –sean siete o sean más, dependiendo si se contará a Elsa, a Hipólita, a la familia Espila completa, o al menos a Lucila, al sordo Eustaquio y a Emilio, a doña Ignacia y a María, la Bizca, personajes que en palabras del comentador-confesor, emulando o no la voz de Erdosain, son todos tipos patológicos por una razón u otra–. Entre los integrantes de la Sociedad, se encuentra el Mayor, de quien se anota que es un actor contratado por El Astrólogo, para luego enterarse de que sí es un militar conspirador (*Los siete locos. Los lanzallamas* 161-2; 165 (véase la nota del comentador)), guiño evidente a los cuerpos armados y a su fuerza política asociada al control de las armas¹⁰⁹; también, el Buscador de Oro, de quien hay algunas menciones más o

¹⁰⁹ Bastante tinta se ha empleado para comentar, analizar e interpretar la relación entre los uriburistas conspiradores y la Sociedad Secreta de *Los siete locos* de 1929 y la forma que adopta en *Los lanzallamas* de 1931, habiendo

menos folletinescas, pero que, fuera de ser un interlocutor soñador para Erdosain, es un participante tangencial en la sociedad. No forman parte de la sociedad, Ergueta, Alfon Bromberg (El Hombre que vio a la Partera) ni Gregorio Barsut; las personajes tampoco forman parte de la Sociedad Secreta, aunque El Astrólogo busque incorporar a Hipólita, al menos en el ejercicio discursivo de convencimiento, realizando un chantaje verbal al focalizarse en la mujer revolucionaria (*Los siete locos. Los lanzallamas* 306) y no ya en los sueños megalómanos de los hombres-locos. Obviamente, la conspiración y gaseosa revolución de la Sociedad no solo fracasa, sino que jamás llega a realizarse, evidenciando la condición de “pobres diablos”, conspiradores de pacotilla, de sus participantes en tanto hombres incapaces de llevar a cabo una sublevación cívico-militar, diferencia sustancial con los hombres referenciales de la elite que sí pudieron instalar en el poder sus prerrogativas a espaldas de las capas populares, embaucadas con diferentes ensoñaciones democráticas, como apunté en el primer capítulo.

Una de las características fundamentales de la Sociedad Secreta de Temperley tiene que ver con el financiamiento. Este está anclado en una economía prostibularia¹¹⁰ de la que el Rufián Melancólico será el asesor profesional a cargo, dado que el financiamiento de la Sociedad Secreta es para Haffner “un negocio, previsto y tolerado por nuestras leyes” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 51). La economía prostibularia y la participación de Haffner aluden en términos referenciales, como ya apunté, a Noe Traumen y a la Zwi Migdal, mafia de trata de personas que operó con cierta impunidad en los primeros veinticinco años de la megalópolis

mediado entre la publicación de una y otra parte de la obra el *Putsch* uriburista. Entre otras marcas textuales, baste la “(1) Nota del Autor” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 161). En 1927, es necesario recordarlo, Carlos Ibáñez del Campo, en Chile, da un golpe de Estado, del que no hallé marcas textuales en *Hdl* o en *Scm*, por el motivo evidente de que el tiempo representado en las obras orbita aproximadamente desde 1900 a 1920. Sin embargo, en el tiempo histórico, así como los Centenarios de las repúblicas chilena y argentina están cerca, así también las lógicas militares de imposición del “orden” a través de las armas para desplazar una viciada oligarquía o una viciada alta burguesía, que pierden la “mano firme” del “Padre” con la que deben aleccionar, corregir, adoctrinar y guiar a las inquietas capas populares de la población, nunca preparadas para el banquete democrático. Es interesante la reflexión respecto del capitalismo, la alianza con la democracia liberal o con el autoritarismo militar y su pretendido fracaso (*Los siete locos. Los lanzallamas* 369-70).

¹¹⁰ Respecto del libre mercado, de la economía prostibularia y del modelo especulativo capitalista como estafa de “furbos”, véase el artículo parte de mi investigación: “Diabluras castigadas de González e Ipinza, los amigos contraejemplares de *Hijo de ladrón*”. *Revista Chilena de Literatura* 104 (2021). Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2021. Impreso. 809-840.

bonaerense, aunque no es el objetivo de esta investigación ahondar en las similitudes y diferencias entre los tipos literarios, ficcionales, y los históricos, referenciales, en ese nivel minucioso.

Ahora bien, lo verdaderamente relevante, en este contexto, no es el doble espectacular de la Zwi Migdal, sino cómo la economía prostibularia de la Sociedad Secreta es una alusión crítica y paródica al sistema económico capitalista, porque basar la economía de una sociedad “revolucionaria” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 51)¹¹¹ en la explotación de las mujeres (del “vicio de la mujer”, dice Erdosain (51)) parece ser contradictorio. Sin embargo, en un movimiento ético *noir*, Haffner le indica a Erdosain, y expone frente al público, que “La sociedad actual se basa en la explotación del hombre, de la mujer y del niño. Vaya, si quiere tener conciencia de lo que es la explotación capitalista, a las fundiciones de hierro de Avellaneda, a los frigoríficos y a las fábricas de vidrio, manufacturas de fósforos y de tabaco. ... los hombres del ambiente, tenemos a una o dos mujeres; ellos, los industriales, a una multitud de seres humanos” (51).

Este movimiento ético de asimilación del mal de “por arriba” como justificación de la estructura de explotación del ser humano por el ser humano, propio de las sociedades de castas en las que prima la propiedad privada y el individualismo, ironiza las lógicas de explotación capitalista rebajándolas a la condición de un régimen prostibulario, con lo que los socios accionistas de un gran capital o las oligarquías que ostentan y detentan el poder político son asimilados/as a proxenetas; más aún, el proxeneta en su condición de explotador microcósmico es “menos desalmado” que un industrial, dado que uno explota a un par de seres humanos,

¹¹¹ Comprendo que el proyecto de El Astrólogo carezca de una base ideológica claramente identificable, lo que se sustenta en marcas textuales evidentes; esto no quita que la “ensalada rusa que ni dios entiende”, como base ideológica de la sociedad, haga que esta pierda su carácter revolucionario, porque ese carácter está dado por su dimensión mesiánica, por su proyecto de sociedad futura e inalcanzable, por la crítica a la decadencia del presente y por su configuración de un mundo posible “mejor”, según el locoide, situado temporalmente en un tiempo por venir. Estos rasgos son constitutivos de las identidades mesiánicas, habituales entre hombres ideologizados como se puede contrastar con los hombres referenciales expuestos en el capítulo uno, con un manual de historia social donde se describan anarquistas, fascistas y comunistas o con lo comentado sobre los hombres de *Scm*. También se puede contrastar con lo expuesto por François Furet en *La pasión revolucionaria* (41-58).

mientras que el otro condena a la abyección a cientos de miles, mediante la dominación económica y el control de las fuerzas armadas, estipulando salarios, especulando con los precios del alimento y de la vivienda, entre otros factores. El industrial, el socio accionista y el proxeneta terminan ocupando la misma posición social masculina de explotador y dominante en la pirámide social productiva en la que la mujer-clases explotadas están sometidas a su violencia.

Ahora bien, en la Sociedad Secreta, dado que se trata de una “ensalada rusa”, confluyen una multiplicidad de contradicciones (como las palabras de El Astrólogo a Hipólita y pretender financiar la secta y la futura revolución con la explotación sexual de mujeres en prostíbulos). Esas contradicciones evidencian un modo ridiculizado de discursos políticos y místicos grandilocuentes que en clave parecen replicar los discursos oficiales fascistoides del presente al que refiere el relato (ya indiqué en el capítulo primero la influencia del fascismo católico en los jóvenes nacionalistas argentinos de la mano de la dictadura de Uriburu; el proceso histórico que decantó en ese golpe de Estado debe haber empezado a gestarse algunos años antes, por lo que puedo inferir que, en el contexto histórico, el clima social era tenso, estaba atravesado por los discursos ácratas, fascistas, de triunfo del Centenario y por un escenario social de pobreza, marginación y descontento).

Así, El Astrólogo basa, entre otros pilares fundamentales, la Sociedad Secreta en la obediencia y en el industrialismo (*Los siete locos. Los lanzallamas* 43), sin que le quede del todo claro al público lector o a los personajes con quienes dialoga qué sea el industrialismo. Este industrialismo parece ser un émulo del capitalismo, aludiendo a Ford o a Edison como agentes revolucionarios, sin dejar de lado un ámbito irracional de misticismo junto con articular en el discurso un guiño a la ciencia y a la generación de sabiduría. Estos elementos se conectan con la idea de crear sujetos elegidos, particularmente hombres, por ende, la Sociedad Secreta

quiere “Crear un hombre soberbio, hermoso, inexorable, que domina las multitudes y les muestra un porvenir basado en la ciencia” (43).

Ese hombre será fruto no de cualquier sociedad secreta, “sino de una super-moderna, donde cada miembro y adepto tenga intereses, y recoja ganancias, porque sólo [sic] así es posible vincularlos más y más a los fines que conocerán sólo [sic] unos pocos” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 37). De este modo, la ensalada rusa ideológica de la Sociedad Secreta se aleja caricaturescamente del sistema político y cultural que rige la dominación y la explotación, al mismo tiempo que apela a ese sistema y lo desnuda en su dimensión más necia y loca, lejos de complejas teorías y explicaciones filosóficas con las que se sustenta el capitalismo, el liberalismo, la explotación, la sociedad regida por los más aptos, entre otras partes de la máscara con la que se encubre la explotación, subalternidad, hambre, abyección y dominación de las amplias capas populares por parte de las clases que ostentan el poder armado, económico, cultural y político (obtenido muchas veces a través del “voto democrático” conseguido mediante charlatanerías, embustes y embaucamientos similares a los de El Astrólogo).

Así como los Estados nacionales de Chile y Argentina instituyen la educación pública, mediante la que se adoctrina a las capas populares de las clases bajas, bajas-medias y medias (al unísono se les da la entrada más o menos ficcional al campo de lo letrado y, por ende, a poder participar tangencialmente o no de la escritura social e histórica del relato nacional), la Sociedad Secreta también pretende tener academias y colonias revolucionarias (*Los siete locos. Los lanzallamas* 37) en las que adoctrinar a ese estulto hombre soberbio que también será resultado de una ensalada rusa, a diferencia de la homogénea y monológica tradición educacional nacional con sus fechas de batallas en las que triunfa la elite, un sistema irreflexivo de aprendizajes de memoria o la formación de mano de obra industrial o de empleados para engrosar las filas de la fábrica o de la burocracia.

En el contexto de la sociedad decadente que habitan los maniáticos del relato, Ergueta apunta de modo particular que “las ciudades están como las prostitutas, enamoradas de sus rufianes y de sus bandidos” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 205). Así, las ciudades, metonimia de sus habitantes, se comportan mediante el complejo del sometimiento al victimario como rasgo constitutivo de la sociedad humana, en lo abstracto y referencial, que está aludida por la sociedad ficcional del relato. Si el mundo humano es como un prostíbulo, en el que sus habitantes, hombres y mujeres, padecen la violencia de rufianes y bandidos, ¿quiénes son los rufianes y bandidos? Me parece que la construcción simbólica es clara, los proxenetas y mafiosos del prostíbulo del mundo son las clases dominantes que ostentan el poder de explotación de las clases dominadas.

La subversión de ese orden, en la obra doble, podría venir de la mesiánica venida de Cristo o de la mesiánica promesa cumplida de la sanguinaria Sociedad Secreta; en ambos casos, se evidencia que ni Cristo vendrá de nuevo a redimir a las prostitutas-habitantes del orbe humano ni que las sociedades secretas (masones, anarquistas, comunistas clandestinos, socialistas o cristianos) podrán transformar el mundo prostibulario-capitalista liberal (o neoliberal), porque las condiciones materiales para hacerlo están maquilladamente negadas a través de la democracia del sufragio, aparente participación y representación política de las multitudes heterogéneas que padecen la explotación y la dominación de diversas formas, entre las que el control de las materias primas, del producto del trabajo y del tiempo son de las más evidentes.

De este modo, la sociedad prostíbulo debe ser exterminada, pero no hay medios para ello y mucho menos se podría confiar en el teatro de fantoches que monta El Astrólogo (*Los siete locos. Los lanzallamas* 250-1). Evidentemente, uno de los soliloquios de El Astrólogo acusa la profunda ironía de que un personaje de su tipo masculino pretenda dirigir una revolución social, dado que expresa “ideas en un sistema telegráfico, vibrante, interrumpido, como si todo él tuviera que acompañar el ritmo del pensamiento, a una misteriosa trepidación de entusiasmo”

(251). Ese entusiasmo es un frenético divagar ridículamente representado como una cavilación de iluminado, como si recibiera desde una voz ajena al sí mismo, un mensaje crítico; sin embargo, la voz no es ajena al sí mismo, porque, frente a los títeres con los que representa a los jefes de la Sociedad Secreta, “comenzó un diálogo silencioso cuyas preguntas partían de él, recibiendo en su interior la respuesta” (251).

El pensamiento de El Astrólogo transita por diferentes modos de instalar una nación, en clave paródica; también se puede constatar cómo se parodiza la instalación de una comunidad nacional “a la fuerza”; así, se anticipa a la colonización por guerras bacteriológicas, remite constantemente al uso de gases de guerra, a la instalación de instituciones que resguarden el control social, la propaganda proclive a mantener el orden instalado por la sociedad, atemorizar a la población mediante medios de comunicación diversos, entre otros factores (*Los siete locos. Los lanzallamas* 251) que, aunque someramente, dejé evidenciados en el capítulo uno como mecanismos de instalación de la dominación por parte de las elites.

El Astrólogo, en el ámbito anterior, se configura como un tipo masculino megalómano, a través de algunas de las jugadas que ya he comentado; con ellas, también hay que incorporar la noción de superioridad del personaje, asociada a una perversa noción del amor por el prójimo que lo lleva a compararse a Cristo, porque él le regalaría su vida a los hombres, en un acto sacrificial, para redimirlos y conducirlos al entusiasmo revolucionario que siente como motor de cambio (*Los siete locos. Los lanzallamas* 252). En esta lógica, El Astrólogo es ridiculizado por el narrador a través de un imaginario hiperbólico y degradante, aunque no se escapa, en términos narratológicos, que ese narrador es el comentarador-confesor de Erdosain, por lo tanto, hay una modalización importante entre lo que percibimos del personaje y lo que quiere transmitir el comentarador, quien claramente está impulsando la lectura que orbita en torno a El Astrólogo como un personaje masculino degradado justamente por sus aspiraciones mesiánicas conjugadas con una visión megalómana de sí mismo. Así, “Acero, cromo, níquel” (253) es un

frase recurrente que el personaje repite irreflexivamente en el paroxismo alucinatorio de su megalomanía. Estos rasgos de irracionalidad apuntan a desestabilizar el orden que supone la distopía de El Astrólogo y a jugar referencialmente con los alucinados discursos que podían emitir en contexto público algunos personeros políticos del presente histórico del autor como Mussolini o Uriburu.

De este modo, Amícola señala que

... la sociedad secreta del ciclo es un nudo representativo de las diferentes tendencias ideológico-políticas que se perfilaban en ese momento en el país. Con la sociedad secreta están relacionados de manera más o menos comprometida o hipotética los falsificadores de dinero (representante del anarcosindicalismo), pasando por el Abogado (comunismo), por aquellos que aceptan las reglas del juego político oficial como Ergueta, Barsut, los Espila, Haffner e Hipólita (“radicalismo”), por el Mayor (conservadurismo) hasta llegar a los fanatizados como Bromberg, el Buscador de Oro, Erdosain y el Astrólogo (fascismo). (*Astrología y fascismo en la obra de Arlt* 63).

Brevemente quiero indicar un par de discrepancias que tengo con la visión de Amícola. Considero que el universo anarcosindicalista, anarquista por el hecho y por la palabra está poco representado en el ciclo narrativo de Arlt, principalmente, porque, como comenté, el espacio que se da a la y los anarquistas es breve, indaga poco en su cosmovisión ideológica y remite, por diversos caminos tangenciales, a una concepción destructiva de un nihilismo emparentado con cierto anarquismo terrorista del que bebe mucho más el discurso megalómano de El Astrólogo o de Erdosain.

He ahí mi segunda discrepancia, dado que considero que El Astrólogo no responde solo al modelo fascista, sino que reproduce, en esa “ensalada que ni dios entiende”, discursos políticos altisonantes e incendiarios de diversas corrientes, más o menos místicas, más o menos

fascistoides, más o menos anarquizadas, más o menos anticipatorias y profundamente distópicas.

En ese sentido, ni los falsificadores de dinero de la obra son propiamente tal anarcosindicalistas, sino que son anarquistas en un ambiguo sentido porque no hay definición precisa en la obra ni El Astrólogo es propiamente tal un fascista, porque el origen, el producto y la proyección de sus discursos son una amalgama populista y destructiva de retazos de proyectos políticos que compila ridículamente para evidenciar lo cómico-grotesco de su propio proyecto revolucionario y conservador, porque busca la construcción de un mundo futuro, lo revolucionario, en el que se hiperboliza la lógica de la dominación, de la sociedad de castas, de la miseria de muchas/os para construir la riqueza de pocas/os, el régimen de los “más aptos” por sobre los ignorantes, la misoginia fundante patriarcal, la explotación industrial, entre otros rasgos conservadores del orden de la dominación y de la sociedad de clases dominantes y subalternas.

En la lógica anterior, la alucinatoria ideología de la Sociedad Secreta se degrada al ser comparada con el inventario de una farmacia, lo que vuelve a la parodización del sistema social que, a su vez, tiene un amplio inventario de soluciones, aparentes o no, para los diversos habitantes de su comunidad nacional imaginada. Así, se articulan múltiples soluciones ideales a problemas sociales diversos y concretos. En último término, en palabras de El Astrólogo, fundar la “era del Monstruo Inocente” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 275) es articular un mundo que se oponga a la civilización tal como se conoce, asumiendo que la civilización del relato alude y refiere a la civilización occidental, patriarcal, capitalista, nacionalista, católica y liberal de inicios del s. XX.

Para construir la nueva era, la propuesta es “acaparar los principios más opuestos. Como en una farmacia, tendremos las mentiras perfectas y diversas, rotuladas para las enfermedades más fantásticas del entendimiento y del alma” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 276). Me parece

que, respecto del presente y del pasado inicio de s. XX, las clases dominantes ejecutaron movimientos similares para instalarse como ostentadores de la cura de las enfermedades sociales, modelando un sistema civilizatorio y civilizado que garantizase la permanencia de la dominación como eje naturalizado de organizar la vida y el mundo humano. Quienes ostentan la hegemonía pueden variar, desde las elites latifundistas del pasado a las neoligarquías plutocráticas del presente, lo que no ha variado en siglos es la condición de dominación y de explotación de las capas populares compuestas por el lumpen, el proletariado, los grupos rebeldes a la dominación, los pueblos originarios en contexto de colonización, las disidencias sexuales, el campesinado, entre otros grupos entre los que no deberíamos excluir a las infancias y a las senectudes.

Es necesario indicar que en la lógica de esta investigación es posible inferir de dichos como los de El Astrólogo, el *modus operandi* de la dominación; así, unas u otras clases dominantes, siempre realizarán el ejercicio de resucitar o inventar dioses “hermosos... supercivilizados...” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 276), mediante los que mantener el sometimiento de las clases subalternas o, a lo sumo, permitir ciertos grados de rebelión ideológicamente determinada o de rebelión criminal, castigada aleccionadoramente, pero siempre permitida como parte del modelo.

Cabe señalar que en el universo de la Sociedad Secreta, y su posibilidad de lectura como espectro literario del orden de la dominación, los hombres que articulan revoluciones signadas por el odio y el exterminio son monstruos angelicales o, más bien, son ejecutores monstruosos de la guerra social, de la destrucción y del terror, porque estos movimientos masculinos y violentos son necesarios para redimirse y alcanzar el nuevo orden del mundo en el que estallen las “verdades angélicas” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 303) del nuevo Hombre que hable desde el amor.

Sin ir más lejos, la prédica del amor ha estado presente en la campaña propagandística que buscaba instalar la opción Rechazo a una nueva carta fundamental para Chile, en el presente. Por lo menos esta anécdota es curiosa, sobre todo cuando observamos de cerca los modos de llevar a cabo el amor de los grupos de derecha local, sin incurrir en los consabidos grupos de ultraderecha nacionalista fascistoide o ultranacionalistas stalinistas.

Claramente en el universo civilizado del mundo que requiere de una sanguinaria revolución, la felicidad está pérdida y el malestar en torno a la cultura que se habita configura la tensión que se articula internamente en la constitución de identidad. La explotación y la dominación podrían ser causas de esa infelicidad, la violencia patriarcal que se percibe día a día también podría estar en la raíz de la desdicha que percibe la Humanidad desde múltiples aristas, pero que le resulta ineludible, filosófica, económica, política, culturalmente. El arte se hace cargo “solo y como puede” de ese complejo social e individual que evidencia la infelicidad del orbe humano.

En el contexto del capitalismo prostibulario, se vuelve otra vez a reflexionar, ahora en voz de Erdosain dirigiéndose a Haffner, en que “Usted explota tres mujeres, para no trabajar. Otros explotan un regimiento de operarios para andar en automóvil, tener muchos sirvientes o beber un vino cuyo mérito fué [sic] el ser envasado hace cien años. Ni ellos ni usted son felices...” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 331). De todos los modos posibles, responder por qué existe el “gusano” de la infelicidad inoculado en el alma humana excede totalmente esta investigación que no pretende más que evidenciar las lógicas del mal y la perversión en la configuración de las identidades masculinas contextualizadas en los regímenes nacionales, patriarcales, capitalistas, liberales y católicos de inicios del s. XX, en Argentina y Chile.

Algunos apuntes finales sobre mundo criminal, relación entre las clases dominantes y las subalternas y la sociedad conspirativa de los degradados hombres locoides de *Ls/Ll*. Respecto de la fragilidad del orden instituido, El Astrólogo comenta que en la prensa escrita “se ocupan

de la alianza de Al Capone y del Chinche como se ocuparían de un tratado ofensivo y defensivo entre Paraguay y Bolivia o Bolivia y Uruguay” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 354), con lo que se intuye cómo el orden de las mafias criminales no solo se institucionaliza, sino que puede capturar la atención con una ilusión fundacional, es decir, en la base ideológica del orden criminal de las mafias se puede observar el orden constitutivo de los tratados de los Estados nacionales modernos que están regidos por las cúpulas de las clases dominantes que organizan el mundo humano como si se tratase de un teatro de fantoches, dirigido por capos (caudillos políticos, militares, económicos, populistas, entre otros variopintos tipos de masculinidades).

En el escenario recién comentado, la organización criminal parece ser un rasgo característico de las articulaciones masculinas de grupo, asociadas bajo la lógica de la sumisión al poder. Así, tal como un Estado nacional puede ser hiperbolizado como una secta o como una mafia, el sistema social “indigna [por] el funcionamiento de esta maquinaria capitalista, que tolera las organizaciones más criminales, siempre que estas organizaciones reporten un beneficio a los directores de la actual sociedad” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 355). Si el sistema social argentino no aceptase esa orgánica criminal alojada en sus instituciones políticas y públicas, no sería por virtud sino por debilidad que es un rasgo que El Astrólogo percibe en las serviles capas populares entre las que se puede ubicar a la pequeña burguesía, compuesta por cobradores como Erdosain y por otros funcionarios de cuello blanco, empleados o comerciantes, como el farmacéutico Ergueta.

Es notoria la dimensión criminal de las corporaciones, transnacionales o multinacionales que, hoy por hoy, manejan el Mercado con una dolosa ética, mientras se eximen de los impuestos, reciben el respaldo de los gobiernos de turno y mantienen las lógicas de explotación y segregación social entre las capas populares, trabajadoras, del lumpen, de esa cíclica pequeña burguesía que nunca asciendo lo suficiente como para alcanzar la ensoñación del bienestar prometido.

Respecto de la contradicción entre capitalismo y democracia parlamentaria, es interesante observar uno de los “desquiciados” argumentos de El Astrólogo cuando discute con El Abogado. Frente a este, Lezin se refiere a un presidente que recibió, paradójicamente el Premio Nobel de la Paz, Roosevelt, quien es parafraseado por el personaje respecto de cómo instalar el canal de Panamá sin pasar por los métodos democráticos, sino que empleando la lógica capitalista de intervención económica: comprar la tierra. Así, Lezin quiere evidenciar la criminalidad de las compañías mercantiles estadounidenses, que anticipan el *modus operandi* de las transnacionales actuales.

De este modo, las lógicas de funcionamiento de la maquinaria capitalista “es burlarse cínicamente de los procedimientos democráticos y de la ingenuidad de los papanatas que creen en el parlamentarismo” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 371); en esa misma línea, compara a bandidos revolucionarios como Pancho Villa con el modo de operar de las corporaciones capitalistas, apuntando que el bandidaje capitalista impulsa revoluciones controladas y pactadas por los capitales estadounidenses (371). Este panorama que se despliega frente al público lector debiese, por lo menos, activar la memoria histórica respecto de los Golpes de Estado en América del Sur en los últimos 30 años del s. XX.

Finalmente, respecto del horror como mecanismo de funcionamiento de la Sociedad Secreta y su relación con el capitalismo internacional, Lezin le plantea a El Abogado que

... la táctica del capitalismo mundial consiste en corromper la ideología proletaria de los estados diversos. Los cabecillas que no se dejan corromper son perseguidos y castigados. Las penas más leves consisten en el destierro para los inculpados, y las más graves la cárcel con el corolario de los tormentos policiales, más extraordinarios, como ser retorcimiento de testículos, quemaduras, encierro de los inculpados en invierno en calabozos a los que se les arroja agua, quemaduras. A las mujeres de filiación comunista se les retuercen los senos, se les arroja pimienta en los órganos genitales, todos los

martirios que pueda inventar la imaginación policial son puestos al servicio del capitalismo, por los empleados de investigaciones de todos los países de Sud América. (*Los siete locos. Los lanzallamas* 375).

Así, junto con universalizar la tortura como ejecución de la orden de las clases dominantes por parte de los cuerpos masculinos armados y de incorporar a las perseguidas y torturadas, sin la ambivalencia con la que le habla a Hipólita, El Astrólogo justifica la violencia revolucionaria de la Sociedad Secreta en la violencia institucionalizada del capitalismo dominante. No por ello su discurso se vuelve homogéneo o transparente, dado que la discusión con El Abogado deriva en una serie de hecho ambivalentes, degradados, irónicos y cómicos que culminarán con asesinatos, incendios, suicidios y escapes cinematográficos o salidas de escena frenéticas.

En ese sentido, no es en vano que El Abogado va descomponiéndose somáticamente frente al delirio destructivo de Lezin quien acumula ametralladoras, explosiones y sangre corriendo por las calles en un imaginario distópico que, en su lógica, es necesario para alcanzar la tan esquiva paz en el orbe humano. Así, denostando a socialistas y demócratas, en el paroxismo de su delirio revolucionario, le espeta en el rostro a El Abogado que los capitalistas son los más tremendos revolucionarios, porque son capaces de fabricar mil máquinas en nueve meses con los que reemplazar a la humanidad (*Los siete locos. Los lanzallamas* 385).

Ahora, esa idea de revolución o la idea de evolución y paz de socialistas y demócratas, le parecen al locoide de rostro romboidal una revolución de opereta, porque él quiere impulsar “La revolución que se compone de fusilamientos, violaciones de mujeres en las calles por las turbas enfurecidas, saqueos, hambre, terror. Una revolución con una silla eléctrica en cada esquina. El exterminio total, completo, absoluto de todos aquellos individuos que defendieron la casta capitalista” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 385). El discurso recursivo de El Astrólogo evidencia, grotescamente por su tono alucinado, distópico y pesadillesco, la ironía que inocular en sus palabras la conciencia autorial, porque esas palabras contradictorias entre sí

de modo permanente a lo largo de la obra, esa opereta no deseada pero que recubre al teatro de fantoches, es la mentira de El Astrólogo, es la apariencia con la que encubre el vacío y la tristeza que padece; es, al mismo tiempo, la promesa nunca cumplida de superación de la sociedad de clases y su régimen de explotación y dominación.

Desde la perspectiva anterior, es fundamental señalar que

La asombrosa libertad inventiva del Astrólogo, inagotable y en constante metamorfosis, se combina con una aguda crítica de lo político y social para conformar un proyecto de revolución deliberadamente ambiguo y contradictorio, imposible o irrealizable en el orden de los hechos, pero de una poderosa eficacia simbólica. Una réplica circunstancial a uno de los miembros de la logia encierra en clave el carácter de las soluciones que planea este ideólogo: «Yo sé que no puede ser, pero hay que proceder como si fuera factible» (*Sl*, p. 144). Por lo tanto, lo que interesa no es llevar a cabo la futura acción revolucionaria, de la cual son sin lugar a duda incapaces los personajes marginados que acompañan al Astrólogo, sino abrir en la ficción un espacio utópico [distópico], a medio camino entre el sueño (y el delirio de poder [y la pesadilla moderna]) y lo real. (Corral “Ficción y crónica en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*” 619).

Así, entre lo real y lo distópico o, más bien, respecto de la distopía real de inicios del s. XX, con su fantasma proyectado hasta el inicio de “nuestro” s. XXI, cabe indicar que “la desproporción monstruosa que usted advierte en mi sociedad [la proyectada por Lezin] existe actualmente en nuestra sociedad, pero a la inversa” (*Los siete locos. Los lanzallamas* 144). La apelación al plano referencial e histórico es ineludible; el espectro de la Sociedad Secreta con sus lógicas conspirativas, similares en muchos sentidos a los modos de operar de las clases dominantes, ha inoculado su monstruoso veneno en el ángel de la historia del orbe humano.

De este modo, la *confesión* criminal que Erdosain lleva a cabo frente al comentador, apuntará tanto a su camino de humillación y a su ser mediante el crimen como a la megalomanía

mesiánica fascistoide y la mentira fundante de las estrategias políticas que representadas hiperbólicamente como armazón ideológico de la Sociedad Secreta de El Astrólogo permiten observar las lógicas y operaciones que realizan las clases dominantes para instalarse en la hegemonía y controlar la abyección, la explotación y la subalternidad de las clases dominadas, se rebelen o no. En ese contexto, la visión respecto de la revolución armada (totalitaria, fascista, “leninista” o “anarquista”) y el uso aniquilador de los gases de la Primera Guerra Mundial, la economía capitalista-prostitularia, los discursos iluminados con tendencia a articular un grupo elegido y selecto de hombres son, por un lado, el *modus operandi* de la Sociedad Secreta y, por otro, una visión hiperbólica y grotesca de los diferentes abusos de poder, violencias fundacionales, exclusiones y marginaciones, propias del universo referencial e histórico que se articula en la Argentina de inicios del s. XX, con lo que hay una permanente apelación crítica a los referentes mediante lo referido por y en el relato.

La sexualidad culposa y castrada, la explotación sexual y la violencia de género son rasgos que apuntan a masculinidades signadas por la violencia sexual, el delirio por el poder fáctico, al mismo tiempo que son “pobres diablos”, miserables conspiradores insuficientes para hacer una desquiciada revuelta y que evidencian un goce masoquista en el crimen y la perversión humillante. Así, tanto la Sociedad Secreta como la “sociedad actual”, del relato y del contexto histórico de la obra, dispone a todos los hombres, mediante diferentes universalizaciones, como muñecos de guiñapo en un teatro de marionetas que muestran a hombres rotos, frustrados e inútiles en su propia irrealización mesiánica que no por ello deja de ser megalómana. Los tipos masculinos dispuestos estéticamente en el ciclo narrativo de Arlt evidencian un ser ético corrupto; sin compasiones innecesarias, son sujetos masculinos patológicos, enfermos de culpa y crimen, que responden de modo cultural, camuflado de natural, a las lógicas más desquiciadas del patriarcado imperante.

Conclusiones: macanas grandes como catedrales

Los tipos masculinos representados en las cuatro obras analizadas en esta investigación evidencian múltiples rasgos constitutivos de su identidad con los que se hace evidente la tensión y la paradoja que implica el proyecto de inclusión de las capas populares en los Estados nacionales modernos, chileno y argentino, de inicios del s. XX, sobre todo a la luz de los Centenarios de las Independencias, de las leyes de sufragio o de migración. Los tipos masculinos subalternos acusan en sus identidades la crisis de la experiencia que implica la dominación ejecutada por las clases dominantes, conformadas por diferentes agentes políticos y económicos que rotan o se turnan en la detentación del control de la hegemonía. Los rasgos identitarios que configuran el carácter de los personajes permiten inferir una apelación más o menos directa a los tipos masculinos desperdigados en los presentes chilenos y argentinos que comprenden desde 1900 hasta 1930 aproximadamente y a los fenómenos sociales y culturales que atravesaron y signaron el panorama histórico del contexto de producción de las obras.

La instalación y modernización de las policías secretas; el tedio y la abulia de la pequeña burguesía explotada y humillada por el incumplimiento de su sueño de inclusión y participación en el banquete de las elites; la persecución de los revolucionarios anarquistas y comunistas, muchos de ellos, en el signo “hombre”, incluidos en sectas ocultistas, espiritistas, masónicas o místicas, con un proyecto de sociedad futura que a veces rayaba lo desquiciado y que muchas veces fue observado como una locura –utopía– o una mera ensoñación ingenua; los militares conspiradores y los proxenetes mafiosos; el higienismo social y el lombrosianismo, junto con la supervaloración del positivismo científico sin excluir una férrea religiosidad católica o protestante asociada al paradigma del trabajo como sacrificio y de la identidad humana como pecado culposo; el patriarcado metamorfoseado una y otra vez plegándose o inoculándose en el capitalismo liberal e industrial; todos esos elementos se conjugaron, sin querer ser

exhaustivo, en la fundación de las nupcias nacionales divorciadas, mermaron la confianza entre clases, y evidenciaron que el modelo moderno y democrático que se estaba instalando tenía un revés, un ser oculto en apariencia de bienestar, que expulsaría hacia los márgenes, hacia el lumpen, hacia las cárceles y hacia los siquiátricos (o hacia los pabellones de fusilamiento o las cámaras de tortura) a quienes escapasen del modelo, se rebelasen contra él o no participaran civilizadamente y como adultos maduros y serios de la política partidista que se imponía por sobre las clases dominadas como ejemplo y modelo a seguir.

Con ello, las relaciones homoeróticas bajo el patriarcado son en todo momento unas nupcias infructuosas, en los Centenarios, porque, para fundar las naciones modernas, tecnológicas, industriales, liberales, capitalistas y, sobre todo, triunfales para las elites, las capas populares deben ser domeñadas y adoctrinadas. Así, la alianza de Eros y Polis entre hombres está dañada por la Ley del Padre violento que emplean las clases dominantes para articular, mantener y procurar el Orden social a toda costa, mediante el uso físico de la fuerza y la violencia aleccionadora ejecutada por los cuerpos armados que gozan de la impunidad del crimen (asesinatos, violaciones, torturas). El modelo “por abajo” es replicado por las estructuras piramidales y masculinizadas de las mafias y de las sectas; el modelo “por arriba” da réditos a las clases dominantes, mientras que “por abajo” se le persigue como criminal; al mismo tiempo, el modelo genera que un amplio espectro de la gama social se vea sometida a la abyección, a la infantilización, a hablar sin ser escuchada.

Es necesario indagar en las implicancias morales de transmisión ética y política a través del discurso estético sin caer en el biografismo o en el personalismo asociado a lecturas de las obras literarias que buscan la intencionalidad del autor; hay mucho que escapa a la conciencia autorial, en el ámbito en el que una estética trasmite una ética (o una poética, una política). Si se cae en las lógicas biografistas, se podría terminar afirmando que Arlt o Rojas son representantes de las misoginias y racismos cotidianos; de lo que se trata es de cómo sus

personajes masculinos son portadores de ideologías misóginas y racistas que habitan el plano referencial, el contexto de producción, la situación de enunciación histórica o el mismo campo cultural en el que orbitan como autores. Así, ver lo araucano como chileno o hablar de indios, en Rojas, o apreciar los pasajes de degradación con afrodescendientes bonaerenses, en Arlt, evidencia las lógicas de interrelaciones personales que se dan entre los personajes de los mundos ficcionales, en tanto tipos masculinos, y que se dan en el plano de la experiencia y que la novela incorpora a su libre invención porque le interesa actualizar su propio presente en su discurso estético como un gesto de apelación y de evocación de realidades que son transpuestas *realistamente* a la *fantasía* narrativa.

Si lo anterior deriva o no en lo dostoiévskiano de Arlt o en lo proustiano de Rojas como rasgos diferenciadores, en el sentido de las voces y los sistemas de creencias presumibles, es un aspecto irrelevante para esta investigación, porque lo que constituye este ejercicio de crítica literaria es alejar a los autores en esa dimensión y acercarlos en las lógicas irónicas y grotescas con las que representan desde particulares que se tipifican (metonimias), generalidades humanas como sistemas de ideas (alegoría), mediante las que critican y degradan cómicamente sus propios presentes con sus tipos masculinos y sus sistemas de ideas, dado que esos tipos masculinos están excluidos o deben ser excluidos de lo que se terminará comprendiendo como lo adecuado moralmente (es inevitable apuntar que lo moral siempre es político).

La condición de la libertad individual como conducente al cumplimiento a medias de un proyecto personal, no colectivo, en Aniceto y en los hombres de *Hdl* y de *Scm*, y en los locos al incumplimiento de un proyecto criminal colectivo por el fracaso, por la traición entre hombres, por la *performance* fascistoide iluminada, por la humillación y por la locura son rasgos constitutivos de las identidades masculinas. En ese contexto, sin justificar ni compadecer, el patriarcado sí genera condiciones óptimas para constituir masculinidades perversas, violentas, explotadoras en un nivel patológico y morboso. La explotación de arriba

engendra la explotación de abajo y la miseria espiritual de los hombres, al menos en lo evidenciado en el capítulo uno y en el análisis de los tipos masculinos de las obras del corpus en el capítulo dos.

Un ejemplo paradigmático es lo que acontece respecto de las fronteras, según lo relatado en *Hdl*. A las puertas del túnel fronterizo en los Andes, por ambos lados, se aplican cadenas y candados, cerrando el acceso por la noche. Aniceto Hevia, narrador, reflexiona, evidenciando la paradoja de la ética liberal respecto de la libertad: “«Libertad es la herencia del bravo», dice la canción nacional chilena; «Libertad, libertad, libertad», dice la canción nacional argentina. Libertad, sí, pero pongámosles candados a las puertas” (Rojas, *Hijo de ladrón* 139)¹¹². Así, el estado nacional asegura sus fronteras de los indeseables, sucios y rotos, que producto de las lógicas de explotación del capitalismo de inicios del s. XX migran constantemente en busca de la soñada oportunidad ofertada por la ética liberal, oportunidad que les permita medrar de su condición de masculinidades desechables, a las que se puede retener en calabozos por capricho o por la falta de un documento o por la presencia de un documento o de una apreciación de un juez.

Estas concepciones de la libertad, la liberal-nacional y la espiritual-individual, de signo tangencialmente anarquista, chocan y se repulsan, conviven a duras penas y generan la tensión paradójica que configura las identidades de género y de clase de quienes habitan, geográfica y

¹¹² Aún más paradójica resulta la tensión entre la *simpatía* anarquista del narrador y la libertad liberal del Estado-nación chileno cuando se evalúa la segunda parte de la primera estrofa del himno mencionado: “El que ayer doblegábase esclavo / libre al fin y triunfante se ve, / libertad es la herencia del bravo, / la Victoria se humilla a sus pies”. En este sentido, los sujetos masculinos de Rojas no son bravos ni victoriosos ni libres, sino que son trabajadores premodernos, en ocasiones, en condiciones paupérrimas de subsistencia que solo gozan a medias de una libertad conseguida mediante una actitud entre cínica y cristiana, la de ser errabundos. En un contexto similar, el himno nacional argentino permite al narrador un clarísimo juego paralelístico, dado que el extracto es tomado de la estrofa que dice: “Oíd, mortales, el grito sagrado / ¡Libertad, libertad, libertad! / Oíd el ruido de rotas cadenas / Ved el trono a la noble igualdad”; en este caso, no hay igualdad entre los sujetos masculinos errabundos y los sujetos policiales y el ruido de las cadenas no es el de las rotas, sino que el de las sólidamente amarradas para cerrar el acceso fronterizo a esos vagabundos, linyeras y otros indeseables “enemigos externos”. La libertad de los locos de Arlt evidentemente es una cadena de crímenes y humillaciones que conducen directamente al exterminio estético de sus existencias; así, los personajes son asesinados, se suicidan, son pretendidamente encarcelados o desaparecen de escena, *mutis* por el foro, como Lezin e Hipólita de quienes no hay pistas al final del ciclo narrativo y cuyo final abierto permite a otros autores argentinos seguir indagando en el delirio conspirativo del personaje (por ejemplo, véase Piglia, Ricardo. “El Astrólogo”. *Los casos del comisario Croce*).

políticamente, los estados nacionales chileno y argentino de inicios del s. XX, lo que queda representado en los personajes masculinos de las novelas del corpus que comenté.

Respecto del orden prostibulario, de los mitin ácratas y de las reuniones de la sociedad secreta insisto en afirmar que son órdenes ridículos que apelan a la estructura mafiosa del orden de la dominación; así, las clases dominantes pueden ser observadas como proxenetas, el libre mercado como una estafa de furbos, los cuerpos armados y los cuerpos delictuales como sujetos masculinos asimilados por la violencia y la tenencia de armas, generándose tensiones entre hombres en lo social y paradojas internas en la identidad. Hombres niños que desean a la madre prostituta que consuela, a la que desprecian, mirando al padre poder económico, místico, militar, industrial, como garantía de aceptación en el relato nacional. La frustración de nunca ser suficiente para el padre, el rechazo a la madre o la nostalgia por la madre y el sexo como vicio terminan produciendo seres desdichados, disconformes, quebrados internamente, reproductores de la violencia doméstica que perciben en la Casa Estado Nacional como guía conductora de las relaciones entre clases.

De este modo, los sujetos subalternos, “pobres diablos”, son reproductores del modelo en crisis, desde perspectivas mesiánicas y revolucionarias que no alcanzan a satisfacer las exigencias y los imperativos del modelo impuesto desde arriba y que no logran de ningún modo construir la sociedad futura, siempre proyectada hacia el futuro, irrealizable en el presente¹¹³. Una de las paradojas del modelo imperante consiste en incluir a las capas populares bajo ciertas reglas rigurosas de comportamiento (*ethos*) y excluir a quienes se rebelan frente al modelo mediante las lógicas de subalternización, delictualización, patologización e infantilización,

¹¹³ En el contexto del estallido social, de la convención constitucional, de la posibilidad de una nueva carta magna “nacional y soberana”, del triunfo de un partido joven con su candidato remozado a la presidencia, con el triunfo de sobre el 60% de la opción Rechazo a la nueva constitución de un apenas 30% y algo votante en la realidad, este aspecto, el comentado *supra*, quedó más que claro una vez más con las traiciones institucionales llevadas a cabo para mantener el *statu quo* y paulatinamente, de modo correcto y civilizado, modificar la careta del orden de la dominación sin interferir en sus reglas internas y profundas.

expulsando a las capas populares a la dimensión del lumpen y de la humillación asociada a la explotación.

A través de diversos adoctrinamientos a las capas populares se les exige humildad-humillación, control de las pasiones, inteligencia política, madurez cívica o civilización, porque, en caso de no responder a esas exigencias, los hombres civilizados, que poseen el control económico, cultural y militar-policial se levantarán contra los hombres salvajes (obviamente, el modelo del orden de la dominación funciona para todas las capas de las clases dominadas, para las mujeres, las infancias, las senectudes, los pueblos originarios, la población migrante y afrodescendiente, las “personas en situación de calle”, en fin, para toda la amplia humanidad excluida del banquete nacional de las elites). La tensión y la paradoja no se disuelven y se siguen observando, ridícula o seriamente en algunos binomios constitutivos del Estado nacional: paz armada, libertad vigilada, petición y partidos políticos que niegan la soberanía y la gobernanza popular porque interponen la mediación y sus intereses con las clases dominantes y el fracaso de la representación política que conduce a representar estéticamente ese fracaso en obras fundamentales para comprender la crisis del modelo y su fundación como las que analicé.

En este contexto, se logra representar a los sujetos históricos subalternos que hablan con sus propias voces en los registros de la historia social, en sus propias arengas públicas, en sus ensayos alejados de cualquier academicismo publicados en pasquines políticos y que, obviamente, en la literatura no hablan con sus propias voces porque son composiciones artísticas de una voz que se refracta en múltiples voces, en el caso de Arlt, o en un par de ellas, en el relato de Rojas. Esta escisión entre voz autorial y las voces de personajes subalternos es parte del género de la novela y, evidentemente, no documenta las voces de los sujetos subalternos históricos y experienciales, aunque alcance a representarlos parcialmente, sino que escenifica un fenómeno histórico social, al referirlo, lo hiperboliza y permite fundar

artísticamente los imaginarios del fracaso cultural de las capas populares, sin representarlas o convocarlas como público lector, necesariamente.

Bibliografía

Subalternidad

Beverley, John. *Subalternidad y representación: debates en teoría cultural*. Trad. Marlene Beiza y Sergio Villalobos–Ruminott. Madrid: Iberoamericana, 2004.

Gramsci, Antonio. *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*. 2 Enero 2017. *Antonio Gramsci*. 16 Octubre 2017. <http://www.gramsci.org.ar/1931-quapos/46.htm>.

Modonesi, Massimo. *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO; Prometeo Libros, 2010.

Rodríguez Freire, Raúl (comp). *La (re)vuelta de los estudios subalternos: una cartografía a (des)tiempo*. Santiago de Chile: Ocho Libros, 2011.

Spivak, Gayatri Chakravorty. *Crítica de la razón poscolonial: hacia una historia del presente evanescente*. Trad. Marta Malo de Molina. Madrid: Akal, 2010.

_____. “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”. Trad. José Amicola. *Orbis Tertius* III (6) (1998): 175–235. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2732/pr.2732.pdf

Género, sexo y representación

Benítez, Sebastián M. (2014). *Masculinidades e infancia en la Argentina (1900–1930): Puntualizaciones sobre los debates contemporáneos en el ámbito de la psicología*. *Anuario de investigaciones*, 21(2), 155–162. Recuperado en 03 de junio de 2017, de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862014000200021&lng=es&tlng=es.

Bleichmar, Silvia. *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

- Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós, 2017.
- Cixous, Hélène. *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos, 1995.
- Despentes, Virginie. *Teoría King Kong*. Santiago: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.
- Federici, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Trad. Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza. Madrid: Traficantes de Sueños, 2010.
- _____. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Trad. María Aránzazu Catalán Altuna. Buenos Aires: Tinta Limón, 2018.
- Guzmán Ordaz, Raquel y María Luisa Jiménez Rodrigo. “La interseccionalidad como instrumento analítico de interpelación en la violencia de género”. *Oñati Socio-legal Series 5* N°2 (2015): 596-612.
- Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago: LOM, 2017.
- Millington, Mark. *Hombres in/visibles: la representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920 – 1980*. Bogotá: FCE, 2007.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Catalonia, 2018.
- Olavarría, José y Rodrigo Parrini (eds.). *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia. Primer Encuentro de Estudios de Masculinidad*. Santiago, Chile: FLACSO Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidad, 2000.
- Olavarría, José y Teresa Valdés (eds.). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago: EDICIONES DE LAS MUJERES N° 24, 1997.
- Olavarría, José. “Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile”. *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: CES – Universidad Nacional de Colombia, 2001. 152–264

Salazar, Gabriel, María Stella Toro y Víctor Muñoz. “Hombres y hombría en la historia de Chile (siglos XIX y XX)”. *Historia Contemporánea de Chile*. Tomo IV. Santiago: LOM, 2002.

Salazar, Gabriel. *Ser niño “huacho” en la historia de Chile (siglo XIX)*. Santiago: LOM, 2006.

Sutherland, Juan Pablo (comp). *Cielo dandi: escrituras y poéticas de estilo en América latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2011.

Contexto histórico y cultural de las situaciones de enunciación

Adamovsky, Ezequiel. *Historia de las clases populares en la Argentina, desde 1880 hasta 2003*. Buenos Aires: Sudamericana, 2012.

Araya, Claudia, et al. *República de la salud. Fundación y ruinas de un país sanitario. Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: Ocho Libros Editores, 2016.

Bayer, Osvaldo. *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*. Coyhaique: Sombraysén Editores, 2008.

Caimari, Lila. *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880–1955*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.

_____. *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920–1945*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.

Cappelletti, Ángel y Rama, Carlos M. *El anarquismo en América latina*. Caracas: AYACUCHO, 1990.

Craib, Raymond. *Santiago subversivo 1920. Anarquistas, universitarios y la muerte de José Domingo Gómez Rojas*. Trad. Pablo Abufom Silva. Santiago: LOM, 2017.

Cid, Gabriel y Alejandro San Francisco (editores). *Nacionalismo e identidad nacional en Chile. Siglo XX*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario Ediciones, 2010.

DeShazo, Peter. *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902–1927*. Trad. Pablo Larach. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2007.

- Falcón, Ricardo (ed.). *Nueva historia argentina. Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916–1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Finchelstein, Federico. *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Garcés Durán, Mario. *El movimiento obrero y el Frente Popular (1936–1939)*. Santiago: LOM, 2018.
- Godoy Sepúlveda, Eduardo. “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX”. *Alcohol y trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales. Chile. Siglos XIX y XX*. Ed. Marcos Fernández Labbé. Osorno: Editorial Universidad de Los Lagos, 2008. 121–44.
- Grez Toso, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893 – 1915*. Santiago: LOM, 2012.
- Guerra C., Jorge (comp.). “Lecciones de un carpintero solitario y de un orador errante”. *Un joven en la batalla. Textos publicados en el periódico anarquista La Batalla. 1912 – 1915. Manuel Rojas*. Santiago: LOM, 2012.
- Guillimón, Agustín. *La revolución rusa. Una interpretación crítica y libertaria*. Santiago: Pensamiento & Batalla, 2017.
- Harambour, Alberto. “La Sociedad de Resistencia de Oficios Varios y el “horizonte anarquista”. Santiago de Chile, 1911–1912”. Cisterna, Natalia y Lucía Stecher (coords.). *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*. Santiago: Universidad de Chile, 2004. 189–203.
- Kropotkin, Piotr. *La conquista del pan*. Buenos Aires: Libros de Anarres, 2005.
- León León, Marco Antonio. *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria: Dibam, 2015.
- Malatesta, Errico. *La anarquía*. Sevilla: Federación Anarquista Ibérica, 2003.

- Moulian, Tomás. *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938–1973)*. Santiago: LOM, 2014.
- Muñoz Cortés, Víctor. *Sin Dios ni patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890–1990)*. Valparaíso: Mar y Tierra, 2013.
- Recabarren, Luis Emilio. *Ricos y pobres*. Santiago: LOM, 2010.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago: LOM, 2014.
- Silva Avaria, Bárbara. *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario*. Santiago: LOM, 2008.
- Solar Guajardo, Felipe del y Andrés Pérez. *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*. Santiago: RIL editores, 2008.
- Suriano, Juan. *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890–1910*. Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918–1938)*. Santiago: LOM, 2017.

Roberto Arlt

- Arlt, Roberto. *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires: Losada, 2017.
- _____. *Cuentos completos*. Prólogo de Martín Kohan. Buenos Aires: Seix Barral, 2017.
- _____. *El facineroso: crónicas policiales*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, 2017.
- _____. *El jorobadito*. 1933. Barcelona: Bruguera, 1981.
- _____. *El juguete rabioso*. 1926. Buenos Aires: Clásicos B, 2016.
- _____. *El paisaje en las nubes. Crónicas en El Mundo 1937–1942*. Prólogo de Ricardo Piglia. Edición e introducción de Rose Corral. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- _____. *Elogio de la vagancia*. Prólogo de Roberto Contreras Soto. Santiago: LOM, 2014.

- _____. *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*. 1920. Buenos Aires: Interzona Editora, 2014.
- _____. *Los siete locos. Los lanzallamas*. 1929. 1931. Adolfo Prieto (ed). Caracas: Ayacucho, 1987. Primera edición, 1978.
- _____. *Los siete locos. Los lanzallamas*. 1929. 1931. Mario Goloboff (coord). Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; São Paulo; Lima; Guatemala; San José: ALLCA XX, 2000.
- _____. *Obra completa*. 1981. Julio Cortázar (prol.). Buenos Aires: Planeta–Carlos Lohlé, 1991. Biblioteca del Sur. Tres tomos.

Sobre Arlt

- Amícola, José. *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*. Buenos Aires: Weimar Ediciones, 1984.
- Avellaneda, Andrés. “Clase media y lectura: la construcción de los sentidos”. *Los siete locos. Los lanzallamas*. Mario Goloboff (coord). Francia: ALLCA XX, 2000. 633–56.
- Corral, Rose. *Una poética de la disonancia*. México D. F.: El Colegio de México, 2009.
- _____. “Ficción y crónica en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*”. *Los siete locos. Los lanzallamas*. Mario Goloboff (coord). Francia: ALLCA XX, 2000. 613–32.
- Guerrero, Diana. *Roberto Arlt, el habitante solitario*. Buenos Aires: Granica editor, 1972.
- Guzmán, Flora. “Introducción”. En *Los siete locos*. Roberto Arlt. Madrid: Cátedra, 1997.
- Jitrik, Noé. “Presencia y vigencia de Roberto Arlt”. *La vibración del presente*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Komi, Christina. *Recorridos urbanos. La Buenos Aires de Roberto Arlt y Juan Carlos Onetti*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2009.
- Masotta, Oscar. *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2008.

Morales Saravia, José y Barbara Schuchard (eds.). *Roberto Arlt. Una modernidad argentina*.

Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2001.

Pauls, Alan. “Arlt, la máquina literaria”. *Historia social de la literatura argentina*. Dir. David

Viñas. *Tomo VII: Yrigoyen, entre Borges y Arlt (1916–1930)*. Dir. de volumen Graciela Montaldo. Buenos Aires: Contrapunto, 1989. 307–22.

Piglia, Ricardo. “Sobre Roberto Arlt”. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2015.

Prieto, Adolfo. “La fantasía y lo fantástico en Roberto Arlt”. *Boletín de literaturas hispánicas* 5 (1963): 5-18.

Retamoso, Roberto. “Roberto Arlt, un cronista infatigable de la ciudad”. *Historia crítica de la literatura argentina*. Dir. Noé Jitrik. *Volumen VI: El imperio realista*. Dir. de volumen María Teresa Gramuglio. Buenos Aires: Emecé, 2005. 299–319.

Sarlo, Beatriz. “Roberto Arlt, excéntrico”. *Los siete locos. Los lanzallamas*. Mario Goloboff (coord). Francia: ALLCA XX, 2000.

Scalabrini, Raúl. *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires: Anaconda, 1933.

Zubieta, Ana María. *El discurso narrativo arltiano. Intertextualidad, grotesco y utopía*. Buenos Aires: Hachette, 1987.

Manuel Rojas

Rojas, Manuel. “Algo sobre mi experiencia literaria”. En *Obras completas*. Santiago: Editorial Zig – Zag, 1961. 11–34.

_____. “Imágenes de infancia”. En *Obras completas*. Santiago: Editorial Zig – Zag, 1961. 329–77.

_____. *Cuentos*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016.

_____. *De la poesía a la revolución*. 1938. Santiago: Ediciones LOM, 2015.

- _____. *Hijo de ladrón*. 1951. En *Obras completas*. Santiago: Editorial Zig – Zag, 1961. 379–599.
- _____. *Hijo de ladrón*. 1951. Madrid: Cátedra, 2001.
- _____. *La oscura vida radiante*. 1971. Santiago: Ediciones Zig – Zag, 1996.
- _____. *La prosa nunca está terminada*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.
- _____. *Lanchas en la bahía*. 1932. En *Obras completas*. Santiago: Editorial Zig – Zag, 1961. 281–327.
- _____. *Mejor que el vino*. 1958. En *Obras completas*. Santiago: Editorial Zig – Zag, 1961. 601–791.
- _____. *Punta de rieles*. 1960. En *Obras completas*. Santiago: Editorial Zig – Zag, 1961. 793–878.
- _____. *Sombras contra el muro*. 1964. Santiago: Zig – Zag, 2012.

Sobre Manuel Rojas

- Adriasola, Juan José. “El escritor como artesano”. Barros, María José y Pía Gutiérrez (eds.). *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*. Santiago: Ediciones UC, 2020: 21-32.
- Álvarez, Ignacio. *Novela y nación en el siglo XX chileno. Ficción literaria e identidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.
- Concha, Edmundo. “Reseña de *Sombras contra el muro*”. *Anales de la Universidad de Chile* 130 (1964): 227–9.
- Concha, Jaime. “Los primeros cuentos de Manuel Rojas”. En *Manuel Rojas. Estudios críticos*. Naín Nómez y Emmanuel Tornés (selección y prólogo). Santiago: Editorial Universidad de Santiago, 2005: 333-351.
- Concha, Pablo. “Mallete y cincel: las resonancias masónicas de *Hijo de ladrón*”. *Revista Chilena de Literatura* 103 (2021): 257–290.

- Educarchile. *La gran novela existencialista chilena*. 11 Agosto 2008. Educarchile. 16 Octubre 2017. <http://www.educarchile.cl/ech/pro/app/detalle?id=186146>.
- Fuentes Retamal, Pablo. “Sombras contra el muro: una novela ácrata que se construye desde la epistemología del bajo pueblo”. *Revista Izquierdas* 14 (2012): 112–7.
- _____. “En búsqueda de huellas, indicios y señales: una mirada meticulosa a tres personajes anarquistas de la tetralogía narrativa de Manuel Rojas”. *Revista Izquierdas* 25 (2015): 120–142.
- _____. “*Sombras contra el muro*: tras la preservación y vindicación del acervo cultural ácrata de comienzos del siglo XX”. *Literatura: teoría, historia, crítica* 14. 2 (2012): 177–191.
- Fuenzalida, Daniel (comp). *Conversaciones con Manuel Rojas. Entrevistas 1928-1972*. Santiago: Zig – Zag, 2012.
- Guerra, Jorge. “Lecciones de un carpintero solitario y de un orador errante”. Jorge Guerra (comp). *Un joven en La Batalla. Textos publicados en el periódico anarquista La Batalla por Manuel Rojas. 1912–1915*. Santiago: LOM, 2012.
- Nómez, Naín y Emmanuel Tornés. *Manuel Rojas. Estudios críticos*. Santiago: Editorial de la Universidad de Santiago, 2005.
- Piglia, Ricardo. *Piglia compara a Rojas con Arlt*. 5 Diciembre 2013. *Fundación escritor Manuel Rojas*. 16 Octubre 2017. <http://www.manuelrojas.cl/piglia-compara-a-rojas-con-arlt/?lang=es>.
- Rojo, Grínor. *Las novelas de formación chilenas. Bildungsroman y contrabildungsroman*. Santiago: Sangría Editora, 2014.
- Soria, Carmen (comp). *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*. Santiago: Planeta, 2005.

Soto, Román. “Hijo de ladrón: subversión del mundo y aprendizaje transgresivo”. *Manuel Rojas. Estudios críticos*. Naín Nómez y Emmanuel Tornés (selección y prólogo). Santiago: Editorial Universidad de Santiago, 2005. pp. 267–285.

Ubilla Espinoza, Lorena. “Sujetos marginales en la narrativa de Manuel Rojas: de disciplinamientos a focos de tensión con el proceso modernizador”. *Revista Chilena de Literatura* 77 (2010): s. p.

Valenzuela Medina, Daniel. “Diabluras castigadas de González e Ipinza, los amigos contraejemplares de *Hijo de ladrón*”. *Revista Chilena de Literatura* 104 (2021): 809–40.

_____. “Pobres diablos: masculinidades burladas de *Sombras contra el muro*”. *Anales de literatura chilena* 35 (2021): 235-42.

Narratología

Bajtín, Mijaíl M. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Trad. Tatiana Bubnova. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

_____. “El problema de los géneros discursivos”. *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. México D. F.: Siglo XXI Editores, 1997.

_____. *La cultura popular en la edad Media y el Renacimiento*. Trad. Julio Forcat y César Conroy. Madrid: Alianza Universidad, 1990.

_____. “Formas del tiempo y del cronotopo en la novela (ensayos sobre poética histórica)”. *Problemas estéticos y literarios*. Trad. Alfredo Caballero. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1986.

Otros

Andréiev, Leonid. *Relato sobre los siete ahorcados y otros cuentos*. Trad. Alejandro Ariel González. Santiago: LOM, 2016.

_____. *En la niebla y otros relatos*. Trad. Alejandro Ariel González. Santiago: LOM, 2017.

- Cornejo Polar, Antonio. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, 1982.
- Davis, Angela. *Mujeres, raza y clases*. Santiago: Oficios Negros, 2018.
- Dresdner Cid, Rodrigo. *Psicópatas seriales. Un recorrido por su oscura e inquietante naturaleza*. Santiago: LOM, 2016.
- Dostoievski, Fiodor M. *Cuentos*. Trad. Bela Martinova. Buenos Aires: Debolsillo, 2016.
- Eco, Umberto. *Contra el fascismo*. Santiago: Lumen, 2018.
- Edwards Bello, Joaquín. *El roto*. Santiago: Editorial Universitaria, 1968.
- _____. *La chica del Crillón*. Santiago: Editorial Universitaria, 2006.
- Fanon, Frantz. *Los condenados de la Tierra*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Furet, François. *La pasión revolucionaria*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Goldman, Emma. *La palabra como arma*. Buenos Aires: Libros de Anarres, 2010.
- Guzmán, Nicomedes. *Los hombres oscuros*. Santiago: LOM, 2014.
- Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Trad. José Leandro Urbina y Ángela Pérez. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1995.